S. G. DE GRAAF

EL PUEBLO DE LA PROMESA

TOMO II

El Fracaso de la
Teocracia de Israel

Traducido por
Guillermo Kratzig

SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA

EL PUEBLO DE LA PROMESA

Publicado por primera vez en holandés bajo el título *Verbondsgeschiedenis*, por J. H. Kok de Kampen.

Esta versión fue traducida del inglés que lleva por título *Promise and Deliverance*, publicado por Paideia Press de St. Catharines, Ontario, CANADA, (1977) con su permiso.

Publicado por
SUBCOMISION LITERATURA CRISTIANA
de la
IGLESIA CRISTIANA REFORMADA
Grand Rapids, Michigan, EE. UU.

Distribuido por
T.E.L.L.
Apartado 6219
Grand Rapids, Michigan, EE. UU.

Contenido

Jueces

1. La tierra es del Señor 11
Jueces 1—5
2. El reino de gracia 21
Jueces 6—9
3. Conmovido por la miseria de Israel 30
Jueces 10—12
4. El hombre fuerte de Israel 37
Jueces 13—16
5. El pueblo cae y se levanta 47
Jueces 17—21
6. El redentor 55
Rut 1—4

Samuel y Saúl

7. El precursor del rey 63
1 Samuel 1—4
8. El retorno del Señor 71
1 Samuel 5—7
9. Conflicto 76
1 Samuel 8—12
10. Avergonzado 84
1 Samuel 13—14
11. Rechazo divino 91
1 Samuel 15

Saúl y David

12. La elección divina 97
1 Samuel 16
13. El libertador es revelado al pueblo 102
1 Samuel 17—18:13
14. Crisis 108
1 Samuel 18:14—20:42
15. No hay donde recostar la cabeza 114
1 Samuel 21—23
16. La venganza es mía 120
1 Samuel 24—26
17. Desamparado y restaurado 126
1 Samuel 27—31

David

18. El pueblo se somete a su rey 137
2 Samuel 1—5
19. Rey de Israel 145
2 Samuel 6—9
20. El amado del Señor 152
2 Samuel 10—12
21. Rechazado y restaurado 158
2 Samuel 13—20
22. La lámpara de Israel 170
2 Samuel 21—24

Salomón

23. El reino de paz 181
1 Reyes 1—4
24. El palacio de su santidad 189
1 Reyes 5—9
25. La luz del mundo 198
1 Reyes 10 y 11

Efraín contra Judá

26. La casa de David es humillada 207
1 Reyes 12:1-24
27. Fuego que nunca se apagará 211
1 Reyes 12:25—14:20
28. Judá se aleja del Señor 217
1 Reyes 14:21—15:24
29. Israel es abandonado 223
2 Crónicas 11:5—16:14; 1 Reyes 15:25—16:34
30. La palabra de gracia es revelada 227
1 Reyes 17
31. La palabra de gracia es ocultada 232
1 Reyes 18
32. Calma con Dios 237
1 Reyes 19

Judá con Efraín

33. Como ovejas sin pastor 245
1 Reyes 20—22:40

34. Gozo en el Señor 254
1 Reyes 22:41-51; 2 Crónicas 17—18:3; 19 y 20
35. El profeta de la penitencia 259
1 Reyes 22:52—2 Reyes 1
36. La ascensión 265
2 Reyes 2
37. Toda la tierra es mía 270
2 Reyes 3
38. La palabra de vida 275
2 Reyes 4
39. Aceptado como un don 280
2 Reyes 5—6:7
40. Gracia no solicitada 285
2 Reyes 6:8—8:6
41. Persecución divina 293
2 Reyes 8:7-29; 2 Crónicas 21—22:9
42. Llama y rastrojo 297
2 Reyes 9 y 10

Otra vez Efraín contra Judá

43. La lucha del Espíritu 305
2 Reyes 11 y 12
44. Longanimidad extrema 310
2 Reyes 13; 14:23-29
45. Santificado y hecho bendición 314
Jonás 1—4
46. Autocomplacencia 320
2 Reyes 14:1-22; 15:1-7; 2 Crónicas 25 y 26
47. Hijos extraviados 325
2 Reyes 14:32—16:20; 2 Crónicas 27 y 28
48. Un regreso al Señor 330
2 Reyes 18:1-8; 2 Crónicas 29 y 31
49. Ya no un pueblo 335
2 Reyes 15:8-21; 17:1-41

Judá

50. La intercesión del Mediador 341
2 Reyes 18:9—19:37; 2 Crónicas 32:1-23
51. La necesidad de un verdadero mediador 346
2 Reyes 20; 2 Crónicas 32:24-33

52. El poder de la gracia en tiempo de juicio 351
2 Reyes 21; 2 Crónicas 33
53. La necesidad de una reforma mediante el Espíritu 355
2 Reyes 22 y 23; 2 Crónicas 34 y 35
54. La luz se va apagando 361
2 Reyes 24 y 25

El cautiverio

55. Un reino no de este mundo 367
Daniel 1 y 2
56. El poder de la gracia en Babilonia 372
Daniel 3
57. La soberanía del Dios de Israel 377
Daniel 4
58. Como vasija de alfarero 381
Daniel 5
59. Adorando el nombre del Señor 385
Daniel 6

Después del exilio

60. La restauración temporal de la casa del Señor 393
Esdras 1—6
61. Restablecimiento de la ley 399
Esdras 7—10
62. Un testigo 404
Ester 1—10
63. La restauración temporal de la ciudad de Dios 413
Nehemías 1—13

Jueces

1: La tierra es del Señor

Jueces 1—5

Israel había sido llamado para exterminar a los cananeos. El Señor había entregado a Israel la tierra de Canaán para que él solo fuese adorado allí. De esa manera Canaán representa toda la tierra, porque en la tierra sólo el Señor debe ser adorado. Para lograr esta meta el Señor llama a su pueblo para librar una constante lucha espiritual contra todo y todos que se oponen al honor de su nombre. Para nosotros hoy en día sería un pecado y un acto de desobediencia entrar en un acuerdo espiritual para vivir en paz con las fuerzas incrédulas, lo mismo como lo era para Israel hacer una alianza con los cananeos.

Habiendo muerto Josué se despertó de nuevo el deseo de renovar la lucha contra los cananeos. Especialmente Judá, ayudado por Simeón, logró algún progreso, pero pronto se desvaneció el deseo de luchar.

Lo que las tribus temían de manera muy especial era luchar contra los habitantes de los valles, puesto que éstos poseían carros de hierro. En algunos casos lograron someter a estos cananeos, obligándoles a pagar tributos, pero sin exterminarlos. El miedo, siempre opuesto a la fe, los hizo desistir de la lucha.

Debido a esta actitud, las batallas contra Sísera y sus numerosos carros no tuvo lugar, sino hasta mucho tiempo después. El triunfo sobre Sísera fue una señal indicando que los israelitas no tenían por qué ser los perdedores, aun luchando contra pueblos armados de carros. Sólo hacía falta creer.

Ahora el Angel del Señor, el Cristo, pronunció un juicio sobre ellos: Dios ya no seguiría expulsando a los cananeos delante de ellos. Debemos cuidarnos de confundir este juicio con un mandamiento divino dado en el tiempo de Josué, según el cual los cananeos no habían de ser exterminados de una vez. En los tiempos de Josué el motivo para perdonar a algunos cananeos era evitar que la tierra fuese sometida a las fuerzas devastadoras en tanto los israelitas no estaban aún en condiciones de poblarla completamente.

Pero ahora, perdonar a los cananeos significaba un juicio y un constante conflicto. Puesto que los cananeos seguirían atacando a los israeli-

tas, la nueva generación, que no había experimentado la guerra bajo el liderazgo de Josué, pronto comprendería la naturaleza de dicho conflicto; es decir, pronto comprendería que los cananeos y los otros pueblos extranjeros eran *enemigos* del pueblo de Dios. Al tomar conciencia de esta realidad, la nueva generación comprendería de nuevo que Israel pertenecía al Señor. Incluso en esta clase de juicio había bendición.

Los pueblos que aún seguían viviendo en Canaán serían una prueba para Israel. Mediante esa prueba y el castigo que resultaría de la infidelidad de Israel, el pueblo de Dios sería purificado y santificado.

Con frecuencia los israelitas cedían totalmente a la tentación. Hacían alianzas con los cananeos y se casaban con ellos. Además incorporaron la adoración a Baal y Astarte.* En el concepto de los israelitas los baales eran muchos. El Señor quedó reducido a uno entre ellos, si bien sería el mayor.

Con esta abominación quebrantaron el pacto. Sin embargo, el Señor siguió fiel. Aunque Israel descuidó su responsabilidad, el Señor finalmente limpió Canaán de sus enemigos y consagró la tierra totalmente a su propio servicio.

En el tiempo de los jueces los israelitas cayeron de la cumbre espiritual que habían logrado bajo el liderazgo de Josué. Ahora hallamos que la fe y la incredulidad, la fidelidad y la infidelidad luchan la una contra la otra en Israel. Esta situación se prolongó hasta la reforma obrada por Samuel.

Pensamiento clave: *El Señor mantiene su derecho sobre toda la tierra de Canaán.*

Negligencia pecaminosa. En los años inmediatamente anteriores a la muerte de Josué se había detenido la guerra contra los cananeos. El pueblo había disfrutado por algunos años la tierra que había recibido. Cuando murió Josué, el pueblo entendió que era su responsabilidad exterminar los enemigos que aún quedaban en la tierra. Por eso los ancianos del pueblo se reunieron y preguntaron al Señor cual tribu debía iniciar la batalla y dar ejemplo a los demás.

No debe sorprendernos que el Señor haya indicado a Judá para proveer el liderazgo al pueblo. Judá era la tribu real, la tribu de la cual nacería el Cristo algún día. La tribu de Judá invitó a la de Simeón a unírsele en batalla, puesto que el territorio de Simeón estaba dentro del territorio de Judá. La tribu de Simeón aceptó la invitación.

**Astarte* es la pronunciación griega. En algunas traducciones de la Biblia se utiliza la forma hebrea *Asera* (el plural es *Aserim*). La forma hebrea de este nombre puede llevar a confusión puesto que en algunas ocasiones se la utiliza con referencia a objetos utilizados en el culto. A veces la diosa Astarte también es denominada como *Asterot* (el plural es *Astarot*). La versión VRV 1960 señala que Salomón adoró a *Astoret* en tanto que la Biblia de Jerusalén usa el nombre *Astarte* (1 R. 11).

Pero antes que estas dos tribus pudiesen comenzar la conquista de la tierra, uno de los reyes más poderosos que todavía vivía en Canaán, el rey Adoni-bezec, los atacó en Bezec. Pero el Señor lo entregó en manos de los israelitas y ellos dieron muerte a diez mil hombres de su ejército.* Los israelitas le cortaron los pulgares de la manos y de los pies a Adoni-bezec. El mismo consideró esto como una retribución por lo que había hecho a setenta reyes cananeos. Sin embargo, fue una crueldad que el Señor no había ordenado. Poco tiempo después Adoni-bezec murió.

Entonces Judá y Simeón procedieron a capturar la ciudad de Jerusalén situada en el límite entre los territorios de Judá y Benjamín. Dejaron que la tribu de Benjamín reconstruyera a Jerusalén para habitar en ella. Pero los benjamitas nunca tuvieron valor de hacerlo y pronto la recuperaron y la reconstruyeron los cananeos.

Las tribus de Judá y Simeón conquistaron muchas otras ciudades. Sin embargo, a pesar de ser los dueños de las regiones montañosas, no era éste el caso de los valles donde sus enemigos combatían con carros de hierro. Los israelitas sencillamente no creían que el Señor también pensaba entregarles estos enemigos. Estaban atemorizados. Cuando tenemos miedo no podemos tener fe.

No les fue mejor a las otras tribus. Efraín y Manasés lograron conquistar Betel y algunas otras ciudades, pero debido a su incredulidad no pudieron expulsar totalmente a los cananeos. Lo único que podían hacer era obligarlos a pagar tributos.

Las tribus del norte (Zabulón, Aser y Neftalí) no tuvieron mayor éxito que ellos. Los amorreos incluso forzaron a la tribu de Dan a retroceder a las regiones montañosas. Finalmente, Efraín y Manasés lograron detener las victorias de los amorreos.

Debido a su incredulidad, los israelitas dejaron la tierra en manos de los cananeos. Como resultado se siguió practicando la adoración a los ídolos en la tierra, y los israelitas vivieron en paz con los idólatras.

El Señor había establecido que sólo él debía ser adorado en Canaán. Reclamaba para sí toda Canaán, así como ahora reclama para sí todo el

*A través del libro de Jueces y en otras partes del Antiguo Testamento encontramos estos números redondos referidos a la cantidad de soldados en un ejército, o a la cantidad de personas muertas en cierta batalla. Cuando consideramos el significado de estos números, debemos recordar que el hebreo del Antiguo Testamento utilizaba palabras como números y que nunca desarrolló un sistema de símbolos o caracteres para representar valores numéricos. La palabra hebrea para mil (*eleph*) también puede referirse a la división de un ejército, e incluso a una familia. Gedeón declaró diciendo: "Mi clan (*eleph*) es el más débil de Manasés" (Jue. 6:15). Por eso no siempre podemos estar totalmente seguros de que las referencias a "miles" deben ser entendidas como miles numéricos.

mundo. Dios no quiere que vivamos en paz con una incredulidad que le rechaza a él. Después de todo, el Señor Jesús permitió que su sangre fuese derramada para que el mundo entero fuese consagrado al Señor. La purificación de Canaán sería una profecía de esa consagración total.

¿No debía haber dicho el Señor Jesús algo a los israelitas sobre esto de dejar la tierra en manos de los enemigos de Dios? Eso fue precisamente lo que hizo. Les apareció en la forma en que ya lo había hecho muchas veces antes, es decir, como el Angel del Señor.

Cierto día los ancianos del pueblo se reunieron en Boquim. Allí el Angel del Señor salió para encontrarse con ellos. Vino de Gilgal, el primer campamento de los israelitas después de haber cruzado el río Jordán, en ocasión de entrar a la tierra de Canaán. En Gilgal había sido renovado el pacto y fue allí donde el Angel del Señor había prometido entregarles la ciudad de Jericó (llave de entrada a la tierra de Canaán). Allí el Señor también había prometido que él y sus ángeles lucharían junto a Israel.

¡Qué comunión íntima había existido entre Dios y su pueblo! ¡Pero cómo se había apartado Israel del Señor desde aquel entonces! En un sentido espiritual Boquim estaba a gran distancia de Gilgal. Por eso el Angel del Señor se les acercó desde allí. Quería que el pueblo recordase aquella intimidad anterior en el pacto.

En Boquim reprendió al pueblo por su infidelidad al no consagrar toda la tierra al Señor. Ese era el motivo del enojo del Señor. Y ahora les anunciaba el juicio: el Señor ya no entregaría a los enemigos en manos de su pueblo. Les castigaría mediante sus propios pecados. Desde aquel momento esos enemigos serían una constante prueba para los israelitas y una continua tentación: los cananeos tentarían a los israelitas a adoptar su estilo de vida y su culto a los ídolos. Así los israelitas tendrían que aprender a ser fieles en medio de la infidelidad.

Cuando el pueblo oyó estas palabras del Angel del Señor, lloró y ofreció sacrificios al Señor como muestra de su arrepentimiento. Pero el Señor no reconsideró su juicio. Ahora Israel tendría que ser santificado a través de la tribulación. De esa manera el juicio era un juicio de *misericordia*, un juicio en favor de su pueblo. Debido a que el pueblo lloró, el lugar donde estuvieron reunidos fue llamado *Boquim*, que significa *lloros*.

Alianzas pecaminosas. Después de la muerte de Josué y de toda la generación mayor, surgió otra generación que no había experimentado las

guerras del Señor bajo el liderazgo de Josué. Los israelitas de esta generación ya no consideraban a los cananeos como enemigos, porque ya no los reconocían como enemigos *del Señor*. Como resultado, no sólo hicieron un pacto con los cananeos, sino que aun se casaron con ellos. No pasó mucho tiempo y los israelitas comenzaron a unirse a los cananeos en su culto a los ídolos.

Los ídolos de los cananeos eran los baales y Asterot.* En realidad estos ídolos no eran más que las fuerzas a través de las cuales el Señor obraba en la naturaleza, pero los cananeos los tenían por dioses y los adoraban. Nosotros mismos no estamos muy lejos de esta clase de culto a los ídolos cuando creemos que ciertas fuerzas naturales existen por sí mismas separadas del Señor que gobierna todas las cosas.

El culto a los ídolos de los cananeos estaba entretejido con su vida entera, es decir, con su vida de hogar, su agricultura, y todas sus actividades. Cuando los israelitas buscaban formas de asociarse con los cananeos y acercarse más a ellos, adoptaron su culto a los ídolos. El Señor seguía siendo su Dios, por supuesto, pero había quedado reducido a uno de los baales, aunque fuese considerado el mayor de ellos. ¡Qué abominación! De esa manera los israelitas quebrantaron el pacto en el cual el Señor solo es Dios. ¿Qué hubiera sucedido con Israel si el Señor no hubiese seguido fiel a su pacto? En su gracia, que fue adquirida para nosotros por Jesucristo, él obtiene la victoria sobre el pecado una y otra vez.

Esto lo demostró el Señor en los días de los jueces. Debido a los pecados de su pueblo, permitió que cayera en manos de sus enemigos. Pero aun entonces su propósito era la misericordia: lo hacía para que regresaran a él. Cuando clamaban al Señor, les envió jueces y con ellos libró al pueblo de sus enemigos.

Estos jueces eran líderes que restauraron los derechos que el Señor tenía sobre su pueblo. Eran hombres que volvieron a sujetar a Israel a esos derechos. También afirmaron la justicia del Señor sobre los cananeos. Impulsados por el odio al Señor, los cananeos habían atacado su pueblo. El Señor estaba en su pleno derecho al demandar que su pueblo fuese libre para servirle a él y no a sus enemigos. Después de todo, ese era el propósito con el cual los había introducido en Canaán.

Pero ahora, conforme a la palabra del Angel del Señor dicha en Boquim, estos enemigos habrían de permanecer en Canaán para que la nueva generación de israelitas aprendiese una lección de sus ataques.

---

*Véase la nota en la p. 000 referida al nombre *Astarte*.

Debían comprender que los cananeos realmente eran enemigos de los israelitas y del Señor. Entonces la nueva generación perdería todo deseo de mezclarse con los cananeos.

Así el Señor mantenía su derecho sobre su pueblo. Debido a la infidelidad de Israel, permitió que por ahora los enemigos siguiesen en la tierra. Sin embargo, algún día purificaría la tierra totalmente de ellos.

Era especialmente a través de los jueces que el Señor mantenía su derecho sobre el pueblo y la tierra. Los jueces no eran sino seres humanos y el tiempo de su función no duró mucho. Por eso un juez seguía al otro. Nosotros, en cambio, tenemos un Juez por medio del cual el Señor nunca renuncia a sus derechos sobre el pueblo y la tierra entera, a saber, Jesucristo.

Los primeros jueces. El Señor permitió que su pueblo cayese en manos de Cusan-risataim, rey de Mesopotamia, que aparentemente había subyugado a numerosas naciones y en ese entonces era el poder mundial. Este rey subyugó a Israel durante ocho años. Entonces los israelitas clamaron al Señor. Después de todo era un reproche a *Su* nombre que el pueblo no estuviese viviendo en libertad. El Señor les dio un libertador. Otoniel hermano menor de Caleb. (Otoniel fue el hombre que anteriormente había capturado a la ciudad de Debir).

El Espíritu del Señor vino sobre Otoniel; es decir, el Espíritu del Dios del pacto abrió su corazón de tal manera que tendría fe en la palabra del Señor y en la promesa del pacto. Mediante la fe en esa promesa Otoniel podría hacer cualquier cosa. Venció al tirano extranjero y por cuarenta años Israel vivió en paz.

La fe generada por el Espíritu del Señor había ganado la victoria. El Señor Jesucristo, de quien Otoniel era un tipo, también vivió por fe mediante el Espíritu Santo, y así obtuvo la victoria. El quiere darnos fe mediante el Espíritu Santo, una fe a través de la cual también nosotros podamos hacer todas las cosas.

Como resultado de la liberación obtenida por Otoniel la tierra tuvo descanso durante cuarenta años. Sin embargo, no hubo una conversión duradera al Señor. Además, el pueblo no puso fin a todas sus relaciones con los cananeos. Por eso el Señor, fiel a su palabra, dio a Eglón rey de los moabitas autoridad sobre los israelitas.

Mientras que el primer opresor había venido del norte, el segundo vino del este. Hizo una alianza con los amonitas, subyugó a Transjordania y continuó su invasión de la tierra hasta cruzar el Jordán. Luego se apoderó de Jericó que todavía no había sido reconstruida como forta-

leza. Desde ese sitio dominó la región central de la tierra.

Esta opresión duró dieciocho años. Durante ese tiempo los israelitas volvieron a aprender a clamar al Señor. Vieron que los otros pueblos en la tierra de Canaán realmente eran enemigos del Señor y enemigos de ellos también. Luego el Señor levantó un libertador, Aod benjaminita.

Aod trató a Eglón como enemigo, y de esa manera rompió las relaciones entre los moabitas y los israelitas. En nombre del Señor volvió a declarar la guerra. Sin embargo, no se puede utilizar cualquier medio en la lucha contra un enemigo, ni siquiera contra un enemigo del Señor. Esto lo había olvidado Aod.

En ese entonces los israelitas estaban sujetos a los moabitas. Por la fuerza habían aceptado un pacto que los obligaba a pagar tributos. Acompañado de una delegación de personas, Aod llevó el dinero de los tributos a Eglón en Jericó. Allí asesinó a Eglón e incluso logró escapar. Huyó al territorio de Efraín y con la trompeta reunió al pueblo. Allí declaró que desde entonces Israel y Moab se habían vuelto enemigos y que el Señor había entregado en sus manos a todos los enemigos de Israel, así como él, Aod, había sido capaz de dar muerte a Eglón.

Entonces Israel se apoderó de los vados junto al río Jordán y dio muerte a diez mil de los moabitas. De esta manera Israel reconquistó la jurisdicción que antes había tenido sobre Moab. Si el pueblo de Dios tiene fe, entonces también tiene la fuerza que necesita. Después de aquello hubo ochenta años de paz en la tierra.

Al término de aquel período de ochenta años, el pueblo fue amenazado por los filisteos al oeste. Samgar atacó a los filisteos matando a seiscientos de ellos con una aguijada de bueyes. Aparentemente utilizó la primera arma que encontró. Era todo lo que necesitaba para enfrentarse con los enemigos del Señor. Mediante aquella arma expresó su desprecio por ellos. Israel había recuperado sus fuerzas y nuevamente volvió a ser más fuerte que sus enemigos.

Como el sol naciente. En los tiempos después de Aod, los israelitas volvieron a olvidar que eran el pueblo del Señor que había sido llamado y apartado. Tampoco entendían el mandamiento del Señor en cuanto a no tolerar a los cananeos. Tranquilamente les permitieron reconstruir la ciudad de Hazor que había sido quemada por Josué cuando Jabín, rey de Hazor, había encabezado a los reyes del norte y formado con ellos una alianza contra Israel.

Sin embargo, Canaán era la santa herencia. Por eso el Señor castigó a

Israel levantando otro Jabín sobre la ciudad de Hazor. Este nuevo rey oprimió a los israelitas. Ellos no tenían valor de levantar ni un solo dedo contra Jabín, porque Sísara, comandante del ejército, disponía de novescientos carros. Los israelitas tenían tanto miedo de Jabín, que no se atrevían a viajar por las rutas normales para ir de una ciudad a otra, sino usaban rutas secretas.

¿En qué había quedado el honor de Israel? El nombre y el favor del Señor, la luz sobre Israel, se habían oscurecido en gran manera. Finalmente el pueblo clamó al Señor, sabiendo que él se había apartado de ellos.

Esta opresión ocurrió en el norte y afectó especialmente a las tribus de Zabulón y Neftalí. En la región central el juez era una mujer, Débora, que restauró la ley del Señor a un lugar de honor entre el pueblo. El celo de los hombres israelitas había decaído y buscaban asociarse con los cananeos. Ahora el Señor los avergonzó dándoles por juez una *mujer*.

Débora también era profetisa. En el nombre del Señor ordenó que Barac, un hombre de la tribu oprimida de Neftalí, fuese con diez mil hombres al monte Tabor. Allí el Señor le entregaría a Sísara. Pero Barac tuvo temor al pensar en los carros de hierro de Sísara de modo que no quiso obedecer la orden a menos que Débora fuese con él. Es comprensible su gran deseo de tener consigo a la profetisa, y con ella a la palabra del Señor. Pero el hecho de exigir su presencia como una condición para la obediencia era una muestra de incredulidad. Débora sí lo acompañó. Parece que la fe de la mujer fue más fuerte que la del hombre. Esto también se simbolizó en la profecía dicha sobre Sísara, según la cual sería una mujer y no un hombre quien le daría muerte.

Conforme a la orden recibida, Barac reunió a diez mil hombres de Neftalí y Zabulón, y con ellos se dirigió al monte Tabor. Esta montaña yacía sola en medio de una llanura extensa, un terreno maravilloso donde Sísara podría utilizar el poder de sus carros. Sísara avanzó. Despedazaría a Barac tan pronto éste descendiese de la montaña.

Lo que Sísara no comprendía era que él era traído a la planicie junto al monte Tabor por el Señor mismo. A la orden de Débora, Barac atacó a Sísara desde la montaña, como si viniese de la misma presencia de Dios. Mediante señales extraordinarias de la naturaleza, el Señor sacudió al ejército de Sísara. De esa manera los israelitas no tuvieron que luchar por la victoria; sólo tuvieron que perseguir a los hombres que ya estaban huyendo.

Respondiendo al llamamiento de Barac, también habían venido otras

tribus para participar en la batalla. Ahora los fieles de todo Israel perseguían al enemigo. ¿Qué significaban aquellos terribles carros para el Señor y para los que en él creían? En aquella persecución la Luz, el honor de Israel, volvió a resplandecer sobre Israel. En la victoria los israelitas reconocieron que realmente eran el pueblo que contaba con el favor del Señor.

Sísara saltó de su carro en un esfuerzo por escapar con mayor facilidad. Un hombre llamado Heber había levantado sus tiendas en la zona a la que se dirigía Sísara en su huida. Heber pertenecía a los ceneos, es decir, era un descendiente de Hobab, cuñado de Moisés. En realidad los ceneos vivían en el sur, pero Heber se había radicado en el norte. Vivía en paz con Jabín, el enemigo de Israel, y no era desconocido a Sísara. Sísara esperaba hallar refugio en su tienda.

Por eso Heber no compartía totalmente el destino de Israel. Pero su esposa Jael pertenecía de todo corazón al Dios de Israel. Durante la batalla ella se mantuvo de pie en la puerta de su tienda. En ella ardía el deseo de escuchar las noticias de la victoria del pueblo del Señor. Fue entonces cuando vio que Sísara se acercaba corriendo. Inmediatamente comprendió que el Señor lo había entregado a él con su ejército en manos de Israel. Súbitamente ella también sintió el deseo de luchar por el Dios de Israel.

La mujer invitó a Sísara a entrar en su tienda. Cuando Sísara le pidió agua, ella le dio leche y lo cubrió con una manta. A pedido de Sísara permaneció de pie junto a la puerta de la tienda para decir a los que pasaran por allí que en el interior de la tienda no había nadie. Pero cuando Sísara se durmió, ella le mató clavándole con una estaca de la tienda. La había impulsado el celo por el Dios de Israel, aunque la forma de participar en la lucha no puede ser defendida.

Barac, que había estado persiguiendo a Sísara, descubrió que su enemigo había sido muerto por mano de una mujer, tal como lo había profetizado Débora. Paulatinamente los israelitas subyugaron a Jabín y finalmente lo exterminaron totalmente.

Débora y Barac cantaron un himno referido a esta batalla. Débora alabó al Señor porque él se había vuelto en su fidelidad a Israel, así como tiempo atrás había revelado su gloria en el monte Sinaí. En este cántico juzgó a las tribus de Israel alabando la fidelidad de las tribus de Neftalí, Zabulón e Isacar del norte, y a Efraín, Manasés y Benjamín del centro de la tierra. Además reprendió a las tribus infieles. Los rubenitas hacían muchos planes al otro lado del río Jordán, pero nunca hacían

nada para llevarlos a cabo; eran amantes del descanso. Dan y Aser se mantuvieron cerca del mar. En el nombre del Angel del Señor maldijo a aquellos que no ayudaron a perseguir al enemigo, ni siquiera cuando la victoria ya estaba segura. Luego describió la consternación y confusión entre las filas de los enemigos de Israel.

De veras, la luz del hombre de Dios y de su favor habían vuelto a resplandecer sobre Israel. Una vez más se había demostrado que los israelitas eran el pueblo en cuyo medio habitaba Dios en Cristo, es decir, el Angel del Señor. Debido a que Cristo es siempre victorioso, aquellos que creen en él algún día serán eternamente victoriosos. De esa manera Débora terminó su cántico con estas palabras: "Mas los que te aman sean como el sol cuando sale en su fuerza". Luego hubo paz en la tierra por cuarenta años.

2: El reino de gracia

Jueces 6—9

Cuando Gedeón aparece sobre el escenario, aparentemente el culto de Baal había penetrado profundamente en la vida de los israelitas. Es sorprendente que Dios todavía mostrase misericordia y favor a un pueblo que había quebrantado tan rotundamente su pacto. Sin embargo, Dios seguía fiel. El primer descubrimiento de Gedeón es que el Señor es paz.

El Señor no esperó que el pueblo confesara sus pecados. Dios mismo tomó la iniciativa enviando un profeta, sin embargo no leemos que el pueblo se haya arrepentido en respuesta a las palabras del profeta. Al contrario, en Ofra continuaba la idolatría. De todos modos, el Señor es paz. El es quien toma la iniciativa en el pacto y concede su perdón.

¡Qué asombroso! Ese es el motivo por el cual Gedeón pidió más de una señal. Su petición no fue una muestra de incredulidad. Su actitud era ésta: "Señor, yo creo. Ayuda mi incredulidad". En otras palabras: "Ayúdame a luchar contra mi incredulidad".

Su pedido de una señal por medio del vellón es muy significativo. El padre de Gedeón lo había instruido en el servicio de Baal, que es el culto a las fuerzas de la naturaleza. Por supuesto, no hay fuerzas inherentes en la naturaleza. Es el Señor quien gobierna todas las cosas. Baal no es dios, sino *el Señor.* Como el Dios viviente, autor de todas las cosas, el Señor se reveló a sí mismo en el milagro del vellón. En un caso como éste no deberíamos hablar de una fuerza sobrenatural. Basta con decir, que Aquel, que generalmente hace las cosas conforme a su curso regular, se estaba apartando de las reglas de dicho curso. Lo hizo así para responder a la oración de Gedeón a fin de revelarse a él.

Al decir que el Señor toma la iniciativa en el pacto, no pretendemos afirmar que Dios no anhele llevar a su pueblo a una confesión de culpa, y a buscar la justicia. En esta historia trató de lograr una confesión de parte de su pueblo enviándole en primer lugar un profeta que le predicase el arrepentimiento. La misma preocupación se expresó en la conducta reformativa de Gedeón al destruir el altar de Baal. Mediante ese hecho Gedeón ya se había convertido en juez. Se lo llamó *Jerobaal*, es decir, *Baal*

contienda contra él. Tiempo después este nombre se convirtió en un honor en el sentido de *peleador con Baal.*

Además, mediante la victoria de los trescientos el Señor condujo a Israel a una conversión del temor a la fe. El castigo de Sucot y Peniel también sirvió para enseñar al pueblo el temor del Señor, es decir, a esperar en su misericordia. Finalmente el juicio sobre Siquem y Abimelec (que se había levantado como rey conforme a la costumbre cananea) tuvo el propósito de enseñar justicia a Israel.

Pero detrás y en todos estos hechos reinaba sobre el pueblo la misericordia de Dios que está en Cristo.

Pensamiento clave: *Siempre es victoriosa la misericordia de Dios sobre su pueblo.*

El Señor es la paz. Después de Débora y Barac, los israelitas siguieron alejándose del Señor. No solamente dejaron de luchar contra los cananeos, sino que también siguieron asociándose cada vez más con ellos. Como resultado, el culto a Baal se infiltraba profundamente en la vida de Israel. Los israelitas adoraban las fuerzas de la naturaleza en forma de Baal y Astarte. ¡Lo hacían como si existiesen fuerzas naturales independientes del Señor quien gobierna todas las cosas! Seguramente los israelitas lo sabían mejor. Si era el Señor quien gobernaba todas las cosas, los israelitas debían haber recordado que lo hacía motivado por su favor para con su pueblo. Dios quería glorificarse en ese favor.

Pero los israelitas olvidaron ese favor y lo rechazaron. Nuevamente el Señor demostró ser fiel a su palabra impulsando a los madianitas, amalecitas y árabes a atacar a los israelitas. Estos pueblos eran nómadas, pastores que iban de un lugar a otro. De esta manera dependían para su alimento de otros pueblos. La forma más sencilla de conseguir sus alimentos era robarlos. Cada año, en la época de la cosecha, invadían a Canaán. Después de cruzar el Jordán seguían la planicie muy fértil de Jezreel, y desde allí avanzaban a través de la llanura hasta la orilla del mar. Recorrían todo el camino hasta llegar a Gaza, en la tierra de los filisteos.

Esto continuó durante siete años sucesivos. En estas campañas no sólo robaban la cosecha, sino también el ganado. Los israelitas fueron empobreciéndose y se escondieron en cuevas con sus posesions. ¿Dónde estaba la tierra prometida que fluye leche y miel? El pueblo de Dios no recibía las ricas bendiciones ni el honor de la victoria. En su vergüenza se mantenían ocultos y exhaustos. En esas circunstancias los israelitas clamaron al Señor pidiendo liberación.

Esto no significa que el pueblo se haya arrepentido y vuelto al Señor, rompiendo sus relaciones con los cananeos y abandonando la adoración a los ídolos. Al contrario, la idolatría continuaba en todas partes. Sin embargo, por amor a Cristo, el Señor miró con favor a su pueblo. Debido a su fidelidad al pacto, Dios perdonó a su pueblo y se propuso a hacerlo volver a él otra vez. Israel vería que todavía existía la misericordia y que todavía reinaba la gracia.

En respuesta a esta misericordia el pueblo debía haberse vuelto al Señor. El Señor incluso les envió un profeta para recordarles las grandes obras que Dios había hecho para librarlos de Egipto e introducirlos en Canaán. En nombre del Señor el profeta reprendió al pueblo por su infidelidad.

Pero el Señor también mostró su misericordia en otra forma. Cierto día, Gedeón, hijo de Joás, cabeza de una pequeña ciudad de Ofra, estaba ocupado trillando el trigo en el lagar. No estaba procediendo en la forma acostumbrada, sacudiendo el trigo sobre el suelo; lo estaba haciendo en forma secreta por temor a los madianitas. Ocupado con este trabajo se le apareció un hombre y le dijo: "Jehová está contigo, varón esforzado y valiente".

Gedeón vivía en un medio ambiente idólatra. En su pueblo y aun en la casa de su padre se adoraba a Baal. Sin embargo, Gedeón estaba profundamente preocupado por la humillación de Israel y muchas veces recordaba las grandes obras que el Señor había hecho en días anteriores. Por eso, cuando aquel hombre le dirigió la palabra, no estaba pensando en términos personales de sí mismo, sino en términos de Israel. Afirmó que obviamente el Señor *no* estaba con su pueblo, sino que se había apartado de él. Por la fe Gedeón comprendió adecuadamente la situación.

Sin embargo, aunque en aquella plaga el Señor estaba *contra* su pueblo, en Cristo estaba *con* su pueblo. A pesar de todo, prevalecería su misericordia. Eso fue precisamente lo que el hombre prometió a Gedeón. Gedeón debía proceder, convencido de que la palabra del Señor estaba con él, y que libraría a Israel de los madianitas. "¿No te envío yo?" dijo el hombre.

Gedeón vaciló. No era que Gedeón dudase de la palabra del Señor, sino que se sentía impulsado a señalar que su familia era la más pobre de Manasés, y que él mismo era el menor en la casa de su padre. ¿Por qué habría de utilizar el Señor instrumentos tan insignificantes? Entonces el hombre respondió que el resultado no dependería de los instru-

mentos, sino del Señor que estaría con él.

Durante la coversación Gedeón había notado que estaba tratando con una persona especial. Por eso, para poder estar completamente seguro de que era el Señor quien le hablaba a través de aquel hombre, Gedeón pidió una señal. Su pedido no era producto de un corazón incrédulo, sino una forma de confirmar su fe. Gedeón se fue para preparar algo de comer. Esto obligaría al hombre a prolongar un poco su estadía allí y al mismo tiempo le daría oportunidad de hacer una señal. ¿No era la fe, que por la palabra del Señor se había despertado en su corazón, una señal de que el Señor no había abandonado a su pueblo?

Gedeón recibió su señal. Al regresar Gedeón con la comida preparada, el hombre no la quiso comer. Dijo a Gedeón que la dejara sobre la roca. Entonces el hombre hizo salir fuego de la roca para consumir la comida a modo de sacrificio. Después de esto, desapareció.

Ahora Gedeón comprendía que se trataba de un ángel, y temía morir porque había visto la gloria del Señor. Ese temor todavía no había sido conquistado por la fe de Gedeón. Entonces el Señor habló en respuesta a su temor, quizás mediante una voz audible, o quizás hablando al corazón de Gedeón: "Paz a ti; no tengas temor, no morirás". En demostración de su fe, Gedeón construyó un altar al Señor y lo llamó, "El SEÑOR es paz".

Gedeón tenía razón: ese hombre había sido un mensajero del Señor. En realidad se trataba del Angel del Señor, el Señor mismo, el Cristo. Había llegado a Gedeón para hablarle de misericordia y de paz, para prometer la liberación. Además, lo hizo aun *antes* que Israel hubiese confesado su pecado. Si el Señor no tomaba la iniciativa de volverse a su pueblo, el pueblo nunca volvería a él. Aun antes que Gedeón comprendiera lo que realmente estaba ocurriendo, recibió la señal que había pedido.

La obra reformativa de Gedeón. Gedeón había construido un altar al Señor como una señal. Pero junto al altar en Ofre había un altar levantado a Baal y también una columna que llevaba la imagen de la diosa Astarte. Uno de los altares tendría que ser eliminado.

Esta misma noche el Señor ordenó a Gedeón que destruyese el altar de Baal y que derribase la columna junta a él. Usando la columna como leña, debía quemar al toro de siete años perteneciente a su padre como un sacrificio sobre otro altar que debía construir al Señor. Aquí el Señor mismo ordenó que se sacrificase en un lugar diferente a Silo, y por me-

dio de alguien que no era sacerdote. Puesto que el mismo Señor había ordenado hacerlo así, era correcto hacerlo.

Gedeón temía que los hombres de su ciudad no le permitirían cumplir la orden a la luz del día. Por eso esperó hasta la noche para cumplir su misión, acompañado de otros diez hombres que aparentemente se oponían al culto de Baal.

Al día siguiente los hombres de la ciudad descubrieron lo que Gedeón había hecho. De inmediato quisieron matarlo. Gedeón debe haber experimentado una gran tensión interna al esperar la reacción de su padre Joás. Pero la gracia del Señor también conquistó a Joás quien dijo a los hombres de la ciudad que Baal tendría que defenderse a sí mismo contra Gedeón. Joás añadió que cualquiera que se atreviese a levantar la mano contra Gedeón sería muerto inmediatamente. Por eso Gedeón fue llamado *Jerobaal*, que quiere decir *que Baal contienda contra él.* Con el tiempo *Jerobaal* se convirtió en un nombre de honor, con un significado inverso, es decir, *peleador con Baal.*

Ahora el Espíritu del Señor se posesionó de Gedeón. Viviendo solamente por fe en la palabra del Señor era capaz de hacer cualquier cosa. Gedeón tocó la trompeta para convocar al pueblo a la batalla. Los primeros que se le unieron fueron los hombres de su propia tribu que poco tiempo antes habían querido darle muerte. Ellos también fueron impulsados por el Espíritu del Señor. Luego vinieron muchos otros hombres de la tribu de Manasés y también de las tribus del norte, de Aser, Zabulón y Neftalí.

Sin embargo, Gedeón todavía tenía que luchar constantemente con su incredulidad. Su padre le había enseñado que los baales eran fuerzas de la naturaleza. ¡Ahora que el Señor dé prueba que no habían fuerzas naturales existentes por sí mismas como dioses, que deben ser adorados! ¡Que el Señor demuestre que *él* hace todas las cosas!

Gedeón pidió que el Señor lo demostrase a través de un vellón de oveja. Quería que durante la noche el vellón fuese mojado por el rocío, en tanto que la tierra alrededor de él permaneciese seca. Para estar seguro de que aquello fue obra del Señor y no un fenómeno de la lana atrayendo al agua de su proximidad, Gedeón pidió que durante la noche siguiente el fenómeno fuese invertido. Al conceder el pedido de Gedeón, el Señor demostró que realmente es él quien hace todas las cosas, que él es el Dios viviente. Y Gedeón lo creyó.

Victoria del Señor. Había 32.000 hombres con Gedeón. Semejante ejército difícilmente podía ser comparado con el de los madianitas, pero, algo era algo. Siguiendo el mandamiento del Señor, Gedeón declaró que cualquiera que tuviese temor de la próxima batalla tenía libertad de regresar a su casa. Tal procedimiento no era nuevo. Sin embargo, en este caso el resultado fue inesperado: 22.000 hombres lo abandonaron, dejando solamente diez mil. Aquello fue la obra del Señor. El Señor quería evitar que la victoria pudiese ser atribuida al valor de Israel. La victoria tendría que ser reconocida como fruto de la misericordia del Señor y de su gracia sobre Israel.

Por eso el Señor dijo que los diez mil hombres todavía eran demasiados. Gedeón debía darles la orden de beber. Aquellos que se apresuraron a inclinarse a beber debían ser apartados. Estos resultaron sumar 300 hombres, muchos de los cuales eran abiezeritas que eran de la misma región que Gedeón. Estos trescientos hombres recibieron las provisiones y las trompetas de los demás que fueron enviados de regreso a su casa.

Gedeón avanzó con este pequeño ejército. De su parte aquello fue una genuina demostración de fe. Gedeón debía confiar solamente en el Señor. Para fortalecerlo en su fe, el Señor ordenó a Gedeón a entrar a hurtadillas al campamento madianita en la noche. Allí, acompañado de su siervo Fura, Gedeón oyó cómo uno de los soldados relataba a su compañero un sueño. En el sueño un pan de cebada vino rodando desde la colina y derrumbó la tienda del capitán. Según la interpretación del otro soldado, el sueño significaba que Gedeón los conquistaría. Con esto Gedeón comprendió que el temor del Señor ya había caído sobre los madianitas.

A medianoche Gedeón dividió a sus hombres en tres grupos. A la señal indicada debían tocar sus trompetas, romper sus cántaros, levantar sus antorchas y gritar: "Por el SEÑOR y por Gedeón". Los gritos que procederían de todas partes tenían el propósito de hacer creer a los madianitas que estaban rodeados por un gran ejército. El ruido de los cántaros rotos debía darles la impresión de que la destrucción de las tiendas ya había comenzado.

La confusión que siguió fue evidencia de la obra del Señor, porque los madianitas comenzaron a matarse entre ellos. Los israelitas sólo tenían que perseguir a un enemigo ya derrotado. La victoria se debió al Señor que había tenido misericordia de su pueblo en el Cristo.

Aceptando la misericordia del Señor. Todos los hombres que habían regresado a sus casas fueron llamados a participar en el perseguimiento. Gedeón también convocó a los hombres de Efraín para evitar que los madianitas cruzaran el Jordán. Cuando terminó la batalla, 120.000 madianitas habían muerto. Los de Efraín incluso capturaron y mataron a dos reyes, es decir, a Oreb y a Zeeb.

¿Aceptó Israel la victoria como un don de la misericordia de Dios? Pronto se demostró lo contrario. Los de Efraín reprocharon a Gedeón por no haberlos convocado desde un principio a la batalla. Ahora no podían compartir el honor de la victoria. ¡Aparentemente olvidaban que debían la victoria solamente a la misericordia de Dios! Gedeón evitó la rebelión potencial afirmando que los de Efraín habían hecho más que él y sus hombres. De esa manera dejaron de causarle problemas, pero no se sometieron en fe a la gracia de Dios.

Poco después volvió a demostrarse la misma actitud, ahora con mayor intensidad, cuando Gedeón y sus hombres cruzaron el Jordán para continuar la persecución del enemigo. Gedeón pidió a la gente de Sucot que le diera pan para sus hombres afirmando que estaba persiguiendo a los reyes madianitas Zeba y Zalmuna. Pero los oficiales de Sucot no aceptaron la gracia que Dios había mostrado a su pueblo. En su lugar se burlaron de Gedeón porque todavía no había capturado a esos reyes. ¡Qué incrédula puede ser la gente ante las evidencias de la misericordia del Señor! No pueden ni quieren aceptarla. Pero esa clase de incredulidad, esa clase de duda es pecaminosa.

Gedeón los amenazó con trillar la carne de los hombres de Sucot con espinos y abrojos del desierto, tan pronto como Dios le diese la victoria final. Y cuando los habitantes de Peniel lo trataron de la misma manera que los de Sucot, Gedeón amenazó con la destrucción de la torre de Peniel.

Zeba y Zalmuna todavía disponían de quince mil hombres. Aquello no era nada comparado con el ejército original de los madianitas, pero en contraste con los trescientos hombres al mando de Gedeón, todavía era una fuerza poderosa. Sin embargo, los soldados madianitas se sentían tranquilos, creyendo que la persecución ya había terminado. El ataque de Gedeón los venció fácilmente. Gedeón capturó a los dos reyes y los llevó de regreso consigo.

En el camino de regreso ejecutó sus amenazas. De un joven cautivo obtuvo los nombres de los ancianos de Sucot. Luego castigó a los ancianos con espinos y abrojos del desierto. También destruyó la torre de Pe-

niel y dio muerte a los oficiales. En el nombre del Señor estaba castigando el desprecio mostrado por la gracia del Señor.

Sin embargo, el mismo Gedeón no veía las cosas con mucha claridad. Regresó a su propia tierra con los dos reyes cautivos. Allí les reprochó por haber muerto a sus hermanos y les juró que si no lo hubiesen hecho, les hubiera perdonado la vida. Con ello Gedeón dejaba de considerar a los dos reyes como enemigos del Señor, y los consideraba enemigos personales. Puesto que para él se trataba de un caso de venganza de sangre, ordenó a su hijo mayor a dar muerte a los reyes. Cuando su hijo no se atrevió a hacerlo, Gedeón mismo les dio muerte guardando para sí sus tesoros.

Aun Gedeón olvidó que no debía ser más que un siervo de la gracia del Señor. Sin embargo, poco después demostró que era siervo, al rehusar la petición de los hombres de Israel de serles rey. Gedeón respondió que el Señor los gobernaría.

Aquella petición no procedía del Señor. Lo que aquellos hombres querían era un rey a la manera de los cananeos. De esa manera su petición revelaba un desprecio por el reinado de gracia que acababa de manifestarse en forma tan gloriosa.

Gedeón sí rechazó esa petición, pero tiempo después se comportó más o menos como un monarca oriental. Tomó numerosas esposas, engendró setenta hijos, y tuvo una concubina de Siquem que le dio un hijo a quien llamó Abimelec. De esta manera Gedeón impidió la revelación de la gracia del Señor.

Gedeón hizo lo mismo en forma aun más ofensiva. Pidió que cada uno de los hombres de Israel le diese una parte de los despojos. De esos despojos se hizo confeccionar un espléndido ropaje sacerdotal y estableció su propio centro religioso en Ofra, su ciudad natal. De esa manera quería que Ofra compitiese con Silo. Semejante a un monarca oriental, con poder sobre los dioses, y los cultos a los dioses, tomó en sus propias manos el servicio del Señor.

¿Qué había sucedido con la sencilla fe mediante la cual había aceptado al principio la promesa del Señor? El éxito había sido demasiado para él. Gedeón ya no vivía bajo el reinado de la gracia, pero siguió el ejemplo del resto de los israelitas. No dejó lugar alguno para el Cristo, de quien en realidad debía haber sido un tipo, para reinar sobre Israel.

El rechazo del reinado de gracia. Gedeón trasmitió, particularmente a su hijo Abimelec, el espíritu de error. Después de aquella liberación

todo Israel volvió a apartarse del Señor. Pero Abimelec fue particularmente culpable de corromper la vida del pueblo. Después de la muerte de su padre, dijo a la gente de Siquem (ciudad natal de su madre) que los setenta hijos de Gedeón seguramente buscarían dominar a Israel. ¿No sería mejor entonces que Abimelec fuese reconocido como único soberano en Israel? Los hombres de Siquem le prestaron atención y le dieron dinero de la casa de Baal-berit. Con este dinero contrató a algunos mercenarios inescrupulosos. Luego atacó a sus hermanos dándoles muerte a todos sobre una sola roca. El único en escapar fue Jotam, su hermano menor.

De esta manera fueron introducidos en Israel las costumbres paganas del fratricidio y asesinato políticos. ¿Pero qué más podíamos esperar de un tiempo cuando Baal era venerado como Baal-berit, es decir, como señor del pacto? ¡El honor que merecía el Señor del pacto era rendido a Baal!

Desde la cumbre de una colina frente a Siquem Jotam habló a los ciudadanos y les relató una parábola. En su parábola retrató a Abimelec como una zarza que en carácter de rey domina sobre los otros árboles. Relatando aquella gran parábola el mismo Jotam no conocía otra razón mejor para que los israelitas no tuviesen rey, que el hecho de vivir mejor sin rey. Además, en cuanto a él la aceptación de un reinado era simplemente un asunto de orgullo. Aparentemente el servicio del Señor había desaparecido totalmente de Israel. En su despectivo discurso, Jotam ya predecía que Abimelec consumiría a los ciudadanos de Siquem y a la casa de Milo, que es la fortaleza de Siquem. También declaró que Siquem devoraría a Abimelec.

La predicción de Jotam fue cumplida. En un conflicto posterior, Abimelec destruyó a Siquem, dando muerte a sus ciudadanos. Mientras conquistaba otra ciudad que junto a Siquem se había rebelado contra él, su cráneo fue despedazado por una piedra de molino que una mujer arrojó desde el techo de la torre. Abimelec pidió a su escudero atravesarlo con su espada para que la gente no tuviese oportunidad de decir que había sido muerto por una mujer. De todos modos, su nombre pasa a la historia con vergüenza.

Dios había juzgado el estilo cananeo del reinado que rechazaba el reinado de Cristo. De esta manera vengó el rechazo de su reinado de gracia. ¡Con qué justicia juzgará Dios algún día al mundo y a todos aquellos que no han reconocido la soberanía de Cristo!

3: Conmovido por la miseria de Israel.

Jueces 10—12

La clave de los relatos que ahora consideraremos es Jueces 10:16, donde leemos que el Señor "fue angustiado a causa de la aflicción de Israel". Evidentemente la plena revelación de la gracia de Dios a través de la liberación obrada por Gedeón no había logrado volver a Israel al Señor. Pero ahora, bajo la opresión de los amonitas en el este y de los filisteos en el oeste, el pueblo clamó al Señor. Si bien apartaron de sí los dioses extraños y sirvieron al Señor, su conversión no fue de todo corazón. En consecuencia, el Señor les anunció que no los libraría más. Que clamasen a los dioses cuyo culto habían escogido.

Esta declaración del Señor no significa que había apartado su favor eterno en Cristo de su pueblo. Simplemente quiere decir que por el momento no les permitiría experimentar su favor. No les concedería la plena comunión del pacto. Por el momento se mantendría lejos.

Sin embargo, no quería verlos sufrir sin hacer algo al respecto. Cuando los enemigos triunfaban sobre los israelitas, el sufrimiento de Israel entristecía al Señor por amor a su propio nombre. En Cristo todavía estaba ligado en gracia a su pueblo. Pero en ese momento Dios no podía darse a sí mismo a su pueblo. Se mantenía alejado, como a veces un padre guarda su distancia del hijo, sin interferir ni castigar, con la esperanza de que en algún momento el hijo se arrepentirá. Y a su tiempo Israel se arrepintió a través del liderazgo espiritual y la reforma de Samuel.

Debido a que Dios no se daba al pueblo, el pueblo no podía darse en fe a él. Ni siquiera podía hacerlo Jefté, el juez. Leemos que el Espíritu del Señor vino sobre Jefté. El Espíritu abrió su corazón de tal manera que pudo ver lo que el Señor podía ser y quería ser para su pueblo. (Véase Heb. 11:32-34).

Lo que faltaba en Jefté y en el resto del pueblo de Dios era una sumisión continua y total en fe a la misericordia del Señor. Eso se demuestra en el voto de Jefté.

Un voto puede ser una señal de la sumisión en fe. Al hacer el voto uno acepta en fe la promesa del Señor. Una vez Jacob hizo un voto con ese espíritu. Pero no era esa la forma en que Jefté consideraba el voto que ha-

bía hecho. En su lugar, lo consideraba un mérito de su parte, un mérito mediante el cual compensaría al Señor por el favor que le había mostrado a él y a su pueblo. De allí también surge esa promesa absurda: "Cualquiera que saliera de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová y lo ofreceré en holocausto". No se trataba aquí de lo que el Señor escogía, mas de lo que señalaría la casualidad. Jefté no estaba ofreciendo un sacrificio como una señal de que consagraba completamente su vida al Señor; más bien expresaba su disposición de aceptar cualquier sufrimiento si el Señor le daba la victoria.

Que esta fue realmente su actitud es evidente de su expresión de dolor al llegar el momento de cumplir el voto mediante el sacrificio de su hija. Jefté no sentía el regocijo de un verdadero sacrificio, un sacrificio en el cual se entregaba a *sí mismo*. Al contrario, consideraba el servicio del Señor como un servicio que requiere sufrimiento y muerte. Sin embargo, este sufrimiento le parecía demasiado severo, aunque debe haber sabido desde el principio mismo que un ser humano debería ser sacrificado.

Es claro que Jefté no sabía lo que significa descansar en la gracia de Dios, quien, mediante el sacrificio de Cristo, puede ser todo para nosotros. En el concepto de Jefté era preciso ofrecer cierta cantidad de sufrimiento para recompensar al Señor. Esto nos recuerda el voto de Rubén hecho a Jacob: si Benjamín no regresaba sano y salvo de Egipto Jacob podía dar muerte a los dos hijos de Rubén (Gn. 42:37).

Por eso el sacrificio de Jefté fue totalmente inútil e innecesario. Con respecto al cumpliento de aquel sacrificio, personalmente no creo que Jefté haya sacrificado a su hija sobre el altar, o aun que la haya apartado para el servicio en el santuario. Lo más probable es que el sacrificio haya consistido en condenarla a una existencia solitaria y aislada sin matrimonio, sin posibilidad de ser madre y sin comunicación con otros.

Tanto para Jefté como para su hija, fue un sacrificio inútil. Jefté ni se molestó en buscar la luz de la palabra del Señor consultando al sumo sacerdote.

Este episodio no está bajo la luz de la gracia del Señor en Cristo. Es un episodio rodeado de tinieblas y sombras. Por eso, al relatar esta historia a los niños no debemos olvidar de recordarles el sacrificio de Cristo, en contraste con el sacrificio hecho por Jefté.

A lo largo de este capítulo de la historia de Israel, el pueblo demostró la misma actitud espiritual que había en Jefté. En efecto, su primer motivo para llamar a Jefté fue su habilidad militar y no el hecho de haber sido designado por el Señor como libertador de Israel. Jefté no se sometió incondicionalmente al llamado del Señor; al contrario, sólo estuvo dispuesto a servir a Israel si Israel lo designaba cabeza del pueblo. Buscaba una recompensa por el desprecio que había sufrido antes.

La guerra civil entre Efraín y los israelitas de Transjordania también muestra que la victoria no fue asignada al Señor. Sobre ese punto particular Jefté no pudo convencer a Efraín. En contraste con Gedeón no halló las palabras adecuadas para detener la tormenta.

Pensamiento clave: *Aun en tiempos de alejamiento, el Señor es conmovido por la miseria de su pueblo.*

Apartándose de su propio pueblo. Después del tiempo de Abimelec, dos jueces, llamados Tola y Jair, se levantaron para evitar que Israel se dividiese y fuese destruido. Se los cuenta entre aquellos que juzgaron a Israel en el nombre del Señor. No obstante desconocemos sus obras.

Con el correr del tiempo también aumentaba la codicia de los jueces por los honores reales. Jair no fue una excepción. Tenía treinta hijos que cabalgaban sobre asnos. Jair permitió que cada uno de sus hijos tuviese una ciudad propia.

Después de su muerte, los israelitas siguieron alejándose del Señor y de su pacto para adorar las fuerzas de la naturaleza. Querían honrar a la criatura más que al Creador. El Señor quería darles su amor y compañerismo, pero ellos lo rechazaron. Aprendieron las costumbres de los cananeos y los otros pueblos vecinos y servían a las fuerzas naturales asignándoles los nombres que habían aprendido de aquellos pueblos. Los israelitas habían tenido la oportunidad de alcanzar cada vez mayor independencia, como el pueblo a quien el Señor había escogido para revelarse a sí mismo. Sin embargo, bajaron a un estado de total dependencia a los pueblos paganos que los rodeaban y los imitaron servilmente.

Puesto que el pueblo se alejó del Señor, él permitió que cayese en manos de los amonitas en el este y de los filisteos en el oeste. De manera particular fueron oprimidos por los amonitas. Los amonitas conquistaron toda la Transjordania e incluso cruzaron el río Jordán para oprimir a Efraín, Benjamín y Judá.

Entonces los israelitas comenzaron a sentir un terrible temor. Su existencia en la tierra de Canaán estaba en juego. En esta opresión el Señor estaba demostrando que no se había olvidado de su pueblo. Por medio del castigo quería hacerlos volver a él. Sin embargo, puesto que ellos habían abandonado el pacto, el rostro del Señor se había apartado de Israel.

Y esto no cambió aun cuando el pueblo en su angustia clamó al Señor. El Señor les reprochó su falta de fe después de haberlos rescatado tantas veces, indicando que ahora podían buscar auxilio de los dioses a quienes habían escogido servir.

Los israelitas confesaron sus pecados y siguieron clamando al Señor. Incluso apartaron de en medio de ellos a los dioses extraños y restauraron el servicio al Señor. Sin embargo, habiendo persistido tanto en su

alejamiento del Señor en sus corazones, realmente no volvieron a él, y por eso no fue restaurada la comunión. El Señor no estaba dispuesto a volverse con la plenitud de su favor a su pueblo. Por otra parte, no podía pasar por alto completamente su angustia, puesto que en el Cristo seguía siendo *su* pueblo. Debido al sufrimiento que padecían y a los triunfos de sus enemigos, el Señor se sintió entristecido y quiso darles cierto alivio. ¿Aprendería el pueblo a vivir en justicia si los librara una vez más? En el futuro les enviaría un profeta que los llevaría a una reforma.

Librados por la compasión divina. Los amonitas reunieron un gran ejército para ejercer aún más presión sobre Israel. Los habitantes de Galaad (en Transjordania) también reunieron un ejército. Querían comprometer a los amonitas en una lucha a muerte. Fue un acto de desesperación del pueblo. Sin embargo, ocurrió bajo la dirección del Señor. ¿Pero quién los guiaría en esa batalla?

En Galaad vivía un hombre llamado Galaad. Además de los dos hijos que nacieron de su matrimonio, tuvo un tercer hijo con una mujer extranjera, pecadora. Su nombre era Jefté. Jefté fue expulsado por sus hermanastros y huyó hacia los límites del norte de Galaad, donde se convirtió en líder de un grupo de hombres ociosos. Eran hombres que por un motivo u otro habían sido rechazados por la sociedad y entonces se habían congregado alrededor de él. Jefté llegó a ser conocido como un guerrero poderoso.

Los ancianos de Galaad dirigieron su atención a Jefté y lo llamaron prometiendo nombrarlo gobernador si ganaba la batalla. A ese efecto Jefté hizo jurar un voto a los ancianos de Galaad. En presencia del ejército en Mizpa se hizo un solemne trato ante la presencia del Señor. Jefté anhelaba ese honor para que la vergüenza sufrida a mano de sus hermanastros fuese borrada.

En ninguna parte leemos que *el Señor* haya designado a Jefté como libertador de su pueblo. Había sido escogido por el hecho de ser un poderoso guerrero. El mismo Jefté no interpretaba el pedido del pueblo como un llamado del Señor al que habría de someterse incondicionalmente. Pero en cualquier caso, la aparición de Jefté sobre el escenario era obra del Señor. Era *él* quien había escogido a Jefté como libertador de su pueblo. Muchas veces el Señor lleva a su pueblo por el sendero correcto a través de sus propias deliberaciones incrédulas.

Las otras tribus se negaron a acudir al llamado de Jefté para partici-

par en la batalla. Antes de unirse Jefté a los hombres de Galaad en batalla contra los amonitas, trató de lograr una retirada de parte del rey de Amón. Cuando el rey se negó afirmando que los israelitas originalmente habían tomado la tierra de manos de los moabitas y amonitas, Jefté respondió que en ese tiempo la tierra pertenecía a los amorreos y que Israel la había conquistado de sus manos. Por ese motivo ni Balac (rey de Moab) ni sus sucesores jamás habían reclamado la tierra de Israel. Continuando con su razonamiento en esta dirección Jefté dijo: "Lo que te hiciere poseer Quemos tu dios, ¿no lo poseerías tú? Así, todo lo que desposeyó Jehová, nuestro Dios delante de nosotros, nosotros lo poseeremos.... Jehová, que es el juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Amón".

Cuando los amonitas no le hicieron caso, el Espíritu del Señor vino sobre Jefté. Mediante ese poder podía convertirse en el libertador de Israel. El Señor abrió su corazón de modo que creyese en el poder del Señor, poder que libraría a Israel.

Fue por fe, entonces, que Jefté pudo librar a Israel. No obstante, esa fe no libró a Jefté de todas sus nociones equivocadas referidas al Señor y a su servicio. Jefté hizo un voto al Señor prometiendo que la primera persona que saliese de su casa para saludarlo después de la victoria, sería sacrificada al Señor. Lo que quiso decir es que la persona que había de ser sacrificada sería aislada de la sociedad para vivir una vida de soledad.

A pesar de las ideas equivocadas de Jefté, y el arrepentimiento incompleto del pueblo, el Señor dio a Israel una victoria completa por medio de la fe que el Espíritu de Dios había despertado. En consecuencia, Amón fue despojado por muchos años de su poder. ¡Es cierto que muchas veces el alivio concedido por Dios a su pueblo les causa vergüenza!

El sacrificio inútil. Cuando Jefté se acercaba a su casa, su hija, hija única, salió a su encuentro danzando y tocando la pandereta. Entonces, recordando su voto, Jefté rasgó sus vestidos en señal de duelo, lamentando su promesa y la bienvenida que le había dado su hija. El gozo de la victoria fue totalmente destrozado. Su hija se sometió a la decisión afirmando que la promesa de su padre debía ser cumplida.

¡Qué ceguera la de aquellos dos! El motivo mismo que subyacía al juramento de Jefté era equivocado. Jefté pensaba que él mismo tendría que sufrir un poco para que el Señor le diese la victoria. Este sufrimiento que se había impuesto por voluntad propia sería una especie de re-

compensa con la cual Israel pagaría su deuda con el Señor, ¡como si el Señor no hubiese actuado de pura gracia al librar a su pueblo! Jefté no comprendió que el favor demostrado a Israel sería merecido totalmente por el Cristo y que nosotros nunca podemos pagar en la más mínima medida nuestra deuda con el Señor. Además, ¿qué significado podría tener para el Señor semejante sacrificio? ¿Se complacería el Señor en el sacrificio de la hija de Jefté? ¿Serviría de alguna manera para expiar la culpa del pueblo?

En su ceguera Jefté y su hija cumplieron el voto. No consultaron al sumo sacerdote por la palabra del Señor. Pero la hija de Jefté pidió una postergación de dos meses. Con sus amigas quería ir a las montañas y allí llorar el destino que le esperaba. Transcurridos los dos meses su padre la aisló del resto de la sociedad humana. Solamente durante cuatro días por año podían las doncellas israelitas acercarse a ella y consolarla en su soledad.

Fue un sacrificio sin sentido y sin propósito. El Señor no espera de nosotros que nos sometamos a sufrimientos para hacernos más agradables ante sus ojos. El sacrificio necesario fue hecho por el Señor Jesucristo. El hizo ese sacrificio para expiar completamente nuestros pecados. Gracias solamente a ese sacrificio Dios nos mostrará la plenitud de su favor.

De dicho sacrificio podemos jactarnos. Jamás podremos pagar la más mínima parte de nuestra inmensa deuda con el Señor. Demostramos nuestra gratitud aceptando y disfrutando la vida que él nos concede por amor a Cristo.

Guerra entre hermanos. Al oír las noticias de la victoria se reunieron los hombres de Efraín. Su ejército cruzó el Jordán para reprochar a Jefté por no haberlos llamado a unirse a él en la batalla contra Amón. Ellos también hubieran querido participar del honor de la victoria. No se les ocurrió pensar que el honor solo pertenecía al Señor. Los hombres de Efraín llegaron al extremo de amenazar con quemar a Jefté y su casa.

En contraste con Gedeón, Jefté no halló las palabras adecuadas para mitigar su enojo. Al contrario, los acusó por no haber acudido cuando él los convocó a la batalla. Jefté sí dijo que fue el Señor quien había entregado a los amonitas en sus manos, pero no halló suficiente fuerza para convencerlos en el nombre del Señor.

El resultado fue una guerra civil, una guerra entre hermanos. En la batalla prevalecieron los hombres de Galaad. Estos se apoderaron de

los vados del río Jordán. Luego, a medida que los fugitivos pasaban por ese sitio, les hacían decir la palabra *Shibolet*. Los hombres de Efraín no sabían pronunciar correctamente esta palabra y en su lugar decían *Sibolet*. De esa manera ellos mismos descubrían su origen. El fracaso en la pronunciación les costaba su vida. En total cayeron 42.000 hombres de Efraín.

Mediante esta catástrofe el Señor juzgó a Efraín por buscar su propio honor. ¿Cuándo aprenderá el pueblo de Dios a no buscar su propia gloria, y a vivir solamente con el Señor?

Jefté juzgó a Israel durante seis años. Fue sepultado en Galaad y honrado en la tierra de sus padres. Aquí vemos el favor de Dios sobre su vida. El Señor no nos trata conforme a nuestros pecados, ni nos paga conforme a nuestras iniquidades (Sal. 103:10)

Otros tres jueces sucedieron a Jefté, de los cuales conocemos poco más que sus nombres. Las Escrituras nos dicen que ellos también demostraron pasión por rodearse a sí mismos de honor y esplendor real. Los seres humanos siempre buscan algo más de lo que Dios les ha dado. Dios ha exaltado a nuestro Mediador, que fue el menor de todos. Nuestro Mediador exaltará a todos aquellos que le sirven por amor a Dios.

4: El hombre fuerte de Israel

Jueces 13—16

Sansón juzgó a Israel en aproximadamente la misma época que Jefté. En el oeste Israel era oprimido por los filisteos, y en el este por los amonitas. La opresión de los filisteos sobre Israel duró cuarenta años, terminando con la victoria de Israel bajo la dirección de Samuel. Sansón solamente comenzó la liberación de Israel del yugo de los filisteos. Es probable que sus actividades hayan comenzado cuando se secuestró el arca y cuando Elí murió repentinamente. Esto significa que las actividades de Elí precedieron a las de Sansón. (El motivo por el cual se han registrado en el libro de Samuel y no en el de Jueces es porque la obra de Samuel siguió inmediatamente al sacerdocio de Elí).

Sansón, el hombre fuerte de Israel, ocupó un lugar especial entre los jueces, porque él luchó solo contra los enemigos del Señor. Particularmente en este sentido fue un tipo del Cristo. Puesto que el relato destaca tanto su vida personal, también nos habla de los eventos que acompañaron su nacimiento. En este sentido también es, evidentemente, un tipo del Cristo.

Aunque Sansón luchó completamente solo, sus obras revelaron a todo Israel que el poder de Dios se manifestaría en la debilidad de Israel si el pueblo permanecía cerca del Señor. El Cristo quiere que su Espíritu viva en todo su pueblo.

Siendo el hombre fuerte de Israel, a Sansón no le fue permitido desaparecer en las neblinas de la oscuridad. Su muerte no sólo significó una restauración de su honor personal, mas también una restauración de su honor como libertador de Israel y como un tipo del Cristo. Sansón murió por amor a *Israel*. Por eso no debemos considerarlo un suicidio pecaminoso. En cambio, debemos ver en ella un acto que nos recuerda el autosacrificio de Cristo. Sansón oró que la vista de sus ojos fuese vengada, pero en realidad pidió que se vengase el hecho de haberse enceguecido al libertador de Israel.

Es cierto que las Escrituras en ningún momento mencionan un arrepentimiento de parte de Sansón por su conducta pecaminosa en relación a su condición especial de nazareo. Sin embargo, Sansón sabía que el destino de su vida estaba ligado a la causa del

Señor, y que él personalmente podría refugiarse en el Señor, porque El lo protegería por amor a su llamamiento. Esto lo aprendemos en Jueces 15:18.

Como nazareo Sansón fue de manera muy especial un tipo del Cristo. No era nazareo por su propia voluntad; fue anunciado antes de su nacimiento. Su llamamiento como nazareo incluso afectó el estilo de vida de su madre antes de dar a luz.

El nazareo era una persona apartada, consagrada al servicio especial de Dios. Por medio de los nazareos se mostraría al pueblo que las fuerzas y la influencia de los hombres no proceden de las cosas de esta tierra, es decir, del poder inherente a la vida misma. Ningún poder existe por sí mismo. Por eso el nazareo debía abstenerse de todo aquello que procedía de la vid, y también de los lujos de la tierra. Además debía evitar el contacto con cosas impuras o muertas. La muerte es resultado del pecado. Por el hecho de estar consagrado a Dios el nazareo debía evitar todo contacto con el pecado. (Sin embargo, en consideración al llamamiento de Sansón, en este caso no se dio la orden de evitar todo contacto con la muerte). Finalmente, el nazareo debía dejar crecer su cabello como una señal de la fuerza invencible de aquel que es consagrado al Señor, de aquel que ha recibido el Espíritu del Señor.

No hemos de inferir que la fuerza física de Sansón fuese una fuerza extraordinaria que le pertenecía por naturaleza. Si cometemos este error ya no podremos hablar a los niños del Espíritu del Señor. Era el Espíritu de Dios el que impulsaba a Sansón. Si centramos nuestra atención en la fuerza de *Sansón*, el elemento más destacado de la historia será el poderoso Sansón llevándose las puertas de Gaza. En ese caso los niños ya no podrán apreciar que el libertador de Israel era el *Señor*. El Espíritu del Señor, es decir, el Espíritu del Dios que es fiel al pacto, daba a Sansón aquella fuerza extraordinaria, que luego utilizaba para vencer a los enemigos del pueblo de Dios. Por eso no hemos de contar a los niños la historia de la vida de Sansón; en cambio, destacaremos la liberación del pueblo por medio del Señor.

Por otra parte, no debemos olvidar de señalar el pecado de Sansón. El Espíritu del Señor estaba obrando constantemente en su interior, manteniendo con vida a su espíritu. El Espíritu del Señor, que controlaba en forma tan poderosa a Sansón, también afectaba su pecaminosidad. Como resultado, el pecado con frecuencia irrumpía impetuosamente en su vida.

No hay excusa para este pecado incontrolado. Aparentemente Sansón no se había sometido suficientemente al Espíritu del Señor en su corazón y no era gobernado suficientemente por el Espíritu. Puesto que no estaba totalmente bajo el poder del Espíritu Santo, su vida diaria no estaba completamente consagrada al Señor como debía haberlo estado. En esas manifestaciones pecaminosas de su vida, Sansón también fue un antitipo del Cristo, y con ello un tipo del pueblo que se distinguía por sus deseos pecaminosos y por su infidelidad al Señor.

Las obras de Sansón demuestran claramente que sus conflictos con los filisteos eran de naturaleza personal. Los israelitas, que en aquellos días todavía no habían recibido suficiente dirección espiritual, fueron preservados. En ese sentido deberíamos comprender que Sansón, al buscar una

mujer filistea, estaba siguiendo la dirección del Señor (Jue. 14:4). Esto no niega el hecho que el deseo de Sansón por una esposa filistea fuese contrario al pacto del Señor y la voluntad que él había revelado. De cualquier modo, el Señor utilizó este pecado para causar el conflicto entre Sansón y los filisteos. De esta manera el Señor estaba ejecutando su consejo para librar a Israel.

Pensamiento clave: *Aparece el hombre fuerte de Israel para librar a su pueblo.*

El milagro de gracia en el nacimiento de Sansón. Después de la liberación obrada por Barac y luego por Gedeón, los israelitas siguieron apartándose del Señor. Nuevamente el Señor permitió que su pueblo cayese en manos de sus enemigos, utilizando a los amonitas en el este y a los filisteos en el oeste. Ya hemos visto cómo el Señor proveyó la liberación de los enemigos en el este a través de Jefté. Pero Dios también quería darles alivio en el oeste.

En el sudoeste de Canaán, en el pequeño poblado de Zora, que en realidad pertenecía al territorio de Judá, pero que había sido concedida al territorio de Dan, vivía un hombre llamado Manoa. Manoa y su esposa no tenían hijos. Esto debe haberles causado profunda tristeza. Sin duda oraban muchas veces por un hijo. Al no concederles el Señor esa bendición ellos creían que habían sido abandonados por Dios. Esto también debe haberlos hecho sentir que el Señor había abandonado a todo su pueblo Israel de aquel entonces, debido a su infidelidad.

Cierto día se le apareció a la esposa de Manoa un hombre con un algo muy especial en su apariencia. Aquel hombre le anunció que el Señor le daría un hijo. Sería un hijo especial, un nazareo, es decir, alguien que es apartado para el servicio especial de Dios. Además, desde el nacimiento mismo sería nazareo. No se le permitiría ingerir nada procedente de la vid ni había de beber bebidas fuertes. Sería preciso que todos viesen claramente que no recibiría su fuerza de ninguna cosa terrenal, sino que procedía solamente del Espíritu del Señor. Tampoco podría cortarse el cabello. Su enorme cabellera sería una señal de la fuerza inquebrantada de todo aquel que es consagrado al Señor. Ni siquiera a su madre se le permitió ingerir vino o beber bebidas fuertes o recibir comidas impuras antes del nacimiento. De esta manera debía ser consagrado al Señor, puesto que comenzaría a librar a Israel de los filisteos.

Manoa no estaba en casa cuando el hombre se apareció a su esposa. Ella pensó que el hombre sería un profeta aunque luego dijo a su esposo

que el rostro del hombre había sido como el rostro de Dios. Ni siquiera había pensado en preguntarle su nombre. Manoa, para hacer honor a su condición de esposo, pidió en oración al Señor que a él también le enviase el profeta, para que, como cabeza de la familia, pudiese participar en la responsabilidad de criar al hijo. Manoa y su esposa vivían por fe en la palabra del Señor. El Señor obraría un cambio en su situación y también en la situación de Israel.

El Señor oyó la oración de Manoa. Cuando el profeta volvió a aparecer a la mujer, ella llamó a Manoa y el recibió la misma promesa y las mismas instrucciones. Impulsado por la fe, y la gratitud, Manoa invitó al hombre a comer con ellos. El rechazó la invitación, pero afirmó que Manoa haría bien en ofrecer al Señor una ofrenda quemada. Normalmente esto sólo era permitido en el altar de Siloh. Pero la palabra del Señor había declarado que en esta ocasión era correcto hacerlo en Zora. Esto ayudó a Manoa a comprender un poco más que el hombre que se le había aparecido no era un hombre común. Al preguntarle por su nombre, el hombre se limitó a responder que su nombre era maravilloso.

Después que Manoa hubo sacrificado un cabrito sobre una roca, él y su esposa aguardaron para ver qué haría el hombre para encender la ofrenda. El procedimiento del hombre fue sorprendente; una vez encendido el fuego, él ascendió al cielo en las llamas. Con esto Manoa y su esposa comprendieron que el hombre era un ángel del Señor, de modo que allí cayeron sobre sus rostros. Movido por un temor supersticioso, Manoa afirmó que ahora seguramente morirían porque habían visto la gloria del Señor.

Esto era una idea muy popular. Ello demuestra cuánto nos hemos apartado de Dios. Hemos olvidado que la gloria de Dios, a través del Señor Jesucristo, se ha convertido en una gloria que ya no mata, mas da un carácter maravilloso a nuestras vidas. Manoa fue corregido por su esposa. "¿Por qué habría de matarnos el Señor", preguntó, "puesto que nos ha dado una promesa tan maravillosa?"

Es cierto que Manoa y su esposa entendieron correctamente muchas cosas, pero no todas. Aquel hombre no había sido un mero ángel; era el Angel del Señor que ya había aparecido muchas veces a su pueblo. Era el Señor Jesucristo. ¿Acaso no había dicho que su nombre era maravilloso?

En Dios, en el Señor Jesucristo, nosotros vemos el milagro de la gracia. En él está el don que nunca podríamos haber alcanzado por nosotros mismos. ¡En él hay gracia para nosotros, para los pecadores, para

un pueblo descarriado!

La gracia de Dios en el Cristo puede vencer todo pecado. Esto también se demostró en el nacimiento del niño prometido a Manoa y su esposa. Por eso su nacimiento fue una profecía señalando hacia el nacimiento del Redentor, quien no sólo libraría a su pueblo de los filisteos, sino del pecado y de todos los demás enemigos. Después de su aparición en la carne, nunca más rechazó la invitación de comer pan con su pueblo. Al contrario, anhela vivir constantemente con ellos, en plena comunión.

Cuando el niño nació, Manoa y su esposa lo llamaron *Sansón*, que significa *hombre fuerte*. La elección de ese nombre demostraba que eran guiados por Dios. Este niño sería un héroe que traería alivio a Israel.

El libertador es revelado a Israel. La parte de la tribu de Dan a la que pertenecía Sansón, vivía cerca del límite del territorio filisteo. Cuando Sansón llegó a ser adulto, el Espíritu del Señor comenzó a obrar en él. No hallando descanso en medio de su propio pueblo, comenzó a frecuentar los puntos limítrofes de Dan, haciendo frecuentes contactos con los filisteos.

Un día, en Timnat, vio a una señorita filistea que quiso tener por esposa. Aquí Sansón cometió el mismo pecado que todos los demás israelitas, es decir, buscar compañerismo con los paganos de Canaán. Sansón habló con sus padres sobre el asunto, pero éstos se opusieron al matrimonio. ¿Quién se hubiera imaginado que Dios utilizaría este pecado de desobediencia para causar el conflicto entre Sansón y los filisteos y de esa manera revelar a Sansón como el libertador de Israel?

Finalmente sus padres cedieron y fueron con él a Timnat. En el camino Sansón se apartó para caminar solo por unos momentos. En ese instante apareció un león rugiente. Entonces el Espíritu del Señor vino en forma poderosa sobre él. El Espíritu abrió su corazón con fe, de modo que pudo ver lo que sería capaz de hacer en la fuerza del Señor. Movido por esa fe despedazó al león como si se tratase de una cabra. Esto le demostró lo que sería capaz de hacer contra los enemigos de Israel en fe, si descansaba en la fuerza del Señor. Así Sansón comprendió su llamamiento. Sin embargo, guardó como un secreto aquel encuentro extraordinario con el león. Ni siquiera sus padres supieron de él.

Luego, al volver con ellos a Timnat para contraer matrimonio con la señorita, volvió a apartarse del camino para ver qué había sido del cuerpo

muerto del león. Sansón se sintió atraído al lugar donde se le había revelado su llamamiento. Allí descubrió que el cuerpo no se había descompuesto; se había secado en el sol, y un enjambre de abejas había hecho su nido en él y producido miel. Sansón tomó un poco de la miel y comió de ella; también dio algo a sus padres, sin contarles donde la había encontrado. Si Sansón seguía fiel a su llamamiento habría abundancia para él y su familia.

Luego se realizaron las bodas. La fiesta duraría siete días. Sansón fue acompañado por treinta compañeros, encabezados por el así llamado "amigo del esposo". Sansón les propuso un enigma: "Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura". Sansón fue imprudente al referirse a su encuentro con el león. Estaba jugando con algo que Dios le había dado, algo que debía guardar como un secreto. Durante su vida cometió el mismo pecado varias veces.

Pero en esta ocasión aprendió su primera lección. El acuerdo era que sus amigos le darían treinta vestidos de lino y treinta mudas si no podían resolver el enigma. Por su parte, Sansón les daría el mismo premio si lo resolvían. Al término del período de siete días los treinta filisteos amenazaron a la joven esposa de Sansón. Movida por el temor, ella pidió a Sansón que le revelase la respuesta al enigma. Sansón se rehusó afirmando que no se lo había dicho ni siquiera a sus padres. Finalmente, y debido a que ella siguió insistiendo y afirmando que él no la amaba, él le reveló su secreto. Con ello Sansón había traicionado algo muy especial de su vida entregándolo a una mujer pagana, y a través de ella a los filisteos. Del mismo modo el pueblo entero de Israel jugaba con su llamamiento especial, asociándose con los enemigos del Señor.

Debido a este engaño de parte de los filisteos, Sansón comenzó a entender que eran sus enemigos. Entonces el Espíritu del Señor volvió a llenarlo en forma poderosa. Sansón se dirigió a Ascalón. Allí dio muerte a treinta filisteos y tomando sus vestimentas las entregó a sus compañeros de boda. Encendido en ira por el engaño, abandonó a su esposa y regresó a su casa paterna.

Algunos días después se arrepintió de haber dejado a su esposa. Nuevamente no la consideraba una mujer *filistea*. Su corazón volvía a anhelarla. Sansón tomó consigo un cabrito como regalo, a fin de compensarla por la humillación que le había causado. Pero al llegar a la casa de su padre descubrió que su esposa había sido entregada a otro, es decir, al hombre que había sido el "amigo del esposo" en su propia boda. En su enojo Sansón castigó a los filisteos. Uniendo entre sí las colas de al-

gunos zorros, les ató antorchas encendidas y los dejó libres en los sembrados de los filisteos. Pronto quedó destruida la cosecha. Los filisteos se vengaron quemando en vida a la esposa y al suegro de Sansón. Sansón respondió dando muerte a muchos filisteos. En una explosión de ira quebró brazos y piernas de sus enemigos.

A pesar de todas las equivocaciones de Sansón los filisteos comprendieron que en Israel se había levantado un libertador, que en Israel había un hombre que era más fuerte que todos ellos juntos, porque el Señor estaba con él. Si los israelitas tan solamente creyesen, serían más poderosos que todos sus enemigos, porque el verdadero Libertador vivía en Israel, aquel de quien Sansón era solamente un tipo. ¿Reconocerían los israelitas a Sansón como un libertador y lo recibirían como un don de las manos del Señor? Los acontecimientos pronto demostrarían lo contrario.

El guarda de Israel. Sansón se apartó y vivió solo en las alturas de la roca de Etam. Los filisteos sabían que el protector de Israel vivía allí. Si no lo vencían, sería quebrantado su poder sobre Israel. Por eso avanzaron con un ejército contra Judá.

Muy atemorizados, los hombres de Judá preguntaron a los filisteos por qué marchaban contra ellos. Ya sabían que el motivo era Sansón. ¿Se regocijaban los hombres de Judá porque el Señor había dado un libertador a Israel? Al contrario, tres mil hombres de Judá fueron a ver a Sansón para reprocharle el hecho de enfurecer a los filisteos. Le dijeron que habían venido para atarlo y entregarlo en manos de los filisteos. Lo único que Sansón les pidió fue que se abstuviesen de atacarlo ellos mismos. Cuando ellos accedieron, Sansón se dejó atar con dos sogas y fue llevado para ser entregado en manos de sus enemigos.

¡El libertador de Israel fue expatriado por los propios israelitas y entregado en manos de sus enemigos! Los israelitas no querían, o no se atrevían, creer en la liberación que el Señor les quería conceder.

En este punto no podemos dejar de pensar en cómo el Redentor Jesucristo fue rechazado y entregado por su propio pueblo. ¿Y no existen muchas personas hoy día que por su incredulidad rechazan al Señor? A pesar de todo este rechazo, el Redentor se sometió a aquel sufrimiento para expiar por el pecado de su pueblo. ¡Si tan sólo dejaríamos de negarlo una y otra vez en nuestra grosera ingratitud!

Cuando los filisteos vieron a Sansón atado en Lehi, vinieron gritando porque creían que su enemigo había caído en sus manos. Pero el Espí-

ritu del Señor vino poderosamente sobre Sansón; él vio el favor del Señor sobre su pueblo y recibió fuerza para romper las cuerdas. Con la quijada de un asno que halló al alcance de su mano dio muerte a mil hombres. Por eso llamó a aquel lugar *Ramat-lehi*, que significa, *colina de la quijada.*

Agotado de aquella lucha Sansón fue en busca de agua sin poder hallar ninguna. Tenía mucha sed. El Señor utilizó su sed para humillarlo. Inmediatamente después de su victoria se había jactado diciendo: "Con la quijada de un asno, un montón, dos montones; con la quijada de un asno maté a mil hombres". Fue otro ejemplo de su imprudencia. Sin embargo, ahora oraba: "Tu has dado esta grande salvación por manos de tu siervo; ¿y moriré yo ahora de sed y caeré en manos de estos incircuncisos?" Aquí Sansón conoció la comunión con su Dios. Reconoció que fue el Señor quien le había dado la victoria y comprendió su propia dependencia. Su causa era la causa de Dios. Aquí, en el sentido más preciso de la palabra, Sansón fue un tipo del Señor Jesucristo en su sufrimiento.

Debido a su temor a Dios, la oración de Sansón fue escuchada. Algún día el Cristo cargaría totalmente con el sufrimiento. Entonces Dios abrió una roca de la cual brotó agua y Sansón pudo saciar su sed. Allí bebió el amor y la bondad que Dios derrama sobre su pueblo por amor al Cristo.

Después de esta batalla Israel comenzó a reconocer a Sansón como un don de Dios. Durante veinte años Sansón juzgó a Israel en el nombre del Señor como libertador.

Humillado y exaltado. Sansón estaba sujeto a la misma debilidad que también dominaba al resto de los israelitas, es decir, un deseo de asociarse con los cananeos. Con frecuencia escogía mujeres filisteas. Aunque el Espíritu del Señor obraba poderosamente en Sansón, también el pecado revelaba su poder en él.

Cierto día estaba con una mujer filistea, pecadora, en Gaza. Sansón permaneció hasta la noche en la ciudad. Sus enemigos lo aguardaron toda la noche. Como de costumbre, habían cerrado las puertas de la ciudad. Pensaron que Sansón trataría de escapar durante la noche,.pero al encontrar cerradas las puertas, tendría que esperar hasta la mañana. Esto les daría oportunidad de capturarlo y darle muerte.

Efectivamente, Sansón quiso salir de la ciudad durante la noche. Al encontrar cerradas las puertas, las tomó junto con los postes que las

sostenían, y las llevó a la cumbre de una colina frente a la ciudad israelita de Hebrón, a una distancia de aproximadamente 60 kilómetros.

En realidad Sansón estaba jugando con la gracia de Dios. Había escogido un sendero pecaminoso. Sin embargo, Dios no quería que el libertador de Israel pereciese en Gaza. Mediante la fe Sansón pudo ver esto nuevamente. Y por esa fe recibió la fuerza para llevar las puertas de la ciudad hasta aquella colina. No obstante, ¡cuán completamente se había entregado al pecado!

Por otra parte, las puertas de la ciudad en la cumbre de la colina, y a la vista de todo Israel, era más bien una señal de que todas las ciudades filisteas estaban abiertas a Israel gracias a la misericordia de Dios. ¡Nada podría oponerse al libertador de Israel! Esta verdad no fue totalmente comprendida sino hasta la venida del verdadero Redentor del pueblo de Dios, es decir, el Cristo.

Sansón siguió cediéndose al pecado. Después de aquel episodio, escogió a otra mujer filistea llamada Dalila. Ella era una mujer seductora que había hecho un acuerdo con los príncipes filisteos para tratar de descubrir el secreto de la fuerza de Sansón. Luego vendería este secreto a los filisteos.

Sansón la engañó dos veces. Pero la tercera vez comenzó a jugar con el secreto de su vida, puesto que le habló de entretejer su cabello en un telar. La verdad era que su cabello era una señal de su llamamiento como nazareo, es decir de su devoción y consagración al Señor como libertador de Israel. En la cuarta ocasión reveló todo el secreto a la mujer. Con ello no sólo se entregaba a sí mismo en manos de sus enemigos, sino que también se burlaba de la misericordia del Señor que había sido concedida al pueblo a través de él. ¿Qué sería ahora de Israel, cuando el mismo libertador había mostrado tal desprecio por el favor de Dios? Afortunadamente el Señor siguió siendo fiel.

Una vez que hubieron rapado la cabeza de Sansón, él quedó sin fuerza. El Señor lo había abandonado y él cayó en manos de sus enemigos. Los filisteos le sacaron los ojos, lo ataron con dos cadenas de bronce y lo llevaron a Gaza donde lo hicieron moler trigo en la prisión.

No se trataba simplemente del hombre llamado Sansón a quien habían capturado; se trataba del libertador de *Israel* quien estaba en manos de sus enemigos. Parecía que el pueblo de Dios fue conquistado para siempre. Esta situación no podía continuar indefinidamente. Por amor al único Redentor Jesucristo también volvería a levantarse Sansón.

Los filisteos hicieron una gran fiesta en honor a su dios Dagón, una fiesta de gratitud por la victoria sobre Sansón. Una inmensa muchedumbre de filisteos se reunió en el templo del ídolo. Sansón, ahora ciego, fue traído por un muchacho, para que todo el pueblo allí reunido pudiese burlarse de él.

Durante el encarcelamiento el cabello de Sansón había vuelto a crecer. También había vuelto a pensar en su llamamiento. Pidió al muchacho que lo llevase cerca de las columnas que sostenían el techo, de modo que pudiese apoyarse en ellas. Allí oró al Señor que recompensara a los filisteos por lo que le habían hecho a él, el libertador de Israel. Luego, en el Espíritu, vio que la gracia del Señor estaba nuevamente sobre su pueblo, y creyó. En el poder de esa fe asió las dos columnas centrales y las separó, y así todo el templo se desplomó.

Sansón murió con los filisteos. Se entregó a la muerte para librar a su pueblo. En su muerte mató a un número mayor de enemigos que había matado durante su vida. El libertador de Israel había demostrado ser más fuerte que los enemigos de Israel. ¡Qué consuelo para Israel! En vida y en muerte Sansón siguió siendo un libertador, el hombre fuerte de Israel, un tipo del Redentor que un día libraría a todo el pueblo de Dios de todos sus enemigos.

Su familia recogió su cuerpo y lo sepultó en el sepulcro de su padre Manoa. Sansón fue sepultado entre su propia gente, a pesar de haber abandonado el sendero de la obediencia. Pertenecía a Israel. Fue uno de los grandes hijos de Israel que trajo la liberación mediante la fe. Sansón había juzgado a Israel durante veinte años.

5: El pueblo cae y se levanta

Jueces 17—21

Estas dos historias (referidas al sacerdote de Micaía y a la concubina del levita) tuvieron lugar en el comienzo del tiempo de los jueces. Basados en Jueces 18:11 y 25 podemos deducir que la primera historia probablemente tuvo lugar antes que Israel fuese oprimido por los filisteos. El hecho que Finees, hijo de Eleazar, aparece como sacerdote en la segunda historia también señala al comienzo del período de los jueces.

Estas historias arrojan luz sobre el deterioro de la vida en el pacto. Aparentemente ese deterioro había comenzado al principio mismo, no mucho tiempo después de la conquista de Canaán. El pecado de Micaía y de los danitas era un pecado contra la primera tabla de la ley (Jue. 18:30), en tanto que el pecado de Gabaa era una violación de la segunda tabla (el séptimo mandamiento). Cuando vemos a los danitas adorando a los ídolos y el pecado de Sodoma floreciendo entre los benjamitas, comprendemos cuánto había aprendido Israel de los cananeos.

En ambas historias un levita juega el papel central. En la primera historia encontramos a un levita que estaba buscando trabajo y un lugar donde vivir (Jue. 17:9). En la segunda historia encontramos a un levita que disfrutaba del lujo pecaminoso de una concubina.

La tribu de Leví, que había sido consagrada al Señor, se había convertido en una piedra de tropiezo a Israel. La tribu se convirtió en un elemento impuro en la vida del pueblo. El Cristo que había llamado a los levitas para usarlos a revelar su gracia a Israel, los hacía tropezar y caer cuando abandonaban su servicio. Entonces los levitas se quedaban sin nada que hacer, a pesar de ser poseedores del supremo llamamiento. A través de la tribu de Leví el Cristo hizo tropezar y caer a toda Israel.

El pecado de la idolatría como también el pecado de la sodomía (formas irregulares de actividad sexual, es decir, la homosexualidad) ya eran prácticas que se solían hallar en Israel. Pero la quebrantada relación del pacto impulsaba al pueblo a las formas más extremas de estos pecados.

En la familia de la madre de Micaía las cosas ya andaban mal. La supers-

tición la impulsó a consagrar el dinero recuperado a una forma propia de adoración divina. Y cuando el levita entró al escenario el pecado fue completo.

Aparentemente el pecado de Sodoma ya se hallaba en la tribu de Benjamín. Pero los hombres de Gabaa sabían que el extranjero en medio de ellos era un levita. Puesto que servía en la casa del Señor (probablemente una mejor traducción que: "voy a la casa del Señor"), nadie quiso darle hospedaje (Jue. 19:18). Pero después, de noche, los hombres de Gabaa comenzaron a jugar con una idea diabólica: pensaban practicar la sodomía con el levita. Eso significaría la peor ofensa imaginable contra algo consagrado, algo santo y apartado. De esa manera el Cristo les era la causa de su caída (Lc. 2:34).

La idolatría en Dan duró "hasta el día del cautiverio de la tierra". (Jue. 18:30). Esta expresión no puede referirse al cautiverio de Israel a mano de los asirios. Es inconcebible que semejante idolatría haya podido continuar imperturbada durante la reforma de Samuel y de los primeros reyes. Tampoco se nos dice que cuando Jeroboam instituyó el culto al becerro en Dan, estaba construyendo sobre algo que ya existía allí. Al contrario, Jeroboam estableció algo nuevo. Por eso las palabras "hasta el día del cautiverio de la tierra" deben referirse al momento cuando la tierra fue despojada de su *honor*, es decir, hasta el secuestro del arca (véase 1 S. 4:22).

A su tiempo el Cristo juzgó a los danitas por su pecado. A través de las otras tribus también juzgó a Benjamín y a través de la derrota inicial a mano de los benjamitas, a todo el pueblo de Israel. Mediante aquel juicio el Cristo volvía a levantar una vez más al pueblo de Israel.

Leemos más de una vez en estos capítulos: "En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía". Mediante una autoridad real centralizada, si esa autoridad fuese ejercida en nombre del Señor, se habría desarraigado el pecado público. Puesto que no había rey, la respuesta al pecado dependía del espíritu reinante en la mayoría de las tribus y del grado de comunidad entre ellas. Si en realidad hubiese una solidaridad basada en la fe, el temor del Señor sería preservado a través de la acción conjunta de las tribus. Ese sentido de comunidad se demostró en forma definitiva en la acción tomada contra los habitantes de Gabaa. Sin embargo, el ejercicio de la justicia degeneró en una venganza desenfrenada. Como resultado, la tribu de Benjamín fue prácticamente aniquilada. El pueblo ya se había olvidado de la comunión que fue su privilegio dentro del pacto. El llamamiento hecho a las tribus de Israel de mantener juntos la justicia debería tener cierto significado para las naciones (antes) cristianas del mundo occidental.

Pensamiento clave: *El Cristo causa la caída y el levantamiento de muchos en Israel.*

La adoración auto-establecida y privada. Durante los primeros años de los jueces hubo un hombre llamado Micaía que vivía en las colinas de

Efraín. Un día su madre descubrió que le faltaban 1100 piezas de plata. Evidentemente alguien se las había robado. En su enojo maldijo al ladrón en presencia de su hijo. Poco después Micaía vino a ella confesando que él había sido el ladrón. Aparentemente sentía temor por la maldición de su madre.

Entonces su madre dijo: "Bendito seas de Jehová, hijo mío". Aparentemente su felicidad por la recuperación del dinero era mayor que su pena al descubrir el pecado de su hijo. En una familia que tenía el privilegio de vivir en el pacto del Señor, la situación había degenerado de tal manera que un hijo robaba a su madre, ¡y esa madre pronunciaba una maldición cuando se dio cuenta de la pérdida de su dinero, sin perturbarse de por la decadencia de su familia! Sin otro trámite la ofensa quedó reparada cuando Micaía devolvió el dinero. En esta familia no existía la justicia del pacto, y la bendición pronunciada sobre Micaía no era santa.

Pronto se manifestó esto. Aparentemente la madre de Micaía no tenía escasez de dinero, puesto que consagró aquella riqueza recuperada al Señor. Si su intención hubiese sido santa lo habría dado al servicio del Señor en el santuario en Silo. Pero ahora dijo a su hijo que ordenase la construcción de una imagen con el dinero. El hijo debía levantar la imagen sobre una columna, y así establecer un centro de adoración en su propio hogar.

Su intención era tener un centro de adoración al Señor, de quien quería tener una imagen mental al mirar al ídolo. Quería adorar al Señor a su *propia* manera, a la manera que *ella* creía más adecuada. Para este propósito entregó voluntariamente su dinero. Al dedicar su dinero a este propósito en realidad se estaba poniendo a sí misma en primer lugar, siguiendo sus propios deseos. De esta manera tanto ella como su hijo estaban en conflicto con la voluntad del Señor.

Micaía accedió a los deseos de su madre. Llevando doscientas piezas de plata a un platero, le pidió que de ellas hiciera una imagen sobre una columna. Usó el resto del dinero para decorar un santuario y suplirlo de todas las cosas necesarias para el culto, incluyendo un efod y terafines sacerdotales. Aquí vemos el triunfo de las ideas paganas en Israel. Esta forma de adoración era producto humano. En ella el hombre seguía los deseos de su propio corazón sin reconocer a Dios, al único Dios que ejerce toda la autoridad en su pacto.

En aquellos días no había rey en Israel. Si hubiese un rey conforme al pacto, él no habría tolerado semejante abominación. Las tribus eran

responsables de cuidarse unas de otras. Pero fallaron en cumplir con esta responsabilidad. En consecuencia, Israel corría el peligro de perderse en el abismo del paganismo..

Al principio Micaía estableció a uno de sus hijos como sacerdote. Pero cierto día llegó a su casa un hombre joven, levita de Belén. Buscaba trabajo y un lugar donde hospedarse. Ahora bien, la tribu de Leví había sido llamada para servir al Señor en el santuario. Por eso Micaía puso a este joven como sacerdote en su templo. ¡Ahora su centro de adoración estaba completo! De esta manera se había pervertido incluso a la tribu consagrada. Ahora servía a propósitos pecaminosos, quebrantando así el pacto. Y el levita se dejó utilizar en esta forma tan vergonzosa.

En su ceguera Micaía creyó que ahora el Señor lo prosperaría, puesto que tenía a un levita por sacerdote. Pero la tribu consagrada se convirtió en una maldición para Israel. La gracia que Dios desea mostrarnos en el Cristo puede sernos una bendición, pero la incredulidad la convierte en maldición.

La adoración auto-establecida en la tribu de Dan. En los días de Josué la tribu de Dan había recibido una herencia en el oeste, cerca del territorio de Judá (Jos. 19:40ss). Pero los amorreos los habían hecho retroceder, de manera que ahora los danitas necesitaban más territorio. Decidieron buscar más tierra en otro lugar y a ese fin enviaron cinco espías.

En el transcurso de sus viajes los espías llegaron a la casa de Micaía. Por el acento particular del levita, descubrieron que había venido de la misma región que ellos. Los hombres establecieron cierta amistad con él y después de escuchar lo que estaba haciendo allí le pidieron un poco de luz divina referida a su camino. El levita les dijo que su misión tendría éxito. Tenemos aquí un ejemplo clásico de personas que se engañan a sí mismas y a otras. ¡Creían que el Señor utilizaría un culto tan pecaminoso para derramar su luz y gracia sobre ellos!

Después de salir de la casa de Micaía los espías encontraron lo que buscaban. En la parte norte de la tierra, en la ciudad de Lais, encontraron una gente que vivía en forma un tanto oculta, aislada de los demás y libre de preocupaciones. Nadie les disputaba los derechos sobre su tierra. Sería fácil atacarlos y despojarlos de su territorio.

Cuando los espías regresaron y dieron informes a su tribu, seiscientos hombres, con sus familias y posesiones, se prepararon para conquistar

aquel territorio. Al pasar junto a la casa de Micaía en su camino a Lais, los espías mencionaron que en esa casa había un centro privado de adoración. Los danitas decidieron llevar ese centro de adoración al territorio que se proponían capturar. El levita no tardó en pasarse a los danitas cuando ellos le prometieron hacerle sacerdote de toda una tribu.

El levita aceptó su malvado plan y les permitió robar todo el contenido del templo de Micaía. Luego se dio a la fuga con ellos. El pequeño ejército de danitas ubicó a todas las mujeres y posesiones en la vanguardia, para que Micaía no se atreviese a atacarlos por las espaldas. Al perseguirlos Micaía, los hombres de Dan lo amenazaron de muerte, de modo que él regresó a su casa.

Cuando los danitas llegaron a Lais, atacaron la ciudad, la quemaron y dieron muerte a sus habitantes. Luego reconstruyeron la ciudad y la hicieron su casa. La llamaron Dan y establecieron en ella su propio centro de adoración.

De esa manera un levita fue la causa del tropiezo y caída de toda una región. Resulta claro que los danitas no habían tomado posesión de aquella región del norte invocando el nombre del Señor o con el propósito de servirle allí. Por eso la captura de Lais no fue sino un robo a mano armada; los danitas no actuaban como agentes del juicio del Señor. Más y más la gracia que habían rechazado se convertía en una maldición para ellos. Los danitas escogieron su propio camino en oposición al camino del Señor, el Dios del pacto.

Este centro de adoración en Dan duró hasta que el Señor entregó a todo Israel en manos de los filisteos, al punto que aun el arca del Señor fue llevado. Fue entonces que el Señor juzgó a todo Israel por su apostasía, incluyendo a la tribu de Dan.

Mediante ese juicio fue renovada la fe en Israel, es decir, mediante el juicio el Cristo causó un resurgimiento de Israel. Dios había sido fiel aunque el pueblo lo había abandonado. El pueblo sería protegido hasta que viniese el Redentor para salvarlo de sus pecados.

La abominación en Gabaa. En aquellos días, al comienzo de la época de los jueces, vivía un levita en las colinas de la tierra de Efraín. A pesar de tener una esposa, este levita tomó a otra mujer consigo, pero sin respetarla suficientemente como para contraer matrimonio con ella. La mujer fue su concubina.

Esta mujer le fue infiel y regresó a su casa paterna en Belén. Transcurridos algunos meses, el levita fue a buscarla para reconquistarla. Los

dos se reconciliaron y su padre recibió al levita en su propia casa. Durante tres días celebraron la renovación de sus relaciones, practicando despreocupadamente sus amores pecaminosos. Comportándose como si no hubiese nada malo en su relación, ambos disfrutaron de un período de diversiones. El padre de la mujer disfrutó tanto que los invitó a quedarse otro día. Aun el quinto día no los dejó ir, sino hasta que la tarde ya estaba avanzada.

Al llegar a las proximidades de Jerusalén en su viaje de regreso, fueron sorprendidos por la noche. El levita no quiso pasar allí la noche sabiendo que los cananeos aún habitaban la ciudad. En su lugar, continúo viaje hasta Gabaa donde vivían los benjamitas. El levita creía que en medio de su propio pueblo estaría seguro. Pero por el hecho de ser un levita nadie quiso alojarlo. Esto demuestra cuánto se despreciaba ya en Gabaa el servicio del Señor.

En la calle donde el levita esperaba pasar la noche con su concubina y su siervo, los encontró un anciano quien les ofreció alojamiento en su casa. Aquella noche los hombres de Gabaa se reunieron alrededor de la casa, exigiendo que el levita les fuese entregado para que con él pudiesen cometer el pecado del sodomismo. El anciano, para hacer honor a sus obligaciones como el huésped, se negó a acceder a ese pedido. En su lugar les entregó la concubina del levita, para que hiciesen con ella como quisiesen.

A la mañana siguiente, cuando el levita salía para continuar su viaje, encontró a su concubina muerta junto a la puerta. Había sido violada por los hombres. El levita se perturbó en gran manera. Al regresar a su casa, cortó el cuerpo de su concubina en pedazos y los envió por todo el territorio de Israel. Se levantó un grito de horror en toda la tierra.

El pueblo de Dios había degenerado tanto que en su medio se cometían los peores pecados del paganismo. Los habitantes de Gabaa concentraban su sacrilegio especialmente en el levita *por el hecho* de ser un levita. Ellos actuaban como si toda cosa santa debiera ser pisoteada. Si la gracia de Dios no se apodera de nosotros, comenzamos a odiar todo lo que es santo.

Juicio. Todas las tribus de Israel se reunieron delante del Señor en Mizpa para vengar esta abominación. Después de escuchar al levita, ellos juraron destruir a Gabaa, dar muerte a sus habitantes, y dar la tierra a otra tribu.

En primer lugar pidieron que la tribu de Benjamín les entregase los

hombres de Gabaa. Pero Benjamín se rehusó y se hizo parte con los de Gabaa. De esta manera la maldición del pecado fue sobre toda la tribu.

Con un ejército de 400.000 hombres Israel fue a la batalla. En su defensa Benjamín sólo podía presentar un ejército de 26.000 hombres. Pero entre ellos había setecientos soldados cuidadosamente seleccionados que sabían tirar una piedra con la honda a un cabello y dar en el blanco sin errar.

En la primera batalla Israel perdió 22.000 hombres. Pero tampoco esto hizo volver al pueblo en sí. El pueblo no pensó en preguntarse a sí mismo si el Señor quizás se había vuelto contra ellos por causa de sus pecados. Sí, consultaron al Señor por medio del sumo sacerdote si debían renovar la batalla contra Benjamín. Cuando recibieron del Señor una respuesta afirmativa, atacaron por segunda vez, perdiendo 18.000 hombres.

Ahora el pueblo volvió en sí. Nuevamente regresaron a Betel, donde se hallaba ahora el arca del Señor, después de haber sido traído de Silo. Allí consultaron a Finees, el sumo sacerdote. El pueblo ayunó y confesó sus pecados. Luego renovaron el pacto ofreciendo sacrificios. En nombre del Señor Finees les anunció que al día siguiente Benjamín sería entregado en sus manos.

El pueblo había salido a la guerra con un sentido pecaminoso de confianza en sí mismo, creyendo que en realidad ellos eran mejores que los benjamitas. Mediante las dos derrotas, el Señor había juzgado ese pecado. Ahora en humilde fe no serían sino agentes del Señor que ejecutarían el juicio de Dios sobre Benjamín. En sus propios méritos nadie es mejor que el peor de los pecadores.

Ahora los israelitas derrotaron a los de Benjamín mediante el uso de una emboscada. Destruyeron a Gabaa dando muerte a todos sus habitantes. Pero el ejercicio de la justicia deterioró en un acto incontrolado de venganza, cuyo resultado fue la destrucción total de la tierra de Benjamín. Sólo quedaron seiscientos hombres de la tribu y se ocultaron en la peña de Rimón. Nuevamente el pueblo había fracasado en el ejercicio del juicio en nombre del Señor. En cambio habían seguido sus propios deseos.

Comunión restaurada. Al término de aquella batalla de exterminio, los israelitas comprendieron lo que habían hecho. Ahora faltaría en su congregación una de las tribus. Aquella tribu estaba condenada a la extinción, puesto que los israelitas habían jurado no dar sus hijas en ma-

trimonio con los benjamitas.

En esta situación difícil no buscaron el rostro del Señor para pedir que él les mostrase cómo preservar la tribu de Benjamín. Ellos mismos trataron de resolver el problema. Descubrieron que una de las ciudades (Jabes-galaad) no había participado en la guerra contra Benjamín, y decidieron destruirla. Pero en la batalla evitaron dar muerte a las mujeres jóvenes, y luego las entregaron por esposas a los benjamitas que habían sobrevivido. Pero como las mujeres no alcanzaban para todos, les aconsejaron que fuesen ellos mismos a conquistar esposas para sí cuando el pueblo se reuniese en la fiesta anual al Señor en Silo. Los benjamitas lo hicieron así.

Mediante estos pasos fue preservada la vida de Benjamín. Pero los israelitas habían tratado aquel problema con una actitud de deshonestidad, presunción y violencia. ¡Qué apartado estaba Israel del servicio del Señor! ¡Qué poca influencia tenía la luz de Dios en sus vidas! Es un milagro que algo bueno haya salido de ese pueblo, que la justicia fuese practicada y que el compañerismo de las tribus fuese preservado. Este milagro no tiene otra explicación sino que Dios, en la gracia que es en Cristo, deseaba habitar en medio de ese pueblo a pesar de su pecado.

¡Cuán numerosos y horrendos eran los pecados que el Cristo algún día tendría que expiar. El Espíritu de Cristo estaba obrando en medio del pueblo, causando su caída reiteradas veces, pero causando también que muchos en Israel volviesen a levantarse.

6: El redentor

Rut 1—4

La historia de Rut ocurrió en el tiempo "cuando juzgaban los jueces", muy probablemente durante los días de las invasiones madianitas. Hasta ser expulsados por Gedeón, los madianitas solían invadir a Israel durante la época de la cosecha y ocupar el valle de Jezreel y las planicies costaneras. También hacían incursiones periódicas en Judá. Esta opresión continuó durante siete años, y probablemente explica el hambre que obligó a Elimelec dejar su tierra.

No fue sino después de diez años que Noemí escuchó que el Señor había visitado a su pueblo y le había dado pan. Lo más probable es que ella haya esperado para ver si la plaga había terminado definitivamente y si Israel estaría recuperándose.

La historia que encontramos en el libro de Rut en realidad es la historia de Booz, el redentor.* El linaje de Elimelec corría peligro de extinguirse en Israel. Si ello ocurría su nombre sería borrado de en medio de su pueblo. Además, su herencia en Israel sería dada por perdida. Noemí fue obligada a vender su parcela de tierra después de su regreso a Judá. (Rut 4:3). De manera que Booz fue un redentor en dos sentidos. Mediante el matrimonio con Rut según las leyes levitas, fue preservado el nombre del linaje de Elimelec en Israel. El hijo primogénito de Rut y Booz sería contado como un hijo del linaje de Elimelec. Además, Booz redimió la parcela de tierra que había vendido Noemí y la devolvió al linaje de Elimelec. En estos dos sentidos Booz fue un tipo del Cristo.

Debido a nuestro pecado, nuestro nombre muere con nosotros. Sin em-

*La palabra hebrea para *redentor* es *goel*. La palabra significa "uno que actúa como pariente" o bien "uno que cumple el deber del pariente más cercano". Esta responsabilidad podía ser cumplida tomando por esposa a la viuda de un pariente a fin de engendrar hijos a ese pariente a través de su viuda, o redimiendo (recuperando mediante una transacción comercial) el campo de un pariente que había sido forzado a vender para pagar una deuda. La ley del *goel* era evitar que una familia perdiese la tierra que había recibido, y evitar de esa manera la extinción de la familia. La palabra *goel* también es usada con referencia a la liberación de Israel de su exilio en Egipto. El Dios del pacto es llamado *el Goel*.

bargo, por amor a Cristo el Señor en su pacto preservó nuestro nombre y el de nuestra familia. Nosotros tampoco tenemos derecho a sitio alguno en la tierra. Pero el Cristo nos da una herencia entre los santos en la nueva tierra. La posesión terrenal del creyente es una garantía de su herencia eterna, como también una profecía que señala a ella.

Cristo es el verdadero redentor. Booz fue tanto un antepasado como un tipo del Cristo.

Pensamiento clave: *El redentor preserva el nombre de aquellos que pertenecen a su familia y recupera su herencia.*

La pérdida de un nombre y de una herencia. Bajo la dirección de Josué la tierra de Canaán había sido dividida entre las doce tribus. Cada familia tenía su propia herencia. Ese era el orgullo y la alegría de Israel. Los creyentes esperaban que sus familias seguirían viviendo en su propia tierra hasta la venida del Mesías. Entonces compartirían con él la gloria que había sido prometida. Por eso nadie debía renunciar a sus derechos sobre la tierra. Esa tierra había de ser una garantía de la parte que tendría en la gloria venidera del Cristo.

A veces, cuando se debilitaba la fe de los israelitas, también era roto su lazo de unión con la tierra. Eso fue precisamente lo que ocurrió a cierta familia en el tiempo de los jueces. Hubo una gran hambre en la tierra, tal vez como resultado de las invasiones madianitas. Elimelec, un hombre de la región de Belén Efrata se debilitó en su fe, y escogió romper temporalmente su lazo con la santa herencia. Acompañado de su esposa Noemí y sus hijos Mahlón y Quelión, este hombre rompió sus lazos con la tierra de Judá y fue a vivir a la tierra de Moab. De su parte, eso fue un acto de incredulidad, una falta de constancia, una renuencia para someterse al juicio que reinaba en la tierra de sus padres y para esperar el tiempo de la liberación.

Elimelec murió en Moab. Sus hijos se casaron con mujeres moabitas, Orfa y Rut, y siguieron viviendo en Moab. En el término de diez años murieron los dos hijos, quedando sola Noemí con sus dos nueras.

Después de aquellos diez años Noemí decidió regresar a Judá porque había oído que el Señor había concedido liberación y pan a su pueblo. Sus nueras la acompañaron en el viaje. Durante el viaje ella insistía en que ellas regresaran. Quizás el Señor todavía les daría un futuro con una familia propia entre su propio pueblo.

Al principio ninguna de las dos quiso escucharla, porque ambas se sentían ligadas a Noemí y a la familia de ella. Entonces Noemí les pre-

guntó: "¿Qué esperanzas pueden alentar todavía respecto de esta familia? Es una familia destinada a morir. Para mí es un motivo de amargura más que para ustedes. La mano del Señor está contra mí".

Estas palabras persuadieron a Orfa a regresar a su tierra. No veía en aquella familia ningún futuro para sí. Pero Rut estaba ligada no solamente a la familia de su esposo, sino también a la nación de la cual su esposo había venido, es decir, al pueblo de Israel. Y estaba ligada a Israel porque estaba ligada al Dios de Israel. Su corazón había sido abierto al pacto en el cual el Señor quería vivir en medio de su pueblo. Por eso ella dijo que quería vivir y morir donde viviese y muriese Noemí, porque el pueblo de Noemí sería su pueblo y el Dios de Noemí sería su Dios.

Continuaron juntas su camino. Llegando a Belén, toda la ciudad se sintió conmovida y salió a su encuentro. Las mujeres exclamaron: "¿Es ésta Noemí?" Entonces Noemí les dijo que la llamaran *Mara*, explicando que Dios le había causado grandes amarguras. Cuando se había ido, su familia estaba floreciendo, pero ahora no le quedaba esperanza alguna. Su familia había muerto, y el nombre de su esposo sería borrado de en medio del pueblo. Además, se vio obligada a vender el campo que todavía poseía en Belén porque era pobre. Había quedado sin tierra y sin nombre, una vagabunda entre su propio pueblo.

Si el Señor hubiese abandonado a esta familia por la incredulidad de Elimelec, la familia habría sido borrada. Pero el Señor, en su gracia, deseaba restaurarla mediante el uso de la ley de su pacto.

Debido a nuestro pecado los nombres de todos nosotros deberían desaparecer para siempre, y deberíamos perder para siempre nuestra porción sobre la tierra. ¿Qué sería de nosotros si no fuese por la misericordia de Dios? No obstante, en su pacto él anhela restaurar los nombres de su pueblo y darles una porción en la tierra.

Encontrando un redentor. El regreso de Noemí ocurrió en el comienzo de la cosecha de cebada. Rut se propuso ir a los campos de los ricos para recoger el grano que caía detrás de los segadores. Ese era el modo de Dios de cuidar de los pobres. Había una ley en Israel que permitía esta práctica (véase Dt. 24:19). Pero no todos se adherían a la ley. ¿Cómo le pasaría a Rut? Noemí estuvo de acuerdo con su plan, y así Rut se presentó en los campos de Booz, un hombre sumamente rico.

Mientras Rut estaba recogiendo espigas de cebada, el mismo Booz llegó al campo. El patrón y sus obreros se saludaron mutuamente en el

Señor. El pacto del Señor, al que Booz honraba, también santificaba sus relaciones personales.

Booz preguntó por la joven que estaba recogiendo espigas de grano. Se le informó que era Rut, la nuera de Noemí. El hecho que Rut hubiese escogido el pacto del Señor impresionó a este hombre, quien también se esforzaba en honrar el pacto. En consecuencia, Booz le habló y le prometió libertad y protección en sus campos. Cuando Rut se mostró sorprendida por semejante amabilidad de parte de un desconocido, él le confesó que se sentía impresionado que ella hubiera escogido al pueblo del Señor, con el cual en realidad no tenía futuro. Además, al medio día Booz la invitó a comer con él dándole granos tostados, más de lo que podía comer. Booz mandó a sus siervos que le permitieran espigar también entre las gavillas y que además dejaran caer parte del grano para que ella recogiese mayor cantidad.

Esa noche Rut desgranó lo que había espigado y regresó a su casa con unos 35 litros de cebada. También llevó a Noemí lo que le había sobrado en la comida. Al expresarle Noemí su sorpresa, Rut le dijo en cuyo campo había espigado. También le habló de la amabilidad que había encontrado allí. Esto fue una sorpresa aún mayor para Noemí, porque Booz era uno de sus parientes más cercanos, y por lo tanto, un posible redentor. Noemí comenzó a comprender que era el Señor quien había llevado a Rut a los campos de Booz. En su interior despertó la maravillosa esperanza de que el Señor todavía daría un futuro a su familia. Por eso Noemí no tuvo objeciones cuando Rut propuso seguir espigando en los campos de Booz.

Cuando Noemí había hecho su decisión de regresar a Belén, creía que no le quedaba esperanza alguna. Ahora miraba hacia un nuevo amanecer y esperaba en el Señor que siempre puede renovar nuestra esperanza.

La promesa del redentor. En efecto, Noemí comenzó a ver muchas cosas. Conforme al decreto del pacto, la responsabilidad del redentor no terminaba con la recuperación del campo que ella había tenido que vender. Si Booz actuaba conforme a la ley del Señor, también tendría que tomar a Rut por esposa. Luego el hijo primogénito de Rut sería considerado un hijo del linaje de Elimelec. De esa manera el nombre del linaje de Elimelec sería preservado en medio de su pueblo. La familia de Elimelec (incluyendo a Noemí) sí tendría un futuro. ¿Estaría dispuesto el Señor a conceder tal bendición?

En este asunto Noemí confiaba en el Señor. Pero también sabía que

no debía permanecer sin actuar. Sería preciso pedir al redentor que ejerciera su derecho de redención. Pero eso tendría que hacerse con mucho tacto. ¿Qué pasaría si por un motivo u otro se negaba? Ello significaría una desgracia para Rut y también para el mismo Booz, a quien había aprendido a respetar. El hombre tenía que sentirse totalmente libre en su decisión, la que por otra parte era de tan crucial importancia para la familia de Noemí.

Cuando hubo pasado la cosecha, Noemí dijo a Rut que esa noche fuese al campo. Booz pasaría la noche allí porque sus hombres aventarían la cebada recogida, aprovechando las brisas de la tarde y de la mañana. Rut debía ir allí para plantear a Booz aquella cuestión. Si él se rehusaba, nadie en Israel sabría lo que había sucedido. Así tendría Booz completa libertad para tomar su decisión.

Al caer la noche Rut fue al campo y se acostó a los pies de Booz. Al despertar de noche y reconocer a Rut, ella le preguntó si quería ser el redentor de la familia de Elimelec contrayendo matrimonio con ella y redimiendo la propiedad de Noemí. Nuevamente Booz se sintió asombrado y contento por la fidelidad de Rut hacia la familia de Elimelec y hacia la ley del pacto del Señor. Booz le contestó que con mucho gusto cumpliría la responsabilidad del pariente más cercano. Pero siendo un hombre que quería ser fiel a todos los decretos del pacto, señaló que había otro hombre relacionado al asunto. Este hombre tenía la prioridad en el derecho y la responsabilidad de servir como redentor. Ese hombre tendría que ser consultado primero. Si se rehusaba, Booz sería el redentor. A este efecto Booz hizo un juramento.

Rut permaneció a los pies de Booz hasta que casi amanecía. Pero Booz la despidió un poco antes para que nadie supiese lo que había ocurrido. Como señal de su voto le dio seis medidas de cebada en su manto.

Rut regresó a su suegra y le contó todo lo que había ocurrido y le mostró también la señal del voto de Booz. Entonces Noemí creyó en el Señor y juntas esperaron para ver la respuesta del otro posible redentor. Noemí volvió a ver resplandecer la luz sobre su familia. También vio como Booz y Rut, en su fidelidad al pacto del Señor, se habían hallado el uno al otro.

Restauración. Al día siguiente Booz fue y se sentó junto a la puerta de la ciudad. Allí citó al hombre que tenía la prioridad en cuanto a servir como redentor. También llamó a diez de los ancianos de la ciudad para ser testigos de las negociaciones. Luego preguntó al hombre si es-

taba preparado a redimir la propiedad de Noemí. El hombre declaró que estaba dispuesto a hacerlo así. El hombre ya había hecho sus cálculos: aunque comprase el campo para Noemí, luego revertiría a él y su familia al morir Noemí. Booz respondió que también tendría que tomar por esposa a Rut. A esto el hombre se rehusó porque sabía que entonces el campo terminaría en manos de la familia de Elimelec que surgiría del primogénito de Rut. Si se casaba con Rut y ella le daba un hijo, perdería la parcela de tierra. Para este posible redentor el asunto era una cuestión que debía ser decidido sobre la base de consideraciones financieras. En sus cálculos carecían de importancia el amor hacia el pacto y la preservación de una familia perteneciente a ese pacto.

Siguiendo la costumbre que entonces prevalecía en Israel, Booz pidió al hombre que se quitara el zapato con el cual de otra manera habría pisado el campo que debía ser redimido. El hecho de quitarse el zapato simbolizaba que renunciaba a su derecho sobre la parcela y a su derecho de servir como redentor (véase Sal. 60:8). En presencia de los ancianos y otros del pueblo reunidos junto a la puerta, Booz aceptó solemnemente la responsabilidad de servir como redentor de la familia de Elimelec contrayendo matrimonio con Rut y devolviendo el campo a sus dueños originales. Luego el pueblo y los ancianos invocaron al Señor para bendecir a Booz y Rut.

Y el Señor sí los bendijo por su fidelidad al pacto. Dios les dio un hijo. Entonces, una vez más, la gente de la ciudad se acercó a Noemí para expresarle su gran asombro por la luz que el Señor había hecho resplandecer sobre su familia. Este hijo sería considerado un descendiente de Elimelec, cuya familia volvería a tener un nombre y un lugar en Israel. Las mujeres del vecindario llamaron al niño *Obed*, que significa *siervo*, porque sirvió para salvar el linaje de Elimelec.

Obed fue uno de los antepasados de David, y por eso también del Cristo. De esta manera Booz mismo fue un antepasado del Cristo, de quien además fue un tipo. Así como el redentor Booz preservó el nombre y el lugar de Elimelec en Israel, el Cristo restaura los nombres de los suyos para siempre, y les da una herencia eterna. La gracia que les demuestra, junto a todo lo que reciben ahora en la tierra, es una garantía de su porción eterna y una profecía que señala hacia ella.

Samuel y Saúl

7: El precursor del rey

1 Samuel 1—4

La captura del arca probablemente ocurrió antes que Sansón apareciera sobre el escenario como juez de Israel. Si es así, la judicatura de Sansón coincidió con la primera parte de la carrera de Samuel. En el período que siguió a la victoria sobre los filisteos, Dios se dio a conocer a Israel en diferentes maneras como el Dios del pacto.

Fue durante esta época que el pueblo comenzó a sentir agudamente la necesidad de un rey. En efecto, el Señor había prometido un rey a su pueblo (Dt. 17:14-20). El elemento pecaminoso en el pedido del pueblo por un rey era su deseo de confiar en ese rey en lugar de confiar en el Señor, quien en el momento indicado les daría su rey. El deseo en sí, de ver cumplida la promesa del Señor, era bueno. Ese deseo estaba en el corazón de Israel en aquel entonces.

En estos capítulos hay dos menciones de un rey. Ana canta que el Señor dará fuerza a su rey; y el profeta que anunció la caída de la casa de Elí habla de un sacerdote fiel que siempre andará ante el rostro del "ungido" de Dios.

A fin de cuentas, la promesa de un rey era una referencia al Cristo. Sin embargo, en forma más inmediata estos pasajes deben entenderse como referidos a reyes teocráticos como David. Pero cuando hablamos de reyes teocráticos no debemos olvidarnos de Cristo, porque aquellos eran gobernados por él.

Era preciso hacer preparativos para la venida del rey. Con ese propósito fue enviado Samuel, así como Juan el Bautista fue enviado como precursor de Cristo. El pueblo tenía que ser preparado para recibir al rey. En esa preparación era preciso que el pueblo se volviese a Dios, y que también el corazón de los hijos se volviese a sus padres. Piense en la relación entre Elí y sus hijos y en la degeneración de Israel bajo el liderazgo de los hijos de Elí.

Samuel fue el precursor del rey debido a que fue un juez. En él se combinaron la función de juez con la de profeta. En Elí descubrimos la combinación del oficio de juez con la del sumo sacerdote.

Este lazo de unión entre juez y sacerdote aparentemente dio lugar al crecimiento de un sentido pecami-

noso de familiaridad con todo lo santo, tal como se ve en la conducta de los hijos de Elí. También condujo a una confianza vana en el santuario conforme lo vemos en la decisión imprudente de llevar el arca a la batalla sin antes arrepentirse.

El profeta declaró que el sacerdocio sería quitado de la casa de Elí. Elí era del linaje de Itamar, el segundo de los restantes hijos de Aarón. Por algún motivo desconocido, el sumo sacerdocio había pasado del linaje de Eleazar al de Itamar. En los días de David, Abiatar, que era del linaje de Itamar y consecuentemente descendiente de Elí, y también de Sadoc, que era del linaje de Eleazar, son mencionados juntos como sumos sacerdotes (2 S. 15:24-29, 35; 19:11). Cuando Salomón quitó a Abiatar del sumo sacerdocio, éste volvió al linaje de Eleazar (1 R. 2:26-27).

Sin embargo, en esta historia postrera sólo vemos un cumplimiento parcial del juico sobre la casa de Elí. El Señor dijo a través de los labios del profeta: " 'Yo había dicho que tu casa y la casa de tu padre andarían delante de mí perpetuamente'; mas ahora ha dicho Jehová: 'Nunca yo tal haga' ". Aparentemente el Señor se estaba refiriendo aquí a la promesa hecha a Aarón.

En el pecado de la casa de Elí se nos muestra cómo todo el sacerdocio terrenal de sombras era destruido por el pecado. Por eso se anunció el rechazo de aquel sacerdocio. Cuando vino el Cristo, y cuando en su persona fue cumplido el significado del sacerdocio de sombras, él halló que el sacerdocio terrenal estaba en decadencia total.

Cuando Ana canta su himno de alabanza, no se refiere solamente a su propia opresión causada por Penina. Como creyente, ella se identifica con todo el pueblo del Señor en su opresión. Ella canta del Señor que humilla a algunos y exalta a otros. Por eso, cuando canta del pueblo del Señor, no puede sino cantar también de su Rey. En su exaltación recibe una revelación referida a cómo el Señor fortalece a su Rey. Su vida personal, la vida de todo el pueblo de Dios y la vida de Cristo, son todas una en su cántico de alabanza. Su tema central es la vida del Cristo. Lo mismo se puede decir de los Salmos. El cántico de Ana también puede ser comparado al cántico de alabanza de María (Lc. 1:46-55), en el cual hallamos la misma idea dominante.

Pensamiento clave: *El Señor prepara el corazón de su pueblo para la venida del rey.*

El nacimiento del precursor. En los días de los jueces, cuando Israel era oprimido por los filisteos, aun antes que el Señor enviase a Sansón, había un levita llamado Elcana que vivía en la zona montañosa de Efraín. Elcana tenía dos esposas, Ana y Penina. Eso no era conforme a la voluntad del Señor. La miseria es el resultado inevitable de tomar más de una esposa.

De esa manera la miseria descendió sobre la familia de Elcana. Pe-

nina tuvo hijos, pero Ana no tuvo hijo. Puesto que Elcana amaba más a Ana, Penina aprovechaba cada oportunidad para molestarla. Impulsada por los celos porque Elcana amaba a Ana, Penina la atormentaba. Penina se burlaba de Ana, particularmente cuando subían a Silo, a la gran fiesta religiosa. Era como si la presencia del Señor hiciera que el pecado en el corazón de Penina se expresara con mayor virulencia. Durante el banquete sacrificial, después del sacrificio de acción de gracias, Elcana agravó la situación dando a Ana una porción más grande que a Penina y a sus hijos. Satanás hacía lo mejor de su parte para arruinar la comparencia de esta familia ante el Señor en su santuario.

Cierto día la familia de Elcana estaba nuevamente en Silo, para celebrar una fiesta religiosa. Todo el tiempo que estuvieron allí Penina se burlaba de Ana. Ana lloraba. Su esposo trataba de consolarla diciendo que su amor le debería significar más que diez hijos, pero para Ana no había consuelo. Ella sabía que con su esterilidad no estaba contribuyendo al crecimiento del pueblo del Señor. Cuando finalmente viniese el Mesías no habría descendientes de ella sobre la tierra. Completamente amargada se levantó del banquete sacrificial y fue al santuario para derramar su corazón delante del Señor. Esto la alivió.

Ana pidió al Señor un hijo y prometió consagrarlo al Señor desde su niñez, si él le concedía su petición. Durante toda su vida sería nazareo. Mientras ella oraba, Elí el sumo sacerdote estaba sentado junto a la puerta del tabernáculo.

Ana estaba orando en su corazón; solamente se movían sus labios. Al verla, Elí pensó que la mujer estaba ebria y le dijo que fuese a dormir hasta que se le pasara el efecto de la bebida. Al suponer Elí que la mujer estaba ebria, demostraba la magnitud de la decadencia de Israel. También demuestra que Elí carecía de la habilidad de discernir la obra del Espíritu del Señor. Después que Ana le hubo expuesto el motivo de su presencia en el santuario, el espíritu de profecía despertó en Elí, y en consecuencia predijo que el Señor le daría lo que había pedido. Ana creyó y pidió a Elí que la recordara en sus oraciones, sabiendo que la profecía solamente se cumpliría mediante la oración. Luego se levantó y se fue, una mujer cambiada. Ana vivía por la fe.

Después de orar en la presencia del Señor, Elcana y su familia regresaron a casa. El Señor cumplió su promesa dando a Ana un hijo a quien llamó *Samuel*, que significa *oída por Dios*. Conforme a su promesa, Ana no volvió a subir a Silo hasta que pudo dejar a su hijo al cuidado de una de las mujeres que servían en el santuario. Con un sacrificio y un re-

galo, Ana y su esposo trajeron al niño a Elí, y Ana le hizo recordarla. Elí glorificó al Señor por revelarse tan gloriosamente en Israel.

Impulsada por el Espíritu, Ana cantó un himno en el cual habló de su gozo en el Señor quien se glorifica en sus propias obras y es refugio de los suyos. El Señor le había permitido triunfar sobre sus enemigos, que también eran los enemigos de la gracia de Dios. Así lo hace siempre el Señor. Aquellos que cometen injusticias y oprimen a otros serán humillados por él, y los que son oprimidos serán exaltados por él. Algún día también exaltará al Rey que ha prometido a su pueblo. De esta manera Ana cantó del Cristo, del verdadero Rey de Israel, con quien será exaltado Israel y todo el pueblo de Dios. La exaltación de Ana fue una muestra y una prueba de esa exaltación.

Corrupción en Israel. Aunque Ana todavía no lo sabía, su hijo tendría un llamamiento maravilloso en Israel. Su misión sería la de preparar al pueblo para recibir al rey que Dios se proponía darle. El pueblo tendría que volver al Señor y recibir a su rey de la mano de Dios. De otra manera aquel rey no sería una bendición para Israel.

En el pueblo de Israel la situación había ido degenerando durante años. Lo peor era que la corrupción había tenido su origen en el santuario. Los propios hijos de Elí, Ofni y Finees, profanaban el santo servicio y robaban de la ofrenda al Señor. No tomaban de la ofrenda solamente lo que por derecho les correspondía conforme a la ley de Moisés; pero mientras se cocinaba el banquete sacrificial, con un tenedor sacaban de la olla cuanto podían. Las cosas se tornaron peores aún cuando usaron la violencia para robar al pueblo cuando traían sus sacrificios. Se apoderaron de la grasa y de las mejores partes de la carne, que habían de dedicarse al Señor. Provocaban al Señor con su testarudez.

En semejante ambiente se crió Samuel. Fue milagrosamente guardado de tales pecados. El favor de Dios estaba con él. Esto era una respuesta a la oración de su madre. Cada año su madre le hacía un pequeño manto que necesitaba para su servicio en el santuario. Cada vez que le daba el manto nuevo era una señal de su disposición de cumplir el voto que había hecho. La confección de ese manto era acompañada de muchas oraciones. Al ver tal fe y obediencia, Elí bendijo a Ana y a Elcana y oró por ellos, pidiendo al Señor que les diese más hijos. Esa oración también fue concedida, porque el Señor les dio otros tres hijos y dos hijas.

Entre tanto, continuaba la conducta impía de los hijos de Elí. Cometían adulterio con mujeres que venían al tabernáculo y así llevaban a Is-

rael a un sendero de decadencia y pecado. Muchas personas los seguían y se rendían al pecado. Por supuesto, de boca de algunos, Elí oía quejas acerca de sus hijos. Y en verdad los amonestó. Elí les dijo que si alguien peca contra un hombre habrá jueces que lo juzgarán, pero siempre existe la posibilidad de orar al Señor y pedir su perdón. Elí prosiguió diciendo que si un hombre interfiere con las cosas santas del Señor y endurece su corazón contra él, ya no le queda posibilidad de orar.

Los hijos de Elí no le prestaron atención. Para ellos ya había pasado el tiempo de la misericordia. El Señor quería darles muerte porque sus vidas habían sido demasiado corrompidas por el pecado. Elí también era culpable. Si bien en su edad avanzada amonestó a sus hijos, no había mantenido una disciplina estricta cuando ellos se criaban.

Finalmente vino un profeta a Elí para anunciarle, en el nombre del Señor, que la casa de Elí estaba destinada a caer. Dios quitaría el sumo sacerdocio del linaje de Elí, y reemplazaría a Elí con un sacerdote fiel que serviría al Señor junto con el rey que pronto vendría. La fuerza de la casa de Elí sería quebrantada, ningún hombre de su familia llegaría a la vejez. Cualquier persona de la casa de Elí que todavía estuviese con vida al asumir su cargo el sacerdote fiel, vendría a dicho sacerdote para mendigar trabajo y un pedazo de pan.

Ese juicio fue cumplido posteriormente cuando el Señor llamó a uno de otra familia al oficio del sumo sacerdote. El sumo sacerdote nuevo sirvió al Señor junto al rey. Finalmente la promesa implícita en ese juicio fue cumplida en el Cristo quien al mismo tiempo es sumo sacerdote y rey.

El juicio sobre la casa de Elí fue un juicio de la misericordia de Dios sobre su pueblo. Puesto que la casa de Elí había hecho a Israel apartarse del Señor, sería severamente castigada. El honor del Señor, es decir, el honor de la misericordia del Señor sobre su pueblo, había sido profanado por la casa de Elí. Por eso tendría que perecer. El Señor es fiel a su pacto con su pueblo.

El llamamiento del profeta. En aquellos días el Señor ya no hablaba con frecuencia a su pueblo. No quedaba casi ningún profeta. No había nadie que pudiese hablar en el nombre del Señor y dar a conocer su palabra al pueblo. Sin embargo, el Señor se propuso llamar a Samuel como profeta. A través de él el Señor volvería a hablar a su pueblo. Pero Samuel nunca había oído al Señor hablándole. La primera vez que el Señor le dirigió la palabra fue una experiencia muy extraña para él.

Una noche, aun antes que la vela que de noche ardía en el santuario se hubiese apagado, el Señor llamó a Samuel. Samuel se fue directamente a la cama de Elí, pensando que él, ya ciego e inválido por su avanzada edad, lo había llamado. Esto ocurrió tres veces sucesivas. Finalmente Elí comprendió que era el Señor quien estaba llamando a Samuel. La cuarta vez Samuel respondió tal como le había indicado Elí, diciendo: "Habla, Señor, que tu siervo oye". Entonces Samuel escuchó la primera revelación de Dios a él, y fue, de veras, una revelación terrible. El Señor le dijo que pronto vendría el día cuando ejecutaría su juicio sobre la casa de Elí. Ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Sería un juicio tan terrible que quienes lo oyesen, le retiñirían los oídos.

Pronto Samuel tendría que hacerle conocer esta profecía a Elí. En esta primera ocasión Samuel ya comprendió cuán difícil puede ser hacer lo que mandaba el Señor, y cuánto puede ir contra las inclinaciones de nuestra carne y sangre. Pero si realmente la palabra del Señor ha venido a nosotros y se ha apoderado de nosotros, ya no podemos escapar a su influencia. Por eso, el primer llamamiento del Señor fue decisivo para toda la vida de Samuel. Aunque *nosotros* no oímos el llamado de Dios en esta forma y no recibimos un llamado particular de servir a Dios como profetas, el Señor sí nos llama a través de su Palabra para que le sirvamos en toda nuestra vida.

En la mañana Samuel se demoró en abrir las puertas de la casa de Jehová. En nada le agradaba la idea de contarle a Elí lo que el Señor le había revelado. Entonces Elí llamó a Samuel. Notando que Samuel vacilaba en decirle el mensaje, le ordenó decirle todo lo que había oído del Señor. Y Samuel lo hizo. Entonces Elí inclinó su cabeza y dijo: "Jehová es; haga lo que bien le pareciere". Cuando oímos semejantes palabras de labios de un hombre que ha dedicado toda su vida al servicio del Señor, notamos en ellas la victoria de la fe. El Cristo también tuvo victoria cuando dijo: "No se haga mi voluntad, sino la tuya". ¿Sería posible que Elí no había luchado lo suficiente durante su vida?

Después de aquella primera ocasión, el Señor siguió revelándose a Samuel. Y claramente cumplió todo lo que había dicho al pueblo a través de él. El pueblo entero comenzó a ver que el Señor les había dado un profeta, y Samuel comenzó a llevar al pueblo de vuelta al Señor, a su pacto y a su palabra. De esa manera podía comenzar a preparar al pueblo a recibir al rey que el Señor les daría. De la misma manera Juan el Bautista preparó al pueblo para la venida del Señor Jesucristo. ¿De qué

otra manera vendrá el Espíritu del Señor Jesucristo a gobernar con gracia en nuestros corazones, si no es mediante su Palabra?

Icabod. El cumplimiento del juicio sobre la casa de Elí y sobre Israel ocurrió en forma diferente y mucho antes de lo esperado. En aquellos días los israelitas todavía eran oprimidos por los filisteos. Tal vez los israelitas tenían un poco más de valor gracias a las obras de Sansón. En todo caso, reunieron un ejército y se marcharon a la guerra con los filisteos en el territorio de Benjamín. Pero los filisteos derrotaron a los israelitas; 4.000 hombres murieron. Ahora los israelitas debían considerar la posibilidad de vivir totalmente sujetos a los filisteos.

Regresando al campamento, los ancianos se preguntaban unos a otros por qué habría abandonado el Señor a Israel. Pero los ancianos no supieron dar la única y obvia respuesta, es decir, las abominaciones en Israel. Mientras podemos encubrir y atribuir la causa de nuestras desgracias a algo fuera de nosotros, lo haremos.

Los ancianos consideraron la posibilidad de llevar el arca a la batalla. De esa manera el Señor estaría con ellos. ¡Qué malentendido pecaminoso! Ciertamente el arca era la señal de la presencia del Señor, pero el Señor sólo se revelaba y se daba a través de esa señal a un pueblo que lo buscaba en fe. Se requería arrepentimiento de parte de Israel antes que el Señor volviese a estar con su pueblo.

El arca fue llevado al campo de batalla acompañado por Ofni y Finees. ¿Cómo se atrevían a hacerlo estos hombres después de haber profanado el servicio del Señor? Los israelitas habían introducido un pecado abominable en su campamento. En realidad, como pronto descubrieron, estaban pidiendo al Señor a volverse completamente contra ellos.

Cuando el arca llegó al campamento, todo el ejército estalló en gritos de júbilo. Los filisteos oyeron los gritos. Cuando supieron el motivo del regocijo entre los israelitas, comenzaron a temer. Pero no era el temor del Señor lo que se había apoderado de ellos para paralizarlos. Al contrario, se dijeron unos a otros: "Sed fuertes, oh filisteos, y luchad como hombres".

La batalla terminó con una gran derrota para Israel. 30.000 hombres de la infantería cayeron, el arca fue capturada, y Ofni y Finees murieron. ¡Qué catástrofe! Lo peor de todo era que se había perdido el arca. El arca había caído en manos del enemigo. Nunca antes en la historia de Israel había ocurrido algo semejante. Cuando los israelitas perdieron su posesión del arca, el Señor se apartó de su pueblo. Se había ido el honor

de Israel, su honor como pueblo del pacto en la gracia de Dios. ¿Qué sería ahora del pueblo?

Como resultado de esta catástrofe, Israel tenía que perder toda esperanza. Un benjamita corrió hasta Silo para llevar las noticias del desastre. Al oír las nuevas, toda la ciudad rompió en llanto. Elí preguntó a qué se debía todo ese bullicio. ¡Cuán anciosamente había esperado el resultado de la batalla! Y ahora oía que su pueblo había sido derrotado, que sus hijos habían muerto y que el arca había sido capturado por los filisteos. Al escuchar esto, la peor de todas estas noticias, se sintió tan impresionado que cayó de la silla fracturándose la nuca.

La esposa de Finees, que estaba esperando el nacimiento de su niño, también oyó las noticias. Para ella también el golpe más impresionante fue la captura del arca. Al dar a luz un hijo, ella murió del horror que le acogía. La partera aún trataba de despertar esperanza en ella, diciéndole que había dado a luz un varón. Pero en ella ya no había lugar para la esperanza. Al morir llamó a su hijo *Icabod*, que significa *traspasada la gloria.*

Las tinieblas descendieron sobre Israel. La esperanza tuvo que morir. Sin embargo, tanto Elí como la esposa de Finees fueron impresionados más que nada por la noticia de que el arca había sido capturado por el enemigo. Esto demostraba que la verdadera vida y el temor del Señor no habían muerto totalmente.

Elí fue más glorioso en su muerte que en su vida. Y la esposa de Finees recibió gloria inmortal mientras moría. Dios no abandonaría la obra de sus manos en Israel. Israel volvería a levantarse de esta muerte; lo haría por amor al Cristo que fue muerto y vive. Algún día, y por mano de Samuel, Israel recibiría del Señor un rey que lo libraría.

8: El retorno del Señor

1 Samuel 5—7

La caída de Dagón delante del arca del Señor no nos muestra primera y principalmente que Dios es más poderoso que los ídolos. Hemos de considerar este acontecimiento como una revelación del Dios del pacto. Su gracia es más poderosa que las expectativas idólatras de cualquier hombre, más poderosa que cualquier fabricación de la carne. Dagón, junto a cualquier otra cosa que la gente use para ocultarse del Señor, será conquistado por la gracia que es en Cristo Jesús. Por eso, este episodio también es una profecía que señala hacia el futuro, al Cristo, cuya salvación es revelada a todos los pueblos.

Esta revelación en Asdod no podría haber ocurrido si en su misericordia el Señor no se hubiese vuelto a su pueblo ya. Sin este retorno el arca no habría sido una señal de su presencia. Debemos recordar que el arca era una señal del pacto. Puesto que el Señor se había apartado de su pueblo, ya no había conexión entre él y la señal (el arca), por lo cual también había permitido que cayese en manos de los filisteos. Pero Aquel que toma la iniciativa en el pacto, se volvió a Israel, y por lo tanto volvió a ligar su presencia especial a esa señal.

Cuando los filisteos devolvieron el arca sobre un carro tirado por dos vacas que criaban, los filisteos estaban totalmente conscientes de que Dios no se había apartado de este mundo, sino que lo estaba dirigiendo conforme a sus propios intereses. Esos intereses eran un vehículo de su gracia la cual había prometido en su pacto.

Los filisteos se estaban arriesgando; estaban dando un salto al vacío. Mediante la fe, estando en el pacto, no nos permitimos correr tales riesgos. Basados en la fe esperamos confiadamente en la dirección del Señor. Ahora nosotros disfrutamos de esa dirección, no en la forma de alguna señal especial sino en la Palabra del Señor.

Durante viente años el arca permaneció en Quiriat-jearim. Durante ese tiempo los filisteos oprimieron a Israel. No fue hasta el final de este período que Samuel comenzó su función de juez. Esto ocurrió con la reunión y subsiguiente victoria en Mizpa, más de veinte años después de la muerte de Elí. Entre tanto Dios se había reve-

lado a través de Samuel. Pero recién entonces comenzó Samuel a actuar como juez y empezar la restauración de Israel a una relación correcta con Dios.

El hecho que el Señor se volviese a su pueblo también era una forma de preparar al pueblo para su futuro rey. A través de Samuel el pueblo recibiría su rey.

Pensamiento clave: *Después de abandonar a su pueblo, el Señor se vuelve a él para que le tema.*

Conmoción entre los filisteos. Debido a que los pecados de la casa de Elí y de todo Israel habían hecho que Dios se apartara de su pueblo, los filisteos pudieron capturar el arca. Una vez acontecido esto, el arca ya no fue una señal de su presencia y podía caer en manos del enemigo.

Los filisteos creyeron que ahora tenían control permanente sobre Israel, es decir sobre la gracia que Dios mostraba a Israel. Convencidos de ello, trajeron el arca a Asdod y lo colocaron en la casa de su dios Dagón. Creían haber cortado la esperanza de Israel respecto del futuro. Ahora la gracia de Dios estaría sujeta al poder de sus dioses.

Pero el Señor se acordó de su pueblo. En su favor se volvió a Israel. Por amor a Cristo y siendo Dios el quien toma la iniciativa en el pacto, podía hacer esto una y otra vez, aun antes que el pueblo se volviese a él. Debido a que Dios se había vuelto a Israel, el arca volvió a ser una señal de su presencia en gracia. Esa gracia reservada a Israel se mostraría ahora en la tierra de los filisteos.

Los filisteos habían puesto el arca en la casa de Dagón. A la mañana siguiente la estatua de Dagón fue hallada en el suelo, postrado delante del arca. Los filisteos creyeron que esto fue una casualidad y pusieron la estatua en pie otra vez. Pero al día siguiente encontraron las manos y la cabeza sobre el umbral, como si hubiesen sido cortadas; la estatua había vuelto a caer con el rostro hacia abajo delante del arca.

Aquí tenemos una clara revelación de Dios en su gracia, luchando contra los poderes del paganismo. Así como el ídolo había quedado sin cabeza y sin manos, el paganismo quedaría reducido a necedad y debilidad ante la gracia de Dios que en Cristo sería plenamente revelada. Todo poder le adorará a él.

Además, los habitantes de Asdod comenzaron a sufrir de úlceras. Sus campos como los de toda la tierra de los filisteos, eran destruidos por ratones. La gracia que Dios muestra a su pueblo se convierte en juicio sobre aquellos que no le prestan atención.

También había problemas en Gat y Ecrón. Finalmente los filisteos y

sus líderes religiosos se reunieron para decidir cómo deshacerse del arca. Ya habían decidido enviarlo de regreso a Israel. La pregunta ahora era ¿cómo? Siguiendo el consejo de los sacerdotes y adivinos los filisteos pusieron junto al arca una caja conteniendo cinco úlceras de oro y otros tantos ratones de oro, conforme a la cantidad de ciudades y pueblos filisteos que habían sido atacados por los ratones. Mediante ese don los filisteos esperaban reconciliarse con el Dios de Israel, ¡como si con ese regalo podrían expiar la ofensa que le habían hecho!

Con todo, los filisteos no se equivocaban al esperar liberación de la plaga una vez que el arca hubiese sido devuelta. Si bien no hubo reconciliación eterna para ellos, se vieron forzados a una actitud de reverencia ante el Dios de gracia.

No estaban totalmente seguros de que las plagas estuviesen relacionadas a la presencia del arca en su tierra. Siguiendo el consejo de sus adivinos, pusieron el arca sobre un carro nuevo, al que luego ataron dos vacas que criaban. Los terneros fueron enviados de regreso al establo. Si por iniciativa propia las vacas olvidaban a los terneros y tomaban la ruta a la tierra de Israel, los filisteos podían estar seguros de que eran guiadas por el Dios de Israel. ¡Cuánta conciencia se mostró aquí de los cuidados de Dios! ¡Presentían que Dios no nos deja abandonados en las tinieblas, sino que nos muestra el camino! Conforme a sus métodos paganos se arriesgaron en la dirección de Dios, sin orar y sin pertenecer al pacto del Señor. Hoy día la gente sigue haciendo lo mismo cuando se propone entender las instrucciones de Dios a través de algún signo ajeno a su Palabra. En aquellos días Dios revelaba sus instrucciones para la vida por medio de señales especiales. Dios sigue haciéndolo, pero ahora lo hace a través de su Palabra.

Las vacas con el carro tomaron la ruta más directa a Israel. Los gobernadores filisteos las siguieron a cierta distancia hasta llegar al límite de Israel. Comprendieron claramente que Dios volvía a ocuparse de su pueblo.

Aprendiendo a temer a Dios. El carro se detuvo en Bet-semes. Allí la gente estaba ocupada en la cosecha del trigo. Al ver el arca se regocijaron. El regreso del arca era ciertamente un milagro de gracia. ¡Era una señal de que Dios se había vuelto a su pueblo!

La gente de Bet-semes estaba contenta. A modo de ofrenda quemada sacrificaron las vacas al Señor, usando la leña del carro y una gran piedra cercana como altar. Se les permitió ofrecer este sacrificio porque el

arca ya no estaba en Silo. Tenían la señal de la presencia de Dios allí mismo en medio de ellos. Por medio de esta ofrenda quemada renovaron su dedicación al Señor. También trajeron ofrendas de paz y tuvieron un banquete sacrificial en el cual disfrutaron de la presencia de Dios.

¡Qué acontecimiento maravilloso! Sin embargo, la gente de Bet-semes aparentemente había olvidado quién era realmente el Señor y cuánta reverencia se le debe a su presencia misericordiosa. Sin temor y reverencia no puede haber fe. Por muy cerca que el Señor venga de nosotros en su pacto, nunca es igual a nosotros. ¡El es el Señor!

Con una actitud que carecía de modestia y reverencia, algunas personas del lugar miraron al interior del arca. ¡La gracia del Señor no es una curiosidad que podamos usar para satisfacer nuestros instintos inquisitivos! Como resultado murieron setenta habitantes de Bet-semes.

Cuando esto ocurrió, la gente de Bet-semes no soportó más la presencia del Señor en su región. Pero tampoco se atrevían a enviar el arca a Silo. ¿No había sido Silo totalmente corrompida por los pecados de la casa de Elí? En su lugar, enviaron mensajeros a una ciudad más grande de la misma región, a Quiriat-jearim. La gente de esa ciudad vino y se llevó el arca a la casa de Abinadab cuyo hijo Eleazar fue especialmente designado a guardarla. Allí se rindieron al Señor el respeto que él demanda. De esa manera el pueblo tuvo que aprender de nuevo a temer al Señor.

El comienzo de la judicatura de Samuel. El regreso del arca todavía no significaba que Israel se hubiese reconciliado con el Señor. Evidentemente la gente no tenía la menor idea qué hacer con el arca. Aunque todo Israel debía haber oído de su regreso, el arca fue dejada donde se encontraba. El pueblo no convocó una reunión de los ancianos para tomar una decisión en la presencia del Señor y determinar qué hacer.

Esta situación se prolongó durante veinte años. Entre tanto, los filisteos seguían oprimiendo a los israelitas. Finalmente todo Israel comenzó a quejarse delante del Señor. Ahora había llegado el momento para Samuel, el precursor del rey de asumir el oficio de juez en Israel. Samuel envió un mensaje por toda la tierra amonestando a la gente a volver de todo corazón al Señor y a apartarse de los ídolos que estaban adorando. Si mirasen y sirviesen al Señor, y al Señor solamente, él los libraría de los filisteos.

Al ver que la gente lo escuchaba, Samuel decidió que el momento de la liberación había llegado. Por eso reunió al pueblo en Mizpa, donde iba a tener lugar la reconciliación entre Dios y su pueblo. Samuel oró por

el pueblo y se derramó agua ante el rostro del Señor. Mediante este acto el pueblo indicaba que su corazón y su vida se habían derretido bajo la justa ira de Dios. El pueblo ayunó en señal de que había perdido todo derecho a los dones de Dios y confesó sus pecados. Así fue restaurada la correcta relación entre el pueblo y el Señor, y él le perdonó sus pecados.

Cuando los filisteos se enteraron de que el pueblo de Israel se había reunido en Mizpa, salieron para atacarlos. Esto atemorizó a los israelitas. Estaban demasiado acostumbrados a ser más débiles que los filisteos. Por eso pidieron a Samuel que no guardase silencio, sino que clamase al Señor pidiendo su ayuda. ¡Cuánto necesitaban de un mediador! Samuel solamente pudo asumir la función del mediador gracias al único Mediador que es Jesucristo. Cuando apelamos a él, nuestras oraciones nunca son en vano.

Samuel sacrificó un cordero recién nacido como una ofrenda quemada al Señor. Aquel cordero, que fue ofrecido entero, fue la señal de un Israel renacido. Israel sería nuevamente consagrado al Señor como un solo pueblo. En este punto no debemos olvidar que Israel sólo pudo consagrarse al Señor porque el Cristo se consagraría a Dios en favor de Israel. En efecto, el cordero señalaba al Cristo.

Mientras Samuel estaba ofreciendo el sacrificio, los filisteos se acercaban para atacar. Pero el Señor respondió inmediatamente atemorizando a los filisteos con el trueno de Su propia voz. El Dios de Israel trajo confusión sobre los filisteos de modo que huyeron. Lo único que quedaba por hacer para los israelitas era perseguirlos.

Entre Mizpa y Sen, Samuel levantó una piedra y la llamó *Eben-ezer* que significa *piedra de ayuda*. Esa piedra era una señal del comienzo del auxilio de Dios. El territorio oprimido fue librado e Israel halló alivio.

Desde entonces Samuel fue juez en Israel. Cada año viajaba a través del país para enseñarles al pueblo las leyes del pacto. Luego regresaba a Ramá, donde aparentemente había establecido su residencia después de la caída de la casa de Elí. Desde allí hacía conocer a Israel la palabra del Señor. El Señor se había vuelto nuevamente a su pueblo. Nuevamente había sido restaurada la relación entre el pueblo y su Dios y otra vez el pueblo tenía un juez.

Sin embargo, todo esto era temporal. El pueblo del Señor debe ser guiado por Cristo su Rey. Mediante él son preservados en la correcta relación con Dios. No pasaría mucho tiempo y el pueblo de Israel recibiría un tipo mejor del Cristo en la persona del rey que sería ungido por Samuel.

9: Conflicto

1 Samuel 8—12

En realidad no había nada pecaminoso en el deseo de los israelitas de tener un rey. El mismo Señor les había prometido uno. Tampoco pecaron cuando declararon que deseaban un rey "como todas las otras naciones", porque eso era exactamente lo que Moisés les había prometido (Dt. 17:14-20). Tampoco hubo nada intrínsecamente malo en pedirlo en exactamente este momento. En aquellos días la esperanza de un rey llenaba la atmósfera. Aparentemente el Señor mismo había despertado en Israel el deseo de un rey. Samuel se estaba envejeciendo y sus hijos no juzgaban con justicia al pueblo. En resumen, el pueblo tenía motivos legítimos para expresar en este momento sus anhelos por un rey.

El pecado del pueblo estaba en el concepto que tenían de su rey y en el motivo que los impulsaba a querer esa clase de rey. Un rey que los guiase en la batalla les daría mayor independencia, es decir, los haría menos dependientes de la palabra del Señor que ahora, cuando vivían bajo el liderazgo de un juez y profeta. Un rey sabría tomar sus decisiones con mayor independencia.

Que en realidad éste haya sido el pecado de los israelitas queda claro de su concepto de cómo "hará el rey que reinará sobre vosotros". Samuel les explicó el inevitable deterioro que resultaría de la clase de reinado que ellos querían ver establecido en el pueblo. El concepto que el pueblo tenía del reinado era totalmente diferente de los derechos y responsabilidades que tendría el rey en quien pensaba Samuel. Samuel escribió sus conceptos en un libro, al que "guardó delante de Jehová" (1 S. 10:25).

Con su equivocado concepto del reinado el pueblo rechazaba no solamente al juez y profeta, sino también al Señor. Aun así, el Señor les dio el rey, porque en su consejo el tiempo para un rey había llegado. Además, Dios mismo había despertado en ellos el anhelo de un rey. En principio, esta clase de deseo puede provenir de Dios, aunque luego sea corrompido por nuestras ideas. Esto significa que había un conflicto entre los propósitos del Señor, provenientes de su gracia, y las ideas del pueblo. Muchas veces las intenciones del Señor chocan con nues-

tros deseos, así como su don del Cristo se opone a nuestras expectativas.

Puesto que este asunto del reinado había sido presentado desde un punto de vista equivocado de parte del pueblo, tanto el pueblo como el rey tendrían que ser puestos a prueba. Inmediatamente después que Samuel hubo ungido a Saúl, Samuel le advirtió que sería probado y pesado (1 S. 10:8). Vendrían días cuando el ejército sería llamado a subir contra los filisteos y a reunirse en Gilgal. Era lógico que aquella batalla con el enemigo tradicional fuese librada en ese sitio. Cuando ello ocurriese Saúl había de esperar a Samuel. Debía esperar hasta siete días si fuese necesario. De esa manera el pueblo sería probado en su relación con el rey. Y el rey tendría que prestar atención a Samuel, es decir, a la palabra de Dios.

En esa prueba el Señor dio al pueblo y al rey toda ventaja posible. Saúl era una figura impresionante y de un carácter noble. También era un hombre piadoso, lo que podemos ver del hecho que no comenzó la batalla antes de ofrecer el sacrificio. Además, el Espíritu Santo descendió sobre él y lo transformó en un nuevo hombre. Eso no fue un nuevo nacimiento o una regeneración, ni hubo en ello arrepentimiento: el cambio de Saúl es que comenzó a identificarse con la causa del pueblo de Dios y con el honor de esa causa. Pero Saúl nunca llegó a ver la grandeza de Dios y la gloria de su fidelidad en su pacto.

Saúl tomó como cosa personal la defensa de la causa del pueblo. Eso significaría que la causa del pueblo llegaría a ser la causa de Saúl y el honor del pueblo el honor de Saúl. Posteriormente esto lo llevó a su caída. No obstante, Saúl, y por medio de él todo el pueblo, tenía todas las ventajas a su favor al llegar la hora de la prueba. Sin embargo, la carne no puede mantenerse en la prueba. La caída de Saúl debería ser una lección para nosotros enseñándonos que la carne no debe jactarse delante de Dios.

Si queremos trazar una línea de Saúl al Cristo, debemos señalar que Saúl fue un antitipo del Cristo, alguien completamente diferente al Cristo. En el reino de la gracia el Cristo es el auténtico rey teocrático que gobierna conforme a la Palabra del Señor. Las esperanzas de Israel en cuanto a Saúl no fueron cumplidas. El fracaso de Saúl tenía el propósito de preparar el camino a esperanzas más adecuadas referidas al rey del futuro, esperanzas que se cumplieron en David, el rey teocrático.

Pensamiento clave: *El consejo de gracia del señor choca con las esperanzas de su pueblo.*

¡Danos un rey! Por muchos años Samuel juzgó a Israel. Al envejecerse, designó a sus dos hijos como ayudantes en la zona sur de la tierra. Sin embargo, sus hijos no anduvieron en el camino de su padre. Aceptaron sobornos. Los ancianos de Israel llegaron a Samuel con el problema. Le señalaron que él se estaba envejeciendo y que sus hijos no es-

taban siguiendo sus pisadas. Por eso le pidieron que nombrase un rey que le sucediese en el gobierno.

Los israelitas no estaban equivocados en su deseo de tener un rey. El mismo Señor había puesto este deseo en su corazón. Moisés ya les había prometido que algún día tendrían un rey (Dt. 17:14-20). Ese rey sería una revelación del reinado de gracia de parte de Dios sobre su pueblo, y por lo tanto un tipo del Cristo quien es el Rey de su pueblo. En realidad, el rey prometido sería un tipo del Cristo aun más glorioso que Moisés y los jueces. Por medio de su rey el pueblo debería estar ligado aun más estrechamente al Señor y a su palabra.

Pero cuando el pueblo trajo su pedido, lo hizo sin estas consideraciones. A través de Samuel, el juez profeta, ya estaban fuertemente ligados a la palabra del Señor. Samuel no tomaba decisión alguna sin antes buscar la dirección de la palabra del Señor. La gente creía que este era el motivo por el cual muchos asuntos progresaban tan lentamente, motivo por el cual no podían librarse del yugo filisteo. Un rey decidiría las cosas con mayor independencia. Con esto el pueblo no alcanzaba a ver que la causa de su debilidad era su propio pecado. Ahora pedían un rey y esperaban que, a través de él, serían más libres del Señor.

Por eso su pedido fue pecaminoso ante los ojos de Samuel. Pero siendo él el mediador entre Dios y el pueblo, Samuel trasmitió el pedido al Señor. El Señor le respondió que el pueblo no solamente había rechazado a Samuel como juez profeta, sino que había rechazado al Señor mismo. Sin embargo, Samuel debía darles un rey. El consejo de gracia del Señor no debía ser impedido. Pero primero Samuel tendría que advertir al pueblo y darles una idea de la tiranía que esa clase de rey podría llegar a ser para el pueblo.

Samuel hizo lo que el Señor le ordenó. Amonestó al pueblo por sus pecados, y le advirtió respecto del poder que dicha clase de rey podía llegar a tener en sus manos. "Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey", dijo Samuel, "mas Jehová no os responderá en aquel día".

El pueblo no quiso prestar atención a Samuel. De esa manera el consejo del Señor chocó con el deseo de su pueblo. Lo que el Señor había designado para el bienestar de su pueblo fue inmediatamente transformado en algo pecaminoso. En este sentido somos semejantes a los israelitas: lo que nosotros queremos del Señor no siempre coincide con lo que él quiere darnos. Nosotros incluso queremos un rey un poco diferente al Rey que Dios nos ha dado, es decir, al Señor Jesucristo.

Ungido por Samuel. Samuel había enviado a los hombres de Israel de regreso a sus casas. Pero el Señor no olvidó su promesa. En forma extraña hizo saber a Samuel quien era el hombre que se proponía ungir como rey de Israel.

En Gabaa, en la tierra de Benjamín, vivía un hombre llamado Saúl que todavía era relativamente joven. Tenía aproximadamente 40 años. Cierto día Saúl estaba buscando los asnos de su padre Cis. Durante la expedición, él y su siervo llegaron a la vecindad de Zuf, donde en ese momento se encontraba Samuel. Samuel había llegado para bendecir el sacrificio de la ciudad y tener un banquete sacrificial con los ancianos.

Cuando Saúl y su siervo supieron que Samuel se encontraba allí, decidieron preguntarle por los asnos. El día anterior Dios había revelado a Samuel que muy pronto encontraría al hombre a quien Dios se proponía poner por rey sobre Israel. Por eso, con anterioridad Samuel había dado órdenes para que la mejor porción del banquete sacrificial fuese guardada aparte. Cuando Saúl encontró a Samuel en la puerta de la ciudad mientras Samuel iba al lugar alto en las afueras para asistir al banquete sacrificial, el Señor le reveló a Samuel que ese era el hombre que llegaría a ser rey. Samuel invitó a Saúl y a su siervo a tomar parte del banquete con él. Le prometió que al día siguiente le revelaría las cosas que había en el corazón de Saúl. Así mostraría a Saúl, que él, Samuel, era verdaderamente un profeta del Señor. También le informó que los asnos ya habían sido hallados. Finalmente hizo una declaración asombrosa: "¿Para quién es todo lo que hay de codiciable en Israel, sino para ti y para la casa de tu padre?" (1 S. 9:20).

Saúl, asombrado, preguntó a Samuel qué significaba eso. Después de todo, ¿no era él (Saúl) de la tribu más pequeña de Israel? Sin embargo, no obtuvo respuesta. Se requería de alguna preparación para lo que había de acontecer. Durante el banquete Samuel dio a Saúl la mejor parte de la carne que había sido apartada.

Aquella noche Samuel habló con Saúl por mucho tiempo en el terrado. Quería conocer mejor a Saúl, y sin duda lo habrá instruido acerca de la condición espiritual y política de Israel. Debido a esta conversación Samuel aparentemente ya se sentía ligado a Saúl. Saúl era un hombre noble y tenía comprensión por las necesidades de Israel. Además, era un hombre dispuesto a aprender.

Temprano la mañana siguiente, Samuel llamó a Saúl desde el terrado donde había pasado la noche. Cuando salieron de la ciudad, Samuel dijo a Saúl que ordenase a su siervo a adelantarse en el camino. Cuando

estuvieron solos Samuel derramó aceite de una vasija sobre la cabeza de Saúl, ungiéndolo así por rey sobre Israel. Ese aceite era un símbolo del don del Espíritu Santo que capacitaría a Saúl para ese oficio. Además, Samuel prometió darle a Saúl tres señales para demostrarle que él verdaderamente había actuado en el nombre del Señor.

A través de estas señales Saúl vería que el pueblo ya lo honraba como rey, sin saber en realidad lo que estaba haciendo. Por ejemplo, le darían un poco de pan que originalmente había sido destinado como parte de una ofrenda. La tercera señal fue especialmente importante. Saúl recibiría una porción del Espíritu de un grupo de profetas. En consecuencia, profetizaría entre ellos, y así llegaría a ser hombre diferente. Saúl vería claramente la necesidad del pueblo del Señor, y se consagraría a su causa.

Debido al error fundamental que había en el deseo de los israelitas de tener un rey, él tendría que ser puesto a prueba. ¿Gobernaría al pueblo únicamente según la palabra del Señor? ¿O gobernaría conforme a su propio discernimiento? Samuel advirtió a Saúl respecto de aquella prueba: "Has sido llamado específicamente para librar a Israel del yugo de los filisteos. Al enfrentarse los ejércitos, tú estarás con el tuyo en Gilgal, pero no darás ningún paso hasta que yo haya llegado allí y te haya hecho saber la palabra del Señor. Deberás esperarme durante siete días, no importa cuán tensa se vuelva la situación".

¡Cuán cuidadosamente preparó Dios a Saúl para esta prueba! El rey era un hombre noble, había recibido los dones del Espíritu Santo y disfrutaba del favor del profeta de Dios. Todas las cosas estaban a su favor. Sólo quedaba una pregunta: ¿Se había rendido Saúl en fe y de todo corazón al Señor? ¿Podía ser de esa manera un líder del pueblo en el sendero de la fe y un instrumento para corregir sus expectativas equivocadas respecto del oficio del rey?

Al regresar Saúl a su casa, se cumplieron todas las señales anunciadas por Samuel. La tercera de ellas hizo una profunda impresión en el pueblo de Gabaa. Saúl fue recibido en medio de un grupo de profetas. El Espíritu del Señor vino sobre él de modo que profetizó. Esto causó asombro entre la gente. Algunos de ellos dijeron que el don de la profecía no era heredado, y que el Señor podía concederlo a quien quería. No obstante fue un hecho asombroso, y el dicho "¿Saúl también entre los profetas?" llegó a ser un proverbio. A través de la tercera señal el pueblo pudo entender que el Señor estaba cerca de ellos con su gracia. Dios cumpliría su propósito bondadoso pero este propósito tendría que conquistar lo pecaminoso en el deseo del pueblo de tener un rey.

Designado por medio de la suerte. Ahora Samuel llamó a los representantes del pueblo a reunirse en Mizpa. Una vez más los amonestó por causa de su pecado. Acto seguido procedieron a echar suertes.

La suerte cayó sobre Saúl, de la casa de Cis. Pero, Saúl no pudo ser hallado. Por medio del sumo sacerdote se consultó al Señor si Saúl se presentaría. La respuesta fue que Saúl se había ocultado entre el bagaje. Pronto fue traído y presentado al pueblo. Allí estaba de pie, una figura imponente de altura, una cabeza más alto que todos los demás. Saúl era una figura real, pero al mismo tiempo un hombre tímido. Entonces todo el pueblo exclamó diciendo: "¡Viva el rey!"

Samuel habló al pueblo acerca de los derechos y las responsabilidades del rey y del pueblo y de ambos respecto del Señor. Samuel instituyó esos derechos y esas responsabilidades de acuerdo al pacto del Señor y los escribió en un libro que guardó en el santuario. El rey tendría que ser un siervo del Señor, un tipo de Cristo, un hombre que no pensara en su propia causa, sino en la del Señor, un gobernador que temiese al Señor y de esa manera guiase al pueblo en el camino del pacto.

Al partir el pueblo para sus casas, muchos honraron al rey con regalos. Algunos de ellos, cuyos corazones habían sido tocados por el Señor, incluso acompañaron a Saúl hasta su casa. En cambio, otros, enojados, lo despreciaron y no le ofrecieron regalo alguno. Saúl fingió no notarlo. De esta manera también demostró su carácter noble.

Todas las cosas estaban a favor del rey Saúl. Pero si quería salir aprobado en la prueba, y si quería que el pueblo fuese realmente bendecido por él, tendría que vivir por fe y confiar en el Señor en todo. Su fe aún debía ser demostrada. No era suficiente tener un genio noble. ¿Pertenecía Saúl a Cristo? ¿Moraba el Espíritu de Cristo en Saúl y, a través de él, también en el pueblo?

Exaltación. Pronto Dios revelaría a Israel qué precioso don había recibido su pueblo en la persona del nuevo rey. Cuando pidieron un rey los israelitas eran oprimidos por los filisteos en el oeste y por los amonitas en el este. Bajo Jefté Israel había derrotado decisivamente a los amonitas, pero ahora este enemigo buscaba vengarse. Los amonitas seguían avanzando en Transjordania hasta amenazar a Jabes en Galaad. Nahas, líder de los amonitas, estuvo dispuesto a preservar las vidas de los habitantes de Jabes siempre que éstos le dejaran sacar el ojo derecho, y así traer vergüenza sobre Israel.

El pueblo de Jabes pidió que le diese tiempo para enviar mensajeros a

través de Israel, para darle al pueblo oportunidad de responder al desafío. Si Israel se mostraba inerme o indispuesto a salir en su defensa, el pueblo de Jabes se entregaría a Nahas. Evidentemente Nahas todavía no había oído que los israelitas habían nombrado un rey. En todo caso, él no temía a Israel. Por eso accedió.

Cuando el pueblo de Gabaa recibió el mensaje, también lloró. Saúl venía de regreso del campo detrás de los bueyes. Al oír el informe, el Espíritu del Señor vino sobre él en forma poderosa. Cortó a sus bueyes en pedazos y los envió por toda la tierra con el mensaje de que un destino parecido esperaría a los bueyes de todo aquel que no siguiese a Saúl y Samuel en la batalla. Aparentemente en ese entonces, Saúl estaba asociándose estrechamente con Samuel. Saúl también sabía que esta batalla era la voluntad del Señor, que nunca abandona a su pueblo.

Todo Israel se presentó para la batalla: 300.000 hombres, más 30.000 de las tribus del sur. Nahas fue engañado por los habitantes de Jabes, de modo que Saúl, quien había dividido su ejército en tres compañías, pudiese realizar un ataque sorpresivo. Los amonitas fueron completamente derrotados y esparcidos; no quedaron ni dos juntos.

Después de la victoria, los israelitas querían vengarse de los que habían despreciado a Saúl. Pero Saúl rechazó ese intento con las siguientes palabras: "No morirá hoy ninguno, porque hoy Jehová ha dado salvación en Israel". ¿Había recibido el pueblo a su rey como un don del Señor, o lo estaban exaltando ahora debido al éxito logrado? ¿Reconocieron que esta victoria fue un regalo de la mano del Señor? En esta batalla por lo menos, Saúl había guiado a Israel en el buen sendero.

Renovando el reino. Samuel comprendió que esta victoria había creado un ambiente favorable para la reforma. Tal vez ahora podría apartar al pueblo de sus esperanzas equivocadas en cuanto a su rey, y enseñarle a aceptarlo en fe como un regalo de la mano del Señor. Samuel reunió al pueblo en Gilgal para renovar el reino. En un acto solemne Samuel nombró a Saúl como gobernador sobre el pueblo y renunció a su oficio de juez, si bien retuvo su oficio de profeta. Dios seguiría revelándose al pueblo por medio de Samuel.

En Gilgal el pueblo ofreció sacrificios de paz y Saúl se regocijó con todos los hombres de Israel. Parecía que comenzaba un nuevo futuro para Israel, un futuro en el temor del Señor.

Cuando Samuel renunció a su oficio de juez, reunió a todo el pueblo. En presencia de Dios y su ungido, a quien había entregado el liderazgo

del pueblo, los israelitas habían de ser sus testigos de que los había juzgado siempre con rectitud y los había guiado en justicia.

Luego Samuel hizo un repaso de la historia de Israel. Señaló que una y otra vez el pueblo se había apartado del Señor, y que al pedir un rey de su propia elección, se había apartado una vez más de él. Sin embargo, el Señor les había concedido un rey. Si ahora andaban en el temor del Señor, su rey sería bendecido, y el pueblo sería bendecido en él. Pero si se apartaban del Señor, su mano sería contra ellos.

Mientras Samuel oraba, el Señor envió truenos y lluvia. Esto fue un fenómeno poco común porque era la época de la cosecha del trigo (la época de sequías). Tanto el trueno como la lluvia eran señales del enojo del Señor a causa del nuevo pecado cometido por el pueblo. Esto atemorizó en gran manera al pueblo de modo que confesó su pecado. Pidieron por la intercesión de Samuel. Samuel los consoló diciéndoles que con el Señor hay perdón. Samuel prometió que no dejaría de orar por el pueblo. Por amor a su propio nombre, el Señor no los abandonaría. Eso fue y siempre sería la base de la oración de Samuel.

Sin embargo, sólo el tiempo revelaría cómo iría con Israel. El pecado ciertamente había sido perdonado, pero la hora de la prueba aún no había llegado. ¿Permanecería firme el rey frente a la prueba? Sólo podría hacerlo si en él habitaba el Espíritu de Cristo.

Sólo en Cristo ha tenido perfecta victoria en la prueba, en la gran prueba. Sólo él puede darnos la fuerza para no tropezar ni caer. No necesitamos esperar para ver cómo le irá a nuestro rey, porque sabemos que él fue fiel en todo. Bajo su dirección siempre estamos seguros.

10: Avergonzado

I Samuel 13 y 14

Es evidente que Saúl fue un hombre religioso, porque no quiso comenzar la guerra contra los filisteos antes de ofrecer el sacrificio al Señor. Además, al oír el bullicio en el ejército filisteo, primero quiso conocer la voluntad del Señor. Al notar que el bullicio crecía estimó que ello era respuesta suficiente del Señor.

Sin embargo, a veces Saúl era impetuoso. No pudo soportar la prueba de esperar por siete días hasta que llegara Samuel. Además su prohibición (bajo juramento) de que nadie comiese antes de la noche, se basaba en su propia voluntad. Este episodio revela que Saúl hablaba de tomar venganza, no de los enemigos del Señor, sino de *sus propios* enemigos. Aquí ya notamos manifestarse una actitud egoista de parte de Saúl.

Es en esta perspectiva que debemos considerar su pecado en Gilgal. A primera vista ese pecado no parece ser suficientemente grave para merecer el juicio que Samuel pronunció sobre Saúl. Es cierto, no se le dijo a Saúl que el reino le sería quitado; sí se le dijo que su familia no lo heredaría, puesto que el Señor había escogido a otro. La lección era que Saúl debía confiar en el Señor *en todas las cosas*, y no depender de sus propios recursos, ni siquiera en la emergencia más extrema.

Saúl no se había rendido incondicionalmente al Señor. Sólo el Cristo pudo ofrecer tan perfecta rendición. Pero mediante su Espíritu nosotros también podemos hacerlo.

Saúl se sintió muy tenso en aquel momento crucial. Pero precisamente en ese momento cerró su corazón al Espíritu del Cristo y prefirió transitar su propio camino. Esto todavía no significa que Saúl no era creyente. Pero sí se hizo evidente en Gilgal que su fe no era totalmente victoriosa. Y fue su culpa que su familia tampoco estaba rendida totalmente al pacto.

Al relatar estas historias a los niños, debemos acordarnos de no subrayar el pecado y el fracaso de un ser humano como el elemento central de la historia. En cambio hemos de subrayar la bendición dada por Dios a pesar del pecado y del fracaso humano. En esta historia acerca de Saúl, la bendición de Dios avergonzó a todo el pueblo.

En el reinado de Saúl hay dos temas que deben ser distinguidos. Por una parte está el reinado que Dios quería para su pueblo, y por la otra el reinado que el pueblo anhelaba y que Saúl equivocadamente había escogido ejercer. Gracias al primero de estos elementos Dios seguía bendiciendo el reinado a pesar del pecado de Saúl. Especialmente al principio de ese reinado vemos algo del Cristo, pero también algo del anticristo.

Saúl hizo un juramento en nombre del Señor de que nadie comería durante el día de la victoria. Cuando Jonatán, ignorando el mandamiento de su padre, comió un poco de miel, se profanó el nombre del Señor. En consecuencia, el Señor no respondió cuando le invocaron. Sin embargo, quien había pecado no era Jonatán, sino Saúl, quien, mediante su juramento, había expuesto a deshonor el nombre del Señor. Por eso el pueblo protestó y con toda justicia salvó a Jonatán de la muerte. Este episodio trajo vergüenza sobre Saúl. Dios protegió a Jonatán quien había sido el verdadero libertador de Israel en esta batalla.

Hay otro motivo por el cual debemos abstenernos de hablar solamente del pecado de Saúl. Saúl no fue el único que fracasó en la prueba. La gente que le abandonó hizo que para Saúl la prueba fuese más difícil. Podemos considerar el asunto desde dos perspectivas. El Espíritu del Señor no descendió en forma poderosa sobre los israelitas en su batalla contra aquel poder. Esto era para hacer aun más difícil la prueba para Saúl, para que exhibiría la fe que conquista todas las cosas. Por otra parte, la falta de confianza del pueblo cerró sus corazones al Espíritu del Señor. Por eso la victoria avergonzó a todo Israel. Si bien el pueblo no supo estar junto a su rey, el Señor lo bendijo bajo el liderazgo de Saúl y su hijo.

Pensamiento clave: *El Señor avergüenza a su pueblo bendiciéndolo a pesar del pecado del rey y del pueblo.*

Fracaso en la prueba. Poco después de hacerse rey, probablemente enseguida después de la reunión en Gilgal, Saúl escogió a tres mil hombres para formar un pequeño ejército permanente. Aparentemente no creía que los israelitas estaban preparados para la batalla decisiva con sus enemigos tradicionales, los filisteos. Pero quería evitar que el enemigo siguiese avanzando más. Por eso puso a mil hombres al mando de su hijo Jonatán en Gabaa su ciudad natal. Con los otros dos mil hombres Saúl ocupó a Micmas, que quedaba a una hora y media de Gabaa.

Los filisteos habían avanzado hasta Gabaa. Allí fueron derrotados por Jonatán y sus mil hombres. Esta primera victoria de los israelitas después de haber escogido a su rey causó inquietud en la tierra de los filisteos. Saúl presentía que la batalla decisiva con los filisteos tendría que ser librada en un futuro cercano. Por eso hizo conocer la victoria de Jonatán en toda la tierra y convocó a todo Israel.

Mientras se estaban reuniendo los israelitas, vino un ejército inmenso de filisteos y ocupó a Micmas. En respuesta, Saúl y todos los que habían respondido a su llamado se retiraron a Gilgal, cerca del Jordán. El pueblo temblaba mientras seguía a Saúl. El Espíritu del Señor no descendió sobre ellos en forma poderosa. Con desconfianza y temor el pueblo cerró su corazón al Espíritu Santo, dispersándose y ocultándose en cuevas. Muchos de ellos incluso se retiraron al otro lado del Jordán. Esto demuestra cuán profundamente arraigado estaba en los israelitas el temor a los filisteos. Aun la victoria de Jonatán no llegó a ser una señal por la cual se levantase la fe de Israel.

Cuando el pueblo sucumbió a sus temores la prueba que debía soportar el rey se tornó aún mucho más severa. Ahora, por cierto, había llegado el momento que Samuel le había anticipado el día de su unción. Saúl debía esperar a Samuel durante siete días, no importa lo que pasaba. Ahora Saúl tendría que demostrar si confiaba en el Señor para salvar a Israel. No importaba cuán crítica parecía la situación. Lo que sí importaba es que el rey obedeciera incondicionalmente. Alguien incapaz de obedecer en forma absoluta no podía ser utilizado por el Señor en el gobierno de su pueblo. Sólo alguien que miraba al Señor aun para la perseverancia de la fe, podría gobernar como rey, porque es el Señor quien nos da fe por amor a Cristo y nos sustenta. Solamente un hombre con el Espíritu de Cristo morando en él sería capaz de confiar absolutamente. ¿Habitaba ese Espíritu en Saúl?

Saúl esperó siete días. Entonces la tensión alcanzó su mayor intensidad, porque todo el ejército parecía desbandarse. Al séptimo día se había agotado la paciencia de Saúl. Con la mirada de un general evaluó las posibilidades. Si en ese momento no ocurría algo, se habría perdido la causa. Tenía que actuar pronto, y de una forma u otra sorprender a los filisteos para restaurar el valor del pueblo. Pero no podía hacer nada sin que se ofreciera primero el sacrificio. Finalmente envió a alguien a traerle el sacrificio, para que él personalmente pudiese invocar la bendición del Señor sobre su empresa. Evidentemente confiaba más en su propio discernimiento que en la dirección del Señor, la que recibiría a través de Samuel.

La ofrenda quemada acababa de ser ofrecida y Saúl estaba por lanzarse a la batalla. En ese instante llegó Samuel. Ninguna excusa de Saúl le sirvió ante el reproche de Samuel de haber actuado neciamente en querer confiar en su propio discernimiento. Allí Samuel le declaró que el reinado no sería heredado por los descendientes de Saúl. Ese privile-

gio sólo podía ser otorgado a alguien que se rindiese incondicionalmente a Dios, alguien en quien prevalece el Espíritu del Cristo. El Cristo permaneció fiel bajo las circunstancias más severas. Lo hizo en favor de aquellos que le pertenecen. Y por ese Espíritu también sostendrá a los suyos. En su lucha por ser fiel Saúl no había mirado a ese Espíritu. Por eso Dios encontró a otro que tomase el lugar de Saúl.

El rey Saúl no pasó aquella prueba. Con ese acontecimiento quedó condenado el reinado que el pueblo había demandado motivado por deseos pecaminosos. Saúl había tenido todas las ventajas que un hombre puede tener en su favor. Aun así no triunfó.

El pueblo también fue condenado en la persona de su rey. Habían tenido miedo; no habían sido capaces de considerar a su rey un don de la mano de Dios. No lo habían visto como una señal segura del favor de Dios, ese favor que les daría la victoria. En fe podemos mirar a nuestro Rey como aquel que nos fue dado por Dios. El va delante de nosotros y nos lleva a la victoria.

Jonatán y su acto de fe. Aunque el pueblo y el rey habían pecado, el Señor recordó que les había dado ese reino por bendición. Por eso no quiso entregar a los israelitas en manos de sus enemigos. Quiso darles liberación por mano de su rey.

Pero la liberación no vino a través del rey mismo. Aparentemente Saúl no poseía la clase de fe que puede hacer todas las cosas, la clase de fe que muestra su mayor fuerza en los momentos difíciles porque en el tiempo de la necesidad ve al Señor, al libertador. Dios había dado esa clase de fe al hijo mayor de Saúl, Jonatán. Por fe él veía las posibilidades que Dios les ofrecía.

Cuando Samuel se hubo ido, Saúl y Jonatán y los hombres que estaban con ellos volvieron a avanzar sobre Gabaa, mientras los filisteos acampaban del otro lado de Micmas. Había exactamente seiscientos hombres con Saúl y Jonatán. ¿Qué podrían hacer contra el ejército de los filisteos?

Tres escuadrones salían del campamento filisteo y tomaban tres direcciones diferentes. Los israelitas ni siquiera podían defenderse de ellos, porque la última vez que los filisteos habían atacado a los israelitas se habían llevado todas las armas que pudieron encontrar y habían dado muerte a los herreros israelitas. Se habían asegurado de que los israelitas no pudiesen fabricar armas nuevas. Ni siquiera los seiscientos hombres que Saúl tenía consigo estaban adecuadamente armados.

¡Pero la fe no se desalienta por falta de armas! Jonatán vio que en frente suyo, sobre la cumbre de una colina, una guarnición de avanzada de los filisteos había hecho su campamento. Una cuesta empinada conducía a la guarnición. Jonatán vio en esto su oportunidad. Dejaría el resultado en manos del Señor. Secretamente pidió a su paje de armas acompañarle. Dios podía darles liberación por mano de unos pocos igual que con muchos.

Los dos hombres procedieron sin informar a Saúl, quien probablemente habría puesto sus objeciones. En el camino Jonatán y su siervo acordaron de mostrarse a los filisteos al pie de la cuesta. Si los filisteos decían que bajarían para pelear contra ellos, permanecerían allí para ver lo que sucedía. Pero si los filisteos los invitaban a subir, interpretarían que ellos no tenían suficiente valor para luchar contra ellos, y que por eso, Dios los entregaría en sus manos.

Jonatán y su paje de armas ejecutaron el plan. Cuando los filisteos les gritaron de arriba que subiesen, Jonatán tomó nuevo valor. Seguido de su paje de armas, Jonatán trepó la cuesta. Pronto llegaron al borde del pendiente. Los filisteos no sabían que eran solamente dos hombres que venían al ataque. El temor los debilitó de modo que Jonatán y su paje de armas dieron muerte a veinte hombres.

A través de este paso de fe de parte del hijo del rey, el Señor demostró que todavía estaba con el pueblo. ¿Acaso hay algo que no podemos hacer si solamente procedemos en fe? En su gracia el Señor todavía hace milagros.

La victoria. Los que huyeron informaron al ejército filisteo que los israelitas habían comenzado el ataque. Sólo atinaron a pensar que un gran número de sus enemigos estaban avanzando. Como resultado, el pánico cundió en todo el ejército filisteo, en todos los puestos de avanzada y entre los escuadrones. Pronto se generalizó la confusión en las filas de los filisteos y los soldados emprendieron la huida. La confusión fue causada por un temor que el Señor despertó entre los filisteos. El Señor bendijo a Israel con su rey a pesar del pecado del rey. Israel tenía que aprender que algún día sería bendito en su gran Rey.

Saúl y sus hombres vieron la confusión en las filas de sus enemigos sin entender el motivo. Se preguntaron si faltaban algunos de sus propios hombres. Resultó que Jonatán y su paje de armas no estaban presentes. El sumo sacerdote, con el Urim y el Tumim, acompañaba a los soldados de Saúl. Saúl quiso hacer uso de ellos para saber lo que todo aquello sig-

nificaba, y preguntar al Señor si debía atacar. Pero mientras el sacerdote estaba buscando el consejo del Señor, el bullicio en el ejército filisteo se amplió tanto que Saúl decidió que no había necesidad de esperar más respuesta. Decidió avanzar. Saúl notó que los filisteos, en la confusión, estaban luchando entre ellos. Además, israelitas que una vez habían sido subyugados por los filisteos y habían sido puestos a su servicio, ahora tomaban la espada contra sus amos. Todos los soldados israelitas que se habían escondido en las cuevas salieron. El resultado fue una contundente victoria para Israel. Los israelitas persiguieron al ejército filisteo un buen trecho.

Desafortunadamente, el rey tampoco demostró la requerida sabiduría en esto. En su celo amenazó con maldición a cualquiera que se tomase el tiempo de comer antes de la noche. Debido a esta orden los perseguidores se sentían debilitados. La actitud egoísta del rey lo había enceguecido. La verdad es que había pronunciado su maldición para que él mismo pudiera vengarse totalmente de sus enemigos. Consideró a los filisteos no como enemigos del Señor sino como enemigos *suyos*. Aquí Saúl ya comenzaba a usurpar el lugar del Señor.

Jonatán no sabía nada del juramento con el cual su padre había comprometido a todos los soldados. Cuando los perseguidores atravesaban un bosque donde hallaron miel, Jonatán clavó su lanza en un panal para comer un poco de miel. Entonces uno de los soldados dijo de la prohibición de su padre. Jonatán comprendió inmediatamente el error de ese juramento y se lo dijo. No obstante, los soldados guardaron el voto.

Al anochecer, los soldados estaban muy cansados y se lanzaron sobre el botín. Ya muertos de hambre, mataron el ganado allá mismo y lo asaron con la sangre. Eso fue un pecado contra la ley del Señor. Por eso Saúl ordenó que los animales fuesen carneados en su presencia, sobre una roca. Aquí el rey mostró celo por la obediencia a la ley del Señor. Sin embargo, él mismo era parcialmente culpable de la transgresión del pueblo debido al necio juramento que había hecho.

En aquel sitio Saúl construyó su primer altar al Señor, como señal de su gratitud. Así vacilaba entre el reconocer al Señor y el glorificarse a sí mismo.

El nombre del Señor. Después de reconocer al Señor mediante el altar, Saúl quiso continuar la persecución de los filisteos y atacarlos de noche. El pueblo accedió, pero el sumo sacerdote propuso consultar

primero al Señor. Sin embargo, el Señor no dio respuesta. Esto hizo a Saúl comprender que algún pecado separaba al Señor de su pueblo. Echarían las suertes para ver quién había cometido el pecado. Saúl juró que el pecador moriría, aun si se trataba de su propio hijo Jonatán.

De veras, las suertes cayeron sobre Jonatán. Cuando Jonatán confesó que había comido un poco de miel, Saúl quería matarlo. Pero el pueblo se apresuró a salir en su defensa señalando que por medio de Jonatán el Señor había librado a su pueblo y les había dado aquella gran victoria. El Señor había estado con Jonatán y seguramente no querría que lo matasen por su involuntaria transgresión. De esa manera Saúl no pudo guardar su voto.

Cuando Saúl pronunció su juramento sobre cualquiera que comiese antes de la noche, había invocado el nombre del Señor. Al comer, Jonatán había cometido un pecado contra ese nombre. Sin embargo, no fue Jonatán quien había pecado, sino Saúl. El apresurado juramento de Saúl había expuesto el nombre del Señor a deshonra. Saúl había querido tomar venganza de aquellos que consideraba sus enemigos. Por este motivo había usado en vano el nombre del Señor. El Señor no permite que nadie use su nombre para sus propios propósitos.

Allí se le reveló a Saúl la santidad del nombre del Señor. ¿Bastaría esto para que volviese en sí? En todo caso, Saúl no continuó la persecución de los enemigos de Israel. Quizás esta revelación condujo a alguna santificación del reinado de Saúl, de modo que por algún tiempo su propio nombre quedase subordinado al nombre del Señor.

El reinado de Saúl. Ya que había atacado al enemigo tradicional y recibido la victoria del Señor, Saúl tomó el control del gobierno en sus propias manos como el verdadero rey. Desde todos los frentes luchó contra los enemigos del pueblo de Dios. Fue un hombre valiente, y el Señor entregaba en sus manos a los enemigos de Israel. Saúl, sus hijos, sus hijas, y toda su familia fueron tenidos en gran estima en Israel. En su constante lucha contra los filisteos, reunió a un ejército de hombres valientes alrededor suyo. Abner, tío de Saúl, llegó a ser famoso en Israel como comandante en jefe de dicho ejército.

Así el Señor en su bondad aún dio honor a Saúl permitiendo que su reino floreciese. A través de ese reinado el pueblo adquiriría un anhelo cada vez más fuerte por el gran Rey que libraría al pueblo del Señor de todos sus enemigos—especialmente el pecado, el maligno y la muerte.

11: Rechazo divino

1 Samuel 15

La gracia que Dios muestra a su pueblo gobierna cada detalle de la historia de 1 Samuel 15.

Amalec tenía que ser exterminada porque fue la primera de las naciones paganas que había atacado a Israel en el desierto. Así Amalec fue un tipo de todos los poderes hostiles que se oponen a la iglesia. Amalec odiaba y rechazaba la gracia que Dios mostraba a su pueblo y a la comunión del pacto. Por eso Amalec *tenía que* ser destruido.

Saúl no se entregó a la justicia de la gracia. Al perdonar lo mejor de Amalec, demostró que la justicia de la gracia no era la prioridad número uno de su vida. Con ello indicó claramente que ya no podía ser siervo de Dios. Dios no podía utilizar a nadie que no veía la gloria de esa gracia. La misericordia de Dios hacia su pueblo domina la historia del rechazo de Saúl. Desde allí en adelante Saúl fue, de manera especial, un antitipo del Cristo.

Debemos asegurarnos de tener un entendimiento correcto del significado de aquel rechazo. Debido a su desobediencia en Gilgal antes de la batalla contra los filisteos, el juicio de Dios ya había caído sobre Saúl. Se le dijo que sus descendientes no heredarían el reino. Ahora el juicio era que Saúl mismo había sido rechazado como rey. En otras palabras, la bendición de Dios se apartaría de Saúl *como rey*. No fue sino mucho tiempo después que también fue rechazado como persona.

Samuel dijo a Saúl que la obediencia era mejor que los sacrificios. Sin embargo, la obediencia no se contrasta al ofrecimiento de sacrificios como tal. En realidad, no puede haber un auténtico sacrificio sin obediencia. Cuando Samuel dijo que la obediencia era mejor que los sacrificios, se refería a los sacrificios de alguien que no vive por fe en la gracia de Dios, a alguien que no es obediente a la gracia de Dios. Esto lo confirman las palabras que dijo después: "Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación". Si somos obstinados, insistimos en vivir según nuestra propia voluntad. Entonces *nosotros* queremos gobernar, y con ello rechazamos a Dios igual que los paganos. Esa

clase de rechazo va de la mano de un culto de adoración falso en el que sujetamos los poderes de los dioses a nuestra propia voluntad.

Pensamiento clave: *Por amor a la gracia que Dios concede a su pueblo, rechaza al hombre rebelde.*

Desobediencia. Cierto día Samuel vino a Saúl con una orden del Señor. Saúl debía destruir completamente a los amalecitas. Los amalecitas habían atacado a Israel poco después que el Señor lo había librado de Egipto. En Amalec ardía un odio hacia el pueblo al que Dios se había ligado de manera especial. De esa manera Amalec fue un tipo de todos los poderes hostiles que se levantarían contra el pueblo del Señor.

El Señor anhela que su gracia sea honrada en el mundo y que todos nosotros nos inclinemos en fe delante de la gloria de esa gracia. Amalec debía ser castigado con la destrucción total por haber blasfemado la gracia de Dios. De igual modo Dios destruiría a todos aquellos que no honran su misericordia mediante una aceptación por fe.

A través de Samuel el Señor dijo a Saúl que lo había ungido por rey sobre Israel para servir al Señor en su gracia hacia el pueblo. Por eso ordenó a Saúl a ejecutar este juicio sobre los amalecitas.

Saúl movilizó al pueblo—200.000 hombres de Israel y 10.000 de Judá. Con este ejército atacó a los amalecitas. Advirtió a los ceneos, que eran descendientes del suegro de Moisés, que se separasen de los amalecitas. Saúl quería salvar sus vidas, porque una vez se habían abstenido de ser hostiles hacia Israel. Jetro había honrado al Dios de Israel con sacrificios.

Hasta este instante, Saúl parece haber sido completamente obediente. Mediante un truco derrotó a los amalecitas, y sus soldados les persiguieron y los mataron. Pero entonces entró la desobediencia. Los israelitas capturaron a Agag, rey de los amalecitas, y Saúl no le mató. Además, respondiendo a la insistencia de sus hombres, Saúl permitió que lo mejor del ganado fuese preservado. Todo lo que pertenecía a Amalec tenía que ser expuesto al juicio de la gracia de Dios para con su pueblo. Pero ahora se hizo claro que Saúl no era motivado por un celo que quería la revelación de esa gracia. Por eso pudo ceder a las súplicas de sus hombres. También quería glorificarse a sí mismo teniendo cautivo en su corte real a un rey derrotado.

Ahora Saúl ya no podía ser el siervo del Señor que manifiesta su gra-

cia a su pueblo. Ya no podía ser un tipo del Señor Jesucristo quien no quiso otra cosa que servir a Dios en la gracia de su pacto.

Juicio. Entonces el Señor dijo a Samuel que lamentaba haber puesto a Saúl por rey, ya que Saúl se había apartado de su camino. Esto no significa que el Señor se haya arrepentido de haber puesto a Saúl en el reinado. Desde siempre el Señor sabía lo que estaba haciendo; el ungimiento de Saúl tenía su propósito. Sería revelado a Saúl que sólo una persona totalmente rendida a la gracia de Dios podía servir al Señor como rey de Israel.

El Señor Jesucristo hizo toda su obra por amor al reino del favor de Dios. Y nosotros por nuestra parte sólo podemos servirle si le seguimos en fiel sumisión. El Señor se había apartado de Saúl como rey, porque era claro que el honor de la gracia de Dios no era su prioridad número uno. El reinado de Saúl ya no contaría con la bendición de Dios.

Entonces se encendió la ira de Samuel contra Saúl por el rechazo de la gracia de Dios. Al pensar en las transgresiones de Saúl, Samuel comprendía que éstas se oponían a su amor por Saúl y a sus esperanzas respecto de Israel bajo el reinado de Saúl. Inclusive amenaza la obra de su propia vida, que había consagrado al honor de la gracia de Dios en Israel. Samuel pasó toda la noche luchando con este problema y esperando que el curso que los eventos seguían podría de alguna manera revertirse. ¡Si tan sólo Israel pudiese escapar de la maldición por causa del reinado de Saúl!

Al amanecer el nuevo día Samuel supo que la decisión del Señor era irrevocable. Dios no puede tolerar que alguien trate de apartar a su pueblo de él. La fidelidad del Señor hacia su pueblo demandaba el rechazo de Saúl como rey. En ese entonces Samuel no sabía exactamente como Dios rescataría el honor del reino a través de otra persona, alguien que fuese un verdadero tipo del Cristo. Pero el Espíritu del Cristo habitaba en Samuel quien voluntariamente consagraba su vida a la revelación de la gracia de Dios.

Samuel encontró a Saúl con su ejército en Gilgal, en el valle del Jordán. Con exagerado júbilo Saúl salió a saludarlo. Ante la amonestación de Samuel, Saúl respondió que el ganado había sido salvado para una ofrenda al Señor. ¡Qué tontería! ¡Ninguna cosa que había sido reservada para el juicio y puesta bajo anatema podía ser ofrecida al Señor! ¿Acaso Saúl ya no entendía nada de la justicia del Señor?

Samuel interrumpió a Saúl y le trasmitió el veredicto del Señor. Saúl

aún trataba de justificarse. Entonces Samuel respondió diciendo: "El obedecer es mejor que los sacrificios". Sólo en obediencia podremos traer un verdadero sacrificio al Señor. Siendo rebeldes, nos convertimos en dioses a nosotros mismos y todo nuestro culto se convierte en mero teatro, semejante al culto vano de los paganos. Debido a que Saúl había rechazado la demanda de la gracia, no podía seguir siendo rey.

Finalmente Saúl confesó sus pecados. Sin embargo, no fue una confesión de todo corazón porque aún echaba la culpa al pueblo. El había cedido ante la insistencia del pueblo. Debido a que su confesión no fue de todo corazón, Samuel rehusó adorar con él y dar gracias a Dios por la victoria.

Cuando Samuel quiso alejarse, Saúl se asió de la punta de su manto y, sin querer, lo rasgó. Esto dio a Samuel una visión profética de lo que había de ocurrir. Samuel profetizó: "Jehová ha rasgado hoy de ti el reino de Israel y lo ha dado a un prójimo tuyo mejor que tú". El Señor no puede usar a nadie para quien su gracia no sea la cosa más importante de la vida. Por eso este rechazo fue irrevocable. El inmutable Dios de Israel no miente. Dios no abandona a su pueblo por la injusticia de un ser humano. Una vez pronunciada la sentencia por amor y honor de su gracia, no la cambia porque en su gracia Dios es fiel.

Entonces Saúl pidió a Samuel que todavía lo honrase ante los ojos de los ancianos del pueblo, acompañándolo al culto de adoración. Samuel lo hizo así, pero principalmente para ejecutar el juico sobre Agag. Luego dio muerte a Agag y lo cortó en pedazos, no sólo por los pecados que los amalecitas habían cometido contra Israel, sino también por la crueldad hacia Israel, de la cual Agag personalmente era culpable. Agag no seguiría viviendo para ser utilizado por Saúl como medio para glorificarse a sí mismo; moriría por el honor de la gracia del Señor.

Despues de esto Samuel regresó a Ramá. Nunca más volvió a ver a Saúl. La comunión que Dios había tenido a través del profeta Samuel con el rey Saúl había sido quebrantada. Samuel lloró a Saúl porque lo había amado. El Señor se apartó de Saúl y eligió a otro hombre, a un hombre que le serviría en su gracia y sería un tipo del Cristo.

Saúl y David

12: La elección divina

1 Samuel 16

El Señor eligió a David para tomar el lugar de Saúl como rey. Al hacerlo tomaba en cuenta lo que había en el corazón de David. No es que David poseyera ciertas virtudes innatas; lo que pudo traer al reinado le fue dado por Dios. Dios tomaba en cuenta lo que *él* mismo había puesto en David desde un principio para que pudiese servirle como rey. El nacimiento de David fue determinado por su posterior llamamiento al oficio de reinado.

En nadie, excepto en el Cristo, fue tan obvio que Dios lo escogió para tener a su pueblo a su completa disposición. Nadie pasó por un período similar de espera y humillación después de ser elegido y llamado. En este sentido José puede ser comparado a David, aunque José no tenía más que un indicio de su futuro llamamiento (por medio de sus sueños), en tanto que David recibió un llamamiento inequívoco (al ser ungido por Samuel).

Este capítulo ya nos relata que David fue llamado a la corte para tocar su música para Saúl. Su tarea consistiría en refrescar el espíritu de uno que había sido rechazado, el hombre a quien algún día sucedería como rey. Sin duda era un honor para David venir a la corte de Saúl. Al mismo tiempo fue una buena preparación para su futura tarea. Pero mucho más importante era el hecho que inmediatamente empezaba a aprender la necesidad de humillarse a la voluntad de Dios.

Es conmovedor ver cómo David, el escogido, consolaba y refrescaba a Saúl, el rechazado. Esto era significativo, no solamente para Saúl mismo sino para todo Israel. Una y otra vez Satanás fue expulsado para que Saúl no cayese totalmente bajo su poder y los asuntos de Israel no entrasen en un caos completo antes que el sucesor estuviese listo para el trono. Esto nos demuestra que el Cristo con su iglesia, y también la salvación que Cristo concede a su iglesia, es de inmensa significación para el mundo incrédulo. El "espíritu malo de parte de Dios", es decir, el espíritu malo que es enviado por Dios, todavía sigue siendo reprimido en el mundo por su gracia en la iglesia y por la confesión de esa gracia.

Durante este período el espíritu malo sólo se posesionaba de Saúl de

vez en cuando. Luego no volvemos a leer acerca del espíritu malo. El motivo de esto es que la situación de Saúl había empeorado, no mejorado. Para ese entonces ya se había rendido conscientemente a este espíritu malo de odio. Por eso ya no era necesario que el espíritu malo lo atacara periódicamente con esa violencia.

Tanto en su elección como en el sendero que siguió para llegar al trono, David fue un tipo de Cristo.

Pensamiento clave: *El Señor escoge un nuevo rey para su pueblo y lo conduce al trono por Su camino.*

Ungido en medio de sus hermanos. Samuel seguía llorando a Saúl, no sólo porque lo amaba, sino por las grandes esperanzas que había cifrado en su reinado. ¿Qué sería ahora del rey y de Israel? Pero hacía mucho tiempo que el Señor en su consejo había tomado su decisión respecto de Israel. Por eso, cierto día el Señor dijo a Samuel que dejara de pensar en Saúl y que fuera a Belén. Allí había de ungir como rey a uno de los hijos de Isaí.

Samuel se opuso diciendo que Saúl lo mataría si oía de ello. Dados los ataques de aturdimiento que padecía Saúl, el temor de Samuel no carecía de fundamento. Por eso su respuesta no fue una expresión de renuencia de su parte. Simplemente estaba poniendo las dificultades delante del Señor, para que el Señor las resolviese.

Samuel había de ir a Belén y ofrecer allí un sacrificio. Luego debía invitar a la familia de Isaí a participar del banquete sacrificial que se celebraría en la casa de dicha familia. Allí podrá realizarse la unción en ambiente privado. Esta forma de hacer las cosas no implicaba una mentira, porque el sacrificio era realmente significativo para Belén.

Cuando Samuel llegó a Belén, los ancianos de la ciudad salieron a recibirlo. Temblando le preguntaron si había venido en misión de paz. Esto demuestra que de vez en cuando Samuel visitaba a las ciudades de Israel para afirmar en ellas la justicia del Señor.

Samuel los tranquilizó y les ordenó que se purificasen, lavando sus ropas y confesando sus pecados. Había venido para ofrecer un sacrificio en Belén. Todavía no había sido restablecido el culto central en el santuario. Por eso se ofrecían sacrificios en diferentes lugares por toda la tierra y conforme a las indicaciones del Señor.

Samuel observaba atentamente la purificación en la casa de Isaí, porque era con esta familia que se proponía comer el banquete sacrificial. Antes que los hijos de Isaí tomasen asiento, los hizo pasar delante de él. Al pasar el mayor de ellos, Samuel pensaba que ese sería a quien el Señor

había escogido para rey, porque tenía un físico espléndido. Pero el Señor habló al corazón de Samuel que éste no era; el Señor no mira la apariencia externa sino el corazón.

Lo que más preocupaba al Señor era la actitud que el futuro rey tuviese hacia él. El Señor buscaba una actitud de fe y sumisión, que él mismo había puesto en el corazón del futuro rey. El fracaso de Saúl demostraba que no podemos regirnos por la apariencia externa en la que los hombres basan sus juicios. Desde un punto de vista humano, todas las cosas habían sido en favor de Saúl. Sin embargo, carecía de una fe humilde, de una fe que considera el Señor como el "todo y en todo". El Señor estaba buscando esa clase de fe, una fe que él mismo había dado.

Siete hijos de Isaí fueron presentados a Samuel, pero ninguno de ellos sería el futuro rey. Samuel preguntó a Isaí si estos eran todos sus hijos. Se le informó que el menor de ellos todavía estaba en el campo pastoreando el rebaño. Samuel insistió que enviasen por él. Sin su presencia no podrían sentarse para comer el banquete.

Finalmente llegó David, el menor de los hijos de Isaí. Era un joven rubio, cosa que era considerado una señal de belleza en el antiguo cercano oriente. Además, tenía ojos vivaces, y un físico fuerte. El Señor dijo a Samuel que lo ungiese, porque él era.

David fue ungido en presencia de sus hermanos. El menor de los hijos fue escogido, precisamente aquel en quien los otros hermanos nunca habrían pensado. Las obras y decisiones del Señor muchas veces van en sentido contrario de nuestras expectativas. Desde aquel día en adelante el Espíritu del Señor obró poderosamente en David. David comenzó a ver su llamamiento en favor del pueblo del Señor y comenzó a dedicarse a él.

¡Qué extraña sensación debe haber tenido David al ser llamado de las ovejas para ser rey sobre Israel! ¿De qué manera llegaría al trono? Todavía estaba ocupado por Saúl y aparentemente sería heredado por el valiente Jonatán, el hijo mayor de Saúl.

¿Buscaría David aquel trono para su propio bien, o estaría decidido a servir solamente al Señor? ¿Estaba dispuesto a esperar hasta la hora indicada por el Señor? Desde ese entonces, ¡cómo amenazó el pecado a David! Después de todo, no era sino un pecaminoso ser humano, en sí mismo nada mejor que Saúl. El Señor lo purificaría por medio de un largo período de prueba. De esa manera David aprendería más y más a rendirse en fe al Señor y servirle sólo a él.

Cuando el Señor escogió a David, lo hizo con la intención de salvar a

su pueblo a través de él. David sería un tipo del Cristo, más completo y mejor de lo que había sido Saúl. El Señor utilizaría su reinado para bendecir a su pueblo. En su incredulidad el pueblo no había deseado esa clase de reinado, pero el Señor se lo daría como una bendición.

Del mismo modo nos ha dado a nosotros el verdadero Rey, el Señor Jesucristo, que vivió sólo por fe y en todas las cosas se sometió a Dios. El también transitó un largo sendero de severas pruebas para llegar a su trono. A través de él también David recibió la fuerza para transitar el sendero de sufrimiento y espera.

A los creyentes también se les ha prometido un trono. Algún día reinarán con Cristo. Pero a ese trono sólo llegarán por un sendero de sufrimiento y espera. A lo largo de ese sendero el Espíritu del Señor Jesucristo los guardará.

Llamado a servir. Saúl pronto comprendió que el Señor lo había rechazado. El Espíritu del Señor se apartó de él. Poco a poco comprendía menos de la causa del Señor y su pueblo. Sólo veía su propia causa; sólo le preocupaba su propio nombre y futuro.

A veces incluso percibía que estaba luchando por una causa perdida. En esas ocasiones Satanás podía hacer con él lo que quería. Anteriormente Saúl había recibido una porción generosa del Espíritu del Señor. Ahora que lo había perdido, su mente estaba abierta a las obras malas del diablo. A veces el control del diablo sobre él era tan completo que parecía estar enloquecido.

El espíritu malo le había sido enviado por Dios. La vida de Saúl reveló cuál es el destino de una persona que se levanta contra el Señor. O bien servimos al Señor, o servimos al diablo. Y el yugo del diablo es pesado.

Los siervos de Saúl, conmovidos por los sufrimientos que a veces debía soportar, le aconsejaron buscar a alguien que pudiese tocar el arpa para él. La música aliviaría la inquietud de su mente y la haría menos vulnerable a la influencia de Satanás. Cuando Saúl accedió a este plan, uno de sus siervos le llamó la atención a cierto hijo de Isaí, que tocaba el arpa con mucha habilidad. Además, el joven era valiente, prudente y hermoso. Si bien era un muchacho del campo, se adaptaría bien a la corte.

Saúl hizo llamar al joven de la casa de su padre. David no tardó en llegar a la corte trayendo un presente de Isaí. Por la dirección del Señor, David había sido traído a la corte. Allí podría aprender muchas cosas

que luego le ayudarían en su futuro reino, y poco a poco la gente pondría su atención en él. También, en la corte David aprendería de manera especial a servir y esperar confiado en el Señor.

Saúl quedó muy complacido de David y pidió a su padre que el joven permaneciese en el palacio. Inclusive le nombró a David su paje de armas. De modo que allí estaba David en la corte de Saúl, tocando el arpa cada vez que el espíritu malo venía sobre él. La paz que provenía de la confianza que David tenía en Dios era reflejada en su música; expulsaba al espíritu malo y tranquilizaba a Saúl.

De esa manera David fue una bendición para Saúl y así también para Israel. Gracias a la presencia de David, la mente de Saúl no perdió de inmediato sus facultades, de modo que los asuntos de Israel no quedaron librados a la confusión total.

Muchos pensamientos deben haber pasado por la mente de David mientras tocaba para Saúl. ¡Era una bendición para el hombre a quien un día sucedería! Por amor al Señor, David se consagró voluntariamente a este servicio. Esa clase de servicio ya era en sí una preparación para el trono, porque el rey no debía ser un hombre que usaba el poder para su propio beneficio. Había de usar el trono para servir al Señor y ser una bendición a otros. Esto es cierto especialmente del rey del pueblo de Dios.

De igual modo, Cristo, sentado en su trono, sirve al Padre y es una bendición para su pueblo. Incluso es una bendición para aquellos que no temen a Dios pues impide que el mundo se sumerja en un desorden total. También los creyentes son llamados a ser una bendición para el mundo entero, aun para los incrédulos entre los cuales siguen viviendo.

13: El libertador es revelado al pueblo

1 Samuel 17—18:13

La importancia de este pasaje de las Escrituras es que revela a David como el libertador de Israel. El estado mental de Saúl ya empezaba a afligir mucho al pueblo; paulatinamente fueron comprendiendo que él no les daría la liberación. Ahora la esperanza de Israel se cifraba en David.

Cuando David salió a luchar contra Goliat, Saúl preguntó a Abner quién era el padre de David. Después de la victoria de David Saúl volvió a hacer la misma pregunta a David. Saúl ciertamente sabía que David era hijo de Isaí. Por eso, la pregunta debe haber tenido otro propósito. Saúl quería averiguar el linaje y parentesco de David y el significado de su familia en Israel. ¿Era ese espíritu heroico parte de la herencia familiar? Saúl buscaba una explicación para el valor de la fe que tenía David. Para Saúl no era suficiente reconocer en fe el milagro de gracia revelado en la obra de David. Saúl, sabiendo que Dios lo había abandonado, no podía ni quería reconocer ese milagro.

En consecuencia, en una discusión con Saúl el mismo David dio respuesta a la pregunta. De las primeras palabras de 1 Samuel 18 deducimos que fue una discusión más bien larga. El texto dice: "Aconteció que cuando él hubo acabado de hablar con Saúl..." Esta conversación había traído a la luz algo de la sencilla fe de David, que lo había capacitado para esta proeza. Esa fe y la proeza en sí conquistaron a Jonatán quien se puso del lado de David. De las valientes proezas de Jonatán, sabemos que él mismo había tenido esa clase de fe. Pero aparentemente gran parte del poder que brotaba de la fe de Jonatán había sido apagada por la atmósfera en la corte de Saúl. Ahora Jonatán veía lo que David podía hacer y lo escuchaba atentamente. David se convirtió en la fuerza motriz de su fe. Por eso Jonatán se ligó a David.

En su relación con Jonatán, David es un tipo del Cristo. David es el libertador de Jonatán, y por amor a David Jonatán renuncia a todo, aun su futuro derecho al trono. Jonatán sólo pudo haber actuado de esa manera por la fe, en la convicción de que David era el escogido de Dios para librar a Israel. Aquí vemos que la decisión de Jonatán para su propia vida era a fa-

vor del Redentor.

La proeza de David produjo una triple reacción. Primero, la respuesta de fe de Jonatán. Luego la reacción de las mujeres que no veían sino la gloria externa de la proeza de David. Estas mujeres alabaron a David en lugar de alabar al Señor. Finalmente vemos la reacción de Saúl. Saúl antes había conocido algo del Espíritu que ahora estaba obrando en David, pero había perdido ese Espíritu y había comenzado a odiarlo.

Pensamiento clave: *El libertador es revelado al pueblo.*

El ocaso de la fe. En la época cuando el espíritu malo solía venir sobre Saúl, los filisteos volvieron a reunirse para pelear contra Israel. Los dos ejércitos acamparon en las laderas de dos montañas separadas por un valle.

Salió un paladín del ejército filisteo, un gigante llamado Goliat. Llevaba una pesada armadura, y su casco de cobre resplandecía en el sol. ¡Ahí venía un hombre que no podía ser derrotado!

En aquellos días los duelos eran muy populares entre los filisteos. Rendían grandes honores a cualquiera que demostrase sus habilidades en un duelo. El hecho de que algunos de los niños nacidos a los filisteos llegasen a ser gigantes bien puede estar relacionado a esta popularidad de los duelos.

De pie en medio del valle, de modo que ambos ejércitos pudiesen verlo claramente, el gigante se burlaba del ejército de Israel, invitándolo a enviar a algún hombre para pelear contra él. El resultado del duelo entre los dos representantes de los ejércitos decidiría el resultado de la guerra entre israelitas y filisteos.

Los israelitas estaban aterrorizados y la línea de batalla de su ejército retrocedió. Nadie se atrevía a atacar al gigante. ¿Quién podría sobrevivir semejante encuentro? Día tras día Goliat se burlaba de la línea de batalla de Israel que, en realidad, era la línea de batalla del Dios viviente. La única respuesta de Saúl fue prometer que el hombre que diese muerte a Goliat se convertiría en su yerno, y que su familia sería eximida de todo servicio, es decir, elevada al rango de la nobleza. Pero esto tampoco ayudó.

¿Ya no había fe en Israel? ¿Acaso el pueblo ya no sostenía al ejército con sus oraciones? ¿Y qué había sido de la fe de Jonatán? ¿No era Jonatán el que una vez se había atrevido a atacar toda una guarnición con sólo su paje de armas? ¿Había quedado todo aquello en el pasado?

No, la fe no se había acabado, pero sus frutos eran apagados por el

espíritu egoista de Saúl y por la ira del Señor contra Israel por causa de Saúl. El pueblo era castigado por culpa de su rey.

Victoria mediante la fe. A esta altura de los acontecimientos, David venía a visitar al ejército. Evidentemente había regresado a su casa al comienzo de la guerra. Sus tres hermanos mayores estaban sirviendo en el ejército. Ahora su padre le envió para averiguar si sus hermanos se encontraban bien. Llevaba consigo un regalo para el comandante.

En el momento de llegar David, Goliat volvía a salir y una ola de terror pasó por todo el ejército. David dejó las cosas que había traído en manos del siervo encargado del bagaje. Quería saludar a sus hermanos y ver más de cerca al filisteo.

David también sintió una profunda emoción cuando oyó al gigante burlarse del ejército del Dios viviente e insultar el nombre del Señor. Sin embargo, la suya era una emoción de enojo más que de temor. ¿Ocurrió esto todos los días? ¿No había nadie que desafiase al gigante? ¿No había prometido el rey una recompensa al hombre que matara a Goliat? ¿Por qué entonces se permitía a este filisteo incircunciso seguir blasfemando el nombre del Señor?

Pronto un pequeño grupo de soldados se reunió alrededor de David, porque notaban que algo le agitaba. Su hermano mayor estaba entre ellos. El le dijo a David que hubiese hecho mejor quedarse con las ovejas, ya que sólo había venido al campamento movido por la curiosidad. Pero David no le hizo caso. Sobrecogido de emoción siguío haciendo preguntas y expresando su fe de que el filisteo podría ser vencido.

Pronto las noticias llegaron al rey, quien llamó a David. Allí mismo David se ofreció a salir a pelear contra el filisteo. En tono compasivo Saúl señaló a David que todavía era muy joven y carente de experiencia. Entonces David le habló de su fe. Ya había matado a un león y a un oso que querían robar al rebaño. El Señor, que le había dado la fuerza para vencer al león y al oso, le ayudaría también a derrotar a este filisteo, porque el filisteo había blasfemado al Señor. Entonces Saúl accedió diciendo: "Ve, y Jehová esté contigo". Estas palabras no tenían mucho significado para Saúl, pero para David eran de gran importancia. Saúl quiso vestir a David con su propia armadura, pero David no podía moverse vestido así. Por eso, salió armado solamente con su cayado de pastor, su honda, y cinco piedras lisas en el bolso.

Cuando el filisteo vio venir a David, se burló de él diciendo: "¿Soy yo perro para que vengas a mí con palos?" Luego maldijo a David por sus

dioses diciendo que daría de comer su carne a las aves. La respuesta de David fue esta: "Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina, mas yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel a quien tú has provocado". David dijo que el Señor entregaría al enemigo en sus manos y que entonces todo el pueblo conocería que había Dios en Israel. Tiempo después, cuando David ya era rey, contaba con soldados entrenados a su servicio. Nosotros también, estando en el servicio del Señor, tenemos que buscar los medios apropiados para dicho servicio. Sin embargo, David sabía perfectamente bien que si no había medios adecuados, una honda y una piedra bastarían. Mientras el Señor esté con nosotros podemos estar seguros del éxito.

Entonces David arrojó su piedra. Hirió al filisteo en la frente, y el gigante cayó al suelo. Usando la propia espada de Goliat, David le quitó la cabeza. Llenos de pánico los filisteos emprendieron la huida. Habían visto en Israel un poder que no podrían resistir. Los israelitas persiguieron a los filisteos.

Los filisteos tenían razón. Había en Israel un poder que ellos no podrían resistir: el poder del Espíritu de Cristo. Mediante ese Espíritu David había visto el poder de la gracia del Señor para con Israel y se había aferrado a ella. *Eso* fue lo que le dio la victoria, más que su habilidad con la honda.

Nuevamente el Espíritu de Cristo se había revelado a Israel. David había sido revelado como el hombre en quien obraba este Espíritu. Resultó que en Saúl ya no había bendición para Israel. Sin duda, los creyentes fieles de Israel pronto deben haber comenzado a preguntarse si ahora el Señor les daría libertad a través de David.

Después de la batalla David emprendió el regreso a su casa, llevando consigo la cabeza de Goliat. Luego dejó la cabeza en Jerusalén que ya había sido ocupada por Israel aunque las fortificaciones todavía no habían sido conquistadas. Se llevó la armadura de Goliat a su casa. Más tarde, la espada de Goliat fue puesta en el tabernáculo.

Una triple reacción. Antes que David emprendiera el regreso a su casa fue llamado a la tienda de Saúl. Saúl había preguntado a Abner de quién era hijo David, cuando éste había salido al encuentro de Goliat. Por supuesto Saúl sabía que era el hijo de Isaí, pero quería descubrir si en su familia ya se había manifestado antes esa clase de valor. Bajo juramento Abner afirmó no saberlo. Ninguno de estos dos hombres conocía el Espíritu del Señor, y tampoco ninguno de ellos creyó en el milagro

que se había revelado en David. Saúl trataba de dar una explicación al milagro que se había obrado mediante el Espíritu.

Después de la muerte de Goliat Saúl mismo interrogó a David. David volvió a testificar del poder de la gracia del Señor hacia Israel, mencionando su fe personal en ese poder. ¡Con cuánta sencillez debe haber expresado su fe!

Jonatán también asistió a esta reunión. En días pasados Jonatán también había estado bajo el poder de esa fe por la cual podemos hacer todas las cosas. Pero esta clase de fe no hallaba respuesta en la corte de Saúl, y corría peligro de ser apagada por el espíritu que allí reinaba. El ver lo que David había hecho y el escuchar su testimonio tuvieron un efecto liberador en Jonatán. Hizo un pacto de amistad con David, porque en su corazón se sentía ligado para siempre a él. Como señal de este pacto Jonatán dio a David su vestimenta y armas.

Este gesto fue una señal de inmensa confianza. Lo más probable es que Jonatán ya percibía algo de la función que David cumpliría en Israel. Sin embargo, esto no le impidió dar honor a David de la manera en que lo hizo. En este acto Jonatán, el hijo del rey, actuó como inferior a David. Fue un acto de fe de su parte. Sólo la fe despierta en nosotros la disposición de ser menos que otros. La fe nos lleva a renunciar a los derechos que creemos tener y entregarlos a Cristo, el verdadero Rey de Israel.

Cuando Saúl, David, y el ejército regresaban de la batalla, las mujeres les salieron al encuentro cantando: "Saúl hirió a sus miles, y David sus diez miles". Este canto no provenía de la fe. Si aquellas mujeres hubieran mirado con ojos de fe lo que había sucedido, habrían cantado alabanzas al Señor. Ahora cantaban de Saúl y David. De la misma manera habrían cantado las mujeres filisteas si el vencedor hubiese sido Goliat. Además, por carecer la visión de la fe, estas mujeres con su canto imprudente despertaron la envidia de Saúl. ¡Qué poco se vivía por la fe en aquellos días!

Este canto despertó los celos de Saúl. Saúl ya sospechaba la verdad. (Más adelante sus sospechas resultaron bien fundamentadas.) Sabía que había sido rechazado como rey y reconocía que David era su rival y eventual sucesor. Sus sospechas fueron fortalecidas al notar con cuánta bendición ejecutaba David todas sus expediciones para el rey, y cómo aumentaba el favor del pueblo para con David.

Saúl conocía el secreto del valor y la prudencia de David. Sabía que la fe que se revelaba en las obras y palabras de David era obra del Espíritu

Santo. En días anteriores también Saúl había recibido los dones de ese Espíritu. Conocía algo de la gloria de una vida gobernada por el Espíritu. Ahora que había perdido aquellos dones del Espíritu, los odiaba al verlos en David. No hay mayor odio en el mundo que el odio contra el Espíritu de Dios. Ese era el motivo por qué Saúl quería matar a David.

No mucho tiempo después David volvía a tocar el arpa para Saúl. Entonces el espíritu malo se apoderó de Saúl de modo que arrojó su lanza contra David. Esto sucedió dos veces y en ambas David supo esquivar el ataque. Saúl ya no soportaba la presencia de David, porque éste se había convertido en un dedo acusador dirigido constantemente contra la vida del mismo Saúl. Por eso Saúl alejó a David de la corte, nombrándolo comandante sobre mil soldados.

A través de la victoria sobre Goliat, el Señor se había revelado a Israel. Pero, ¡en qué forma diferente recibieron distintas personas esa revelación! Jonatán, las mujeres, y Saúl, todos respondieron en forma diferente. Cuando la gracia del Señor Jesucristo se manifiesta en el mundo, todavía encuentra diferentes tipos de respuestas.

14: Crisis

1 Samuel 18:14—20:42

David había sido revelado al pueblo como el bendito de Dios. Saúl ya sospechaba que David sería su sucesor. Lo que se requería de Saúl, entonces, era que se sometiera a la decisión del Señor y reconociera el llamamiento de David. Pero la incredulidad le impedía hacerlo. Saúl había llegado a una crisis en su vida.

La relación entre Saúl y David llegó a ser muy estrecha. David contrajo matrimonio con la hija de Saúl, haciéndose así el yerno del rey. Este curso de los acontecimientos y la bendición que se manifestaba en las operaciones militares de David, eran pruebas con las que el Señor trataba de conducir a Saúl a la sumisión en fe. Pero Saúl se rebeló contra la decisión del Señor y rechazó a David. Entonces intervino Jonatán para reconciliar a los dos. Nuevamente Saúl enfrentaba la demanda del Señor de someterse en fe. Pero tampoco ahora podía someterse.

Acto seguido David escapó y se fue a Samuel, buscando la protección de la palabra del Señor. Saúl envió mensajeros a Naiot y luego él mismo fue allí, rebelándose contra la protección que la palabra y el Espíritu del Señor ofrecían a David.

Cuando Saúl llegó cerca de Naiot, el espíritu de profecía se apoderó de él. El Espíritu del Señor se apoderó de él, aunque lo había rechazado. Esto nos recuerda el pecado contra el Espíritu Santo. En ese instante Saúl hizo la elección decisiva de su vida.

Esta fue la tercera etapa de su rechazo. Primero Saúl perdió el reinado para su posteridad. Luego él mismo fue rechazado como rey. Ahora, fue rechazado como ser humano. Después de esto, los esfuerzos de Jonatán por reconciliar a Saúl y David no podrían tener éxito.

Dios ya no se complacía en Saúl. Sin embargo, Saúl tuvo que enfrentarse en serio al llamamiento del pacto a inclinarse ante el gobierno de la gracia de Dios sobre su pueblo. Saúl se amaba a sí mismo más que a la gracia de Dios tal como fue revelada en el llamamiento de David; Saúl se amaba a sí mismo más que al Cristo.

En esa misma época también la vida de David llegó a una crisis. ¿Qué haría ahora? ¿Quebrantaría sus lazos con Saúl para rebelarse contra él? No, Da-

vid no levantó su mano contra el ungido del Señor. En ese tiempo David aprendió a tener paciencia. Aprendió la paciencia de la fe en su llamamiento. La actitud de Jonatán le fue una gran fuente de consuelo. David la consideró una señal del favor de Dios. David sólo podía triunfar en esta crisis porque contaba con la gracia de Dios.

En términos generales el pueblo ignoraba lo que estaba ocurriendo en la corte en estos días. No fue sino tiempo después, cuando Saúl perseguía a David, que el pueblo vio la decadencia en la vida de Saúl. Sin embargo, la gracia de Dios hacia el pueblo en el futuro reinado de David ya había llevado los acontecimientos a su punto decisivo.

Pensamiento clave: *En su pacto, Dios lleva los acontecimientos a una crisis.*

Suegro y yerno. David se conducía prudentemente al emprender las operaciones militares que le encomendaba Saúl, y el Señor estuvo con él. La sospecha de Saúl que David había sido destinado por el Señor a ser su sucesor llegó a ser cosa segura. Saúl debía haberse inclinado ante la decisión del Señor, sometiéndose en fe a la gracia que Dios mostraba a su pueblo mediante el llamamiento de David como rey. Pero en su pecado Saúl se amaba demasiado para dar ese paso. En su corazón seguía rechazando a David, y así rechazaba la gracia de Dios y del mismo Cristo. No obstante, veía la bendición del Señor sobre David y su soberana complacencia en él. Esto lo llenó de un obsesionante temor. El favor que David había ganado en el pueblo también era evidencia de que Dios se complacía en él.

Por todo esto Saúl hizo planes para hacer caer a David en una trampa. La promesa de que el vencedor de Goliat sería el yerno del rey todavía no había sido cumplida. Saúl pensaba en dar su hija mayor, Merab, por esposa a David, con la condición de que David lograse otra victoria sobre los filisteos. Quizás moriría en el intento. Interiormente Saúl estaba tramando un complot contra la complacencia del Señor. ¿No comprendía que para un hombre es inútil luchar contra el Señor? ¡Cómo nos ciega el pecado!

Este plan no prosperó. Aparentemente Merab no amaba a David. De todos modos, ella se casó con otro hombre. Pero Saúl no abandonaba su plan. Su hija Mical sí amaba a David. Al descubrirlo, Saúl volvió a poner en operación el plan original, haciendo la correspondiente proposición a David. Aparentemente David era tan modesto que no pudo aceptar inmediatamente aquella proposición. Esperó hasta que el rey expresara su deseo con mayor claridad. Por su parte, Saúl no se atrevía a presentar sus condiciones en forma tan directa. A decir verdad, no te-

nía derecho de poner condiciones. Lo obligaba la promesa que había hecho antes de la muerte de Goliat.

Una vez más Saúl comunicó sus deseos a David, esta vez a través de sus siervos. Esperó ansiosamente por la respuesta. La respuesta de David fue exactamente lo que Saúl quería escuchar. David señaló que no estaba en condiciones de ofrecer una dote matrimonial. Entonces Saúl informó a David que en lugar de la dote aceptaría de su parte la muerte de cien filisteos. De buena gana aceptó David esta condición. Con sus hombres mató no solamente a cien, sino a doscientos filisteos. Trajo la prueba de su victoria al rey y Mical le fue dada por esposa.

¡Qué relación estrecha había ahora entre Saúl y David! Sin embargo, el odio que Saúl sentía hacia David y su temor de él como el escogido del Señor todavía les separaban. Cuando Saúl vio que su plan había fracasado y que David fue bendecido en su matrimonio, porque Mical lo amaba, sus temores crecieron aun más. ¡Cómo lo estaba probando el Señor en todos estos acontecimientos! El Señor quería que Saúl se rindiese al consejo de su gracia respecto de su pueblo. Por otra parte, el matrimonio con la hija de Saúl era una dura prueba para David. ¿Se adaptaría al espíritu de la corte de Saúl o preservaría su sencilla fe en el llamamiento del Señor?

Saúl no se rindió. Al contrario, aun después de comprender que la bendición del Señor descansaba sobre las operaciones militares de David, Saúl declaró abiertamente ante Jonatán y sus siervos sus intenciones de matar a David. Al rechazar a David, en realidad estaba rechazando la gracia de Dios hacia su pueblo. No quería renunciar a sus costumbres egoístas. ¡Con cuánta frecuencia el Señor Jesucristo también se interpone en nuestro camino! Nos negamos a renunciar a nuestra soberanía para reconocerlo a él como único rey, llamado por Dios para ser nuestro Rey.

Un nuevo llamado a rendirse. Jonatán había entregado su corazón a David. Por eso avisó a David de las amenazas que provenían de Saúl y le prometió interdecer ante Saúl por su bien. Poco tiempo después, Jonatán y su padre se encontraban solos en el campo. Jonatán aprovechó la oportunidad para dirigir sus palabras al corazón de Saúl: "David ha sido bueno contigo y el Señor ha librado a Israel a través de él. Tú mismo te alegraste por ello. ¿Por qué quieres pecar ahora contra David?" Estas palabras conmovieron el corazón de Saúl, de modo que, en nombre del Señor, juró que David no sería muerto. ¡En ese momento Saúl estaba muy cerca del reino de Dios! ¡Con cuánta insistencia rogaba

el Señor a Saúl que se rindiera, usando las palabras de Jonatán!

David se sintió profundamente consolado por la amistad de Jonatán y por la restauración de su honor. En todo esto el Señor estuvo con él. Nuevamente peleó contra los enemigos del Señor y derrotó a los filisteos en una gran batalla. También volvió a tocar el arpa para Saúl.

Pero el cambio de actitud de Saúl fue de poca duración. No se había separado radicalmente de sus pecados. En días anteriores, cuando el Espíritu del Señor había descendido sobre él, Saúl había estado muy cerca del reino de Dios. Pero se había apartado reiteradas veces. Ahora también volvió a apartarse.

Enloquecido por los celos, arrojó su lanza contra David. Pero David logró escapar y huyó a su propia casa. Sin embargo, Saúl hizo rondear su casa. Al principio Mical, esposa de David, era más lista que los mensajeros de Saúl y les dijo que David estaba enfermo. Mientras los mensajeros llevaban esta noticia a Saúl, ella ayudó a David a escapar por la ventana. Cuando los siervos de Saúl regresaron para llevar a David a presencia del rey, llevándolo en su cama si fuese necesario, no encontraron más que una imagen de madera.* Mediante el amor de Mical el Señor había salvado a David.

Cuando Saúl pidió cuentas a Mical por su engaño, ella mintió afirmando que David la había amenazado de muerte. Sin lugar a dudas, Saúl comprendió que era mentira. ¡Cuán doloroso debe haber sido para su conciencia comprender que su propia hija hacía causa común contra él escogiendo a David! Esta fue otra advertencia de parte del Señor. Dios no permite que se aparte tan fácilmente alguien que ha llamado en su pacto.

La decisión. David huyó a Samuel en Ramá. ¿Dónde podría aliviar su corazón sino delante de Samuel, el hombre que lo había ungido por rey en el nombre del Señor? ¿Y dónde hallaría mejor protección sino bajo las alas de la palabra y el Espíritu del Señor que habitaban en Samuel?

Juntos David y Samuel fueron a las escuelas de los profetas en Naiot, cerca de Ramá. Seguramente Saúl no se atrevería a sacar a David con fuerza de esos edificios; allí David estaría bajo la protección del Señor. ¡Qué equivocados estaban Samuel y David! A propósito el Señor había

*Aquí el texto hebreo usa la palabra *terafín*, que se refiere a los dioses domésticos que originalmente habían sido traídos de la Mesopotamia.

permitido que los acontecimientos tomasen ese curso.

Había llegado la hora decisiva para Saúl. ¿Se rebelaría abiertamente contra el Espíritu del Señor? ¿Pero qué puede detener a un hombre cuando ha rendido su corazón al poder del diablo?

Cuando Saúl supo donde se encontraba David, envió mensajeros a traerlo. Cuando los mensajeros llegaron a las cercanías de Naiot encontraron a un grupo de profetas que profetizaban mediante el Espíritu del Señor. El Espíritu de Dios descendió sobre los mensajeros de Saúl, y ellos profetizaron también. Lo mismo ocurrió a un segundo grupo de mensajeros, y así a un tercero. Esto debía haber sido suficiente para advertir a Saúl que el Espíritu del Señor estaba protegiendo a David.

A pesar de la advertencia, Saúl fue suficientemente atrevido para ir en persona a Naiot. Entonces el Espíritu del Señor descendió también sobre Saúl, y él profetizaba mientras seguía su camino. En éxtasis se quitó su túnica, y durante todo un día y toda una noche, permaneció acostado en el suelo bajo el control del Espíritu. ¡Qué noche horrible fue aquella! Allí vio y habló de cosas celestiales mientras su corazón ardía de odio hacia el Espíritu del Señor. Contra su voluntad habló alabanzas de Dios.

Ahora fue tomada la decisión final sobre Saúl como persona. Saúl fue rechazado por Dios. Y el refrán "¿Saúl también entre los profetas?" adquirió un significado nuevo y terrible. Entre tanto, David se encontraba a salvo bajo el escudo del espíritu de la profecía. Algún día llegará el momento cuando se hará separación entre el Cristo y todos aquellos que lo persiguen al buscar su propia gloria en contraste con la de él.

Siguiendo un mal rumbo. Entonces David buscó a Jonatán y se quejó ante él: "¿Qué mal he hecho?" Jonatán no podía creer que la actitud de su padre hacia David fuese tan mala como él decía. Aunque Jonatán era un creyente, que en fe se había rendido al llamamiento de David, no quería encarar el alcance y la profundidad de la corrupción en el corazón de su padre.

Los dos acordaron que durante los días siguientes, mientras se celebraba la fiesta de la luna nueva en la corte de Saúl, descubrirían con claridad y de una vez por todas la actitud de Saúl hacia David. David se ausentaría y Jonatán presentaría algunas mentirosas excusas en favor de David. Esto daría una oportunidad a Jonatán de sondear las intenciones de su padre y luego trasmitirlas a David mediante una señal.

Ambos reconocieron que se hallaban en un momento decisivo en su

amistad. ¿Volverían a verse alguna vez? A pedido de Jonatán David juró que cuando el Señor restaurase su honor, trataría bondadosamente con Jonatán y su familia. ¡Esto demuestra cuán completamente se había rendido Jonatán en fe al llamamiento de David! Aquí Jonatán está en contraste directo a Saúl, y ello nos permite ver lo que el Espíritu del Señor puede obrar en el corazón de un hombre. ¡Cuán precioso era el don de la fe en Jonatán! Vemos aquí cuán maravillosa es la gracia de Cristo. Por medio de esa gracia Jonatán obtuvo una gran victoria sobre sí mismo.

Pronto quedaron claras las intenciones de Saúl. El rey acusó a Jonatán de haber tomado parte con David. Sabiendo que él mismo nunca sería rey mientras viviese David, Saúl declaró que Jonatán era una desgracia tanto para su madre como para su padre. Para el incrédulo, el rendirse ante la gracia de Dios es una vergüenza. Saúl llegó al extremo de arrojar su lanza contra su propio hijo. Con esto Jonatán comprendió que Saúl había determinado de lleno seguir un rumbo malo.

Jonatán se levantó de la mesa ardiendo en ira contra su padre. Fue un ejemplo de ira legítima. Jonatán tronó contra el rechazo que su padre hacía de la gracia en la persona de David. Estaba profundamente preocupado por David y se resintió por las infundadas acusaciones de su padre. Jonatán amaba a David como el bendito de Dios.

Mediante la señal acordada, Jonatán informó a David sobre el resultado de su investigación. Ellos tuvieron un breve momento para despedirse. Los dos presentían que probablemente esa sería su última despedida. En todo caso, desde entonces en adelante iban por caminos diferentes. David fue condenado como reo, y ya no contaba con protección alguna. Jonatán, en cambio, debía permanecer en la corte, donde reinaba el odio hacia la gracia del Señor.

Fue muy difícil para David y Jonatán separarse. Profundamente conmovido, David se inclinó tres veces ante Jonatán, como ante aquel a quien aún consideraba su superior. No había el menor deseo en el corazón de David de desplazar a Jonatán de su lugar como sucesor de Saúl. Jonatán no alentaba ninguna sospecha en este sentido, y así permitió que David partiera en paz, después que ambos renovaron su juramento de mutua fidelidad.

El designio del Señor los había separado, pero ellos seguían unidos en fiel sumisión a la disposición de ese propósito con Israel y con sus propias vidas. ¿No debemos nosotros también rendirnos voluntariamente a la gracia del Señor para con su pueblo, una gracia ya determinada en su eterno plan y revelada a nosotros en su Palabra?

15: No hay donde recostar la cabeza

1 Samuel 21—23

Durante el tiempo que David fue perseguido por Saúl, David fue un tipo del Cristo, particularmente en su humillación. Recuérdese lo que dijo Jesús: "Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza" (Mt. 8:20).

Pero esto no significa que la conducta de David durante esa época haya sido sin tacha. No era un tipo del Cristo en todos los aspectos de su conducta. Su mayor error fue el deseo de refugiarse fuera de los límites de Israel. No debía buscar lugar entre los enemigos del Señor. Todo esfuerzo por buscar protección allí significaba un cierto grado de infidelidad hacia el Señor y su pueblo. David tenía que rendirse a la dirección del Señor dentro de los límites de la tierra santa.

Durante aquellos días Saúl se transformó en un tirano absoluto. Esto se demostró especialmente cuando exterminó a la gente de Nob, la ciudad de los sacerdotes. Actuando como si de alguna forma estuviese en juego la causa del Señor, Saúl puso a toda la ciudad bajo maldición, al extremo de dar muerte incluso a todo el ganado. Saúl tuvo la presunción de identificarse, como el ungido, con la justicia del Señor—¡mientras cometía un pecado arbitrario e insolente!

Lo que el pueblo tenía que aprender durante esta época es que debía renunciar a Saúl y escoger a David. Pero el pueblo no estuvo inmediatamente dispuesto a hacerlo. No estaba dispuesto a renunciar a las esperanzas equivocadas con las que había saludado el reinado de Saúl. Además, un tirano como Saúl estaba mucho más acorde con sus pensamientos carnales que un hombre como David, que conocía su responsabilidad de ir adonde Dios le guiase. Finalmente, el temor ante Saúl muchas veces llevaba al pueblo a traicionar a David.

La actitud del pueblo fortalecía a Saúl en sus caminos pecaminosos. Por eso el pueblo compartía la responsabilidad con su rey. David sufría las aflicciones del redentor rechazado. Tuvo que aprender a esperar hasta que el pueblo lo escogiera. Mediante esa espera fue santificado y preparado para ser el verdadero rey de Israel.

Pensamiento clave: *El ungido no tiene donde recostar la cabeza.*

A tierra de los filisteos, no. Habiendose despedido de Jonatán, David huyó lejos de la corte de Saúl. ¿Adónde iría ahora? Ya debe haber pensado que en su propia tierra no estaría seguro de las manos de Saúl. Su única alternativa era huir más allá de los límites de su tierra. ¿Acaso no lo recibirían bien los enemigos de Israel y de Saúl, al ver que Saúl lo perseguía como a un adversario?

David era un hombre listo que tenía ideas astutas. A veces estas ideas ocultaban su fe sencilla. ¿Podría justificarse el buscar protección entre los enemigos de Saúl? Después de todo, ellos también eran los enemigos del pueblo del Señor y del Señor mismo. ¿Podría ser fiel a la causa del Señor mientras vivía entre los enemigos del Señor? El Señor tendría que orientarlo en este asunto.

De Gabaa huyó a Nob, que entonces era la sede del tabernáculo y del sumo sacerdote Ahimelec. Aparentemente, David había estado allí muchas veces, ejecutando órdenes de Saúl. En tales circunstancias David solía consultar la voluntad del Señor a través del sumo sacerdote. Esta vez fue a ver a Ahimelec solo. Ahimelec tembló al ver a David, porque temía ser involucrado en algún asunto secreto. En efecto, David le dijo que estaba cumpliendo una misión secreta para el rey y que había dejado atrás al ejército para poder estar a solas con el sumo sacerdote y consultarle acerca de la voluntad del Señor. David preguntó si el Señor lo acompañaría en el camino que había emprendido. La respuesta fue positiva. Sin embargo, David había mentido al sumo sacerdote. Al verse en un callejón sin salida, David no halló otra alternativa que mentir.

También pidió que el sumo sacerdote le diera pan. Sin embargo, no había pan disponible, excepto los panes de la proposición que en ese momento iba a ser reemplazados. Sólo los sacerdotes podían comer de los panes de la proposición pero en este caso de extrema necesidad, el sumo sacerdote no se negó a dar a David y sus hombres de esos panes. La ley del Señor no debe ser usada contra la vida que el mismo Señor ha dado.

David también pidió una lanza o una espada. Evidentemente había huido sin llevar armas consigo. No había allí otra arma sino la espada de Goliat que era guardada en el santuario. A pedido de David, el sumo sacerdote se la entregó. Doeg, un edomita que tenía una importante posición bajo Saúl, se encontraba casualmente en el tabernáculo, aparentemente con la intención de convertirse en israelita. Este hombre vio

todo lo que ocurrió allí. A través de él pronto se harían sentir las consecuencias de la mentira de David.

Desde Nob David huyó directamente a la tierra de los filisteos. Esperaba no ser reconocido como aquel que había matado a Goliat. ¿Y dónde encontraría mejor protección que entre estos enemigos a muerte de Saúl?

¿Pero cómo podría justificar jamás el hecho de buscar protección allí? ¿Acaso no eran los filisteos los enemigos tradicionales de Israel y del Señor? ¿Cómo podría seguir siendo fiel a la causa del Señor mientras permanecía entre los filisteos? ¿Era más fuerte su temor de Saúl que su aborrecimiento por los enemigos del Señor? Aunque su intención fuese engañar a aquellos enemigos, ¿era libre para pretender hacer causa común con ellos?

El Señor hizo salir mal esos planes de David. Los siervos de Aquis rey de Gat, inmediatamente le reconocieron como el hombre que había matado a Goliat. David era un príncipe en Israel, uno en quien el pueblo había puesto su esperanza.

Cuando David oyó que había sido reconocido, se sintió sobrecogido de ansiedad. Entonces pensó que la única forma de salvarse era actuar como un demente. Con esta estrategia escapó de las manos de Aquis. Sin embargo, el futuro rey y libertador de Israel había escapado en forma muy indigna. La confianza que David tenía en su propia astucia había enceguecido su fe.

Tampoco a la tierra de los moabitas. De allí David huyó y se escondió en la cueva de Adulam. Toda la familia de su padre se unió a él: su padre y madre y sus hermanos. Ya no se sentían seguros bajo el gobierno de Saúl. Además, muchos otros hombres que habían sido expulsados por la sociedad se unieron a él. Como resultado se reunió alrededor de él un pequeño ejército de unos 400 hombres. Más tarde el número creció a 600 hombres.

Por una parte, esto debe haber sido un consuelo para David en su soledad. Por otra parte, daba la impresión de que David era cabecilla de un grupo de vagabundos que se habían rebelado contra el rey. Pero, él no podía cambiar las circunstancias. Aquí, en la cueva de Adulam, David conoció el consuelo del compañerismo de su propia gente, de verse rodeado de hombres que dependían de él en medio de sus preocupaciones. En este sentido experimentó el consuelo del Señor.

La presencia de todos estos seguidores lo hizo más difícil para David

ocultarse. Ya no se sentiá seguro en la cueva. Entonces pensó en refugiarse en la tierra de Moab. Estos no eran enemigos tan tradicionales de los israelitas como los filisteos. Había, inclusive, lazos de parentesco entre Israel y Moab. (Los moabitas eran descendientes de Lot, el sobrino de Abraham). Sin embargo, el futuro rey de Israel no debía comprometerse de ninguna manera con ninguno de los pueblos vecinos de Israel, porque estos una y otra vez se levantaban como enemigos del Señor y de su pueblo.

En Moab encontró hospedaje y protección, especialmente para su padre y madre, por quienes había pedido protección al rey. Sin embargo, el Señor no le dio la paz allí por mucho tiempo. El profeta Gad, que aparentemente acompañaba a David, le dijo en nombre del Señor que debía regresar a la tierra de Judá. David obedeció y se dirigió al bosque de Haret. El Señor lo estaba conduciendo a una situación peligrosa. Había llegado el momento de prueba para David.

La maldición del tirano. Saúl descubrió que sus hombres sabían el paradero de David pero que no se lo habían revelado. Lo consideró un acto de infidelidad. En una reunión de consejo que convocó en campo abierto, el rey expresó su amargura por este asunto. La mayoría de sus hombres era de su misma tribu, es decir, de Benjamín. El los había puesto en las posiciones altas que ahora ocupaban. Saúl se quejó diciendo: "¿Acaso creen que David que es de la tribu de Judá les dará los mismos honores? Aun mi propio hijo apoya a David".

Entonces Doeg el edomita contó lo que había visto en Nob. Inmediatamente Saúl llamó al sumo sacerdote Ahimelec y a toda su familia y a todos los sacerdotes que estaban en Nob. Ahimelec fue acusado de traición. Sin embargo, Ahimelec era totalmente inocente. Desconocía el conflicto entre Saúl y David. Además, Ahimelec testificó diciendo: "David es el más fiel de tus siervos y es tu yerno. Ciertamente esta no fue la primera vez que he consultado al Señor por él. Lo he hecho en numerosas ocasiones cuando ejecutaba las misiones que el rey le había asignado".

No hubo forma de convencer a Saúl. El rey ordenó a sus siervos matar a los sacerdotes del Señor. Cuando ellos rehusaron hacerlo, lo hizo Doeg, cumpliendo el mandamiento de Saúl. Pero el rey todavía no estaba satisfecho. Prosiguió hasta haber dado muerte a todos los habitantes de Nob, incluyendo a los niños. El ganado también fue destruido. Saúl trató con la ciudad de Nob como si la maldición del Señor se hu-

biese pronunciado sobre ella. Hizo todo esto por venganza personal. De hecho, él se había alejado del Señor y su propia causa ya no era la causa del Señor. De esta manera Saúl se convirtió en una maldición para el pueblo.

Sólo escapó Abiatar, el hijo de Ahimelec. Llevando consigo el Urim y el Tumim, huyó a donde estaba David. David lo recibió gustoso. Reconoció que debido a su mentira esta calamidad había caído sobre Ahimelec y su casa. Desde entonces, la suerte de Abiatar estaría unida a la de David.

Traicionado por el pueblo. El pueblo aún seguía a Saúl. David permanecía mayormente en Judá, su propia tribu. Pero ni siquiera allí había seguridad para él. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que el pueblo renunciase a Saúl para escoger a David, a aquel que había sido escogido por el Señor como libertador de Israel?

David recibió un mensaje de que los filisteos estaban atacando a Keila y robando la cosecha. Con todo su ser David se sentía impulsado a librar a su pueblo de la carga de estos enemigos tradicionales de Israel. Sus hombres se oponían a causa del peligro que amenazaba de parte de Saúl. Pero dado que Abiatar se había unido a David, se podía consultar al Señor. Siguiendo la dirección del Señor, marchó para liberar a Keila.

Sin embargo, esta campaña no le agradó al pueblo. ¡Qué trago amargo fue eso para David! Saúl marchó contra Keila. Cuando David consultó al Señor si el pueblo de Keila lo entregaría en manos de Saúl, la respuesta fue definitivamente que sí. Por eso David huyó de Keila y Saúl regresó a su casa.

David y sus hombres se escondieron en un bosque en el desierto de Zif. Aquí recibió la visita de Jonatán. Jonatán predijo que su padre Saúl no encontraría a David en ese escondite para matarle, porque con toda certeza David iba a ser rey. Bien lo sabía el mismo Saúl. En ese caso Jonatán sería el segundo en el reino de David. ¡Jonatán se había sometido completamente a la decisión del Señor, y por eso David debe haberse sentido consolado por el pacto mutuo que renovaron aquel día!

Los habitantes de Zif traicionaron a David, divulgando a Saúl el lugar donde se escondía. Con una trágica expresión de autocompasión, Saúl los alabó por haber sido compasivos con él. Ahora debían observar cuidadosamente todos los movimientos de David. Entre tanto, Saúl se acercaba con un ejército. En el desierto de Maón rodeó a David y a sus hombres. No dejaba posibilidad de escape. Pero en ese momento, Saúl

recibió la noticia de que los filisteos habían invadido la tierra. Esto lo obligó a regresar apresuradamente. De esta manera el Señor libró a David de la mano de Saúl.

Pero esta persecución fue una experiencia terrible para David. No tenía donde recostar su cabeza sin correr peligro de muerte. Todo esto ocurría en la tierra que algún día gobernaría como rey. David transitó este camino de sufrimiento como el ungido del Señor. En este sentido fue semejante al Cristo que algún día se lamentaría porque, si bien las zorras tienen cuevas y las aves tienen nidos, él no tenía donde recostar su cabeza. ¡Haría su lamento en la tierra que algún día gobernaría en gloria y como rey!

El Cristo tuvo que llegar al trono por el camino de sufrimiento. David también tuvo que experimentar lo mismo. ¿No son todos los creyentes extranjeros en esta tierra que les ha sido prometida? ¿No son extranjeros porque el pecado todavía es poderoso alrededor de ellos y en ellos? La historia de David nos enseña que después del tiempo de la humillación, ciertamente el Señor exaltará a los suyos. Los exaltará porque el Cristo en su humillación obtuvo para ellos dicha exaltación. Por eso también fue exaltado David.

16: La venganza es mía

1 Samuel 24—26

Al ungido del Señor no le fue permitido vengarse a sí mismo. Debía preocuparse únicamente por los derechos del Señor y hacer de la causa de Dios su propia causa. David debía rendirse al Señor y a su justicia en todas las circunstancias, tanto en su trato con Saúl como con Nabal.

En todas estas relaciones, David había de ser un tipo de aquel que no amenazó a otros en el momento del sufrimiento, sino que sometió su causa a Dios, al Juez justo. Siguiendo ese sendero, el Cristo llegó a ser el Salvador de su pueblo. Y si David iba a hacerse el libertador de Isarel, también tendría que seguir ese sendero. El Espíritu del Cristo tendría que habitar en él.

En su última conversación con Saúl, David supuso que posiblemente sería el Señor quien impulsaba a Saúl a perseguirlo de esa manera. A veces el Señor castiga el pecado con otros pecados. Si realmente era el Señor quien estaba impulsando a Saúl, Saúl debería ofrecer un sacrificio de fragante olor al Señor. David pensaba en un sacrificio de sumisión sincera al Señor. Sin embargo, para Saúl ya era tarde para un sacrifricio de esa naturaleza.

Pensamiento clave: *El ungido del Señor está dispuesto a someter su causa a Aquel que juzga con justicia.*

¡Sea el Señor mi juez! La liberación del Señor no resultó en que Saúl dejara de perseguir a David por mucho tiempo. No pasó mucho tiempo antes que David huyera a las cuevas del desierto de En-gadi, cerca del Mar Muerto. Tan pronto como regresó Saúl de su expedición contra los filisteos, reanudó su persecución de David.

Cuando Saúl llegó al desierto de En-gadi, se retiró por un rato a una cueva, dejando atrás a los tres mil hombres que lo acompañaban. Sucedió que era la misma cueva en que también se escondía David, pero,

desde luego, Saúl ignoraba esto. Los hombres de David declararon que el Señor había entregado al enemigo de David en sus manos. Ahora David podía librarse de su enemigo para siempre al matarlo.

Pero David se acercaba a Saúl sin esa intención. Simplemente se limitó a cortar un trozo del ruedo del manto de Saúl, que aparentemente se había quitado. Pero aun esto le picó la conciencia. ¿Acaso tenía derecho de hacer semejante cosa? En todo caso, David no quería levantar su mano contra el ungido del Señor. El mismo Señor tendría que juzgar entre Saúl y David. Después de todo, lo que realmente importaba era la causa del Señor. Por eso David no permitió que sus hombres asaltasen a Saúl.

Aquí observamos en David el Espíritu del Cristo que no insistió en la vindicación de sus propios derechos, sino que estuvo dispuesto a dejar su causa en manos del Padre. Y el Cristo llegó a ser el preservador de su pueblo. Del mismo modo, sólo en el nombre de Dios podía David servir como rey.

Cuando Saúl dejó la cueva, David le gritó para mostrarle el ruedo de su manto como prueba de que no había querido hacerle daño. David dijo que él estaba dispuesto a someter su causa al Señor. También preguntó al rey por qué seguía tratando de apresarlo. ¿Acaso había hecho algo malo David? ¿Por qué no perseguía el rey a los enemigos del Señor?

Saúl se sintió profundamente conmovido por las palabras de David y su determinación de no quitar la vida al rey. Por un instante percibió la insondable profundidad del odio injusto que habitaba en su propio corazón. El hombre que sólo pensaba en sí mismo y que sólo sentía lástima por sí mismo, fue profundamente conmovido por la actitud noble de David.

Saúl incluso confesó a David algo que ya había reconocido en su corazón, es decir, que algún día David sería rey. Solamente pidió que David jurase no exterminar a su familia. David juró esto y después los dos tomaron sus respectivos caminos.

¿Se había sometido ahora Saúl al hecho de que Dios había elegido a David? Aparentemente que sí, y sin embargo la realidad era otra. Las emociones y no la sumisión en fe al Señor habían impulsado a Saúl a hablar de esa manera. Por eso el cambio en Saúl fue de corto aliento.

¡No sea mi mano la que me venga! Fue en esos tiempos inquietos que murió Samuel, un acontecimiento que causó gran confusión en Israel. Saúl estaba persiguiendo al hombre que Dios había llamado a ser el libertador de Israel, y el pueblo no sabía de qué lado ponerse. Sin duda,

Samuel había encomendado la causa de Israel en manos del Señor. El pueblo lo honró como profeta del Señor mediante su profundo duelo durante los funerales en Ramá.

Con la muerte de Samuel más israelitas empezaron a dirigir su mirada a David, porque notaban que evidentemente el Señor le estaba favoreciendo. Afortunadamente Jonatán no fue el único que estuvo dispuesto a reconocer el llamamiento de David. La acción de una mujer no tardó en demostrarlo.

En aquellos días David envió mensajeros a Nabal, un hombre de la familia de Caleb, de la tribu de Judá. *Nabal* debe haber sido un apodo, porque la palabra significa *necedad*. Era un hombre que carecía de discernimiento y sentido común.

Nabal era muy rico. Tenía tres mil ovejas y mil cabras. Era la época en que Nabal esquilaba a sus ovejas. Al terminar esa tarea se acostumbraba realizar un gran banquete. David determinó que tenía cierto derecho a recibir una recompensa de Nabal, porque él y sus hombres nunca habían tomado ninguno de los animales de sus rebaños y, además, habían protegido a sus pastores y rebaños de los rapaces beduinos.

Este hombre rico rechazó el pedido de David y lo hizo en una manera muy altiva. Nabal insultó a David llamándolo un rebelde, es decir, alguien que se había levantado contra su señor. En su rechazo este necio pensaba y decía cosas que eran claramente falsas.

David se sintió profundamente ofendido por este trato insolente. Juró que mataría a Nabal y a todos los hombres de su casa. Con esta determinación avanzó con 400 hombres, dejando a otros 200 con las provisiones. Es cierto que se sentía profundamente ofendido, ¿pero se convertiría ahora en su propio juez? ¿Fue su unción un asunto privado, un mero asunto de honor personal?

¿Acaso el mismo Señor no había sido ofendido mucho más que David? ¿Deshonraría David su futuro reinado buscando semejante venganza? Pero David no veía ninguna de estas cosas. Padecía de mente cerrada y no podía ver más allá de su propio deseo ardiente de venganza. El pueblo de Dios sólo puede superar estas pasiones si reconoce que no es su propia causa, sino la causa del Señor la que está en juego.

Si el Señor hubiese permitido a David seguir, su causa habría sido manchada para siempre. Afortunadamente Dios preservó la rectitud de David como el ungido, y así también protegió a su pueblo, al cual daría a David por rey. Dios lo hizo a través de la esposa de Nabal, una mujer hermosa e inteligente.

Uno de los siervos de Nabal informó a Abigail de lo ocurrido y le advirtió que David posiblemente buscaría venganza. El hombre afirmó que David y sus hombres efectivamente habían protegido a los pastores de Nabal. Abigail comprendió las posibles consecuencias. No le preocupaba tanto la posibilidad de que fuese exterminada la casa de Nabal, sino que el llamamiento de David quedase manchado. En fe ella había reconocido el llamamiento de David como el futuro rey y libertador de Israel. Por amor a su pueblo, y por amor al pacto del Señor su corazón estuvo del lado de David. Por eso tuvo miedo.

Inmediatamente preparó un gran regalo para David: doscientos panes, dos odres de vino, cinco ovejas guisadas, cinco medidas de grano tostado, cien racimos de pasas de uva, y doscientos panes de higos secos. Cargó toda esta comida en asnos. Su intención era honrar a David mediante este generoso regalo. Envió a sus criados adelante. Ella misma salió al encuentro de David sin informar a su esposo.

Cuando vio a David, se postró en tierra y le presentó la causa que le preocupaba. Abigail dijo: "Cúlpame a mí por el crimen de Nabal, y escucha lo que quiero decirte. Nabal actuó neciamente, sin que yo supiera de ello. Sin embargo, el Señor me ha enviado a ti, para que no tomes la ley en tus propias manos, manchando tu llamamiento al derramar la sangre de Nabal. Mira este presente que he preparado para tus seguidores. Es una muestra de mi respeto por ti. Sé que el Señor te ha destinado a ser el líder de Israel. El establecerá tu casa para siempre, porque andas en los caminos del Señor, y luchas contra los enemigos del Señor por amor a él. La bendición del Señor está contigo. El te protegerá en medio del peligro, pero a tus enemigos arrojará como se arroja una piedra con la honda. Si el Señor ha hecho estos grandes prodigios para ti, evita que sangre inocente sea derramada sobre tu conciencia. Regresa, y algún día me recordarás. Soy tu sierva".

¿Cómo pudo esta mujer hablar esas palabras? Pudo hacerlo porque tenía una visión gloriosa del llamamiento de David para el bien del pueblo de Dios. Ahora luchaba de todo corazón por mantener la pureza de ese llamamiento. Para David fue un consuelo ver que alguien podía ver las cosas con los ojos de la fe, y reconocerlas como en realidad eran. Las palabras de Abigail armonizaban con su propia fe en el llamamiento del Señor.

¡Qué inmenso peligro había corrido la santidad de ese llamamiento! Por poco se había perdido por la falta de apreciación de parte de Nabal y otros. Ahora David volvía a ver su llamamiento en todo su esplendor.

Las palabras de Abigail fueron como aceite sobre las olas de su enojo. David alabó al Señor quien lo había guardado de tomar la ley en sus propias manos, y alabó a Abigail por la sabiduría de su consejo. Habiendo recibido su regalo, la permitió regresar. Por la gracia de Dios, el Espíritu del Señor Jesucristo había triunfado en David.

Al regresar Abigail a la casa, no contó nada de lo ocurrido a Nabal porque él estaba borracho. Recién se lo contó cuando le hubo pasado el efecto del vino. Nabal se sintió tan impresionado por las noticias que sufrió un ataque de apoplejía. Lo que más lo perturbaba no era el temor del peligro que lo había amenazado, sino la amargura y el enojo de saber que David había salido victorioso de este asunto. Diez días después murió Nabal.

Cuando David recibió las noticias de la muerte de Nabal, alabó al Señor porque había juzgado con justicia y había guardado a David de vengarse a sí mismo. Luego David pidió a Abigail casarse con él y ella accedió. Para ella fue un honor servir a aquel que había sido llamado por el Señor. En esta confesión de fe David debe haber recibido nueva fuerza para continuar en el llamamiento del Señor. Sin duda alguna, Abigail había actuado como conciencia de David, recordando a David en años posteriores su llamamiento.

David también se casó con Ahinoam. Debido a esto, su relación con Abigail no fue todo lo que debía haber sido. David no vivía por fe en todos los aspectos de su vida. David tomó por esposas a ambas mujeres en lugar de Mical, a quien Saúl había entregado por esposa a otro hombre.

¡Recompense el Señor a los justos! Nuevamente los hombres de Zif informaron a Saúl que David se escondía en su tierra, esta vez en la colina de Haquila. David envió espías y ellos descubrieron que Saúl le estaba persiguiendo otra vez. Acompañado por dos de sus capitanes, David encontró el campamento de Saúl. La intención de David era entrar a escondidas al campamento de Saúl con uno de sus hombres. Abisai estuvo dispuesto a acompañarlo.

Ya que todos los soldados del campamento estaban durmiendo, David y Abisai pudieron penetrar hasta el sitio donde dormía Saúl. Nuevamente estaba Saúl en manos de David y Abisai pidió permiso para matarle con su lanza. Pero David no quería ni oír hablar de ello. No quiso ser culpable de tomar la causa del pueblo en sus propias manos dando muerte al ungido del Señor y poniéndose a sí mismo en lugar de él. O bien el Señor heriría a Saúl, o bien moriría en su cama o moriría en ba-

talla. Pero no importaba cómo sucediesen las cosas, las vidas de Saúl y David estaban en manos del Señor. De modo que David se limitó a tomar la lanza de Saúl y su vasija de agua.

Habiéndose alejado lo suficiente del campamento para no correr peligro, David gritó a Abner, el general del ejército de Saúl, acusándolo de descuidar la vida del rey. Saúl reconoció la voz de David. Aparentemente todavía no había amanecido y Saúl no podía ver a David.

David volvió a preguntar a Saúl por qué lo perseguía. Evidentemente había algo que impulsaba a Saúl a continuar esta persecución. Si era el Señor quien estaba impulsando a Saúl, castigando pecado con pecado, entonces Saúl tendría que volverse al Señor arrepentido y dispuesto a ofrecer un sacrificio. Pero si Saúl era impulsado por una persona u otra, esa persona debía ser maldecida.

El lamento matutino de David fue muy conmovedor. Se quejó que se vio obligado a dejar la tierra santa, la tierra que el Señor escogió para habitar en medio de su pueblo e ir a otras naciones, que servían a dioses diferentes. ¿No era un hecho indigno que Saúl persiguiese a David?

Saúl volvió a confesar que estaba equivocado, pero esta vez no se conmovió tanto como la vez anterior. Simplemente estaba avergonzado. A pedido de David alguien fue para recoger la lanza de Saúl. La última afirmación de David fue que el Señor recompensaría a cada uno conforme a sus obras. El Señor protegería la vida de David tal como había protegido la de Saúl.

Saúl no tuvo otra alternativa que bendecir a David por su conducta y confesar que finalmente David prevalecería. Luego se separaron y nunca más volvieron a verse. Las últimas palabras de Saúl fueron un reconocimiento de la victoria de aquel que sólo luchaba por los derechos del Señor, de aquel que se sometía al Señor. En realidad, la victoria es de Cristo.

17: Desamparado y restaurado

1 Samuel 27—31

En estas historias también tenemos que prestar cuidadosa atención a la posición en que se hallaba el pueblo de Israel. No estamos tratando solamente de Saúl y David. El pueblo mismo estaba atravesando días particularmente oscuros en aquel entonces.

Mientras los filisteos estaban marchando contra los israelitas, el futuro rey de Israel estaba en el campamento enemigo. El rey que todavía ocupaba el trono había visitado secretamente una adivina. En ese momento los israelitas no era apoyados ni por aquel que había sido ungido en el pasado, ni por aquel que había sido ungido para el futuro. Por cierto se hallaban desamparados. Por medio de la infidelidad de ambos, tanto de Saúl como de David, el Señor estaba desamparando a su pueblo.

El Señor los estaba desamparando para poder demostrar cómo, de pura gracia, volvería a acordarse de ellos por medio de David. El reinado de David y la liberación que su mano traería no estaban arraigados en su propia excelencia, sino en el favor de Dios. Muchas veces David fue un antitipo de Cristo. Cualquiera posición que llegara a tener con el pueblo, sólo la alcanzaría a través del Cristo.

Lo que ocurrió en Endor puede ser explicado totalmente en lo que los espiritistas llaman términos "animistas". La figura de Samuel seguía viviendo en la mente de Saúl. Había hecho una impresión imborrable en ella. Por medio de telepatía Saúl trasmitió esta imagen a la mente de la adivina. Saúl mismo no alcanzó a ver a Samuel emergiendo del suelo, pero sí la adivina. Ella dio forma a lo que Saúl había trasmitido a su mente. También es digno de notar que tan pronto ella "vio a Samuel", reconoció a Saúl. En ese instante ella tuvo contacto con la mente de Saúl, un contacto consciente e independiente de "Samuel".

En este contexto, la conversación entre Saúl, y "Samuel" debe ser entendida como una conversación que Saúl tuvo consigo mismo. Saúl preguntó y respondió a su propia mente. La figura de "Samuel" y las respuestas dadas por "Samuel" eran creaciones de la propia mente de Saúl que fueron canalizadas a través de la adivina. Saúl conocía el verdadero es-

tado de las cosas y los temibles eventos que estaban en el futuro. Esto proveyó una respuesta a las preguntas de su conciencia.

A veces nosotros también creamos a cierto personaje en nuestros sueños, a alguien que responde a nuestras preguntas. A veces las respuestas que recibimos son asombrosamente ciertas. La voz que nos habla en esas ocasiones es la voz de nuestra conciencia.

No obstante, debemos suponer acá que Dios utilizaba la actividad de la mente de Saúl para pronunciar su juicio sobre Saúl en forma definitiva. La seguridad con la que "Samuel" aparentemente respondió debe ser atribuida a la mente profética del propio Saúl. La pregunta hecha por "Samuel" ("¿Por qué me has inquietado, haciéndome venir?"), no contradice esta interpretación. Esta autoacusación debe haber estado ya en la mente de Saúl.

No hemos de pensar que Saúl o la adivina o ninguna otra persona puede perturbar a aquellos que han muerto en Cristo. La referencia a la aparición de Moisés y Elías en el monte de la transfiguración no tiene cabida aquí, porque en esa ocasión fue Dios mismo quien reveló a Moisés y Elías. Cuando la adivina declara: "he visto dioses que suben de la tierra", debemos interpretarla que se refería a la aparición de figuras sobrenaturales.

Se nos dice que cuando Saúl consultó al Señor, él no dio respuesta a través del Urim (1 S. 28:6). Esto presenta un problema: anteriormente leímos que el sumo sacerdote Abiatar huyó al campamento de David, llevando consigo el efod y el Urim y el Tumim. En consecuencia, parece que Saúl no pudo haber consultado al Señor por medio del Urim. Ahora bien, este texto de difícil interpretación bien puede indicar que el Señor no le respondió a Saúl de ninguna manera. Sin embargo, las palabras del texto parecen señalar en otra dirección.

Después de la muerte de los sacerdotes en Nob y de la huida de Abiatar, aparentemente fue restaurado el servicio en el santuario. En ese caso se debe haber nombrado un nuevo sumo sacerdote. Abiatar era de la familia de Elí y de esa manera descendiente de Itamar, el segundo de los restantes hijos de Aarón. ¿Es posible que Saúl haya nombrado como sumo sacerdote a un hombre de la familia de Eleazar? ¿Podría ser este el motivo por el cual más tarde encontramos a Sadoc y Abiatar cumpliendo juntos el oficio del sumo sacerdote? (2 S. 15:24-19, 35; 19:11). Esta parece ser la solución más probable al enigma planteado en torno al paradero de Urim.

Pensamiento clave: *El pueblo es desamparado por el Señor y luego restaurado nuevamente en el ungido.*

David niega al pueblo del Señor. Una y otra vez el Señor había librado a David de las manos de Saúl de una manera maravillosa. No obstante, David comenzaba a pensar que no podría sobrevivir mucho tiempo así. La mano de Saúl llegaba a todos los rincones de aquella tierra más bien pequeña de Canaán. Seguramente, algún día terminaría capturando a David.

Pensando en estas cosas, David olvidaba que la mano del Señor llegaba más lejos que la de Saúl y que siempre podría rescatarlo de las manos de aquel. En estos momentos la fe de David se retrocedía por la fuerza de su temor y por su deseo de salvarse por medio de su propia astucia.

David decidió volver a buscar refugio con Aquis de Gat. Los filisteos debían haber oído lo suficiente de cómo Saúl perseguía a David, para creer que David sería su aliado. Este plan dio exactamente el resultado que David esperaba. Aquis ofreció una amistosa recepción a David, permitiendo que él, sus hombres y sus posesiones permaneciesen en Gat. Pero David pidió permiso de quedarse en Siclag en lugar de Gat. Originalmente Siclag había pertenecido a los israelitas, y aparentemente había sido capturada por los filisteos. En ese entonces no era habitada. Aquis accedió. (Después, esta ciudad se convirtió en propiedad de la familia de David.)

Durante un año y cuatro meses los hombres de David vivieron en Siclag. Una y otra vez atacaban a los enemigos que vivían y se movían junto a la frontera sur de Canaán como por ejemplo, los amalecitas. Cuando triunfaban sobre estos enemigos, no tomaban prisioneros. Sencillamente daban muerte a todos que hallaban, para que nadie pudiese relatar a los filisteos lo que pasaba.

David mismo dijo a Aquis que estaba luchando contra Judá. Aquis debe haber estado complacido al oír que David se había convertido en enemigo permanente de su propio pueblo. La destrucción de los amalecitas por mano de David no fue una crueldad injustificable, puesto que el Señor ya había ordenado a Saúl a exterminarlos.

Es cierto que David estaba negando a su propio pueblo, si no por obras, al menos por sus palabras. Al mismo tiempo estaba negando también al Dios de su pueblo. David mismo decía ser un enemigo del pueblo que Dios había escogido. ¿Cómo pudo haber negado a su pueblo ante los enemigos del Señor? El Señor Jesucristo nunca negó a su pueblo, ni por palabras ni por hechos. Confesó tanto con palabras como con hechos que era su pueblo y el pueblo de Dios.

Por amor al Cristo el Señor tuvo misericordia de David, rescatándolo de las dificultades en que se enredaba. Como libertador de su pueblo David no fue desamparado por Dios aunque él lo había negado vergonzosamente. Como Pedro, quien negó al Señor con sus palabras, David fue restaurado a su oficio.

Saúl bajo el poder de Satanás. En aquellos días los filisteos salieron a pelear contra Israel. Los filisteos acamparon en Sunem y Saúl movilizó su ejército en Gilboa, frente al enemigo. Desde Gilboa Saúl podía ver el ejército enemigo.

Pocas veces había estado Saúl realmente atemorizado, pero esta vez fue presa del pánico. Había sido desamparado por Dios. El terror del Señor que en tiempos anteriores solía caer sobre sus enemigos, ahora había caído sobre él. Entonces recordó cómo solía consultar al Señor antes de salir a la batalla. Quiso hacerlo así también antes de esta batalla. Olvidó que se había apartado totalmente del Señor, y el Señor de él.

El Señor no dio respuesta, ni mediante sueños, ni profetas, ni por medio del Urim. Esta evidencia de su desamparo fue una aguda agonía para Saúl. No había regreso para él. Ya era demasiado tarde. Había degenerado demasiado en sus deseos pecaminosos.

Antes, el deseo de Saúl de consultar al Señor surgía de su anhelo de escuchar la voz del Señor, el anhelo de que el Señor lo guiase de la mano. Ahora Saúl solamente quería conocer el futuro, el resultado de la batalla. Esta clase de deseo es en sí profundamente pecaminoso. Es exactamente lo opuesto a la sumisión en fe al Señor.

Este deseo pecaminoso condujo a Saúl a visitar a una adivina. Sus siervos le informaron que todavía había una en Endor, no muy lejos del campamento. En días anteriores, cuando Saúl aún defendía el honor de la palabra del Señor, había ordenado que todos los adivinos fuesen desterrados o destruidos. Ahora él mismo buscaba uno de ellos.

El Señor se había negado a responder al rey de Israel. Samuel había muerto. David vivía entre los enemigos de Israel. Parecía que la palabra del Señor se había silenciado para Israel.

La mujer escogida por Saúl temía que los hombres en su puerta fuesen espías que habían venido para darle muerte. Saúl hizo un solemne voto de que no sufriría daño alguno, ¡voto que juró en el nombre del Señor! ¿Cómo pudo hacer semejante cosa?

La mujer no reconoció a Saúl. El pidió que hiciese aparecer a Samuel. Poco después ella afirmaba que en su mente veía a Samuel. En ese instante tuvo un contacto tan estrecho con la mente de Saúl, que ella le reconoció. Gritó atemorizada. Saúl volvió a asegurarle que no sufriría ningún daño. Le preguntó qué era lo que veía. Ella dijo que veía una figura sobrenatural saliendo de la tierra. Basado en la descripción de la mujer, Saúl pensó reconocer a Samuel. Luego oyó a "Samuel" quejándose por haber sido inquietado por Saúl. Saúl admitió que estaba ate-

morizado y que Dios lo había desamparado. "Samuel" quiso saber por qué entonces había sido llamado si el Señor había desamparado a Saúl.

Ahí mismo Saúl quedó confrontado con la apostasía de su vida. Se le dijo que el Señor entregaría a los israelitas con su rey en manos de los filisteos, y que al día siguiente él y sus hijos estarían entre los muertos. Debido al pecado de Saúl, también Israel sería entregado en manos de sus enemigos. En este caso Saúl fue un perfecto antitipo del Cristo, por cuyo amor el pueblo sería salvado.

Saúl se desmayó al escuchar estas palabras, y en parte también porque el ayuno lo había debilitado. Sólo después de mucha insistencia de parte de la adivina y de sus propios siervos, el rey comió lo que la mujer le había preparado. Luego se fue, totalmente desesperado, un hombre rechazado. El rey de Israel había caído bajo sentencia de muerte. Esa sentencia no era sólo un juicio sobre el pecado de Saúl, mas también sobre los pecados del pueblo, porque muchas veces el pueblo había andado en los pasos de su rey.

La restauración de David. Los engaños y repudiaciones de David lo enredaron en dificultades cada vez mayores. Cuando los filisteos salieron a luchar contra Israel, David se vio obligado a unirse a las fuerzas de Aquis. Cuando Aquis anunció a David la futura campaña, David le dio una respuesta ambigua. Ahora Aquis descubriría lo que David podría hacer.

David era un maestro en el arte de fingir diferentes roles. Sin embargo, se encontraba en apuros. Allí iba marchando con sus hombres como parte del ejército de los filisteos. Ya estaban marchando a través de la tierra santa. David podía ver con sus propios ojos cómo los filisteos saqueaban y quemaban ciudades y pueblos de Israel. El que había sido llamado a ser el libertador de Israel ahora se abstenía de atacar a los enemigos de Israel. Ahora dejaba su espada en la vaina. ¡Este hecho en sí fue una forma de repudiar a su pueblo! ¡Pronto se vería obligado a levantar armas contra el pueblo del Señor! ¡Qué angustia debe haber sufrido David!

El Señor mismo rescató a David de este apuro. Los líderes de los filisteos no confiaban en David, y Aquis se vio obligado a enviarlo de regreso. Aquis se disculpó ante él por esta afrenta. David fingió estar ofendido, ¡pero en su corazón debe haber entonado un cántico!

Al regresar a su casa con sus hombres, descubrió que Siclag había sido saqueada y quemada por los amalecitas. Sus esposas y niños habían

sido secuestrados. Aparentemente los amalecitas se habían vengado de los ataques de David.

Fuera de sí debido al dolor, los hombres de David amenazaron con apedrearlo. Probablemente hace tiempo ya se habían estado quejando que tenían que vivir entre los filisteos. El hecho de marchar neciamente detrás del ejército filisteo, debe haber acuciado sus conciencias también. Ahora habían perdido todo por confiar en la astucia maldita de David. Aparentemente el Señor los había abandonado. David se sintió desamparado por todo y por cada uno, incluyendo al Señor.

Pero en estas circunstancias peligrosas se reveló lo que puede hacer la gracia de Dios. Mediante el Espíritu del Señor, David pudo aferrarse en fe a Dios. De pronto, como un relámpago, debe haber comprendido que iba en caminos equivocados y que ahora encaraba los resultados de su pecado. Sin embargo, presintió que Dios, en su fidelidad y gracia, perdona y triunfa sobre el pecado. De esta manera halló nuevas fuerzas en el Señor su Dios.

Siendo fuerte en el Señor, también pudo recuperar el control sobre sus hombres. A través del sumo sacerdote consultó al Señor si debía perseguir a los ladrones amalecitas y si el Señor los entregaría en sus manos. Habiendo recibido una respuesta favorable, David salió detrás de los amalecitas. Pero doscientos de sus hombres estaban demasiado cansados para aun salir a perseguirlos. Estos quedaron atrás.

En el camino los hombres de David encontraron a un esclavo a quien los amalecitas habían dado por muerto. Atendido por los hombres de David, el esclavo pronto recuperó sus fuerzas e indicó a los hombres donde estaba el campamento amalecita. Después de la victoria, los amalecitas se encontraban descuidados, descansando, comiendo, bebiendo y danzando. Fueron fácil presa para David, quien los venció totalmente. Todo el botín que habían tomado en Siclag fue recuperado por David. Ninguna de las mujeres y de los niños faltaba. Además, David y sus hombres tomaron posesión de todas las pertenencias de los amalecitas. Después de regresar a Siclag, David ordenó que el botín fuese repartido también entre los doscientos hombres que habían quedado atrás. Desde entonces la ley en Israel requirió que el botín tomado en batalla fuese compartido de esa manera.

David no sólo recuperó sus posesiones y el control sobre sus hombres. También fue restaurado en el favor y la comunión de su Dios. Después de los oscuros días en que Israel había sido desamparado tanto por Saúl como por David, ahora nacía nueva esperanza para el pueblo con la glo-

riosa restauración de David. La misericordia de Dios por el amor de Cristo, no se había apartado de su pueblo, y por eso tampoco se había apartado de David.

David envió parte del botín a las ciudades de Judá con este mensaje: "He aquí un presente para ustedes del botín tomado de los enemigos del Señor". Lo hizo para conquistar el favor de su tribu. Para los hombres de Judá y para Israel esto fue una señal de que David no los había olvidado. Aún había esperanza para Israel.

La muerte de Saúl. A Israel ciertamente le hacía falta esa clase de luz, porque la batalla entre los israelitas y los filisteos en el monte de Gilboa había terminado en una derrota completa para Israel. Los hijos de Saúl fueron muertos, inclusive Jonatán, en quien Israel había cifrado sus esperanzas.

Durante la batalla Saúl había sido separado de sus hombres. Los filisteos, especialmente los arqueros, comenzaron a perseguirlo. Cuando Saúl vio que no había forma de escapar, pidió a su paje de armas que le diese muerte para no ser capturado con vida por los filisteos y así ser burlado por ellos. Cuando el paje de armas se rehusó, Saúl se echó sobre su propia espada. Su paje de armas murió de la misma manera junto a él.

Ese fue el fin de Saúl, el hombre en quien se habían cifrado tantas esperanzas. ¡Cuán cerca había estado del reino de Dios! El Señor se había acercado a él, pero él no se había rendido a su gracia en fe. En cambio, prefirió glorificarse a sí mismo despreciando esa gracia.

Después, las cosas iban de mal en peor. Los pecados de Saúl se convirtieron en una maldición para todo Israel, porque los victoriosos filisteos persiguieron a los israelitas y ocuparon gran parte de su territorio y vivieron en sus ciudades. ¿Qué había quedado del poder de Israel? Si no intervenía el Señor, el nombre de Israel sería exterminado.

Al día siguiente, después del ataque, algunos filisteos saqueadores encontraron los cadáveres de Saúl y sus tres hijos en el campo de batalla. Los decapitaron y enviaron sus cabezas y armas por las ciudades filisteas en señal de victoria. Saúl, el hombre que una vez habían temido tanto, había sido derrotado. Finalmente colocaron las armas en el templo de sus dioses a modo de ofrenda votiva. Estos dioses parecían más poderosos que la gracia de Dios hacia Israel.

Los filisteos colgaron los cadáveres de Saúl y sus hijos en el muro de Bet-sán, una ciudad que estaba situada en el corazón de Israel, pero que

ahora era ocupada por el enemigo. ¿Permitiría el Señor que esto continuase, sin tomar vengaza? Ahora las esperanzas de Israel se cifraban en David.

La gente de Jabes de Galaad se enteró de lo que los filisteos habían hecho con Saúl. No habían olvidado la liberación que el Señor les había dado a través de Saúl. En la oscuridad de la noche, sus guerreros quitaron los cadáveres de Saúl y sus hijos de los muros de Bet-sán. Luego quemaron sus cadáveres y dieron sepultura a sus huesos debajo de unos árboles. Por siete días lloraron la muerte de Saúl con ayunos.

La gente todavía tenía algo de lástima por Saúl y su casa. Sin embargo, el juicio había caído sobre él como el líder del pueblo que se había apartado de Dios. Había sido el juicio de la gracia de Dios sobre Israel. Debido a que el Señor seguía fiel a su pueblo, Saúl fue quitado.

David

18: El pueblo se somete a su rey

2 Samuel 1—5

Durante esa época la actitud de David fue de dependencia total del Señor. Sólo subió a Hebrón cuando el Señor le indicó hacerlo. No hizo ningún esfuerzo independiente por lograr que el pueblo se sometiera a él como rey.

Desde luego, el propio juicio de David desempeñaba un importante rol en estos asuntos. Su alabanza de los habitantes de Galaad fue a la vez una invitación a someterse a él como rey. Su conquista de Jerusalén fue una hazaña propia de un estadista. Después de todo, Jerusalén tenía una ubicación céntrica y estaba próxima al límite entre Judá y Benjámin. Haciendo de Jerusalén su capital, David podía reconciliar a la tribu de Benjamín (la tribu de Saúl) con su propio gobierno, sin ofender a su propia tribu (Judá). La conquista de la antigua fortaleza de los jebuseos inmediatamente añadió fama a su nombre.

No obstante, las obras de David correspondientes a este período no deben ser explicadas únicamente como movimientos de una política astuta. Ellas llevan el sello de la gracia de Dios, gracia que lo impulsaba a cifrar su esperanza en el Señor. David rechazó toda injusticia. Era impulsado por la convicción de que Sion debía ser librada con justicia. En todo esto David fue un tipo del Cristo que sabe que los suyos le han sido dados por el Padre. En la persona de David, el Cristo pujaba por revelarse a sí mismo de modo que el pueblo reconociese al verdadero Rey.

Sólo en el caso de sus sobrinos (Joab y Abisai) hijos de su hermana Sarvia, David fue impotente para ejecutar la justicia, no porque fuesen sus sobrinos, sino porque eran los comandantes de sus tropas. Sus seguidores no habrían permitido que fuesen castigados. Así David se limitó a maldecir a la familia de Joab. Posteriormente instruyó a Salomón a asegurarse que se hiciera justicia.

Algunas partes de estos capítulos son de traducción difícil. Las palabras que se encuentran en la mitad de 2 S. 1:9 pueden ser traducidas así: "...porque se apoderaron de mí calambres mortales". El versículo 18 del mismo capítulo debe decir así: "Y les dijo que 'El arco' debía ser enseñado a los hijos de Juda". Es posible

que "El arco" sea el título que David dio a esta endecha. Probablemente le dio ese título porque se trataba de un canto de batalla.

2 S. 5:8 debe ser traducido de la siguiente forma: "Quienquiera que quiera herir a los jebuseos, que arroje a los cojos y ciegos, que son aborrecidos por el alma de David, al abismo". Los soldados estacionados en el interior de la ciudadela de Jerusalén son mencionados aquí como los "cojos y ciegos". Esta denominación provino de ellos mismos, porque se habían jactado con orgullo que aun los cojos y ciegos podrían defender a la ciudad. Desde entonces la expresión: "los cojos y ciegos" sirvió para referirse a personas aborrecidas. Se podría decir: "los ciegos y cojos no entrarán en la casa".

Leemos que Is-boset gobernó en Mahanaim durante dos años y que poco después de su muerte David llegó a ser gobernador sobre todas las tribus. Ya para esa fecha David había gobernado sobre Judá por siete años desde Hebrón. Estos hechos permiten afirmar que Abner no había hecho rey a Is-boset inmediatamente después de la muerte de Saúl. Debe haberlo hecho aproximadamente cinco años después, cuando finalmente reconquistó una importante parte del territorio que había sido tomado por los filisteos.

Pensamiento clave: *El Señor sujeta al pueblo a su rey.*

El honor del ungido del Señor. Dos días después que David hubo regresado a Siclag, llegó un hombre con su ropa rota y tierra sobre su cabeza. Obviamente era mensajero de malas noticias. Este informó a David de la derrota sufrida por el ejército de Israel y la muerte de Saúl y Jonatán. Cuando David le preguntó cómo sabía todo esto, el hombre informó que había estado en la batalla y que había pasado junto al rey cuando aquel se recostaba sobre su lanza, sobrecogido de un calambre mortal. En tanto, los filisteos se acercaban despiadadamente. El hombre prosiguió diciendo que, a pedido del mismo rey, terminó por matarlo. Presentó a David la corona del rey y sus brazaletes como evidencia de la veracidad de su historia. (Aparentemente, este hombre había estado en la batalla y había tomado las joyas del rey, aunque el resto de su historia era mentira).

Cuando David y sus hombres oyeron estas noticias, rasgaron sus ropas y lloraron la muerte de Saúl y Jonatán. También lloraron la derrota sufrida por el pueblo del Señor, es decir, por sus propios hermanos. Aunque vivían en tierra filistea donde habían encontrado refugio, y aunque habían ofendido con sus labios al pueblo del Señor, en sus corazones seguían ligados al pueblo, a su destino y a su rey.

David debe haberse enfurecido de modo especial al descubrir que el

mensajero era un amalecita que vivía entre los israelitas. El mensajero parecía estar convencido de que la noticia que él había matado al rey Saúl sería bien recibida por David y que él recibiría la recompensa de un mensajero. El mismo dijo haber levantado su mano contra Saúl, *el ungido del Señor.* Ciertamente el Señor había desamparado a Saúl; pero la ejecución del juicio sobre él pertenecía al Señor o a quien el Señor llamase con ese propósito, pero no a un amalecita. ¿Qué derecho tenía este extranjero de herir y matar al ungido del Señor? ¡Por cierto la osadía de su hecho fue una desgracia para Israel y el Dios de Israel! ¿Le fue permitido a alguno tratar con Israel y a su rey como bien le parecía?

David también debe haber sospechado que el mensajero mentía. No obstante, el hombre mismo se había condenado admitiendo un crimen. Sería juzgado por las palabras de su propia boca. Por eso David ordenó a uno de sus hombres darle muerte al mensajero. De modo que el amalecita fue matado.

El futuro rey de Israel no fue egoísta y no tenía deseos personales de vengarse de Saúl. No subiría al trono por el sendero de la injusticia y el derramamiento de sangre. Todo el pueblo vería que David no había actuado con egoísmo, y que no había dado su consentimiento a ningún acto de injusticia. En este sentido David fue un tipo del eterno Rey de Israel, el Señor Jesucristo.

Luego David compuso un canto de lamentación sobre Saúl y Jontán y ordenó que fuese enseñado a los hijos de Judá. "¡Cómo han caído los valientes!", decía su endecha. "¡Ha perecido la gloria de Israel!... No deis las nuevas en las plazas de Ascalón, para que no se alegren las hijas de los filisteos.... Montes de Gilboa, ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, puesto que allí cayó el escudo de Israel, el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite.... Saúl y Jonatán, amados y queridos; inseparables en su vida, tampoco en su muerte fueron separados.... Hijas de Israel, llorad por Saúl...¡Cómo han caído los valientes!" Acordándose especialmente de Jonatán, prosiguió diciendo: "Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán. En gran manera he apreciado tu amor". Y una vez más dijo: "¡Cómo han caído los valientes!"

David supo sobreponerse a sus deseos pecaminosos y egoístas, porque estaba dedicado a la causa del Señor de todo corazón. Por eso podía amar a Saúl, quien lo había tratado como a un enemigo. Y por eso podía apreciar lo que Saúl había significado para el pueblo de Dios.

Nosotros venceremos nuestros pecados por la fe en el reinado de la gracia del Señor. Mediante la fe el Señor Jesucristo venció todas las ten-

taciones. Mediante su Espíritu él fue victorioso en David. Y mediante su Espíritu también será victorioso en nosotros hoy.

Rey en Hebrón. Ahora que Saúl había muerto, David volvía a sentirse seguro en Israel. Y después de todas las experiencias que había vivido en tierra de los filisteos anhelaba regresar. Sin embargo, comprendió que finalmente había llegado la hora en que Dios lo exaltaría, colocándolo en el trono. Especialmente ahora, no quiso dar ningún paso sin antes reconocer al Señor. Así consultó al Señor si debía regresar y adónde ir. El Señor le indicó dirigirse a Hebrón. De modo que David y sus hombres fueron con sus familias y posesiones a Hebrón, y allí hicieron su residencia.

No pasó mucho tiempo antes que vinieron los hombres de su tribu para ungirlo como rey sobre Judá. Ahora David experimentó el primer cumplimiento de la promesa del Señor. Ahora le fue permitido ocuparse de las necesidades del pueblo del Señor como su rey. Su deseo de hacer esto debe haber sido aun mayor debido a la confusión que Israel había experimentado durante el gobierno de Saúl. ¿Le permitiría el Señor restablecer a Israel después de esa desgracia? Después de todo, David era solamente rey de *Judá*. Tendría que esperar hasta que el Señor le diese el control sobre el resto de Israel.

David envió mensajeros a Jabes en Galaad para expresar a la gente de esa ciudad cuánto apreciaba lo que habían hecho por Saúl. "El Señor les recompense por lo que hicieron", dijo David, "y yo tampoco lo olvidaré". Quería que todo Israel viese claramente que él mismo nunca había querido obtener el trono por la fuerza, y que no había olvidado las bendiciones que una vez el Señor había dado por medio de Saúl.

La espera se convirtió en una carga más pesada para David cuando Abner, el comandante en jefe de Saúl comenzó a librar a Israel del dominio de los filisteos. Y cuando Abner fue parcialmente victorioso, nombró al hijo de Saúl, Is-boset, rey sobre Mahanaim (en Transjordania). Para David esto implicaba un nuevo obstáculo en su camino hacia el trono sobre todo Israel. El Señor le estaba enseñando a esperar.

Guerra civil. Entonces estalló una guerra entre el resto de las tribus y Judá. Abner reunió un ejército y marchó contra Judá. David envió a Joab con los hombres de Judá, a salirle al encuentro. David nunca quiso que hubiese una guerra entre las tribus de Israel por la sucesión en el trono. Semejante guerra habría sido horrible para cualquiera que

oidase a los enemigos del Señor y amase a todo el pueblo de Israel.

Sin embargo, David no podía dar sus espaldas al llamamiento que había recibido del Señor. Abner y sus hombres se estaban rebelando contra el llamado del Señor hecho a David. Sería preciso librar una batalla por la bendición del Señor dada a través de David.

Abner propuso que doce soldados de cada bando luchasen hombre a hombre. No hay lucha más feroz que la lucha entre hermanos. Sin prestar atención a su propio bienestar y seguridad, estos veinticuatro soldados lucharon tan violentamente que al final de la batalla todos estaban muertos. Entonces los dos ejércitos se trabaron en batalla. Abner y sus hombres fueron derrotados.

Mientras los hombres de Joab perseguían a los de Abner, Abner mató al hermano de Joab, Asael de antemano; no quería darle muerte, porque entonces la brecha entre Abner y Joab nunca podría ser sanada. Así los soldados comprendían que aquella guerra civil era una abominación.

Al caer la noche de aquel día, Abner reunió a sus hombres para ofrecer renovada resistencia. También gritó a Joab: "¿Consumirá para siempre la espada?" Abner señalaba a la amargura que necesariamente resultaría de la continuación de la lucha. Entonces Joab hizo tocar la trompeta y ordenar el toque de queda. Esa noche regresaron a Hebrón.

Aquella batalla particular había terminado, pero la guerra civil continuaba. La guerra no podía terminar hasta que todo Israel se hubiese sometido al Señor, quien había escogido a David como pastor de Israel. ¿Cómo era posible que Israel siguiese ciego y rebelde por tanto tiempo? A través de esta lucha David se fue fortaleciendo paulatinamente mientras la casa de Saúl iba perdiendo fuerza. El Señor también bendijo a David dándole más hijos durante su tiempo en Hebrón.

Negociaciones. Aparentemente lo que Abner se proponía era hacerse él mismo el gobernador de Israel. Había tomado a Rizpa, la viuda de Saúl por esposa. Esto equivalía a una declaración de que él mismo quería asumir los derechos de su señor. Cuando Is-boset le reprochó este hecho, Abner respondió con enojo diciendo que pondría a todo Israel bajo el cetro de David, puesto que obviamente el Señor lo había escogido a él para reinar. Aun contra su voluntad, Abner tuvo que reconocer y someterse a la elección de David. Is-boset no era suficientemente fuerte para hacer algo respecto a la afrenta de Abner.

Abner comenzó a cumplir su intención, enviando mensajeros a David

para discutir los términos de la paz. David puso como condición previa que la hija de Saúl, Mical, que una vez había sido su esposa, le fuese devuelta. Mical había sido dada por esposa a otro hombre. ¿Acaso seguía amando David a Mical? ¿O quería quitar la desgracia que había sufrido cuando su esposa fue entregada a otro? ¿O quería fortalecer su propia posición teniendo a la hija de Saúl otra vez como esposa? David debe haber tenido diferentes motivos para formular esta demanda.

Entre tanto, Abner había hablado con los ancianos de Israel, particularmente con los de Benjamín, la tribu de Saúl. Abner declaró que el Señor había indicado claramente que David sería el libertador de Israel. Todo Israel parecía estar dispuesta a reconocer a David como rey, porque el Señor hizo que el corazón del pueblo se inclinase hacia David. El hecho de llevar a Is-boset al trono había sido totalmente arbitrario. El único que podía gobernar sobre el pueblo del Señor era aquel que el Señor mismo había escogido.

Abner ordenó que Mical fuese separada de su esposo, y él fue vergonzosamente perseguido cuando trató de seguirla. Aquí vemos cuánto dolor pueden causarse las personas unas a otras cuando obran con insolencia. Esto sucede inclusive entre el pueblo del Señor.

Abner vino a David en Hebrón con veinte hombres. David lo recibió como un amigo, y Abner le prometió que uniría a todo Israel en el pacto con David.

Sin embargo, no sería el sendero de los cálculos humanos que llevaría a David al trono. El Señor siempre sigue sus propios caminos, aun cuando esos caminos usen los pecados de otros hombres como un medio.

Cuando Abner hizo su aparición en Hebrón Joab no estaba presente. Al regresar de una batalla se le informó de lo sucedido durante su ausencia. Joab reprochó a David por permitir que Abner partiera en paz, afirmando que había venido como espía a Hebrón. Sin el conocimiento de David, Joab usó de un falso pretexto para hacer regresar a Abner, a quien luego asesinó en la puerta de la ciudad. De esta manera vengó la muerte de Asael.

Cuando David oyó lo que había sucedido, declaró que era inocente del crimen de Joab. Sin embargo, no estaba en condiciones de permitir que la justicia siguiese su curso con respecto a Joab. Sus propios hombres se habrían opuesto a ello. No obstante, maldijo la casa de Joab. Su casa sufriría constantes enfermedades y necesidades. Además tomó medidas para que Abner fuese sepultado con los correspondientes honores

en Hebrón. Ordenó que Joab y el pueblo marchasen delante del féretro con sus ropas rasgadas, mientras él en persona seguía atrás. Con llantos la procesión continuó hasta el lugar del sepulcro. El mismo David compuso un canto de lamentación sobre Abner. Durante todo el día hizo ayuno y lamentó la imposibilidad de vengar ese crimen. Todo el pueblo reconoció que David era inocente de la sangre de Abner y vio con mayor claridad que David no tenía intención de asumir el poder sobre todo Israel usando injusticias y crímenes.

De esta manera, y a través de su rey, el pueblo estaba ligado al Señor. Por amor al Señor debían considerar al rey como cabeza del pueblo.

Rey sobre todo Israel. La muerte de Abner había impresionado profundamente al pueblo. Ahora todo el mundo comprendía que la casa de Saúl era causa perdida. Is-boset fue asesinado en su propia casa por líderes de dos bandas de merodeadores. No tenía sucesor. Mefi-boset, hijo de Jonatán, a quien ahora tocaría la sucesión, era lisiado de ambos pies como resultado de un accidente.

Los asesinos de Is-boset llevaron a David la cabeza del rey muerto, creyendo que así agradarían a David. Pero David también rechazó toda participación en este nuevo crimen. Ordenó que los dos hombres fuesen muertos, que sus manos y pies fuesen cortados y sus cuerpos ahorcados. La cabeza de Is-boset fue sepultada en el sepulcro de Abner.

Entonces los ancianos de todas las tribus vinieron a David y reconocieron su llamamiento como pastor sobre Israel. Finalmente todo Israel se sometió a la elección que Dios había hecho en la persona de David. El mismo Señor hizo que el pueblo se sujetase a su rey. Después de esperar siete años en Hebrón, finalmente había sido alcanzada la meta. En el nombre del Señor, David tuvo el privilegio de ser rey y libertador de Israel. Todo el pueblo estuvo convencido de que David sabía que Israel sólo podía ser salvado mediante la justicia. Al pueblo le fue permitido ver en David un tipo del Mesías. También en nuestros días, el mismo Señor sujeta al pueblo al Cristo, su Rey.

Jerusalén elegida. Uno de los primeros actos oficiales de David como rey de todo Israel fue su expedición militar contra la fortaleza de los jebuseos. Aunque Jerusalén ya estaba en manos de Israel, los jebuseos todavía ocupaban la fortaleza de la ciudad. David había escogido a Jerusalén como ciudad capital de su reino. La ciudad estaba situada en el centro de la tierra, sobre el límite entre Judá y Benjamín. Además, la

constante ocupación de la fortaleza por los jebuseos era una desgracia para Israel.

En el interior de la fortaleza la guarnición se burlaba que: "los ciegos y cojos serían suficientes para protegerla". Esto demuestra cuán inexpugnable parecía ser aquella fortaleza. Pero el Espíritu del Señor estaba obrando en David y sus hombres, de modo que estos se encendieron en ira contra aquellos que se burlaban del Dios de Israel. En las Escrituras apenas encontramos mención de la batalla librada para conquistar la fortaleza. Fue como si hubiese estado abierta a David.

David hizo de Jerusalén su capital. El Señor mismo le había dado la ciudad. Luego el Señor declaró que había escogido a Jerusalén para revelar en ella su nombre. David fortificó el muro de la ciudad y construyó un palacio utilizando maderas que le fueron enviadas por Hiram el rey de Tiro. David vio que *el Señor* había establecido su reino, que lo había hecho movido por su gracia hacia su pueblo.

Cuando los filisteos oyeron que David se había hecho rey sobre todo Israel, marcharon desde la llanura filistea con el propósito de establecer su superioridad. Pero el Señor concedió a David la victoria. Luego, por segunda vez el enemigo atacó a Israel. Siguiendo las instrucciones del Señor, David rodeó a los filisteos. Cuando se oyó el ruido como de marcha por las copas de las balsameras, David atacó al enemigo por las espaldas y lo venció.

El Señor mismo se había acercado para librar a Israel. El pueblo comprendía que David reinaba en Israel mediante el favor del Señor y en compañerismo con él, dando libertad al pueblo de Dios.

19: Rey de Israel

2 Samuel 6—9

Lo que se nos dice en 2 Samuel 7 es de vital importancia para los cuatro capítulos a que ahora dedicaremos nuestra atención. David quería construir una casa para el Señor, pero el Señor declaró que *él* construiría una casa para David. Nuevamente aquí se demuestra que la obra del Señor precede a la nuestra. Recién cuando el Señor hubo comenzado a cumplir su promesa de establecer la casa de David (lo que ocurrió durante el reinado de Salomón), permitiría que fuese construida su propia casa. Nuestras obras siempre son una respuesta a las del Señor.

En 1 Crónicas 17 leemos que David no había de construir la casa del Señor porque sus manos habían derramado sangre. No vamos a deducir de esto que las expediciones militares de David fueron inherentemente pecaminosas, porque David conducía las batallas *del Señor*. La sangre derramada lo contaminaba sólo desde el punto de vista ceremonial. Era un símbolo del pecado que aún persistía en el mundo, el pecado que fue castigado con la muerte. Recién cuando el pecado sea totalmente conquistado, se nos concederá la habitación total de Dios entre nosotros. Recién entonces puede estar el templo de Dios en medio de su pueblo.

La construcción del templo era una profecía que señalaba hacia el futuro, hacia esta habitación de Dios en medio de su pueblo. No obstante, no debemos olvidar que esta habitación de Dios entre los hombres se cumplió en el hecho de Cristo y el subsiguiente derramamiento del Espíritu Santo en la iglesia en comunión con el Cristo.

La promesa hecha a David, que su casa sería establecida, que su hijo reinaría para siempre, y que su hijo construiría la casa del Señor, sólo halló cumplimiento parcial en Salomón. Su cumplimiento perfecto se dio en el Cristo. En Lucas 1:32 y 33 encontramos la descripción del cumplimiento del pacto entre Dios y David. En ese pacto Dios también prometió aceptar a Salomón como hijo suyo. También esa promesa halló su cumplimiento perfecto en el Cristo.

David trajo el arca a Jerusalén, pero en ninguna parte leemos que también haya levantado allí el tabernáculo. Quizás esto pueda ser explicado

por el hecho de que había en ese momento dos sumos sacerdotes (véase el capítulo 17). David quería que el arca, que representaba el trono de Dios, estuviese con él en Jerusalén. Su presencia allí demostraría que el Señor era el verdadero rey de Israel. Posiblemente fue en esta época que David compuso el Salmo 24.

Las historias de 2 Samuel 6—9 no se hallan en orden cronológico. No hemos de pensar que todas las cosas que se describen en el capítulo 8 sucedieron después de los acontecimientos del capítulo 7. La batalla contra los amonitas y los sirios se describe sólo brevemente en el capítulo 8. En el capítulo 10 se le da un trato más extenso, y se demuestra que es resultado inmediato del pecado de David.

Pensamiento clave: *El rey de Israel reinará para siempre sobre el pueblo de Dios.*

Y entrará el Rey de gloria. Una vez que el Señor había iniciado el establecimiento del reinado de David, David recordó el arca, el símbolo de la presencia de Dios en Israel. El arca todavía estaba en la casa de Abinadab. David quería que estuviese en Jerusalén, la capital de su reino. La presencia del trono de Dios (el arca) en Jerusalén, demostraría que no era David, sino *el Señor*, quien era el verdadero Rey de Israel. David, como el rey del pueblo, sólo podía ser bendecido si vivía en estrecha relación y comunión con el Señor.

David convocó a todos los representantes del pueblo a reunirse en el lugar donde era guardado el arca. El pueblo estuvo de acuerdo con el propósito del rey, de modo que el arca fue puesto sobre un carro nuevo. Ahío, uno de los hijos de Abinadab, caminaba delante del arca, mientras que otro hijo, Uza, caminaba junto a él. David y todo Israel seguía danzando, cantando y tocando toda clase de instrumentos delante del Señor.

Camino a Jerusalén los bueyes tropezaron cerca de la era de Nacón, de modo que el carro casi se volcó. Extendiendo la mano, Uza sostuvo al arca para evitar que cayese. Entonces el Señor lo hirió de muerte inmediata. A pesar de su buena intención, Uza había perdido conciencia de la santidad del Señor. Es cierto que en el pacto el Señor anhela ser nuestro Dios, pero Dios también es santo. Sólo hemos de servirle conforme a su propia voluntad.

Entonces se encendió la ira de David, no contra el Señor, ni contra Uza, sino contra sí mismo. Comprendió que algo estaba mal con aquella procesión, aunque ignoraba qué sería. De otra manera el Señor no habría permitido esto.

David se sintió profundamente sacudido por el hecho de que el pecado hubiese arruinado toda la procesión. Siendo esas las circunstancias no se atrevía llevar el arca a Jerusalén. La santidad del Señor le dio miedo. Primero tendría que descubrir cuál era el pecado relacionado con la procesión. El arca no podría seguir adelante; lo hizo llevar a una casa cercana, la de Obed-edom.

Después de tres meses se le informó a David que el Señor había bendecido a la casa de Obed-edom debido a la presencia del arca allí. Esto le ayudó a comprender con mayor claridad que la santidad del Señor no es motivo de temor, siempre y cuando vivamos en relación correcta con el Señor en su pacto. Durante aquellos meses David también había comprendido cuál había sido la causa del enojo del Señor. El arca había sido transportado sobre un carro nuevo. David sencillamente había copiado a los filisteos, sin prestar atención al mandamiento del Señor según el cual el arca debía ser llevado por los levitas.

Por eso David decidió que el arca podía ser llevado con seguridad a Jerusalén. Esta vez se aseguró que fuese llevado por levitas. Allí iba el arca, camino a Jerusalén. Ahora atravesaba la puerta de la ciudad. David y el pueblo cantaban y tocaban y danzaban delante del Señor. El Señor, como el verdadero Rey de Israel, habitaría en medio de su pueblo en Jerusalén. El reinado de David tomaría su esplendor de la presencia del arca.

David estaba vestido con un efod blanco de lino, es decir, un tipo de manto con capa, una túnica que se parecía a una túnica sacerdotal. Después de todo, era el rey de un pueblo de sacerdotes. Al comienzo y al término de la procesión se ofrecieron sacrificios al Señor y David bendijo al pueblo. Luego ofreció un gran banquete sacrificial en el cual David dio al pueblo pan, carne y vino. Allí comieron en comunión con el Señor, que ahora habitaba en Jerusalén.

El arca y David debían estar juntos. El arca era una señal de la presencia de Dios en medio del pueblo a través del Angel del pacto. El reinado de David tomaba su esplendor de esta morada de Dios en medio de ellos. Gracias a este lazo con el arca, David fue un tipo del Señor Jesucristo. El Cristo es el Angel del Señor que ahora se ha hecho carne para que él mismo pudiese ser Rey de su pueblo.

En aquella procesión David cantó a las puertas de Jerusalén: "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". Así también el Señor Jesucristo fue honrado cuando aceptó su autoridad real en el momento de su ascensión. Y al-

gún día volverá a ser honrado cuando se revele en toda su gloria.

No todos estuvieron contentos aquel día. La hija de Saúl, Mical, que había sido restaurada como esposa de David, observaba la procesión desde una ventana, notando cuánto se regocijaba el rey en medio de su pueblo. En ese momento despreció a David en su corazón. Amaba al héroe famoso que había en David, no al sencillo creyente. En la casa de Saúl nadie se había preocupado jamás por el arca. Para Mical era un misterio cómo David y el pueblo podían ser tan felices por la llegada del arca.

Cuando David entró a su casa para bendecirla después de haber bendecido al pueblo, Mical le salió al encuentro con palabras sarcásticas. Se mofó de él diciendo que él se había rebajado al nivel de sus criadas. Y no era esa la idea que Mical tenía del comportamiento de un rey. David respondió que estaba alabando al Señor, quien lo había puesto en el lugar de su padre Saúl, precisamente porque Saúl se había preocupado más por su propio honor que por el del Señor. La actitud de Mical fue una ilustración perfecta del pecado de su padre. David también dijo que ella vería cuánto lo honrarían esas criadas.

Puesto que Mical no compartía la fe de David, el Señor no le dio hijos. La casa de David no sería construida por medio de ella. La propia actitud de David hacia el pueblo era diferente a la de Mical. Cuando tememos al Señor somos uno con el pueblo del Señor.

El pacto con David. David tuvo que emprender muchas guerras. Cuando finalmente logró hacer la paz y pudo descansar en su palacio, empezó a pensar en el hecho de que mientras él vivía en una casa, el arca del Señor todavía posaba en una tienda. David no podía sacarse el arca de la mente. Sólo en nombre del Señor quería ser rey. Quería honrar al Señor a través del arca. Por eso habló con el profeta Natán sobre su deseo de construir una casa para el Señor. La primera reacción de Natán fue de aprobación.

Sin embargo, esa misma noche el Señor dijo a Natán, por medio de una visión, que no se le permitiría a David construir la casa. Hasta ese momento el Señor había utilizado una tienda como morada, y todavía no había dado las instrucciones para que se construyera una casa para él. Todavía no había llegado el momento. Primero era preciso que el reino de Dios fuese totalmente establecido en Israel.

El Señor sí había dado a David la victoria sobre sus enemigos, pero debido a esas guerras el reino de David estaba lleno de conflictos. El hi-

jo de David cosecharía los frutos de aquellas victorias. El sería un rey de paz. A él y a sus descendientes el Señor daría para siempre el poder soberano. El Señor sería un padre para el hijo de David, y éste sería un hijo para el Señor. Y si pecaba, el Señor no dejaría de castigarlo. No obstante, el soberano poder nunca se apartaría de sus descendientes como el reinado había sido quitado de Saúl. De esa manera el Señor construiría para siempre la casa de David, y en gratitud el hijo de David construiría una casa para el Señor. La obra de la gracia del Señor siempre precede a la nuestra. Siempre es el Señor quien toma la iniciativa.

Este fue el pacto del Señor con David. El Señor hizo esta promesa a David no porque tuviese méritos especiales, sino de pura gracia. Pero la promesa no podría ser totalmente cumplida en el hijo de David, porque él nunca podría ser un rey eterno. En otras palabras, la promesa en realidad era la promesa de que el Cristo nacería del linaje de David. *El* sería el gran Hijo de David. El propio hijo de David construiría un templo de Jerusalén, pero el Cristo construiría el verdadero templo. La morada de Dios entre los hombres sí fue una realidad por medio del Cristo, quien convertiría a su pueblo—y algún día a toda la tierra—en una casa donde Dios habitaría con agrado.

Natán trasmitió a David todo lo que Dios le había dicho. Profundamente conmovido, David respondió: "¿Quién soy yo, Señor, que me hayas concedido esto? ¿Qué he de decir para expresar mi humilde gratitud? Tú lo has hecho para glorificar tu gracia hacia tu pueblo escogido, pueblo bendito sin fin. En esto engrandecerás tu nombre. Tu nombre será glorioso a causa de tu gracia que nos concederás en el Mesías". David concluyó esta oración sin dudar del cumplimiento de todo esto, sino aceptando la promesa mediante la fe.

¿No cumplió el Señor esa promesa en forma maravillosa? Ahora el Cristo, el gran hijo de David, es nuestro Rey eterno. Y cuando él derramó su Santo Espíritu hizo de su pueblo un templo. Cuando él venga, hará de toda la tierra la casa de Dios.

Justicia y rectitud. Una vez que el Señor hubo dado a David poder y honor, todos los enemigos de Israel se volvieron contra él. Eran impulsados por su enemistad hacia el pueblo del Señor, y en el análisis final, hacia el Señor mismo. Pero el Señor dio a David la victoria sobre todos sus enemigos.

Primero derrotó a los filisteos y los subyugó. Luego derrotó a los moabitas. Dos tercios de los prisioneros fueron ejecutados y el resto

David perdonó. En días anteriores, el mismo David había buscado entre los moabitas protección para su padre y madre. Por un breve período vivió seguro entre ellos. Algo horrible debe haber ocurrido para que castigase tan severamente a los moabitas. Después de esto fueron obligados a pagarle regularmente impuestos.

También subyugó a dos reyes sirios, uno de Soba y el otro de Damasco. David hizo desjarretar a los caballos como símbolo de que no había poder contra el pueblo del Señor. De los sirios tomó mucho oro y plata para consagrarlo al Señor para la futura construcción del santuario. El rey de Hamat, que había estado en guerra con los sirios, envió a su hijo con regalos reales para David. Estos regalos también fueron dedicados al Señor.

Además derrotó a los amonitas, los edomitas y los amalecitas. Puso tropas de ocupación en los países derrotados, para que los países conquistados siguiesen pagando sus tributos.

En todas estas guerras David tuvo, desde luego, sus errores y deficiencias; David no era un hombre sin pecado. No obstante, en más de una ocasión ejecutó el juicio del Señor sobre los vecinos de Israel, porque ellos habían sido hostiles al pueblo del Señor y a la gracia que Dios les había mostrado. Además, en la sujeción de las naciones vecinas se veía la promesa de que algún día todos los pueblos se someterían al reinado de la gracia de Cristo, y también una advertencia que el Cristo ejecutaría su juicio sobre todos aquellos que se oponen a su gracia.

David ejecutó justicia y rectitud en medio de su propio pueblo. Los israelitas no estaban en manos de un gobernante arbitrario. Podían sentirse seguros bajo el escudo de su rey. ¡Cuán grande es la seguridad del pueblo del Señor bajo el escudo del Cristo, de quien David solamente era un tipo!

David tenía muchos oficiales bajo su mando. Durante su vida ejercieron *dos* sumo sacerdotes: Sadoc y Abiatar (el único que había escapado de la masacre que Saúl hizo entre los sacerdotes de Nob). David tenía que esperar en el Señor, pues él mismo quitaría esta irregularidad de Israel. Los hijos mayores del rey eran los oficiales principales en el servicio del rey.

La fidelidad del rey. David también se acordó de la casa de Saúl. Primero llamó a Siba que había sido siervo de la casa de Saúl y que probablemente estaba a cargo de los campos de la casa de su Señor. De él supo que Mefi-boset, el hijo lisiado de Jonatán, todavía vivía. Alguien en

Israel lo había recibido en su casa.

A la orden de David, Mefi-boset se presentó en la corte, temiendo que el rey lo mataría. Pero por el amor a Jonatán, David le habló como a un amigo, entregándole las posesiones de Saúl y poniendo a Siba como administrador de los terrenos. También declaró que Mefi-boset había de comer a su propia mesa.

Aquí vemos la gran bondad del Señor hacia los descendientes de Saúl. Su familia no fue exterminada de en medio del pueblo de Israel. Mefi-boset ya tenía un pequeño hijo cuyo nombre era Mica. El nombre de la familia y su herencia en Israel fueron preservados.

El rey del Israel había demostrado su fidelidad al pacto que una vez había hecho con su amigo Jonatán. Si un pacto entre dos *personas* puede ser honrado, como lo vemos en la fidelidad de David hacia el pacto con Jonatán, cuánto mayor será la fidelidad del Cristo hacia el pacto en que vive con todos los que le pertenecen.

20: El amado del Señor

2 Samuel 10—12

El corazón de estos tres capítulos es la historia del nacimiento de Salomón, el hijo de David y Betsabé. En ese nacimiento David vio una confirmación del renovado favor de Dios. Es por eso que se jactaba de paz al dar un nombre al hijo.*

El Señor llamó al niño *Jedidías*, que significa *amado del Señor*. Este niño, hijo de David, era amado del Señor. La misericordia del Señor sobre la casa de David y sobre Israel estaba ligada a Salomón. Cuando el Señor le puso por nombre *Jedidías*, estaba indicando que la promesa hecha a David comenzaría a cumplirse en Salomón.

A través de este nombre la palabra del Señor volvía a señalar hacia el futuro. El nombre tenía significado especial debido a lo que había ocurrido antes del nacimiento de Salomón. David había obrado públicamente en forma vergonzosa. El pueblo había visto que su salvación no estaba en David. Su salvación estaba en el futuro, en el Cristo, de cuyo nacimiento el nacimiento de Salomón era una profecía. Cristo es el Amado del Señor. Por amor a él también Salomón fue amado del Señor. Y por amor a él hubo gracia para la casa de David mediante el nacimiento de Salomón.

A lo largo de todo el linaje de los antepasados del Cristo, se ve claramente el pecado. Sólo mediante la concepción por el Espíritu Santo podía surgir el Cristo, el puro nacido de lo impuro. Con su vida y con su muerte él expía por el pecado. En él se revela la gracia de Dios.

Pensamiento clave: *La gracia del Señor para su pueblo está en su amado*

Estado de guerra. Aquí se relatan más detalles de la guerra de David con los sirios y los amonitas. Su conducta durante esa guerra fue la ocasión inmediata para su pecado con Betsabé.

---

*En su forma hebrea, el nombre *Salomón* está relacionado a la palabra *shalom* que significa *paz*.

Cuando un nuevo rey fue elevado al trono en Amón, David envió emisarios para expresar su pesar por la muerte del padre. Fue un gesto amistoso de parte de David. Era una respuesta a la amistad que había experimentado de parte del difunto rey. Ignoramos la naturaleza de esa amistad.

Instigado por sus consejeros, el nuevo rey de Amón trató a los mensajeros de David como a un grupo de espías. Ofendió profundamente a los emisarios, y así al mismo David, rasurándoles la mitad de sus barbas y cortándoles la parte inferior de su ropa antes de enviarlos de regreso.

David no quiso ver con sus propios ojos dicha ofensa. Por eso ordenó que los emisarios quedasen en Jericó hasta que sus barbas hubiesen vuelto a crecer. Los amonitas comprendieron que esto era una señal segura de que habría guerra con Israel. En consecuencia contrataron muchas tropas auxiliares de los sirios. Joab, a quien David había enviado para hacer guerra contra los amonitas, pronto se halló con sus soldados entre los sirios que estaban en campo abierto y los amonitas que se habían reunido frente a su capital. Joab dividió a su ejército entre él y su hermano Abisai, acordando que uno saldría en rescate del otro en caso de una emergencia. Joab mismo enfrentó a los sirios y los derrotó. Al ver esto, los amonitas se retiraron a su ciudad. Con ello terminó la primera campaña contra los amonitas. Joab y su ejército regresaron a Jerusalén. En ese entonces Joab aparentemente no se atrevía a sitiar la capital de Amón.

Sería preciso realizar una segunda campaña, porque los amonitas no habían sido derrotados. Además, los sirios estaban formando un nuevo ejército. Su rey, Hadad-ezer, incluso había traído soldados desde la Mesopotamia. David reunió a todo Israel y derrotó a los sirios, destruyendo a sus carros y ejecutando al comandante en jefe de los sirios. Todos los reyes vasallos de Hadad-ezer le abandonaron, hicieron la paz con Israel, y se sujetaron a David.

David había arreglado cuentas con los sirios, pero no había podido tomar medidas contra los amonitas. Entre tanto había comenzado la época de las lluvias. Esto obligó a David a esperar. Después de las lluvias envió a Joab con un ejército para sitiar a Rabá la capital de los amonitas. Esta era la tercera campaña.

De esta manera el rey luchó contra los enemigos que lo habían avergonzado en su condición de ungido del Señor, avergonzando con ello al mismo Señor. El honor de la gracia del Señor para con su pueblo demandaba la ejecución de una sentencia contra los amonitas. Sería preciso hacer justicia, no por amor a David mismo, sino por amor al Señor.

Lujo indisciplinado. ¿No debía haber ido el mismo David al frente de su ejército a la batalla para ejecutar la sentencia contra los amonitas? Después de todo, ¡el honor del pueblo del Señor y de su rey había sido afrentado! Sin embargo, David se quedó en Jerusalén y mandó a Joab que saliese con su ejército. Aparentemente se conformaba en "dormirse en sus laureles". Pensó que su trono ya estaba establecido y seguro de una vez por todas. Y así era, pero solamente por la gracia y fidelidad del Señor, y no por la propia fuerza de David como rey. Ahora David ya no estaba descansando exclusivamente en la gracia del Señor. Estaba dependiendo de su propio poder. En tales circunstancias nos sobreviene cierto sentimiento de autosatisfacción y de lujo indisciplinado. En esos momentos estamos muy alejados del Señor. ¡Qué riesgos enormes corremos cuando eso ocurre!

Cierto día, después de la siesta, David estaba sobre el tejado de su palacio. Desde allí vio a una hermosa mujer, e inmediatamente la quiso tener por esposa. Mandó a investigar quien era y descubrió que era la esposa de Urías el heteo, uno de los oficiales del ejército de Joab. David no reprimió sus deseos al descubrir que la mujer era casada; el deseo se apoderó de él. La invitó a venir con él. Y aunque ella era casada, accedió y cometió adulterio con él. Luego regresó a su casa.

Aparentemente David quería rehabilitar el matrimonio entre aquella mujer, cuyo nombre era Betsabé, y su esposo Urías. Por eso llamó a Urías del frente de batalla a Jerusalén. Aparentemente Urías había oído algo de la infidelidad de su esposa y se negaba a regresar. Aun cuando el rey insistió, se rehusó a pasar la noche con su esposa.

Temiendo que su pecado fuese conocido, David se sintió impulsado a un segundo delito. Envió a Urías de regreso al ejército con una carta personal para Joab, indicando a Joab que mandase a Urías a un punto peligroso para que fuese muerto en la batalla. Entonces David podría tomar a Betsabé por esposa. Habiendo cometido adulterio, David estuvo dispuesto aun a cometer un asesinato.

Joab ejecutó fielmente la orden del rey. Estaba demasiado ansioso por participar del crimen de David, porque esto debilitaría la posición del rey para con él, y le impediría a David obrar con firmeza respecto de sus propios crímenes.

Cierto día, cuando los amonitas lanzaron un ataque, Joab dispuso el contraataque, enviando a Urías cerca del muro de la ciudad. Desde allí fue herido por los arqueros. Varios otros soldados fueron muertos en la batalla también.

Joab envió noticias a David que muchos hombres habían muerto en acción. Indicó al mensajero que si el rey se enojaba por la negligencia de Joab y la subsiguiente pérdida de vidas, debería añadir que Urías había estado entre los muertos. De esta manera Joab estaba jugando con el rey. David estaba en sus manos.

David se mantuvo tranquilo cuando recibió las noticias del mensajero. Una vez que el mensajero le hubo dicho todo, David se ocupó de tranquilizar a Joab respecto de la pérdida de vidas. Mediante esta respuesta David perdió su honor como pastor del pueblo del Señor.

Después que Betsabé hubo llorado la muerte de su esposo por algunos días, David la recibió como esposa. Hasta ese momento David creía que el pecado había sido cubierto. Sin embargo, había sido una gran abominación en los ojos del Señor y Dios no permitiría que el pecado pasara sin ser castigado.

El Señor no confrontó a David inmediatamente. Lo dejó vivir por algunos meses con su pecado. De las relaciones pecaminosas entre David y Betsabé, nació un niño. Durante todo ese tiempo el pecado pesaba gravemente sobre David. Posteriormente compuso algunos salmos, cantando de la terrible experiencia que vivía en esa época. Cuando iba a orar, acercándose al arca del Señor, descubría que no podía elevar una oración genuina. Había pecados inconfesos que se interponían entre el Señor y él mismo. A través de esta miseria, el Señor lo estaba preparando para el tiempo de romper relaciones, que había de venir.

El juicio del Señor. Después de tres meses el profeta Natán vino a David para relatarle una historia inventada sobre un crimen ocurrido en Israel. Cuando David respondió con ira y condenó al criminal a la muerte, Natán dijo que el rey mismo era el culpable. El Señor le había dado todo Israel y estaba dispuesto a darle mucho más. Pero David no había aceptado aquellos dones en genuina gratitud. Al contrario, en su codicia había tomado lo que no era suyo, es decir, la esposa de otro hombre. Por el hecho de haber usado injustamente la espada para matar a Urías, la espada nunca se apartaría de su casa; y porque había tomado la esposa de otro, algún día otro hombre tomaría las suyas. Lo que David había hecho en secreto, el Señor lo haría a él, pero a la vista de todos, porque David había pecado contra el Señor en primer lugar.

Este juicio pronunciado por el Señor fue terrible. No obstante, contenía un elemento de gracia. En aquel juicio ya se veía que David no había de morir. Tampoco sería privado del reino.

David escuchó el juicio y percibió en él la gracia del Señor. La nota de gracia en ese juicio fue lo que quebrantó su corazón. Inmediatamente inclinó su cabeza y confesó sus pecados. Debe haberse sentido muy aliviado al poder confesar el pecado que durante tanto tiempo lo había estado carcomiendo.

Entonces Natán confirmó la gracia del Señor: Dios había alejado el pecado de David y en consecuencia, no moriría. Pero, puesto que el nombre del Señor había sido deshonrado abiertamente por medio de este crimen, el Señor revelaría inmediatamente su juicio a través de la muerte del niño nacido de David y Betsabé.

Después que Natán se fue, el niño enfermó gravemente. David se humilló delante del Señor. Oró y ayunó y permaneció acostado en el suelo durante toda la noche. No quiso comer, a pesar de la insistencia de sus siervos. Todavía quería que la vida del niño fuese perdonada, no solamente porque se trataba de su propia carne y sangre, sino porque también temía enfrentar la profundidad de su pecado que se reflejaría en la muerte del niño. Si el niño escapaba la muerte, David tendría una señal que el Señor había dejado atrás su pecado.

Por siete días David luchó con el Señor. Entonces murió el niño. Los siervos no se atrevían a darle la noticia. ¿Qué haría el rey al escuchar que el niño había muerto?

De la actitud de sus siervos David comprendió que el niño ya había muerto. Entonces se levantó, se lavó, se ungió y cambió sus ropas y se dirigió al arca del Señor. Allí se inclinó ante el juicio de Dios aferrándose al mismo tiempo a su gracia. Después comió.

Los siervos de David no comprendían nada de todo esto. No comprendieron que David había estado luchando por la gracia del Señor más que por la vida del niño. Había luchado por esa pequeña vida como una señal de la gracia de Dios. Ahora su propósito era someterse al juicio. Sin embargo, en fe, se aferraría a la palabra de gracia que el profeta le había dicho. Con sus ayunos y oraciones no podría hacer que el niño volviese a la vida. El mismo moriría algún día como aquel niño, pero quería vivir y morir creyendo en la gracia del Señor.

El pueblo se enteró de todo esto. Así el pueblo comprendió que David también era un hombre pecador. El pueblo no podía depositar su confianza en él. Solamente podían vivir en fe en el futuro Redentor. Gracias a ese Salvador, hubo gracia para David. ¡Ojalá que el pueblo pudiese ver esa verdad! ¡Y ojalá que nosotros también aprendiésemos a ver la gracia de Dios para con su pueblo que se nos concede en el Cristo!

Perdón. En aquellos días el Señor estaba enseñando a David y al pueblo de Israel a mirar hacia el futuro, a la venida del Salvador. Después de la muerte del niño, el Señor dio a David y Betsabé otro niño. David lo consideró como una señal de la gracia perdonadora de Dios. Esta muestra de la misericordia de Dios dio libertad completa a su corazón. Por eso le puso el nombre de *Salomón*; ya había *paz* entre Dios y él mismo.

Pronto tuvo una revelación aun más gloriosa del favor divino. El profeta Natán vino a verlo con un nuevo mensaje. Por orden del Señor, el niño sería llamado *Jedidías*, que significa, *amado del Señor*. El Señor amaba a este niño de manera especial.

Seguramente David pensaba que el Redentor podría nacer de este niño. Mediante el nombre *Jedidías*, David e Israel eran llamados a mirar al futuro, a la venida del Salvador. Ese Salvador de veras es el amado del Señor.

Gracias a ese Salvador también hay amor de Dios para con los suyos, para David y para Israel. David no debía mirar a sí mismo, e Israel no debía mirar a David. Juntos debían mirar al Cristo. También nosotros no hemos de mirar a nosotros mismos, sino al Cristo.

Victoria. Mientras todo esto estaba ocurriendo, también continuaba la campaña contra los amonitas. Joab capturó la parte baja de la ciudad de Rabá, la capital de Amón. Luego envió un mensaje a David que juntase a todo Israel, y que él mismo tomase la fortaleza de Rabá. De esa manera David, y no Joab, tendría el honor de la victoria en esta campaña.

David lo hizo así. Con el ejército que estaba reunido conquistó dicha fortaleza. La corona del rey de Amón fue puesto sobre la cabeza de David. Esto significaba que el territorio de Amón había sido incorporado a Israel. El ejército reunió un inmenso botín y todo el pueblo de los amonitas fue asignado a trabajos forzados en beneficio de Israel. Este juicio sobre los amonitas revela el eterno juicio de Dios sobre los enemigos de su gracia.

21: Rechazado y restaurado

2 Samuel 13—20

Al relatar la historia que registran estos capítulos debemos cuidarnos de no poner todo el énfasis en la vergonzosa conducta de Absalón. En realidad, podríamos utilizarla para tomar de ella numerosas moralejas referidas a las relaciones entre hijos y padres, pero en tal caso perderíamos la oportunidad de arrojar luz sobre el tema principal, es decir, el Señor en su pacto con su pueblo.

David era el ungido del Señor. Como rey era un tipo del Cristo. También era la cabeza de Israel en el pacto. En la gracia que Dios mostraba hacia David, también manifestaba su gracia a su pueblo. David fue el libertador de Israel, y como tal fue rechazado.

Primero fue rechazado por Absalón. Absalón despreciaba el extremado entusiasmo que su padre sentía por el arca y el pacto y los derechos del Señor. Absalón era más un hombre de negocios, más realista en su enfoque de la política. El tema que predomina aquí no es su rebelión contra su padre sino su rechazo de la cabeza del pacto y su rechazo del pacto mismo.

Posteriormente David fue rechazado también por Israel. Sin duda, hubo defectos en la conducta de David como rey. Además, había perdido mucho de su autoridad debido a su pecado con Betsabé. El pueblo se había enterado del castigo con que el Señor había sentenciado a David y su casa. No obstante, Dios le había perdonado su pecado y lo había preservado como rey de Israel. Tampoco sería un secreto para el pueblo de que David, por causa de su culpa, se había humillado ante el Señor.

¿No debería haber reconocido el pueblo las muchas bendiciones que había recibido en David, y que seguía recibiendo? Sin embargo, el pueblo lo rechazó y escogió, en su lugar al impetuoso Absalón. Cuando Absalón hubo sido derrotado, el pueblo volvió a aceptar a David. Luego, debido a una riña con Judá, las diez tribus volvieron a abandonar a David para seguir a Seba. De esa manera el pueblo jugaba con el ungido del Señor y con el pacto de Dios. A pesar de ellos, Dios en su gracia les devolvió David y así confirmó la promesa hecha a su casa, la promesa de la venida del Redentor.

Había momentos cuando la gracia del Señor resplandecía maravillosamente en la vida de David. David y sus hombres eran personas capaces de llorar. Esa respuesta emotiva de su parte no era un mero ejemplo de la sensibilidad oriental, al menos no en el caso de David. David solía llorar por causa del pecado. En el pecado veía el rechazo del pacto. Cualquiera que sufre por este motivo sabe lo que es verdadero dolor. En realidad, siente el dolor mucho más profundamente. Sin esa relación con el Señor, toda pena sigue siendo algo superficial.

El verdadero carácter de David fue revelado en toda su plenitud cuando envió el arca a Jerusalén. ¿Quién podrá dejar de sentirse conmovido por las palabras que dijo en esa ocasión? (2 S. 15:25-26). También se reflejó la gracia de Dios en él por la forma en que se sometió a la maldición de Simei.

En los momentos de equivocación, lo que influenciaba su actitud era su debilidad para con sus hijos Amnón y Absalón. Cuando Absalón fue derrotado y murió, la primera reacción de David no fue un acto de sumisión al juicio de Dios sobre el que había quebrantado el pacto; su primera reacción consistió en ceder a su amor paternal y egoísta por su hijo. Durante mucho tiempo no pudo sobreponerse a ese amor egoísta, y esto posiblemente explique sus medidas injustas e irrazonables que tomó a su regreso.

La batalla entre los ejércitos de David y Absalón se relata en unas pocas palabras. Posiblemente los ejércitos de Transjordania regresaron a la orilla occidental del Jordán para continuar la batalla en territorio de Efraín.

Pensamiento clave: *El Señor guarda el lugar del rey en medio de su pueblo.*

La abominación en la casa de David. Cuando los hijos de David se habían hecho adultos, la cabeza horrible del pecado comenzó a levantarse entre ellos. En la miseria que surgió como resultado de su pecado, se ejecutó el juicio del Señor sobre el pecado de David.

Amnón, uno de los hijos de David, violó a Tamar, que era su hermanastra y hermana de Absalón. Desde ese momento Absalón buscó una ocasión para vengarse, si bien no dejaba ver sus sentimientos. Aquí David ya mostró su negligencia; en ninguna parte leemos que haya disciplinado a Amnón. David sabía que él mismo había perdido todo derecho al trono e incluso a su vida por el pecado cometido. David tenía conciencia de la misericordia que había recibido de Dios. El hecho de conocer su culpa resultó en el descuido de la disciplina respecto de sus hijos.

Durante dos largos años Absalón ocultó su odio. Después invitó a todos sus hermanos a participar de una fiesta celebrada en el tiempo de esquilar las ovejas. Había obtenido el permiso de David para hacerlo. Durante la fiesta mandó a sus siervos matar a Amnón. Todos los otros

príncipes huyeron a Jerusalén. Antes que ellos llegaran comenzó a circular en Jerusalén un rumor según el cual Absalón había asesinado a todos los hijos del rey. David y sus hombres creyeron el rumor. Demostraron así el temor que les había producido la maldición de Dios sobre la casa de David. Así el Señor demostró a David el desastre que podía sobrevenirle por causa de su pecado.

El rumor no era cierto, pero lo que había ocurrido era suficientemente grave. Primero, el caso vergonzoso de violación en la casa de David, y ¡ahora un fratricidio! Absalón buscó refugio junto al rey de Gesur, su abuelo por parte de su madre. Por tres años permaneció con él.

Reconciliación. El corazón de David anhelaba el regreso de Absalón, porque le amaba mucho a este hijo. Su enojo y dolor por la muerte de Amnón ya habían quedado en el olvido.

Este sentimiento de David no era un amor santificado. Absalón había destruido la unidad de la casa de David, había asesinado a su hermano y desechado el yugo del pacto del Señor. ¿No debe haber sido más fuerte el enojo contra este pecado en el corazón de David, que el amor por su hijo? ¿Acaso puede haber una reconciliación sin un verdadero arrepentimiento? El propio David no había sido restaurado por Dios sin previo arrepentimiento.

Cuando Joab notó cuánto extrañaba el rey a Absalón, ideó un plan. Joab envió una mujer astuta a David. La mujer fingía estar en la miseria. Dijo ser viuda y que uno de sus hijos había dado muerte al otro en una pelea. Ahora los parientes demandaban venganza de sangre contra el hijo que le había quedado. Pronto sería desposeída de todos sus hijos, y con ello sería borrado el linaje de su esposo.

El paralelismo con David no era perfecto porque en la historia de la viuda fue en una pelea que un hijo había dado muerte al otro, mientras que Absalón había asesinado deliberadamente a Amnón. Por eso la viuda no se conformó con la promesa de que su hijo no sufriría daño alguno. Demandó el juramento del rey. Sólo después del juramento reveló la mujer su verdadera intención. ¿Estaría privado David por siempre de sus dos hijos? La mujer añadió, con exageración, que su decisión destruiría al pueblo y que ciertamente, esa no podría ser la voluntad de Dios.

Ahora David se dio cuenta que Joab estaba detrás de todo aquello. Cuando el rey le preguntó si era cierto, ella admitió la verdad. Sin embargo, David se dejó persuadir por la mujer y ordenó a Joab que hiciera

regresar a Absalón. Absalón debía regresar a Jerusalén, pero no le sería permitido ver a su padre. Evidentemente David no lo había perdonado.

El hecho de permitir que Absalón regresara sin dar evidencias de un cambio de actitud fue una debilidad de parte de David. Puesto que interiormente anhelaba el regreso de Absalón, permitió que los argumentos de la mujer no tardaran en convencerlo. Un elemento importante en esta decisión es que Absalón, por ser muy hermoso, era el orgullo y la esperanza de David.

Absalón estuvo dos años enteros en Jerusalén sin ver a su padre. Al término de ese tiempo llamó a Joab. Quería que Joab intercediera por él y lograra una reconciliación con su padre David. La posición en que se hallaba no le permitía a Absalón ejecutar sus ambiciosos planes.

Pero Joab no respondió al llamado de Absalón, ni siquiera cuando el llamado fue repetido. Finalmente Absalón lo obligó a presentarse cuando quemó su campo de cebada. Y Joab, presionado por la insistencia de Absalón, fue a David para lograr una reconciliación. David se dejó persuadir una vez más. Recibió a Absalón y lo besó.

De esta manera se logró una reconciliación, pero no por motivos buenos. El corazón de Absalón no estaba con su padre, porque no estaba con el Señor. Absalón no compartía la fe de su padre. David era muy débil ante su hijo. Los ojos del rey, que era un fiel creyente, habían sido enceguecidos. Pronto descubriría que estaba criando una serpiente en su seno.

La rebelión. Ahora Absalón estaba en condiciones de ejecutar sus planes. Primero conquistó el corazón del pueblo usando su amor al lujo. Se iba y venía con mucha pompa y ceremonia. Cada vez que alguien quería presentar al rey un caso para su juicio, Absalón le declaraba que no esperase justicia de parte del rey. Luego él mismo declaraba justa la causa del interesado, conquistando así su favor. Absalón era condescendiente y simpático y no permitía que nadie se inclinase ante él.

De esta manera se conquistó el corazón del pueblo. El pueblo permitió que este charlatán lo apartase del ungido del Señor, que los alejase de su cabeza y libertador. ¡Cuán pocos miraban con ojos de fe, reconociendo la verdadera naturaleza de la conducta de Absalón!

Tan pronto Absalón estuvo seguro de contar con el apoyo de la mayoría del pueblo, pidió a su padre permiso para ir a Hebrón, supuestamente para cumplir un voto hecho al Señor durante su exilio. Envió mensajeros por todo el país con las siguientes instrucciones: al recibir

cierta señal, el pueblo debía proclamar en todas partes que Absalón era rey en Hebrón.

Absalón mismo fue a Hebrón con doscientos hombres, que ignoraban sus intenciones. Aparentemente Ahitofel, el sabio consejero de David, estaba con Absalón, porque también había sido llamado a Hebrón. La rebelión aumentó rápidamente y muchas personas siguieron a Absalón.

Pronto se notificó a David. Inmediatatmente él hizo planes para dejar a Jerusalén. Reconoció que en ese momento no podría ofrecer suficiente resistencia a Absalón. Absalón haría una matanza entre los habitantes de Jerusalén si David permanecía.

David salió de Jerusalén acompañado de su familia, su guardaespaldas, y seiscientos soldados fieles. Solamente dejó a diez mujeres para que guardasen el palacio. Allí iba saliendo por la puerta de Jerusalén. A través de estos acontecimientos sentía agudamente el juicio del Señor. Como el ungido del Señor había sido rechazado por el pueblo. El dolor causado por el reconocimiento de esta verdad quebrantó su corazón, aunque no sentía amargura. Consciente de sus propios pecados, podía perdonar al pueblo sus errores. En el fondo se sentía perturbado porque el pueblo, al rechazar a David como rey, estaba rechazando al Señor.

A cierta distancia de la puerta de la ciudad, David reunió por orden a los que le eran fieles. David ordenó a Itai, un filisteo que recientemente había entrado al servicio del rey, que regresara, pero este se negó a hacerlo. Insistió en compartir el incierto destino del rey. Mediante su fidelidad avergonzó al pueblo por su falta de fidelidad.

David y los suyos descendieron la montaña y cruzaron el arroyo de Cedrón. Al ver aquella procesión, lloraron todos los israelitas fieles. Después David ordenó que los sacerdotes Sadoc y Abiatar regresaran con el arca del Señor. En este viaje humillante en que David sentía el juicio del Señor sobre sus pecados, no se atrevió a llevar el arca consigo. "Si yo hallare gracia ante los ojos del Señor, él me hará regresar y me dejará ver tanto el arca como el tabernáculo. Pero si dijere: 'No me complazco en ti', aquí estoy, haga de mi lo que bien le pareciere". De esta manera David se sometió a la buena voluntad de Dios. Además David acordó con los dos sacerdotes que ellos lo mantendrían informado de los acontecimientos en Jerusalén a través de sus hijos Ahimaas y Jonatán, que permanecerían fuera de la ciudad.

David subió el camino al monte de los Olivos llorando. Caminaba descalzo con su cabeza cubierta. Los que seguían también lloraban

mientras caminaban. Allí iba David, transitando el sendero del sufrimiento, el camino del rechazo. El pueblo lo había rechazado como el ungido del Señor. Siglos más tarde, el gran Hijo de David había de transitar aquella misma ruta. Siendo completamente inocente llevaría los pecados de su pueblo y sin embargo sería rechazado por ese pueblo.

En este sendero del sufrimiento aún había consuelo para David. Pero al mismo tiempo muchas nuevas amarguras. Cuando descubrió que Ahitofel estaba apoyando a Absalón, oró que el Señor anulase su consejo. Por otra parte se sintió consolado en cierta medida cuando Husai, su segundo consejero, vino a verlo. David envió a Husai a Jerusalén. Debía fingir que se unía al bando de Absalón, y luego hacer lo mejor de su parte para anular el consejo de Ahitofel.

Siba, el que cultivaba los campos de Mefi-boset, trajo alimentos a David y a la vez calumnió a su señor, afirmando que Mefi-boset esperaba recuperar el trono de Saúl. Simei, también miembro de la familia de Saúl, maldijo a David gritando que este juicio había venido sobre él porque había exterminado la casa de Saúl.

Simei arrojó piedras y polvo al aire, pero David permaneció en silencio. Abisai pidió permiso para dar muerte a Simei, pero David se lo negó diciendo que era Dios quien había enviado a Simei para maldecirlo. ¡Qué sumiso era David en estas circunstancias en que el Señor lo castigaba! Las palabras de Simei no eran sino calumnias, pero David tenía que enfrentar lo que en ellas oía, es decir, el castigo de Dios por sus pecados. Por eso se sometió a los azotes de la lengua de Simei.

Aquella noche, cuando alcanzaron los campos junto al Jordán donde pensaban pernoctar, David y sus hombres se sintieron cansados. ¡Cuánto anhelaba David estar en Jerusalén cerca del arca del Señor! Pero era como un rechazado. Como tal fue un tipo del Señor Jesucristo que fue rechazado por su propia gente.

El consejo de los malvados hecho nulo. Entre tanto, Absalón y sus hombres habían llegado a Jerusalén. Ahitofel aconsejó que Absalón debía hacer una demostración de su poder tomando a las diez mujeres que David había dejado en el palacio. A los ojos de David eso sería una abominación. Entonces todo el pueblo sabría que ya no habría posibilidad de lograr una reconciliación entre Absalón y David. En consecuencia, seguramente apoyarían a Absalón. En este crimen de Absalón se cumplió el juicio que Natán habia anunciado sobre el pecado de David con Betsabé.

Además, Ahitofel aconsejó que inmediatamente enviasen un ejército de doce mil hombres para atacar a David. David ya estaba derrotado y cansado y esto les aseguraría la victoria. Ese fue un consejo astuto de parte de Ahitofel. Hablando en términos humanos, semejante ataque significaría la derrota de David.

Pero el Señor escuchó el clamor de David y anuló el consejo de Ahitofel. Husai ya se había unido al bando de Absalón. Cuando Husai acababa de llegar, Absalón estuvo sorprendido y quería saber cómo era posible que un amigo tan grande de David se hubiese pasado a su lado. Husai tenía preparada su respuesta: quería servir a aquel que el Señor había escogido. Con estas palabras dio a entender a Absalón que, en su opinión, el éxito de Absalón demostraba que había sido escogido por el Señor. Luego añadió: "Como he servido delante de tu padre, así seré delante de ti". Absalón fue totalmente enceguecido por estas palabras y quiso escuchar el consejo de Husai antes de tomar una decisión sobre la sugerencia de Ahitofel.

Husai veía el peligro en el consejo de Ahitofel. Con gran elocuencia trató de convencer a Absalón y sus hombres que la sugerencia de Ahitofel era muy peligrosa. Husai, en cambio, aconsejó a Absalón y sus seguidores a tomarse el tiempo necesario para reunir a todo Israel y entonces aplastar a David. Husai sabía que esto daría a David una oportunidad para reunir a sus propios seguidores. Husai sabía que no todos los israelitas apoyarían a Absalón.

La gran elocuencia de Husai hizo profunda impresión en Absalón y sus hombres. Sin embargo, realmente fue el Señor quien puso estas palabras en la boca de Husai, logrando que Absalón y sus hombres fuesen influenciados por ellas. El consejo de Ahitofel fue invalidado y por el momento David estaba a salvo.

Esto fue un cambio sorprendente en los acontecimientos, porque el pueblo con frecuencia decía que el consejo era semejante a la misma palabra de Dios. Pocas veces había vivido un hombre más dotado que Ahitofel. Ahitofel había servido a David, pero no había servido a la cabeza del pacto. No había servido al Señor. Ahitofel no pertenecía al Cristo. Sólo era la mano derecha de David desde un punto de vista externo. El llamado de Dios dirigido a Ahitofel y su bondad para con él, eran para beneficiar a David. Ahitofel debía servir a David. Y sí le sirvió, pero nunca fue apoderado por ese llamamiento. Confiaba sólo en sí mismo y en su propia sabiduría.

Ahora el Señor hizo nulo su consejo, porque Ahitofel había tomado

una posición decididamente contraria al pacto del Señor. Su rechazo de la cabeza del pacto lo había hecho tanto más astuto, pero estaba luchando contra el Señor, que lo venció por medio de Husai. Vio que había sido derrotado y que la causa de Absalón estaba perdida. Se había enfrentado con la gracia del Señor, quien lucha por su pueblo. Es por eso que regresó a su casa donde se ahorcó. De esa manera pereció el hombre que se había levantado contra la gracia del Señor, y contra la cabeza del pacto.

La victoria. A través de los hijos de los sacerdotes, Husai había enviado un mensaje a David, indicando que no debía permanecer en el lugar donde estaba, sino que debía cruzar el Jordán. Estos mensajeros por poco fueron capturados por los hombres de Absalón, pero una mujer los salvó escondiéndolos en un pozo. David recibió el mensaje y continuó su viaje a Mahanaim en Transjordania. Allí reunió a sus hombres y allí envió Absalón su ejército para atacarlo.

Aparentemente los dos ejércitos se enfrentaron en Transjordania. Posiblemente después de ello cruzaron el río Jordán para volver a luchar cerca del bosque de Efraín. El ejército de Absalón fue derrotado y el mismo Absalón fue muerto por Joab y sus hombres, aunque David había ordenado a Joab y al ejército que le perdonasen la vida.

Los soldados levantaron un montículo de piedras sobre el cadáver de Absalón, en señal de su vergüenza. Ese montículo de piedras no debe ser confundido con el monumento que anteriormente había levantado Absalón para destacar su propio honor. Sus hijos habían muerto a temprana edad; sólo le había quedado una hija, llamada Tamar. Quiso perpetuarse en Israel a través de ese monumento. Tan grande era su vanidad. Sin embargo, su nombre pasó a la historia con vergüenza porque había rechazado la cabeza del pacto y finalmente al Señor mismo.

Joab no se atrevió a enviar a Ahimaas, hijo de Sadoc, para llevar a David las noticias de lo ocurrido, a pesar de que Ahimaas estaba ansioso por ser el mensajero de la victoria sobre Absalón. Joab conocía a su señor, y sabía cómo reaccionaría David al saber de la muerte de Absalón. El amigable Ahimaas le haría sentir más agudamente su profundo dolor. Por eso Joab envió a otra persona. Pero luego, cediendo a renovadas peticiones, también permitió que fuese Ahimaas. Ahimaas tomó un camino más corto a través del valle del Jordán y llegó antes que el otro mensajero. Sabiamente se abstuvo de mencionar la muerte de Absalón. Inmediatamente después de él llegó el otro mensajero quien

entonces informó a David de la destrucción de Absalón.

David había estado entre la puerta exterior e interior de la ciudad, esperando las noticias. Ahora subió a su habitación situada sobre la puerta, lamentando: "¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!" Todo el ejército había regresado para saludar al rey y acompañarlo victorioso en su regreso a Jerusalén. Pero ahora los soldados tuvieron que entrar escondidamente a la ciudad.

En esto vemos el verdadero pecado de David. Sin lugar a dudas, lo que Joab había hecho era un acto de desobediencia. Sin embargo, David no logró verse a sí mismo como la cabeza del pacto y a Absalón como aquel que había quebrantado el pacto. David se dejó gobernar por su amor egoísta que como padre sentía por su hijo, ¡un hijo de rasgos tan delicados! ¡Qué poca conciencia de su llamamiento exhibió David en esta situación! Debía ser un tipo del Cristo, pero con tanta frecuencia no llegó a serlo. Cristo fue el único para quien la vida fue simplemente el medio para cumplir con el llamamiento de Dios.

Con modales bruscos y osados Joab reprochó al rey su actitud. Incluso lo amenazó de abandonarlo llevándose al ejército consigo. Entonces el rey logró controlarse y se sentó junto a la puerta de la ciudad para saludar al ejército.

El regreso a Jerusalén. Sin embargo, David no había logrado el dominio completo de sí mismo. Su vida no era gobernada totalmente por la conciencia de su llamamiento. Por eso a veces no veía las cosas con claridad y hacía cosas sin sentido.

Después de la muerte de Absalón, el pueblo volvió en sí. La gente había sido embrujada por ese guapo charlatán. Por supuesto, eso no era una excusa. Si, mediante la fe, hubiesen reconocido a David como el ungido del Señor y como la cabeza del pacto, nunca habrían sido engañados por Absalón. Ahora, sin embargo, recordaban la liberación que Dios les había dado a través de David, y sus corazones se volvieron a él. Pero ¡cuánta vacilación reinaba todavía! No estaban unidos en el volverse a David y al Señor con una confesión de su culpa. En su lugar discutían las ventajas y desventajas de tener a David como rey otra vez. ¡Cuán vergonzosamente se comportaba el pueblo respecto de sus obligaciones en el pacto!

Cuando David oyó esto, decidió que ya era hora de actuar. No consultó la voluntad del Señor como lo había hecho en tierra de los filis-

teos, antes de llegar a ser rey, ni esperó que obrara el Espíritu del Señor. El resultado de sus apresurados pasos fue que se arruinó lo que estaba surgiendo en medio del pueblo. El hecho de apelar a Judá estimuló un sentimiento de nacionalismo en medio de su propia tribu.

También hizo una promesa a Amasa, que había sido el comandante en jefe de Absalón y era un pariente lejano de David. David le prometió que lo pondría por comandante en jefe en lugar de Joab. Esa fue una decisión de vergonzosa infidelidad hacia Joab, no importaba cuán equivocado o desobediente o insolente éste haya sido. Hubiera sido mucho mejor si David hubiera disciplinado a Joab enseguida después de sus ofensas, en vez de esperar para retribuirle de esa manera.

Entonces la tribu de Judá, como un solo hombre, escogió a David y le pidió que regresara. Sin embargo, este acontecimiento se convirtió posteriormente en una fuente de miseria.

Así comenzó David su regreso. Cerca del Jordán encontró a Simei quien le pidió perdón. Simei indicó que él era el primero en salir al encuentro de David a fin de saludarlo, ¡como si ese hecho fuese una garantía de su cambio de actitud! Cuando Abisai, hermano de Joab, recomendó que David diera muerte a Simei, David rechazó la sugerencia debido a cierta obstinación para con los hijos de Sarvia su hermana, y perdonó la vida de Simei. Tal vez Abisai tenía deseos de tomar una venganza personal, pero sí habló contra la ofensa con que Simei había herido al ungido del Señor.

Por su parte, David no quería actuar por causa de la muerte de Absalón y por causa de su propia debilidad. Dijo que le parecía que ahora llegaba a ser por primera vez rey de Israel. Pero en esto era gobernado más bien por sus sentimientos que por la conciencia del llamamiento del Señor. La maldad de Simei no podía quedar sin castigo. David sentía lo mismo y entonces instruyó a su sucesor que se ocupara de hacer justicia. (1 R. 2:8-9).

Siba, que había calumniado a su señor Mefi-boset, también vino a David junto al Jordán. Lo mismo hizo el propio Mefi-boset. Durante todo el tiempo que David había estado exiliado de Jerusalén, Mefi-boset había hecho duelo. Esto trajo a la luz el engaño de Siba. Sin embargo, Mefi-boset dijo a David que hiciera con él como bien le pareciese. David no quiso oír más de ese asunto y decidió que Mefi-boset y Siba deberían dividir la tierra en partes iguales y cada uno tomase una parte. Pero eso no era justo. En este asunto el rey estaba faltando en su responsabilidad.

Barzilai, que había ayudado a David con el sustento del ejército en Transjordania, acompañó al rey hasta el otro lado del Jordán, pero debido a su edad avanzada no quiso ir hasta Jerusalén ni quedarse allí. En su lugar, lo acompañó su hijo Quimam, a quien David honró como hubiera honrado al propio padre.

En Gilgal del otro lado del Jordán los hombres de Israel salieron al encuentro de David para llevarlo de regreso a Jerusalén. Este grupo expresó su enojo al rey porque los hombres de Judá se les habían adelantado. Después de todo, cada tribu tenía parte en el rey; David no era solamente rey de Judá. Los hombres de Judá dijeron que el rey era pariente de ellos, y que se habían adelantado por su propia cuenta, pues habían recibido favores especiales del rey.

Con su respuesta los hombres de Judá asumieron una actitud intransigente. David no supo qué decir para evitar el estallido de una pelea entre hermanos. Sabía que él mismo les había dado motivos.

Entonces cierto hombre de Benjamín llamado Seba tocó la trompeta declarando que los isralietas no tenían parte con David y que debían regresar a sus casas. Los hombres de Israel retrocedieron y le siguieron, abandonando nuevamente al ungido del Señor.

Así el pueblo cometió pecado sobre pecado. Sin embargo, el Señor no los abandonó porque deseaba seguirlos bendiciendo en David y en la casa de David. Por eso el Señor restauró el poder a David a pesar de la infidelidad del pueblo.

Finalmente David llegó de regreso a Jerusalén. Había sido restaurado por Dios mismo. Sin embargo, todavía no contaba con el apoyo de todo el pueblo. Más adelante los israelitas tendrían que aprender cuánto habían pecado contra el Señor.

David restituyó el orden en Jerusalén. Las mujeres que Absalón había tomado por esposas no fueron restauradas como tales a David. Sin embargo, David suplió todas sus necesidades por el resto de sus vidas.

Restauración total. El rey ordenó a Amasa, el ex-comandante en jefe de Absalón, que movilizara a los hombres de Judá para salir a luchar contra Seba y así reunir nuevamente a todo el pueblo bajo el gobierno de su rey. De esta manera David seguía en su trato injusto de Joab. David pudo haber castigado a Joab por sus ofensas, pero el pasarlo por alto de esta manera fue una vergüenza.

Estas medidas de David hacia Joab no prosperaron. Aparentmente los hombres de Joab no confiaban totalmente en Amasa. De todos mo-

dos, él no logró reunirlos muy pronto. David temía que esto diese a Seba la oportunidad para fortalecer su posición. Por eso ordenó a Abisai, hermano de Joab, que persiguiese a Seba con todos los soldados que le eran fieles.

Cerca de Gabaón, Abisai y Joab (éste se había unido a su hermano) encontraron a Amasa. Con el pretexto de quererlo besar Joab se acercó a Amasa y lo asesinó. Dejó el cuerpo muerto en medio del camino y puso una guardia en el sitio para decir a los hombres de Judá que siguiesen a Joab y Abisai en la batalla contra Seba. Sin embargo, los hombres de Judá no pasaron más allá de aquel punto. Ese asesinato había sido demasiado para ellos. Sabían que la causa del rey no prosperaría con esos medios. Por eso, el guardia que había sido dejado en el sitio cubrió el cadáver de Amasa y lo sacó del camino. Entonces los hombres de Judá siguieron a Joab para perseguir a Seba.

Seba se había fortificado en Abel-bet-maaca. Joab fue hasta allí en su persecución. Sin embargo, se evitó la guerra civil. Una mujer sabia acusó a Joab de querer destruir la herencia del Señor. (Tal vez Joab ya había preguntado a los habitantes de la ciudad si en realidad querían hacer causa común con Seba). A pedido de Joab la cabeza de Seba le fue arrojada desde el muro de la ciudad. Entonces el ejército regresó a Jerusalén y Joab fue restaurado en su posición como comandante en jefe del ejército.

Nuevamente reinaba la paz en Israel. Sin embargo, no había unidad interna. El pueblo no había confesado sus pecados ante el Señor. El Señor todavía tendría que confrontar a los israelitas con su culpa.

22: La lámpara de Israel

2 Samuel 21—24

En su cántico de gratitud, David dijo: "Tú eres mi lámpara, oh Jehová". Por otra parte los guerreros de David declararon que *David* era la lámpara de Israel. David podía ser la lámpara de Israel porque el Señor era *su* lámpara. La verdadera lámpara de Israel es el Cristo, de quien David habló en sus últimas palabras.

En estos capítulos de 2 Samuel se expresa de manera muy especial que David fue la lámpara de Israel. Se lo ve especialmente en el contraste entre los capítulos 21 y 24. Muchos años después de la muerte de Saúl, la maldición que había caído sobre sus obras amenazó con extinguir su linaje. De todos modos, el reinado había sido quitado definitivamente de su linaje. Su linaje apenas seguía en la persona de Mefi-boset. El pecado de David y la consiguiente plaga dieron lugar al altar de reconciliación que fue construido en la era de Arauna. En el linaje de David seguía resplandeciendo la luz para Israel, especialmente a través del Cristo que vendría mucho después.

Saúl, en una tremenda exhibición de celo por su propia gloria en lugar de celo por el nombre del Señor, había tratado de exterminar a los gabaonitas. En las obras de Saúl había hablado la sangre y no la justicia del Señor. Por la promesa de Josué, los gabaonitas tenían derecho a esa protección en Israel. Josué había invocado el nombre del Señor al hacer la promesa (Jos. 9). Por eso el problema en cuestión en 2 Samuel 21 no es simplemente la venganza de sangre. El nombre del Señor había sido ofendido y por eso había una maldición sobre los descendientes de Saúl. Los cadáveres ahorcados no fueron bajados al ponerse el sol, sino que permanecieron colgados durante todo el tiempo de la cosecha.

Debido al pecado del rey, todo el país sintió los efectos de la maldición del Señor. El hambre se sintió en muchas partes y duró tres años. Pero ahora la exhibición pública de los cadáveres mostraba a todo Israel que algo se estaba haciendo respecto del pecado de Saúl. Los cadáveres no fueron quitados sino hasta que las primeras gotas de lluvia que cayeron demostraron que la maldición había sido levantada (2 S. 21:1).

La acción de Rizpa no debe ser considerada en primer lugar como un acto de amor maternal. Fue más bien un acto de devoción a la casa de Saúl. (Después de todo, ella también estaba protegiendo los cuerpos de cinco descendientes de Saúl que no eran sus propios hijos). David fue conmovido por esta actitud y ordenó que los huesos de Saúl y Jonatán y los otro siete fuesen enterrados en el sepulcro de la familia. De esa manera el linaje de Saúl finalmente halló descanso en Israel. La bendita acción de Rizpa había contribuido a ello.

El censo del pueblo hecho por David y la plaga en Israel fueron resultados de la ira de Dios. Aparentemente había otro pecado que el pueblo había cometido, un pecado por el cual el Señor no lo había castigado, y por el cual Israel todavía no se había humillado. Naturalmente nos sentimos impulsados a pensar en el pecado que el pueblo cometió al rechazar a su rey en ocasión de las rebeliones de Absalón y de Seba. Todavía se hacía sentir la culpa de ese pecado. Dios hizo que dicho pecado tuviese ciertas consecuencias en el pecado de David.

Es en este contexto que hemos de comprender el pecado de David al levantar el censo. Fue un pecado al que David se sintió incitado por el mismo Señor. El hecho en sí de levantar un censo no era pecado. La ley permitía contar al pueblo siempre que se ofreciesen ciertos sacrificios, porque cuando los hombres miran los números, fácilmente se alejan del Señor.

No leemos aquí que David haya observado las reglas de la ley al contar al pueblo. Esto ya es un indicio de su error. Este censo particular no fue un acto en el pacto de parte de David. Por cierto, la esencia de su pecado no ha de hallarse en un gozo y orgullo de niño en los números. Aparentemente quería convertir a Israel en un estado militar, un estado fuerte en su ejército más bien que en su pacto con el Señor. La totalidad de la vida sería dedicada a la grandeza del estado. Con ello el pecado de David no difería mucho del de Saúl.

En la primera mitad de su himno de gratitud, David recordaba especialmente las persecuciones de Saúl. En la segunda mitad su atención se vuelve a las guerras con enemigos extranjeros y a los conflictos en medio de su propio pueblo. En medio se sugiere el motivo por el cual fue librado por el Señor. En la parte que comienza con 2 Samuel 22:21 leemos las siguientes palabras: "Jehová me ha premiado conforme a mi justicia".

Por supuesto, David no estaba pensando en ningún tipo de justicia propia. Lo que quería decir es que estaba viviendo en correcta relación con Dios, y que se comportaba con rectitud en el pacto con el Señor. Evidentemente David comprendía que el Señor tiene el primer lugar en esta relación y que era el Señor quien lo había escogido para la posición en que se hallaba. Esta conciencia se manifiesta, por ejemplo, cuando David reconoce que el Señor es su lámpara.

Pensamiento clave: *A través de su ungido el Señor es una lámpara para su pueblo.*

La lámpara de Saúl extinguida. En cierta época del reinado de David, hubo tres años de hambre en la tierra debido a una sequía. Finalmente el rey comprendió que el hambre no era un accidente sino una señal del juicio de Dios. Al consultar al Señor, recibió la respuesta: el pueblo todavía estaba bajo una maldición debido a algo que había ocurrido durante el tiempo de Saúl.

Durante su reinado Saúl había tratado de exterminar a los gabaonitas y había matado a muchos de ellos. No lo había impulsado el honor del nombre del Señor sino la gloria del propio nombre de Israel, el honor de la sangre judía. Josué había invocado al nombre del Señor cuando prometió protección a los gabaonitas. Desde ese entonces habían hallado protección bajo ese nombre. Ahora, debido a ese ataque de Saúl, el nombre del Señor había sido ofendido. Por eso la maldición del reinado de Saúl seguía haciéndose sentir aun después de su muerte. David fue llamado para quitar la maldición.

David preguntó a los gabaonitas cómo se podría compensar por la injusticia para que la maldición fuese quitada de Israel. Los gabaonitas respondieron que no tenían interés en oro ni plata, y que no era ese el camino para pagar el crimen cometido contra ellos. Tampoco tenían ellos derecho de tomar venganza de sangre en Israel. Según su juicio, la maldición sería levantada si siete descendientes de Saúl fuesen ejecutados públicamente, es decir, muertos y luego ahorcados.

David les concedió este pedido. Permitió que siete hombres del linaje de Saúl fuesen muertos. Sus cuerpos fueron colgados en Gabaa, la ciudad natal de Saúl. Mefi-boset, el hijo de Jonatán, fue perdonado junto a los de su familia. Los hombres que murieron fueron dos hijos de Rizpa, una de las esposas de Saúl, y cinco hijos de la hija mayor de Saúl.

Sus cadáveres permanecieron colgados allí día y noche durante todo el tiempo de la cosecha como una manifestación de la maldición que pesaba gravemente sobre Israel. Todo Israel merecía esa clase de maldición y no solamente por el pecado de Saúl su rey, sino por todos los pecados con que Israel había ofendido el nombre del Señor. Nosotros también merecemos esa clase de maldición y seríamos expuestos públicamente si el Señor Jesucristo no hubiese sufrido la maldición en nuestro lugar. El tomó nuestro lugar y fue expuesto públicamente en la cruz como el Maldito.

¿Serían castigados los hijos por los pecados de sus padres? En Israel, entre el pueblo del pacto, los hijos no eran castigados por los pecados de sus padres siempre y cuando se apartaban de esos pecados y no se-

guían andando en los pasos de sus padres. Pero en este caso, el Señor mismo hizo saber por medio del hambre que la muerte de Saúl no había quitado los efectos de sus pecados. Además, este no fue simplemente un pecado de Saúl, sino de todo el pueblo en la persona de su rey. De este modo los siete hombres fueron muertos por el pecado de todo el pueblo. En esto vemos la gracia de Dios para con todo el pueblo, porque el pueblo fue perdonado. Esa gracia se hizo ver en forma mucho más gloriosa en la muerte del Cristo que murió en lugar de su pueblo.

Mediante este juicio sobre la casa de Saúl, el reinado fue alejado de esa casa para siempre. Los descendientes de Saúl no serían una luz para Israel. En otras palabras, la lámpara de Saúl fue extinguida. Por otra parte, aun había misericordia para sus descendientes. Esto se notaba en primer lugar por un acto impresionante de Rizpa, cuyos dos hijos estaban entre los siete que habían sido muertos. Durante todo el tiempo de la cosecha, mientras los cuerpos estuvieron colgados, ella los vigilaba para evitar que las aves y las bestias del campo los mutilasen. Eso no fue simplemente el amor maternal para con sus hijos. Era fidelidad hacia la casa de Saúl. Es decir, todavía había algo de lealtad a dicha casa. Esta lealtad en sí era honor y misericordia. Los cuerpos no fueron quitados sino hasta terminar la cosecha, cuando comenzaban las primeras lluvias. Las lluvias fueron una prueba de que la maldición había sido levantada.

David se enteró de lo que había hecho Rizpa. Se sintió conmovido por su lealtad hacia la casa de Saúl y decidió traer los huesos de Saúl y Jonatán desde Jabes en Galaad para ser enterrados en el sepulcro de Cis, el padre de Saúl. Allí pues, fueron sepultados junto con los huesos de los siete hombres que habían sido ahorcados. De esta manera el linaje de Saúl finalmente halló descanso en Israel. Eso también fue misericordia. La maldición había terminado y el linaje de Saúl no había sido totalmente exterminado. Su nombre no dejó de existir en Israel.

David y los filisteos. A lo largo de todo su reinado David tuvo que luchar contra los enemigos tradicionales de Israel, los filisteos, y se cansaba de tanta lucha. Pero Dios había estado maravillosamente cerca de él y de sus guerreros muchas veces. A través de David el Señor también libró a Israel de los gigantes que habitaban entre los filisteos.

En cierta ocasión la vida de David estuvo en peligro cuando un filisteo lo atacó. Pero Abisai, el hijo de su hermana Sarvia, le salvó la vida. Entonces sus hombres le pidieron que no saliera más a la batalla para

que no se apagase la lámpara de Israel que el Señor les había dado a través de la casa de David.

¡Qué felicidad debe haber sido para David ser reconocido por sus hombres como la lámpara de Israel! La lámpara de Israel no era David mismo, sino alguien que nacería de su linaje conforme a la promesa de Dios, es decir, el Cristo. A través del Cristo, David fue una lámpara a Israel a pesar de sus pecados.

¡Tú eres mi lámpara, oh Señor! David compuso numerosos salmos durante su vida, tanto durante la época de la persecución de Saúl, como durante su reinado. Estos salmos eran cantados por los levitas en el servicio del templo. Y todavía son cantados por la iglesia del Señor. Nosotros podemos cantar esos salmos porque David no cantaba solamente de sus experiencias personales. Las experiencias que él vivió son las experiencias de todo el pueblo de Dios. También son las experiencias de la cabeza de ese pueblo, es decir, del Cristo.

Al fin de su vida David pensó en todas las experiencias que el Señor le había dado. Entonces cantó un himno de alabanza y gratitud. En ese himno dijo que el Señor era su roca, su escudo, su refugio, su redentor. David dio gracias al Señor por las muchas veces en que lo había librado cuando era perseguido por Saúl, durante las batallas contra enemigos extranjeros, y en medio de los conflictos dentro del propio pueblo de Israel. David cantó de la gracia que el Señor le había mostrado porque había vivido rectamente en relación con el Señor en el pacto.

David no pasó por alto sus grandes pecados. Una y otra vez el Señor lo llevó a confesar su culpa y lo perdonó. En este himno David no se jactaba de sus propios méritos. Al contrario, cantó que el Señor era enemigo de los orgullosos. Sólo Dios era su lámpara. El Señor había cambiado en luz las tinieblas que llenaban su corazón y su vida. En efecto, el Señor se opone a aquellos que se rebelaban contra él. David podía comenzar y terminar su himno con alabanza y adoración al Señor.

Este himno también halló su cumplimiento completo en el Cristo, quien en la resurrección y ascensión se levantó sobre todos sus enemigos. Sólo el Cristo vivió en completa rectitud en el pacto con Dios. Gracias a que el Espíritu del Cristo vivía en David, él también fue justificado delante del Señor.

La profecía del Rey justo. Todavía le esperaba a David una experiencia importante. Mediante el Espíritu del Señor David se convirtió en

profeta. Con mucha claridad vio y predijo la venida de su gran Hijo, el que reinaría con justicia. ¡Cuánto ansiaba David la vida de ese rey! Con ello reconocía que su reinado había sido lleno de defectos y pecados.

Lleno de gozo, habló de ese rey cuya gloria sería semejante a la luz del amanecer. Confesó que él y su casa no eran dignos de la venida de ese rey que nacería de sus descendientes. Sin embargo, Dios había prometido la venida de aquel rey y había hecho un pacto con David que era garantía de la promesa. Los pecadores que se rebelan contra esa gloria serían desechados cual inútiles espinos.

David y sus héroes. Durante sus numerosas guerras David reunió a muchos héroes a su alrededor. Incluso los dividió en tres grupos diferentes. El Espíritu de fe que habitaba en David inspiraba valor y confianza en sus hombres. En ese sentido también, el Señor había bendecido a David.

Entre David y sus hombres reinaba un espíritu de confianza y aprecio mutuo. Esto se reveló claramente en una batalla contra los filisteos. El enemigo había penetrado mucho en la tierra e iba llegando a Belén. David y su ejército acamparon frente a los filisteos. Faltaba el agua y David anhelaba beber agua fresca de una fuente cerca de Belén, de la cual había bebido tantas veces en su juventud. Inmediatamente tres de sus hombres se abrieron camino a través de las fuerzas filisteas y trajeron a David el agua que tanto anhelaba. Sin embargo, David se rehusó beber el agua que le trajeron y que habían obtenido arriesgando sus vidas. Le parecía que ello sería como beber la sangre de sus hombres. En cambio derramó el agua delante del Señor como una expresión de gratitud por el espíritu que el Señor había puesto en sus héroes y por el vínculo que existía entre ellos y él. David consideraba todo esto un don del Señor.

El altar de reconciliación. En los últimos días de su vida, David cometió un pecado más grave que todos los anteriores. Sin embargo, al cometer este pecado no había escapado al control del Señor; no hay ningún hecho que pueda ocurrir fuera del gobierno de Dios.

El pecado de David produjo una pestilencia en medio del pueblo. El Señor la mandó porque su ira estaba dirigida contra el pueblo debido a los pecados que quedaban sin castigar. ¿No había rechazado el pueblo a David y escogido a Absalón y luego a Seba? El pueblo había rechazado a la *cabeza* del pacto y con ello al mismo pacto del Señor. Ahora el Señor castigaría al pueblo por esos pecados.

El Señor hizo nacer una idea en la mente de David, una idea que inmediatamente tomó un giro pecaminoso. David se proponía hacer un censo en el pueblo. El censo en sí no estaba prohibido, aunque fácilmente uno podía caer en el pecado de orgullo causado por dicho censo. Durante esa época de su reinado, David se ocupaba de organizar el pueblo. Por ejemplo, reorganizó el sacerdocio y el servicio sacerdotal. Ahora, con propósitos militares, quería contar al pueblo, para hacer de Israel un estado que fuese fuerte en sí mismo. De esa manera la confianza del pueblo era desviada del Señor y enfocada en la fuerza del reino.

Joab, a quien se encargó la ejecución del censo, puso serias objeciones. Temía la oposición y la inquietud del pueblo, que no quería ser censado con motivos militares. Pero el rey persistió. Debido a que David había vuelto a caer bajo el poder del pecado, no se dejó disuadir.

Joab comenzó a obedecer las órdenes del rey, pero no completó el censo. Con los primeros resultados volvió a presentarse ante David. Así fueron abiertos los ojos del rey, de modo que pudo ver lo que estaba haciendo y cómo se había apartado del Señor. Puesto que David era la cabeza del pacto, este no fue un simple pecado personal. Había arruinado las cosas para todo el pueblo.

El mismo corazón de David lo condenó y él confesó su pecado al Señor pidiéndole perdón. Entonces vino a él el profeta Gad para decirle, en nombre del Señor, que no había sido rechazado. El Señor le había perdonado, pero la vara del castigo caería sobre él y sobre Israel. David debía escoger entre tres años de hambre, tres meses de huida ante sus enemigos, o tres días de pestilencia. "Estoy en gran angustia", contestó David. Pero al ver que no había escapatoria, escogió los tres días de pestilencia. David no quería caer en manos de los hombres; prefería caer en manos del Señor, quien siempre tiene misericordia del pecador. Bien conocía a su Dios y confesaba su gracia, aun cuando la ira de Dios estaba dirigida contra él. Fue una manifestación de fe de su parte.

La plaga brotó en todo el pueblo de Israel; el pueblo fue castigado por sus pecados. Por medio del castigo del pueblo también era castigado David. El Señor sí visita a los suyos con su ira aunque por amor a Cristo les ha perdonado con plenitud de gracia. En total perecieron setenta mil personas.

La plaga todavía no había llegado a Jerusalén. Fue entonces que David tuvo una visión del ángel destructor, extendiendo su mano hacia Jerusalén para herir la ciudad con la plaga. David cayó sobre su rostro y

oró diciendo: "Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre". Aquí David se ofreció a sí mismo por el bien de su pueblo, y Dios pudo ver en él un reflejo del Mediador que se ofrecería a sí mismo por el bien del pueblo. Por amor a Cristo el Señor decidió levantar la plaga antes del tiempo señalado.

El profeta Gad volvió a presentarse ante David. Esta vez le ordenó levantar un altar en la era de Arauna donde había visto el ángel destructor. Arauna ofreció al rey su era, sus bueyes, y sus trillos como madera para el sacrificio. Pero David no quiso ofrecer un sacrificio usando las posesiones de otro hombre. Por eso *compró* la era y los bueyes, construyó un altar allí, y luego presentó una ofrenda quemada y una ofrenda de paz. Luego fue levantada la plaga.

Ciertamente el pueblo y David habían sido castigados, pero en el Señor había perdón. David y su casa no fueron rechazados; David pudo seguir siendo el rey y la cabeza del pacto en quien era bendecido el pueblo. La lámpara de Saúl había sido extinguida, pero David pudo seguir siendo la lámpara de Israel gracias al pacto que el Señor había hecho con él.

Más tarde se construyó el templo en el sitio de la era de Arauna. Durante siglos el altar de expiación estuvo en el mismísimo lugar donde David había visto al ángel destructor. Allí se ofrecerían los sacrificios que serían un anuncio del sacrificio del Señor Jesucristo, el gran sacrificio por medio del cual hubo expiación por el pecado del pueblo del Señor. Cristo sería la lámpara de su pueblo para siempre. Mediante su sacrificio hubo expiación por el pecado de David, y también por el de Israel.

Salomón



23: El reino de paz

1 Reyes 1—4

El reino de Dios es prefigurado como el reino de paz especialmente en el reino de Salomón. En 1 Reyes 4:20 se describe la bendición del reinado de Salomón mediante estas palabras: "Judá e Israel eran muchos, como la arena que está junto al mar en multitud, comiendo, bebiendo y alegrándose". En el versículo 25 leemos además: "Y Judá e Israel vivían seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera, desde Dan hasta Beerseba, todos los días de Salomón". Los varios episodios de la historia relatada en estos capítulos de 1 Reyes están unidos por este pensamiento central.

Dios mismo provee el rey de ese reino. El rey escogido por Dios no fue Adonías, sino Salomón. Siendo el escogido de Dios, Salomón era un tipo del Cristo.

Sin justicia no hay paz. Salomón siguió las instrucciones de David y comenzó su reinado ejerciendo justicia, especialmente sobre aquellos que eran dignos de juicio de muerte. Particularmente en el juicio sobre Adonías debemos considerar a Salomón como el ungido del Señor, la cabeza del pacto. Salomón no estaba sencillamente eliminando un rival molesto; estaba ajusticiando a alguien que había tratado de arrebatar la corona de su dueño legítimo, es decir, de la cabeza del pacto.

El matrimonio con la hija de Faraón no fue algo prohibido. Sólo se prohibía el matrimonio con las hijas de los cananeos. Por supuesto, Salomón tenía la obligación de asegurar que las mujeres de otras naciones no introdujesen su idolatría en Israel. La hija de Faraón no se menciona entre aquellas mujeres que luego tentaron a Salomón.

Al dar su hija a Salomón, el faraón estaba honrando al rey de aquel pueblo que los egipcios habían despreciado antes. Algún día todos los pueblos reconocerán al Cristo.

Aunque Salomón introdujo a la hija de Faraón a la ciudad de David, no la introdujo a la casa de David. Consideraba santos los lugares donde había llegado el arca del Señor (2 Cr. 8:11). Aparentemente todavía la consideraba una mujer de otro pueblo que no conocía el pacto del Señor. Recién en años posteriores le cons-

truyó una casa propia.

Al contar estas historias a los niños no hemos de presentar a Salomón como un joven piadoso, que prefirió escoger la sabiduría en lugar de riquezas y honor. Si cometemos ese error, el juicio de Salomón manifestado en el caso de las dos madres en su disputa por el niño se convierte en nada más que una historia interesante referida a un rey astuto. En 1 Reyes 3:28 las Escrituras resumen el significado de ese acontecimiento diciendo: "Y todo Israel oyó aquel juicio que había dado el rey, porque vieron que había en él sabiduría de Dios para juzgar". El pueblo vio que la extraordinaria sabiduría de Salomón era un escudo que le había sido dado por Dios, bajo cuya protección estaban seguros.

El juicio pronunciado sobre las dos madres atemorizó a todos los injustos. Parecía que el rey podía ver lo que había en sus corazones. Los justos, en cambio, tuvieron un sentimiento de seguridad al ver esta penetrante sabiduría de Salomón. Bajo el escudo del Cristo hay seguridad para todos los que tienen fe.

Pensamiento clave: *El Señor establece el reino de paz.*

El rey dado por Dios. El rey David ya era viejo. Ahora tenía aproximadamente setenta años. Quizás su edad no era tanta comparada con otras personas, pero sus fuerzas se habían agotado. ¡Piensen en todas las experiencias que David había tenido durante su vida! Debido a su debilidad, ya no podía prestar la cuidadosa atención a lo que ocurría en el reino. Ya no podía dedicarle la atención que le había dedicado en sus días anteriores.

Adonías vio en esa debilidad su oportunidad. Adonías era hermano de Absalón y tenía los mismos hermosos rasgos de aquel. David tenía un afecto especial en su corazón por Adonías, tal como lo había tenido por Absalón. David nunca lo castigaba seriamente.

Sus hermanos mayores habían muerto. Por eso Adonías sería el príncipe heredero de su padre si el Señor no hubiese indicado que Salomón, el hijo de David y Betsabé había de ser el rey. Adonías debe haber conocido este decreto del Señor, pero en su corazón no se había sometido a él. En cambio, se sublevó contra Salomón. Contando con la debilidad de David, veía libre su camino hacia el trono.

Adonías invitó a todos sus eventuales seguidores a participar de un banquete sacrificial cerca de Jerusalén. Entre ellos estaban Joab, el comandante en jefe de David, y Abiatar, uno de los dos sumos sacerdotes. Pero Sadoc, el otro sumo sacerdote, Benaía, jefe de la guardia de David, el profeta Natán, y los grandes de David no estaban del lado de Adonías. Por eso no fueron invitados al sacrificio. Salomón tampoco había sido invitado, si bien todos los demás hijos del rey estaban presentes. Al

terminar el banquete sacrificial, Adonías sería aclamado rey.

Sin embargo, el profeta Natán descubrió lo que Adonías estaba tramando. Inmediatamente envió a Betsabé, la madre de Salomón, a la presencia de David. Betsabé debía contarle lo que estaba ocurriendo y recordarle su promesa de que Salomón sería el rey sobre Israel conforme a las instrucciones dadas por el Señor.

Cuando Betsabé hubo hablado con David, Natán mismo fue para verlo y confirmar las palabras de ella. Entonces David hizo un juramento afirmando que su decisión anterior aún tenía vigencia. Inmediatamente después se dispuso a tomar las medidas del caso.

David ordenó que Sadoc, Natán y Benaías hicieran cabalgar a Salomón sobre el asno del rey y lo ungiesen rey cerca de Jerusalén. Simultáneamente debían tocar la trompeta y gritar: "¡Viva el rey Salomón!" Luego, formando una procesión debían volver a Jerusalén. Entonces Salomón se sentaría en el trono de David. Los siervos de David bendijeron al rey por esta decisión.

Los acontecimientos siguieron exactamente el curso que David había ordenado. Los habitantes de Jerusalén tuvieron una gran celebración. Tocaron música y gritaron de alegría. No pasó mucho tiempo antes que Adonías y sus huéspedes escucharon el bullicio.

Jonatán, hijo de Abiatar, fue a la fiesta de Adonías para notificarlo que Salomón había sido elevado al trono. También le dijo cómo los siervos de David lo habían felicitado por la decisión de hacer rey a Salomón, y que David había ofrecido alabanzas al Señor una vez que Salomón hubo sido hecho rey. Este mensaje los sacudió tanto que se levantaron y regresaron a sus casas.

Adonías temía por su vida y huyó a la tienda donde se guardaba el arca del Señor. Allí se aferró a los cuernos del altar. En algunos casos, por ejemplo, en casos de homicidio involuntario, el aferrarse a los cuernos del altar era una garantía de protección. A pesar de su deliberada sublevación, Adonías esperaba hallar protección en el altar. Cuando Salomón oyó lo que Adonías había hecho, le prometió protección con la condición de que no volviera a sublevarse contra él.

De esta manera Salomón llegó a ser rey sobre Israel. El Señor lo había escogido hace mucho tiempo ya para ese oficio y ahora fue elevado al trono. Era preciso que el Señor mismo diese al pueblo su rey y líder. Su nombre era Salomón*. Bajo su gobierno florecería el reino de *paz*.

*En su forma hebrea, esta palabra está relacionada a *shalom* que significa *paz* en el sentido de totalidad, entereza, integridad.

Nuestro rey, el Cristo, también nos es dado por Dios. El establece el reino en el cual hay paz eterna. Salomón sólo fue un tipo de ese rey.

La justicia del rey. No podía haber paz en el reino si no se ejercía la justicia y si el pecado no era castigado. Todo crimen que no había sido vengado se convertiría en una maldición para el reino. Durante el reinado de David se habían cometido crímenes que David no pudo o no quiso castigar. Por eso, antes de morir, David ordenó a Salomón cuidar que la justicia siguiera su curso. Subrayó enfáticamente que Salomón debía gobernar conforme a la palabra del Señor y andar en sus caminos. Entonces el Señor confirmaría su promesa de que la casa de David permanecería para siempre. Después de eso murió David.

Salomón actuó conforme al consejo de su padre y ejerció la justicia. Al comienzo mismo de su reinado se vio obligado a juzgar a Adonías. Se dio cuenta que éste seguía tramando sublevaciones contra él. Por eso ordenó su muerte, no porque Adonías fuese una amenaza para Salomón sino porque no se sujetaba a aquel que el Señor había escogido como cabeza del pacto. Adonías fue ejecutado porque había rechazado el pacto de Dios con Israel.

Abiatar, el sumo sacerdote que se había unido a la sublevación de Adonías, fue expulsado por Salomón. Tuvo que salir de Jerusalén y volver a su propia tierra. Salomón le perdonó la vida porque había compartido las aflicciones de David y había sido sumo sacerdote durante su reinado. Sin embargo, ahora Abiatar fue destituido de su oficio de sumo sacerdote. Con este paso al fin se cumplió completamente el juicio sobre la casa de Elí. Desde entonces el único sumo sacerdote fue Sadoc. Sadoc era de otro linaje, del linaje de Eleazar, el hijo y sucesor de Aarón.

Cuando Joab oyó lo que había ocurrido con Adonías y Abiatar, comprendió que Salomón también haría juicio con él. David le había dado instrucciones de hacerlo. En efecto, el rey envió a Benaía para dar muerte a Joab. Pero Joab huyó a la tienda del arca y se aferró a los cuernos del altar. Joab sólo estaba pensando en la parte que había tenido en la sublevación de Adonías, sin recordar que había matado a Abner y Amasa. En cuanto a estos dos crímenes, no había protección para él junto al altar.

Benaía vaciló cuando halló a Joab allí. Pero por mandamiento expreso de Salomón, Joab fue muerto junto al altar. Aun así, Salomón hizo arreglos para sepultarlo. El rey no olvidaba lo que Joab había hecho en

el servicio de su padre. Por eso le dieron a Joab un sepelio decente en su propio sepulcro.

Por orden de David, Salomón también juzgó a Simei. El juicio fue sumamente leve. Simei debía vivir en Jerusalén y presenciar la gracia del Señor sobre la casa de David, casa que él había maldecido tan terriblemente. Pero si se atrevía a salir de Jerusalén, aunque por brevísimo tiempo, seguramente moriría. Posteriormente Simei infringió esa condición al ir detrás de esclavos que se habían escapado. En consecuencia, fue matado por orden de Salomón. Salomón había visto correctamente la dirección del Señor en este asunto: el Señor no quería que Simei muriese en paz.

Por otra parte, el rey honró a aquellos que habían bendecido a David. En esto también cumplió las órdenes de David. Los hijos de Barzilai, por ejemplo, comieron de la mesa del rey.

Sin justicia no hay paz. El Cristo será rey eterno en su reino de paz, pero también juzgará a los enemigos que no quisieron aceptarlo como rey.

Honrado entre las naciones. Al comienzo de su reinado, Salomón se casó con la hija del rey de Egipto. El matrimonio con una mujer egipcia no constituía un pecado contra la ley del Señor. Sin embargo, esa mujer no debía introducir su idolatría en Israel. Aparentemente esta egipcia no intentó hacerlo. Sin embargo, Salomón no la trajo a la casa de David, junto a la cual David había levantado una tienda para el arca del Señor. Puesto que esos lugares eran santos para Salomón, no quiso llevar la egipcia cerca de ellos. Con esto demostró que respetaba los principios de su padre, y honraba el pacto del Señor.

En realidad, fue un hecho significativo que el rey de Egipto dejara a su hija casarse con el rey de la otrora despreciada y oprimida nación de esclavos. Era evidente que Israel había asumido un lugar de honor en medio de las naciones. Este reconocimiento debe entenderse como una profecía de que algún día todas las naciones honrarán al gran Rey que saldrá de Israel. En su nombre las naciones adorarán a Dios.

Sabiduría para gobernar el pueblo con justicia. En aquel entonces Jerusalén todavía no tenía templo. El tabernáculo estaba en Gabaón y el arca descansaba en una tienda en la ciudad de David. No había un santuario central al cual el pueblo pudiese venir para adorar a Dios. Todavía ofrecían sus sacrificios en los lugares altos en toda Canaán y Gabaón.

A principio de su reinado, Salomón quiso buscar al Señor. Por eso fue a Gabaón y ofreció mil ofrendas quemadas. Con este enorme sacrificio consagró todo su reino al Señor.

El Espíritu del Señor Jesucristo estaba en él. Cristo se dio enteramente a Dios. De esta manera se puede decir que Salomón amaba al Señor.

En Gabaón el Señor apareció a Salomón en sueños. El sueño era una respuesta del Señor a la consagración que Salomón había hecho de su vida. En el sueño Dios le dijo: "Pídeme lo que quieras". En su respuesta Salomón reconoció que había sido dado a Israel en lugar de su padre para ser cabeza y rey de la nación, y que por eso llevaba una pesada carga de responsabilidad. ¿Cómo podría gobernar al pueblo en el espíritu de su padre David, el hombre que había vivido conforme al corazón de Dios? ¡Todavía era tan joven y tan incapaz de llevar a cabo su llamamiento! En esto Salomón no pensaba en sí mismo sino en su llamamiento como cabeza del pueblo. Quería un corazón entendido para gobernar a su pueblo con justicia.

Esta elección agradó al Señor. Puesto que Dios vio en él el Espíritu del Cristo, la cabeza del pacto, le dio tanta sabiduría que no pudo ser comparado con ningún otro sabio. Además le dio riquezas y honores mayores que todos los reyes de su tiempo. Y le prometió una larga vida también si seguía andando en los caminos del Señor.

Al despertar, Salomón comprendió que había estado soñando. Sin embargo, sabía que el Señor mismo se le había revelado en el sueño y que su palabra se cumpliría.

Después Salomón regresó a Jerusalén y se puso delante del arca del Señor. Allí ofreció sacrificios quemados y sacrificios de paz para honrar al Señor por la promesa que le había hecho. Habiendo ofrecido el sacrificio de paz, Salomón tuvo un banquete con todos sus oficiales. Allí comieron y bebieron en comunión con el Dios de Israel para que ellos pudiesen guiar al pueblo en esa misma comunión.

El escudo de la tierra. Muy pronto el pueblo notó el extraordinario don que Dios le había dado en su rey. Dos mujeres llegaron al rey. Una acusaba a la otra de haber robado su niño, porque el suyo había muerto. La otra protestaba y dijo que el bebé vivo era suyo. Ambas acudieron al rey para que tomase una decisión sobre su disputa. ¿Cómo podía determinar Salomón quién era la verdadera madre del niño?

La sabiduría que Dios le había dado iluminaba su entendimiento. Declaró el juicio: mandaría matar al niño vivo y entregaría un mitad de él a

cada madre. Inmediatamente se opuso la auténtica madre; ella quería proteger al niño aunque perdiese su derecho sobre él. En esto Salomón vio claramente quién era la madre, y le devolvió su hijo.

Todo Israel oyó de este juicio de Salomón. El pueblo temía a su rey. Miraban con respeto la sabiduría que Dios le había dado. Los incrédulos estaban horrorizados porque comprendían que no podrían ocultarse de semejante sabiduría. La gente que temía al Señor se sentía segura bajo este escudo que el Señor les había dado.

Nunca más volvió a vivir una persona con tanta sabiduría como la de Salomón. En esa sabiduría era un tipo del Señor Jesucristo quien conoce a los malvados y se convierte en escudo de todos los que le temen. ¡Cuán seguras están nuestras vidas bajo ese escudo! El nos protege siempre. También lo hace a través de los medios que nos ha provisto en esta vida. Los gobiernos terrenales son uno de esos medios. También el gobierno nos ha sido dado por Cristo como un escudo terrenal. Las Escrituras dicen que los escudos terrenales son del Señor (Sal. 47:9). Por eso en nuestras oraciones pedimos al Señor que conceda a estos gobiernos algo de la sabiduría de Cristo, para que de veras puedan ser un escudo para nosotros.

La gloria del rey y del reino. Además de la sabiduría que Salomón había pedido, Dios le dio cosas que no había pedido, es decir, riquezas y honor. Contó con una corte enorme con muchos siervos. Las necesidades diarias de la corte eran casi incalculables. Los alimentos no solamente provenían de Canaán, sino de todos los países que habían sido subyugados. Además, las naciones subyugadas pagaban impuestos a Salomón. Su reino se extendía sobre una zona muy vasta. Tuvo un gran ejército con carros y caballería. Salomón tenía todas las cosas muy bien organizadas y su ejército estaba bien provisto.

Lo más glorioso fue la prosperidad y paz que Salomón trajo a Israel. El pueblo creció mucho y se regocijaba en la vida que Dios le daba. Cada uno vivía en la seguridad de su propia parra y bajo su propia higuera.

Este maravilloso reino de paz anticipaba un reino de paz mucho más glorioso que algún día el Cristo establecería. Mediante el perdón de nuestros pecados, el nos concede paz con Dios, y también paz con nosotros mismos, paz con los demás, y paz con la vida misma. El nos concede la vida y la posesión de esta tierra. En esta vida su pueblo recibe to-

dos estos bienes como garantía o promesa de lo que poseerá eternamente. En ese reino el Rey es coronado de gloria y honra.

El significado de la creación es revelado. Salomón no sólo tuvo la sabiduría para gobernar a su pueblo con justicia, sino en su sabiduría también comprendió mucho mejor que otras personas el significado de la vida y de la creación. Lo comprendió mejor que los sabios de su día y de todos los tiempos. Compuso tres mil proverbios en que daba consejos para la vida, para ancianos y jóvenes, para ricos y pobres, para reyes y siervos.

Además, compuso más de mil canciones. Ellos cantaban de la gloria que es vivir con el Señor en su pacto. En su sabiduría habló de todas las criaturas, de plantas y animales, desde los más grandes hasta los más pequeños. Veía sentido en todas esas criaturas, pues en ellas veía los propósitos del Señor. De esa manera abrió para nosotros el libro de la creación y de la vida. La gente acudía de todas las naciones para oír su sabiduría.

Salomón pudo hacer todo esto porque el Espíritu del Cristo habitaba en él. Dios nos ha dado al Cristo para que sea nuestra sabiduría. Nos ha revelado el significado de la vida. Ya no tenemos que transitar por la vida como ciegos. Cristo nos explica los propósitos de Dios para con sus criaturas y el propósito de Dios para nuestras vidas. ¡Cuán maravilloso es el reino de Dios! En ese reino hay sabiduría para todos los ciudadanos. Si mediante la fe nosotros vivimos con el Señor en su pacto, entonces somos ciudadanos de ese reino. Entonces el mundo y la vida entera se nos abrirá.

24: El palacio de su santidad

1 Reyes 5—9

Había llegado el momento para que el tabernáculo fuese reemplazado por el templo, la "morada permanente" de Dios. La necesidad de un templo estaba relacionada al cambio de la situación en Israel. El reino ya se había establecido firmemente en Israel. Particularmente bajo Salomón el reino fue un anticipo del reino de Dios. En la gloria del templo, el palacio de la santidad de Dios, se veía claramente que el Señor vivía en medio de su pueblo como rey de Israel.

Sin embargo, no debemos olvidar que una característica particular del reino de Dios es que él gobierna sobre todas las cosas a través de un ser humano, así como ahora reina a través de Cristo. Esto también fue anticipado en Israel. Por eso la construcción del templo está estrechamente relacionada con la construcción del palacio de Salomón. Primero se nos menciona la construcción del templo, y luego la construcción del palacio de Salomón, y, finalmente las provisiones hechas para amueblar y equipar el templo. La construcción del templo tardó siete años, y la del palacio real trece años. Aparentemente durante aquellos trece años también se preparó el mobiliario y el equipo del templo, de modo que el templo pudiese ser consagrado al término de los veinte años.

La construcción del templo y la del palacio están estrechamente relacionadas. Por eso, si queremos hacer resaltar la intención de las Escrituras al contar esta historia, debemos subrayar que, mientras Salomón construía su magnífico palacio, no estaba buscando su gloria personal sino su honor como rey del reino de Dios. Su palacio real compartía el esplendor del palacio de la santidad de Dios.

En cuanto al significado del templo como una señal de la presencia de Dios en medio de su pueblo, véase el capítulo referido al establecimiento del tabernáculo (tomo I, pp. 307-314). Recuérdese que Dios no limitó su presencia al templo terrenal, como señaló Salomón en su oración (1 R. 8:27). La presencia de Dios llena todo el cielo y toda la tierra. Lo que el templo debía simbolizar no era simplemente la presencia de Dios, sino la presencia de su *gracia*. Dios usó el templo para mostrar que El estaba presente en medio

de su pueblo como el Dios del pacto.

Lo que Salomón pidió en su oración era precisamente una revelación de esa clase. El templo era una sombra de la presencia de la gracia de Dios en Cristo y una profecía que señalaba hacia el día cuando toda la tierra será llena de la gracia de Dios.

Pensamiento clave: *El Señor establece el palacio de su santidad en Israel.*

Preparativos para la construcción. Cuando Salomón llegó a ser rey, Hiram rey de Tiro, un buen amigo de David, envió una delegación para felicitar a Salomón en el día de su asunción al trono. Salomón utilizó la oportunidad que le daba esa delegación para comenzar negociaciones con Hiram en cuanto a la construcción de un templo en Jerusalén. Salomón quería hacer un acuerdo comercial con Hiram. Primero recordó a Hiram que David ya había tenido el propósito de edificar el templo, pero que el Señor le había dicho que ese templo sería construido por su hijo, a quien el Señor concedería descanso. Ahora Salomón se proponía dar cumplimiento a esa palabra de Dios. Necesitaría madera del cedro del Líbano, que crecía en la tierra de Hiram. Salomón quería enviar sus siervos a Hiram para que pudiesen comenzar a cortar la madera bajo la supervisión de los hombres de Sidón.

Hiram se regocijó y alabó al Señor cuando vio que Salomón quería gobernar en el espíritu de su padre David. Hiram había visto algunas de las bendiciones del gobierno de David y tenía gran respecto por el Dios de Israel, aunque él no se había convertido de todo corazón a ese Dios. Hiram siguió siendo un pagano, pero apreciaba las bendiciones que fluían del reino que el Señor había establecido en Israel. Muchas veces los incrédulos reconocen algo de las bendiciones de Dios.

Se hizo un convenio: Hiram acordó que haría llegar la madera a alguno de los puertos de Canaán. En cambio, Salomón se ocuparía de proveer alimentos para la corte de Hiram.

Cuando comenzaron los trabajos de la construcción, se veía claramente cuánta sabiduría había dado Dios a Salomón. Esa sabiduría lo guió en la organización de tan enorme tarea. El rey reclutó a 30.000 trabajadores de todas partes de Israel y los dividió en tres grupos de 10.000 hombres cada uno. Cada grupo trabajaba un mes en el Líbano y luego regresaba por dos meses. Salomón instituyó trabajos forzados para los cananeos que todavía vivían en Canaán. A setenta mil de ellos los hizo llevar cargas pesadas. Otros ochenta mil sirvieron como picapedreros porque en la construcción del templo se necesitaba gran cantidad de pie-

dra. Esta piedra también venía del Líbano. Allí mismo la cortaban en bloques.

Los trabajadores eran supervisados por 3,300 capataces. El trabajo se realizó armoniosamente, tal como Salomón lo había planeado. En todos estos acontecimientos el Señor estaba obrando a través de la sabiduría de Salomón. En efecto, era el Señor quien había dado origen a todo aquello y estaba impulsando a la gente a hacer el trabajo. Dios mismo guió a Salomón y sus hombres en los preparativos para la construcción del templo que luego sería su morada en Israel.

La construcción del templo. La construcción del templo comenzó en el cuarto año del reinado de Salomón, unos 480 años después del éxodo de Israel de la tierra de Egipto. Ahora comenzaba un nuevo período para el pueblo de Israel. El reino se había establecido con gloria entre ellos, y el Señor les había mostrado que él mismo era el rey glorioso de Israel. Por eso era apropiado que el Señor viviese en medio de su pueblo en una casa gloriosa. Además, el Señor había hecho un pacto con David, según el cual un rey que gobernaría eternamente al pueblo de Dios vendría de la simiente de David. El reino del Señor se expresaría en este reino de la casa de David. Mediante el pacto con David, todo esto había sido firmemente establecido. Ahora el Señor no debía seguir viviendo en una tienda; debía tener un templo como morada permanente.

De esta manera Salomón edificó una casa al Señor, utilizando el tabernáculo como modelo. Igual que el tabernáculo, el templo fue dividido en tres áreas: el lugar santo, el lugar santísimo, y el patio exterior. Igual que en el tabernáculo, el lugar santísimo en el templo tenía la forma de un cubo. Pero en el caso del templo todas las medidas fueron duplicadas. Además, el patio exterior del templo fue dividido en varios otros patios. Junto a las paredes laterales, Salomón hizo tres pisos de habitaciones para todo tipo de servicios. En el interior, el muro de piedra fue recubierto de madera. Todo el material, tanto la piedra como la madera, había sido cortada con anterioridad de manera que la construcción del templo podía llevarse a cabo silenciosamente; no se oían golpes de martillo ni de hacha, ni ruido de serruchos. Era como si los obreros israelitas estuviesen profundamente impresionados por la santidad de la casa que estaban construyendo.

Después que hubo comenzado la construcción, vino palabra del Señor a Salomón con la promesa de que el Señor viviría en medio de Israel y guardaría su palabra referida a la casa de David. Al mismo tiempo esta

palabra del Señor llamó a Salomón a andar conforme a todos los mandamientos e instrucciones del Señor. Esta revelación dio a Salomón más fuerza a medida que progresaba la construcción y le ayudó a entender otra vez la santidad del pacto del Señor.

Los muros de la casa del Señor fueron recubiertos de oro. En este oro resplandecía la gloria y la santidad del Dios del pacto. El enchapado de oro fue decorado con grabados de botones de rosas, flores abiertas, querubines (ángeles) y palmeras. En el desierto el tabernáculo no pudo haber sido decorado con grabados de palmeras, pero ahora Israel vivía en la tierra de paz. En el lugar santísimo el rey colocó dos estatuas de querubines, cuyas alas extendidas se tocaban la una a la otra, y también tocaban los muros. Estas inmensas estatuas también fueron hechas de madera y recubiertas de oro.

La construcción del templo tardó siete años y se terminó en el décimo primer año del reinado de Salomón. El templo representaba la tierra entera que algún día sería santa al Señor.

La construcción del palacio real. Inmediatamente después de haber terminado el templo, Salomón comenzó la construcción del palacio real. Que Dios era rey sobre Israel se expresaba en el hecho de que había dado a Israel un rey que gobernaba en su nombre. Por eso era preciso que el palacio real estuviese estrechamente ligado al templo. El palacio tendría que compartir la gloria del templo. Tendría que ser un edificio glorioso también.

El palacio consistía de diferentes partes. Adelante se hallaba el salón del bosque del Líbano. Este salón tomó su nombre de la planta baja, que se componía de cuarenta y cinco columnas de cedro. Esta parte del palacio servía como el arsenal del rey, un cuarto de depósito para las armas. Detrás estaba la sala de entrada con el salón de justicia. Allí fue ubicado el trono donde el rey daba audiencias y juzgaba los asuntos legales. Luego venían las habitaciones del propio rey, y detrás de ellas había un ala apartada para la reina, la hija de Faraón.

Este palacio también era un edificio maravilloso. En el esplendor del rey de Israel el pueblo podía ver un reflejo de la gloria de Dios. ¿Acaso nuestro Rey, el Señor Jesucristo, no fue también exaltado en gloria por Dios y hecho habitar en moradas celestiales, para que nosotros viésemos la gloria de Dios en el esplendor de nuestro Rey?

El mobiliario y los utensilios del templo. La construcción del palacio del rey demoró trece años. Durante esos años se hicieron el mobiliario y los utensilios del templo. Salomón no quería poner los altares del tabernáculo, el candelero, la mesa de los panes de proposición y la fuente de cobre, y todos los demás utensilios en el templo. Allí se verían demasiado pequeños. Por eso hizo hacer muebles y utensilios nuevos conforme al tamaño del templo. La fuente de cobre fue reemplazada por un "mar" de bronce (una pila grande y redonda) sostenido por doce bueyes fundidos de bronce, además de diez basas movibles, cada uno sobre cuatro ruedas. En lugar de un candelero hubo diez candeleros. Pero no hizo un arca nueva. La señal especial de la presencia de Dios seguía siendo la misma que en el desierto.

Para ocuparse del trabajo más delicado, Hiram, el rey de Tiro, envió a Salomón un maestro en artes manuales cuyo nombre también era Hiram. Este artesano era especialmente dotado en el trabajo detallado.

Este hombre primero dirigió su atención a las dos columnas que debían ser levantadas en el patio anterior o pórtico del templo. Eran columnas altas con capiteles delicadamente decorados. Estas dos columnas eran completamente únicas en este sentido: cada una recibió un nombre individual. Una de ellas fue llamada *Jaquín* ("él confirma"), y la otra *Boaz*, ("en él hay fuerza"). Ambos nombres señalaban al hecho de que ese gobierno real sería seguro para siempre. Salomón podía dar estos nombres a las columnas basado en la promesa del pacto hecha a David. Es cierto que aquel templo fue destruido posteriormente, pero el gobierno soberano de Dios sobre su pueblo, mediante un hijo de la casa de David, permanece para siempre en el Cristo.

Había sido el deseo de David construir una casa para el Señor. Al no serle permitida la ejecución de su plan, David hizo numerosos preparativos y juntó materiales que ahora usó Salomón. David había juntado tantos tesoros para la construcción del templo que Salomón no pudo usarlos. Los tesoros que no fueron usados por Salomón fueron guardados para ser utilizados a su tiempo en el santo servicio.

La presencia del Señor en el templo. Cuando todo estuvo terminado, Salomón reunió a los representantes de todo el pueblo para traer el arca del pacto al templo. En una imponente procesión, los sacerdotes llevaron el arca y todo el mobiliario y los utensilios que se habían utilizado en la tienda que David había levantado para el arca. A medida que avanzaba esta procesión, Salomón y todo el pueblo ofrecieron innume-

rables sacrificios.

Finalmente, los sacerdotes pusieron el arca en su lugar, en el lugar santísimo, es decir, en el santuario interior debajo de los querubines. En el interior del arca se encontraban las tablas de piedra sobre las cuales se había grabado la ley del pacto. Tan pronto como los sacerdotes salieron del santuario, una nube llenó el templo y los sacerdotes no pudieron continuar con el servicio. Allí fue revelada la gloria del Señor, es decir, la gloria de su gracia. Esta casa sería la prueba de que el Señor moraría en medio de Israel conforme a la gracia de su pacto.

En esto Israel fue bendecido ricamente. Es cierto que el templo ya no existe, pero hoy la morada del Señor entre los suyos es mucho más gloriosa. La plenitud de su gracia estaba en el Cristo y todavía está en él. En su gracia vino a vivir en su pueblo cuando fue derramado el Espíritu Santo.

Ahora piensen por un momento en el oro resplandeciente del templo. En él resplandecía la santidad del Señor. Dios quiere santificar a su pueblo para que su santidad sea glorificada en él. También en nuestros días el Señor es Rey glorioso en medio de su pueblo.

Sobrecogidos de gozo por esta señal de la morada de Dios en medio de su pueblo, Salomón dijo: "Jehová ha dicho que habitaría en la oscuridad". El Señor todavía escogió habitar en el oscuro santuario interior, detrás de las cortinas (el lugar santísimo) y estaba ocultando mucha de su gloria en la nube. Todavía no había tomado lugar la reconciliación por medio de la cruz de Cristo. Algún día, gracias al Cristo, la gloria de Dios se verá en todo su esplendor. Salomón estuvo agradecido porque ahora había un lugar permanente para la casa de Dios.

Luego Salomón se volvió y miró hacia el pueblo. El que era el rey y cabeza de Israel procedió a bendecir al pueblo en el nombre del Señor. Al bendecir a su pueblo, Salomón recordó el pacto hecho con David y alabó al Señor por el cumplimiento de la promesa. El pueblo estuvo de pie para recibir esta bendición. Y nosotros en fe recibimos la bendición de nuestro Rey celestial.

La oración del rey. Luego el rey se arrodilló delante de todo el pueblo y extendió sus manos hacia el cielo y oró diciendo: "¡No hay Dios como tú! Has cumplido tu promesa a David. Junto con esa promesa nos has llamado a andar delante de tu rostro. Cúmplase ahora tu promesa. Es cierto que no habitas en templos hechos con manos, porque con tu presencia llenas los cielos y la tierra. ¡Que sea conocida entre nosotros la

presencia de tu gracia perdonadora! ¡Muéstranos que tus ojos están abiertos sobre esta casa de noche y de día, escuchando las oraciones que elevamos a ti desde este lugar! Señor, cuando la gente venga aquí buscando justicia, óyela. Maldice al pecador y bendice al justo. Cuando visites a tu pueblo debido a sus pecados, o cuando sus enemigos lo derroten, o cuando envíes una sequía, o una cosecha escasa, y el pueblo vuelva a ti confesando sus pecados, entonces, Señor, oye y perdona y rescátalo. Y si uno de tus hijos aquí presente clama a ti confesando su pecado, óyele, y perdónale, para que los hombres te teman todos los días de su vida. Y cuando viniere un extranjero de otra nación del mundo y te invocare aquí, óyelo y respóndele para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre. Cuando tu pueblo salga a la batalla y ore a ti en este lugar, dále victoria sobre sus enemigos. Aun cuando tu pueblo haya sido llevado al cautiverio por causa de sus pecados, y clame a ti en tierra extraña, recordando este lugar y este templo, oye y perdona, oh Señor, y tráelo de vuelta. Muestra en todo esto, oh Señor, que este pueblo es tu pueblo escogido".

Luego Salomón volvió a bendecir al pueblo. Alabó al Señor y pronunció una bendición diciendo: "Que el Señor incline constantemente nuestros corazones para servirle. Entonces Israel vivirá en honra, y todas las naciones sabrán que el Señor, y sólo él, es Dios".

La dedicación del templo. Después de esta bendición Salomón y todo el pueblo de Israel dedicaron el templo por medio de miles de ofrendas de paz. El rey tuvo que consagrar la parte central del patio anterior como altar, porque el altar designado para las ofrendas quemadas fue demasiado pequeño para recibir todos aquellos sacrificios.

En relación con las ofrendas de paz, Salomón y el pueblo celebraron un banquete sacrificial. El rey y el pueblo eran uno en su comunión con el Señor. Durante siete días celebraron juntos. Al octavo día Salomón envió al pueblo a sus casas. El pueblo bendijo a su rey y regresó a sus casas lleno de gozo por la bondad que el Señor había dado a Israel debido a su pacto con David. Como resultado, la vida se convirtió en una fiesta constante para los israelitas.

En nuestros tiempos la situación del pueblo de Dios no es distinta. Hoy el pueblo de Dios también podría ofrecer miles de sacrificios al Señor porque cada día tiene el privilegio de consagrarse con todas sus posesiones al Señor por amor de Cristo. En comunión con su Rey, el Señor Jesucristo, el pueblo se goza de la bondad del Señor. Para los creyentes,

entonces, la vida se convierte en una fiesta continua. Especialmente en la iglesia el pueblo de Dios es constantemente fortalecido en su comunión con el Señor.

La respuesta del Señor a la oración. Después de la ceremonia dedicatoria en el templo, el Señor volvió a aparecer a Salomón en un sueño, tal como lo había hecho en Gabaón al comienzo de su reinado. El Señor le dijo que había escuchado su oración y que había santificado la casa que Salomón le había construido. Sus ojos y su corazón estarían siempre allí para revelar su gracia. Pero el rey tendría que andar en los caminos del Señor, pues sólo entonces el Señor cumpliría la promesa hecha a David. Si Salomón y su casa se apartaran del Señor para servir a otros dioses, el Señor desarraigaría a Israel de aquella tierra. El templo, que en ese caso sería destruido, se convertiría en una desgracia para Israel y en una señal del juicio que Dios había traído sobre su pueblo.

Sin embargo, el Señor siempre seguiría fiel a su promesa hecha a David; nunca quebrantaría su palabra. Pero si el rey y el pueblo se volvían infieles, el cumplimiento de la promesa resultaría en vergüenza y desgracia, en forma de juicio.

El pueblo y el rey sí fueron infieles. Pero en contraste con su infidelidad, la fidelidad de la gracia del Señor en el eterno y soberano reino del Cristo resplandece en forma tanto mayor.

La organización del reino. Salomón construyó muchos otros edificios. Edificó ciudades y las fortificó. Hiram, el rey de Tiro, le prestó dinero para hacer estos proyectos. Salomón no quería utilizar los tesoros de la casa del Señor para estas obras.

Salomón pensaba pagar a Hiram dándole veinte ciudades en el norte del país, ciudades todavía ocupadas principalmente por cananeos. Pero Hiram no quería aceptar aquellas ciudades como forma de pago; le resultaban demasiado insignificntes. Lo más probable es que Salomón haya pagado la deuda luego de sus propios recursos. Esta propuesta de parte de Salomón no significó la pérdida de ninguna parte de la herencia de Israel.

El rey fortaleció los muros de Jerusalén. En todas partes de la tierra construyó ciudades de almacenamiento y ciudades para guardar sus carros. Salomón terminó de subyugar a los cananeos que aún habitaban en la tierra, y los sometió a trabajos forzados en obras públicas. Los israelitas mismos eran un pueblo libre.

La reina, la hija de Faraón, fue a vivir en su palacio. También fue regulado el servicio de adoración en el templo. Las grandes festividades ahora se realizaban en Jerusalén. Se prohibió que se ofrecieran los sacrificios al Señor más tiempo en los lugares altos.

Junto con Hiram, Salomón construyó una flota de barcos en una bahía del Mar Rojo. La flota iba y venía a Ofir, trayendo mucho oro a los tesoros del rey.

El reino era fuerte y bien organizado. ¿Acaso no había peligro que el rey y el pueblo comenzaran a confiar más en la fuerza del reino que en la gracia del Señor? Si cometía ese error, el pueblo con su rey serían alejados del Señor. Entonces el pecado no estaría lejos. Con todas las bendiciones y todas las fuerzas que el Señor nos concede, aún debemos permanecer humildes delante de él.

25: La luz del mundo

1 Reyes 10—11

Cuando el Señor pronunció su juicio sobre el pecado de Salomón, dijo que daría una tribu a su hijo, "por amor a David, mi siervo y por amor a Jerusalén, la cual yo he escogido". Aquí se menciona a Jerusalén como la ciudad especialmente escogida por el Señor. Más adelante, en 1 Reyes 11:36, esta afirmación es ampliada: Jerusalén es "la ciudad que yo me elegí para poner en ella mi nombre".

El Señor escogió a Jerusalén para revelar allí su nombre. Esta revelación de gracia debía ser una luz para el mundo. Por amor al Cristo que vendría del linaje de David, el Señor dio su revelación en Jerusalén. Debido a su insistencia en revelarse a sí mismo en Jerusalén, podemos estar seguros de que Dios mantendrá la casa de David. La lámpara de David no será extinguida.

Mientras Salomón vivía a la luz de la revelación de la gracia, fue un rey verdaderamente iluminado. Fue una luz para este mundo. La reina de Sabá lo honró como lo merecía. En 1 Reyes 10:1 leemos que ella oyó de la fama que Salomón "había alcanzado por el nombre del Señor". En todo el mundo se sabía que Salomón debía su sabiduría a la gracia del Señor. De esa manera la reina de Sabá encontró la luz de la gracia. Por eso Cristo pudo referirse a la visita de la reina de Sabá a Salomón cuando habló de su rechazo a manos de los judíos (Lc. 11:29-32).

Esto no significa que la reina de Sabá haya llegado a ser una verdadera creyente. Ella se sintió asombrada ante la gloria de esa luz y la solución que ofrecía a las preguntas más profundas de la vida. Pero su asombro no es prueba de que su corazón haya aprendido a descansar en la verdad de la gracia de Dios en el Redentor.

Sin embargo, Salomón se apartó de su dependencia de la revelación divina de la gracia. Comenzó a confiar en su propia sabiduría y discernimiento. Como resultado, llegó a ser el "monarca iluminado" de su tiempo. Esta clase de "iluminación" siempre lleva a demasiada tolerancia. A ella se debieron los altares dedicados a los ídolos cerca de Jerusalén, el lugar donde Dios se revelaba a sí mismo.

Diez tribus serían quitadas de la casa de David; sólo una quedaría. En cuanto a los números se refiere, esta declaración no es exacta. Judá per-

maneció en la casa de David, junto con una gran parte de la tribu de Benjamín, y la tribu de Simeón, cuyo territorio estaba rodeado por el de Judá. En este contexto el número diez debe ser considerado un símbolo de la plenitud. "Israel" según la carne, se aleja de la casa de David. Sin embargo, la misericordia se sobrepone al juicio: una tribu permanece. Un remanente es salvado. Aquí, en esta gracia en medio del juicio, tenemos la presencia de la luz para el mundo.

1 Reyes 11:40 vuelve a señalarnos el versículo 26: puesto que Jeroboam levantó su mano contra el rey, Salomón trató de matarlo. Es probable que Jeroboam haya levantado aquella revuelta entre las tribus de José mientras se construían los muros de Jerusalén, ocasión que le dio autoridad sobre muchas personas.

El incentivo para la sublevación fue la promesa que el Señor le había dado a través del profeta Ahías. Esa respuesta de parte de Jeroboam fue por cierto un abuso de la promesa. Una vez David había recibido una promesa similar, pero no por eso levantó su mano contra Saúl. Jeroboam debía haber esperado el cumplimiento de la promesa por la mano de Dios mismo.

Sin embargo, hubo una gran diferencia entre la situación de Jeroboam y la de David. Jeroboam debe haber sabido que Israel sería bendecido eternamente en la casa de David, porque así lo había prometido el Señor. Cuando Ahías anunció el juicio sobre la casa de Salomón, Jeroboam debería haber tratado de evitar dicho juicio mediante la oración. En su lugar, aceptó demasiado pronto la promesa aun cuando también contenía juicio para él mismo. Debido a esta ansiedad, sus actos son condenados desde el comienzo mismo. Jeroboam no conocía el santo temor de la gracia del Señor.

Pensamiento clave: *La única luz del mundo es la revelación de la gracia del Señor en el Cristo.*

La luz del mundo en la sabiduría de Salomón. La fama de la sabiduría de Salomón se difundió en todas las naciones. Llegó también a oídos de la reina de Sabá. El pueblo de su reino oyó que Salomón debía su sabiduría a la revelación de la gracia del Señor. Salomón daba toda la honra al Dios que había hecho un pacto con Israel.

La reina de Sabá viajó en persona a Jerusalén para oír la sabiduría de Salomón y discutir con él algunas de las preguntas más profundas de la vida. La reina llegó con una impresionante comitiva e hizo a Salomón todos los interrogantes que le preocupaban. No hubo una sola pregunta que Salomón no pudiese responder. No solamente fue imposible atraparlo en sus propias palabras, sino que una y otra vez la luz de la sabiduría más alta iluminaba las tinieblas de la mente pagana de la reina. En esto Salomón fue un tipo del Cristo quien siempre dio respuestas reveladas por Dios en su gracia del pacto. La solución a todas las preguntas fundamentales de la vida se encuentra en la gracia del Señor.

Cuando la reina de Sabá oyó las sabias palabras de Salomón y vio todo el esplendor y las riquezas de su corte y el orden de las ceremonias, no pudo contener su asombro y éxtasis. Si un tipo del Cristo podía impresionarla de tal manera, ¡piense en la impresión que el Cristo mismo debe hacer en cada uno de aquellos que le conocen por fe!

La reina de Sabá confesó que no había oído ni la mitad de lo que ahora veía y oía. Al principio se había rehusado a creer todo lo que se le decía acerca de Salomón, pero ahora estaba convencida. Consideraba afortunados los siervos de Salomón. La reina alabó al Señor que miraba complacido a Salomón y que lo había puesto sobre el trono de Israel. Por cierto, el Señor debía amar a los israelitas para darles semejante rey. ¡Cuánta verdad veía esta reina pagana! Era el amor eterno por Israel, por amor al Cristo, que impulsaba al Señor a dar a Israel, en Salomón, un tipo del Cristo.

No sabemos si la reina de Sabá llegó a ser una creyente y sometió su corazón a la gracia del Señor. Al alabar al Señor, bien pudo haberlo considerado un dios junto a los dioses de otras naciones. En todo caso, ella había venido de lejos ("desde los confines de la tierra", según las palabras del Señor Jesús) para escuchar la sabiduría de Salomón, y quedó encantada.

Cuando el Señor Jesús estuvo sobre la tierra exhibiendo una sabiduría mucho mayor que la de Salomón, los judíos siguieron indiferentes. Ahora tenemos su sabiduría en su Palabra. Vivimos muy cerca de ella, pero muchas veces ni nos gozamos ni nos asombramos. ¿Podría ser que en el día de juicio la reina de Sabá se levantaría también contra nosotros, porque nuestro éxtasis no ha excedido al de ella?

La reina de Sabá dio a Salomón un gran regalo de oro y piedras preciosas. También le dio una gran cantidad de especias de su país, una abundancia como nunca jamás volvió a verse en Jerusalén. Esto fue a más de los tesoros de oro, joyas y maderas preciosas que Salomón recibió de otras naciones. Con aquella madera seguía decorando el templo y el palacio. El esplendor de Jerusalén nunca sería suficiente para reflejar algo de la gloria del Cristo.

Salomón también dio a la reina de Sabá un regalo digno de su majestad. Ella regresó a su propio país enriquecida en espíritu. ¡Cuánto más nos da Cristo cuando lo adoramos!

En la cumbre de la cultura. El valor del oro que Salomón recibía todos los años casi no podía ser contado. Salomón mandó hacer 200 escu-

dos grandes de oro y otros 300 más pequeños. En ocasiones solemnes estos escudos eran llevados delante del rey. En el sitio donde se dirigía al pueblo y juzgaba en asuntos legales, hizo levantar un magnífico trono recubierto de oro y encrustado con marfil. A cada costado del trono puso figuras de leones y también habían dos leones en cada uno de los seis escalones que conducían hacia el trono. Las figuras de león simbolizaban la soberanía real de Salomón. Los vasos que el rey utilizaba para beber eran de oro macizo.

En aquellos días el valor de la plata fue comparable más o menos al valor de ladrillos comunes, y la costosa madera de cedro valía lo mismo que la madera de higueras silvestres. Una provisión continua de todos estos tesoros peculiares a las naciones vecinas seguían llegando: oro y plata, marfil y monos y pavos reales. Desde Egipto llegaban caballos y carros y las vestimentas más costosas.

La gente venía de todas partes del mundo para escuchar la sabiduría que Dios había puesto en el corazón de Salomón. Salomón estuvo en la cumbre de la cultura de sus tiempos. No había nada que el Señor no le diese porque Salomón había de ser un tipo del Cristo en cuyas manos están todos los tesoros del mundo. El Cristo no desprecia ni rechaza dichos tesoros. El toma posesión de la tierra con todo lo que hay en ella, y algún día volverá a hacerla santa completamente. En otras palabras, algún día el Cristo dará toda la tierra a los que le pertenecen, para que la utilicen para honrar a Dios. Cristo ya está santificando la tierra: en esta vida entrega al mundo a aquellos que le pertenecen para que la utilicen para honrar a Dios. El desarrollo del mundo entero es para Cristo y para su pueblo.

Sin embargo, esa posesión de las riquezas del mundo también es un peligro. El Cristo posee todo lo que es realmente suyo para utilizarlo solamente para la gloria de Dios. ¿Sería capaz Salomón de seguir poseyendo todo lo que Dios le había dado en ese espíritu? ¿Y seremos nosotros capaces de poseer lo que en Cristo es realmente nuestro, sólo para honrar a Dios? Sólo si permanecemos cerca de él y dependemos del poder de su Espíritu podremos usar todas nuestras posesiones para el Señor.

Una tolerancia "iluminada". Salomón no escapó a ese peligro. ¡Cuán fácil le resultaba separar en su mente su sabiduría y riqueza de la gracia del Señor! Además, había otra cosa en la vida de Salomón que lo apartaba del buen camino. Había tomado muchas esposas. También en este sentido quería superar a los demás reyes de su tiempo. Pero a través

de estas esposas costumbres paganas fueron introducidas en la corte.

Entre las esposas habían muchas procedentes de naciones con cuyos habitantes los israelitas no debían casarse. Estas esposas no renunciaban a su idolatría cuando llegaban a Jerusalén. Con el pasar del tiempo ellas lo llevaron a Salomón por caminos equivocados. Ellas lo adulaban diciéndole que era el más iluminado de los reyes de su tiempo. Con esto lograban que Salomón se sintiera orgulloso de la sabiduría que Dios le había concedido. Fue entonces cuando dejaba de ver la sabiduría como un don de la gracia del Señor.

Las esposas de Salomón fueron aún más lejos con sus adulaciones y mentiras. ¿Acaso no debía un rey tan iluminado como Salomón saber apreciar el progreso hallado entre otras naciones? Ese progreso, decían, ciertamente no era don del Señor, el Dios de Israel; era el fruto de otros poderes, que esas naciones veneraban como dioses. Por cierto, Salomón debía reconocer la existencia de esos poderes. Como monarca iluminado, no podía tener una mente tan estrecha que reconociese sólo el servicio del Señor y rechazara la idolatría como mentira y abominación. Salomón seguramente permitiría que sus esposas siguiesen adorando a sus propios ídolos, aunque admitían que el Señor era el Dios de Israel y que era él quien había engrandecido a Salomón.

De esta manera Salomón se descarrió por culpa de sus esposas. Permitió que en las cercanías de Jerusalén fuesen levantado altares para los ídolos—sobre la tierra santa que debía ser purificada de los cananeos para que en ella sólo fuese adorado el Señor. ¡Los ídolos fueron adorados en la presencia misma del Señor, que revelaba la presencia de su gracia en el templo!

Salomón permitió todo esto a pesar del hecho de que Dios le había aparecido dos veces en sueños. ¡Cuán cerca había estado del Señor! ¡Y cuánto se había apartado Salomón de él! ¿Cómo podía permitir el Señor que algo o alguien fuese adorado junto a él? Si no vivimos totalmente por fe en la gracia del Señor, y si no vivimos totalmente *para* el Señor, no le estamos sirviendo exclusivamente a él.

Luz en medio del juicio. El Señor se enojó contra Salomón por este pecado, porque significaba que había quebrado el pacto del Señor. Por amor a la gracia del Señor sobre su pueblo, Salomón y su casa tendrían que ser rechazados, tal como había sido rechazado anteriormente Saúl.

El Señor dijo a Salomón que lo desposeería del reino y lo entregaría a uno de sus siervos. El juicio parecía ser definitivo. Sin embargo, el Señor

se acordó de su pacto eterno con David. David había de tener un hijo que ocuparía el trono para siempre. Esta promesa no podía ser totalmente oscurecida. El Señor permitiría que la casa de David siguiese reinando sobre una tribu.

Parecía que la gran mayoría del pueblo se había perdido para el pacto con David. Sólo un pequeño remanente permanecía bajo la protección de la bendición de esa casa. El Señor lo hizo así porque había escogido a Jerusalén para la revelación de su gracia cuando hizo su pacto con David. La luz que resplandecía en Jerusalén no debía ser oscurecida. Gracias a que la luz de la gracia de Dios seguía resplandeciendo desde allí para todas las naciones, también había continua esperanza para la casa de David.

Además, el Señor prometió que la división en Israel no ocurriría durante la vida de Salomón. También esto se debió al pacto con David. Por amor a ese pacto, el hijo de David era, con toda su sabiduría y esplendor, un tipo del Cristo. No se permitiría que esta luz desapareciese en las tinieblas de un momento a otro. Al final, de esta manera la gracia de Dios hacia Israel, dada a través de la casa de David, se sobrepuso al juicio.

Aun durante la vida de Salomón, el Señor levantó formidables enemigos contra su reino. Desde el sur lo amenazaba Hadad. Hadad era edomita de sangre real, que de alguna forma había escapado cuando Joab había llevado a cabo una serie de ejecuciones en Edom. Hadad había huido a Egipto, pero después de la muerte de David había regresado a su tierra.

Rezón subió al poder en el norte. Allí reunió a una pandilla de hombres que pertenecían originalmente a su señor Hadad-ezer, rey de Siria, que había sido derrotado por David. Este Rezón había tenido éxito en la conquista de Damasco y en el establecimiento de un reino en dicha ciudad.

Pero el enemigo más peligroso fue Jeroboam, un hombre de la tribu de Efraín. Cuando Salomón tomó medidas para completar la construcción de los muros de Jerusalén, le llamó la atención cierto joven de gran habilidad. Este joven, Jeroboam, estaba entre los que trabajaban en el proyecto y fue hecho encargado de todo el trabajo a ser hecho por los de Efraín y Manasés.

Cierto día Jeroboam encontró al profeta Ahías fuera de la ciudad. El profeta llevaba puesto un manto nuevo, al que rompió en doce pedazos. Diez de esos pedazos los entregó a Jeroboam junto con un mensaje del

Señor. El Señor quitaría el reino de la casa de Salomón y entregaría diez tribus a Jeroboam. Ahías subrayó que esto no ocurriría durante la vida de Salomón y que la casa de David quedaría con una tribu y Jerusalén. Si Jeroboam andaría en los caminos del Señor, el Señor le daría a él también una casa permanente. De esta manera el Señor humillaría la casa de David. Sin embargo, sería una humillación temporal. Algún día la plenitud de la gloria de esa casa volvería a resplandecer en el Cristo.

Jeroboam no percibió el horror de aquellas palabras proféticas y no trató de alejar el juicio de la casa de David mediante la oración. Ciertamente conocía la bendición que le había sido prometida a Israel en esa casa. Demasiado pronto aceptó la promesa para sí mismo. No esperó que el Señor lo pusiera en el trono, como lo había hecho David. En oposición a la palabra del Señor, él y sus hombres se sublevaron contra Salomón. Por eso Salomón trató de matarlo, de modo que se vio obligado a huir a Egipto. Los celos entre las tribus de Efraín y Judá, las dos tribus más importantes, se inflamaron otra vez por la sublevación de Jeroboam.

La muerte de Salomón. Salomón reinó por cuarente años en Jerusalén. Luego murió. El reino todavía era uno solo.

Salomón había pecado grandemente. En este sentido fue diferente al Cristo que vendría después de él. Sin embargo, la gracia no se apartó de la casa de David. Y nosotros seguimos recordando vívidamente el esplendor de Salomón y lo consideramos una profecía que apunta hacia la gloria del Cristo.

Efraín contra Juda

26: La casa de David es humillada

1 Reyes 12:1-24

En 1 Reyes 12:24 leemos que la división en Israel provenía del Señor. El Señor estaba siguiendo sus propios métodos para traer la redención. El mismo humilló a la casa de David, para impedir que se alejara de él por sí sola, tal como había comenzado a hacerlo Salomón. Si la casa de David comenzaba a gobernar independientemente, se convertiría en una maldición para Israel y llevaría a todo el pueblo a reberlarse contra el Señor. Debido a la gracia de Cristo para con la casa de David, era preciso que Israel fuese humillado.

Según las Escrituras, "Israel" se separa de la casa de David. Eso significa que la parte mayor de Israel se separa. Esto hace que la destrucción del Israel infiel sea inevitable. Pero antes, el pecado debía correr todo su curso en el pueblo. Recién entonces será maduro para el juicio.

La única tribu que permanece con la casa de David no es simplemente la tribu de Judá como tal. También en Judá se perdieron muchos. Aquella única tribu que mencionan las Escrituras representa el remanente que es salvado por el Hijo de David. De modo que la destrucción de Israel por los asirios no es totalmente similar a la destrucción de Judá por los babilonios. Para el remanente todavía quedan esperanzas. La diferencia entre el destino de las dos naciones también se nota en el hecho de que pocas personas de las diez tribus son restauradas en Canaán.

Es cierto que la división provenía del Señor, pero se produjo debido a los pecados de los hombres. Los celos que Efraín tenía de Judá provocó la división. El abandonar la casa de David significaba quebrantar el pacto del Señor, porque todo Israel sabía de la promesa hecha a esa casa. Esa palabra del Señor fue conscientemente rechazada.

Aun así, la casa de David era culpable de este pecado. El mismo Salomón había dado el ejemplo de esta emancipación, de esta rotura con la casa de David, cuando él se emancipó a sí mismo de la Palabra del Señor. La "gran cultura" de Salomón también había "iluminado" al pueblo de Israel.

Pensamiento clave: *El Señor humilla a la casa de David, para poder ser una bendición para su pueblo a través de esa humillación.*

La rebelión. Después de la muerte de Salomón, todo el pueblo se reunió en Siquem, aparentemente para hacer de Roboam, hijo de Salomón, el nuevo rey. Pero el pueblo no estaba seguro. El hecho de haberse reunido en Siquem y no en Jerusalén, que habría sido el lugar más adecuado para la reunión, ya era significativo. Siquem estaba situado en el territorio de Efraín, una tribu que ya envidiaba a la tribu de Judá. Además, Jeroboam había sido llamado de Egipto, y fue él quien presidió la reunión del pueblo.

Roboam fue a Siquem. Esto debe haber sido una humillación para él. Al llegar allí, oyó que el pueblo se quejaba del yugo que su padre Salomón les había impuesto. El pueblo le presentó una condición para reconocerlo como rey. Roboam tendría que aliviar ese yugo.

La queja referida al yugo de Salomón era en gran medida un pretexto. Es cierto que Salomón había pedido mucho del pueblo, pero su manera de hablar ahora demostraba que les faltaba el apreciar las bendiciones que habían disfrutado. Por cierto, en parte el mismo Salomón era culpable por esta falta de aprecio. Cuando Salomón se apartó del Señor y su esplendor ya no servía para glorificar la gracia del Señor, su reino les parecía despótico y el esplendor parecía robo. El hecho es que el pueblo estaba desagradecido. El pueblo bien podría haber seguido la senda de las negociaciones, pero la actitud con que se acercó a Roboam y su insistencia en imponerle condiciones significaba que había espíritu de sublevación en el aire. El pueblo quería librarse del yugo de la casa de David.

Insensatez en la casa de David. Roboam pidió un plazo de tres días para tomar su decisión. Durante ese lapso consultó con los ancianos que habían sido consejeros de su padre. Estos le aconsejaron ceder. Si en ese momento Roboam se mostraba como siervo del pueblo, el pueblo sería su siervo para siempre. Sin embargo, este consejo no satisfizo a Roboam. Los hombres jóvenes con quienes había crecido le aconsejaron ser áspero con el pueblo y decir que haría su propio yugo indeciblemente más pesado.

Roboam decidió seguir el consejo de los jóvenes. Ya estaba irritado por el hecho de tener que venir a Siquem. ¿Acaso ahora tendría que so-

meterse totalmente y convertirse en siervo del pueblo? Ya no quería humillarse más.

Esto no fue simplemente un error de táctica de parte de Roboam. No hay ninguna garantía de que el pueblo lo hubiera reconocido como rey si hubiese seguido el consejo de los ancianos. El hecho de no querer humillarse en ninguna manera demostraba que no reconocía la culpa que había venido sobre su casa debido al pecado de su padre. Tendría que haber buscado el rostro del Señor y estar dispuesto a humillarse por amor a Dios. En ese caso habría sido un rey conforme al corazón de Dios. Sin embargo, ahora hablaba en tono autocrático y tiránico. Esta insensatez fue un juicio sobre el pecado de Salomón.

Ruptura. La respuesta intransigente de Roboam hizo estallar la rebelión. El pueblo gritó: "¿Qué parte tenemos nosotros con David? No tenemos heredad en el hijo de Isaí. ¡Israel, a tus tiendas! ¡Provee ahora en tu casa, David!" Luego el pueblo abandonó a Roboam. También apedrearon al tesorero a quien Roboam les envió para persuadirlos a volverse a él. El rey mismo tuvo que subir a su carro de prisa y huir a Jerusalén.

¿Sabía el pueblo lo que estaba diciendo y haciendo? Conocían la promesa que se le había dado a la casa de David. Rechazaron conscientemente dicha promesa y con ello el pacto del Señor.

¿Acaso no tendría que haber respondido el Señor, rechazando a Israel? En esta ocasión el Señor no quiso abandonar a Israel. El pecado tendría que correr todo su curso primero, hasta que Israel estuviese maduro para el juicio. Ya llegaría el día cuando se ejecutaría el juicio del rechazo, el juicio que el Señor ya había anunciado a través de Moisés. Pero el Señor lucharía mucho tiempo con el pecado en su pueblo infiel, Israel.

División hecha por el Señor. El Señor escogió una forma muy particular para seguir demostrando a Israel su constante amor: no todas las tribus abandonaron la casa de David. Fue principalmente la tribu de Judá la que siguió fiel, junto con una parte de Benjamín y la tribu de Simeón, además de muchos miembros de otras tribus que estaban esparcidos en el territorio de Judá.

Sin duda, había muchos aún en Judá que no creían de todo corazón en la promesa del Señor, y por lo tanto estaban perdidos. Esta tribu que

siguió fiel fue una señal de que un remanente de Israel sería salvado por la gracia del Señor.

Las diez tribus nombraron a Jeroboam por rey. Tan pronto como Roboam llegó a Jerusalén, movilizó un ejército de 180.000 hombres para subyugar a Jeroboam y a todo Israel por fuerza. Sin embargo, a través del profeta Semaías el Señor prohibió a Roboam salir a pelear. El Señor declaró: "Esta división es obra mía". Roboam obedeció la palabra del Señor y volvió a Jerusalén. Por cierto, esto fue una gran humillación para la casa de David. Se había perdido el esplendor del pasado.

El Señor hizo esto para humillar nuevamente a la casa de David. Israel habría llegado a un fin completamente malo si habría seguido en los senderos pecaminosos de Salomón. Pero si la casa de David se humillaba, aún habría esperanza. Entonces, a través de esa casa, también habría esperanza para Israel que había sufrido tan inmensa indignidad como resultado de la ruptura. Aquella esperanza para la casa de David no se desvanecería, puesto que estaba garantizada por la promesa dada a David.

27: Fuego que nunca se apagará

1 Reyes 12:25—14:20

El profeta de Judá estaba profetizando acerca de Josías. Sobre el altar de Betel Josías quemaría los huesos de todos aquellos que allí adorasen a los ídolos. El énfasis principal de la profecía es que Josías viene. Este Josías sería un miembro de la casa de David, la casa de la cual Jeroboam trataba de separar completamente a todo Israel mediante la institución de la adoración del becerro. ¡El hijo nacido de la casa de David viene! La segunda implicación de esta profecía es que el *Cristo viene.*

Las palabras referidas a la excavación de sepulcros y la incineración de huesos señalan hacia la destrucción completa de Israel, es decir, al tiempo cuando el nombre de Israel sería borrado. Del mismo modo, el Cristo destruirá a los impíos de en medio de su pueblo. Según la profecía de Ahías las diez tribus serían totalmente desarraigadas y quitadas de la tierra.

En este capítulo tenemos el mismo pensamiento que en el anterior: la mayoría de Israel será destruida mientras que un remanente será salvado. En esta sección la profecía se refiere al Cristo: "Y limpiará su era... y quemará la paja en fuego que nunca se apagará" (Mt. 3:12).

Pensamiento clave: *Cristo limpiará su era y quemará la paja en fuego que nunca se apagará.*

Separación total de la casa de David. Puesto que el Señor detuvo a Roboam de la guerra contra las tribus desleales, Jeroboam pudo comenzar en paz su reinado sobre esas tribus. Jeroboam estableció y fortificó su residencia en Siquem, en territorio de Efraín. Luego trasladó la sede del gobierno a Tirsa. También fortificó a Penuel (Peniel) del lado oriental del Jordán, a fin de proteger esa parte del reino.

Jeroboam razonó que si el pueblo subía todos los años a Jerusalén para las grandes fiestas, mantendría su relación con la casa de David.

En ese caso podrían volverse a la casa de David, y matar a su nuevo rey. Por eso quiso apartarlos completamente de la casa de David.

El análisis de Jeroboam era correcto. Jerusalén y los servicios del templo eran parte de la casa de David. La revelación de la gracia del Señor en Jerusalén estaba ligada a la promesa hecha a la casa de David. Si Jeroboam lograse separar completamente al pueblo de la casa de David, también los separaría de la continua revelación de la gracia de Dios. Estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Después de hablar sobre este asunto con sus consejeros, Jeroboam logró que acordasen la construcción de un becerro de oro en el norte (en Dan) y otro en el sur (en Bet-el). Motivos de tradición los llevaron a escoger a Dan y Bet-el. En años anteriores en Dan había existido el templo de un ídolo. En Bet-el el Señor había aparecido a Jacob.

Jeroboam cambió a propósito la fecha de las festividades, corriéndolas del séptimo al octavo mes. Cualquiera que quisiese servir como sacerdote podía hacerlo. Los levitas y los verdaderos sacerdotes fueron desterrados del reino de Jeroboam.

El mismo Jeroboam era el primero en ofrecer sacrificios en la fiesta. Dirigiéndose a la multitud reunida dijo: "He aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto". En esta ocasión Jeroboam estaba usando palabras históricas. Aarón había usado las mismas palabras cuando habló al pueblo al pie del monte Sinaí después de haber levantado el becerro de oro. Jeroboam señalaba deliberadamente hacia esa ocasión en el pasado de Israel. En el monte Sinaí Moisés había sido rechazado como pastor de Israel y allí también había sido rechazado el pacto que el Señor había revelado a través de Moisés. Ahora el pueblo y su rey estaban rechazando toda conexión con el hijo de David como futuro líder. De esta manera estaban rechazando al pacto mismo, tal como lo habían hecho en el monte Sinaí.

Jeroboam señaló a todos los presentes que el propósito no era que el pueblo se alejara del Señor. De todos modos, los derechos del Señor estaban siendo violados. El acto de Jeroboam de construir una representación del Señor en forma de un becerro fue una abominación. Era una denigración consciente de la majestad del Señor y una manifestación de un deseo de tener poder sobre el Señor. A pesar de las palabras de Jeroboam, Israel y su rey estaban separándose del Señor en esa festividad.

Si bien todavía había algunas personas fieles que seguían subiendo a Jerusalén, la mayoría del pueblo ya no soportaba el yugo de los derechos del Señor. Estaban hartos del reinado de la casa de David, que era

tan completamente gobernada por el pacto del Señor.

¿Acaso el Señor no debía haber rechazado al pueblo ahora? El Señor siguió luchando con su pecado. Esto continuó por mucho tiempo. Recién los rechazó cuando estuvieron maduros para el juicio. Sin embargo, ese futuro rechazo ya se anunció.

La profecía acerca del hijo de David. Mientras Jeroboam estaba ocupado ofreciendo el sacrificio durante la fiesta, repentinamente apareció un profeta de Judá. El profeta exclamó: "A la casa de David nacerá un hijo llamado Josías, el cual sacrificará sobre este altar a los sacerdotes que están sirviendo aquí. Desenterrará los huesos de aquellos que han servido aquí antes, y también los quemará sobre el altar. No quedará nada de ellos. Sus nombres serán borrados de en medio del pueblo. Como señal de que estas palabras son del Señor, este altar se quebrará y las cenizas se derramarán. Este altar y todos los que sirven en él serán completamente malditos".

Posteriormente esta profecía fue cumplida al pie de la letra por medio de Josías rey de Judá. Pero también pensamos inmediatamente en el gran Hijo de David, el Cristo, que cumplirá esta profecía en otro sentido. El borrará para siempre de en medio de su pueblo a los que sólo sirvieron en apariencias al Señor. Sus nombres serán borrados junto con ellos.

Fuera de sí por la ira, Jeroboam exclamó: "¡Prended a ese hombre!" Pero la mano que utilizó para señalar al profeta inmediatamente se le secó y no la pudo enderezar más. El juicio de Dios estaba siendo revelado a Jeroboam, un juicio de la gracia mediante la cual quería salvar a su pueblo. Además, el altar se quebró y las cenizas se derramaron en el suelo. Sobrecogido a causa de esto, Jeroboam pidió al profeta que orase por él. El profeta lo hizo y la mano del rey fue restaurada.

Luego el rey invitó al profeta a comer y beber con él en su casa, prometiendo honrarlo también con un regalo. De esta manera Jeroboam quiso restaurar algo de su quebrantada autoridad. Ya no había otra salida para él. Este intento fracasó porque el profeta rechazó la invitación del rey, diciendo que el Señor le había prohibido hacer tal cosa. Ni siquiera tenía permiso de regresar por el mismo camino que lo había traído. Nadie debía tratar de traerlo de vuelta. No debía tener comunión con nadie que viviese en ese lugar maldito. Después el profeta siguió su camino. El Señor había rechazado completamente a Bet-el.

Un sepulcro será perdonado. Desafortunadamente el profeta no fue fiel hasta el final. En Bet-el vivía otro profeta, de edad más avanzada. El había guardado silencio ante la abominación de la idolatría y había seguido viviendo en Bet-el. ¿Cómo pudo soportar ver semejantes cosas?

Ahora este profeta supo de labios de sus hijos lo que había sucedido. Sus hijos habían visto el camino que el profeta joven de Judá había tomado. Inmediatamente el profeta mayor ensilló su asno y salió detrás de él. Al alcanzarlo, lo invitó a volver y comer en su hogar. Cuando el joven rechazó la invitación, el otro declaró que él también era profeta y que un ángel le había ordenado hacer volver al profeta de Judá. Convencido por esto, el profeta de Judá fue con el de Bet-el.

¿Qué pudo haber impulsado al profeta de Bet-el hacer semejante cosa y aun a decir mentiras? Sabía que había guardado silencio en cuanto a la abominación en Bet-el, y que no se justificaba su permanencia allí sin protestar contra la idolatría. Mediante la prohibición dada al profeta de Judá, el Señor había revelado esto con suficiente claridad. Si ahora podía persuadir al profeta de Judá a regresar con él, su propia permanencia allí y su silencio respecto de la abominación no se vería como un pecado tan grave. En consecuencia, todo dependía de hacer regresar al profeta joven con él.

¿Y qué impulsó al profeta joven a acceder? Con toda certeza sabía que el Señor no quería que tuviese ninguna clase de contacto con Bet-el y sus habitantes. Pero la carga de ser el mensajero de una maldición total fue demasiado pesada para él. Si un colega de más edad vivía allí, posiblemente sería cierto que el Señor le estaba enviando otro mensaje a través de dicho ángel, tal como el profeta acababa de afirmar.

Mentalmente el profeta joven estaba jugando con la ira del Señor. No le gustó verlo en forma tan absoluta, tan definitiva. Semejante ira era demasiado para él. De esa manera los dos profetas se ayudaron el uno al otro en el sendero equivocado. El Señor demanda sumisión absoluta a su palabra en el pacto, aun cuando esa palabra sea un mensaje de condenación.

Cuando los dos profetas estuvieron sentados a la mesa en Bet-el, repentinamente el Espíritu del Señor vino sobre el profeta mayor, de modo que pronunció un juicio sobre su huésped. Declaró que el profeta de Judá no sería sepultado junto a sus familiares. Eso era un auténtico juicio. La historia de su vida sería relatada una y otra vez en Israel. Un mensaje del Señor saldría siempre de su sepulcro. Sin embargo, aun en ese juicio se escuchaba una nota de gracia. El profeta joven no sería bo-

rrado de en medio de su pueblo, cosa que sí sucedería con los sacerdotes de Bet-el.

En el camino de regreso, un león mató al profeta joven, pero la bestia no lo despedazó. Fue un milagro que el león no le devorase al profeta ni tocase el asno. El Señor estaba hablando a través de ese milagro.

El profeta de Bet-el fue para recoger el cuerpo y lo puso en su propio sepulcro. Luego dio órdenes expresas a sus hijos para que, al morir él, lo enterraran en el mismo sepulcro, puesto que la palabra del Señor sería cumplida como siempre había sido cumplida. Entonces, cuando el hijo de la casa de David viniese para desenterrar los huesos, el sepulcro compartido por los dos profetas sería dejado en paz, debido a que el hombre más joven había sido un profeta del Señor a pesar de su desobediencia.

Esta profecía fue literalmente cumplida. Josías salvó ese sepulcro (2 R. 23:15-20). En el día del gran juicio el Cristo también reconocerá a los suyos. De esa manera el sepulcro del profeta de Judá siguió sirviendo como testimonio conforme a la palabra del Señor. Afortunadamente no sólo hablaba de juicio sino también de gracia.

Un remanente. A pesar de todo lo que había sucedido, Jeroboam no se arrepintió. En consecuencia, el Señor decidió anunciar el juicio que esperaba a los seguidores de Jeroboam.

El hijo de Jeroboam, llamado Abías, se enfermó desesperadamente. Jeroboam mandó a su esposa a disfrazarse y ver al profeta Ahías, el mismo que años atrás le había hablado en nombre del Señor y le había dicho que sería rey. Para que el engaño fuese perfecto, la mujer llevaría un presente al profeta mientras simulaba ser una mujer pobre. De esa manera el profeta seguramente profetizaría algo bueno sobre el padre del muchacho enfermo. Sin duda esa profecía se cumpliría, y el hijo sanaría.

¡Qué necedad! ¡No era la palabra del profeta la que tenía el poder para sanar al muchacho, sino la palabra del Señor! Además, el Señor podía revelar todas las cosas al profeta, ¡inclusive la identidad de la mujer que vino a verle!

Antes que la esposa de Jeroboam llegase a la casa del profeta, el Señor le reveló a Ahías, que por causa de su avanzada edad había quedado ciego, todo lo que acontecería. Al llegar ella, el profeta le amonestó en el nombre del Señor por su engaño y le dijo que el Señor destruiría la casa de Jeroboam porque él había rechazado su pacto. Los nombres de

todos los hombres de la casa de Jeroboam serían borrados para siempre, igual que los nombres de todos los sacerdotes de Bet-el. Cualquier miembro de la familia de Jeroboam que muriese en la ciudad sería comido por los perros, y cualquiera que muriese en campo abierto sería comido por las aves del cielo. Se le dijo también que su hijo moriría al regresar ella a la ciudad. Todo Israel lo sepultaría con honores, haciendo duelo sobre él, porque en él todavía seguía obrando algo de la gracia del Señor. El Señor levantaría a alguien para destruir a todos los que quedasen en la casa de Jeroboam. El destructor ya había nacido. Eventualmente todo el pecaminoso Israel sería desarraigado de la tierra y esparcido al otro lado del río Eufrates.

Cuando la esposa de Jeroboam llegó a su casa en Tirsa, el muchacho murió. Conforme a la palabra del Señor, tuvo un sepelio honroso. Por la gracia de Dios siempre hay algo de luz en las tinieblas. Todo el pecaminoso Israel y toda la casa de Jeroboam serían destruidos, pero el sepelio honorable de este muchacho, a quien Dios había mostrado misericordia, proclamaba que un remanente sería salvo de entre Israel.

Jeroboam murió después de reinar 22 años. Sobre su familia pendía la maldición, de modo que sería destruida como una señal de que a su tiempo el Señor destruiría todo Israel, pues había dejado de servirle a él.

28: Judá se aleja del Señor

1 Reyes 14:21—15:24
2 Crónicas 11:5—16:14

En la época inmediatamente posterior a la ruptura entre Israel y Judá, hubo hostilidad entre los dos reinos. Duró hasta los días de Josafat y Acab cuando Israel y Judá se aliaron, y cuando lo hicieron, ¡fue con propósitos malos!

Debido a su pacto con David, el Señor no tenía la misma relación con Israel que con Judá. Su relación con Judá se expresa particularmente en 1 Reyes 14:22: "Irritaron su celo" (Biblia de Jerusalén). Debido al pecado de Judá, el Señor fue provocado a celos, semejante a celos de un esposo que no recibe todo el amor de su esposa. De esta expresión vemos con claridad cuánto amaba el Señor a Judá y a la casa de David.

Sin embargo, Judá no se entregó en completo amor al Señor. Hubo una pobreza espiritual, una pérdida del favor de Dios y de la comunión con él. Esto resultó en un empobrecimiento de la vida en todos sus aspectos. El profeta Azarías se refirió a esto conforme se lee en 2 Crónicas 15:5-6. Este empobrecimiento tuvo una expresión simbólica en el relato de los escudos de bronce hechos por Roboam para reemplazar los escudos de oro.

Debemos notar que durante esta época Judá incurrió en pecados mayores que Israel. En Israel el pecado no trascendió la idolatría, pero en cuanto a Judá leemos de horribles abominaciones. Aunque el Señor buscaba a Judá con su amor, Judá no quería entregarse a él. Las palabras típicas que describen esta época son: "Y no fue su corazón perfecto con Jehová su Dios". A medida que el pueblo dejaba de sacrificar el amor de sus corazones en Jerusalén, más se ocupaba con los servicios paganos en los lugares altos. La energía espiritual del pueblo no era consumida en la adoración y el servicio del Señor. Dicha energía se liberaba por otros conductos y se manifestó en sus paganas pasiones sensuales.

En 1 Reyes 15:2 y 10 encontramos una dificultad textual: Leemos que la madre de Abiam era Maaca, hija de Abisalóm. También notamos que el mismo nombre es dado a la "madre" de Asa, el hijo de Abiam. La explicación podría ser que en el segundo caso hemos de entender que el término *madre* signifique *abuela*. En tiempo de Asa, Maaca todavía servía como reina

madre, quizá porque la madre de Asa había fallecido a temprana edad.

Leemos que el corazón de Asa fue fiel al Señor durante todos sus días. Sin embargo, luego leemos que el rey confió en el rey de Siria, y no en el Señor (2 Cr. 16:7). Durante su enfermedad tampoco buscó al Señor. Al final de su vida la fe de Asa no fue firme. Sin embargo, a pesar de ello las Escrituras lo juzgan con misericordioso amor.

Pensamiento clave: *El pueblo de Judá provocó al Señor a celos al apartar su corazón de él.*

Pobreza debido al alejamiento. Durante los primeros tres años de su reinado, Roboam sirvió al Señor y fortaleció su reino. El favor del Señor se extendió a él por ser hijo de David. Disfrutó el privilegio de poder reinar en Jerusalén, "la ciudad que el Señor había elegido de en medio de todas las tribus de Israel, para poner en ella su nombre". Ciertamente, el Señor había humillado a la casa de David. Sin embargo, ¡con cuánto amor seguía buscando a dicha casa y dándose al reino de Judá por amor a su pacto! ¡Cuán maravillosa pudo haber sido la vida allí!

Cuando Roboam sintió que había establecido firmemente su reino, dejó de entregarse de todo corazón al Señor. Debido a su humillación anterior, se había sentido pequeño delante del Señor. Pero ahora, al comenzar a sentirse fuerte, era evidente que su amor por el Señor no era el principal motivo de su corazón. Ya no sintió celos por el nombre del Señor.

De igual modo toda Judá se apartó del Señor. El pueblo no se entregaba incondicionalmente a él y no disfrutaba de su gran favor. Como resultado, la vida con todas sus relaciones comenzó a empobrecerse.

Con regularidad se cometían abominables pecados en Judá. A medida que el pueblo dejaba de adorar al Señor en Jerusalén de todo corazón, más se veían envueltos en sus propias prácticas obstinadas en los lugares altos. Dichas prácticas habían sido prohibidas, pero ellas daban al pueblo mayor autosatisfacción por estar adecuadas a los propios deseos del pueblo.

A través de esta adoración en los lugares altos, el pueblo convirtió al Señor en una deidad local que estaba al mismo nivel de los baales. Más y más se entregaban a la idolatría. Los cananeos que todavía permanecían en la tierra volvieron a salir a la luz con sus abominaciones y sedujeron a Judá.

Todo esto ocurría en medio del pueblo del Señor, ese pueblo que en su amor le pertenecía. Cuando en su corazón se apartaban del Señor y se entregaban a otras cosas, el Señor sentía celos. Buscaba particular-

mente el amor del hijo de David. ¿Avergonzaría la casa de David al gran Hijo, al Hijo que un día nacería de esa casa?

En su celoso amor el Señor castigó a Judá. Sisac, el rey de Egipto, atacó la tierra con un gran ejército, tomó las ciudades fortificadas, y avanzó contra Jerusalén. Entonces el profeta Semaías dijo a Roboam y a los príncipes de Judá, que el Señor dejaría caer a Judá en manos de Sisac debido a que el pueblo había abandonado al Señor (véase 2 Cr. 12:1-8).

Parecía que el Señor estaba abandonando a su pueblo. Sin embargo, precisamente en este acto de castigo los estaba buscando. Cuando el rey y los príncipes de Judá oyeron lo que el profeta tenía para decirles, se humillaron delante del Señor, diciendo: "Justo es Jehová". De esa manera el Señor había logrado su meta. Había logrado acercar al pueblo a él.

El castigo debía continuar para que el pueblo pudiese ver claramente la diferencia entre su servicio al Señor, nacido de amor, y el servicio de idolatría de parte de las otras naciones. Por eso el Señor hizo que Sisac entrase en Jerusalén. El rey egipcio tomó la ciudad, la saqueó, pero no la destruyó. El hecho de saquearla fue en sí suficientemente grave. Ojos extranjeros y manos extranjeras pasaron por los tesoros que habían sido reunidos con amor por David y el pueblo, los tesoros que habían resplandecido para el honor de la gloria del Señor en tiempos de Salomón. El santo monte de Dios y el secreto de su comunión fueron profanados. ¿No había entonces seguridad con el Señor?

También se llevó Sisac los escudos de oro que habían sido hechos por orden de Salomón. Cuando Sisac hubo dejado a Jerusalén y el orden hubo sido restaurado, Roboam reemplazó los escudos de oro por otros de bronce. Estos eran llevados delante de él cuando subía a la casa del Señor. ¡Qué superficial! Roboam quería mantener las apariencias por medio de aquellos escudos de bronce. Hubiera sido mejor no reemplazarlos, admitiendo humildemente delante del Señor que el robo había sido resultado de sus pecados. Ahora los escudos de bronce eran una manifestación del empobrecimiento de la vida dentro de la esfera del favor de Dios.

Roboam siguió apartandose del Señor: no estaba rico en Dios. Habiendo reinado por diecisiete años, murió. Durante todo ese tiempo, los reinos de Judá e Israel habían estado en pie de guerra.

Desigualdad delante del Señor. Roboam fue sucedido por su hijo Abiam. Esto demostró que el Señor todavía tenía misericordia para con la casa de David. El Señor cumplió la promesa que había hecho en su pacto con David. Sin embargo, el corazón de este hijo de David no fue

totalmente fiel al Señor, como lo había sido el corazón de David. Impulsado por su soberana gracia y debido a su pacto, el Señor todavía daba a David una lámpara en Jerusalén. La luz del reino de su casa no fue extinguida por las grandes tinieblas.

Abiam salió con un ejército de 400.000 hombres contra Jeroboam, quien reunió otro ejército de 800.000 soldados en contra. Antes de comenzar la batalla, Abiam dijo a los soldados de Israel, que por haber rechazado la casa de David y la promesa dada a aquel, ahora vivían en rebelión contra el pacto del Señor. Además, Abiam dijo: "Por servir a los ídolos ustedes se han alejado del Señor, pero aquí en Judá el Señor es honrado en el templo, conforme a su ley".

Jeroboam envió una división de su ejército para atacar a Judá por las espaldas. Cuando los soldados de Judá vieron que habían sido atrapados por dos partes del ejército de Jeroboam, clamaron al Señor. Entonces los sacerdotes tocaron las trompetas para que los soldados, en fe, esperasen en el auxilio del Señor. Y el Señor dio la victoria a Judá. De Israel cayeron 500.000 hombres y la fuerza de Jeroboam quedó quebrantada. Abiam tomó varias ciudades de Israel.

El Señor dio a Judá la victoria porque en su angustia había clamado a él y había confiado en él. El Señor escogió *contra* Israel y *a favor* de Judá. Estaba de parte de Abiam. Sin embargo, esto no significaba que el Señor estaba cerca de Abiam o que él estuviese cerca del Señor. El alejamiento que había comenzado bajo Roboam continuaba. ¿Qué sería de Judá si el pueblo no se arrepentía? Una y otra vez el pacto con David era la base para nuevas esperanzas. Sin embargo, Abiam sólo reinó por tres años. Pronto se extinguió su luz.

Retorno parcial al Señor. Se produjo un cambio positivo bajo el reino de Asa, hijo de Abiam. Asa reinó cuarenta y un años. Por diez años el Señor dio descanso a Judá de sus enemigos. Era evidente que el favor del Señor descansaba sobre el reino. Asa sí buscaba al Señor de todo corazón. El Espíritu del Cristo estaba presente otra vez en él. Por amor a Cristo, el Señor volvía a mostrar su gracia a Judá.

Asa quitó la idolatría y fortaleció la tierra. Estimuló al pueblo a buscar al Señor en tanto podía ser hallado. En su pacto el Señor está cerca de su pueblo con su favor y desea ser hallado. Esto también fue manifestado por la prosperidad que el reino disfrutó durante aquellos días.

Asa movilizó un gran ejército en Judá. ¿Pero de qué servía tal ejército contra más de un millón de hombres con que el rey de Etiopía avan-

zaba sobre Judá al término de la primera década del reinado de Asa? Judá fue arrollada.

Esta debe haber sido una aflicción extraña para Asa y su pueblo. Pero aun en este giro que tomaron los acontecimientos, el Señor estaba incitando al pueblo a tener fe. La táctica del Señor fue exitosa: en tiempo de prueba la fe del pueblo pareció adquirir alas. Asa confesó que el Señor podría ayudar al débil tanto como al fuerte. De esa manera confió en el Señor, quien entonces dio a Judá una victoria total. Los soldados triunfantes regresaron con un gran botín. El Señor siempre está obrando para impulsar a su pueblo a tener fe, para perfeccionar y fortalecer esa fe, en un esfuerzo por atraer a sí a su pueblo.

Cuando Asa regresaba con el ejército, el profeta Azarías fue guiado por el Espíritu de Dios a salirle al encuentro. El profeta presentó un cuadro de cuán empobrecida había vuelto la vida en Judá. La gente no vivía cerca del Señor y, en consecuencia, no vivían cerca los unos de los otros. Esto había sido la causa de tanta perturbación en la tierra. Pero ahora las cosas habían cambiado. Durante la guerra el avivamiento de la fe había continuado hasta alcanzar la madurez. Ahora el rey y el pueblo tenían que ser fuertes y persistir en su fe. Entonces el Señor les mostraría su liberación.

Alentado por estas palabras, Asa continuó con la reforma. Atraídas por el espíritu de reforma, muchas otras personas de otras tribus vinieron a Judá. Estas personas ya no soportaban la apostasía en el reino de Israel. Esto aumentó la fuerza espiritual de Judá.

Asa celebró una reunión masiva en Jerusalén. El pueblo sacrificó al Señor y renovó su pacto con él. Allí hicieron un voto afirmando que todo aquel que no buscase al Señor sería muerto. Todo Judá se regocijó en ese voto, porque el pueblo lo había hecho de todo corazón. El corazón del rey también fue fiel al Señor. Esto lo demostró en el trato que dio a su abuela, que todavía se desempeñaba como reina madre. Puesto que ella adoraba la imagen de cierto ídolo, el rey la alejó de su posición y quemó la imagen junto al arroyo de Cedrón. No se dejó llevar por sus sentimientos. Los tesoros del botín reunidos por el mismo Asa y por su padre fueron consagrados y traídos a la casa del Señor.

De esta manera Judá se volvió al Señor. Sin embargo, Asa no se había acostumbrado tanto al Señor como para buscarle en todos los detalles. Después de que Asa había reinado por treinta y cinco años, Baasa, rey de Israel, comenzó a oprimir a Judá. Lo que molestaba a Baasa era que tantas personas de su reino iban a Jerusalén para adorar allí y aún

establecieron allí su residencia. Por eso penetró al territorio de Judá hasta un sitio cercano de la ciudad de Jerusalén. Transformó a la ciudad de Ramá, situada a unas dos horas de Jerusalén sobre la ruta, en una poderosa fortaleza. En ese instante Asa no estaba en condiciones de ofrecer resistencia.

¿No debería haber traído este asunto ante el Señor? Debería haberlo hecho, pero en su lugar cometió un acto de incredulidad. Tomando todos los tesoros de la casa del Señor y de su propio palacio, los envió al rey de Siria. De esta manera persuadió a Ben-adad a quebrantar su alianza con Baasa y atacar al rey de Israel en el norte de su reino. Esto alivió a Asa de la presión que Baasa ejercía sobre él. Luego Asa envió a los hombres de Judá a tomar las piedras y la madera de Ramá y utilizarlo para construir sus propias ciudades fortificadas. Así volvió a quedar abierto el camino a Jerusalén.

Pero el profeta del Señor, Hanani, amonestó a Asa por confiar en el rey de Siria más que en el Señor. El Señor habría sido capaz de entregar tanto a Baasa como al rey de Siria en sus manos. Hanani recordó a Asa el pronunciamiento de fe que había hecho en la batalla contra los etíopes. Siempre que nuestros corazones sean fieles a él, el Señor está con nosotros para librarnos con su gracia. Aparentmente Asa apartó su corazón del Señor y no supo entregarse totalmente a él. Desde entonces Asa siempre tendría guerras, porque el Señor estaba retirando su favor de él y de Judá.

Puesto que una vez Asa había vivido por fe, ahora le resultaba difícil recibir tal amonestación del profeta. Es claro que Asa no escapaba al peligro de considerarse a sí mismo una persona piadosa y sentirse orgulloso de ello. Se enojó con Hanani y lo echó en la cárcel. Ahora empezó a ser rebelde contra la palabra del Señor. Como resultado, la justicia de su gobierno también se corrumpió. Algunas personas fueron oprimidas por Asa (2 Cr. 16:10). Nuevamente el bronce había reemplazado al oro en Judá.

En el trigésimo noveno año de su reinado, Asa enfermó de los pies. Su enfermedad fue empeorando. En esta enfermedad no se sometió a la misericordia del Señor. Por eso no pudo orar con fe al Señor que le sanara. También en su enfermedad había alejamiento entre el Señor y él. En consecuencia, Asa sólo buscaba ayuda por medio de los médicos. La sabiduría de los médicos y el poder de la medicina se convirtieron en sus ídolos.

Asa no fue constante en su fe y Judá todavía no había vuelto completamente al Señor. La historia esperaba un tipo mejor del Redentor. Y al Redentor mismo. Asa murió después de haber reinado cuarenta y un años.

29: Israel es abandonado

1 Reyes 15:25—16:34

En aquellos días el Señor fue provocado a celos por Judá. Israel, en cambio, fue abandonado por él. Esto se evidencia por la falta de estabilidad del trono en Israel. El Señor había prometido que daría a Jeroboam una casa duradera si estaría fiel a él (1 R. 11:38). Es evidente que la estabilidad de esa casa estaba relacionada al reinado. De esa manera el pueblo sería bendecido a través de la casa que lo gobernaba. Sin embargo, ya no había en Israel ningún respeto por la autoridad del rey. Cada hombre se establecía a sí mismo como rey, y finalmente las decisiones quedaron en manos del ejército.

Esta situación revela el abandono que experimentaba Israel. Es sólo bajo el reinado de la gracia de Cristo y a través del reconocimiento de ese reinado que la corona terrenal posee autoridad. En relación con esta situación en Israel, no podemos sino pensar en la confusión que reina en Europa durante el siglo XX.

La casa de Omri tuvo más autoridad, pero se fortaleció *contra* el Señor. Omri construyó la ciudad de Samaria, donde pronto se cometían abiertamente toda clase de apostasías. En consecuencia, Samaria se levantó a la par de Jerusalén, con sus propias pretensiones idólatras.

Era el Señor quien establecía el curso de la historia. El Señor abandonó a Israel a causa de su pecado, para dejar claramente establecido lo que ocurriría a Israel si era abandonada a sus propios caminos, Israel estaba en inminente peligro de ser absorbido por el paganismo. Sin embargo, en este punto de la historia el Señor comenzó una nueva etapa en la lucha a través de la persona de Elías.

El pecado principal de Israel fue su rechazo de la casa de David, es decir, del Cristo. La división con Judá era en realidad obra del Señor. De todos modos, Israel debe haber seguido poniendo su esperanza de liberación en el gran Hijo de David. Ahora había cortado todos los lazos con David, y estaba en guerra con Judá.

Pensamiento clave: *El Señor abandona a Israel por causa de su división con la casa de David, a fin de buscar luego, en su gracia, a esta nación.*

La destrucción de la casa de Jeroboam. Jeroboam quería separar a Israel completamente de la casa de David y de la promesa dada a dicha casa. Eso significaba que quería separar a Israel de Cristo. Por eso estableció la idolatría en Israel. El Señor había declarado que su casa sería completamente borrada por causa de este pecado. El propósito del Señor era salvar a Israel por este medio.

Jeroboam fue sucedido por su hijo Nadab quien anduvo en los caminos de su padre. El juicio sobre la casa de su padre fue llevado a cabo durante su reinado. Mientras Nadab estaba sitiando a Gibetón, ciudad ocupada por los filisteos, fue asesinado por Baasa. Este Baasa, de la tribu de Isacar, había levantado una conspiración. El mismo se había declarado rey y luego exterminó a toda la casa de Jeroboam. La lámpara de Jeroboam se apagó porque había rechazado al Cristo.

Creciente confusión. Debido a que Israel rechazó la promesa dada a la casa de David, es decir, la promesa de salvación que es en el Señor Jesucristo, el reino comenzó a desintegrarse. Cuando nos inclinamos juntos ante el soberano gobierno de Cristo, también estamos dispuestos a someternos a aquellos a quienes ha dado autoridad sobre nosotros. Si no estamos sujetos a él, nos colocamos a nosotros mismos en primer lugar. La autoridad es una gran responsabilidad para todos aquellos que la han recibido, una responsabilidad que debe ser llevada en el nombre de Cristo. Todo el mundo aspira a la gloria del poder. Esto es la situación del mundo en nuestros días, y no fue diferente en Israel en días de Baasa.

Baasa no quería ser rey de Israel para gobernar en el nombre del Señor, para así conducir al pueblo de vuelta al Señor. Había transitado un camino de traición para llegar al trono y gobernó en el mismo espíritu de Jeroboam. Siguió apartando al pueblo del Señor mediante la adoración al becerro. Por eso el Señor juzgó a su casa de la misma manera como lo había hecho con la casa de Jeroboam.

Este juicio sobrevino cuando Ela, hijo de Baasa, fue rey. Ela fue asesinado por Zimri, el comandante de la mitad de sus carros, en la ocasión de un banquete durante el cual Ela se había embriagado. Luego Zimri exterminó toda la familia de Baasa.

Zimri solamente pudo reinar por siete días, porque el ejército puso en el trono a Omri. A medida que crecía la confusión de Israel, el reino parecía desmoronarse. Ciertmente, el Señor había abandonado a Israel.

Consolidación en oposición al Señor. También Omri tenía un rival, pero supo vencerlo. Después de algunos años podía considerarse establecido en el trono. Su poder fue confirmado.

Sin embargo, Omri no usó su poder para hacer volver a Israel al Señor. Más que cualquiera de los reyes que le habían precedido, Omri llevó a Israel por el sendero de la idolatría y apostasía del Señor. ¿Cómo podía permitir el Señor, en la ira que esto debe haberle causado, que las cosas continuasen por tanto tiempo así? El Señor dejaba que el pueblo siguiese su propio camino para que así quedara claro lo que sería de los israelitas si se apartaban del Señor.

Omri compró una montaña en el centro del país y sobre ella construyó una ciudad fortificada, la cual hizo su capital. Llamó *Samaria* a la ciudad en honor al dueño original de la montaña. Samaria había de competir con Jerusalén en fuerza y honor.

En Samaria comenzó a tomar forma el movimiento de oposición a Jerusalén. La ciudad de Jerusalén con su templo era un testimonio del servicio del Señor conforme a su palabra. Samaria sería un símbolo de la vida vivida independientemente del Señor.

De esta manera la vida de Israel se apartaba más y más del Señor. Un proceso de esa naturaleza no puede ser detenido una vez que ha sido puesto en marcha. El resultado final tenía que ser una rotura completa con el Señor. Pero ¿no tenía validez el pacto también para Israel?

La adoración de Baal. Omri fue sucedido por su hijo Acab. Durante su reinado, Israel se separó completamente del Señor. Acab hizo más que sólo continuar la adoración de los ídolos. Al principio, cuando se adoraba a las imágenes, todavía se adoraba al nombre del Señor. Sin embargo, Acab desplazó completamente al nombre del Señor e introdujo la adoración de los baales. Lo hizo así bajo la influencia de su esposa Jezabel, una mujer pagana, hija de Et-baal, rey de los sidonios. En Samaria construyó un templo a Baal, en el cual elevó un altar para el mismo Baal y una columna para Astarte, su contraparte femenina.

Cuando los paganos adoraban a estos baales, estaban adorando a las fuerzas de la naturaleza. Consideraban a estas fuerzas como independientes de Dios y como entidades en sí mismas. De esa manera las ha-

bían convertido en dioses.

La introducción que Acab hizo de este servicio en Israel significaba un rechazo completo del Señor. ¿No son del Señor todas las fuerzas naturales? Debido a que el Señor recuerda a su pueblo en gracia estos elementos son una bendición para toda la humanidad. La palabra de la gracia de Dios hacia su pueblo gobierna todas las cosas. Si el retiene esa palabra, toda la vida está destinada a perecer. ¿No comprendían esto Acab y el pueblo? Ellos rechazaron su palabra de gracia. Así es como se produjo la rotura completa entre Israel y el Señor.

La resistencia llevada hasta su límite. En aquellos días el pueblo perseveró en su resistencia al Señor y a la gracia de su pacto. Muchos años antes, Josué había jurado que Jericó nunca sería reconstruida como fortaleza. Esto había de demostrar que Canaán era tierra segura para Israel, no debido a sus muros y ciudades fortificadas, sino gracias a la protección del favor de Dios. Josué había dicho que cualquiera que intentara la reconstrucción de los muros de Jericó experimentaría la maldición del Señor mediante la pérdida de todos sus hijos.

En tiempos de Acab alguien se aventuró a reconstruir esos muros. El círculo de fortalezas tenía que ser cerrado. ¡La protección de Israel no provenía del Señor, sino de sus ciudades fortificadas!

El Señor tronaba enfurecido contra esta transgresión. ¡La maldición pronunciada por Josué no tardó en herir al culpable! Cuando Hiel comenzó a reconstruir los muros de Jericó, murió su hijo mayor. Después perdió a sus demás hijos. Su hijo menor murió cuando se puso la puerta. La resistencia a la gracia del Señor trajo muerte. Toda la familia de Hiel fue exterminada.

En esta resistencia a la palabra del Señor y en esta adoración al baal salió a la luz la rotura con el Señor. Pronto fue evidente que Israel estaba siendo absorbido completamente por el paganismo. El pueblo de Israel no mostró deseos de vivir vidas diferentes a las de los pueblos vecinos. Sin embargo, el Señor no los abandonó. Su pacto era inmutable. Por eso lucharía por la preservación de un remanente. Es cierto que el Cristo había sido rechazado, pero por amor a él todavía había gracia para el reino de Israel.

30: La palabra de gracia es ocultada

1 Reyes 17

Elías hace su aparición sobre el escenario con la profecía que no habría lluvia excepto por su palabra. De esto vemos que el rey y la tierra son puestos en manos de Elías, como portador de la palabra de Dios. En este caso, la palabra de Dios y la de Elías son una misma. Cuando calla Elías, también calla la palabra de Dios.

Debido a que Elías es identificado con la palabra de Dios, no se nos informa sobre su vida anterior. Lo que estaba en juego no era Elías, sino la palabra de Dios, de la que él era portador. Debido a esto, la ocultación de Elías era para Israel lo mismo que el encubrimiento de la palabra de Dios.

Esa palabra de Dios es la palabra de su gracia del pacto hacia su pueblo. En esa palabra de gracia está contenida toda bendición para su pueblo, incluyendo la bendición sobre los campos. El favor de Dios sobre su pueblo en Cristo gobierna todas las cosas del mundo.

En realidad, la carrera de Elías es una lucha contra la adoración de los baales. Estos eran personificaciones de las fuerzas naturales. Conforme a la religión de los cananeos, la bendición que desciende sobre los campos proviene de los baales.

Estas así llamadas fuerzas naturales fueron primeramente separadas de Dios y de la palabra de su gracia. Luego fueron personificadas y deificadas. Sería preciso manifestar claramente el poder de la palabra de la gracia de Dios, el poder de la palabra que trae el profeta del Señor, en contraste con el concepto de los poderes naturales. También las fuerzas naturales son controladas por esa palabra de gracia.

Pensamiento clave: *El Señor encubre la palabra de su gracia para demostrar que dicha palabra posee autoridad soberana.*

Elías se esconde junto al arroyo de Querit. En aquellos días Acab tuvo un encuentro inesperado con un profeta. Este profeta, llamado Elías, apareció ante el rey en Samaria. Nada sabemos de la vida anterior

del profeta, puesto que no necesitamos saber nada de ella. Lo único que necesitamos hacer es centrar nuestra atención en la palabra que él dijo, pues era la palabra del Señor. El Señor puso su propia palabra en la boca de Elías, dándole autoridad sobre todas las cosas, aun sobre el rey y su reino.

Allí estaba Elías. El profeta juró en el nombre del Señor, el Dios de Israel, a quien servía como profeta, que no habría rocío ni lluvia en Israel hasta que él mismo, Elías, lo ordenase. El Señor le había mandado llevar ese mensaje a Acab. Ahora se demostraría que la bendición sobre los campos no provenía de las fuerzas naturales. La bendición no provenía de los baales sino del Señor, de la palabra de su gracia.

Luego, siguiendo el mandamiento del Señor, Elías se escondió junto al arroyo de Querit. Nadie podía hallarlo allí. Esto significa que nadie podría hallar la palabra de gracia, de la cual Elías era portador, la palabra que se le había mandado hablar. Esa palabra de gracia fue ocultada de Israel; se había quitado el camino hacia esa palabra.

Junto al arroyo de Querit el mismo Elías experimentó en forma maravillosa el poder de la palabra de gracia. Bebía del agua del arroyo. Y los cuervos, mandados por la palabra del Señor, le traían pan y carne por la mañana y por la tarde. ¿Cómo fue posible aquello? ¡Las más rapaces de las aves obedientemente colocaban pan y carne delante de Elías! Si aquellas aves se hubiesen hecho conforme a su naturaleza, ellas mismas habrían devorado esos alimentos. Mediante este milagro se demostró claramente a Elías que el factor decisivo en la lucha no era una así llamada fuerza natural, sino la palabra de gracia que gobierna a todos los elementos.

¡Cuánto debe haber consolado esto a Elías! Israel mismo parecía tener la naturaleza de los cuervos, apoderándose de todas las cosas e interesándose sólo en sí mismo. ¿Podría sobreponerse la palabra de gracia a esta maldad de la vida de Israel, así como podía impulsar a los cuervos a servir al Señor? El pensamiento de todo esto fortalecía grandemente a Elías en su llamamiento profético.

Todavía había esperanza para Israel. En el momento preciso, cuando en aquel reino había un brote tan terrible de pecado, Dios estaba tomando medidas para rectificar la situación. En ese mismo instante por medio de la palabra de su gracia, Dios estaba comenzando la batalla. El hecho de esconder a Elías tenía el propósito de hacer ver al pueblo que dependía de la palabra de Dios. Dios todavía no estaba abandonando al reino de Israel. Dios no permitiría que Israel perdiese toda relación con Judá y la casa de David.

Elías se esconde en Sarepta. Debido a la sequía, llegó el día cuando se secó el arroyo de Querit. Entonces, en obediencia al mandamiento del Señor, Elías cruzó la frontera y fue a Sarepta, donde, según le había dicho el Señor, una viuda cuidaría de él. No debía permanecer en territorio de Israel porque allí podría ser descubierto. Sin duda, en Israel también había viudas creyentes, pero Elías no fue enviado a ellas (véase Lc. 4:25-26). Todo Israel estaba bajo la ira del Señor. El hecho que Dios llevase a su siervo a hallar hospedaje en casa de una mujer pagana, se convirtiría posteriormente en vergüenza de Israel.

Allí iba Elías cruzando la frontera del país. ¡Cuánto dolor debe haber sentido en su corazón al dejar a su pueblo, sabiendo que la palabra de gracia había sido quitada de él. Al llegar a Sarepta vio a una mujer juntando leña. ¿Sería ella la mujer en cuya casa se hospedaría? El profeta quería descubrirlo. Primero le pidió agua, y cuando ella fue a traerle agua él volvió a llamarla para pedirle también un poco de pan. Elías había notado que la sequía y el hambre también estaban afligiendo a este país vecino.

¿Cuál era la situación de esta pobre mujer? Ella se volvió y respondió con un juramento diciendo: "Vive Jehová tu Dios, que no tengo pan cocido, sino solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos y nos dejemos morir". Obviamente la mujer estaba en gran necesidad. Sin embargo, había reconocido a Elías como judío y había jurado por el Señor, su Dios. ¿Sería posible que ella conociese al Señor y le sirviese?

Para ponerla a prueba, Elías le pidió que primero le hiciera una pequeña torta y que guardase el resto de las provisiones para ella y su hijo. El profeta agregó la promesa de que ni la harina en la tinaja ni el aceite de la vasija faltarían hasta que el Señor volviese a dar lluvia. Allí le estaba hablando de la gracia del poder del Señor sobre todas las cosas y se refería al llamamiento y a la promesa del Señor. ¿Creería la mujer?

La mujer fue e hizo lo que Elías le mandó. Ese fue un paso de fe de su parte. ¿Cómo podía estar segura de que aquel extranjero estaba diciendo la verdad? ¿Estaría dispuesta a sacrificarse por él? ¿Cómo podría creer que ocurriría semejante milagro?

Mediante las palabras de Elías ella había oído la palabra de Dios. Esa palabra la capacitó para vencer todas sus dudas. Ella hizo como se le había dicho porque había creído en la promesa. Ella entregó lo que veía y palpaba para alcanzar aquello que todavía no veía. Es así como obra la fe (véase Heb. 11:1).

De su respuesta Elías sabía que ella era la mujer que Dios le había mencionado. El profeta quedó mucho tiempo en su casa. Juntos vivían del milagro. ¿Acaso no era todopoderosa la palabra de gracia?

Vivir todos los días de ese milagro debe haber sido un regocijo constante para la fe del profeta y de la mujer. ¿Acaso es diferente *nuestra* vida? El hecho que hoy todavía exista la palabra de gracia y que haya gracia en el Señor Jesucristo, es un milagro. Sin embargo, es a través de esta gracia que recibimos todas las cosas. Todo lo que recibimos es una revelación del milagro de gracia en Cristo. La comprensión de esto es la llave hacia una vida llena de gozo.

Elías debe haber esperado aun más que antes que el milagro sería revelado una vez más a los israelitas, cuyos ojos ahora estaban enceguecidos. Dios había abierto los ojos de esta mujer pagana para que viese el milagro. Ella era una profecía señalando hacia el futuro, hacia todos los paganos que algún día verían el milagro. ¿No podría el Señor mostrar una vez más este milagro a su propio pueblo? ¿Y no provocarían aquellos paganos algún día a celos al pueblo de Israel?

La palabra del Señor es verdad. Mientras Elías se hospedaba en casa de la viuda, el hijo de ella se enfermó gravemente y murió. La mujer, Elías veía que Dios haría precisamente lo que había pedido. Mediante la fe se sintió amargada por este curso de los acontecimientos. Ella relacionó la muerte de su hijo con la estadía del profeta del Señor en su casa. Dios se le había acercado a través de este hombre y ahora sus pecados habían quedado descubiertos ante el rostro de Dios. Mediante la muerte de su hijo, ella era castigada por sus pecados.

¡Qué admirable es que esta mujer haya conectado todo con el Señor y a su relación con él! Pero en su consternación había olvidado que con el Señor siempre hay gracia para ellos que le pertenecen, y que si bien disciplina a los suyos por causa de sus pecados, nunca los castiga ni los rechaza. Ahora ella se sentía incapaz de continuar aferrada a la gracia del Señor, aunque en su corazón clamaba por ella.

Elías puso al hijo muerto sobre la cama en su cuarto y allí clamó al Señor diciendo: "No puede ser cierto que tú rechaces a esta mujer ahora que te has acercado a ella a través de mi estadía aquí. Si es tu voluntad, vuelve a demostrarle tu gracia, restaurándole su hijo". Mediante la fe, Elías veía que Dios haría precisamente lo que había pedido. Mediante la fe se aferró a la gracia del Señor. Luego se tendió tres veces sobre el muchacho, cubriéndolo con su propia vida. De esa manera la palabra de

gracia cubrió al niño muerto.

Por cierto, tanto la viuda como su hijo merecían la muerte y el rechazo, igual que cualquier otra persona. Pero la palabra de gracia, es decir, el Cristo mismo, es la reconciliación que nos cubre y protege de la ira de Dios. Por eso Elías clamó en fe por la vida del muchacho cuando se tendió sobre él.

El Señor oyó la oración de Elías. El muchacho se levantó. Algún día, a través de Cristo, aquellos que le pertenecen serán resucitados a vida eterna.

Elías llevó el muchacho a su madre, quien reconoció en este acontecimiento sin precedentes el milagro de la misericordia de Dios. Ahora reconoció plenamente a Elías como el profeta del Señor. Ahora confesó que veía, aun con mayor claridad que al principio, que la palabra del Señor es verdad. La palabra del Señor es el fundamento firme en que podemos confiar siempre.

¡Qué inmenso consuelo dio este acontecimiento a Elías! Aquí había un ejemplo de la resurrección. ¿Acaso no podía el Señor levantar a Israel que en ese momento estaba espiritualmente muerto y darle una vida de fe en el pacto con él?

31: La palabra de gracia es revelada

1 Reyes 18

La palabra de gracia en la persona de Elías había sido encubierta ante Israel, pero este encubrimiento no había logrado el efecto deseado en Acab. Acab no admitió que Israel *sólo* sería bendecido con plenitud si dependía de la palabra de gracia. Al contrario, comenzó a amargarse. Envió a sus hombres a buscar en todas partes a aquel a quien consideraba el autor de los problemas en Israel.

Este ocultamiento fue sólo la preparación para una revelación más gloriosa de la palabra de gracia. Esto acontecería en los hechos relatados en 1 Reyes 18. El encubrimiento y la revelación, el juicio y la gracia, traerían juntos la fe y el arrepentimiento.

Mediante el fuego que consumió el sacrificio, Dios no solamente se reveló a sí mismo como el todopoderoso que puede hacer todas las cosas, sino que también volvió a demostrar que estaba dispuesto a aceptar la ofrenda de Israel. El pueblo todavía no había sido rechazado. Aquí tenemos la revelación de gracia en el pacto.

Aunque las energías de Elías estaban dirigidas hacia el reino de las diez tribus, su altar fue construido con doce piedras. En este contexto el nombre *Israel* es usado con referencia a Jacob. El reino de las diez tribus representa a la masa de Israel que se perdería; el remanente que será salvado es el verdadero Israel de entre todas las doce tribus. El altar hecho de doce piedras fue un llamamiento simbólico a volver al pacto.

La objeción de que habría sido imposible para Elías encontrar agua para derramar sobre el altar, debido a la prolongada sequía, no debería detenernos mucho tiempo. Probablemente había en aquella región alguna fuente que todavía no se había secado.

Mediante la fuerza del Espíritu, Elías corrió delante del carro de Acab a Jezreel. Aquí demostró que era tanto el heraldo como el siervo del rey. Aquello fue una revelación de gracia a Acab. La palabra del Señor todavía no había rechazado al rey; Acab todavía podía ser cabeza y líder del pueblo. En tal sentido aún era sostenido por la palabra.

Había algo notable en el hecho de que Elías orase siete veces con su rostro entre las rodillas por la lluvia que

él mismo acababa de anunciar. Esto demuestra la verdadera naturaleza de la oración. La oración no es un instrumento que impulsa a Dios a hacer algo; mediante la oración hemos de recibir aquello que él tiene preparado para nosotros. Al mismo tiempo nuestra oración es una sincera lucha con Dios, especialmente porque no siempre estamos listos para recibir lo que él quiere darnos. Cuando Elías oraba con su rostro entre las rodillas, estaba escudriñando su propio corazón y humillándose delante de Dios.

En 1 Reyes 18:1 leemos que la palabra del Señor vino a Elías "en el tercer año". Debemos leer esto como indicando que era el tercer año de la estadía de Elías en Sarepta. Este texto no está en conflicto con lo que leemos en Lucas 4:25, es decir, que la sequía haya durado tres años y medio.

Pensamiento clave: *El Señor revela su palabra de gracia para que Israel vuelva en fe a él.*

La revelación en la reaparición de Elías. En el tercer año de la estadía de Elías en Sarepta, el Señor le ordenó que se presentase ante Acab. Finalmente el Señor estaba dispuesto a dar lluvia a Israel nuevamente.

Por mucho tiempo los hombres de Acab habían buscado a Elías, pero no habían podido hallarlo. Acab los había enviado a todas partes. No es que quería confesar sus pecados a Elías; lo único que quería era extraerle la palabra que pondría fin a la sequía. Pero Elías se había mantenido oculto y en él había sido encubierta de Israel la palabra de gracia. El Cristo se había apartado de su pueblo, y por eso había sobrevenido la sequía. El Señor mismo establecería el tiempo cuando volvería a hablar la palabra de gracia. Y no sería resultado de la coerción pecaminosa de Acab. Ahora, después de un castigo que había durado varios años, el Señor quería que la palabra volviese a hablar para que su pueblo creyera en él.

Acab había enviado a su mayordomo Abdías en una dirección para buscar pastos para los rebaños, en tanto él mismo iría en otra dirección. La tierra estaba tan seca que los rebaños corrían gran peligro de morir.

Abdías, que temía al Señor, se encontró con Elías en el camino. El profeta le ordenó que dijese a Acab que había vuelto. Abdías temía cumplir con dicha orden. Como persona que servía al Señor, siempre corría peligro en la corte de Acab. En forma secreta había ocultado a 100 de los profetas del Señor en dos cuevas; les había provisto de alimentos y los había salvado de la persecución de Jezabel. Si ahora él debía llevar el mensaje de la reaparición de Elías, Acab podía pensar facilmente que él y Elías habían estado en contacto durante todo ese tiempo. Además, el Espíritu del Señor podía alejar repentinamente a Elías del escenario. Entonces Abdías quedaría como un mentiroso ante los ojos de Acab.

Elías superó todas estas objeciones declarando que el Señor le había mandado presentarse personalmente ante Acab. Entonces Abdías se sometió reconociendo el soberano poder de Dios de hablar su palabra de gracia en el momento que él quisiera.

Cuando Acab encontró a Elías, se dirigió a él como a aquel que estaba turbando a Israel. En nuestra naturaleza tenemos la tendencia de culpar a Dios cuando se aparta gracia de nosotros. En cuanto a Acab, el profeta del Señor era responsable de todo el mal que había acontecido a Israel.

Elías devolvió la acusación indicando que era Acab y la casa de su padre quienes, con sus pecados, habían turbado a Israel. Ahora el Señor quería revelarse una vez más a Israel como el Dios de gracia. Nuevamente el Señor quería ser quien toma la iniciativa. El pueblo todavía no estaba clamando ni humillándose delante de él. Y por cierto, el rey como la cabeza del pueblo tampoco lo estaba haciendo.

La revelación en el fuego del cielo. Aun antes de esto, impulsado por el Espíritu del Señor, Elías había anhelado una nueva y maravillosa revelación de la misericordia de Dios. Quería una revelación que impulsara al pueblo a abandonar a los baales, a arrodillarse delante del Señor y entonces recibir la lluvia como un don de la gracia de Dios. Por eso pidió a Acab que reuniese el pueblo al monte Carmelo, junto con los 450 profetas de Baal y los 400 profetas de Astarte.

A la orden de Acab todo el pueblo y los sacerdotes de Baal se reunieron en el monte Carmelo. Elías se dirigió a ellos y los desafió a tomar una decisión. Aquel que respondiere a las oraciones de su pueblo es el verdadero Dios en quien se puede confiar. ¿Por qué estaba dividida la gente entre dos pensamientos? Ante estas palabras de Elías el pueblo guardó silencio completo. No tomarían ninguna decisión antes de ver las evidencias.

Elías permitió que los sacerdotes de Baal tuviesen la primera oportunidad, y escogiesen un toro. Cuando Baal no les respondía a pesar de todas sus oraciones y danzas religiosas, Elías comenzó a burlarse de ellos. Este santo del Señor se *burlaba* de la abominación de la idolatría en medio del pueblo de Dios. Después los sacerdotes clamaron más fuerte a Baal. En su excitación comenzaron a sajarse con cuchillos.

Elías dejó que siguiesen hasta muy avanzada la tarde. Luego construyó un altar de doce piedras, representando a las doce tribus de Israel, los descendientes de Jacob. Los que allí se habían reunido debían recordar que el pueblo del Señor consistía de doce tribus y que la gracia de

Dios era para el pueblo como un todo, no para aquellos que se separaban de esa comunión.

Entonces Elías procedió a preparar el animal para el sacrificio. Hizo echar tanta agua sobre el sacrificio que aun las zanjas alrededor fueron inundadas. Ahora era humanamente imposible encender la ofrenda. Esta era la forma en que Elías demostraría que la restauración de la comunión del pacto no podía provenir de parte del hombre.

Elías oró al Señor que se revelase a sí mismo como el Dios de los patriarcas, el Dios del pacto, el Dios que vive en medio de Israel y que tiene el derecho exclusivo sobre Israel. Elías quería que Dios dejase totalmente aclarado que él, como profeta, había hablado en el nombre del Señor. Entonces el pueblo finalmente tendría que admitir que el endurecimiento de sus corazones había venido como un juicio del Señor a causa de sus pecados. En respuesta a tal reconocimiento el Señor quizás se complacería en quitar ese endurecimiento.

De repente cayó fuego del cielo. El fuego consumió el sacrificio, la madera, las piedras, y la tierra. Incluso consumió todo el agua en las zanjas. ¡Qué impresionante milagro de gracia! El Señor todavía aceptaba la ofrenda de su pueblo; no los había rechazado. Todavía los miraba en el Cristo, y quería darles su revelación de gracia para que rechazaran a los baales y se inclinaran ante él.

Entonces todo el pueblo cayó sobre sus rostros y clamó diciendo: "¡Jehová es el Dios; Jehová es el Dios!" Allí estaba el pueblo inclinándose ante el Señor. ¿También se inclinaban sus corazones delante de Dios? ¿Se rendirían ahora en fe ante el Señor? Sólo podemos humillarnos ante el Señor si también confiamos en él. El futuro revelaría lo que estaba ocurriendo en sus corazones.

Ahora Elías quería llevar a cabo la decisión y así quitar la abominación de Israel. Por eso mandó al pueblo prender a los sacerdotes de Baal y llevarlos al arroyo Cisón y darles muerte. El pueblo hizo lo que Elías mandó. De esa manera la gracia del Señor una vez más obtuvo la victoria en medio de su pueblo.

Durante esta época de la peor apostasía en medio de las diez tribus, el Señor había estado luchando para conquistar el corazón del pueblo. Debido a que habían roto completamente sus relaciones con la casa de David, ahora iban de mal en peor. Sin embargo, el Señor no los abandonaba.

La revelación en la lluvia. Después de la matanza de los sacerdotes, Elías dijo a Acab que comiese rápidamente en uno de los lugares altos

del monte Carmelo, porque en el espíritu ya oía el estruendo de una abundante lluvia. Acab le hizo caso y empezó a comer, mientras Elías buscaba al Señor.

Elías se inclinó ante el Señor con su rostro entre las rodillas, totalmente humillado y sumiso delante de él. Estaba escudriñando su propio corazón y pensando en los pecados del pueblo. Allí confesó toda la iniquidad y oró por la gracia del Señor en forma de lluvia. De esta manera fue un intercesor por el pueblo, así como el Cristo es el intercesor que llevó los pecados de su pueblo.

En realidad, ¿es tan extraño que Elías haya orado por la lluvia que acababa de anunciar, por la lluvia que virtualmente ya podía oír en su espíritu? En nuestras oraciones hemos de reclamar aquello que Dios en su gracia ya ha decidido concedernos. Y podemos esperar que Dios nos escuche, puesto que el Mediador ha expiado por nuestros pecados.

Elías oró siete veces. Cada vez enviaba a su siervo a mirar hacia el mar por alguna señal de nubes. Elías no dejó de orar hasta ver una respuesta a su oración.

Cuando su siervo volvió por séptima vez con una respuesta positiva, el mismo Elías envió un mensaje a Acab para decirle que se apurara para llegar a su palacio veraniego en Jezreel, de lo contrario sería sorprendido por la tormenta. Las nubes se juntaron y hubo una gran lluvia. ¿Acaso veían Acab y el pueblo esta lluvia como un don de la gracia de Dios en su pacto? ¿Se volverían ahora al Señor y a la gracia de su pacto?

La revelación en el servicio de Elías. El Espíritu del Señor vino sobre Elías y le dio fuerzas extraordinarias, fuerzas para correr delante del carro de Acab, camino a Jezreel. ¿Podía haber recibido el pueblo una revelación más clara de que la lluvia venía por la palabra de gracia, la palabra de la cual Elías era portador? De la misma manera, mediante este hecho se demostró a Acab que el profeta del Señor no lo rechazaba como rey, sino que seguía siendo el heraldo del pueblo. ¡Qué glorioso hubiera sido si el rey, en comunión con el profeta, y ambos sujetos a la palabra del Señor, hubiese guiado al pueblo conforme a la ley!

En su misericordia Dios todavía estaba buscando a Acab. Por amor a su pueblo había estado especialmente preocupado por este rey. Quería emplear su gracia para quebrantar la resistencia de este hombre rebelde. ¡Qué crimen inmenso cometería Acab si ahora rechazaba al Señor!

32: Calma con Dios

1 Reyes 19

¿Existe alguna persona capacitada para relatar esta historia? Cada historia en que Dios se revela a sí mismo trasciende nuestro entendimiento. Pero esta nos trasciende en forma particular porque hemos de hablar de la calma que hay con Dios.

Sin embargo, no debemos teorizar en cuanto a esta calma. No se nos dice lo que es la esencia misma de Dios. Lo que aquí se nos revela es lo que hay con Dios para su pueblo en su pacto; se nos habla de la calma de descansar en él. Por supuesto, ese descanso tiene su origen en él. Ese descanso es con él en la inmutabilidad de su gracia que no cambia y de su propósito redentor. El sabe cómo su gracia finalmente será victoriosa en la vida de su pueblo. Mediante la fe aprendemos a comprender esto y a descansar en él. Es entonces cuando conocemos la calma en él. Por eso, esta revelación de la calma de Dios no tiene nada en común con las especulaciones místicas referidas al silencio.

¿Hay alguien que se atreve a reprochar a Elías? Es cierto que se apartó del buen camino. Si nos desalentamos y nuestra fe decae, es obvio que no hemos luchado en comunión con el Señor en sus fuerzas. En ese caso habremos comenzado a abandonar la fe. Puesto que la fe siempre ve la causa de Dios en medio de las luchas, nuestra fe es alimentada mientras la lucha prosigue. Si Elías se desalentó, es evidente que resentía un fracaso. Pero sólo podía prever el fracaso si sus ojos estaban fijados en su propia lucha.

¡La causa de Dios nunca fracasa! Sin embargo, siempre nos sentimos pequeños comparados con Elías. Si alguna vez hubiéramos experimentado la terrible intensidad de la lucha como Elías lo experimentaba, tendríamos el derecho de reprocharle. ¿Hay alguien entre nosotros que haya conocido la enorme tensión de una consagración total en la lucha, tensión bajo la cual vivía Elías?

Lucha y calma no se excluyen mutuamente. Signos violentos preceden la revelación de Dios en la calma. Enseguida después, Elías vuelve a ser arrojado en medio del campo de batalla. Aquel que participa en la lucha debe estar seguro de la victoria de la gracia de Dios. Su fe debe alimentarse

constantemente de esa certeza. Sólo en ese caso podrá vivir de esa calma mientras participa en la lucha.

Sólo en el caso de Cristo fue quitado todo consuelo, toda base para el descanso—Dios mismo lo quitó. "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" En este clamor con que dio comienzo su lamento, Cristo profetizó que volvería a hallar ese fundamento firme, esa base segura. Sin embargo, durante su agonía fue totalmente abandonado. Al sufrir ese abandono, hizo posible que nosotros experimentasemos la calma.

Pensamiento clave: *El Señor revela la calma en la lucha.*

Desesperación. Cuando Acab contó a Jezabel lo que había ocurrido en el monte Carmelo, la resistencia de ella no se debilitó en lo más mínimo. ¿Había esperado Acab una reacción diferente? Esta mujer no se dejaría detener por nada. Su atrevimiento fue al extremo de desafiar a Dios. Envió un mensaje a Elías, jurando por sus propios dioses, que al día siguiente le mataría así como él había matado a los sacerdotes de Baal.

Este mensaje tomó a Elías por sorpresa. Probablemente no había esperado conquistar a Jezabel, pero seguramente debe haber esperado que Acab, después de los acontecimientos en el monte Carmelo, le ofreciese alguna resistencia a ella. De este mensaje Elías comprendió claramente que Acab se había rendido ante ella y que ahora esta mujer dominaría en Israel. Es por eso que Elías se sintió tan desanimado.

¿No sabía Elías que la causa de la gracia del Señor triunfaría con toda seguridad? Aparentemente ya no podía verlo con claridad; ya no podía descansar en fe en esa certeza. En la lucha del monte Carmelo se había entregado cien por ciento. Sin embargo, en el proceso la causa del Señor había llegado a ser demasiado por propia causa. Ahora veía el fracaso de su causa. Seguramente ya debió haber visto una victoria decisiva. Elías olvidó que Dios no siempre sigue las rutas que nosotros escogemos. Por eso se desanimó tanto.

Elías huyó de Jezreel. No se fue por temor de perder su vida, porque en ese caso sólo tendría que haber cruzado la frontera con el reino de Judá donde habría encontrado completa seguridad. Elías atravesó toda Judá, dejó a su siervo en el extremo más lejano del límite con Judá, y se fue al desierto.

Elías no sabía qué hacer. ¿Qué sería ahora de la causa del Señor? Ya no veía futuro para sí mismo. Quería vagar solo en el desierto porque no había quedado nada más para hacer. Quizás moriría en el desierto.

Haciendo memoria en el desierto. Elías caminó por el desierto una jornada de camino. Luego se acostó debajo de un enebro y se durmió. No había pensado en llevar comida; se alimentaba de su tristeza.

Mientras dormía, un ángel del Señor lo tocó y le dijo que se levantara para comer. Junto a su cabeza encontró una torta cocida sobre las brasas y una vasija de agua. Elías comió y bebió y volvió a dormirse. ¿Quedaba algo en su vida que pudiese hacer? Ni siquiera la aparición del ángel lo había impresionado. El ángel volvió a despertarlo por segunda vez, diciendo: "Levántate y come, porque largo camino te resta". ¡Qué bueno que Dios no nos abandona cuando estamos desesperados! Todavía hay alguien llamándonos. Esta vez el ángel mencionó expresamente el llamamiento al referirse a una ruta que Elías debía tomar. Es una gran experiencia cuando Dios vuelve a llamarnos, aun cuando no sabemos exactamente su propósito.

Esta vez Elías se levantó, comió, bebió y continuó su viaje. Durante cuarenta días y cuarenta noches fue sostenido por la fuerza que le dio aquel alimento. Gracias a un milagro divino, aquella comida le dio fuerzas para tanto tiempo. ¿No tendría que haber comprendido Elías que la fe es alimentada por un milagro? La gracia de Dios en Cristo para el mundo es un milagro, y su victoria también se debe a un milagro.

Durante cuarenta días Elías peregrinó sin rumbo por el desierto. Sin embargo, Dios tenía un propósito en toda esta peregrinación. Durante esos días Elías debe haber vuelto en sí. Debe haber comprendido que había pasado un punto decisivo en la batalla sin darse cuenta de ello. Había dejado de luchar por la causa del Señor a fin de luchar por su propia causa. Además, allí debe haber recordado los cuarenta años que Israel peregrinó por el desierto y debe haber reflexionado cómo el pueblo de Israel tenía que encontrar al Señor primero, antes de poder entrar en Canaán. Ahora le tocaba a Elías hallar allí al Señor. Esto era una preparación para la revelación nueva que el Señor tenía reservada para él.

El Dios del pacto de gracia. Finalmente, los pensamientos de Elías llegaron al punto donde había comenzado el viaje de Israel por el desierto, es decir, el establecimiento del pacto en el monte Sinaí. En efecto, era a las montañas de Horeb donde Dios llevó a Elías al fin de esos 40 días. Allí le esperaban nuevas revelaciones del Dios que había hecho un pacto con Israel.

Elías pasó la noche en una cueva de la montaña. Allí le vino la palabra del Señor diciendo: "¿Qué haces aquí, Elías?" Elías respondió:

"He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida". Elías se dirigió al Señor como al Dios de los ejércitos, el Dios que lucha ayudado por sus ángeles. Ese era el concepto que Elías tenía del Señor. En ese espíritu vivía.

Esto no era un pecado en sí. ¿Pero alcanzaba a ver también que detrás de esa lucha del Señor estaba la seguridad del triunfo de la gracia de Dios? En cierta medida Elías lo había olvidado. Veía al Señor luchando como lo hace el humano, sin una seguridad cierta de la victoria. En este sentido tendría que ser corregido por el Señor.

A la orden del Señor, Elías salió de la cueva y se paró en la montaña. Primero arreció un poderoso torbellino que arrancó trozos de la montaña y quebrantó las rocas. Elías vio y oyó la fuerza de ese tremendo torbellino en las montañas, pero notó que el Señor no estaba en el viento. El viento sólo iba delante del Señor. Después del viento vino un terremoto, pero el Señor tampoco estaba en el terremoto. Luego pasó un fuego consumidor. Pero el Señor tampoco estaba en el fuego consumidor. Luego, después de todo aquel estruendo de violencia, siguió una profunda calma, "un silbo apacible y delicado". Era como si Elías pudiese oir ese silencio. ¡En esta calma sí estaba el Señor!

Elías dio otro paso hacia adelante, se cubrió el rostro con su manto y disfrutó de aquella calma. Se empapó de ella. ¡Así es el Señor! El Señor puede sentirse profundamente conmovido y muy perturbado, pero detrás de todo ello está la calma de la seguridad de que su gracia triunfará y salvará al mundo. Mediante la fe los hombres pueden descansar en esa seguridad.

¡Cómo debe haber disfrutado Elías, el hombre de fuego y batalla, aquella calma! Nadie puede sobrevivir si solamente experimenta batalla, sin conocer que el reino que en esta ocasión creó al viento, terremoto y fuego, es en el fondo un reino de paz. En este mundo no podemos evitar todo el estruendo de la violencia, pero tampoco podemos seguir sin la calma que proviene de la fe.

En aquella calma se le volvió a preguntar a Elías qué estaba haciendo allí. El propósito de esa pregunta era que Elías volviese en sí. Elías debía descubrir cómo había perdido el poder de la fe. Basado en ese reconocimiento, Dios podría consolarlo nuevamente.

Elías respondió con las mismas palabras. No eran palabras de queja dirigidas a Dios; Elías las utilizaba para expresar la profundidad de su

desesperación. La calma de la certidumbre que hay con Dios lo consoló aun antes que el Señor le dirigiera otra palabra.

¿Acaso no habría esa certidumbre con Dios? Cristo expiaría por el pecado y vencería al mundo. Esto ya está hecho. Ciertamente, Dios ejecutará su consejo de redención, aunque muchas veces nos parece que su causa fracasará. Mediante la fe podemos descansar en esa seguridad. Aun en los momentos más tormentosos, experimentamos la calma con Dios.

Un llamamiento a una nueva lucha. El Señor inmediatamente llamó a Elías a una nueva lucha ya que había sido fortalecido por la calma. Debía ungir a Hazael como rey de Siria, a Jehú como rey de Israel, y a Eliseo como profeta en su propio lugar. El Señor de la calma estaba continuando la lucha. Ahora castigaría a Israel a través de Hazael. Después, Jehú ejecutaría el juicio en Israel. Finalmente, las palabras de Eliseo serían un juicio en Israel.

Además, el Señor hizo ver a Elías que en su desesperación había sido demasiado pesimista. En Israel todavía había siete mil persons que no habían doblado sus rodillas ante Baal. Conforme a la elección de la gracia, todavía había un remanente. Por amor a ese remanente, Dios no había abandonado a su pueblo. Todos los juicios venideros serían castigos cuyo propósito sería la salvación de Israel. Lo que importaba era el reino de paz, que seguramente vendría.

Oyendo el llamado. Desde el monte Horeb Elías fue a Abel-mehola. Allí encontró a Eliseo que era un hombre rico. Era la época de arar la tierra, y Eliseo estaba ocupado arando sus campos con doce yuntas de bueyes. El mismo estaba conduciendo la última yunta.

Elías se acercó a Eliseo y echó su manto sobre él. Eliseo entendió lo que eso significaba. Desde ahora debía seguir a Elías en la función de profeta porque ahora sería también su llamamiento. Tendría que abandonar sus extensos campos. Desde ese momento sólo llevaría la palabra del Señor a Israel.

¿A qué cosas tuvo que renunciar y qué cosas recibió como recompensa? Eliseo no vaciló para calcular el costo. Al oír el llamado del Señor, respondió inmediatamente. El llamamiento triunfó sobre él de modo que estuvo dispuesto a seguir. Sólo pidió que Elías le diese la oportunidad de despedirse con un beso de sus padres.

Al pedir que Elías le diese permiso para esto, demostró que dependía demasiado de Elías. Si Eliseo mismo había sentido el llamamiento, también tendría que saber lo que podía hacer o no hacer. Por eso Elías le respondió: "Vé, vuelve; ¿que te he hecho yo? No soy yo quien te llama; el que te llama es el Señor".

Eliseo preparó un banquete de despedida para su casa. Mató un par de bueyes y usó la madera de los yugos para hacer el fuego sobre el cual preparó la carne. Mediante esto demostró que su tarea allí había terminado. Con esto ya manifestaba algo del espíritu profético. Después del banquete de despedida partió de su casa.

Esto debe haber sido un consuelo para Elías. El Espíritu de la profecía no terminaría con su persona. El Señor seguiría luchando con Israel mediante su palabra de gracia. Pronto aun reyes serían ungidos para castigar al pueblo de Dios, y si esto no ocurría por medio de Elías lo haría su sucesor. Seguramente habría torbellinos, terremotos y fuegos, pero detrás de todo ello habría calma.

¿Acaso Dios no se reveló al Cristo en la violencia de su juicio? Sin embargo, para él también vino la calma de la comunión eterna con Dios —en su resurrección y ascensión. Cristo obtuvo esta calma para todos los suyos.

Judá con Efraín

33: Como ovejas sin pastor

1 Reyes 20—22:40

En el primer período después de la división, los dos reinados se vieron como enemigos. En un segundo período Israel y Judá salieron juntos a la batalla más de una vez. En el primer período Efraín se oponía a Judá cuando los reyes del norte trataban de separar su reino completamente de la casa de Judá. En el segundo período, Israel no volvió a Judá; lo que ocurrió fue que Judá siguió atrás de Israel.

Para Judá y la casa de David eso significó entregar la gracia y el honor que una vez habían disfrutado gracias al pacto con David. Quizás Josafat haya buscado al otro reino reconociendo que los dos reinados constituían a "Israel", pero por su alianza con Acab estaba sancionando el pecado del reino de las diez tribus y entregando el honor del pacto del Señor.

De dos maneras Acab demostró que no era pastor ni escudo de su pueblo. En primer lugar, lo demostró mediante sus relaciones con países extranjeros. Perdonó la vida de Ben-adad quien lo había amenazado a él y a su pueblo. Acab inclusive hizo un pacto con él. No debería haber pensado jamás en perdonar la vida de Ben-adad, porque él era enemigo mortal de Israel y de su rey. Sin embargo, aparte de la seguridad de Israel y de su reinado, habían otros aspectos implicados, es decir, se trataba del nombre del Señor y de su justicia en la causa de Israel. Por eso, el Señor llamó a Ben-adad "el hombre de mi anatema" (1 Reyes 20:42). Ben-adad estaba bajo la maldición divina. Puesto que Acab no respetó la ley del Señor, no era un escudo para su pueblo.

En segundo lugar, Acab demostró que no era pastor ni escudo de su pueblo por no seguir la justicia del Señor en los asuntos internos del reino. Por amor a sus propios deseos violó esa justicia en el caso de Nabot. Lo que estaba en juego era la disposición específica de que ninguna herencia debía ser quitada de su dueño. Este era un derecho que había sido establecido en la ley de Moisés. Puesto que Acab no fue un pastor para su pueblo, Dios tuvo que rechazarlo por amor a su gracia por su pueblo.

El hijo de los profetas que rehusó herir al otro hijo de los profetas de-

mostraba ser desobediente en su oficio profético. En ese mandamiento debería haber reconocido la palabra del Señor; debería haber obedecido. Entonces fue muerto porque asumió una posición desde la cual no podía servir.

Es evidente que los profetas de Acab no eran siervos de Baal. Sin embargo, tampoco eran verdaderos profetas del Señor. Probablemente estaban relacionados al servicio de los becerros de oro.

El Señor envió un espíritu de mentira a dichos profetas. La mano del Señor estaba obrando a través de la mentira que proclamaban. En este caso también, el Señor permitía que el pecado siguiera su propio curso. Estaba castigando al pecado con otros pecados. Por eso, cuando los profetas prometieron que Acab tendría éxito, no estaban mintiendo deliberadamente. No hablaban del éxito sólo para ganarse el favor del rey. Realmente creían que el rey tendría éxito en lo que se proponía emprender. Sedequías estaba sinceramente convencido que el Espíritu del Señor estaba hablando a través de él. Por eso se preguntó cómo era posible que el Espíritu se hubiese apartado de él para hablar a través de Micaías.

Pensamiento clave: *Por amor a la gracia para con su pueblo, el Señor rechaza al pastor infiel.*

Infidelidad con respecto al enemigo extranjero. Ben-adad, el rey de Siria, atacó a Israel durante el reinado de Acab. Sus soldados invadieron la tierra y finalmente pusieron sitio a Samaria. A través de mensajeros Ben-adad requirió la entrega de las mejores posesiones de Acab y de sus mejores esposas e hijos. Acab consintió, pero se le dijo que Ben-adad quería más aún; quería saquear la ciudad.

Después de consultar con sus oficiales, Acab se negó a entregar la ciudad. Cuando Ben-adad lo amenazó de quemar la ciudad, no dejando sino un montón de cenizas, Acab respondió: "Decidle que no se alabe tanto el que se ciñe las armas, como el que las desciñe". En otras palabras, Ben-adad no debía jactarse tan pronto de la victoria. Esta fue la primera palabra valiente pronunciada por Acab, que siempre era un hombre débil.

Estas palabras de Acab llegaron a oídos de Ben-adad mientras participaba de un banquete en su tienda. Inmediatamente dio órdenes de atacar la ciudad. Entre tanto, uno de los profetas del Señor vino a Acab para decirle que el Señor entregaría en sus manos al ejército sirio para demostrar a Acab la fidelidad del Señor hacia su propio pueblo. El Señor todavía quería salvar a Israel, porque en el Cristo veía en Israel su pueblo. Todavía había siete mil personas que no habían doblado su rodilla ante Baal.

Acab creyó al profeta, pero no reconoció en aquella promesa de liberación el milagro de la gracia y fidelidad del Señor. No creía en el Señor, ni creía en esta palabra como la palabra de su gracia. Sin embargo, porque creía que habría liberación, Acab preguntó cómo obtendría la victoria.

Se le dijo a Acab que debía comenzar la batalla con los siervos de los gobernadores de los distritos. Estos eran 232 hombres. Detrás de ellos, Acab contaría con otros 7.000 soldados. Estos eran todo lo que había quedado del ejército de Israel que se había refugiado detrás de los muros de Samaria.

En un momento cuando Ben-adad estaba borracho en su tienda y el ejército sirio no estaba listo, Acab lanzó el ataque como el profeta le había dicho. Con la temeridad de un borracho, Ben-adad dio órdenes de tomar con vida a todo aquel que pasara por la puerta de la ciudad, fuesen mensajeros de guerra o de paz. Sin embargo, no resultó como él esperaba. El desprevenido ejército de Ben-adad fue derrotado. Ben-adad apenas logró escapar a caballo acompañado por algunos de sus hombres de la caballería. Por otra parte, el profeta del Señor advirtió a Acab que Ben-adad volvería a atacarlo.

Era muy claro que la victoria era obra del Señor. Los consejeros de Ben-adad también lo veían de esa manera. No podían negar que la victoria de los israelitas era algo muy especial. Sin embargo, tuvieron su propia versión para explicar la victoria. No conociendo más que los dioses locales, cuyo poder se limitaba a localidades específicas, concluyeron que los israelitas adoraban a los dioses de la montaña, dioses que entonces les habían dado poder sobre la montaña de Samaria. Al mismo tiempo creían que no tendrían poder en la llanura. Si la próxima vez Ben-adad atacaría a Israel en la llanura, seguramente obtendría una victoria fácil. Además, debía reemplazar a los reyes de las ciudades que le servían, poniendo en su lugar a gobernadores que podrían lograr una mayor unidad en el ejército. Además, Ben-adad tendría que reorganizar su ejército.

El año siguiente Ben-adad volvió a salir y acampó en la planicie de Jezreel, cerca de Afec. El ejército de Israel, que acampó frente a los sirios, se parecía a dos rebañuelos de cabras que se habían separado del grueso del rebaño.

Nuevamente, el profeta vino a Acab para decirle que el Señor entregaría aquella gran multitud en su mano. El motivo era, nuevamente, que el Señor quería que Israel reconociese la fidelidad del Señor en su pacto.

Después de siete días comenzó la batalla. Los sirios fueron derrotados. Cien mil de sus hombres cayeron. Otros 27.000 hombres fueron aplastados al derrumbarse el muro de Afec, detrás del cual se habían refugiado.

Ben-adad huyó a un aposento interior en Afec. Sus siervos decidieron humillarse delante de Acab y pedir por la vida de Ben-adad, sabiendo que los reyes de Israel eran conocidos por su misericordia. Era verdad que los reyes de Israel, que vivían por la gracia del Señor, no eran motivados por una sed pagana de venganza. Muchas veces habían mostrado misericordia a sus enemigos.

Los siervos de Ben-adad tenían razón respecto de la reputación de los reyes de Israel. Sin embargo, estos reyes tenían la obligación de vengar los derechos del Señor cuando estos habían sido violados. ¿No era preciso tomar venganza de Ben-adad, quien había querido destruir a Israel? El Señor todavía perdonaba la vida de los israelitas a pesar de sus pecados. Basado en su gracia hacia su pueblo, él mismo entregó a Ben-adad en manos de Acab.

Cuando los siervos de Ben-adad vinieron a Acab vestidos de cilicio y con cuerdas alrededor de sus cuellos, Acab llamó hermano a Ben-adad, le perdonó la vida, lo invitó a subir a su carro, e hizo un pacto con él. Conforme a los términos de dicho pacto, Ben-adad sólo restauraría las ciudades que su padre había tomado de Israel.

Acab se sintió adulado al pensar que un rey poderoso como Ben-adad había hecho un pacto con él y que había mandado a sus siervos a someterse a él. Debido a esta adulación, Acab cometió el error de entregar los honores y derechos soberanos del Señor a este enemigo de su pueblo. Una vez más Acab demostró que no vivía para el pueblo del Señor y que no podía ser su escudo.

En su camino de regreso, Acab encontró a un hombre herido, con la cabeza vendada. Este hombre era un profeta del Señor, pero como parecía un soldado herido, Acab no lo reconoció. El profeta había pedido a uno de sus discípulos en la escuela de los profetas que lo hiriese. Puesto que se había rehusado a hacerlo, fue muerto por un león. Un profeta debe saber reconocer la palabra del Señor y debe ser obediente a ella.

Luego, otro hombre le hizo una herida. Ahora él estaba delante de Acab. El profeta relató una historia inventada acerca de la causa de sus heridas, a fin de atrapar al rey en sus propias palabras. Cuando Acab cayó en la trampa, el hombre reveló su identidad y profetizó que el Se-

ñor pondría la vida de Acab e Isarel en lugar de la vida de Ben-adad y los sirios. El Señor había entregado a Ben-adad en manos de Acab para que pudiese ser ejecutado el juicio divino sobre él, pero Acab lo había dejado escapar.

Esta profecía arruinó el buen humor de Acab. Al llegar a Samaria se sentía deprimido. Sus ojos no habían sido abiertos a su propia infidelidad hacia el pueblo del Señor. Para él ya no existía la posibilidad de volver a la gracia del Señor.

Infidelidad hacia su propio pueblo. Acab era un hombre débil que carecía una fuerte voluntad propia. Siendo demasiado débil para oponerse a la maldad de Jezabel y demasiado cobarde para ejecutar él mismo sus malos deseos, permitió que su esposa tomase la iniciativa en todo.

Como amante del lujo, Acab sabía apreciar la belleza. En Samaria hizo construir un palacio de marfil, y en la llanura de Jezreel hizo plantar un jardín de placer cerca de su palacio veraniego.

Un día, mientras caminaba en su jardín, tuvo una idea de añadir a su propiedad la viña adyacente a fin de agrandarla y hacerla más hermosa. Pidió a su dueño, un hombre llamado Nabot, que le vendiera su viña. Acab estaba dispuesto a cambiársela por otra viña. Pero Nabot no era libre para acceder al deseo del rey, porque aquella viña era su herencia. Según la ley del Señor no se le permitía entregar su heredad.

Aquí Acab no se sometió a la ley del Señor, ni demostró que la justicia del Señor fue sagrada para él sobre todas las cosas. Acab se echó sobre su cama con su rostro hacia la pared, negándose a comer. De esta manera infantil el rey mostraba su desagrado, ahora que la justicia del Señor le era un obstáculo para obtener lo que desaba. No había nada santo en Acab, ningún sentido de devoción hacia la justicia que protegía al pueblo del Señor y su herencia. ¿No tendría que haber mostrado Acab cierto aprecio hacia Nabot por su fidelidad en lo que el Señor le había concedido?

Cuando Jezabel supo el motivo del mal humor de Acab, se mofó de él. ¡Qué tipo de rey! En su opinión el rey no estaba atado por ninguna ley; un rey podía hacer lo que le placía. Por eso ella se ocupó del asunto por Acab. Jezabel envió cartas a los oficiales de la ciudad de Nabot. Las cartas llevaban el sello del rey y ordenaban proclamar un ayuno en la ciudad como si algún gran crimen hubiese sido cometido. Luego, al reunirse la gente, debían someter a juicio a Nabot usando testigos falsos,

dos hombres sin escrúpulos. Nabot debía ser acusado de calumniar al rey, un crimen que era igual a blasfemar al Señor, en cuyo nombre gobernaba el rey. Una vez que Nabot hubiese sido condenado y apedreado, el rey podría tomar posesión de la viña.

Como esclavos y lacayos, los ancianos de la ciudad hicieron lo que la reina les había ordenado. Pisotearon la justicia del Señor y cometieron el crimen. En cuanto Jezabel recibió la noticia de la muerte de Nabot, dijo a Acab que ahora podía tomar posesión de la codiciada viña. Entonces Acab se apropió de ella. De esta manera se cargó él mismo con la responsabilidad del crimen de su esposa. Aquel que debe haber actuado como pastor de Israel era responsable por el derramamiento de sangre inocente. El mismo se adueñó de la herencia de los hijos de Israel que era protegida por la ley del Señor. En Acab no había absolutamente nada del Cristo. Acab fue más bien un antitipo de aquel que derramó su propia sangre para obtener una herencia eterna para su pueblo.

En nombre del Señor, Elías vino para encontrar a Acab en la viña robada. Le dijo que los perros lamerían su sangre en el lugar donde habían lamido la de Nabot. El suyo sería un caso de sangre por sangre.

Acab trató de hacerlo aparecer que esta oposición constante de parte de Elías fuese a causa de una enemistad personal. Por eso dijo: "¿Me has hallado, enemigo mío?" Mediante estas palabras, Acab trató de quitar de sí la impresión del juicio del Señor. Pero Elías fue directamente al grano y anunció que el rey y su casa sufrirían el mismo destino que había sufrido la casa de Jeroboam. La casa de Acab también sería exterminada de Israel. Nada de ella quedaría. Por amor al pacto del Señor con su pueblo, este pastor falso que sólo buscaba sus propios intereses, dejándose guiar por su esposa más que por la palabra del Señor, también tendría que ser quitado. Los perros comerían a Jezabel junto al muro de Jezreel.

Acab quedó profundamente impresionado por este anuncio del juicio que le esperaba. Rasgó sus ropas, ayunó y caminó a paso lento como señal de profunda tristeza. Seguramente tuvo que soportar las burlas de Jezabel, pero esta vez persistió. Estaba convencido que el juicio sería realidad. Conocía demasiado bien la historia de Israel para no hacer caso a las palabras de Elías. Sin embargo, no comprendió que este juicio era un juicio de la gracia de Dios hacia Israel. Por eso, a pesar de su temor, en su corazón no se volvió al Señor.

De todos modos, el Señor tomó nota de este arrepentimiento. Puesto que Acab se había humillado delante de él, el Señor no ejecutaría este

mal durante su vida. No hay medio que el Señor dejará de utilizar para enseñarnos el verdadero camino de la paz. Al reconocer la autohumillación de Acab, el Señor lo estaba instando a un genuino arrepentimiento de sus pecados. El verdadero arrepentimiento sólo se encuentra en la creencia que hay gracia en Dios por amor a Cristo.

El juicio de la gracia del Señor. Después de la guerra entre Israel y Siria, hubo paz por tres años. Sin embargo, Acab consideró que se le había hecho una injusticia. Cuando los dos reyes hicieron su pacto, Ben-adad había prometido devolver las ciudades que anteriormente habían sido de Israel. En la opinión de Acab, Ramot de Galaad era una de ella, pero Ben-adad no la había devuelto. Acab, que había llegado a ser demasiado audaz como resultado de sus victorias, ahora pensaba en tomar a Ramot de Galaad por la fuerza.

En aquellos días Acab recibió la visita de Josafat, rey de Judá. Cuando Acab le pidió que se uniera a él en la batalla, Josafat le prometió hacerlo. Pero antes de salir, Josafat quiso consultar la palabra del Señor. Acab accedió, y con ese propósito hizo traer a cuatrocientos profetas. No eran profetas de Baal, pero tampoco eran verdaderos profetas del Señor. Eran profetas relacionados con la idolatría en Israel.

Cuando Acab les preguntó si debía salir a la lucha para capturar a Ramot de Galaad, todos profetizaron que volvería victorioso. Sin embargo, Josafat no estaba satisfecho porque había visto que no eran profetas del Señor. Por eso preguntó si había posibilidad de consultar a algún otro profeta. Acab dijo que sólo había un profeta más, es decir, Micaías, añadiendo que lo odiaba porque sólo profetizaba males acerca de él.

Acab nunca había reconocido que era la palabra de Dios en boca de sus profetas. Su entendimiento de la profecía era completamente pagano. Creía que los profetas trajeron con sus palabras o la bendición o la maldición. Si así hubiera sido, los papeles hubieran estado invertidos y el Señor habría estado bajo el control de los profetas. Por eso Acab tenía temor de escuchar la palabra de Micaías. Micaías había sido encarcelado porque en la cárcel no podría causar problemas, según creía Acab. ¡Aparentemente Acab creía que podría sujetar el poder del Señor!

Respondiendo a la insistencia de Josafat, fue llamado Micaías. Entre tanto, los cuatrocientos profetas seguían anunciando victoria. Sedequías lo hacía simbólicamente utilizando dos cuernos de hierro.

El mensajero que fue a buscar a Micaías trató de convencerlo a unirse

a los demás profetas diciendo algo favorable de Acab. Encontramos aquí la misma idea necia que un profeta podía decir lo que quería. Micaías declaró que no podría decir sino la palabra del Señor. ¡Qué profundo había sido el efecto del paganismo en Israel que aun esta verdad tuvo que ser subrayada de esta manera!

Al principio Micaías repetía las palabras de los otros profetas, pero el rey comprendió que estaba burlándose de ellos. Era preciso demostrar a Acab que Micaías no tenía opción en cuanto al contenido de su profecía. Cuando Acab insistió en que Micaías no dijese otra cosa que la verdad en el nombre del Señor, el profeta dijo que en una visión había visto a todo Israel esparcido en la montaña como ovejas sin pastor. Añadió que el Señor había dicho que los israelitas debían regresar a sus hogares porque les faltaba su comandante. Con estas palabras Micaías predecía la muerte de Acab.

Con amargura Acab se dirigió a Josafat diciendo: "¿No te he dicho que Micaías siempre profetiza el mal en cuanto a mi persona?" Sin embargo, Micaías siguió hablando y explicó la armonía que había entre los cuatrocientos profetas. En una visión había percibido que el Señor había enviado un espíritu de mentira sobre ellos. Los profetas no estaban mintiendo intencionalmente. A tal extremo controlaba el Señor sus mentes que ellos mismos veían la mentira como si fuese verdad. El Señor había entenebrecido sus mentes para castigarlos tanto a ellos como a Acab. La ceguera de ellos terminaría en la destrucción de Acab.

¡Qué severa advertencia para Acab! Pero tanto él como sus profetas estaban tan entregados a sus pecados que la maraña de mentiras ya no podía ser despedazada por la verdad de Dios. Sedequías golpeó a Micaías en la mejilla. Convencido de que él mismo hablaba la palabra de Dios, preguntó a Micaías cómo el Espíritu del Señor pudo haberle abandonado (a Sedequías) para hablar a través de Micaías.

Por orden del rey, Micaías fue llevado a la prisión donde había de ser tratado con especial rudeza hasta tanto el rey regresara sano y salvo de la batalla. De esta manera Acab esperaba obligar a Micaías a pensar en forma diferente en cuanto al rey a pronunciar otras palabras acerca de él. Micaías respondió que si el rey regresaba sano y salvo ello sería evidencia clara de que el Señor no había hablado a través de él. También apeló a todo el pueblo para que fuese testigo de la verdad de sus palabras.

A pesar de las palabras de Micaías, los dos reyes prosiguieron con sus planes para la batalla. Aparentemente Josafat no tenía el valor de retroceder en ese momento. Acab, sin embargo, estaba atemorizado, parcial-

mente porque comprendía que los sirios irían específicamente en busca de él. Debido a su temor se disfrazó de soldado raso en un carro.

Ben-adad ordenó a la división de sus carros ir directamente hacia el rey de Israel. Creyendo que Josafat era Acab, los sirios lo arrinconaron. Pero cuando Josafat gritó, los sirios comprendieron que habían prendido al hombre equivocado y lo dejaron ir.

Acab, sin embargo, no escapó a su juicio. Un soldado sirio lanzó su flecha al azar e hirió a Acab en el vientre. Gravemente herido, Acab ordenó al conductor del carro a retirarse de la batalla. A medida que se intensificaba la batalla, el rey se mantenía sostenido en el carro. Así seguía hasta la noche. Luego murió. Su sangre corrió por el carro.

Al finalizar el día, la batalla aún no estaba decidida, pero un clamor recorrió las filas que cada hombre debía volver a su hogar porque Acab, quien había planeado la batalla, había muerto. De esa manera se cumplió literalmente la profecía de Micaías de que Israel sería esparcido por las montañas como ovejas sin pastor.

Más tarde, el Señor Jesucristo también empleó esta expresión con referencia a su pueblo. ¡Cuántas veces el pueblo es semejante a ovejas sin pastor! A veces esto se debe a los pecados del mismo pueblo, que es castigado en la persona de su pastor. Sin embargo, nosotros tenemos un pastor que nunca nos avergüenza, un pastor que entregó su vida por las ovejas.

El carro de Acab fue lavado en el estanque de Samaria, donde los perros lamieron su sangre. La profecía de Elías sobre Acab también fue cumplida. La vida de Acab terminó en deshonra porque había despreciado la justicia del Señor y no había sido un escudo seguro para su pueblo.

34: Gozo en el Señor

1 Reyes 22:41-51
2 Crónicas 17—18:3; 19-20

Después del período de alejamiento de Judá bajo Roboam, Abiam y Asa, hubo un regreso al Señor bajo el gobierno de Josafat. Durante su reinado volvió a experimentarse un clímax. Esto se expresa de modo curioso en las palabras de 2 Crónicas 17:6: "Y se animó su corazón en los caminos de Jehová". Josafat fue llevado por su gozo en el servicio al Señor.

Este regocijo en el Señor fue característico de Josafat. Bajo su gobierno Judá salía cantando y haciendo música esperando la obra de Dios respecto del ejército enemigo.

Lo que sigue siendo un misterio respecto de Josafat es la alianza que hizo con los reyes de Israel (Acab y Joram) al extremo de que la hija de Acab llegó a ser la esposa del hijo de Josafat. Probablemente fue inducido por motivos políticos a dar estos pasos. Sin duda alguna, temía las perspectivas de una guerra civil y quería poner punto final a la agotante situación de guerra que había existido antes de su reinado. El hecho de tratar con Israel le hizo pasar por alto los pecados de la casa de Acab. Reiteradas veces fue amonestado por esta causa.

Pensamiento clave: *Basado en la fe, el gozo en el Señor constituye la fuerza del pueblo.*

Gozo en el servicio del Señor. Durante el gobierno de Roboam y Abiam, Judá se había alejado del Señor. Aun con el gobierno de Asa la situación no había mejorado; en Judá había bronce en lugar del oro. Pero en el hijo de Asa, Josafat, el Señor dió a Judá un rey que condujo al pueblo a sus caminos anteriores. Bajo su gobierno el reino creció en su favor para con Dios.

Josafat comenzó a fortalecer su reino porque la hostilidad de Israel seguía siendo una amenaza. Puso guarniciones en todas las ciudades fortificadas de Judá, aun en aquellas ciudades que su padre había tomado de Israel. Si bien consideraba todos los medios posibles para po-

ner fin al conflicto con Israel, por lo pronto no podía sino prepararse para la defensa.

El Señor bendijo a Josafat en su obra porque buscaba al Señor. Josafat experimentó el favor de Dios, y con él toda Judá. De esta manera la vida prosperó en toda Judá. Existió un lazo de unión entre el pueblo y su rey, y él recibió dones de parte de sus súbditos. El pueblo mismo se unió fuertemente. Como resultado, crecieron las riquezas y el honor del reino. En Josafat vemos, como en una imagen, algo de lo que nos ha sido dado en el Cristo en quien gozamos la plenitud del favor de Dios.

Josafat era feliz en el servicio del Señor. Si realmente conocemos al Señor, también nos gozamos nosotros en su servicio. Por sus aflicciones el Cristo obtuvo ese gozo para nosotros. Llevado por su felicidad, Josafat continuó la reforma de Judá. Siempre y donde le era posible, exterminaba las prácticas de la idolatría en los lugares altos.

Josafat también comprendió la ignorancia del pueblo en cuanto a la ley del Señor. Por eso envió una misión de príncipes, levitas y sacerdotes a través de toda Judá para enseñar al pueblo la ley del Señor. Esta fue una forma de proteger al pueblo de los peligros de la participación en los cultos paganos en los lugares altos.

Durante los primeros años de su reinado, el Señor lo libró de guerras. El temor del Señor cayó sobre todos los pueblos alrededor de Judá. Los filisteos y los árabes le trajeron regalos. No obstante, Josafat seguía fortaleciendo las ciudades y el ejército. Logró movilizar un ejército inmenso.

Gozo en la obediencia a la ley. Finalmente Josafat creyó que había llegado el momento de poner fin a la hostilidad entre Israel y Judá. Fue entonces que hizo una alianza con Acab. La unión que forjó con Acab fue tan estrecha que su hijo Joram contrajo matrimonio con Atalía, hija de Acab. También visitó a Acab en Samaria y se le unió en la expedición contra Ramot de Galaad.

Ya hemos visto cuán desafortunada terminó esta batalla para Acab. Después del peligro que Josafat encaró en el campo de batalla, pudo volver en paz a Jerusalén. El Señor había protegido su vida. Sin embargo, el profeta Jehú, hijo de Hanani, a quien Asa había encarcelado, salió a su encuentro. Jehú reveló a Josafat que el Señor estaba enojado con él por la alianza que había hecho con el impío Acab. Es cierto que Israel y Judá eran naciones hermanas y que ambas eran una, pero esto no daba derechos a Josafat pasar por alto los pecados de la casa de Acab, por la cual Israel había sido descarriado.

No obstante, en su corazón Josafat buscaba al Señor. Por eso Jehú también le dijo que el Señor no apartaría su favor de él.

Impulsado por el gozo de la seguridad que disfrutaba del favor de Dios, Josafat quiso continuar la reforma en Judá. No debían regirse por la ley del Señor solamente en los asuntos referidos a la adoración, sino en todos los aspectos de la vida. Para lograr esto, el rey mismo fue por toda la nación para nombrar jueces en todas las ciudades, exhortándolos a juzgar con justicia, es decir, conforme a la ley. Después de todo, ellos pronunciarían justicia en el nombre del Señor. En Jerusalén estableció una corte suprema. Tratándose de asuntos referidos a la adoración, el sumo sacerdote Amarías tenía la autoridad final; tratándose de asuntos civiles la autoridad final residía en Zebadías, gobernador de la casa de Judá.

Bajo el gobierno del rey, Judá fue confirmado en el temor del Señor. El pueblo vio algo del anunciado Mesías en él.

Gozo a través de la fe. En la segunda mitad del reinado de Josafat, de repente Judá fue amenazado por los moabitas, amonitas y algunas otras tribus. El enemigo se acercó trayendo inmensas cantidades de bienes. Aparentemente estos pueblos habían decidido radicarse en Judá, atraídos, tal vez, por su prosperidad. Provenían del sureste, de las proximidades del extremo sur del Mar Muerto.

Puesto que aparecieron tan repentinamente y en número tan elevado, Josafat no se sintió suficientemente fuerte para ofrecerles resistencia. Buscó refugio en el Señor. Convocó a toda Judá a Jerusalén. Estando de pie delante del pueblo, oró al Señor, al Dios de sus padres quien les había dado esta tierra de la que ahora podrían ser expulsados. ¿Ejecutaría su juicio el Señor y les resguardaría sus heredades ahora que eran incapaces de defenderlas ellos mismos?

Toda Judá, incluyendo las mujeres y los niños, estuvo allí delante del Señor. Fue un asunto entre el Señor y todo el pueblo. Mientras el pueblo estaba así reunido, el Espíritu del Señor vino sobre Jahaziel quien profetizó que al día siguiente debían salir al encuentro del enemigo y ver la gran salvación del Señor. Ellos ni tendrían que pelear porque estos ejércitos habían venido contra el Señor. El Señor mismo decidiría la batalla en favor de ellos.

Cuando Josafat oyó esta profecía, se inclinó delante del Señor y todo el pueblo con él. En fe se inclinaron ante el Señor aun antes de ver la victoria.

Los levitas comenzaron el himno de alabanza. Aquello también fue gozo *antes* de la victoria. La fe puede darnos esa clase de gozo porque la promesa del Señor es tan segura para aquellos que creen, que es como si lo prometido ya hubiese sido cumplido. Este gozo mediante la fe en la promesa del Señor también puede ser nuestro porque el Cristo obtuvo estas promesas y su cumplimiento para nosotros mediante su sufrimiento. Judá estaba seguro porque el Señor, por amor al Cristo, había hecho suya la causa del pueblo defendiendo la posesión y heredad de Judá.

En la madrugada del día siguiente el pueblo salió de Jerusalén. En la puerta de la ciudad el rey dijo al pueblo que estuviese seguro de creer en la promesa. Entonces serían confirmados en la fe. Habiendo consultado con el pueblo, decidió que éste manifestara su fe mediante cantores que marchasen delante del ejército para cantar de la santa majestad del Señor. Esto fortalecería la fe del pueblo. Pocas veces ha salido un ejército cantando al encuentro de su enemigo. Su canto decía: "Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre". ¡Parecía que Judá ya había ganado la victoria!

Al preciso momento en que el pueblo iba marchando y cantando, el Señor hizo que una banda armada atacase a los ejércitos enemigos. Esto despertó sospechas entre los aliados de modo que comenzaron a atacarse unos a otros. Un grupo ayudaba a destruir al otro. Todo esto ocurría mientras el pueblo de Judá iba marchando y cantando. Esta destrucción de los enemigos de Judá fue la respuesta del Señor al gozo de la fe que se encontraba entre su pueblo ¡Si nosotros tan solamente viviéramos siempre en ese gozo, nuestras vidas serían totalmente distintas!

Gozo en la gratitud. Cuando el pueblo de Judá llegó a una montaña desde la cual pudo mirar hacia el desierto, vio montones de cuerpos muertos delante de ellos. Todos los víveres y el equipo costoso también habían dejado en el lugar.

El pueblo demoró tres días en juntar todos los despojos. Todo un tesoro había caído en sus manos sin que ellos levantasen un solo dedo. Los enemigos que habían querido echar al pueblo del Señor de su heredad fueron destruidos, en tanto el pueblo del Señor recibió un tesoro por lo cual no había trabajado. De esa manera el Señor estuvo cerca de su pueblo por amor del Cristo, concediéndole su favor.

Al cuarto día el pueblo se reunió en un valle para alabar al Señor en su gratitud. Llamaron a aquel lugar el *Valle de Beraca* que significa *Valle de bendición*. Luego regresaron a Jerusalén con Josafat yendo adelante.

Llegando a Jerusalén, el pueblo entró a la ciudad con gozo, con cánticos y música. Todo era felicidad. ¡Cuán cerca estaban Judá y el Señor en su gozosa relación antes y después de marchar juntos! Nuevamente había oro en Judá, el oro de la comunión con Dios.

Debido a la destrucción de los enemigos de Judá, el temor de Dios cayó sobre todos los pueblos vecinos. Por eso Josafat y Judá tuvieron paz. Estaban seguros en su comunión con el Señor.

Pero este gozo fue perturbado por nuevas desobediencias por parte de Josafat. A pesar de que el Señor había estado enojado con él antes debido a su alianza con Acab, Josafat buscaba una nueva asociación con dicha casa. Josafat se unió al impío hijo de Acab, Ocozías, en la construcción y equipamiento de barcos, para traer oro de la tierra de Ofir. Puede suceder que un creyente tenga que hacer negocios con un incrédulo, pero Josafat era el rey del pueblo del Señor. En ese sentido era un tipo de Cristo. No puede haber asociación entre el Cristo y el pecado. Esto también tendría que ser claramente manifestado a través del rey del pueblo de Dios. El Señor mismo ya se lo había dicho. En consecuencia, vino un profeta del Señor para advertir a Josafat que el proyecto no avanzaría sin impedimentos. Posteriormente todos los barcos naufragaron.

Afortunadamente, esta experiencia sirvió para que Josafat aprendiese la obediencia. Cuando Ocozías vino a él por segunda vez con la proposición de construir barcos, Josafat se negó a asociarse con él. Su compromiso con el Señor tenía prioridad sobre todas las demás cosas de su vida.

Josafat murió en el favor de su Dios. Por veinticinco años había reinado sobre Jerusalén.

35: El profeta de la penitencia

1 Reyes 22:51—2 Reyes 1

En el pasaje de las Escrituras al que ahora dirigimos nuestra atención, parece que sólo leemos de juicio y horror. Leemos de fuego que cae del cielo y de un despiadado juicio de muerte. Al leer por primera vez este pasaje, parece no haber luz alguna.

Sin embargo, debemos observar con cuidado que aquí vuelve a aparecer el ángel del Señor. Es claro que el ángel de este pasaje no es una criatura, sino el Cristo, la Palabra eterna, el mediador del pacto. Desde el tiempo de los jueces no se había revelado en forma directa. Se había revelado mediante sombras y tipos pero nunca directamente. Ahora, en el clímax de la crisis, vuelve a aparecer una vez más. El mediador de la gracia busca a su pueblo.

Se ve entonces que el juicio sobre Ocozías es el juicio de la gracia de Dios sobre su pueblo. Ocozías tenía que ser quitado de en medio del pueblo para que el Señor pudiese mostrarle su gracia a su pueblo. Si miramos el texto desde esa perspectiva, vemos que irradia luz.

No podemos sino relacionar este texto con Lucas 9:51-56 donde se nos dice que los samaritanos no recibieron a Jesús. Santiago y Juan dijeron: "Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma...?" Sin embargo, el Señor respondió diciendo: "Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas".

Debemos cuidarnos de no trazar un contraste falso entre Elías y el Señor Jesús, como si uno representa la ley en tanto el otro representa el evangelio. En las Escrituras no hay oposición entre la ley y la gracia. El propósito de la lucha de Elías no era otro que el de revelar la gracia de Dios a su pueblo. Elías conocía la calma de Dios. Si de algún ser humano pudiéramos decir que fue lleno de gracia, lo diríamos de Elías. Decimos que el Cristo fue lleno de gracia, pero Elías fue un tipo del Cristo.

Por otra parte, no debemos olvidar que del Cristo proviene el juicio. El anuncio de la muerte de Ocozías y del fuego celestial provinieron del Cristo. En el Nuevo Testamento, el libro de Apocalipsis nos cuenta cómo juzga y juzgará el Cristo. El error cometido

por los discípulos en Samaria era no comprender que ese juicio siempre es un juicio de gracia, cuyo propósito siempre es el de glorificar la gracia de Dios. Algún día el juicio final anunciará el triunfo de la gracia.

Además, el llamamiento del Señor Jesús aquí en la tierra era diferente al llamamiento de Elías. El Cristo vino para sufrir por su pueblo a fin de revelar la gracia de Dios en nueva gloria. Por ese motivo no trajo juicio en aquel tiempo. También fueron distintas las circunstancias de los días en que vivió Elías. La gloria de la palabra de gracia había sido revelada plenamente en Elías, en tanto el Señor aún no había sido reconocido por los samaritanos.

Cuando comparamos 2 Reyes 1:17 con otros datos disponibles, vemos que Josafat probablemente había designado a su hijo Joram como corregente unos ocho años antes de su muerte, posiblemente durante el tiempo de su campaña con Acab. Unos dos años antes de su muerte debe haber abdicado en favor de su hijo. Desconocemos el motivo. Las estadísticas referidas a los reinados de los reyes de Israel y Judá durante este período no se basan todos en un mismo punto de vista, pero de todos modos, de esta manera se pueden armonizar los datos.

Pensamiento clave: *El juicio de gracia es revelado para que el pueblo crea.*

Eludiendo la palabra de gracia. Acab fue sucedido por su hijo Ocozías que anduvo en los caminos de su padre. En Samaria se seguía practicando tanto la adoración a Baal como la adoración a los ídolos conectada con los becerros de oro. Era como si el Señor no hubiese dicho o hecho nada a través de Elías y los otros profetas. En consecuencia, el Señor se volvió contra Ocozías en todo e hizo inútil su vida y reinado.

Después de la muerte de Acab, Moab se rebeló contra Israel. Desde los días de David, Moab había pagado tributos a Israel. Cuando David y Salomón reinaban en el nombre del Señor y eran tipos del Cristo en su reinado, los reyes de las naciones vecinas fueron sujetos a ellos en señal de que un día todas las naciones serán sujetas al gobierno de gracia de Cristo. Sin embargo, ahora que el reinado de gracia había sido rechazado en Israel, y sus reyes ya no reflejaban la imagen del Cristo, las naciones vecinas se levantaban contra Israel basadas en sus propias fuerzas. En este cambio de los acontecimientos el Señor estaba volviéndose contra Israel.

Desde el comienzo mismo Ocozías debe haber planeado subyugar nuevamente a Moab. Sin embargo, sus planes fueron impedidos cuando se cayó de una ventana y se enfermó gravemente. Allí yacía postrado y sin fuerzas. Su condición no mostraba mejoría. Era como si yaciera delante

de un muro por encima del cual no podía mirar ni mucho menos trepar.

El Señor lo estaba enfrentando a través de esa enfermedad. ¿Se sujetaría ahora Ocozías al gobierno providencial de Dios, reconociendo que el Señor en su gracia lo buscaba por medio de la enfermedad? ¿Se sujetaría a la gracia que el Señor tenía para su pueblo? ¿Se rendiría personalmente a esa gracia? ¿Se sometería y confesaría sus pecados?

Ocozías pudo haber consultado la palabra del Señor a través del profeta Elías. De los acontecimientos posteriores sabemos que él sabía donde vivía Elías. Pero Ocozías no quiso humillarse delante del Señor. No podía ni quería sujetarse a nadie. El hecho de no querer ni poder someterse era fruto del pecado del hombre, el pecado de la casa de su padre, y su propio pecado.

Sin embargo, no podía ni quería permanecer de esa manera postrado. De una u otra forma necesitaba saber lo que el futuro le estaba deparando. Por eso envió mensajeros Baal-zebub*, el Dios de las moscas, el dios de Ecrón, el dios que debía poder revelar el futuro. ¡Baal-zebub sabría decirle si se recobraría de su enfermedad o no!

Nótese que Ocozías no pidió que este baal le sanase. Ocozías no pedía favores de nadie. La fe que está dispuesta a someterse puede pedir la sanidad, tal como lo hizo Ezequías tiempo después. Ocozías solamente quería saber lo que le ocurriría. Mediante dicho conocimiento todavía quería controlar el curso de los acontecimientos.

No debemos limitarnos a señalar a Ocozías con el dedo. Igual que él todos nosotros carecemos de la voluntad y de la capacidad de sujetarnos a la gracia de Dios y rendirnos a él. Pero si somos capaces de hacerlo, y si todos los días de la vida somos capaces de asirnos a la gracia y de hacerlo en todas las circunstancias de la vida, lo debemos exclusivamente a la gracia de Dios.

La respuesta del ángel del Señor. El Señor enfrentó a Ocozías cuando él envió mensajeros a Ecrón. Ocozías no podía hacer nada sin que el Señor perturbara sus planes. No obstante, era la gracia del Señor que le salía al encuentro. ¡Si Ocozías tan sólo hubiera reconocido este hecho!

Fue el ángel del Señor quien mandó a Elías a salir al encuentro de los mensajeros con órdenes de llevar al rey la respuesta del Señor, aunque el

---

*El nombre original de este dios era *Baal-zebul* (Príncipe Señor). Un título cananeo para *Baal* era *Zebul*. Este cambio de *Zebul* (Príncipe) a *Zebub* (moscas) puede deberse a la burla de los escribas. En el Nuevo Testamento encontramos el mismo nombre *Beelzebul* o *Beelzebub*, refiriéndose al *príncipe de los demonios*.

rey no quería pedirle nada al Señor. Aquí vuelve a aparecer el ángel del Señor, esto es el Cristo, el mediador del pacto. Este ángel era aquel que había hablado a los patriarcas y conducido a Israel en el desierto; él era aquel que es Dios mismo y aquel que concede comunión con Dios a su pueblo. Este ángel, revelador de la gracia de Dios, enfrentó a Ocozías para que éste se sometiera a la gracia de Dios.

"¿No hay Dios en Israel que envías a consultar a Baal-zebub?" Esto fue lo que Elías debía preguntar a los mensajeros. No sólo había un Dios, sino un Dios que vivía *en Israel*, que estaba ligado a Israel mediante su pacto. El vivía en medio de su pueblo y más adelante, cuando la Palabra se hiciese carne, sería uno de nosotros. De esa manera cargó sobre sí mismo nuestros dolores y pecados, llevando nuestras enfermedades. El también podía cargar con la enfermedad de Ocozías; él podía consolarlo en aquella enfermedad y hacer que la enfermedad obrase para su salvación. Cuando no nos sometemos diariamente y en todas las cosas a la gracia del Señor, cuando pasamos por alto al Señor, rechazamos su gran salvación que nos es dada en la encarnación de la Palabra.

Al mismo tiempo Elías debía decir a los mensajeros que informasen al rey de que no se recobraría de su enfermedad. No se levantaría de su lecho de enfermo; seguramente moriría. El Señor quería poner fin a la vida inútil de Ocozías. Dios se aseguró de que Ocozías supiese que el fin estaba cerca, para que aún tuviese tiempo para arrepentirse y someterse a la gracia del Señor. En ese caso su vida todavía podía llegar a ser fructífera en la eternidad. ¿Se sometería Ocozías?

Fuego consumidor. Elías no había revelado su identidad a los mensajeros, pero de la descripción ofrecida por ellos, Ocozías reconoció que fue él quien les había hablado. Describieron al profeta como un hombre que tenía vestido de pelo y un cinturón de cuero.

Elías era un profeta de penitencia. Mediante su manera de vestir testificaba a Israel que todo lujo y todas las posesiones de esta vida estaban perdidos por el pecado. A su tiempo el Señor Jesús volvería a recuperarlos para nosotros mediante su sangre, pero debemos admitir que los hemos perdido. Por eso Juan el Bautista se vistió de la misma manera que Elías.

A través de las palabras de sus mensajeros, Ocozías fue nuevamente enfrentado por la demanda de penitencia, una demanda que procedía de la palabra de gracia. Pero era precisamente esta demanda, la de humillarse, la que Ocozías quería eludir.

Elías tendría que ser eliminado porque Ocozías no soportaría una persona como él en su reino. Elías vivía en una montaña en medio de Israel como testigo del Señor, exhortando a Israel y a su rey a confesar sus pecados. El rey envió un capitán con cincuenta hombres para prender a Elías. ¡Ahora el rey usaría su autoridad para silenciar la palabra de Dios! ¡La palabra de gracia debía ser quitada de Israel!

Aparentemente aquellos hombres estaban de acuerdo con su rey, porque el capitán llamó a Elías diciendo: "Varón de Dios, el rey ha dicho que desciendas". Evidentemente se esperaba que el hombre de Dios se sometiera a la palabra del rey. En ese caso el capitán debe haberse mofado de Elías al llamarlo "varón de Dios". En el reino de Ocozías no había lugar para un verdadero hombre de Dios.

Elías respondió: "Si yo soy varón de Dios, descienda fuego del cielo y te consuma con tus cincuenta". Entonces cayó fuego del cielo y los consumió. Esto fue un terrible acontecimiento. Pero debemos estar seguros de comprender correctamente la situación. Era preciso que la gracia del Señor tuviese la victoria en Israel. Por eso esta blasfemia tenía que ser quitada de en medio del pueblo. Las Escrituras dicen que nuestro Dios es fuego consumidor—*nuestro* Dios. El quiere ser el Dios de su pueblo y por eso toda injustica debe ser extirpada. Ciertamente el juicio fue un juicio de gracia.

Entonces Ocozías envió un segundo contingente de soldados para prender a Elías. Aparentemente su capitán pensaba que podría intimidar a la palabra del Señor mediante una demostración de autoridad, porque dijo: "Desciende pronto". También él y sus cincuenta hombres fueron destruidos. Finalmente el tercer capitán se sometió a la palabra del Señor que habitaba en Elías, de modo que él y sus hombres fueron perdonados.

Algún día el Cristo causará la muerte de todos los injustos. Entonces triunfará la gracia del Señor y quedará eternamente confirmado el reino de gracia.

Juicio de muerte. El ángel del Señor dijo a Elías que fuese con aquel tercer capitán sin temor. ¡Qué terribles deben haber sido estos acontecimientos para Elías porque él aún amaba a su pueblo a pesar de todos los pecados que había cometido. El hecho de que el ángel del Señor lo acompañase y hablase con él debe haberlo consolado mucho. Todo lo que Elías hacía, lo hacía en el nombre de aquel ángel.

Así el trasfondo de estos acontecimientos todavía era la gracia y la

compasión de Dios. La iglesia debe ser consciente de este trasfondo cuando anuncia un juicio de muerte para el mundo. En este sentido, la iglesia debe seguir al Señor.

Siguiendo la orden del Señor, Elías se presentó delante del rey. Ahora podría decirle cara a cara que moriría. Evidentemente ya no imploraba al rey a someterse a la gracia.

Ocozías oyó el juicio—supo que había sido rechazado. La paja sería quemada. Ocozías tendría que ser quitado de en medio del pueblo de Dios para que Dios pudiese ser misericordioso con el pueblo y lograr la salvación de un remanente.

Ocozías reinó solamente dos años sobre Israel. Puesto que no tuvo hijos varones, otro de los hijos de Acab lo sucedió en el trono, es decir Joram.

36: La ascensión

2 Reyes 2

No debemos considerar la ascensión al cielo de Elías como una exaltación y consuelo personal. Nunca había vivido alguien tan plenamente unido a la Palabra de Dios. En consecuencia, fue la palabra de Dios la que fue exaltada en su ascensión.

Aquella ascensión también tenía el propósito de fortalecer a aquellos que quedaban atrás en la lucha. Por ese motivo las noticias de la inminente partida de Elías fueron reveladas anticipadamente, no sólo a Eliseo, sino también a los hijos de los profetas.

Puesto que Elías estuvo tan plenamente unido a la palabra de Dios, él pudo ser un tipo de aquel que *es* la Palabra de Dios. En consecuencia, su ascensión era una profecía que señalaba a la ascensión del Cristo. En la ascensión de Elías vemos el triunfo de la palabra de Dios sobre sus enemigos. Por ese motivo Elías ascendió al cielo en un carro de fuego con caballos de fuego. Conforme a Eliseo, Elías mismo era el carro de Israel con sus hombres de a caballo. Elías había luchado contra los enemigos de Israel, no sólo contra los enemigos extranjeros, sino particularmente contra los pecados de Israel y sus reyes. En dicha lucha los ángeles habían prestado su servicio a la palabra de Dios. Ahora estas huestes angélicas llevaron a Elías al cielo.

En un remolino Elías fue llevado por el Señor, quien todavía se revelaba a este mundo pecaminoso en forma majestuosa. Elías estaba seguro en el cielo. Allí podría ver al Dios santo a través del Cristo.

Los muchachos de Betel eran del lugar donde se practicaba la adoración del becerro. Deben haber conocido a Eliseo como discípulo de Elías. Su burla reveló el desprecio y odio que Betel sentía hacia el profeta del Señor. Los muchachos no fueron castigados por despreciar a una persona adulta sino por mofarse de la palabra del Señor. Betel fue castigada a través de la muerte de los niños. Aquí hubo un encuentro entre la adoración falsa y la adoración verdadera conforme a la palabra del Señor.

Pensamiento clave: *El Señor exalta al portador de la palabra de Dios.*

La profecía de la exaltación. Ahora había llegado el fin de las labores de Elías en la tierra. El Señor estaba a punto de quitarlo de la tierra. Pero Elías no había de morir como cualquier otro ser humano. Puesto que Elías había sido el portador de la palabra de Dios y que había iniciado la lucha espiritual en Israel, el Señor decidió exaltar a su siervo Elías y así demostrar que la palabra de Dios triunfará.

¿Pero qué sería de Israel una vez que Elías hubiese sido quitado del escenario? ¿Se apartarían la palabra y el Espíritu del Señor completamente de Israel? Eliseo y los discípulos en las escuelas de los profetas deben haberse hecho esta misma pregunta. El Señor había revelado, no sólo a Elías mas también a Eliseo y los hijos de los profetas que Elías sería quitado. Dios quería que estuviesen ocupados con este interrogante y atentos a lo que el Señor haría.

Elías ignoraba que el Señor también había revelado su inminente exaltación a Eliseo y los demás profetas. Por eso le dijo a Eliseo que se quedase en Gilgal, explicando que el Señor lo había invitado a Betel. En Betel había una escuela de profetas. Elías sentía la necesidad de amonestar una vez más a los hijos de los profetas a ser fieles a la palabra del Señor. No quería que Eliseo lo acompañase porque no estaba seguro de que alguien habría de ser testigo de su ascensión. Sin embargo, Eliseo juró que no se apartaría de Elías. Con ello Elías debe haber comprendido que Eliseo tenía algún presentimiento de lo que habría de ocurrir. Elías decidió esperar para ver qué pasaría.

Juntos siguieron el camino a Betel. Allí los hijos de los profetas les salieron al encuentro y dijeron a Eliseo: "¿Sabes que hoy el Señor tomará de ti a tu maestro?" Eliseo respondió: "Sí, lo sé. Pero no me hablen de ello". Eliseo no quería hablar del asunto; era demasiado difícil para poder comprenderlo. Además, él podía ver que Elías tampoco quería hablar de ello. Todos ellos tuvieron que luchar con el problema de la partida de Elías y debían esperar en el Señor. ¿Permanecería el Espíritu del Señor con ellos?

En Betel Elías dijo a Elías que esperase, explicando que el Señor lo había enviado a Jericó. En Jericó había otra escuela de profetas. Eliseo volvió a rehusar. En Jericó ocurrió lo mismo que en Betel.

En Jericó Elías insistió en que Eliseo se quedase puesto que el Señor lo había enviado hasta el río Jordán. Otra vez Eliseo no quiso, esta vez con un juramento. Entonces Elías debe haber comprendido que el Señor había revelado todo a Eliseo. El profeta accedió al deseo de Eliseo de acompañarlo hasta el fin. Seguramente el Señor mostraría con claridad cómo ocurriría todo.

Un carro de fuego y caballos de fuego. Partiendo de Jericó, Elías y Eliseo fueron hasta el Jordán. Los siguieron a cierta distancia cincuenta de los hijos de los profetas. Las aguas del Jordán estaban crecidas; el río estaba demasiado profundo para cruzarlo. Elías tomó su manto, lo dobló y golpeó con él las aguas. Entonces se dividieron las aguas y ambos hombres cruzaron pisando tierra seca. Al cerrarse las aguas detrás de ellos quedaron separados de los hijos de los profetas, pero Elías también quedó separado de sus labores en Israel. Ahora esas labores quedaron definitivamente atrás. El Espíritu que milagrosamente le había preparado el sendero para cruzar el Jordán, también había preparado el camino hacia el trono de Dios.

Habiendo cruzado el río, Elías preguntó a Eliseo qué deseaba de él antes de partir. En ese momento se expresó con claridad la motivación más profunda de la vida de Eliseo, es decir, una doble porción del Espíritu que había habido en Elías—la porción de un hijo primogénito. (El hijo primogénito recibió dos partes de la herencia de su padre—véase Dt. 21:17). En efecto, Elías era el padre espiritual de Eliseo.

En opinión de Elías, esta fue una petición difícil. No era él quien podía otorgar a Eliseo el espíritu del Señor. Esa era una decisión que quedaba con el Señor. Si Eliseo alcanzaba a ver a Elías en el momento de partir, sería una señal de que el Señor lo había escogido para compartir la victoria de Elías. En ese caso su petición seguramente sería concedida.

De repente vino un poderoso remolino y fuego del cielo. Este era el terror del Señor sobre la tierra. En ello Eliseo vio un carro de fuego y caballos de fuego que lo separaron de Elías. Momentos después Elías era llevado al cielo.

Para Elías no hubo terror en ese remolino y fuego celestial. Los pecados de Elías habían sido cubiertos porque algún día serían reconciliados por la sangre de Cristo. Además, Elías había sido santificado por el Espíritu. Así fue llevado a la presencia de Dios para contemplar al Dios en cuyo nombre había hablado y luchado en la tierra. En su buena voluntad Dios había decidido guardar a Elías de la muerte; Elías fue glorificado corporalmente y llevado al cielo.

Sin embargo, aquello no fue sólo un gran consuelo y honor para Elías. En este acontecimiento fue glorificada la palabra de Dios, de la que él había sido llamado a ser mensajero y la que, sin lugar a dudas, sería victoriosa a pesar de la oposición en Israel. Esa palabra era la palabra de gracia que sería cumplida en Cristo, en aquel que es llamado la Palabra de Dios. De acuerdo con ello, la ascensión de Elías es una pro-

fecía que señala hacia la ascensión del Cristo. Cristo es el vencedor. Los ángeles le sirven en su reino así como sirvieron a Elías en su ascensión.

El Espíritu sigue con los hombres. En el momento de ascender Elías, Eliseo exclamó: "¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!" Su corazón estaba con Elías. Veía en la palabra de Dios que habitaba en Elías el poder que había luchado a favor de Israel contra todos los enemigos, especialmente contra la incredulidad y el pecado. ¿Ahora habían sido quitados de Israel la palabra y el Espíritu? Eliseo rasgó en dos sus vestidos.

El manto de Elías había caído a tierra en el momento de su ascensión. Eliseo lo recogió. Había visto a Elías en su exaltación. Ahora seguramente se cumpliría la promesa de Elías. En fe recogió el manto como una señal de que la promesa realmente había sido cumplida.

Regresando al Jordán, tomó el manto y golpeó con el al agua, diciendo: "¿Dónde está el Señor, el Dios de Elías?" Eliseo lo dijo en fe esperando que el Señor le mostraría ahora que el Espíritu estaba con él también. Y enseguida vio ocurrir el milagro: las aguas se separaron.

¿No ocurrió lo mismo en la ascensión de Cristo? Es cierto que Elías no podía mandar al Espíritu, pero Cristo sí. Y Cristo no nos dejó solos, sino que nos envió al Espíritu del cielo. Desde ese entonces su Espíritu no ha dejado a la iglesia.

Caminando entre las aguas divididas, Eliseo regresó a los hijos de los profetas y a su trabajo en Israel. Por un momento los cielos se habían abierto ante él de modo que pudo contemplar el triunfo de la palabra de Dios. Ahora volvía a la lucha.

Los hijos de los profetas sugirieron que posiblemente Elías no hubiese ascendido corporalmente al cielo. Quizá el Espíritu había arrojado su cuerpo en algún sitio. Querían salir en busca de él para luego darle sepultura.

Para Eliseo esto era una tontería. El había visto la victoria total de Elías. Pero esa victoria total no es completa hasta que nuestros cuerpos hayan sido glorificados también. Sin embargo, ante la insistencia de los hijos de los profetas, finalmente accedió en que fuesen a buscarlo. Pero volvieron con las manos vacías. Junto a Eliseo tendrían que luchar en la fe de que la victoria se debe a la Palabra del Señor.

El Espíritu vivificador. Mientras Eliseo estaba en Jericó, los hombres de la ciudad vinieron a él y le dijeron que su ciudad realmente era un

buen sitio donde vivir, pero que sus aguas eran malas. En consecuencia, la tierra no era fértil. Eliseo pidió que le trajesen sal en una vasija nueva. Luego echó la sal en los manantiales de las aguas y dijo: "Así ha dicho el Señor: Yo he sanado estas aguas".

En fe Eliseo comprendía que ahora el Señor quería demostrar que el Espíritu del Señor otorga vida y fertilidad a la tierra. El pueblo debía volverse al Espíritu y a la palabra del Señor. La sal era sólo una señal del poder preservativo del Espíritu, y la vasija nueva una señal de lo nuevo que el Espíritu obra. En respuesta a la palabra de Eliseo, fueron sanadas las aguas.

De esa manera el Espíritu del Señor no sólo nos otorga corazones renovados, sino también envía su bendición sobre la tierra y sobre nuestras vidas en ella. Esa vida no será sin frutos.

El juicio del Espíritu. Desde Jericó Eliseo fue a Betel. Aproximándose a su destino, algunos muchachos salieron de la ciudad y se burlaron de él diciendo: "¡Calvo, sube, calvo, sube!" Estos muchachos eran de la ciudad donde Jeroboam había establecido la adoración del becerro de oro. La ciudad era de actitud hostil hacia el profeta del Señor, a quien los muchachos reconocieron como tal.

La burla de los muchachos expresaba el odio del pueblo de Betel hacia la palabra y el Espíritu del Señor. Por eso Eliseo los maldijo. Inmediatamente salieron dos osos del bosque que despedazaron a cuarenta y dos de los muchachos.

El juicio del Señor sobre estos niños y, a través de su muerte, sobre la ciudad de Betel, fue terrible. Debido a que los muchachos andaban en los caminos de sus padres, los hijos y sus padres fueron castigados juntos.

El Señor quería traer a su pueblo bajo el terror de la palabra del Señor para que le temiesen y creyesen en él. ¿Cuándo se sometería finalmente Israel a su palabra? Aquellos que hoy en día rechazan la Palabra del Señor no son castigados de la misma manera que lo fueron los niños de Betel, pero el juicio *sí se acerca*. La Palabra de la gracia de Dios también será victoriosa en ese juicio.

37: Toda la tierra es mía

2 Reyes 3

La mayor dificultad de 2 Reyes 3 está en las siguientes palabras: Y hubo grande enojo contra Israel" (v. 27). Esto no puede significar que Israel se haya enojado por los sacrificios humanos del rey de Moab, porque, ¿por qué habrían de apartarse los israelitas de Mesa y de su capital en vez de destruir a Moab por semejante abominación? El significado del texto debe implicar que *el Señor* se enojó en gran manera con Israel. Israel no carecía de culpa en este sacrificio humano. Mediante la destrucción sistemática de Moab, los israelitas obligaron a Mesa a dar este paso extremo.

Ello demuestra cuan pecaminosa era la destrucción que Israel hizo en Moab. Es cierto que Israel actuó siguiendo el consejo de Eliseo. En el versículo 16 y nuevamente en el 17 leemos: "Porque Jehová ha dicho". En aquellos textos, que prometen un remedio a la falta de agua, habló Dios. Entonces Eliseo dio por sentado por cuenta propia (y estaba acertado en su pensamiento) que el Señor también entregaría a los moabitas en manos de Israel.

Pero cuando Eliseo continuó aconsejando a Israel que destruyese totalmente la tierra de Moab, estaba hablando contra la voluntad del Señor. Sólo los cananeos debían ser exterminados totalmente, y ni aun *su* tierra debía ser destruida; Israel vivía en ella. Después de todo, la tierra entera es del Señor y no debe ser destruida innecesariamente. Israel había sido llamado para ser una *bendición* para la tierra. Cuando el Señor adoptó a Israel de entre todos los pueblos como su posesión especial, el Señor había dicho expresamente: "Porque mía es toda la tierra" (Ex. 19:5).

Además, el consejo de Eliseo contradecía el mandamiento de la ley de Moisés, en el sentido de que debían preservar los árboles frutales. (Dt. 20:19-20). Hay un paralelismo entre esta necia destrucción de la tierra por Israel y el acto de Mesa al sacrificar su hijo a un ídolo. Ambos actos carecían de sentido.

Aquí surge la pregunta de cómo pudo haber dado Eliseo un consejo contrario al deseo del Señor. ¿No había recibido una porción doble del espíritu que había estado sobre Elías? Para hallar la respuesta a esta pregun-

ta debemos considerar otros detalles de la presente historia. ¿Cómo es que Eliseo estaba marchando con el ejército, aparentemente sin recibir órdenes divinas al respecto? ¿No señalaba su necesidad de un tañedor a una falta de disposición favorable de su parte de recibir la revelación de Dios?

Aparentemente una ola de nacionalismo estaba recorriendo a Israel y esto tuvo su efecto también en Eliseo. Eliseo creyó que este nacionalismo estaba de acuerdo con su llamamiento profético—y en cierto sentido era así, porque en parte su llamamiento era ver que Israel fuese elevado en presencia de sus enemigos extranjeros. Dicha elevación debía ocurrir en nombre de Dios. ¡Pero con cuánta facilidad se vuelve profano ese nacionalismo! En ese caso no es un asunto del Señor sino de la nación misma.

Algo de este espíritu debe haberse apoderado también de Eliseo. Por eso marchó junto al ejército y por eso necesitó un tañedor. Contagiado de este espíritu, dio consejos que eran de carácter nacionalista en el sentido negativo de la palabra.

Eliseo estaba apenas en el comienzo de su carrera como profeta y tendría mucho que aprender del resultado de esa campaña. Aparentemente el enojo del Señor se manifestó en el número de muertos de los ejércitos aliados. Mediante estos acontecimientos Eliseo fue purificado como profeta.

Anteriormente Josafat había sido amonestado por el profeta por su alianza con Acab. También había sido castigado por su alianza con Ocozías (véase 2 Cr. 19:2; 20:35-37). Pero ahora el caso era un tanto diferente. En cierto sentido esta alianza no era un asunto de predilección arbitraria de su parte, era necesaria para proteger los intereses de Judá. Si Moab podía mantener su independencia de Israel, ¡cuán fácil habría sido para Edom declarar su independendia de Judá! De todas partes los enemigos amenazaban con liberarse y declarar la guerra.

Es posible que Josafat haya consultado la voluntad del Señor antes de comenzar esta campaña. Posiblemente a esto se refería Joram al decir: "¡Ah! que ha llamado Jehová a estos tres reyes para entregarlos en manos de los moabitas". En todo caso, el favor del Señor estaba sobre esta campaña al principio, como lo demuestra la liberación de la angustia.

Pensamiento clave: *El Señor otorga gracia a su pueblo a fin de bendecir a toda la tierra.*

Orgullo nacional. Después de su breve reinado, Ocozías, el hijo de Acab, fue sucedido por su hermano Joram. Durante el reinado de Joram hubo un renacimiento del sentimiento nacionalista. Joram no permitió la continuación de la adoración a Baal que habían tomado de otras naciones. Israel tenía su propio Dios nacional, es decir, Yahweh, al cual se adoraba conforme a la costumbre nacional a través de los becerros de oro en Dan y Betel. De esta manera Joram libró la tierra de las imágenes de Baal, pero para él el Señor sólo era un Dios nacional, semejante a los dioses que adoraban las otras naciones. La abominación de

la idolatría (adoración a los becerros de oro) proseguía.

Después de la muerte del rey Acab, los moabitas habían declarado su independencia de Israel y Ocozías no había sido capaz de castigarlos por ello. Al no llegar el tributo de cien mil corderos y la lana de cien mil carneros, Joram decidió declararle la guerra a Mesa, rey de Moab. Entonces movilizó su ejército fuera de Samaria. Aparentemente el pueblo se sentía entusiasmado por esta campaña. Iban a restaurar el honor de Israel. Lo que les interesaba era el honor de *Israel*, no el honor del Señor.

Joram envió mensajeros a Josafat, rey de Judá, para pedirle que se le uniera en la batalla. Josafat accedió sin demora temiendo que, si Moab podía rebelarse impunemente contra Israel, el día menos pensado Edom también podría declarar su independencia de Judá.

Cuando Josafat preguntó qué ruta tomarían para ir a Moab, Joram aconsejó seguir junto a la orilla sur del Mar Muerto. También hubieran podido ir por la orilla norte del Mar Muerto, camino más corto. Pero en el norte Moab contaba con grandes fortificaciones y estaría alerta a la llegada del enemigo. La ruta del sur requería una marcha de varios días a través del desierto, pero los reyes creían que en esa época del año (la primavera estaba avanzada) aún habría agua en los arroyos. Además, en el sur Moab estaba abierta al enemigo.

Israel y Judá salieron juntos a la guerra, logrando que el rey de Edom y su ejército se les unieran en la batalla. Si bien no era un aliado digno de mucha confianza, de esta manera al menos podían observarlo y evitar que los atacase por las espaldas.

Por amor a David. Durante siete días marcharon juntos por el desierto. Se atemorizaron al no hallar agua en la frontera de Moab. Los ejércitos desfallecían de sed. Si los moabitas los atacaban en ese momento, los encontrarían sin defensa.

Joram, quien había planeado la campaña, fue el primero en desesperarse. Se quejó que el Señor había reunido a los tres ejércitos para entregarlos en manos de los moabitas. De esa manera reprochó al Señor por esta dificultad, olvidando que la convocación a la batalla no había sido hecha por el Señor, sino por él mismo. Probablemente la cooperación de Josafat lo había convencido de que esta campaña era conforme a la voluntad del Señor. ¡Cuán poco conocía al Señor y cuán poco sabía como hallar fuerza en el Señor en tiempo de necesidad!

Josafat preguntó si algún profeta del Señor estaba acompañando a los ejércitos. Un profeta podría preguntar al Señor qué hacer. Efectiva-

mente, hubo un profeta con el ejército, es decir, Eliseo.

¿Cómo llegó a estar Eliseo con ellos? Aparentemente se había unido al ejército por su propia decisión. Después de todo, lo que estaba en juego era la causa de Israel. Eliseo también había sido influenciado por el entusiasmo y orgullo nacional. ¿Pero veía con suficiente claridad que sólo por amor al Señor podía darse a sí mismo a la causa de Israel? El resto de la narración revela claramente que Eliseo ya no distinguía claramente este punto.

Siguiendo la dirección de Josafat, los tres reyes fueron a Eliseo. No mandaron a buscar al profeta; honraron la palabra del Señor que moraba en él, yendo a verlo personalmente.

Al principio Eliseo se volvió a Joram diciendo que mejor sería que consultase a los profetas de Baal. Pero Joram desechó esa sugerencia. El hecho es que había quitado a los baales y creía que estaba en el favor del Señor. Pero entonces, ¿por qué lo había traído el Señor allí para entregarlo junto con sus aliados en las manos de los moabitas? Habiendo tanto malentendido y engaño en este asunto, Eliseo se apartó de Joram y juró por el Señor que consideraría su petición de consultar la voluntad del Señor sólo por amor a Josafat.

Aparentemente Eliseo no estaba en la disposición correcta para recibir la palabra del Señor. Por eso pidió un tañedor, alguien que tocase al arpa y cuya música podría calmar su mente. Esta petición fue concedida y Eliseo pudo proclamar la palabra del Señor. En nombre del Señor ordenó que se cavasen muchas zanjas en el valle. Profetizó que dichas zanjas se llenarían de agua aunque los ejércitos no verían ni lluvia ni viento. Basado en esta promesa del milagro de gracia, Eliseo concluyó correctamente que el Señor también les entregaría los moabitas.

Al día siguiente, muy de mañana, a la hora del sacrificio en el templo, vino agua desde Edom y llenó las zanjas. Aparentemente el Señor había hecho llover durante esa noche en las montañas de Edom. El agua corrió hasta el valle llenando las zanjas. De esa manera fue saciada la sed de hombres y bestias.

Esa misma mañana los moabitas marcharon contra los enemigos aliados. Desde las alturas miraron hacia el valle, que se veía en la distancia. En ese preciso instante el sol naciente brillaba sobre el agua dándole un color rojo. Aparentemente los ejércitos en el valle estaban bien ocultos. Esto hizo pensar a los moabitas que los tres reyes y sus ejércitos habían discutido entre sí y que se estaban matando unos a otros. Suponían que los enrojecidos estanques eran charcos de sangre ya que esperaban que

Edom se rebelara contra Judá. Pensaban que el botín estaba tirado, esperando ser recogido. Sin sospechar nada, descendieron al valle donde los israelitas cayeron sobre ellos y los mataron.

Por amor a Judá y Josafat, hijo de David, y en última instancia por amor a su pacto con David, es decir, por amor al Cristo, el Señor mostró este favor especial a su pueblo. Su gracia resplandeció sobre su pueblo otra vez.

Toda la tierra es mía. Eliseo aconsejó a los reyes a destruir todas las ciudades, a cortar los árboles frutales, a cegar los pozos y a arruinar los campos con piedras. Les dijo que hiciesen un desierto de Moab.

¿Cómo pudo haber exhortado Eliseo a los reyes a hacer semejante destrucción absurda? La tierra de Moab era del Señor tal como toda la tierra es del Señor. Cuando Eliseo dio aquel consejo, no estaba actuando como profeta del Señor. Arrastrado por la pasión nacionalista, quería que Israel desahogara su ira sobre Moab. Pero esa ira no era del Señor.

Los ejércitos aliados hicieron lo que Eliseo les había aconsejado. Muy pronto toda la tierra quedó destruida. Sólo quedó intacta la ciudad capital, Kir-hareset, y ella estaba rodeada. Desde las cumbres que la rodeaban, los soldados arrojaban piedras a la ciudad con sus hondas. Mesa trató de abrirse paso a través de los ejércitos de Israel y Judá hasta llegar al ejército de Edom, esperando que Edom se uniera a él, pero fue rechazado.

Habiendo sido arrinconado, tomó a su hijo mayor que ya no era niño, y lo sacrificó sobre el muro a modo de ofrenda quemada a su ídolo Quemos. ¡Ahora sí, su dios le rescataría! El muro mismo había sido convertido en altar y Mesa razonaba que nada le podría acontecer. En ese instante cayó la ira de Dios sobre el ejército de Israel. Muchos murieron y los ejércitos tuvieron que retirarse.

¿No compartía Israel la culpa de este abominable sacrificio humano? ¿No debía haberse conformado Israel cuando hubo derrotado a los moabitas sujetándolos nuevamente? En ese momento ya habían alcanzado el objetivo de su campaña.

Esta destrucción sin sentido despertó el enojo del Señor. ¡Después de todo, era *su* tierra! ¡Los tesoros que fueron destruidos le pertenecían a él! ¿Acaso era Israel mejor que el rey pagano que sacrificó en vano a su hijo?

Israel tenía que aprender que la tierra es del Señor. Eliseo, el profeta del Señor, también tuvo que aprender esta lección. La gracia que Dios muestra a su pueblo por amor al Cristo no tiene como meta la destrucción; su propósito es la bendición y salvación de toda la tierra.

38: La palabra de vida

2 Reyes 4

En términos generales, las acciones proféticas de Elías eran algo diferentes que las de Eliseo. El ministerio de Elías era en muchos sentidos una revelación de ira y juicio. Pero las obras de Eliseo, excepto en algunos casos, revelaban la compasión de Dios por la vida. Esta afirmación no está en conflicto con lo que leemos en 1 Reyes 19:17. El rechazo de la misericordia que fue revelada a través de Eliseo agravó el juicio para muchos. En 2 Reyes 4 se revela el poder vivificador de la palabra de Dios.

En la primera narración se nos enseña que recibimos en la medida en que nuestros corazones han sido abiertos por la palabra del Señor. La cantidad que recibimos depende de cuánta fe hemos puesto en esa palabra. La mujer recibió la cantidad de aceite que podían contener los recipientes que había reunido.

En el segundo relato aprendemos que cuando la gente se sujeta a la palabra del Señor, también puede invocar dicha palabra para alcanzar la victoria. Giezi no se había sujetado a la palabra del Señor y por eso no se aferró en fe a ella. En vano eran las exhortaciones de Eliseo de que no saludara a nadie en el camino. Por eso nada pasó cuando Giezi puso el cayado sobre el rostro del niño.

En las dos narraciones que siguen, la palabra del Señor preserva la vida en tiempos de hambre.

Pensamiento clave: *La palabra del Señor es la palabra de vida.*

Conforme a la fe de ella. En aquellos días la viuda de uno de los estudiantes de una escuela de profetas vino a Eliseo. Ella tenía dificultades económicas. Su acreedor le amenazaba con quitarle sus dos hijos para hacerlos esclavos y de esa manera cubrir la deuda. Eso no estaba de acuerdo con la ley de Moisés, pero en esos días el pueblo del Señor practicaba esa crueldad.

Eliseo comprendió que era la voluntad del Padre celestial que el poder liberador de la palabra de su gracia fuese manifestado frente a dicha crueldad. Al preguntar a la viuda qué tenía en casa, supo que no le quedaba nada más que una pequeña vasija con aceite. La gracia extraña y maravillosa de Dios utilizaría ese aceite. Si el Señor así lo quiere, lo poco que hemos recibido puede convertirse en una prolongada bendición.

Eliseo le dijo que juntase tantos recipientes como le fuese posible. Luego debía cerrar la puerta con llave. Junto con sus hijos debía llenar los recipientes con el aceite que había quedado en la pequeña vasija.

Sin duda aquello carecía de sentido, pero ¡para alguien que creía no era tontería en ninguna manera! La viuda estaba siendo probada para ver si realmente creía la palabra del Señor que le prometía un milagro.

Ella hizo como le había ordenado Eliseo, reuniendo muchas vasijas en su casa. Luego cerró la puerta para no ser molestada mientras esperaba en fe el milagro del Señor. Mediante el milagro de la gracia de Dios pudo llenar todos los recipientes. Cuando por fin hubo llenado el último, el aceite dejó de fluir.

Muy agradecida, fue a ver a Eliseo para contarle lo que había ocurrido. Entonces él le ordenó vender el aceite, pagar al acreedor, y vivir con sus hijos del resto del dinero. De esta manera un milagro divino salvó las vidas y la libertad de esta mujer y sus hijos.

Por el milagro de la gracia de Dios en Cristo, el Señor también nos librará a nosotros. Debido a la maldición del pecado, la crueldad de la vida amenaza robarnos nuestra libertad y esclavizarnos a todos. Sin embargo, por medio de Cristo somos librados de las cadenas de la esclavitud. Recibimos del Señor tanto como hemos aprendido a esperar, creyendo en su Palabra.

Dominados por la palabra del Señor. Cierto día cuando Eliseo atravesaba la pequeña ciudad de Sunem, una mujer rica lo invitó a comer a su casa. De allí en adelante Eliseo se acostumbró a comer allí cuando pasaba por Sunem. La mujer lo deseaba así porque reconocía que la palabra de la gracia del Señor para con su pueblo moraba en Eliseo.

Después, habiendo consultado con su esposo, hizo construir una habitación en el terrado, una habitación hecha de ladrillos. Dicha habitación fue amueblada con mucho ciudado. La mujer había dicho a su esposo que este hombre de Dios era diferente a los otros hijos de los profetas, que tenía una relación especial con el Señor. Era, de manera especial, santo al Señor. En él se revelaba la sublime gracia del Señor.

Cuando Eliseo llegó a hospedarse en su casa otra vez, comprendió que era la voluntad del Señor que dicha casa recibiese la bendición de su palabra. Sin embargo, Eliseo ignoraba de qué manera debía ser dada esa bendición. Por eso mandó a Giezi a preguntar a la mujer lo que ella quería que Eliseo hiciera por ella. Su respuesta fue que no necesitaba nada; el Señor le había dado una posición bendecida en medio de su pueblo. Luego Eliseo preguntó a Giezi por su opinión. Giezi había comprendido mejor que el profeta lo que faltaba en la vida de la mujer, algo de lo que ella no podía ni quería hablar.

Cuando el Señor impulsó a Eliseo a dar algo a la mujer, no le había revelado la naturaleza del don que debía darle. Giezi llamó la atención de Eliseo al hecho de que la mujer no tenía hijo. Entonces Eliseo comprendió lo que el Señor quería darle. Proféticamente iluminado, Eliseo anunció que dentro de un año ella tendría un hijo.

No por ser incrédula, sino porque el don anunciado era demasiado grande para ella, la mujer dijo al profeta que no le diese vanas esperanzas. Ella ya había tratado de superar su anhelo de tener un hijo. Sin embargo, basada en la palabra de Eliseo, ella creyó. Y en su fe recibió un hijo. El Cristo cumple los deseos y anhelos de nuestras vidas en formas sorprendentes.

Sin embargo, cuando el niño había cumplido algunos años, murió repentinamente en el regazo de su madre, afectado de una insolación. Si bien este acontecimiento no destrozó la fe de la mujer, ahora sí tenía una lucha que afrontar. Sólo podía hacer una cosa, es decir, acudir al profeta.

La mujer dejó al muchacho sobre la cama en la habitación de huéspedes reservada para Eliseo porque tanto ella como el muchacho tendrían que estar cerca del profeta. Sin notificar a su esposo de la muerte del niño, salió en esa calurosa tarde hasta encontrar a Eliseo. Fue un viaje de más de veinte kilómetros.

Eliseo, que en ese entonces se encontraba en el monte Carmelo, vio venir a la mujer y envió a Giezi a su encuentro para averiguar qué le pasaba. Pero ella no dijo nada a Giezi. Cuando llegó a Eliseo se asió de sus pies. Giezi, que no había percibido la profunda consternación de la mujer, quiso quitarla, pero Eliseo dijo: "Déjala". Eliseo estaba sorprendido que algo muy extraño había acontecido sin que el Señor se lo revelase. ¿Cuál sería la intención del Señor?

Entonces la mujer reveló lo que tan profundamente pesaba sobre su corazón. Se quejó que hubiera preferido no tener un hijo. ¡Su lucha por

seguir creyendo la estaba destruyendo!

Eliseo no sabía qué decir; necesitaba reflexionar en todo aquello. Era inconcebible que el Señor le hubiese dado un hijo sólo para quitárselo ahora. Su simiente viviría.

Ya que no era preciso que él mismo fuese a Sunem, Eliseo dio a Giezi su cayado y lo envió en su lugar. Giezi no debía distraer su atención por ningún motivo. No debía saludar a nadie en el camino, sino pensar en la gracia del Señor que podría levantar a este muchacho de la muerte. Al llegar allí debía poner el cayado sobre el rostro del muchacho.

La madre, sin embargo, no quiso apartarse de Eliseo. Sólo confiaba en la palabra del Señor como era representada por el profeta. ¿Dónde más habría de refugiarse sino con el profeta, con la palabra del Señor? Por eso, después de todo, Eliseo fue con ella.

Giezi, que estaba en camino, no había sido dominado por la palabra del Señor y por lo tanto no podía reclamarla en fe. Cuando puso el cayado sobre el rostro del muchacho, no hizo nada. No sería por algún poder mágico, sino por la palabra del Señor recibida por fe, que el niño resucitaría. Es el favor de Dios que otorga vida.

Cuando Eliseo se estaba acercando a Sunem, Giezi le salió al encuentro para decirle que el muchacho no había revivido. Entonces Eliseo mismo fue a la habitación donde yacía el muchacho. Eliseo cerró la puerta tras suyo para que no le molestara nada y para poder concentrarse en la palabra del Señor. Se tendió sobre el muchacho para que su cuerpo entrase en calor. Era como si quisiese compartir con él su propia vida que estaba totalmente ligada a la palabra del Señor. Luego se levantó y paseó una vez de un lado de la habitación al otro.

Eliseo estaba bajo el dominio de la palabra del Señor, pero tuvo que aferrarse a ella mediante una severa lucha de fe. Luego volvió a tenderse por segunda vez sobre el muchacho. Entonces el niño estornudó y abrió sus ojos. Había vuelto a vivir, no por algún poder de Eliseo sino por el poder de la palabra de gracia.

Gracias al favor de Dios, posteriormente Cristo resucitó de los muertos. En esta ocasión ya se revelaba el poder de su resurrección. Mediante ese poder Cristo sostiene a los suyos de manera que viven, aun habiendo muerto. Algún día ellos también serán resucitados por ese poder.

Cuando la madre vio a su hijo con vida, cayó ante los pies de Eliseo y se inclinó en adoración ante el Señor en cuyo favor había depositado su esperanza al atravesar esta severa lucha. ¿Hay algo que no podemos esperar del Señor si confiamos en la palabra de su gracia?

El pan de vida. Eliseo, igual que Elías, visitaba muchas veces las escuelas de los profetas. En cierta ocasión, cuando había hambre en la tierra, se encontró en Gilgal. El profeta notó que los hijos de los profetas habían pasado hambre. En su deseo de tratarlos bien, ordenó que su siervo pusiera la olla más grande para hacer sopa para ellos.

Uno de los hijos de los profetas, queriendo ayudar, recogió unas calabazas en el campo, las cortó y las agregó a la sopa. Esto dio a la sopa un sabor amargo y no la pudieron comer. Aparentemente no conocían esta fruta. Los primeros en probar la sopa pensaron que estaba envenenada, de modo que gritaron: "Varón de Dios, hay muerte en la olla". Entonces Eliseo echó un poco de harina a la sopa y así la pudieron comer.

Probablemente fue mientras Eliseo aún se hallaba en Gilgal, que un vecino vino para traerle los primeros frutos de la cosecha, es decir, veinte panes de cebada con un poco de grano fresco. Con Eliseo estaban no sólo los hijos de los profetas, sino también otras personas, un total de unos cien hombres.

Eliseo les ordenó poner la comida delante de la gente. Los panes eran pequeños como acostumbraban hacer en aquellos días. ¿De qué servirían veinte panes, si había cien hombres que alimentar? Eso también pensó el siervo de Eliseo. Pero Eliseo repitió su orden indicando que todos habían de comer. Añadió que de la comida aun sobraría. El resultado demostró que Eliseo había hablado la verdad porque había hablado conforme a la palabra del Señor.

Una y otra vez la palabra del Señor proveyó para suplir las necesidades de la gente. Algún día vendrá el Cristo para suplir todas nuestras necesidades. En él se nos concede el favor del Señor. ¿Y qué nos puede faltar si poseemos el favor del Señor?

39: Aceptado como un don

2 Reyes 5—6:7

Sabemos que Naamán fue sanado por la fe, pero no sabemos si su fe fue verdadera. No tenemos evidencias que haya sido más que una fe en poderes mágicos. Naamán sí dijo: "Ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra sino en Israel". Ciertamente, estas palabras parecen indicar que su fe fue verdadera, pero no son palabras conclusivas. Aunque sólo hubiese sido una fe en poderes mágicos, todavía sería un patrón de lo que es la fe auténtica.

No podemos calificar de superstición el hecho de que Naamán haya querido llevar consigo de la tierra de Israel. En aquellos días el Señor ciertamente estaba ligado con esa tierra y lo estaba de un modo muy especial.

Si bien Eliseo dijo a Naamán: "Vé en paz", no hemos de pensar que él aprobaba que Naamán se inclinase en la casa de Rimón. Es inconcebible pensar que Eliseo haya pasado por alto este asunto así no más. Lo que hizo fue bendecir a Naamán deseándole la paz de Dios. ¡Lo importante era que Naamán aceptara esa bendición en fe!

Naamán ciertamente había venido a Israel esperando ser sanado mediante algún poder mágico. A través de las palabras de Eliseo tuvo que aprender lo que es la fe. Después todavía quería pagar al profeta de alguna manera para pagar así al Señor por la sanidad recibida. Pero tuvo que aprender que una dádiva del Señor no puede ser pagada. Es una dádiva que debe aceptarse como puro regalo. De la misma manera debemos aprender a sujetarnos a la gracia de Dios.

Cuando el hijo de los profetas perdió su hacha, explicó que lo había recibido como regalo y no como préstamo. Alguien se lo había regalado y aparentemente por eso tenía tanto valor para él. Mediante la recuperación milagrosa del hacha aprendió a poseerlo como dádiva del Señor, junto con toda la casa que se estaba construyendo.

Pensamiento clave: *Sólo podemos aceptar como dádiva lo que Dios nos da.*

En busca de un poder mágico. En aquellos días el comandante en jefe del ejército de Siria era un hombre llamado Naamán. Gozaba de gran estima ante el rey, pero era leproso. Aparentemente en Siria los leprosos no eran expulsados de la sociedad como en Isarel. Si bien Naamán sufría una enfermedad mortal, podía servir en una elevada posición gubernamental.

En uno de sus ataques a Israel, un contingente de sirios había capturado una muchacha que luego fue esclava en casa de Naamán. Esta esclava sintió compasión por su amo. Dirigiéndose a su patrona dijo: "Si mi señor tan sólo estuviese en Israel, yo sé que el profeta lo sanaría". De esa manera la muchacha diseminaba el mensaje del poder de la gracia que había en Israel. No sabemos si ella lo entendía totalmente, pero en todo caso ella habló de la gracia que por amor a Cristo habitaba en Israel.

Cuando Naamán habló al rey de su deseo de visitar a Israel para hallar curación, el rey se mostró complacido y le dió una carta para presentarle al rey de Israel. Naamán llegó a Samaria cargado de tesoros. Obviamente, tanto Naamán como el rey de Siria consideraban al poder del profeta un poder mágico. ¡Sin lugar a duda el rey de Israel tendría autoridad sobre ese mago!

Cuando el rey de Israel leyó la carta con la petición de sanidad para Naamán, el rey rasgó sus vestidos. No comprendió que el rey de Siria se estaba refiriendo a los poderes mágicos de Eliseo. Pensó que Siria estaba buscando una excusa para hacer guerra.

Eliseo supo lo que estaba ocurriendo y pidió que Joram le enviase a Naamán. No se trataba de buscar un mago como en países paganos; Naamán tuvo que ir al profeta del Señor.

Naamán llegó a la casa de Eliseo con sus carros, caballos y regalos. ¡Finalmente vería al mago! El mago probablemente invocaría el nombre de su dios, pronunciaría algunas fórmulas mágicas, pasaría la mano sobre las partes afectadas de la enfermedad, y entonces Naamán sería sano.

Pero las cosas no ocurrieron como Naamán esperaba. Saliendo uno de los siervos de Eliseo, dijo a Naamán que se bañara siete veces en el río Jordán. Le prometía que entonces sanaría. Con enojo Naamán se volvió para regresar a su propio país. ¡Si Naamán quería bañarse, lo haría en los ríos de Siria que eran mucho más limpios que las aguas turbias del Jordán!

¡Qué diferencia grande hay entre la fe en la palabra del Señor y las es-

peranzas de los paganos! ¡Y qué difícil nos resulta someternos en fe a esa palabra y hacer callar nuestras mentes incrédulas y llenas de razonamientos!

Un regalo para Naamán. En ese momento crítico los siervos de Naamán hablaron a su señor diciendo: "Padre mío, si el profeta te hubiese mandado hacer algo muy difícil, ¿no lo habrías hecho? ¿por qué no hacer entonces lo que él dice, tratándose de algo fácil?" Sin duda estos siervos también habían esperado una curación mágica. Pero pensando otra vez en todo el asunto, llegaron a la conclusión de que nada se perdería con intentarlo.

Es casi como si los siervos de Naamán nos instruyesen a nosotros acerca de la fe. Es preciso que se nos enseñe esta lección una y otra vez. Si tuviésemos que hacer grandes cosas para ganar nuestra salvación, seguramente las haríamos. Entonces el honor de la salvación sería nuestro. Pero el Señor sólo pide de nosotros creer en su palabra.

Probablemente Naamán había oído hablar a la joven esclava acerca del Dios de Israel y de su profeta. Ahora dejó persuadirse por sus siervos. Sus palabras lo avergonzaron. Con fe esperaba ser sanado por el Dios de Israel. Se bañó siete veces en el Jordán y quedó limpio de su lepra; su carne, consumida por la enfermedad, llegó a ser como la carne de un niño. De esa manera Dios limpiará nuestras vidas mediante la fe. Por amor al Cristo había en Israel este poder milagroso.

Lleno de gozo, Naamán volvió a Eliseo y confesó: "Ahora sé que no hay otro Dios en toda la tierra, sino en Israel". Reconoció que el Señor era el único verdadero Dios, el Dios a quien debía su salud.

Esa fue una demostración de fe de parte de Naamán. No obstante, quiso pagar al Señor a través del profeta. Pero el profeta, invocando el nombre del Señor, rechazó los regalos de Naamán. Naamán tenía que aprender a aceptar lo que Dios le daba sólo como un regalo, un regalo que nunca podría pagar. Naamán tenía que atesorarlo como un regalo y nada más. Tenía que aprender a ver la gracia libre de Dios.

¿Llegó a comprenderlo Naamán en esa manera? Dijo que en adelante no quería servir a ningún otro Dios y pidió permiso para llevarse un poco de la tierra de Israel. ¿No estaba el Señor ligado de una manera especial a esa tierra mediante su pacto?

Naamán también pidió que no le fuese imputado como pecado cuando, sirviendo a su señor el rey, se inclinara al suelo en la casa del dios Rimón. Eliseo sólo le dijo en respuesta: "Vé en paz". ¡La paz del Señor

iba a descansar sobre Naamán! Y ciertamente esa paz estaría con él si la aceptaba en fe, si aceptaba todo lo que el Señor le ofrecía como don divino.

No es tiempo de aceptar regalos. Giezi, el siervo de Eliseo, había presenciado este intercambio. Su codicia había sido despertada por los regalos ofrecidos por Naamán. Poco después corrió detrás del carro de Naamán, le dijo una mentira, y recibió de él dos talentos de plata y dos vestidos festivos. Antes de volver a la ciudad, Giezi despidió a los muchachos que llevaban los regalos y él escondió las cosas en su casa.

Giezi regresó a Eliseo y se comportó como si nada hubiese ocurrido. Pero el Señor lo había revelado todo al profeta. Cuando Eliseo preguntó a Giezi adónde había estado, él respondió en forma evasiva. Entonces Eliseo le reprochó preguntando: "¿Es tiempo de aceptar regalos?" El Señor había querido enseñar a Naamán a aceptar su don puramente como regalo. Naamán tenía que aprender a vivir por fe en la libre gracia de Dios.

Giezi había sido un obstáculo en la obra de la gracia de Dios en la vida de Naamán cuando en realidad debía haber sido un siervo del profeta, y como tal un siervo de la gracia del Señor. Por eso la lepra pasaría a él. Giezi salió de la presencia de Eliseo leproso, blanco como la nieve. ¿Qué será de nosotros si somos un obstáculo a la gracia del Señor y la rechazamos con nuestra incredulidad?

El regalo a los hijos de los profetas. En cierto lugar donde vivían algunos hijos de los profetas, su casa ya les resultaba demasiada pequeña. Estos hombres vivían muy sobriamente, algunas veces en la pobreza, dependiendo de lo que la gente estaba dispuesta a darles. Se dirigieron a Eliseo para pedirle permiso de construir una nueva casa cerca del Jordán. Ellos mismos cortarían la madera necesaria para la construcción. Respondiendo a su pedido, Eliseo los acompañó.

Mientras uno de los hombres se ocupaba en cortar madera, se desprendió el hierro de su hacha y cayó al agua. El hombre relató sus angustias a Eliseo. Era una tristeza doble porque el hacha había sido un regalo. Aquel hombre sabía apreciar un regalo.

Entonces Eliseo arrojó un palo al agua y el hierro apareció flotando en la superficie donde uno de los hijos de los profetas pudo recogerlo. Las fuerzas de la naturaleza no operan independientemente de Dios, ni aun la fuerza de gravedad por la cual se había hundido el hierro. Las

fuerzas de la naturaleza operan conforme a los propósitos del Señor. Todas ellas son siervas de la gracia que él tiene para con su pueblo. Aquí vemos como la gracia de Dios en Cristo gobierna todas las cosas. Por amor al Cristo todas las cosas saldrán para nuestro bien.

Después de este acontecimiento, aquel hombre debe haber apreciado su hacha con otro espíritu. En él veía, como nunca antes, un don de la gracia del Señor, una prueba de su favor. Y esto no sólo se aplicaba al hacha sino también a la nueva casa. Todos aquellos hijos de los profetas aprendieron a ver su nueva casa, a su llamamiento profético y a sus propias vidas a la luz de la lección que aprendieron de lo ocurrido con el hacha. De esa manera debemos aprender a ver y poseer todas las cosas como el milagro de la gracia de Dios en Cristo. ¿Qué hay que no podemos recibir como un don de esa maravillosa gracia?

40: Gracia no solicitada

2 Reyes 6:8—8:6

En este pasaje de las Escrituras se considera la relación de Israel con sus enemigos extranjeros. Eliseo se ocupó mucho más que Elías de estos asuntos. En todos sus actos, aun cuando ellos implicaban el conflicto de Israel con sus enemigos Eliseo reveló cómo el Señor, movido por su misericordia, busca a su pueblo.

Esto era gracia no solicitada, gracia que Israel no había pedido. Joram, rey de Israel, ciertamente no la había pedido. No obstante, el Señor le dijo cada vez donde atacarían los sirios. Joram tampoco se arrepintió durante el sitio de Samaria. Al rasgar sus vestidos se vio que debajo de ellas usaba cilicio. Aparentemente siguiendo la palabra de Eliseo, estaba usando sus ropas de penitencia. Sin embargo, éstas habían sido cubiertas totalmente; las utilizaba debajo de sus ropas normales.

Además, el ejemplo del rey no sirvió para llamar a toda la nación al arrepentimiento. Aparentemente Joram se avergonzaba de su penitencia. En estas circunstancias su conducta de penitencia tenía el mismo significado que cualquier otro supuesto acto meritorio. Joram esperaba que Dios librase a Israel en respuesta a esta su obra meritoria, y no por la misericordia que sentía por su pueblo por amor al Cristo.

El hecho de que el rey considerase a esta luz su penitencia, lo demuestra su actitud ante la demora de la liberación y al comprender la maldición que pendía sobre Israel; el rey juró que daría muerte a Eliseo. No pensaba en una sumisión verdadera a la palabra del Señor. A pesar de esto, siguió en forma inmediata la profecía acerca de la liberación de Samaria al día siguiente. Aquí el Señor se estaba adelantando a su pueblo y a su rey tratando de conducirlos al arrepentimiento.

¿Cómo podemos hablar de "gracia" cuando ni el pueblo ni el rey llegaron a arrepentirse? Sólo es posible porque estamos hablando de la relación del Señor con su pueblo por amor al Cristo. Todavía había en el pueblo un remanente conforme a la elección. Pero para Joram mismo esto no era gracia; no era el favor eterno en Cristo.

No debe interpretarse que la ce-

guera de los sirios haya sido total de modo que no pudiesen ver nada, porque si así fuera Eliseo no habría podido conducirlos hasta Samaria. Significa que ya no podían formarse un cuadro claro de lo que veían.

Pensamiento clave: *El Señor muestra una gracia no solicitada a su pueblo, a fin de conducirlo al arrepentimiento.*

Protección. En los días de Eliseo los enemigos tradicionales de Israel ya no eran los filisteos como en tiempos anteriores, sino los sirios. El Señor había puesto a Eliseo en medio de Israel para revelar su bondad por todos lados. Esto también lo demostraría en las luchas de Israel con sus enemigos extranjeros. También de esta manera quería mostrar el Señor su bondad hacia su pueblo. Aunque no le había solicitado esta bondad, el Señor se la mostraría para poder avergonzarlo y traerlo de vuelta a él.

En aquellos días el rey de Siria conducía sus campañas no mediante la movilización de un gran ejército, al cual se arriesgaría en una batalla decisiva, sino mediante el envío de bandas armadas. Sin embargo, cada vez que el rey de Siria emprendía una acción de esta naturaleza, el Señor revelaba a Eliseo donde ocurriría la invasión. Eliseo, por su parte, advertía al rey de Israel. Entonces el rey de Israel enviaría un ejército allí para sorprender a la banda de sirios.

Joram no había pedido al Señor semejante protección. No obstante, el Señor la había concedido porque en Cristo ama a su pueblo. ¿No debía haber avergonzado esto a Joram, llevándolo al arrepentimiento? ¿No obra así el Señor una y otra vez? Vez tras vez es él quien toma la iniciativa. "Antes que ellos clamen, yo responderé", dice él. Nosotros podemos y debemos creer en la gracia que Dios otorga aun *antes* de pedirla. Pero Joram no lo hizo así. Ante cada advertencia de Eliseo, envió un ejército, pero no se sometió a la gracia del Señor.

El enemigo llevado al cautiverio. Era muy obvio que de alguna forma Israel anticipaba los ataques de las bandas armadas que el rey de Siria no pudo sino pensar que alguien informaba al rey de Israel. Para el rey de Siria esto significaba una sola cosa: ¡traición de parte de uno de los oficiales de su gobierno! Enojadísimo, él discutió el asunto con ellos.

Sin embargo, uno de sus siervos estaba mejor informado. Este hombre declaró que el profeta del Señor informaba al rey de Israel de lo que el rey de Siria decía en el interior de su dormitorio. Evidentemente aque-

llos paganos habían comprendido lo que la palabra del Señor en Israel podía hacer.

Cuando el rey de Siria supo que el profeta estaba en Dotán, envió allí un poderoso ejército de caballos y carros, ¡un poderoso ejército para prender a un solo hombre! Estos paganos ya tenían una idea del poder de la palabra del Señor. Todavía no sabían cuán inmenso es ese poder ni comprendían que no había fuerza militar en la tierra capaz de vencerla. Pero pronto lo aprenderían.

Dotán estaba ubicado sobre una montaña. Había otras montañas y colinas alrededor. Los sirios, que habían venido de noche, acamparon en las colinas. A la mañana siguiente salieron Eliseo y su siervo. Cuando Eliseo vio a los sirios acampados frente a él, tanto él como su siervo comprendieron que el profeta era su objetivo. Por eso el siervo preguntó atemorizado: "¿Señor mío, qué haremos ahora?" ¿Todavía no había comprendido que la palabra del Señor nunca falla y que bajo el escudo de esa palabra estamos seguros? Eliseo le dijo: "No temas, porque quienes están con nosotros son más que los que están con ellos".

El joven lo vería con sus propios ojos. En respuesta a la oración de Eliseo, el Señor abrió sus ojos para ver los carros y los caballos de fuego que rodeaban a Eliseo. La montaña donde estaba construida Dotán estaba llena de ellos. Eliseo y su siervo estaban rodeados por huestes angélicas, todas ellas sujetas a la palabra del Señor. De esa manera Eliseo se hallaba seguro; de esa manera todos los creyentes están seguros.

Los ojos del siervo de Eliseo tuvieron que ser abiertos para ver esto; en una visión vio aquellos ángeles. Recién entonces pudo ver lo que normalmente los hombres no pueden ver. En la actualidad no recibimos tales visiones. Sin embargo, nuestros ojos tienen que ser abiertos por fe; de otra manera esta seguridad que disfrutan los creyentes queda oculta de nosotros. De alguna forma Dios nos la tiene que revelar.

Cuando los sirios descendieron de las colinas para capturar a Eliseo, él oró al Señor pidiendo que los hiriese con ceguera de tal manera que ya no pudiesen distinguir correctamente lo que veían. El Señor contestó su oración y entonces Eliseo pudo hacer lo que quiso con sus enemigos. Eliseo les dijo que esta no era la ciudad que estaban buscando y prometió llevarlos al hombre que querían prender. El engaño de Eliseo fue una estrategia militar. Por otra parte también era cierto que la fuerza de las armas no debía haber sido dirigida contra el profeta, sino contra el rey.

Allí iban los sirios para ser entregados en manos de su enemigo, sin saber adónde iban. ¿Saben los incrédulos adónde van? ¿No sufrimos

todos de esa ceguera por causa de nuestro pecado? Los que andan en la luz de la palabra del Señor andan con seguridad.

En Samaria se abrieron los ojos de los soldados sirios en respuesta a la oración de Eliseo. Allí se vieron rodeados por sus enemigos. Joram también estaba allí. ¿Qué habrá pensado el rey? Allí estaba el temido enemigo entregado en sus manos por un solo hombre, el profeta del Señor. ¿No debía haber confesado en ese momento que estaba protegido de todos sus enemigos si se rendía a la palabra del Señor?

Sin embargo, es evidente que Joram no estaba muy impresionado por la humillación de sus enemigos porque quiso matarlos. Consideraba a aquellos soldados enemigos como *sus* prisioneros, no los prisioneros tomados por la palabra del Señor.

Es cierto que Joram, entusiasmado por los despojos, llamó al profeta su padre. Con esto parecía que se estaba sometiendo a la dirección del profeta, pero su corazón aún rehusaba obedecer a Dios. Por eso Eliseo rechazó su sugerencia. Aunque Joram mismo hubiese capturado a aquellos prisioneros, no debían ser muertos. Los prisioneros estaban en poder del Señor.

Había otro factor que también debía ser considerado. En este momento Israel no estaba en condiciones de servir como espada de la venganza del Señor. Israel mismo había sido avergonzado por la palabra del Señor y ahora debía avergonzar a los enemigos del Señor. Por orden de Eliseo se sirvió una comida a los prisioneros. Cuando habían comido, se les permitió regresar a su propio país. Desde ese entonces el rey de Siria no volvió a enviar bandas armadas a Israel. La palabra de gracia que el Señor había pronunciado sobre Israel por amor al Cristo había conquistado a los enemigos de Israel y los había avergonzado.

Una profecía de liberación. Ben-hadad, rey de Siria, volvió a invadir a Israel. Esta vez vino con un gran ejército a fin de librar la batalla decisiva. Desde el encuentro anterior Siria había dado pasos específicos para fortalecer su posición.

El Señor entregó Israel en manos de Siria. Pronto quedó subyugado el país y Ben-hadad pudo sitiar a Samaria. Ahora el Señor estaba castigando a su pueblo, pero sólo para avergonzarlo de modo sorprendente.

Muchos habitantes de la tierra habían buscado refugio detrás de los muros protectores de Samaria. En consecuencia, pronto hubo gran hambre en la ciudad. Una cabeza de asno se vendía por ochenta piezas de plata, y medio litro de estiércol de paloma por cinco piezas de plata. No

había nada en la ciudad que el pueblo no estuviese dispuesto a comer.

Cierto día el rey caminaba sobre el muro, muy angustiado. Eliseo se hallaba en la ciudad. Siempre había predicado que el Señor sería misericordioso si el rey y el pueblo se humillarían ante él. Y ahora el rey se había humillado, al menos así parecía. ¿No se había vestido con cilicio debajo de su ropa normal?

¿Era cierto que el rey se estaba humillando? El rey no estaba llevando la ropa de penitencia abiertamente para que toda la nación pudiese verla y seguir su ejemplo en la penitencia. Exteriormente guardaba su dignidad real. ¿Estaba quebrantado ante Dios en su interior? El rey creía que por su penitencia ahora merecía una pronta liberación de parte del Señor.

¡Ciertamente, esta no era verdadera humildad! Estaba confiando en su propio mérito más que en la gracia del Señor. Por eso no pudo sino culpar a Eliseo y al Señor por no haber experimentado aún la liberación.

Mientras caminaba sobre el muro con estos pensamientos, una mujer se dirigió a él clamando: "Ayúdame, mi señor y rey". La respuesta que dio a la mujer demostró su espíritu rebelde: "Si el Señor no te ayuda, ¿cómo esperas que yo te pueda ayudar con pan y vino?" Con estas palabras estaba culpando al Señor.

Cuando preguntó a la mujer qué quería, ella le contó la horrenda historia de unas madres que comían a sus propios hijos. Entonces el rey reconoció lo que estaba ocurriendo, es decir, Samaria era herida por la maldición del Señor, que ya se había pronunciado a través de Moisés (Lv. 26:27-29). Entonces el rey, horrorizado y enojado, rasgó su ropa permitiendo que el pueblo viese el cilicio que llevaba debajo de ella. Pero aun en vista del horrible cumplimiento de la palabra del Señor; el rey culpó al Señor y a su profeta. El rey juró que ese mismo día daría muerte a Eliseo. Inmediatamente despachó un mensajero para que cumpliese ese juramento. Ahora quería romper totalmente su relación con la palabra del Señor.

Eliseo estaba sentado en su casa con los ancianos del pueblo que aparentemente aún buscaban iluminación y consuelo de él. Aun antes que llegase el mensajero, el Señor reveló a Eliseo lo que el rey había jurado. También hizo saber a Eliseo que el rey pronto se arrepentiría de su juramento y que se apresuraría a evitar su cumplimiento. Por eso Eliseo dijo a los ancianos que retuviesen al mensajero afuera. Mientras aún estaba hablando, llegó el mensajero, pero fue seguido inmediatamente por el rey mismo. Aparentemente no tenía valor para romper totalmente con la palabra del Señor. El rey vivía bajo la constante tensión de dos opiniones.

En su obstinación, el rey gritó a Eliseo: "Este mal proviene del Señor. ¿Por qué he de seguir esperando en el Señor? Tu palabra no es más que una serie de mentiras".

Entonces ocurrió algo asombroso e inesperado. Si bien ni el rey ni el pueblo se humillaban ante el Señor o clamaban a él pidiendo misericordia, el Señor profetizó a través de Eliseo la manifestación de su asombrosa gracia para su pueblo. Al día siguiente se venderían junto a la puerta de Samaria una medida de harina por un ciclo y dos medidas de cebada por un ciclo.

¿Cómo podía prometer el Señor semejante liberación mientras su pueblo persistía en su actitud pecaminosa? Lo hacía únicamente porque miraba a su pueblo en el Cristo, y en el Cristo lo amaba. Aun en aquellos días quedaban personas en Israel que sinceramente buscaban al Señor. De esta manera el Señor quiere anticiparse a nosotros con su gracia, concediendo gracia que no hemos pedido para que seamos realmente conmovidos por ella.

¿Pero quién podía creer semejante anuncio? ¿Quién podía creer semejante promesa de gracia? El rey guardó silencio, pero el capitán en quien se apoyaba el rey expresó su incredulidad y se mofó de la profecía. "Aunque el Señor abriese las ventanas de los cielos para derramar grano para el pueblo, aquello sería imposible", declaró el oficial. Cuando persistimos obstinadamente en nuestra incredulidad, no podemos creer a la asombrosa gracia de Dios sino hasta que su palabra se apodere de nosotros y nos venza. En respuesta a su burla, Eliseo hizo el siguiente anuncio al capitán: "Tú lo verás con tus ojos, pero no comerás de ello".

Una sorpresa para un pueblo desesperado. Fuera de la puerta de la ciudad había cuatro leprosos. Ellos razonaban de la siguiente manera: "Si nos quedamos aquí moriremos de hambre. Si entramos a la ciudad, también moriremos de hambre. Si vamos a los sirios, podrán matarnos, pero al menos tendremos una posibilidad de sobrevivir". Incluso aquellos pobres leprosos eran movidos por un espíritu especulativo; no se aferraban a la palabra de gracia en la expectativa de la fe.

Al anochecer, aprovechando la oscuridad, fueron al campamento sirio. Para su asombro descubrieron que las tiendas habían sido abandonadas. ¿Qué había ocurrido? El Señor había hecho que los sirios oyesen el estruendo de un gran ejército que se acercaba. Los sirios pensaron que el rey de Israel había hecho alianza con los heteos del norte y los

egipcios del sur, y que estos ejércitos, combinados ahora, venían sobre ellos.

Los sirios huyeron despavoridos, dejando atrás sus cosas. Eran como necios que huyen de algo que no existe. Si no tenemos fe en la palabra de la gracia, nosotros también somos como necios. Sin embargo, este temor provenía del Señor que los llenó de terror. Los cuatro leprosos se asombraron al ver las tiendas abandonadas, pero aún no sabían que había motivo de asombro ante el milagro de la gracia de Dios al proveer liberación para la ciudad.

Los leprosos se saciaron con la comida que hallaron en las tiendas. Impulsados por su codicia, escondieron tesoros en la tierra. ¡Aun les sobró tiempo para hacer esto! No fueron inmediatamente a la ciudad para informar de lo que habían encontrado. No, primero se tomaron el tiempo para llenar sus propios bolsillos. Si la gracia no gana la victoria en nuestras vidas, también nosotros viviremos únicamente para nosotros mismos. En tales circunstancias tendremos poco tiempo y poco interés por el pueblo y la causa del Señor.

Finalmente, durante sus andanzas nocturnas, mientras recogían los despojos, sus conciencias empezaban a molestarlos. Pero aun entonces fueron impulsados más por el temor del juicio que traería la mañana que por amor hacia su propio pueblo. Ni siquiera en estos pobres enfermos encontramos la fe viviente, que considera la causa del Señor y su pueblo lo más precioso que hay.

Ventanas en los cielos. Cuando los leprosos trajeron las noticias a la ciudad, el rey se levantó aunque era todavía de noche. Temía que se tratase de un truco militar de los sirios. Finalmente fue persuadido a enviar a dos jinetes a explorar los alrededores. Los que aconsejaron esta medida fueron impulsados por los mismos motivos que habían impulsado a los cuatro leprosos, es decir, si los jinetes permanecían en la ciudad, morirían junto al resto de sus habitantes, y si salían y caían en manos de los sirios, sufrirían el mismo destino de aquellos que habían sido asesinados o muertos en batalla. Los consejeros del rey no mostraron ni un solo indicio de esperanza o fe.

Los enviados del rey descubrieron evidencias de una huida apresurada por parte de los sirios. Cuando la noticia llegó a la ciudad, el pueblo, es decir, aquellos que aún tenían suficiente fuerza se lanzaron de la puerta de la ciudad para saquear el campamento sirio. Algunos regresaron muy pronto a la puerta de la ciudad para vender los alimentos que

habían encontrado. La profecía de Eliseo fue cumplida literalmente: dos medidas de cebada fueron vendidas por un ciclo y una medida de harina por un ciclo. El Señor había aliviado a su pueblo en forma sorprendente. También esta liberación ocurrió porque un día el Cristo traería completa redención. Sin embargo, esa liberación completa tiene que ser aceptada por fe.

Un día el Señor juzgará a aquellos que rechazaron en incredulidad la palabra de liberación. Esto lo mostró el Señor a través del capitán que se había burlado de la profecía de Eliseo. El rey le había ordenado que mantuviera el orden en la puerta de la ciudad. La multitud que corrió al campamento sirio lo atropelló y lo pisoteó hasta que murió. Así sucedió lo que Eliseo había profetizado. De la misma manera, un día Dios juzgará a todos aquellos que han rechazado su palabra de gracia.

Testigos vivientes. Cierto día el rey preguntaba a Giezi acerca de todas las grandes cosas que Eliseo había hecho. (Esto ocurrió antes que Giezi se enfermara de la lepra). Aparentemente la palabra del Señor no daba paz al rey. Una de las cosas que Giezi le relató fue cómo Eliseo había levantado de la muerte al hijo de la mujer sunamita. Mientras aún relataba la historia, llegó aquella mujer con su hijo para pedir la ayuda del rey.

¿Qué había ocurrido? Al comenzar el hambre, Eliseo le había dicho que duraría siete años. Eliseo le había aconsejado salir del país. Ella había seguido su consejo y había ido a tierra de los filisteos. A su regreso encontró que otras personas se habían apoderado de su casa y tierra. Por eso ahora apelaba al rey pidiendo su ayuda.

Al verlos Giezi, dijo al rey: "Aquí está la mujer y el muchacho de quienes te hablaba". Profundamente impresionado, el rey preguntó a la mujer acerca de su historia. En forma asombrosa el Señor estaba mostrando al rey un testigo viviente de las obras que él había hecho a través de su profeta. Algo que el rey nunca hubiese creído posible era un hecho real.

Aquí volvemos a ver la gracia que viene a nosotros aun antes que pidamos por ella. ¿No era esta la forma en que el Señor hablaba al rey? ¿Oiría ahora el rey, permitiendo que sus ojos fuesen abiertos?

Impresionado por lo que había ocurrido, el rey ordenó que se devolviese a la mujer no sólo su casa y su tierra, sino también el pago de todo lo que había producido durante el tiempo de su ausencia. Sin embargo, el corazón del rey no fue conquistado por la palabra de gracia. Joram siguió los pasos de su padre Acab.

41: Persecución divina

2 Reyes 8:7-29
2 Crónicas 21—22:9

En estas historias Elías vuelve a desempeñar un papel. La tarea de ungir a Hazael como rey de Siria, que Elías no había podido cumplir, ahora es realizada por Eliseo. Joram recibe una carta de Elías, quien ya había ascendido al cielo. Ocozías es matado por Jehú a quien Elías también había de ungir por orden de Dios.

El Señor persigue a la casa de Acab, tanto en Israel como en Judá. El Señor tiende un lazo alrededor de ella hasta que es totalmente exterminada por Jehú.

Algunos años después de haber ascendido Elías, el rey de Judá recibe una carta escrita por él. Evidentemente Dios había revelado a Elías de antemano cómo reinaría Joram, hijo de Josafat, y cómo terminaría su reino. Era evidente ya en tiempo de Elías que habría problemas porque Joram contrajo matrimonio con Atalía, hija de Acab. Elías era el gran enemigo del espíritu de Acab y de su casa. Probablemente Elías haya instruido a Eliseo para que hiciera llegar la carta a Joram en el momento oportuno.

En 2 Crónicas 22:2 leemos que Ocozías tenía 42 años cuando asumió el reinado. Aparentemente este es un error de algún copista, porque su padre sólo tenía 40 años cuando murió. En 2 Reyes 8:26 leemos que Ocozías era de 22 años cuando llegó a ser rey. De modo que a los 18 años Joram fue padre de este hijo nacido a Atalía.

Pensamiento clave: *El Señor persigue la iniquidad de su pueblo a fin de exterminarla.*

El enemigo ungido por Dios. Eliseo también cruzó las fronteras de Israel a Siria, a la tierra del enemigo. El Señor había encomendado una tarea a Elías que no había podido cumplir, es decir, ungir a Hazael como rey de Siria. Israel sería castigado por este Hazael.

Llevado por el Espíritu, Eliseo fue a Damasco, la capital de Siria para

cumplir esta misión. En ese entonces Ben-adad, rey de Siria, estaba gravemente enfermo. Cuando supo que Eliseo había venido a Damasco, envió a Hazael, uno de sus oficiales, para averiguar del profeta si se recuperaría o no de su enfermedad. Hazael se presentó a Eliseo llevando un gran regalo. Eliseo le dijo que el Señor le había revelado la pronta muerte de Ben-adad.

Después de dar esta respuesta a Hazael, Eliseo le miró fijamente. Hazael se sintió molesto y Eliseo comenzó a llorar. Cuando le preguntó Hazael por qúe lloraba, Eliseo respondió que sabía de las horrendas atrocidades que haría a los hijos de Israel. Hazael declaró ignorar de qué hablaba Eliseo. Después de todo, él, Hazael, era sólo un subordinado en Siria. Entonces Eliseo le dijo que el Señor le había mostrado que Hazael sería rey sobre Siria. Eliseo debe haberlo ungido en esa misma ocasión.

¡Aquí el Señor mandaba ungir a un enemigo de su pueblo! Era como si el Señor hubiese abandonado a su pueblo y estuviese del lado de sus enemigos. Aparentemente el Señor se había convertido en enemigo de su pueblo. Al mismo tiempo lo amaba en el Cristo. Lo que más le dolía era la necesidad de castigarlo tan severamente. En el llanto de Eliseo se reveló esa tristeza divina.

Por cierto, Hazael había sido llamado a ser el instrumento en manos del Señor para castigar a su pueblo, pero Hazael mismo no se reconoció en este papel. Al contrario, él se regocijaba en la miseria que causaría a Israel. Por lo tanto, la conducta de Hazael también fue pecaminosa ante los ojos de Dios. Es algo terrible tener que servir como instrumento de esa naturaleza en manos del Señor.

Desde un principio fue claro que Hazael no tenía la más leve inclinación para andar en los caminos del Señor. Habiendo regresado al palacio, mintió al rey: declaró que Eliseo le había anunciado una pronta y cierta recuperación de Ben-adad. Al día siguiente ahogó a Ben-adad con una manta de lana mojada. Más adelante veremos el daño que Hazael infligió a los hijos de Israel como rey de Siria.

Por algún tiempo hemos perdido de vista a la tribu de Judá. Ahora debemos dirigir nuevamente nuestra atención a ella, porque la casa de Acab comenzaba a influenciar también a Judá. Ya hemos visto que el hijo de Josafat, Joram, contrajo matrimonio con Atalía, la hija de Acab y Jezabel. Esta Atalía fue un desastre para la casa de David.

Dos años antes de morir, Josafat hizo rey a su hijo Joram. Joram se dejó gobernar totalmente por su esposa Atalía. Los otros hijos habían

recibido grandes tesoros de su padre y los había nombrado gobernadores sobre diferentes ciudades de Judá. Pero en cuanto Joram se sintió establecido en su reino después de la muerte de su padre, dio orden de matar a todos sus hermanos y algunos otros príncipes. ¡Qué desgracia trajo sobre la casa de David! La casa de David, en vez de ser una bendición para su pueblo, se convirtió en maldición.

¿No era este el momento para que el Señor visitase a aquella casa con juicio por causa de dicho pecado? Sin embargo, Dios no quería exterminarla completamente como haría con la casa de Acab. Ciertamente, la casa de David tendría que ser purificada de la influencia de Acab, pero por amor al pacto hecho con David, siempre se preservaría una lámpara en dicha casa, un descendiente sobre el trono.

El juicio comenzó a obrar inmediatamente. Edom se rebeló contra el dominio de Judá. Joram reunió a su ejército y marchó contra Edom. Sin embargo, él y su ejército fueron rodeados por los edomitas. De noche pudo abrirse paso a través de las filas enemigas, pero su ejército huyó y quedó establecida la independencia de Edom. La autoridad de la casa de David sobre sus enemigos fue quebrantada porque esa casa había abandonado al Señor. El rey ya no era un tipo del Cristo.

Joram fue un mal ejemplo en que sirvió a los ídolos e incitó al pueblo a hacer lo mismo. Fue entonces cuando recibió una carta del profeta Elías. Puesto que hacía varios años ya que Elías había ascendido al cielo, la carta, que tenía que haber sido escrita unos años antes, debía haber impresionado profundamente a Joram. En la carta el rey leyó que Dios lo visitaría con plagas sobre su pueblo, sus hijos, sus esposas y todas sus posesiones, y sobre él mismo.

Poco después comenzó la plaga. Los filisteos y los árabes del extremo oeste invadieron a Judá. El rey y su ejército les salieron al encuentro. Sus esposas e hijos, con excepción de Atalía y su hijo menor Ocozías, también llamado Joacaz, lo acompañaron. El ejército fue derrotado. Todas las esposas y los hijos del rey fueron tomados por la fuerza y todas sus posesiones fuera de Jerusalén fueron saqueadas.

Después de esto Joram fue atacado por una enfermedad incurable de los intestinos. Durante dos años soportó la enfermedad. Luego sus intestinos se le salieron y el rey murió en gran agonía. Su reinado sólo había durado ocho años. Durante dos de aquellos años su padre todavía vivía.

No hubo duelo sobre la muerte de Joram al partir él de esta vida. Fue sepultado en la ciudad de David, pero no en los sepulcros reales. El pue-

blo no hizo una hoguera por él en señal de duelo. Era como si el Señor lo hubiese desechado. Su nombre no fue puesto en lugar de honor en la lista de los reyes de la casa de David.

Divinamente pisoteado. Ocozías, hijo menor de Atalía y Joram de Judá, fue nombrado rey por el pueblo. Su reinado sólo duró un año porque sus consejeros fueron su madre y los parientes de la casa de Acab. Dichos consejeros causaron su caída.

Ocozías se unió a Joram de Israel, hijo de Acab, en una campaña contra Hazael rey de Siria. En Ramot de Galaad, Joram de Israel fue derrotado por los sirios. En Ramot de Galaad, Joram de Israel fue derrotado por los sirios. El mismo Joram fue herido en la batalla y se retiró a su castillo veraniego en Jezreel para restablecerse. Ocozías fue a visitar a su tío allí. En ese preciso instante vino el juicio sobre la casa de Acab por mano de Jehú, como veremos en el siguiente capítulo. Ocozías apenas logró escapar huyendo y ocultándose en Samaria. Posteriormente fue hallado y matado cuando trataba de huir de Samaria.

Dado que Ocozías era nieto de Josafat, Jehú permitió que fuese sepultado. Sus siervos lo trajeron a Jerusalén donde fue sepultado junto a sus padres en la ciudad de David. El Señor había pisoteado a Ocozías porque el espíritu de su abuelo Acab moraba en él más que el espíritu de su abuelo Josafat. Sin embargo, por amor a David se permitió un funeral honorable para este hijo de la casa de David.

42: Llama y rastrojo

2 Reyes 9—10

Una vez más el Señor purifica el reino de Israel, esta vez por medio de Jehú. Debemos recordar que detrás de este derramamiento de sangre está la gracia del Señor buscando su pueblo. Sin embargo, de la casa de Acab no queda raíz ni rama.

Jehú ha de ser el instrumento del Señor en todo esto. Como aquel que es llamado, Jehú debía servir a la gracia de Dios mediante la fe. Desde el momento de su llamamiento se encuentra en una posición crítica. El hijo de los profetas que lo unge huye inmediatamente después. Luego Jehú tiene que escudriñar su propio corazón. ¿Se pondrá ahora a disposición de la gracia de Dios, pidiendo por la palabra del Señor y esperando las instrucciones de Dios, o dominará su naturaleza pecaminosa sobre el llamamiento? Jehú escoge este último sendero.

Esa decisión también determina sus acciones futuras. No importa la eficacia con que exteriormente ejecuta la tarea encomendada por el Señor, interiormente es impulsado por motivos diferentes a la obediencia en fe. En la purificación que ejecuta en Israel, Jehú es por un lado un tipo del Cristo, pero por el otro un antitipo de él.

Pensamiento clave: *Dios purifica a su pueblo consumiendo a los impíos como el rastrojo.*

Llamado a ser el instrumento del Señor. Hubo una misión que el Señor había encomendado a Elías en el monte Horeb que todavía quedaba por cumplir. Eliseo comprendió que había llegado el momento de ocuparse de ella.

El Señor había mostrado misericordia especial al hijo de Acab, Joram. Muchas veces lo había llamado a creer. Pero Joram se había endurecido. Ahora se había agotado la paciencia de Dios. Ahora consumiría a Joram y la casa de Acab como si fuesen rastrojo. Esa casa sería destruida totalmente.

Joram se hallaba en Jezreel recuperándose de heridas que había recibido en las guerras con Hazael y los sirios en Ramot de Galaad. Ramot mismo todavía estaba en manos de los israelitas. Allí estaban acampados los soldados y sus comandantes. Eliseo envió a uno de los hijos de los profetas a Ramot para que ungiese secretamente a Jehú como rey sobre Israel. Luego debía regresar sin demora.

El hijo de los profetas encontró a Jehú sentado entre los oficiales. Lo llamó aparte, lo ungió, y le declaró que el Señor lo había escogido para ser rey sobre Israel con el propósito específico de ejercer la ira divina sobre la casa de Acab. Inmediatamente después se fue el hijo de los profetas. Jehú no tuvo oportunidad de hacerle ninguna pregunta referida a su llamamiento.

Allí quedó plantado Jehú. Acababa de ser llamado por el Señor. Debido a que el hijo de los profetas se había alejado tan repentinamente, Jehú fue puesto a prueba enseguida. ¿Tendría la paciencia de esperar nuevas instrucciones del Señor, o asumiría el trono por sus propias fuerzas y seguiría su propio camino? El llamamiento de Dios siempre nos pone a prueba.

Indeciso aún, Jehú regresó a sus compañeros. Ellos le preguntaron qué había querido ese loco. ¡Así calificaban los comandantes del ejército de Israel a un hijo de los profetas! ¿Cuánto respeto había quedado por la palabra del Señor?

Al principio Jehú guardó en secreto su llamamiento. Antes de hablar al respecto, quería meditar en todo ello. En consecuencia se limitó a encogerse de hombros, y dijo: "¿Qué puede haber querido semejante loco?" Sin embargo, sus amigos oficiales notaron que había algo en su mente de modo que siguieron haciendo preguntas. Debido a la insistencia de ellos Jehú finalmente les contó lo que había acontecido.

Inmediatamente los comandantes se declararon en favor de Jehú como rey. Jehú era un hombre que normalmente tomaba decisiones rápidas y comprendía las consecuencias de los actos y las decisiones. Por eso esperaban algo especial de él como rey. Careciendo de trono, los oficiales tomaron sus uniformes militares, los extendieron sobre los escalones, colocaron encima a Jehú, tocaron las trompetas y gritaron: "¡Jehú es rey!" Jehú permitió que todo ello ocurriera.

De esa manera los comandantes tomaron la decisión por Jehú. Jehú se dejó llevar, aunque en otras circunstancias solía ser hombre de decisiones rápidas. Esta vez se dejó llevar porque estaba muy ansioso de ser rey.

Ahora Jehú había escogido su propio camino, ya no era siervo de la gracia de Dios para con su pueblo. La naturaleza pecaminosa de Jehú se había apoderado de su llamamiento. Sacaría el mayor provecho personal de su llamamiento. Ciertamente el Señor destruiría a la casa de Acab y purificaría al pueblo por medio de Jehú, pero Jehú no estaría consagrado de corazón mediante la fe a la causa del Señor al ejecutar dicha tarea. Algún día el Señor Jesucristo también ejecutará la ira de Dios, pero lo hará en completa sumisión al Padre, para que la gracia pueda triunfar.

La purificación de Jezreel. Si bien Jehú vaciló un instante para tomar la decisión que determinaría el curso de toda su vida, tan pronto hubo tomado la decisión estuvo totalmente dispuesto a seguirla. Primero hizo rodear a la ciudad para que ninguna noticia de los acontecimientos pudiese salir de ella. Luego fue a Jezreel. En carrera enloquecida, característica a él, se dirigió a Jezreel. El centinela de la ciudad pudo deducir que era él por la velocidad de su carro. El rey Joram le envió dos mensajeros, pero Jehú conquistó el favor de ellos y los añadió a sus propias filas.

Finalmente Joram de Israel salió a su encuentro acompañado de Ocozías rey de Judá. Jehú rehusó hacer la paz debido a la idolatría y hechicería que habían sido introducidas a Israel por Jezabel. Al huir Joram, Jehú le clavó una flecha en la espalda. La flecha le penetró el corazón y Jehú hizo arrojar el cadáver fuera del carro. Esto sucedió en la parte del jardín real que anteriormente había pertenecido a la viña de Nabot. En ese instante Jehú recordó las palabras del profeta Elías a Acab, palabras que había escuchado siendo siervo de aquél.

Ocozías logró huir. Pero Jehú lo persiguió y luego sus hombres lo hirieron mortalmente. Ocozías murió mientras intentaba llegar a Jerusalén. Sus siervos llevaron su cuerpo hasta la ciudad donde fue sepultado. Por parte de su madre, Ocozías era miembro de la casa de Acab. El juicio lo había incluido por el hecho de andar en los caminos pecaminosos de dicha casa.

Entre tanto, Jezabel, madre de Joram, oyó lo que había ocurrido; queriendo morir como reina, se maquilló. Ya estaba harta de la vida. Su vida había sido egocéntrica, y así quería morir ahora. ¡Qué terrible!

Al regresar Jehú, ella miró por la ventana y le gritó: "¿Hay paz, oh hijo de Zimri, asesino de tu señor?" Ella lo llamó *Zimri* porque aquel también se había rebelado contra su señor.

Jehú no la creyó digna de una respuesta. La hizo arrojar por la ventana y luego la pisoteó con su carro y sus caballos. Después de comer y beber, mandó a alguien que se ocupase del cadáver, pero para entonces la mayor parte de su cuerpo había sido despedazado por los perros de la calle. Se había cumplido la palabra de juicio dicha por Elías sobre Jezabel. Ya no se podía decir: "Esta es Jezabel". Con ella moriría para siempre su nombre.

La purificación de Samaria. En Samaria vivían setenta hijos y nietos de Acab. Jehú permitió que los comandantes de Samaria escogiesen entre apoyarlo o ponerse contra él. Los comandantes se decidieron por él y luego le enviaron las cabezas de aquellos setenta descendientes de Acab en canastos. Jehú hizo apilar las cabezas en dos montones a la entrada de la puerta de la ciudad. Al día siguiente se dirigió al pueblo de aquel lugar diciendo: "Yo maté a Joram, ¿pero quién mató a éstos?" Obviamente aquel era un juicio divino. Lo que no dijo fue que él había demandado aquella matanza. De esa manera demostraba que Dios estaba con él. Mediante el uso de tales estrategias esperaba conquistar el apoyo del pueblo.

Convencido de que ahora tenía suficiente poder, Jehú mató a todos los que quedaban de la casa de Acab, junto a sus parientes y sacerdotes en Jezreel. Luego se volvió a Samaria. En el camino dio muerte a todo hermano o sobrino de Ocozías, rey de Judá, que encontraba. A través de su hija Atalía ellos también eran descendientes de Acab.

En el camino Jehú encontró a Jonadab quenita, que quiere decir que era descendiente del suegro de Moisés. Gracias a su rectitud y a los elevados valores por que se regía su pueblo, este quenita era estimado en gran manera por el pueblo de Israel. El hombre se puso del lado de Jehú, y éste lo invitó a subir a su carro. Esto fortaleció la posición de Jehú. Después de todo, aquel hombre justo había escogido su lado. Esto significaba que el llamamiento de Jehú era juzgar con justicia y en obediencia al Señor. ¿Fue fiel Jehú a ese llamamiento?

En Samaria mató a todos los que quedaban de la familia de Acab. Mediante un truco logró exterminar de la tierra a todos los sacerdotes de Baal. El exterminio de los sacerdotes de Baal fue conforme con la voluntad del Señor, pero en cuanto a Jehú lo más importante era las consideraciones políticas, porque aquellos sacerdotes de Baal eran leales a la casa de Acab. Luego fue destruido el templo de Baal y los ídolos en Samaria.

En el juicio sobre la casa de Acab, Jehú no demostró ser un siervo fiel de la gracia del Señor. Posteriormente esto se vería más claramente. De todos modos, en el amor con que Dios busca constantemente a su pueblo, el Señor usó a Jehú para limpiar a Israel de su idolatría y de la idólatra casa real.

Así Israel tuvo otra oportunidad. ¿Se rendiría ahora a la gracia del Señor con corazón perfecto, o continuarían el rey y el pueblo alejándose en rebelión obstinada? Todo aquel que en Israel temía sinceramente al Señor debe haber esperado ansiosamente los resultados de esta purificación. En Israel todavía vivía algo del espíritu del Cristo. ¿Cuál sería el resultado?

Siguiendo en pecado. Debido a que Jehú había ejecutado el juicio sobre la casa de Acab, el Señor le prometió que sus descendientes ocuparían el trono de Israel durante cuatro generaciones. Ciertamente, esta recompensa para Jehú era inmerecida. En la destrucción que había hecho, no mostraba un corazón recto ante el Señor.

Mediante esta bendición sobre la casa de Jehú, el Señor estaba mostrando su aprobación en cuanto al exterminio de la casa de Acab. Esta bendición sobre Jehú reveló claramente cuánto odiaba el Señor a la casa de Acab por amor a su pueblo.

Jehú había quitado mucha de la idolatría de Israel, pero promovió la adoración de ídolos en Betel y Dan. El rey y el pueblo todavía no se volvían al Señor y a las demandas de su pacto. Por eso el Señor castigaba a Israel.

Hazael, rey de Siria, capturó toda la Transjordania. Lo que Eliseo había hablado a Hazael cuando lo ungió ya se estaba cumpliendo. Gran miseria sobrevino a Israel. ¿Dónde había quedado el honor y la seguridad del pueblo del Señor?

Mientras Israel se lamentaba en su angusita, murió Jehú. No había podido librar al país. La esperanza que el pueblo había alentado cuando él se hizo rey, no se había cumplido. En su corazón no había prestado atención al llamamiento del Señor.

En contraste con la vida de Jehú, resplandece la vida del Cristo, que fue fiel a Dios en todas las cosas. Algún día él será una llama que consumirá a los impíos como al rastrojo. El Cristo ejecutará el juicio de la gracia de Dios. Los que le pertenecen a él juzgarán juntamente con él.

No fue este el caso de Jehú y el pueblo en aquellos días. No obstante, el Señor siguió por mucho tiempo buscando a Israel.

Otra vez Efraín contra Judá

43: La lucha del Espíritu

2 Reyes 11—12

Atalía mata a sus propios nietos. Ella odia su propia carne y sangre porque aquellos nietos también son de la línea de David. Lo que vemos en Atalía no es un simple deseo de poder; ella ha heredado de su madre Jezabel el odio por la palabra y el servicio del Señor, el odio por el pacto del Dios viviente, el odio por el Cristo.

Al exterminar Atalía la familia real, ella es un instrumento en las manos del Señor mediante el cual es purificada la casa de David de su relación con la casa de Acab. Durante este período la casa de David es cortada en su raíz, por así decirlo, para que pueda crecer nuevamente en la fidelidad al Señor. Los efectos de aquella purificación no se pueden apreciar totalmente hasta pasar varias generaciones.

Ni Joás toma una decisión independiente por el pacto del Señor. El asesinato de Zacarías, hijo de su protector y benefactor, es cometido con su autorización.

¡Cuán estrechamente había estado relacionado el reino de David con el sacerdocio! Debido a que David escogió de todo corazón el servicio del Señor, se convirtió en líder de dicha unión. En diás de Joás, el sacerdote Joiada es el líder temporal, dando a la casa de David una oportunidad de escoger independientemente los caminos del Señor otra vez. Sin embargo, esa decisión no se hace. El hijo de Joiada, Zacarías, es asesinado. En consecuencia, el juicio tiene que herir otra vez a la casa de David. A lo largo de la historia el Espíritu del Señor lucha constantemente por producir la forma y el tipo del Cristo en dicha casa.

A pesar de su infidelidad Joás es una vara del tronco de Isaí, y un retoño de sus raíces (Is. 11:1). De esa manera es un tipo del Cristo.

Pensamiento clave: *El Espíritu lucha por presentar el tipo del Cristo.*

La vara del tronco de Isaí. Atalía supo que su hijo Ocozías, rey de Judá, había sido matado. Al tomar nota de ello, consideró que fue un

golpe rudo a la casa de David. Como hija de Jezabel, odiaba dicha casa. Ahora veía la posibilidad de apoderarse del reino y arruinar la casa de David. Por eso ordenó que todos sus nietos fuesen matados. Esta mujer odiaba su propia carne y sangre, porque consideraba a aquellos nietos como descendientes de David con quien el Señor había establecido su pacto. Ese es el extremo al que puede llegar el odio a Cristo.

Sin saberlo, Atalía fue un instrumento en manos del Señor para ejecutar el juicio sobre la casa de David. ¡Cómo se había entregado esa casa al pecado como resultado de su unión con la casa de Acab! El pueblo idólatra de Judá también fue castigado a través de esta humillación de la casa de David.

Sin embargo, el Señor no podía ni quería quebrantar su pacto con David. ¡Debía haber salvación para esa casa! La hermana de Ocozías, llamada Josaba, estaba casada con Joiada, el sumo sacerdote. Ella escondió a Joás, su sobrino menor, en la habitación donde se guardaba la ropa de cama. Después lo crió secretamente en su propia casa cerca del templo. El Señor iba a exaltar este niño, y a través de él restaurar la casa de David.

Debido a su pecado, la casa de David había sido cortada en su raíz, por así decirlo. Sin embargo, el Señor había conservado una vara de dicha casa. ¿No volvió a ocurrir lo mismo más adelante cuando la casa de David llegó a su ruina total? El Señor hizo que el Cristo naciera de dicha casa. A pesar del pecado del pueblo, Dios era fiel a la promesa hecha a David.

La exaltación. Cuando Joás hubo cumplido los siete años, Joiada creyó que había llegado el momento para hacerlo rey. Llegó a un acuerdo con los capitanes de la guardia real, quienes juraron lealtad a Joás. Luego estos capitanes, siguiendo las instrucciones de Joiada, usaron su influencia con los sacerdotes y levitas en todo el país y también con los jefes de las familias. Todos ellos se reunieron en Jerusalén.

En el día señalado, el día cuando los sacerdotes y levitas se retiraban del servicio, Joiada mandó a los capitanes de la guardia real a presentarse en el primer patio. Para no despertar sospechas, llegaron desarmados. Joiada les dio las armas que aún estaban en el templo desde el tiempo de David. Luego puso estos capitanes a la cabeza de los sacerdotes y levitas, que también recibieron armas. El contingente que terminaba sus servicios semanales en el templo fue dividido en tres compañías con la orden de montar guardia en las salidas del patio. El grupo que entraba a

prestar servicios fue dividido en dos compañías y debía servir como guardia alrededor del joven rey.

Luego fue sacado Joás. La corona real fue colocada sobre su cabeza y la ley del Señor puesta en su mano. El sumo sacerdote y sus hijos lo ungieron. Todo el pueblo reunido en el patio gritó de alegría diciendo: "¡Viva el rey!" A la vez se tocaron las trompetas.

En el palacio real Atalía oyó el bullicio, y salió para ver qué ocurría. Al ver al joven rey, rasgó sus vestidos y gritó: "¡Traición!" Por orden de Joiada, la llevaron y la mataron.

Este acto no terminó en una guerra civil. Al contrario, el pueblo se regocijó por la restauración de la casa de David. Joiada hizo un pacto con el Señor por un lado, y con el pueblo y su rey por el otro; también se hizo un pacto entre el rey y el pueblo. Juntos servirían al Señor. En señal de su resolución, destruyeron el templo de Baal y mataron al principal sacerdote.

Bajo el cuidado del sacerdocio. Joás creció bajo el cuidado de Joiada. Bajo su dirección aprendió acerca del servicio del Señor. Parecía que su corazón se inclinaba al temor del Señor.

Debido a la impiedad de sus predecesores, la casa del Señor había sido descuidada. Ahora se requería una restauración completa, y Joás resolvió llevar adelante dicho trabajo. Los levitas juntaron dinero en todo el país. También se utilizaría para este propósito una parte de la entrada regular que provenía de los servicios. Pero después de veintitrés años todavía no se había adelantado nada en las reparaciones del templo. Aparentemente todo el dinero que entraba era utilizado para los servicios regulares que habían sido restablecidos. Por eso, respondiendo a la insistencia del rey, Joiada hizo una caja grande para ofrendas con un agujero en su tapa. La caja era para las ofrendas dadas con el propósito específico de la restauración del templo.

El Señor despertó la disposición del pueblo. Entró una gran suma de dinero y así fue reparado el templo. El pueblo trabajó con gran fidelidad en el proyecto y por eso no fue necesario rendir cuentas. El dinero sobrante fue utilizado para reemplazar los utensilios del templo. Con gran regocijo el pueblo celebró el servicio del Señor en Su casa.

No sólo se había reparado la casa de David, sino tambien la casa del Señor. Parecía que Judá estaba entrando en una nueva época en su crecimiento en el favor del Señor. Sólo había una nube en el horizonte: Joás había escogido este camino bajo la dirección del sumo sacerdote.

Todavía debía ser demostrado que él personalmente escogía el pacto del Señor en su corazón. El tiempo diría si Joás, igual que su antepasado David, sería capaz de conducir al pueblo y al sacerdocio en los caminos del Señor.

El asesinato de Zacarías. Joiada murió a la edad madura de ciento treinta años. Sus restos fueron sepultados con grandes honores donde eran sepultados los reyes en la ciudad de David, porque Joiada había prestado un gran servicio al pueblo conduciéndolo de vuelta a Dios y a su servicio.

Ahora se vería si Joás era realmente un líder en el temor del Señor. Después de la muerte de Joiada los príncipes de Judá, hombres prominentes que comenzaban a sentir su propia importancia, vinieron a Joás. Aquellos hombres lo adularon y probablemente lo felicitaron por haber quedado libre de la dirección de aquel anciano. Ahora Joás tendría que demostrar que era independiente, ¡permitiendo la libertad de religión en Judá! Y Joás se dejó persuadir. Pensó que actuaba independientemente, pero en realidad estaba siendo llevado por los nobles. Sólo somos independientes en el temor al Señor cuando decidimos servirle de todo corazón.

De modo que la adoración idólatra volvió a surgir en Judá. En consecuencia, se encendió la ira del Señor. El Señor envió profetas a testificar contra el rey y el pueblo, pero no les prestaron atención. El Espíritu del Señor vino con excepcional poder sobre Zacarías, hijo de Joiada. Públicamente testificó al pueblo contra su pecado, advirtiéndole que la bendición del Señor le sería quitada.

Pronto conspiraban contra Zacarías. Con la autorización de Joás fue apedreado en el patio exterior. Zacarías murió diciendo: "Lo verá el Señor, y lo vengará". Ese es el extremo al cual Joás estuvo dispuesto a ir. No sólo había demostrado su ingratitud grosera respecto de su benefactor, sino también había demostrado su deseo de romper las relaciones con la palabra del Señor. ¡Qué cosas terribles hacemos cuando la palabra del Señor se nos vuelve una carga!

La casa de David aún no había sido suficientemente purificada; aún no era independiente en el servicio del Señor. Una vez más el Señor usó a Hazael, rey de Siria, contra Judá. Aunque el ejército sirio era mucho menor que el de Judá, Judá fue derrotado. El Señor había abandonado a Judá. Parecía que habría un sitio contra Jerusalén. Sin embargo, Joás evitó esto entregando a Hazael todos los tesoros que encontró en la casa

del Señor. Todo lo que anteriormente había estado dedicado al Señor y que ni siquiera había sido utilizado después de la restauración del templo, ahora era entregado como un vergonzoso pago. ¿Acaso pensó Joás que el Señor aprobaría semejante clase de comercio?

Es por eso que la ira del Señor seguía ejerciendo presión. Joás fue herido en la batalla y luego fue atacado por sus siervos y matado. Debido a la humillación de Judá el pueblo se rebeló contra su rey. Lo enterraron sin honores reales. Si bien lo sepultaron en la ciudad de David, no fue enterrado en los sepulcros de los reyes. Su nombre no entró en la lista de honor de Judá.

¿Qué ocurriría si Dios no fuera fiel a la casa de David? Algún día vendría el Cristo y reconciliaría la injusticia de Judá y de todo el pueblo de Dios y la injusticia de sus líderes. En él hallaría protección su pueblo. No obstante, a lo largo de la historia el Espíritu del Señor buscaba un rey que fuese mejor tipo del Cristo de lo que había sido Joás.

44: Longanimidad extrema

2 Reyes 13; 14:23-29

Por amor a su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, el Señor se mostró sumamente longánimo hacia el reino de las diez tribus. El reino ya amenazaba con derrumbarse, pero el Señor seguía postergando dicho evento. Pronto ese reino sería abandonado, si bien algunos pocos creyentes individuales se salvarían. Después del cautiverio, unos pocos de ese reino regresarían junto con las dos tribus. A través de aquellos pocos escogidos serían salvadas las diez tribus.

La expresión *golpea la tierra* de 2 R. 13:18 significa *tirarlos a la tierra.*

Pensamiento clave: *Por amor a su pacto el Señor muestra longanimidad extrema hacia su pueblo.*

Dios sigue respondiendo. Jehú, rey de Israel, fue sucedido por su hijo Joacaz. Este fue fiel hijo de su padre; igual a él, caminó en el pecado de Jeroboam, hijo de Nabat, es decir, en el pecado de la adoración a los ídolos. El pueblo todavía no se inclinaba delante del Señor como el supremo y exaltado Dios; al contrario, el Señor era reducido al nivel de la vida terrenal siendo representado mediante la forma de un becerro. Aunque el pueblo pronunciaba el nombre del Señor, no había verdadera adoración a él. En cambio el pueblo adoraba las fuerzas de la naturaleza. Para Joacaz, el Señor era el Dios de Israel así como cada una de las otras naciones tenía su propio dios. De esta manera los hombres trataban de prevalecer sobre el Señor.

Por supuesto, el Señor se encendió en ira ante tales actitudes. En tiempo de Jehú los sirios ya habían ocupado toda la zona de Transjordania. Ahora cruzaron el río Jordán y ocuparon allí parte de la tierra. Joacaz no tenía poder para resistirles o expulsarlos. La situación fue

empeorando hasta que finalmente no le quedaron cincuenta hombres de a caballo, diez carros, y diez mil hombres de infantería. Hazael, rey de Siria, debilitó a los soldados de Israel de tal manera que finalmente quedaron como el polvo de la tierra que se pisotea.

En su angustia, Joacaz clamó solemnemente al Señor. ¿Cómo era posible que Joacaz hiciera esto cuando en su corazón realmente no se había vuelto al Señor? Ciertamente no fue una oración de fe de su parte. Estaba apelando al Señor porque no veía otro camino. En cierta medida sentía que sus derrotas eran el justo juicio. Es terrible comprender algo de dicho juicio y, sin embargo, no someterse a la justicia del eterno juicio de Dios a fin de hallar eterna salvación.

La oración del rey no fue una oración de fe, pero el Señor la contestó. El Señor miró al Cristo, que es el verdadero intercesor de su pueblo. Su corazón fue conmovido ante la opresión que su pueblo sufría a mano de los sirios porque todavía lo amaba por amor al Cristo. En el pueblo todavía había algunos que temían verdaderamente al Señor. Por medio de ellos estaba ligado al pueblo.

El Señor oyó la oración de Joacaz y no abandonó a su pueblo. Pero la liberación no vino sino hasta el tiempo de su hijo y nieto.

Dios todavía no rechaza. Joacaz fue sucedido por su hijo Joás. Durante su reinado el Señor comenzó a librar a Israel de los sirios. Hazael, el rey de Siria de quien Eliseo había anunciado que traería gran angustia sobre Israel, murió. En su lugar reinó Ben-adad su hijo. Joás pudo afrontar a Ben-adad. El juicio anunciado por Eliseo había venido y ahora vendría la liberación otra vez.

A Eliseo todavía se le permitió profetizar dicha liberación estando ya en su lecho de muerte. Ya moribundo, recibió la visita de Joás. Llorando, Joás se inclinó delante de él lamentándose: "¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y su gente de a caballo!" Lo que quería decir es que Eliseo era la fuerza de Israel. Aquí Joás todavía llama a Eliseo su padre, es decir, su padre espiritual. Reconocía que en el profeta, es decir, en la palabra de Dios que habitaba en el profeta, se encontraba la fuerza de Israel para sus batallas.

Si bien Joás también adoraba a los ídolos, aparentemente no tenía valor para romper totalmente su relación con la palabra de Dios. Y puesto que el lazo con la palabra aún no había sido totalmente roto, el Señor mostró misericordia y todavía no rechazó a su pueblo. Recordaba su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, y consideraba este último lazo con

su palabra como fruto de aquel pacto. Por ese motivo Eliseo pudo profetizar la liberación.

Eliseo ordenó al rey tomar un arco y una flecha y entezar el arco. Luego Eliseo puso sus manos sobre las manos del rey y le ordenó lanzar la flecha hacia el este por la ventana abierta. Eliseo le dijo que ella era la flecha de la liberación del Señor del poder de los sirios. En el nombre del Señor Eliseo había puesto sus manos sobre las manos del rey. La liberación vendría del Señor; mandaría sus armas contra los sirios.

Joás aceptó la promesa en fe. Por eso Eliseo dijo al rey que lanzara más flechas. El rey hizo tres tiros y se detuvo. Si sabía él que aquellas flechas eran una señal del poder libertador del Señor contra los sirios, ¿por qué no lanzó todo el contenido de su aljaba? ¿Realmente creía Joás en la promesa de liberación? ¿Y realmente apreciaba esta señal? La fe siempre valora la señal y se aferra a la certeza de la promesa de Dios en dicha señal. Del mismo modo, los creyentes de hoy utilizan los sacramentos que son una señal y un sello.

Joás no había obrado en fe. Eliseo se enojó mucho porque el rey sólo había lanzado tres flechas y le dijo que ahora sólo derrotaría tres veces a los sirios. Si hubiese lanzado cinco o seis flechas habría derrotado completamente a los sirios.

Después de esto murió Eliseo y fue sepultado. Pero la promesa siguió vigente—toda la promesa de la palabra de Dios, tanto como la promesa de liberación de los sirios. El Señor reveló esto por medio de una señal singular.

En aquellos días bandas moabitas invadían la tierra seguidamente. Cierto día, en el momento preciso en que estaban por sepultar a un hombre en el mismo sepulcro de Eliseo, apareció una de dichas bandas moabitas. Debido a que el cadáver fue sepultado con gran apuro, tocó los huesos de Eliseo. Inmediatamente el muerto revivió. Eliseo había muerto, pero el poder de la palabra de vida que había llevado en él no había muerto. Israel debía vivir por el poder de la palabra del Señor.

Joás experimentó esto. Derrotó tres veces a los sirios y los echó de la tierra al oeste del Jordán, aunque los sirios seguían ocupando Transjordania. Esta liberación fue una señal que Israel viviría, que el pueblo de Dios viviría eternamente por amor al Cristo. Este reino sería destruido dentro de poco, pero un remanente sería salvado.

Dios no sentencia todavía. Joás fue sucedido por su hijo Jeroboam (generalmente llamado Jeroboam II). Fue Jeroboam I, el hijo de Nabat,

quien había introducido la idolatría en Israel. Jeroboam II anduvo en los caminos de su tocayo.

Aunque la adoración de los ídolos era una abominación, el poder de la promesa pronunciada por un profeta llamado Jonás no fue quebrantado por este pecado. La palabra de vida iba a ser victoriosa. El Señor respondería aun más a la oración de Joacaz. Jeroboam tuvo éxito en expulsar a los sirios de Transjordania y luego pudo restaurar los límites antiguos del reino. En la batalla contra los reinos de Damasco y Hamat, triunfó sobre los sirios en el norte y derrotó a los moabtias en el sur. En consecuencia, Israel volvió a extenderse desde la ruta a Hamat hasta el Mar Muerto.

El Señor había mirado con compasión y misericordia la profunda amargura de Israel. ¿Quién ayudaría a este pueblo, si no lo hacía él? Después de todo, tanto el pueblo como su rey aún eran suyos. El Señor todavía no había dicho que los exterminaría de debajo del cielo. Aunque Israel estaba madurando para el juicio, la sentencia misma todavía no había sido pronunciada. Al contrario, el Señor mandó a su siervo, el profeta Jonás, para anunciar que una vez más sería restaurado el reino. ¿Aprendería Israel su lección de la compasión que el Señor le seguía manifestando?

45: Santificado y hecho bendición

Jonás 1—4

Jonás hijo de Amitai fue el profeta enviado a Nínive. También fue el profeta que anunció a Jeroboam que el reino de Israel sería restaurado a sus límites antiguos (2 R. 14:25).

El hecho de que Jonás rehusara predicar en Nínive, la capital de Asiria, no se debía tanto al temor de que el reino de Asiria se convirtiera en amenaza para Israel como de una renuencia de que Dios extendiera su misericordia a los paganos. La constante lucha de Israel contra las naciones había contribuido a la formación de esta actitud egoista, que siempre produjo odio en cuanto a los paganos. Sin embargo, esta actitud tenía su raíz *principal* en el orgullo que Israel sentía por la salvación que había recibido, en su estado como el pueblo escogido de Dios. Si Israel no vivía por sola gracia, consciente de su propia indignidad, seguramente no podía comprender la gracia de Dios, cuyo propósito es la salvación de todos los pueblos. Israel no quiso ser una bendición a todas las naciones.

En Israel tendría que morir la carne, es decir, la vieja naturaleza. El descenso de Jonás a las profundidades del mar es una señal de esa muerte. Dicha muerte en la carne y a la carne fue efectuada por el Cristo. De esa manera él puede llegar a ser una bendición a las naciones.

Gracias al Cristo, la predicación de Jonás en Nínive pudo tener tanto fruto a pesar de que Jonás mismo no había sido curado de su desobediencia. Jonás persistió en su desobediencia, aun después de predicar en Nínive. Hasta el mismo fin fue un tipo del obstinado Israel.

Dios salvó a la gran ciudad de Nínive. La base para esa misericordia fue su gracia hacia su pueblo en el Cristo. No hemos de decir que después de la caída Dios aún estaba ligado al mundo por un lazo de amor paternal por el solo hecho de ser creación suya. Ese lazo de unión fue totalmente roto por el pecado. En el Cristo Dios restauró esa unión con su pueblo mediante el pacto de gracia. Por causa de su pueblo está ligado también al mundo, incluyendo a Nínive. Dios guía a todo el mundo a fin de abrirlo a la gloria que es en el Cristo.

Pensamiento clave: *El enviado de Dios se convierte en bendición después de ser santificado.*

Naufragando en desobediencia. El profeta Jonás fue enviado a decir al rey Jeroboam II que Dios le permitiría a él restaurar los antiguos límites del reino. Pero Jonás también recibió otra orden. En aquellos días estaba surgiendo en el este una nueva potencia mundial, es decir Asiria, con su ciudad capital Nínive. Ese poder mundial a su tiempo sometió a muchas naciones, pero fue culpable de un terrible pecado: saqueó al mundo y utilizó los tesoros robados para embellecer la ciudad.

Bajo su mano el mundo estaba siendo empobrecido y destruido—este mundo al que Dios estaba ligado. Por eso Dios no podía seguir tolerando esta conducta de parte de Nínive. Además, Nínive se gozó en sus pasiones. Jonás tenía que predicar contra este pecado de la ciudad de Nínive; tenía que pronunciar la advertencia que Dios destruiría la ciudad.

Cuando Jonás recibió este mensaje, se despertó en él su celo de judío e hijo de la raza escogida. ¿No había dado Dios su gracia solamente a Israel y no tenía que ocuparse Dios solamente de Israel? ¡Aquellos pueblos paganos no eran dignos de que Dios se ocupara de ellos o que les enviase un profeta!

¡Qué arrogancia! ¿Suponía Jonás que Dios había escogido a Israel por ser mejor que los otros pueblos? ¿Acaso no tenía que vivir Israel también por gracia, ese favor no merecido? ¿No había sido llamado Israel para llevar las buenas nuevas de esa gracia a todos los pueblos y convertirse así en la bendición para el mundo entero? Pero Israel ya no vivía por sola gracia y por eso no quería convertirse en bendición para otras naciones. El espíritu de Israel como pueblo también era el espíritu que moraba en Jonás.

Jonás huyó en desobediencia. Cuando rehusó ir a Nínive ya no soportaba vivir en la tierra donde Dios había revelado su rostro y su gracia. Por eso Jonás se dirigió a Jope y abordó un barco que se dirigía al océano Atlántico. Quería alejarse lo más posible, ¡como si existiera algún lugar donde podía ocultarse del Señor! Nosotros somos tan necios como Jonás cuando tratamos de cerrar nuestros corazones al Señor.

El Señor arrojó un viento recio contra el barco. Cuando las oraciones de los marineros a sus dioses no lograron nada, despertaron a Jonás para que orase a su Dios.

Jonás había estado durmiendo todo el tiempo. Había llegado al final de sus recursos. Aunque estaba huyendo, sentía que en su vida ya no

había opciones. Su desesperación lo hizo dormir tan profundamente que ni aun la tormenta logró despertarlo.

Los marineros estaban convencidos de que aquella tormenta era una revelación divina. Aquellos hombres no creían que todo proviene de las simples fuerzas naturales como lo hace la gente de hoy. Desafortunadamente, creían que las fuerzas de la naturaleza eran divinas en sí mismas.

Sin embargo, fue el Dios viviente, el Dios que muestra gracia a su pueblo, quien estaba obrando por medio de dicha tormenta. Dios controlaba las fuerzas de la naturaleza y se revelaba a través de ellas. De la misma manera sigue controlándolas hoy y sigue revelándose hoy a través de ellas. Por eso los marineros hablaban de la ira divina.

También creían que los dioses señalarían al objeto de su ira a través de las suertes. En aquellos días el Dios viviente todavía se revelaba en formas especiales. Una de ellas era la práctica de echar suertes. Cuando fueron echadas las suertes, los marineros descubrieron que la ira del Señor se estaba revelando contra Jonás a través de la tormenta.

Cuando los marineros interrogaron a Jonás, él les dijo que servía al Dios viviente que controla los cielos y la tierra en su gracia para con su pueblo. Admitió su desobediencia y reconoció que aquella tempestad les había sobrevenido por culpa suya. A veces los creyentes pueden ser una maldición para el mundo a causa de su desobediencia.

Jonás también dijo que la tormenta se aplacaría si los marineros lo arrojarían al mar. Los marineros estaban atemorizados; habían oído del Dios viviente y ahora temían entregar a la muerte a su profeta. Sin embargo, sus esfuerzos para llegar a tierra fueron en vano; la tormenta crecía en intensidad. Finalmente tomaron a Jonás y lo arrojaron por la borda. Inmediatamente la tormenta se calmó. Esta fue una señal de que habían hecho lo correcto.

Ahora Jonás se había entregado a la muerte. Era el culpable. Voluntariamente se entregó al justo juicio de Dios. ¿Se había rendido a la eterna ira de Dios al ser arrojado a las profundidades? ¡Qué destino terrible sería aquel! Imagínense cómo debe haberse sentido Jonás al hundirse en las profundidades del mar. Gracias a Dios, hubo otro hombre que descendió a las profundidades de la ira de Dios, es decir, el Cristo. Y él, mediante el sufrimiento que padeció en su obediencia, salió de esas profundidades. A través de su obra hay reconciliación y salvación para aquellos que son suyos, para aquellos que en realidad deberían perecer bajo la justicia de Dios.

Del mismo modo también hubo liberación para Jonás. Dios hizo que

fuese tragado por un gran pez. Mediante un milagro guardó con vida a Jonás dentro del pez. ¿Acaso es posible eso? ¡Por supuesto que sí! ¿Por qué no habría de ser capaz Dios, que levanta a la gente de la muerte espiritual y la trae a una vida nueva, de guardar también a un hombre con vida en el interior de un pez?

Adorando al Dios de gracia. El Señor todavía tenía sus propósitos con Jonás. Jonás había sido un tipo del Israel desobediente y orgulloso, pero ahora tendría que convertirse en un tipo del Israel santificado que se humillaba y vivía por la gracia de Dios, siendo de esa manera una bendición para las naciones. El viejo Jonás, el Jonás desobediente, tendría que morir, y otro Jonás tendria que levantarse. Esto puede ser una realidad gracias al poder de Dios en nosotros. Esto puede ocurrir en nosotros porque el Cristo murió por nosotros y se levantó de la muerte. Dios nos hace compartir la muerte y resurrección de Cristo.

Esto ocurrió con Jonás cuando descendió a las profundidades del mar y estuvo en el interior del pez. Estando en las profundidades, se rindió a la soberanía de Dios, pero también clamó por su gracia. Al descubrir que se hallaba con vida en el interior del pez, comprendió que su oración había sido oída, que Dios lo regresaría a su pueblo, y que volvería a ver el templo de Dios. Pero también comprendió que había sido salvado por pura gracia. ¡Cuán pequeño debe haberse sentido Jonás delante de Dios!

En el interior del pez oró al Dios de gracia. Confesó que estaba perdido, que no había esperanza para él, que había sido salvado solamente por la gracia de Dios, que Dios en su gracia había contestado su oración, y que sería restaurado. Con esta actitud Jonás estaba en condiciones de ir y predicar a los ciudadanos paganos de Nínive. Si él mismo vivía por gracia y ya no se jactaba por nada, le sería un gozo poder predicar la gracia de Dios a los paganos.

Jonás permaneció tres días y tres noches en el vientre del pez. Obedeciendo a la palabra del Señor, es decir, a la palabra de gracia que se extiende sobre todas las cosas, el pez vomitó a Jonás en tierra seca. Habiendo atravesado las profundidades, Jonás volvió a la vida. En esto fue un tipo del Cristo que pasó por la muerte y resucitó a la vida.

La bendición de la predicación. Nuevamente el Señor mandó a Jonás ir a predicar en Nínive. Esta vez Jonás obedeció. Pronto se vería si era totalmente obediente y si seguiría viviendo con la misma actitud que

tuvo en el interior del pez. De todos modos, fue a Nínive. Allí predicó la palabra del Señor, declarando que la ciudad sería destruida dentro de cuarenta días.

Nínive era una gran ciudad. Recorrerla de un extremo al otro le habría llevado tres días. Pero Jonás sólo predicó un día y entonces se fue. ¿No demuestra esto que el antiguo Jonás había vuelto a manifestarse y que no estaba dispuesto a trasmitir la misericordia que Dios había decidido mostrar a los habitantes de la ciudad?

¡Con qué poca voluntad debe haber predicado Jonás aquel día! Si dependiera de Jonás, su predicación habría quedado sin frutos. No obstante, resultó en bendición. El rey de Nínive oyó de la predicación de Jonás. Aparentemente la noticia había corrido de boca en boca. Las palabras de Jonás tuvieron efecto inmediato. El mismo rey se sometió. Se vistió de penitencia y ordenó ayuno para hombres y bestias. El hambre y la sed harían clamar a las bestias y el sonido de sus voces sería trasmitido por los hombres a Dios como una oración implorando misericordia.

¿Qué fue lo que dio tantos frutos a la predicación de Jonás? No fue fructífera debido a Jonás, sino por amor al Cristo que obedeció hasta la muerte y que, habiendo sido santificado, llegó a ser causa de eterna bendición para todos los que le obedecen. El Cristo ganó la gracia de Dios para los suyos, pero debido a esa gracia también otorga a la Palabra de Dios el poder de producir el arrepentimiento temporal y el refrenamiento de pecado en los incrédulos. Nínive no se volvió de todo corazón al Dios viviente, pero temporalmente se apartó de sus peores pecados. Lo que conmovió a la ciudad no fue la fe en la gracia eterna de Dios sino el temor de un castigo temporal.

Sin embargo, Dios consideró ese arrepentimiento pasajero como fruto de su palabra y del Cristo. Por eso no destruyó a Nínive. ¡Qué misericordioso es Dios! ¿No tendrá gracia entonces con aquellos cuyos corazones esperan en él?

Endureciéndose en la desobediencia. Pronto se manifestaría claramente cuán desobediente era Jonás y cuánto del antiguo espíritu había surgido en él otra vez. Jonás se sentó frente a Nínive para ver la destrucción de la ciudad. ¡Cuánto se regocijaría en dicha destrucción!

Le molestaba el arrepentimiento de Nínive porque le mostraba la misericordia de Dios hacia ella. Hasta allí veía todo con claridad. Pero en su rebelión reprochaba a Dios por su longanimidad. ¡Jonás había te-

nido razón al huir! ¡Ahora quería que Dios le quitase la vida para no tener que ser testigo de la salvación de los paganos!

¿Cómo pudo endurecerse tanto Jonás habiendo clamado por la gracia de Dios mientras estaba en las profundidades en el interior del pez? Cuando Dios nos deja librados a nuestros propios caminos, ya no vivimos por su gracia. Nos enorgullecemos de lo que creemos ser nuestro y no queremos que otros gocen de su compasión. En Jonás se nos revela que solamente podemos vivir para el Señor mediante el Espíritu del Cristo.

La palabra de gracia que controla todas las cosas hizo crecer rápidamente una calabacera, y Jonás se gozó de la sombra que ella le daba. Pero la misma palabra de gracia también preparó un gusano que hiciera secar la planta. La palabra de gracia también hizo desmayar a Jonás por causa del calor del sol. Dios quería enseñar algo a Jonás.

Cuando Jonás insistió en su derecho de estar amargado por haberse secado la planta, Dios le mostró claramente su pecado. Jonás se amargaba porque una planta se había secado. Sin embargo, Jonás no había contribuido nada al crecimiento de esa planta que existía por la palabra del Señor. ¿Por qué no habría de tener compasión Dios de una ciudad que dependía totalmente de la palabra de gracia, una ciudad donde vivían tantos niños, tantas vidas jóvenes con toda la vida por delante? Dios quería preservar las generaciones de los paganos hasta el tiempo de la proclamación de la palabra de gracia a todos los pueblos.

Jonás ciertamente cayó otra vez en la desobediencia. E Israel no fue santificado. Pero el Cristo en su sufrimiento fue santificado totalmente a Dios. Por su Espíritu, el poder de su obediencia se manifestará constantemente para que su pueblo pueda ser santificado para el servicio de Dios.

46: Autocomplacencia

2 Reyes 14:1-22; 15:1-7
2 Crónicas 25 y 26

Tanto en Amasías como en Uzías encontramos un espíritu de autoexaltación. Ambos llegan a ser fuertes por la buena voluntad del Señor en ellos por amor a David. Pero después ellos se exaltan a sí mismos. Esta autoexaltación se basa en cierta autocomplacencia. En contraste con esta autocomplacencia está la buena voluntad del Señor por amor a David y por amor a Cristo. La fe en esa buena voluntad del Señor produce humildad.

Sin embargo, esta autocomplacencia de Amasías y Uzías sigue presentándose en diferentes formas. Amasías se complace consigo mismo como el héroe en sus cultos de adoración. Cuanto mayor el número de dioses, tanto más grande el rey. La idea pagana que prevalece aquí es que los dioses están sujetos a los reyes y que su ayuda está a disposición de los reyes siempre y cuando ellos los sigan honrando.

En el caso de Uzías no hubo servicio a dioses extranjeros. Creyendo que todo y cualquier cosa le era permitida, fue más allá de los límites y él mismo actuó como sacerdote. Desde ese momento llevó en su frente la señal del enojo del Señor.

Sin embargo, ninguno de estos reyes fue rechazado totalmente. Amasías vivió quince años después de la muerte de su conquistador, Joás. Uzías tuvo un hijo que pudo servir como regente y que guió al pueblo en el temor del Señor.

Pensamiento clave: *El beneplácito del Señor por amor a David supera la autocomplacencia de los reyes de la casa de David.*

La exaltación de Amasías. Cuando Joás el rey de Judá fue asesinado, lo sucedió en el trono su hijo Amasías. En él habitaba el mismo espíritu que en su padre Joás. Sirvió al Señor, sí, pero no con corazón perfecto. En el fondo alentaba sus propios intereses.

En primer lugar se estableció a sí mismo en el reino juzgando a aque-

llos que habían asesinado a su padre. En dicho juicio actuó totalmente conforme a la ley del Señor sin dejarse llevar por ningún deseo de venganza: solamente mató a los culpables del asesinato, pero no a sus hijos.

Luego Amasías movilizó al ejército de Judá, 300.000 hombres. También contrató a 100.000 hombres de Israel porque se proponía luchar contra los edomitas que se habían rebelado. Sin embargo, un profeta del Señor le advirtió que dejara ir a los hombres de Israel. El Señor no estaba con Israel y por eso aquellos soldados traerían la ira de Dios sobre él. Cuando Amasías preguntó qué se haría con los cien talentos de plata que se les había prometido a los hombres de Israel en forma de pago, el profeta respondió: "El SEÑOR puede darte mucho más que esto". Si somos obedientes al Señor podemos olvidarnos del dinero y soportar pérdidas cuando nos apartamos del mal camino. Nuestras pérdidas no deben impedirnos hacer lo que es correcto. Amasías se inclinó ante la palabra del Señor y despidió a las tropas contratadas.

Luego condujo a su propio ejército contra los edomitas. El Señor estuvo con él de modo que ganó la victoria. Pero inmediatamente se posesionó de Amasías un sentimiento de orgullo, autosuficiencia y sed de venganza; ordenó que diez mil prisioneros edomitas fuesen arrojados a la muerte desde la cumbre de una roca.

Al regresar de su campaña, recibió una advertencia del Señor: los 100.000 hombres de Israel que habían sido enviados de regreso estaban ofendidos por el despido y se vengaban mediante una expedición de saqueo en Judá aprovechando la ausencia del rey. Mataron a mucha gente y saquearon la tierra.

Sin embargo, Amasías no prestó atención a la advertencia. Había traído consigo a los dioses de los edomitas y los estableció para adorarlos. Quería asegurarse la ayuda de esos dioses. Cuanto mayor el número de dioses, tanto más fuerte el rey. ¿No comprendía que el servicio a aquellos dioses era contradictorio con la gracia del Señor, la gracia por la cual únicamente somos exaltados?

Solamente la buena voluntad del Señor por amor a David, es decir, por amor a Cristo, exaltaría a Judá y a la casa de David. Cuando una persona cree eso, se humilla y vive en dependencia del Señor. Entonces rechaza todo lo demás como una abominación. Pero Amasías se había exaltado a sí mismo. La buena voluntad del Señor por la casa de David lo quebrantaría.

La humillación de Amasías. Un profeta del Señor amonestó a Amasías. ¿No había demostrado la gracia del Señor ser más fuerte que todo el poder en que confiaban los edomitas? Con espíritu altivo el rey rechazó al profeta. ¿Quién lo había nombrado como consejero del rey? El profeta se apartó, pero no sin antes hacer un último comentario: "Por el hecho de no prestarme atención, veo que el Señor ha decidido destruirte". Pero Amasías tampoco escuchó esta última advertencia.

En su audaz imprudencia desafió a Joás rey de Israel a un encuentro armado. Amasías quería restaurar el poder de la casa de David sobre las diez tribus. Joás le respondió con una despectiva parábola advirtiéndole de los peligros de la orgullosa confianza en sí mismo que había adquirido como resultado de su victoria sobre los edomitas. Si bien aquellas palabras venían de Joás, debían haber hecho un impacto en Amasías, porque se dirigían directamente al problema en cuestión. Pero el corazón de Amasías estaba cerrado y por eso no escuchó la voz del Señor en las palabras de Joás.

Cuando se enfrentaron los ejércitos, Judá quedó derrotado, Amasías fue tomado prisionero, Jerusalén capturada, y parte de su muro fue derrumbado. Amasías recuperó su libertad recién cuando accedió a entregarle rehenes y un gran tesoro. El Señor lo había humillado.

La buena voluntad del Señor hacia la casa de David no toleraba la autoexaltación de Amasías. En esta humillación Dios manifestaba su gracia hacia la casa de David y hacia Judá por amor al Cristo. Dios recordaba su pacto.

Aun para Amasías había misericordia. Recuperó su libertad y sobrevivió a Joás por quince años. Sin embargo, el pueblo estaba intranquilo. Desde que Amasías se había apartado del Señor, el pueblo planeaba traición. Finalmente se logró un acuerdo. Amasías huyó a Laquis. Allí sus enemigos lo alcanzaron y le mataron. De allí fue traído de regreso a Jerusalén en un carro real para ser espultado con sus padres. Aunque había sido alejado de Dios y alejado de en medio de su pueblo, en su sepelio aún hubo misericordia para él.

La exaltación de Uzías. Uzías, joven hijo de Amasías, fue nombrado rey en lugar de su padre. Aunque apenas había cumplido 16 años de edad, el pueblo cifraba grandes esperanzas en él, y él no lo desilusionó. Uzías hizo lo recto ante los ojos del Señor y fue bendecido más que la mayoría de los reyes de Judá. Uzías reinó 52 años. Su consejero fue Zacarías, un profeta del Señor.

El Señor prosperó mucho a Uzías. Una de las primeras cosas que hizo fue declarar la guerra a los edomitas que en la última parte del reinado de Amasías se habían rebelado nuevamente contra Judá. Uzías los subyugó igual que a los filisteos y árabes. También forzó a los amonitas a pagarle tributo. Extendió su reino hasta la frontera de Egipto.

Uzías fortificó el muro de Jerusalén, construyó torres en el desierto y cavó muchos pozos para sus numerosos rebaños. También se dedicó a la agricultura y reorganizó el ejército. Durante su reinado los ingenieros inventaron ingeniosos instrumentos para arrojar flechas y grandes piedras. La fama de Uzías se extendió a todas partes porque el Señor lo acompañaba maravillosamente. La buena voluntad del Señor fue sobre él por amor a su pacto con David. Uzías fue un favorito de Dios.

La humillación de Uzías. Uzías sabía bien que era favorito de Dios. Este conocimiento era algo peligroso, porque él comenzó a enaltecerse. Si él era el favorito de Dios, le correspondían mayores concesiones que a otros. Al menos así pensaba.

Cierto día traspasó los límites que le habían sido puestos. Fue al santuario para quemar incienso sobre el altar, algo que solamente podían hacer los sacerdotes. ¡Qué necio y presuntuoso! Uzías rechazó los límites fijados por Dios estableciéndose así como Dios.

Azarías el sumo sacerdote corrió tras el rey con ochenta sacerdotes para evitar que cometiese dicho pecado y decirle que no le era permitido entrar al santuario para quemar incienso. Azarías no lo llamó por su título real, sino sencillamente por su nombre *Uzías*. El rey había perdido su honor real al pretender un honor que por derecho no le correspondía.

Uzías se enojó por esta resistencia contra sus deseos y rechazó la advertencia del Señor. A medida que en él crecía el enojo, también se apoderaba de él la lepra. La lepra brotó en su frente. El Señor cubrió a Uzías de vergüenza porque en su orgullosa confianza en sí mismo había agredido lo que Dios había santificado.

Los sacerdotes quedaron atónitos y expulsaron a Uzías del santuario. Cuando él comprendió lo que le había ocurrido, huyó del lugar. Evidentemente se humilló bajo la vergüenza que el Señor había puesto sobre él. Ahora comprendía la abominación que había cometido.

Uzías vio esta abominación a la luz del favor que Dios le había concedido. Sin embargo, debe haber alentado esperanza de gracia para él, a pesar de su pecado. Por cierto, quedó expulsado de la sociedad; ya no podía entrar a la casa del Señor ni atender los asuntos de su reino. Sin

embargo, el Señor le dio un regente sabio en su hijo Jotam, quien condujo al pueblo en los caminos del Señor.

En su buena voluntad y por amor a Cristo, el Señor también conquistó esta autoexaltación en la casa de David. El pacto no fue quebrantado. Al morir Uzías, no pudo ser sepultado en los sepulcros de los reyes por causa de su lepra. Lo sepultaron en un campo adyacente a esos sepulcros.

47: Hijos extraviados

2 Reyes 15:32—16:20
2 Crónicas 27 y 28

El principal personaje de estos pasajes es el rey Acaz de Judá quien fue lo más lejos posible en su rechazo del Señor. Al construir un altar nuevo modelado conforme a uno que estaba en Damasco, puso el altar del Señor a un lado. Incluso se atreve a decir: "El altar de bronce será mío para consultar en él". En otras palabras, Acaz lo pensará bien y decidirá qué hacer con el altar del Señor. Posteriormente corta los recipientes de la casa de Dios en pedazos y cierra con llave las puertas. La casa del Señor a la cual se hace referencia aquí realmente es el edificio del templo mismo, no el patio delantero en el cual Acaz ejecutó su culto pecaminoso. Al menos fue consecuente en su rebeldía.

Sin embargo, aun durante esta época vemos que el Señor busca a Judá. Su interés por los prisioneros que fueron llevados de Judá para ser esclavos en Israel es conmovedor. En Isaías 7 leemos cómo el Señor pidió con insistencia que Judá aceptara su favor en la batalla contra Rezín y Peka, "estos dos cabos de tizón que humean" (v. 4). Fue en aquellos días que se dio la señal del Emanuel. En todo esto el Señor estaba llamando: "¡Volveos a mí, hijos extraviados!"

Pensamiento clave: *Por causa de su pacto el Señor llama a sus hijos extraviados.*

La vida ante los ojos de Dios. Uzías fue sucedido por su hijo Jotam. Jotam era un hijo de la fe de su padre. También sabía que era el favorito de Dios, pero no por eso se exaltó a sí mismo.

El favor de Dios se manifestó en bendiciones para él y Judá. Logró embellecer la casa del Señor y fortificar a Jerusalén. También construyó fortalezas y torres en los bosques. Tuvo guerra con los amonitas que aparentemente se habían rebelado, y los obligó a pagar tributos.

Jotam guió al pueblo en el temor del Señor y ordenó sus caminos de-

lante del Señor su Dios. Esto no significa que todo el pueblo de Judá se haya comportado como hijos del Señor. Los cultos paganos en los lugares altos seguían. Aquella era una forma errónea de adoración; el Señor quería que su pueblo lo adorase a él sólo en el templo de Jerusalén. El lazo con el templo, donde Dios se revelaba a sí mismo, simbolizaba el lazo con el Cristo en quien Dios revela su favor. Aquella forma obstinada de adoración, carente de dicho lazo, era en sí idolatría. Por eso el pueblo se dejaba persuadir tan fácilmente a la adoración de otros dioses también en los lugares altos de Judá.

Durante el reinado de Jotam, dos reyes hicieron una alianza para invadir a Judá, es decir, Rezín de Siria y Peka de Israel. Con esto el Señor castigaba a sus hijos, al pueblo de Judá.

Castigado con impiedad. El pueblo no había vuelto al Señor durante el reinado de Jotam. Por eso el Señor los castigó dándoles la clase de rey que realmente querían. El hijo de Jotam, Acaz, estaba en acuerdo total con el espíritu idólatra que reinaba en medio del pueblo. Este rey anduvo en los caminos de los reyes de Israel; es decir, adoraba imágenes. El también servía a los baales en la forma más abominable. Llegó al extremo de sacrificar sus hijos a los ídolos. Todo el país se llenó de lugares altos para la adoración idólatra.

Ahora Judá tenía el aspecto de la tierra de Canaán en los antiguos días de los cananeos. Era como si el Señor no hubiese expulsado a los cananeos, como si no hubiese consagrado la tierra de Canaán al servicio de su nombre. Parecía que no quedaba nada del temor del Señor. Pero a pesar de todo ello el Señor no podía romper su lazo con Judá. Debido a su pacto era preciso que triunfara el poder de su palabra de gracia. Dios seguía llamando al pueblo a que lo amase.

La misericordia del amor. El Señor impulsó al rey Rezín de Siria y al rey Peka de Israel a movilizar sus fuerzas contra Judá. Rezín avanzó desde Damasco atravesando a Transjordania. Acaz le salió al encuentro, pero fue derrotado. Entonces Rezín avanzó a la región del sur de Judá y conquistó a los edomitas, que por mucho tiempo habían estado sujetos a Judá. Al mismo tiempo Peka invadía a Judá desde el norte derrotando completamente a Acaz; 120.000 hombres fueron muertos en el campo de batalla. Uno de los parientes del rey e incluso su primer ministro cayeron bajo la mano de Zicrí, un hombre poderoso de Efraín.

Judá cayó completamente bajo el domino de Efraín. Unos 200.000

hombres, mujeres y niños fueron llevados al cautiverio para ser esclavos en Israel. Además, la tierra fue saqueada. Los filisteos y algunos de los edomitas aprovecharon esta ocasión para ocupar partes de Judá. Finalmente Rezín y Peka sitiaron a Jerusalén. Aquello parecía sellar el fin de Judá.

Durante este tiempo tormentoso el Señor aún seguía dando señales para mostrar que no había rechazado a Judá. Cuando los soldados israelitas regresaban a Samaria después de su primera victoria, llevando consigo a los prisioneros de Judá, se encontraron con un profeta del Señor llamado Obed. Este profeta dijo: "En su ira contra Judá, el Señor ha entregado esta gente en nuestras manos. Hemos servido como instrumento de castigo en la mano del Señor, que también es el Dios de nuestros padres. Sin embargo, ustedes no quisieron ser instrumento en manos del Señor; en cambio dieron lugar a sus ansias de venganza. ¿Acaso ahora quieren esclavizar a esta gente de Judá y añadir esta culpa a los pecados que ya han cometido? Envíen de regreso a los cautivos, ¡porque el terror de la ira del Señor también está sobre ustedes!" Algunos hombres de Efraín, cuyos nombres se mencionan en el texto, fueron impresionados por estas palabras. Ellos también enfrentaron al ejército en Samaria. Luego vistieron y alimentaron a los prisioneros y los llevaron de vuelta a Jericó. Algunos fueron llevados sobre burros.

Por un instante en esos tiempos de intenso odio habló el espíritu de unidad. Esto sólo fue posible por la obra de la palabra y el Espíritu del Señor. Esta palabra del Señor fue como escudo sobre la vida de muchas personas de Judá. ¡Qué prueba conmovedora del amor del Señor por sus hijos descarriados! El Señor no había rechazado la vida en Judá. En el Cristo permanecía eternamente seguro el pacto.

Emanuel es rechazado. Cuando Rezín y Peka atacaban a Judá, el Señor envió al profeta Isaías a Acaz para decirle que no temiese a aquellos dos poderes, sino que confiase que el Señor libraría a Judá. El Señor incluso invitó al rey a pedir una señal para confirmar su promesa, pero Acaz no quiso oír la palabra del Señor y no se preocupó por pedir una señal. No quería ni al Señor ni a su ayuda.

De todos modos, el Señor había determinado cumplir su promesa. En consecuencia, dio una señal para indicar que estaba con Judá en este tiempo de angustia. Fue entonces que el Señor reveló el nombre *Emanuel* que es un nombre para el Cristo en cuya persona Dios está con nosotros. ¡El pacto de Dios es tan seguro que aun en esos tiempos difíciles podía dar su promesa!

Sin embargo, Acaz no quería la ayuda del Señor. En cambio buscaba la ayuda de Asiria, el poder mundial que se levantaba en aquellos días. Judá logró un alivio pasajero gracias a la ayuda de Asiria, pero Acaz y Judá no vieron en ello la mano del Señor. Por eso, más tarde este poder mundial se volvió contra Judá. El mismo rey y el pueblo de Judá habían pedido esa plaga.

Acaz robó los bienes de su propia casa y de la casa del Señor para enviar un regalo al rey de Asiria, es decir, a Tiglat-pileser. De esa manera quería comprar su favor. El rey asirio marchó contra Damasco y lo conquistó. También invadió la tierra de Peka. Esto alivió en cierta medida a Judá. Acaz fue a Damasco para presentarle sus respectos a Tiglat-pileser.

Estando allí, vio un altar que le parecía mucho más hermoso que el altar del Señor en Jerusalén. Para el ojo carnal el lujo y la magnificencia de ese altar debe haber sido mucho más hermoso que las líneas rectas del altar del Señor. El servicio con el cual *nosotros* queremos honrar a Dios siempre parece más hermoso que las líneas rectas de la vida que se vive conforme a las leyes del pacto de Dios.

Acaz envió órdenes desde Damasco a Urías, sumo sacerdote en Jerusalén. Las órdenes decían que debía hacer una réplica exacta del altar en Damasco. ¡El sumo sacerdote que debía ser un tipo del Cristo como mediador del pacto, se prestó para participar de esta ofensa!

Cuando Acaz volvió a Jerusalén, vio que el nuevo altar había sido construido conforme a sus deseos. El mismo ofreció sacrificios y mandó al sacerdote hacer lo mismo. Fue puesto a un lado el altar del Señor. El rey tendría que pensar más tarde en qué hacer con él. Evidentemente todavía no se atrevía a apartarlo completamente.

Endureciéndose bajo el castigo. Entre tanto, la amistad con el rey de Asiria no resultó tan ventajosa como había esperado. A fin de mantener esa amistad tuvo que saquear el templo una vez más. Aparentemente Tiglat-pileser lo amenazaba con invadir a Jerusalén. Por eso Acaz ocultó toda cosa que podía recordar a los asirios el servicio del Señor. El mismo había escogido a los dioses sirios; en ese entonces pensaba que habían demostrado ser más poderosos que el Señor. Ahora se avergonzaba del servicio del Señor. Judá no debía dar una impresión diferente a la de otros países paganos. La adoración al Señor podría despertar la ira del rey de Asiria.

A pesar de su temor del rey de Asiria, un poder que él mismo había invitado al escenario, Acaz no se volvió al Señor. Al contrario, cuanto

más oprimido se sentía, más volvía las espaldas al servicio del Señor. Finalmente cerró con llave las puertas de la casa del Señor. Judá había terminado con el Señor. Emanuel, el Cristo de Dios, había sido completamente rechazado.

Sin embargo, Isaías no sólo había profetizado que Dios rechazaría a Rezín y Peka; también había declarado que a su tiempo Dios juzgaría al poder mundial de Asiria. Dios seguía llamando: "¡Volveos a mí, hijos descarriados!"

48: Un regreso al Señor

2 Reyes 18:1-8
2 Crónicas 29—31

A veces las Escrituras tienen una forma peculiar de describir a las personas. Respecto de Ezequías leemos lo siguiente: "En Jehová Dios de Israel puso su esperanza; ni después ni antes de él hubo otro como él entre todos los reyes de Judá". Ezequías fue sobre todas las cosas un hombre de fe. Basado en su fe se esforzó para continuar la reforma de Judá. En este sentido fue un tipo del Mediador, que es autor y consumador de nuestra fe (Heb. 12:2). A través del Mediador ese poder de la fe estuvo presente en Ezequías. Posteriormente, por esa misma fe oró por el pueblo en la guerra contra Senaquerib.

Muchas veces, en relación con la reforma realizada bajo Ezequías, surge el interrogante referido a la música mediante la cual es alabado el Señor. Este asunto se menciona en 2 Crónicas 29 y especialmente en 2 Crónicas 30:21, donde leemos que los sacerdotes y levitas cantaban al Señor con instrumentos resonantes (literalmente, con instrumentos del poder del Señor, es decir, con instrumentos utilizados para alabar el poder de la gracia del Señor). Al glorificar el poder de la gracia que era de ellos gracias al Mediador, los corazones del pueblo debían abrirse a la fe.

Es de notar que en un tiempo cuando la confesión de pecados debía estar en primer lugar, se pone gran énfasis en la música. No hay verdadera confesión de pecado si no vemos el poder de la gracia y nos aferramos en fe a él. En otras palabras, debemos adorar al Señor en el poder de su gracia si hemos de confesarle nuestros pecados.

Pensamiento clave: *El mediador conduce al pueblo a regresar al Señor.*

La restauración del servicio al Señor. Acaz fue sucedido por su hijo Ezequías. Si bien Dios había castigado al pueblo de Judá dándole un rey impío como Acaz, ahora se volvía con su favor al pueblo dándole un rey que temía al Señor, es decir a Ezequías. Ezequías fue como su padre

David en el sentido de andar rectamente ante el Señor. En su conducta seguía el ejemplo de David.

Uno de los primeros actos públicos de Ezequías fue abrir y reparar las puertas de la casa del Señor, que Acaz había cerrado con llave. Como señal de su reverencia Ezequías las hizo cubrir con oro. Aunque Acaz había dicho que Judá había terminado con el Señor, Ezequías quería buscarlo nuevamente para y con el pueblo. ¿Estaría dispuesto el Señor a darse nuevamente a su pueblo, después de haber sido rechazado por tanto tiempo? El hecho de que el Señor pusiera en el corazón de Ezequías el deseo de buscarlo tenía el propósito de ser una señal que la relación entre el Señor y Judá *no* había terminado.

Ezequías comprendía que siendo mediador entre Dios y el pueblo, tenía que conducir al pueblo de regreso al Señor. Eso fue precisamente lo que hizo con una fe tan fuerte que no hubo rey como él en Judá, ni antes ni después. ¿Cómo había nacido una fe tan fuerte en su vida? Mediante fe nuestro Mediador obtuvo liberación para su pueblo. El quiere llevarlo de vuelta al Señor una y otra vez, aun después de haberse descarriado. A través de este Mediador aquella fuerza moraba en Ezequías.

Ezequías reunió a los sacerdotes y levitas en el patio del templo. Después de llamar la atención de ellos a los pecados que Judá había cometido y los desastres que habían venido sobre el pueblo como resultado, indicó que quería renovar el pacto con el Señor a favor del pueblo. Llamó a los sacerdotes y levitas a que lo apoyasen en este esfuerzo. Después de todo, *ellos* habían sido llamados al servicio especial del Señor. El les ordenó santificarse a ellos mismos y también la casa del Señor para que pudiese efectuarse el servicio allí.

Los levitas tomaron las palabras del rey con mayor seriedad que los sacerdotes. Estos se habían acostumbrado demasiado a la idolatría. Los sacerdotes vacilaron. Después de todo, ¿qué significaba el servicio del Señor? ¿Cómo podían adorar a un Dios al que no podían ver, a un Dios al que sólo podían servir en fe? Indudablemente, el rey estaba dando un primer paso, pero, ¿tendría la fuerza para llevar a cabo a sus intenciones? ¡Qué extraño le resulta a la carne vivir por la fe!

Sin embargo, muchos sacerdotes también fueron movidos por las palabras del rey. Limpiaron el templo de todo indicio de idolatría. Los levitas tomaron todo lo que los sacerdotes habían sacado del templo y lo llevaron fuera del patio hasta el arroyo de Cedrón. Luego limpiaron el patio. También fueron reparados los utensilios del templo. Después de 16 días fueron al rey para decirle que todo estaba listo.

Entonces el rey reunió en el patio a los oficiales de Jerusalén. Allí se renovaría el pacto con el Señor. ¿Oiría el Señor y se aplacaría su ira?

Se preparó un sacrificio de siete toros, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos. Esto sería una ofrenda quemada a través de la cual el pueblo podría consagrarse nuevamente al Señor. En parte también serviría como ofrenda por el pecado, una ofrenda cuyo propósito sería buscar reconciliación por los pecados del reino, del santuario y de Judá. Puesto que se trataba de una ofrenda por el pecado, el pueblo puso sus manos sobre los machos cabríos. Con este acto se simbolizaba que los machos cabríos tomaban el lugar del pueblo y que sus pecados eran puestos sobre ellos. Luego los machos cabríos fueron sacrificados como tipo del sacrificio de Cristo en la cruz. De la misma manera podemos poner nuestras manos en el Señor Jesucristo para hallar reconciliación.

Mientras se hacían estos sacrificios, Ezequías hizo a los levitas cantar y tocar música. ¿Se volvería el Señor a su pueblo? Esto no podría ocurrir sin la fe en la gracia del Señor. Mediante la música y los cantos Ezequías hizo que el pueblo alabase la gracia del Señor, para que el pueblo pudiese creer.

El pueblo se inclinó ante el Señor junto a su rey para humillarse en una confesión de pecados y en una demostración de su dependencia. Esa fue su forma de decir que en fe querían aceptar la gracia del Señor. Alabaron al Señor por tanto tiempo que finalmente el regocijo brotó de sus corazones. Nuevamente habían hallado a su Señor. Dios quería darse a ellos como lo había hecho antes.

Después de esto el rey declaró que el pueblo había de traer ofrendas voluntarias al Señor. ¿No había sido restaurada la comunión con el Señor? El pueblo trajo tantas ofrendas que los sacerdotes no bastaban para aceptarlas todas. Los levitas tuvieron que ayudarles. Allí estaban, trayendo ofrendas quemadas y ofrendas de gratitud al Señor y sirviendo con alegría.

La pascua para todo Israel. Todo esto ocurrió en el primer mes del año, el mes en el cual debía celebrarse la pascua. Sin embargo, la renovación del pacto no fue completada antes del tiempo de su celebración. En consecuencia, Ezquías decidió que la pascua, que no habían celebrado por tanto tiempo, ahora la celebrarían en el segundo mes en vez del primero. Como excepción esto era permitido por la ley del Señor. El rey no quería esperar otro año entero.

También se acordó de las diez tribus que habían sido separadas de su casa. No era su propósito someterlas a su gobierno, pero quería que se unieran a Judá en la celebración de la pascua. En Ezequías estaba obrando el Espíritu del Mediador; le perturbaba la apostasía con que las diez tribus se habían apartado del Señor.

Ezequías no sólo llamó a Judá a celebrar la pascua, sino que también envió mensajeros con cartas a través de todo Israel. Algunas personas de las diez tribus ya habían sido llevadas al cautiverio por el rey de Asiria. En sus cartas Ezequías apelaba a los pueblos del reino del norte a volver en fe al Señor. Entonces el Señor les mostraría misericordia, les extendería su favor y regresaría los cautivos a su patria.

Aparentemente, el rey que gobernaba sobre las diez tribus del norte permitió el trabajo de los mensajeros. Pero en todas partes ellos eran recibidos con burlas y desprecio. La gente del reino del norte se había apartado completamente del servicio del Señor en el templo. Solamente valoraban el culto a los ídolos y la adoración de los becerros. Pero los cultos en el templo, donde en fe se reconocía la gracia del Señor y se obedecía su palabra, ¡era algo que carecía de sentido! Solamente un pequeño número de personas de unas pocas tribus se humillaron ante el Señor y concurrieron a Jerusalén. No obstante, en Judá se manifestó el poder de la gracia con plenitud. El pueblo acudió como un solo hombre.

La ciudad fue purificada de idolatría, porque la pascua tendría que ser celebraba en una ciudad santificada. Sin embargo, por falta de tiempo muchos no habían sido santificados conforme a la ley de Moisés. En consecuencia, ellos mismos no sacrificaron los corderos pascuales; los levitas lo hicieron por ellos. Ezequías también oró que el Señor mirase en gracia sobre esta gente, a pesar de esta falta. El Señor oyó la petición de Ezequías e hizo que el pueblo fuese uno en su servicio.

El pueblo celebró durante siete días la festividad de los panes sin levadura. En esta fiesta también hubo un fuerte sonido de cantos y de música para alabar la grandeza del poder de la gracia de Dios. Las palabras de Ezequías, en las cuales se expresaba la fe de aquel que servía como mediador entre Dios y el pueblo, se apoderaron de los corazones de los levitas quienes, en consecuencia, enseñaron al pueblo y les guiaban en los caminos del Señor.

La fiesta se prolongó otros siete días. Los habitantes de Judá se regocijaron con las personas de otras tribus que habían venido a vivir en Judá como con la gente que había venido de otras tribus a Jerusalén específicamente para participar de la fiesta. Desde los días de David y Sa-

lomón no se había celebrado una fiesta de tal magnitud. Al final, se pusieron de pie los sacerdotes y bendijeron al pueblo. Esto fue posible solamente porque el Señor había oído su oración. Una vez más descansaba el favor de Dios sobre su pueblo.

Profundamente impresionado por esta fiesta, el pueblo recorrió toda de Judá exterminando todo indicio de idolatría. También recorrieron algunas partes del reino de Israel para santificarlo al pueblo allí. Evidentemente el rey de Israel y su pueblo no se opusieron a ello. Por un breve período de tiempo Israel no pudo resistir el poder de la gracia. Sin embargo, estos esfuerzos no condujeron a una reforma del reino del norte. Después cada uno volvió a su casa.

Amor al servicio del Señor. El rey reglamentó los servicios de los sacerdotes y levitas conforme a las instrucciones establecidas por David. También exhortó al pueblo a traer sus ofrendas acostumbradas al Señor y dar a los sacerdotes y levitas las primicias y los diezmos.

El rey mismo dio el ejemplo y sus palabras tocaron los corazones del pueblo. El Espíritu del Señor Jesucristo conmovió al pueblo a través de las palabras del rey. Fue tanto lo que el pueblo dio en su amor al servicio del Señor que sus dones tuvieron que ser guardados temporalmente en habitaciones que el rey puso a disposición con este expreso propósito.

Así la gracia del Señor había ganado la victoria sobre el pueblo una vez más. La fe había brotado en medio de ellos. Todo ello ocurrió bajo el liderazgo del rey Ezequías quien fue dado por el Señor al pueblo como tipo del Mediador.

49: Ya no un pueblo

2 Reyes 15:8-31; 17:1-41

Dios rechazó al reino del norte de Israel porque se había convertido en un símbolo de pueblo apóstata. Con el correr del tiempo las cosas habían degenerado a tal punto que sólo en apariencia Israel era el pueblo de Dios.

Cuando Dios rechazó al reino del norte no estaba quebrantando su pacto con él. Sin embargo, se negaba a revelarse más al pueblo de las diez tribus. Más tarde fueron entresacados algunos. Ellos regresaron junto a cautivos del reino de Judá. Junto con estos cautivos que volvían de Judá constituyeron las doce tribus restauradas. Los que restaban de las diez tribus fueron absorbidos por las diferentes naciones o se casaron con aquellos que fueron traídos para vivir en la tierra de Israel. De esta mezcla de pueblos nacieron los samaritanos como pueblo.

En la descripción de las causas de la apostasía de Israel leemos que el Señor "separó a Israel de la casa de David". Esa rotura con la casa de David, y por eso con la promesa dada a esa casa, implicaba en principio el rechazo de la gracia del Señor. Israel prefería su propia carne, su deseo de una independencia pecaminosa, y no la gracia del Señor.

En 2 Reyes 17:34 se refiere al pueblo de Israel como hijos de Jacob, "a quien él llamó Israel". Esto nos recuerda la lucha que tuvo Jacob por ganar la gracia de Dios. Esa lucha siempre es necesaria, aunque Dios en su gracia se da a sí mismo en su pacto. El pueblo del Reino del norte no había luchado para ganar esta gracia. ¡Al contrario!

El Señor envió leones en medio de la gente traída por el rey de Asiria. Luego llegó un sacerdote para enseñarles los caminos del dios de esa tierra, es decir, un sacerdote de la adoración al becerro. Pronto se desarrolló una nueva secta, una mezcla de adoración al becerro con otras formas de idolatría. Esta secta no estaba en armonía ni con la ley del Señor ni con la adoración al becerro introducida por Jeroboam.

Por supuesto, era imposible que el Señor estuviese satisfecho con esta situación. No fue por sentirse de alguna manera satisfecho que Dios haya puesto fin a la plaga de los leones. Su propósito al terminar con esa plaga

era lograr que su nombre no fuese completamente olvidado en la tierra. El hecho de que su nombre aún era mencionado allí era una señal que él no había abandonado al pueblo. Dios quería restaurar el conocimiento de su nombre. Con el tiempo, el pueblo samaritano, que se había formado a través de los matrimonios mixtos, rechazó la adoración de ídolos y aceptó la ley de Moisés. Tiempo después, el Cristo fue a ellos y habló con la mujer samaritana y el pueblo de Sicar (véase Jn. 4:5). Más tarde Felipe predicó el evangelio con gran bendición allí. (Hch. 8).

Pensamiento clave: *En su fidelidad al pacto, el Señor rechaza a aquellos que sólo en apariencia son suyos.*

Anarquía. Después de la muerte de Jeroboam II el reino de las diez tribus se desmoronó completamente. En un corto lapso de tiempo varios reyes se sucedieron uno al otro; la mayoría de ellos llegaron al trono por asesinar a su predecesor. Los reyes no sirvieron al Señor. Buscaban el poder para ellos mismos. Jugaban con el trono. ¡Y esto en medio del pueblo que supuestamente era del Señor! En varias ocasiones no hubo rey sobre el trono. Todo rey que logró establecerse en el trono seguía en el pecado de Jeroboam, hijo de Nabat, es decir, en el culto de los ídolos.

Zacarías, hijo de Jeroboam II, sólo reinó seis meses. Su sucesor, Salum, quien lo asesinó, solamente reinó un mes. Salum fue matado por Manahem, quien reinó en Samaria durante diez años. Durante el reinado de Manahem, Pul, el rey de Asiria, ya comenzaba a marchar contra la tierra. Esta acción asiria puede haber sido provocada por una expedición punitiva que Manahem había conducido contra Tifsá (Tapúa). Manahem se había vengado atrozmente de esta ciudad (2 R. 15:16). Sin embargo, logró comprar la paz con Asiria evitando que su reino fuese totalmente subyugado.

El rey de mayor importancia en aquellos días fue Peka, quien había asesinado al hijo de Manahem, Pekaía. En alianza con el rey Rezín de Siria, Peka oprimió al reino de Judá bajo el gobierno de Acaz. Pero Tiglat-pileser, a quien Acaz había pedido ayuda, invadió el reino de Israel, capturó el norte del país y llevó cautivos a sus habitantes a Asiria.

Deportación. Peka fue matado y sucedido por Oseas, quien reinó durante nueve años. Oseas siguió en el pecado de la adoración idólatra. Sin embargo, no fue tan hostil al Señor y a la casa de David como lo habían sido sus antecesores. Muy probablemente haya permitido que los habitantes de su reinado fuesen a Jerusalén para adorar al Señor en su

templo. Sin embargo, durante el reino de Oseas vino el fin. Finalmente el pecado llevó su fruto de juicio.

Salmanasar, rey de Asiria, marchó contra él. Al principio Oseas todavía pudo librarse de una rendición total mediante el pago de tributos. Pero los asirios descubrieron que Oseas había comenzado negociaciones con Egipto, el enemigo de Asiria. Entonces el rey asirio marchó otra vez contra Oseas. Esta vez conquistó toda la tierra, capturó a Samaria después de un sitio de tres años, encarceló a Oseas, y llevó cautivo al pueblo. El pueblo fue esparcido en diferentes lugares del imperio.

En ese momento dejó de existir el reino de Israel. Este reino no sería restaurado jamás. La mayoría de los cautivos se mezcló con los pueblos entre quienes vivió. Posteriormente regresaron unos pocos. Ellos, junto a otros que fueron preservados del reino de Judá, constituyeron las doce tribus restauradas. El Señor no quebrantó su pacto con el pueblo, pero sí abandonó el reino de las diez tribus. Dios rechazó ese pueblo porque sólo en apariencia era pueblo suyo. La longanimidad de Dios es muy grande, pero finalmente sobreviene el juicio.

El rechazo del reino de Israel de parte del Señor era una profecía que señalaba hacia el rechazo de los que no han creído en él. Sin embargo, aquellos pueblos son salvos en el remanente escogido. Dios no anula su pacto hecho con las naciones.

La causa del rechazo. Al mismo tiempo este reino de Israel pertenecía al pueblo escogido por el Señor. El había adoptado a los israelitas como pueblo suyo, los había librado de Egipto y les había dado su pacto y una tierra de la cual había expulsado sus habitantes anteriores. En esa tierra su pueblo debía servirle solamente a él. Pero el pueblo había seguido en el culto a los ídolos en aquella tierra, tal como lo habían hecho los pueblos que anteriormente la habían habitado. El pueblo de Israel rechazó los requisitos del pacto del Señor. Si bien mencionaba el nombre y el servicio del Señor, lo hacía interpretándolo conforme a sus propias conveniencias y lo adaptó a la adoración de los becerros de oro.

Otra causa de la miseria fue la ruptura del reino de las diez tribus con la casa de David. Ciertamente esa separación había venido de parte del Señor como juicio sobre la casa de David, pero las diez tribus bajo el liderazgo de Jeroboam habían aceptado demasiado pronto aquella ruptura. Ellos querían ser independientes y seguir su propio camino. No querían vivir a la luz de la promesa dada a la casa de David, es decir, a la luz del Cristo y de la gracia de Dios en él. Si bien eran hijos de Jacob, no

se comportaron como tales. Jacob había luchado por la gracia y por eso Dios lo había llamado *Israel*. Pero sus descendientes en las diez tribus no lucharon por la gracia; en su lugar la rechazaron una y otra vez.

El Señor anhela darnos la plenitud de su favor, y por eso se enoja tanto cuando es rechazado. Esa clase de rechazo afecta muy profundamente al Señor. El rechazo de las diez tribus fue debido a su gran enojo. Hoy día el Señor también se enoja cuando los pueblos rechazan su gracia. ¡Cómo manifestará su enojo en el último día!

Recordando el nombre del Señor. Por un tiempo la tierra de Israel estuvo mayormente deshabitada. Durante esa época se multiplicaron las bestias salvajes. Luego el rey de Asiria llevó una multitud de gente de su reino a ocupar el territorio desocupado. Aquellos pueblos sufrieron una plaga de leones y pensaban que se debía al hecho de desconocer al dios de la tierra, y no saber cómo él quería ser adorado. A su pedido, un sacerdote del culto anterior dedicado a la adoración del becerro vino y se radicó en Betel. El les enseñó a invocar el nombre del Señor en relación con esa adoración de imágenes. Pero al mismo tiempo el pueblo seguía con su idolatría. Sus cultos se convirtieron en una mezcla de adoración de imágenes e idolatría.

Debido a sus conceptos paganos, ellos consideraban al Señor como un dios que solamente pertenecía a esa tierra. Por otra parte estaban acertados al suponer que sus dificultades con los leones tenían algo que ver con el Señor.

Al Señor no le agradó que el pueblo estaba haciendo gala de la invocación de su nombre. De todos modos, la plaga aparentemente cesó. El Señor no quería que el pueblo dejara de mencionar su nombre en la tierra que una vez él había santificado de manera especial. Al quitar la plaga, daba una señal de que el servicio a su nombre no había llegado a su fin en dicha tierra. El iba a restaurar ese servicio otra vez.

Con el tiempo esto ocurrió. Los judíos que habían quedado en la tierra se unieron por matrimonio a los pueblos que fueron traídos de otras partes. De estos matrimonios mixtos nació el pueblo de los samaritanos. Más tarde los samaritanos rechazaron la idolatría y aceptaron la ley de Moisés. Más tarde aún, el Señor Jesucristo se reveló a ellos, si bien no se reveló a ninguna otra nación netamente pagana. En ese hecho estaba reconociendo el significado de su historia. Después de la ascensión de Cristo los apóstoles y evangelistas proclamaron el evangelio allí y muchos samaritanos aceptaron la gracia que sus antepasados judíos habían rechazado.

Judá

50: La intercesión del mediador

2 Reyes 18:9—19:37
2 Crónicas 32:1-23

El hecho que Ezequías es un hombre de fe (véase capítulo 48) también se demuestra en esta parte de la historia bíblica. Basado en la fe es un intercesor de su pueblo y por eso un tipo del Cristo. Al principio hubo momentos de vacilación de parte de Ezequías. El Cristo es el único que nunca vaciló.

Ezequías oró al Señor pidiendo que estuviese del lado de su pueblo. Cuando los asirios se jactaban de que no habían marchado a Jerusalén sin el Señor, estaban diciendo la verdad. Más adelante el Señor mismo confirmó esto.

Dios estaba contra Judá. Este también fue el sentido de las palabras de Ezequías dichas a Isaías: "Este día es día de angustia, de reprensión y de blasfemia; porque los hijos están a punto de nacer, y la que da a luz no tiene fuerzas" (2 R. 19:3). Los niños morían al nacer; es decir, Judá sucumbía frente a la opresión. Judá no podía sobrevivir, porque Dios estaba del lado de sus enemigos.

Ezequías procedió basado en la convicción de que Dios estaría eternamente del lado de Judá debido al amor a su pacto. En el Cristo Dios puede estar del lado de su pueblo y sin embargo simultaneamente oponerse a la forma en que ellos se revelan en la carne. Ahora Ezequías oraba al Señor que en su misericordia volviera otra vez a su pueblo.

Efectivamente el Señor volvió a escoger el lado de Judá. Lo hizo por amor a su siervo David (2 R. 19:34), es decir, por amor al Cristo. Se opuso a Senaquerib debido a sus palabras altisonantes y su blasfemia. Este rey pagano no quería ser el látigo de Dios; quería enaltecerse contra el Señor. Por eso el Señor pondría un garfio en su nariz y un freno en su boca para hacerlo volver por el camino que había venido. El hecho de que Dios escogiera una vez más el lado de Judá también se demuestra en los nombres que utilizó para dirigirse a su pueblo: "La virgen de Sion, la hija de Jerusalén".

Pensamiento clave: *El Señor oye al mediador cuando intercede por la liberación de su pueblo.*

El día de angustia. El Señor había abandonado el reino de las diez tribus. Su caída ocurrió cuando el rey asirio invadió la tierra. Ahora sólo había quedado el reino de Judá con Ezequías por rey.

Ezequías era un rey que temía al Señor. Restableció el servicio del Señor y exterminó los cultos en los lugares altos. Cuando Samaria fue destruida, el Señor había protegido a Judá.

Sin embargo, ocho años después, el rey de Asiria vino otra vez, ahora contra Judá para invadirlo. Ezequías tomó consejo con sus príncipes y con sus hombres valientes. Luego ordenó al pueblo que tapase las fuentes y desviase el agua en forma subterránea hacia Jerusalén, de modo que el ejército asirio no tuviese agua si sitiarían la ciudad. El rey también fortificó el muro de Jerusalén. Estando firme en su fe dijo a los soldados que no temiesen al rey asirio ni a sus ejércitos: "Porque más hay con nosotros que con él. Con él está el brazo de carne, mas con nosotros está JEHOVA nuestro Dios". ¡Qué firme estaba Ezequías en su fe! Estas palabras del rey despertaron al pueblo a la fe.

Sin mucha oposición, Senaquerib capturó la mayor parte de Judá. Una fortaleza tras otra cayó de modo que los asirios cubrieron toda Judá. (Is. 10:28-32 nos da un relato vívido del avance asirio sobre Jerusalén). En ese momento vaciló Ezequías y ofreció pagar al rey asirio cualquier tributo que exigiese. También dijo que lamentaba su anterior negación de pagar el tributo que el rey de Asiria le había impuesto.

Ese rechazo de pagar el tributo había sido un hecho de fe, pero ahora Ezequías vacilaba. Solamente hay uno que nunca vaciló en la hora de la prueba, es decir, el Señor Jesucristo. Sólo podemos mirar a él. Sin embargo, Ezequías fue un tipo del Cristo y su Espíritu habitaba en él. La fe de Ezequías volvería a revivir. Senaquerib no cumplió su promesa, hecho que sirvió para que Ezequías volviera a la fe.

Senaquerib demandaba un inmenso tesoro de Judá. A fin de reunirlo, Ezequías tenía que quitar el oro con el cual había laminado las puertas de la casa del Señor. Pero una vez que Senaquerib hubo recibido el pago, quebrantó su palabra y siguió avanzando sobre Judá. También envió un gran ejército a Jerusalén bajo las órdenes de sus oficiales.

El vocero del rey se paró al pie del muro y llamó a los representantes que Ezequías había enviado al muro para esta consulta, diciendo: "No pongan su confianza en Egipto, porque Egipto los traicionará siempre. Tampoco pueden confiar en el Señor, porque Ezequías ha quitado sus lugares altos". ¡Aparentemente este necio creía que el hecho de quitar los lugares altos era un retroceso en el servicio del Señor! "Tampoco

pueden confiar en sus propias fuerzas", dijo el general asirio, "porque aunque yo les diese dos mil caballos, ustedes no serían capaces de poner jinetes sobre ellos".

Después el oficial mencionó un asunto delicado. Dijo: "No pueden confiar en el Señor, porque yo no he venido contra este lugar sin él". Este fue un duro golpe para el pueblo. ¿Sería verdad que el Señor estuviese con el rey asirio y contra Judá? ¿Sería destruido el reino de Judá, tal como había sido destruido el reino de Israel? Esto fue un golpe severo a la fe del pueblo en la gracia del Señor. Los oficiales de Ezequías dijeron al asirio que no tenía necesidad de hablar en hebreo porque ellos entendían arameo.

El general comprendía por qué querían que cambiase al arameo, pero siguió gritando al pueblo sobre el muro con voz más fuerte aún, que no debían dejarse engañar por Ezequías, quien quería que confiasen en el Señor. Evidentemente la fe de Ezequías había revivido. Una vez más se había dirigido al pueblo. Rumores acerca de sus palabras habían penetrado hasta el ejército del rey asirio. Hay siempre ataques a la fe del pueblo del Señor, porque es mediante la fe que el pueblo recibe fuerza de Dios.

Luego este oficial trató de conquistar al pueblo para Asiria mediante una tentadora oferta, pero cuando siguió hablando, blasfemaba al Señor: "El Señor no podrá librar a Jerusalén de mi mano, como tampoco los dioses de otras naciones pudieron librar a sus pueblos". A la orden de Ezequías, el pueblo sobre el muro guardó silencio. Sin embargo, las palabras del oficial deben haber hecho una profunda impresión. ¿Sería posible que el Señor realmente estuviese del lado de sus enemigos?

La luz de la palabra de Dios en las tinieblas. Los oficiales de Ezequías le informaron lo que el general asirio había dicho. Al oírlo, Ezequías rasgó sus vestidos, se vistió de cilicio y fue al templo a orar. Nuevamente fue puesta a prueba su renaciente fe. Era posible que el Señor estuviese del lado de los enemigos de Judá. ¿No sería el Señor fiel a su pacto y a su palabra dicha a David? ¿O mantendría su fidelidad llevando a Judá por la ruta de una profunda humillación a través de la caída de Jerusalén? ¿No se compadecería el Señor de Judá de modo de tomar su lado?

Ezequías envió mensajeros al profeta Isaías que entonces se hallaba en Jerusalén. Se quejaba de que Judá podía naufragar fácilmente en esta situación tan peligrosa. ¿No tomaría nota el Señor de las palabras del asirio, llenas de orgullo y blasfemia, y por eso tomar parte con Judá de nuevo?

Los mensajeros volvieron con una respuesta. El Señor sí había escuchado las blasfemias dichas por el asirio. El Señor alejaría al rey de Asiria atemorizándolo por medio de un rumor. Haría que regresara a su propia tierra donde sería matado a filo de espada.

Cuando esta palabra del Señor llegó a Ezequías del profeta Isaías, volvió a resplandecer la luz en las tinieblas. Una vez más volvió a levantarse la fe de Ezequías y del pueblo. En una lucha de fe, el rey se había arriesgado por amor al pueblo. El asirio recibió una respuesta negativa y la llevó a Senaquerib. Los asirios ya habían avanzado hasta la ciudad de Laquis y la estaban sitiando.

Respuesta del Señor a la oración de Ezequías. En Laquis Senaquerib oyó que el rey de Etiopía venía para pelear contra él. Este rumor representaba el comienzo del cumplimiento de la profecía de Isaías. Si los etíopes realmente venían para entrar en la guerra contra Senaquerib, él no podía permitir que Jerusalén siguiera siendo una amenaza a sus espaldas. Por lo tanto, era de esencial importancia persuadir a Jerusalén a rendirse inmediatamente. Con este propósito Senaquerib envió mensajeros a Jerusalén con cartas para Ezequías.

¡Mediante aquellas cartas se completó la blasfemia! Las cartas decían a Ezequías que no debía dejarse engañar por su Dios. Después de todo, ninguno de los dioses de las otras naciones había podido librar a sus respectivos pueblos de las manos del asirio.

Ezequías tomó las cartas, las llevó al templo y las extendió delante del Señor. Con esa conducta quiso decir lo siguiente: "Oh, Señor, ¿no tomarás nota de esta blasfemia, y por eso escoger el lado de tu pueblo?" Ezequías también oró de esta manera: "Tú eres el Dios de Israel, aquí en este templo nos muestras tu favor en tu pacto. Tú gobiernas sobre toda la tierra. Mira ahora esta blasfemia que ha escrito Senaquerib. Es cierto que todos los pueblos han sido derrotados porque sus dioses no eran verdaderos dioses. ¿No mostrarás que tú solo eres Dios, librando a tu pueblo?"

Ezequías apeló al honor del Señor en su gracia hacia su pueblo. Realmente luchó en fe y su oración llegó ante el trono del Señor. Ezequías era el intercesor de su pueblo. Como tal, era un tipo del Cristo que siempre intercede en favor de su pueblo. A través del Cristo este espíritu de oración habitó en Ezequías, y por amor al Cristo el Señor lo oyó.

En respuesta a su oración, el Señor envió mensaje a Ezequías por medio de Isaías, diciendo: "El Señor dice esto acerca de Senaquerib: 'La

virgen hija de Sion te menosprecia' ". Aquí el Señor volvía a hablar de su pueblo con un nombre de honor, un nombre en que expresaba su favor hacia Judá. Una vez más el Señor había escogido el lado de Judá y lucharía contra sus enemigos.

En esta respuesta el Señor también dijo lo siguiente acerca de Senaquerib: "Tú has dicho 'yo he escalado las montañas del Líbano con mis carros; he bebido de aguas extrañas; he puesto represas a los ríos'. No has pensado que pudiste hacer todo esto porque era mi voluntad, sí, yo lo he querido que se debilitaran las manos de las naciones delante de tí. Te has elevado con orgullo delante de mí. Por eso, pondré mi garfio en tu nariz y mi freno en tu boca y te haré volver a tu propio país como a una bestia domada".

A Ezequías el Señor prometió una señal que la liberación vendría por medio del favor de Dios. En el tercer año después de la invasión de Senaquerib, volvería a sembrar y segar en paz, como si Senaquerib nunca hubiese estado allí. Senaquerib ni siquiera avanzaría para sitiar a Jerusalén. El Señor lo haría por amor a David, es decir, por causa del pacto en el cual David caminaba con el Señor. La liberación de todo el pueblo de Dios comenzaría en Jerusalén.

La liberación. Esa misma noche un ángel de la muerte pasó por el ejército asirio y mató a 185.000 hombres. Al día siguiente cuando Senaquerib encontró tantos soldados asirios muertos, sintió desfallecer sus fuerzas. Entonces regresó a su país, a la ciudad capital Nínive. Posteriormente dos de sus hijos le mataron en el templo de su ídolo. Otro hijo suyo subió al trono. Con esto había comenzado el deterioro de la casa de Senaquerib, en Nínive y en Asiria.

¿Se ha cumplido totalmente la promesa del Señor? ¿Realmente comenzó la liberación de todo el pueblo de Dios en Jerusalén? En efecto, en aquel entonces Judá fue totalmente librado. ¿Pero no fueron sujetados más tarde Judá y Jerusalén por el poder mundial de aquellos días? Si bien el pueblo fue restaurado en su tierra, nunca fue restaurada su gloria anterior.

Lo que debemos aprender a ver es que Jerusalén y el templo recibieron su cumplimiento en el Cristo, en quien Dios mismo se ofrece a su pueblo. De él procede la liberación de todo el pueblo del Señor. Aunque el pueblo de Dios experimentará días de angustia, el Señor escogerá una y otra vez el lado de su pueblo. Lo hará por amor al Cristo que intercede por ellos.

51: La necesidad de un verdadero mediador

2 Reyes 20
2 Crónicas 32:24-33

Las palabras "en aquellos días" deben ser interpretadas como referidas al tiempo de la invasión asiria. A la luz de la promesa registrada en 2 Reyes 20:6, la enfermedad de Ezequías debe ser colocada al principio de esta invasión. De esa manera comprenderemos mejor su apasionada oración por la recuperación de su salud. Ezequías quería salvar a su pueblo. Este deseo demostraba que el Espíritu del mediador habitaba en él. Como resultado de su enfermedad y recuperación, su dependencia del Señor fue fortalecida de modo que pudo servir realmente como el liberador de su pueblo.

La afirmación de que la sombra retrocediera diez pasos, no significa necesariamente que el sol haya retrocedido en su curso. Este fenómeno pudo haber sido causado por alguna refracción particular de los rayos solares. De todos modos, este extraño fenómeno, causado por Dios, sería una señal para Ezequías.

Lo que sí es difícil de entender es lo que leemos en 2 Crónicas 32:31 referido a la visita que hicieron a Ezequías los embajadores de los príncipes de Babilonia: "Dios lo dejó para probarle, para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón". La primera dificultad consiste en el hecho de que Dios lo haya abandonado. En realidad no lo abandonó totalmente, de modo que el corazón de Ezequías ya no estuviese unido en fe al Señor. El Señor apartó su favor de Ezequías en lo que respecta a su vida en la carne—al grado que Dios retuvo de Ezequías su presencia con que lo protegía, con que desviaba los ataques dirigidos contra él, y con que proveía su sostén.

Este episodio debe ser colocado en una perspectiva más amplia. Debemos recordar que Adán había sido llamado a vivir por el favor de Dios. Contaba con todas las ventajas imaginables, y ese favor de Dios le era mostrado en todas las maneras y formas posibles. Para reconciliar y cubrir lo que Adán hizo mal, el Cristo tuvo que aferrarse a ese favor cuando todo se volvió contra él y cuando Dios lo abandonó.

Aquí, en el caso de Ezequías, ya se hacía la prueba. Por fe Ezequías actuaba como cabeza y mediador. Pero

Ezequías vaciló, a pesar de que su fe había sido fortalecida antes mediante la recuperación de su salud y la liberación de las manos del asirio. Toda carne cede ante la tentación. De esto aprendemos que solamente el Cristo puede permanecer firme en tiempos de severa prueba. El fracaso de Ezequías clama por el Cristo.

Las demás dificultades deben ser resueltas de la misma manera. Dios pone a prueba a Ezequías, es decir, Dios "tienta" su fe. Dios busca la fe y la firmeza en Ezequías, de modo que cuando todo el pueblo vacile, el Señor puede librarlo por amor a Ezequías y rescatarlo de las profundidades.

El mismo pensamiento subyace a las palabras "para hacer conocer todo lo que estaba en su corazón". En este caso, conocer es ver. Si Ezequías mostraría evidencias de fidelidad, Dios restauraría su comunión con Judá.

Los hechos de Ezequías parecían ser muy prometedores. Ahora Dios revela abiertamente lo que había en el corazón de Ezequías, a fin de tenerlo en cuenta en la continuación de la historia. Al fracasar Ezequías, se muestra claramente que el antiguo pacto con su forma de sombras y mediadores imprecisos no es suficiente para la salvación. Aquí, en el tiempo del creyente Ezequías, se hace claro que el fin del antiguo pacto se acerca, como también la reforma impotente realizada bajo el piadoso Josías testifica enfáticamente de la cercanía del fin. Al ceder Ezequías, clama por otro mediador, por el mediador que es nuestra garantía de un pacto mejor.

El pecado de Ezequías es su autoelevación, es decir, el hecho de descansar en el honor que había recibido en el mundo gracias a la liberación de las manos de los asirios. En ese período (especialmente en lo referido a la política) su vida muestra que ya no vivía solamente por la fe. Ezequías considera su propio poder un factor político junto a otros factores. Por eso pudo contemplar una alianza con Babilonia contra Asiria y depositar su confianza en dicha alianza.

Léase su evaluación de la vida tal como se expresa en su cántico de alabanza registrado en Isaías 38:9-20. Lo que allí encontramos no es la simple apreciación de la vida por alguien que sostiene la perspectiva del Antiguo Testamento, de alguien que todavía no tiene un cuadro claro de la vida después de la muerte. Aquellos que tienen la luz del Nuevo Testamento deben unirse a Ezequías en su afirmación de la vida. También nosotros debemos decir: "El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy; el padre haga notoria tu verdad a los hijos".

Pensamiento clave: *El fracaso de Ezequías como mediador clama por el verdadero mediador.*

Una revelación de favor especial. Al comienzo de la invasión asiria, Ezequías se enfermó mortalmente de una severa hinchazón. El Señor le envió al profeta Isaías para anunciarle que iba a morir. Por eso debía poner en orden su casa.

Ezequías pensó en el peligro en que se hallaba su pueblo. Ezequías

había restablecido el servicio del Señor en Judá y esperaba que el Señor lo usara a él para traer liberación a su pueblo y conducirlo a andar nuevamente en sus caminos. Ezequías deseaba sinceramente ser el libertador de su pueblo, pero ahora todo estaba terminando. ¿Qué sería ahora el pueblo de Dios? ¿Acaso Dios no tomaría en cuenta su deseo de servirle?

Ezequías volvió su rostro hacia la pared para poder concentrarse únicamente en el Señor. En su oración recordó al Señor las cosas que había hecho y las que aún esperaba hacer. Esta no fue jactancia de parte de Ezequías, sino que el Espíritu del mediador Jesucristo estaba en él.

El Señor oyó la oración de Ezequías. Isaías aún no estaba lejos del palacio cuando el Señor lo envió de vuelta para que dijera a Ezequías que se recuperaría y que ya después de dos días subiría al templo. El Señor añadiría quince años a su vida y libraría a Judá de manos del asirio. El deseo de Ezequías había sido concedido. Se le permitió ser el instrumento del Señor en la liberación de su pueblo.

No es que el Señor se retractaba arbitrariamente de sus palabras. El Señor reconocía el llamamiento especial de Ezequías y le dio quince años más para llevar a cabo ese llamamiento. De todos estos acontecimientos, Ezequías había de ver que el Señor reconocía este llamamiento especial, que era algo que no había nacido solamente en su corazón, sino que era verdaderamente del Señor. En todo esto su incentivo debe haber sido la oportunidad de servir como libertador de su pueblo en dependencia del Señor.

Ezequías había pedido una señal para confirmar su fe en la recuperación de su salud. La señal también le permitiría considerar su recuperación como una prueba del favor especial de Dios y como un reconocimiento de su llamamiento. El Señor le dió la señal pedida. En respuesta a su deseo la sombra retrocedió diez pasos. Este fenómeno de la naturaleza convenció a Ezequías tanto más del cuidado especial de Dios.

Pero la fe de Ezequías, que fue fortalecida aun más por esta señal, no excluía el uso de los medios apropiados. Por orden de Isaías se colocó una masa de higos sobre la hinchazón en el cuerpo del rey. Entonces Ezequías se recobró de su enfermedad.

No tiene sentido afirmar que la recuperación se debió a los medios empleados. La recuperación provino del Señor, pero en este caso el Señor quiso obrar a través de ciertos medios. Sin embargo, es notable que en un momento cuando era tan necesaria la confianza en el Señor, que él escogiese obrar a través de tales medios.

Después de su recuperación, Ezequías cantó un himno al Señor en que mencionaba su dolor ante la perspectiva de la muerte y su felicidad al permitírsele seguir viviendo. ¡Cómo se aferraba Ezequías a la vida! Lo hizo porque valoraba la vida como un don de Dios y porque deseaba servir al Señor. Del mismo modo debemos aferrarnos nosotros a esta vida.

Cediendo en un tiempo de prueba. Después del restablecimiento de Ezequías, el Señor concedió liberación a Judá de mano de los asirios. En este sentido también, Ezequías pudo cumplir su llamamiento como libertador del pueblo. ¡Cuánta dependencia del Señor había manifestado en todo ese tiempo! ¿Estaría en condiciones ahora de lograr liberación duradera para Judá?

Puesto que Senaquerib había sido forzado a detenerse antes de llegar a Jerusalén, Ezequías fue estimado en gran manera entre las naciones. Las naciones esperaban que el éxito de Judá significaría el comienzo de su propia liberación del poder de los asirios. Ezequías recibió honores y presentes de todas partes. De esa manera su tesoro, que había sido vaciado por un acuerdo hecho con Senaquerib fue llenado nuevamente. Pero los honores que se le acumulaban implicaban ciertos peligros. ¿Seguiría Ezequías esperando solamente en el Señor?

Cierto día recibió la visita de unos embajadores de Babilonia. Como tantas otras naciones, Babilonia gemía bajo el yugo asirio. Estos emisarios habían venido para felicitar a Ezequías por el restablecimiento de su salud y para oír de la asombrosa señal de la sombra. Sin embargo, este propósito expresado tenía la intención de cubrir el verdadero objetivo de la visita: hablar con Ezequías sobre una alianza contra Asiria.

Ezequías les mostró todos los tesoros de su casa y todos los medios de los cuales disponía. De esta manera parecía dar seria consideración a la idea de una alianza. Ya no ponía su confianza solamente en el Señor; ahora confiaba en su propio poder y quería fortalecerlo mediante un acuerdo con Babilonia. Había olvidado que el Señor había librado a Judá mediante un milagro. ¿No debía ser la fe en el Señor como una señal milagrosa en tiempos cuando un poder mundial se estaba levantando para amenazar más y más a las naciones? ¿Por qué entonces esta alianza con Babilonia?

La buena disposición de Ezequías de considerar una alianza demostraba claramente que, a pesar de las muchas bendiciones recibidas del Señor y a pesar de haber sido fortalecido en la fe, él no podría ser el libertador perfecto de Judá. Además, la existencia de Judá estaba lle-

gando a su fin. El antiguo pacto, en el cual Dios había adoptado solamente al pueblo de Israel como pueblo suyo, enseñándole a través de sombras y dándole mediadores imperfectos, estaba llegando a su fin. El fracaso de Ezequías clamaba por un mediador mejor, un mediador que obtendría salvación eterna y daría nueva forma al pacto.

Por orden del Señor, Isaías dijo a Ezequías que un día todos aquellos tesoros, junto con el pueblo, serían llevados cautivos a Babilonia, la nación con que acababa de aliarse. Cuando, entristecido, Ezequías preguntó si él mismo viviría para ver esa miseria, el Señor le prometió que el juicio no vendría durante su vida.

Ezequías se humilló bajo aquel juicio. Creía que todavía habría liberación para su pueblo—en el tiempo y conforme a la voluntad de Dios. Algún día, a través del Mediador que vendría, el Señor triunfaría sobre los pecados cometidos por su pueblo, incluyendo a Ezequías. Basado en esa fe, Ezequías pudo inclinarse bajo el juicio de Dios. Y puesto que se humilló, el Señor prometió que el juicio no ocurriría durante su vida. Sería postergado. Esto dio felicidad a Ezequías. Después de todo, no había vivido en vano.

52: El poder de la gracia en tiempo de juicio

2 Reyes 21
2 Crónicas 33

No debemos limitarnos a hablar de la conversión de Manasés, usando un cuadro conocido—miseria, salvación, gratitud.* Si así lo hiciéramos, estaríamos olvidando que el tema principal no es la relación de Dios con Manasés, sino la relación de Dios con su pueblo.

En el libro de Reyes leemos de la impiedad de Manasés—pero no de su conversión. Aparentemente el mensaje que quiere comunicarnos este libro es que Judá estaba maduro para el juicio debido al pecado de Manasés. El cambio posterior en Manasés no fue suficiente para evitar el juicio. Ni siquiera la gran reforma bajo Josías pudo evitar el desastre. También debemos recordar esto cuando relatamos la historia de Amón.

Entonces, la conversión de Manasés adquiere un significado especial para nosotros. El juicio de Judá sí es inevitable, pero la gracia sigue siendo más fuerte que el pecado. A través de Manasés esto es demostrado a todos los creyentes entre el pueblo. De esta manera queda aclarado el propósito de las Escrituras en cuanto al pecado de Manasés. Lo caracterizaba una extraordinaria rebeldía hasta el momento en que fue dominado por la gracia como prueba del poder de dicha gracia.

El triunfo de la gracia sobre Manasés en el tiempo de juicio es una profecía que señala hacia el triunfo de la gracia a través de la cruz y la resurrección del Cristo. Después de todo, la ruta transitada por Manasés (prisión seguida por la liberación del cautiverio) refleja la ruta que transitaría el Señor Jesucristo.

Pensamiento clave: *Manasés se sujeta al poder de la gracia en tiempo de juicio.*

*Este es el esquema básico del Catecismo de Heidelberg, uno de los catecismos sobresalientes de la Reforma.

En rebelión total. Manasés tenía doce años cuando llegó a ser rey de Judá. Aparentemente se escogió a uno de los hijos menores de Ezequías para suceder a su padre en el trono. Tal vez el pueblo veía algo especial en él. Pero cuando el Señor dio Manasés a Judá por rey, lo hizo en juicio.

El niño llegó a ser rey prematuramente. No supo resistir las tentaciones que surgían del lujo que lo rodeaba por el hecho de ser rey. Quería tener la libertad de hacer como le agradaba. No tenía el menor interés en considerarse llamado por Dios en el lazo del pacto para ser un escudo del pueblo.

Eso significaba que Manasés tendría que oponerse al trabajo de su padre Ezequías. Y fue precisamente lo que hizo—a propósito. Comenzó reconstruyendo los lugares altos que Ezequías había destruido. Allí ofreció sacrificios, pero no al Señor. En cambio, enseñó al pueblo a adorar a los baales allí. De esa manera Manasés destruyó deliberadamente la obra de fe de su padre, pisoteándola bajo sus pies.

Procedió sistemáticamente en su rebelión contra el Señor. Levantó altares a los baales en la casa del Señor. Además, importó de Babilonia y Asiria la adoración al sol, la luna y las estrellas. Los cuerpos celestes fueron sus dioses. En aquellos días esa era la forma suprema de idolatría. Mediante dicha idolatría Manasés quería resistir el servicio del Señor. Para estas sectas también construyó altares en el patio de la casa del Señor.

El Señor había dado a Israel el sacrificio con propósitos de reconciliación. El sacrificio era una profecía que señalaba a la remisión de pecados por medio del Señor Jesucristo. Pero Manasés hizo pasar a su hijo por el fuego. Llegó al extremo de querer sujetar el poder divino a su propia persona mediante el uso de magia y adivinación.

Manasés provocó al Señor en su propio rostro, a fin de librarse completamente de él. ¿Cómo podía tolerar el Señor semejante comportamiento? ¿No era su tolerancia un indicio de que comenzaba a abandonar a su pueblo? Estaba abandonando al pueblo de Judá a sus propios pecados. Había llegado el tiempo de juicio. Así era claro lo que el pecado hace en el pueblo.

Pero para mostrar que la gracia siempre es más poderosa que el pecado, aunque Dios estaba abandonando ahora a Judá, el Señor intervino en la vida de Manasés y en la de Judá. Por cierto, esta intervención no serviría para evitar el juicio sobre Judá; se limitaría a demostrar el poder de la gracia. Serviría como una profecía señalando al triunfo de la gracia que vendría por medio del Cristo.

El cambio. Cuando Manasés selló su rebelión contra el Señor mediante el derramamiento de mucha sangre inocente en Jerusalén, intervino el Señor. La aversión de Manasés al Señor lo había impulsado a gobernar en completa arrogancia. En vez de ser un escudo para su pueblo, era una constante amenaza.

El Señor trajo sobre él los comandantes del ejército del rey asirio. Jerusalén era una fortaleza prácticamente inexpugnable, pero aparentemente el ejército asirio no tuvo dificultades en tomar la ciudad. La fuerza de Jerusalén consistía completamente en la protección del Señor. Manasés fue sujetado con cadenas de bronce y llevado cautivo a Babilonia.

Cuando Manasés aún era rey, el Señor muchas veces le había enviado profetas a él y al pueblo, pero ellos no habían atendido a la voz del Señor. Manasés quería su libertad. Ahora el que quería ser libre yacía en cadenas. Del mismo modo todos aquellos que quieren librarse a sí mismos del Señor están sujetos por el hecho de estar ya bajo sentencia. Es bueno saber que el mismo Señor Jesucristo fue sujeto una vez para librarnos a nosotros.

En Babilonia Manasés sufrió angustias por causa de sus cadenas. El texto original dice que el *Señor* lo angustió. Aparentemente Manasés no se limitó a suspirar en el cautiverio; el Señor le hizo ver que estaba encarcelado bajo juicio divino. Eso quebrantó a Manasés. Entonces oró fervientemente al Señor quien lo estaba buscando en su angustia y siempre quería ser su Dios. Se humilló ante el Dios de sus padres. Manasés reconoció lo que Dios había sido para su padre y, a través de él, para Judá.

El Señor oyó sus oraciones. Luego se vio algo que Manasés apenas podía haber esperado; fue restaurado a su trono en Jerusalén. Esto puede haber sucedido en relación con un cambio de gobierno en Asiria, pero fue la obra del Señor. En esta restauración de Manasés, el Señor mostró el poder de su gracia para vencer al pecado.

Habiendo regresado a Jerusalén, Manasés experimentó que el Señor es Dios. Aún no podía someterse completamente al Señor debido a su angustia; recién pudo hacerlo cuando la gracia de Dios se hubo revelado a él. Entonces comprendió que la gracia del Señor era más fuerte que él y entendió el propósito de esa gracia para él y Judá.

La restauración de los derechos del Señor. Habiendo vuelto al Señor, Manasés estuvo nuevamente en condiciones de reinar. Llegó a ser un

monarca que se gobernaba a sí mismo igual que a su pueblo. Fortificó a Jerusalén y puso en todas las ciudades establecidas de Judá fuerzas armadas que pudiesen resistir a cualquier invasión futura de parte de Asiria. En fe tuvo valor de salir a la batalla contra Asiria.

Por supuesto, ahora Manasés trató de desarraigar la idolatría. Tomó el ídolo que había levantado en la casa del Señor y lo quitó de Jerusalén junto con los altares. También restauró el altar del Señor y en él ofreció sacrificios de gratitud y de paz. En aquellos días volvieron a abrirse los cielos sobre Judá.

Pero el pueblo seguía ofreciendo sacrificios en los lugares altos. Si bien sacrificaba allí al Señor, no estaba sacrificando conforme a la ley del Señor, es decir, en la casa del Señor. Por eso los sacrificios en los lugares altos eran pecaminosos; implicaban el gran peligro de que el pueblo volviera a apartarse del Señor. Manasés no pudo ejecutar una reforma completa en Judá.

Al morir Manasés, murió en fe. La gracia del Señor había sido demasiada poderosa para él. Pero lo principal no es que muramos salvos. La mayor parte de la vida de Manasés había sido una desgracia. Y esa parte de su vida, no su posterior conversión, fue decisiva para Judá. Los primeros años de su reinado habían hecho a Judá maduro para el juicio. También para nosotros es importante *cómo* hemos vivido.

La sentencia constante sobre Judá. Inmediatamente después de la muerte de Manasés fue evidente que el juicio no había sido quitado de Judá: Manasés fue sucedido por su hijo Amón quien hizo lo malo ante los ojos del Señor. Amón gobernó totalmente en el espíritu de los primeros años de su padre. Una vez Judá había seguido a Manasés en sus pecados. Ahora el Señor nuevamente castigó a Judá mediante la impiedad de Amón.

Amón solamente reinó dos años en Jerusalén. Sus siervos le mataron y ellos, a su vez, fueron matados por el pueblo. Esta desintegración comenzó a abatir a Judá. Lentamente el juicio se abría paso en toda la vida de Judá. El juicio podía ser postergado por un tiempo por una conversión de parte de Judá, pero ya no podía ser totalmente evitado.

Entonces, el pecado de Manasés había sido decisivo para Judá. Es cierto que la gracia había triunfado sobre Manasés, pero el pueblo seguía bajo el juicio. Esta situación clamaba tanto más por la victoria del Cristo sobre el juicio de Dios. El Cristo triunfó sufriendo el juicio por nosotros. Así como Judá quedó sujeto bajo el juicio, nosotros estamos sujetos a él si permanecemos apartados del Cristo—todos nosotros.

53: La necesidad de una reforma mediante el espíritu

2 Reyes 22 y 23
2 Crónicas 34 y 35

Josías es el gran reformador de Judá. En este sentido fue aun mayor que Ezequías. En 2 Reyes 23:25 se lo describe de la siguiente manera: "No hubo otro rey antes de él, que se convirtiese a Jehová de todo su corazón, de toda su alma, y de todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; ni después de él nació otro igual".

Sin embargo, la reforma efectuada bajo Josías no fue suficiente para salvar a Judá. El juicio de Dios había sido decidido definitivamente. No importaba la transformación que pudiese ocurrir en el pueblo, ya no sería suficiente para evitar la destrucción de Judá. Esa era la situación desde el punto de vista de Dios. Si consideramos la situación desde el punto de vista humano, vemos que el pecado se había arraigado tan profundamente en Judá que ni aun la reforma bajo Josías podía producir en el pueblo una conversión de todo corazón.

Debido a la sangre inocente que Manasés había derramado en Jerusalén, el Señor había tomado su decisión en cuanto al juicio. Nuevamente, no haríamos justicia a este segmento de la historia bíblica si solamente nos enfocamos en el piadoso Josías con sus buenas intenciones. Si adoptáramos tal perspectiva tendríamos que decir que su vida fue un fracaso. Lo que esta historia nos revela es que el antiguo pacto carecía de poder para salvar al pueblo como pueblo. En su caso, el antiguo pacto clama por el nuevo.

Con el nuevo pacto viene otra reforma—la reforma del corazón a través de la morada del Espíritu, la reforma mediante la cual la ley es escrita en nuestros corazones. Aunque las oraciones de Josías ya no podían penetrar la gracia de Dios para con el pueblo, el Cristo con su sangre abrió el camino hacia esa gracia. De esa manera la obra de Josías clama por el Cristo, y su reforma impotente clama por una reforma por el Espíritu.

De esto no hemos de deducir que el antiguo pacto no haya sido una forma del mismo pacto de gracia en que vivimos ahora. Sin embargo, en el antiguo pacto dominaba el espíritu de servidumbre y temor. La iglesia todavía estaba en su infancia y por eso fue puesta bajo guardianes y ayos, es decir, bajo la ley. En su dispensación

del Antiguo Testamento, el pacto todavía daba gran importancia a las formas legales externas. Allí la ley tenía sentido, especialmente como una fuerza restrictiva externa. Pero la raza humana no puede ser salvada por esos medios; sólo será salvada mediante la morada del Espíritu que nos renueva conforme a los requisitos de la ley.

Aunque Josías sabía que la preservación de Judá ya no era posible, continuó vigorosamente con su reforma. En tales circunstancias la conversión tiene tanto el motivo correcto como el propósito correcto. El principal propósito respecto de la conversión no es nuestra salvación, sino la restauración de los derechos del Señor sobre nosotros.

Con todo, podríamos preguntar si Josías realmente continuó en ese espíritu hasta el mismo fin de su reinado. Su conducta contra Faraón Necao señala hacia algo diferente. Aparentemente creía que todavía podría levantar a Judá una vez más al importante nivel que el pueblo del Señor había disfrutado bajo David y Salomón. Su conducta puede haber sido ocasionada por la desconfianza que sentía respecto de las palabras de Necao. No obstante, aunque sabía que el papel de Judá había terminado, se proponía hacer más de lo que podía al salir al encuentro del rey egipcio.

Por eso, en cierto sentido podemos considerar aquellos tiempos como el fin de Judá y el comienzo del fin del antiguo pacto. Si bien es cierto que Judá fue restaurado después del cautiverio, nunca fue completamente restaurado. Judá siguió sujeto al poder mundial del tiempo. Por eso la teocracia no podía ser restaurada.

Pensamiento clave: *La reforma de Josías clama por una reforma mediante el Espíritu.*

La impotencia del antiguo pacto. Manasés había llenado a Jerusalén con sus pecados. Por eso Dios había decidido el juicio sobre Judá. Judá estaba maduro para dicho juicio. Manasés se había vuelto al Señor, es cierto, pero su conversión ya no pudo evitar ese juicio. Esto se manifestó cuando Amón sucedió a Manasés como rey. Amón volvió a hacer lo malo ante los ojos de Dios.

Sin embargo, después de Amón el Señor dio a Judá otro rey que temía a Dios, a saber, Josías. Josías llegó al trono siendo un muchacho de ocho años. En cierto sentido fue afortunado que su padre murió cuando Josías era aún tan joven; como resultado, él fue criado por creyentes, es decir, su madre y sus consejeros.

Siendo aún muy joven, Josías tomó una decisión definitiva de servir al Señor y comenzó a desarraigar la idolatría en su ambiente inmediato. A veces los niños mantienen una conducta correcta por las presiones de sus padres, pero no tienen que esperar hasta la edad de veinte años o

más para hacer una decisión definitiva por el Señor. Pueden tomar su decisión cuando aún son muy jóvenes, tal como lo hizo Josías.

Al tener más edad, comenzó la restauración del templo, que estaba en mal estado. El dinero para esta restauración vino de las contribuciones voluntarias que el pueblo dejaba en la caja de ofrendas y de las contribuciones del rey. No hacía falta una supervisión en la administración del dinero porque los hombres designados para la tarea eran dignos de confianza.

En el año décimo octavo del reinado de Josías, cuando él tenía 26 años, envió a su secretario Safán al sumo sacerdote Hilcías a contar y guardar el dinero que había sido ofrendado por el pueblo. Entonces Hilcías informó a Safán que había hallado el libro de la ley de Moisés.

El Señor había decretado que su ley fuese leída al pueblo en cada una de las grandes fiestas. Obviamente esto no se había hecho por mucho tiempo. El libro de la ley había sido guardado en un lugar olvidado. Los padres creyentes aún contaban a sus hijos lo que recordaban del pacto y del servicio del Señor, y los profetas todavía trataban de mantener con vida el conocimiento del Señor en medio del pueblo, pero el libro del pacto había sido olvidado. Eso fue abominación ante Dios. Ahora lo había hallado Hilcías y lo había rescatado de debajo del polvo que lo cubría.

Por supuesto, el Señor estaba detrás de este acontecimiento. Ahora el pueblo leería en ese libro del juicio con el cual el Señor había amenazado anteriormente en el caso de apostasía. Ahora comprenderían que para Judá había llegado la hora final.

Safán llevó el libro de la ley al rey y se lo lleyó. Entonces Josías rasgó sus vestidos porque comprendía que Judá se hallaba dos veces digno de juicio. Inmediatamente envió mensajeros a Hulda la profetisa, que vivía en Jerusalén, para preguntarle por la palabra del Señor. Ella los envió de vuelta a Josías con el mensaje de que ya no había nada que pudiese evitar el juicio sobre Judá. Era demasiado tarde. Sin embargo, ya que Josías había rasgado sus vestidos y se había humillado ante el Señor, el Señor pospondría el juicio de modo que no ocurriría durante su vida.

Aparentemente el Señor no permitía que Josías penetrase con sus oraciones hasta la gracia de Dios para con su pueblo. Judá sería destruido y Jerusalén sería tomada. El pacto en el cual Israel vivía con el Señor era el antiguo pacto; era temporal. Era preciso que pasara a un nuevo pacto, al pacto en el cual el pueblo de Dios vive con el Señor hoy. Conforme a ello, en ese antiguo pacto Josías ya no podía hallar gracia

de Dios para con el pueblo de Judá. Sin embargo, el Señor Jesucristo abriría la entrada a la gracia eterna de Dios para con su pueblo por medio de su sangre. Por eso el nuevo pacto es mucho más maravilloso que el antiguo. El antiguo pacto era una profecía que señalaba hacia el pacto nuevo.

La reforma de Josías. Josías sabía que el juicio sobre Judá era seguro, pero de todos modos quería seguir con la reforma en Judá. En esto mostró una diligencia que no fue igualada por ningún otro rey, ni antes ni después de él. No declaró que ya no quedaba sentido en hacer una reforma, ya que la misma no salvaría a Judá. Quería continuar con la reforma solamente por amor al honor y la justicia del Señor. El Señor tiene el derecho de recibir nuestro servicio aun cuando ésto no nos traiga salvación.

Josías reunió a los ancianos del pueblo y también a los sacerdotes y profetas. En la medida en que fuese posible quería reunir al pueblo, desde el más elevado hasta el más humilde, en el patio del templo. Una vez que se hubieron reunido, fue leída la ley. Allí estaba de pie el rey como humilde siervo de su Dios, escuchando con todos los demás la palabra del Señor y sus juicios.

Sin embargo, el pueblo no quiso humillarse en polvo y ceniza. Solamente gritaban que querían aceptar otra vez el pacto con el Señor. El pueblo no sabía lo que estaba diciendo.

Josías consiguió el consentimiento del pueblo para continuar con la reforma, y en ello fue sistemático. Purificó a Jerusalén de todos los indicios de idolatría y la adoración al sol. Destrozó los altares e imágenes de su abuelo Manasés y los quemó fuera de Jerusalén. También quitó los altares para la adoración del sol que Acáz, uno de sus antepasados, había construido sobre el techo de uno de los edificios anexos al templo. Inclusive fueron destruidos los altares que Salomón había permitido a sus esposas levantar. Profanó el valle de Hinom, cerca de Jersualén, donde se habían sacrificado niños.

Josías también prosiguió con la reforma fuera de Jerusalén por todo Judá. Profanó todos los lugares altos donde se habían ofrecido sacrificios no sólo al Señor sino también a los baales. Todos los sacerdotes y levitas que habían servido en los lugares altos fueron traídos a Jerusalén bajo la supervisión del sumo sacerdote y bajo la enseñanza de la ley. No les permitió servir en el altar del templo.

Josías quería restablecer los derechos del Señor en Judá. Si bien pudo

realizar la reforma, no logró que los corazones del pueblo se volvieran al Señor.

Josías fue un tipo del Cristo que manifestaría la justicia del Señor a todos los pueblos. Pero el Cristo haría lo que Josías no pudo hacer, es decir, cambiar los corazones del pueblo. El Cristo enviaría su Espíritu que produciría la reforma del corazón en el nuevo pacto.

El vengador de la casa de David. Josías también fue más allá de las fronteras de Judá a Bet-el, donde Jeroboam I había instituido la adoración idólatra. Allí hizo excavar los huesos de los sacerdotes de esa secta. Luego quemó dichos huesos sobre el altar. Después destruyó el altar y quemó el símbolo de Astarte. Solamente un sepulcro quedó intacto, esto es, el sepulcro del profeta que había venido de Judá en tiempo de Jeroboam para predecir este juicio (véase 1 R. 13:1-10).

De esta manera la amenaza del Señor fue cumplida literalmente. El hijo de la casa de David había venido como vengador de los derechos del Señor que habían sido violados. Algún día el gran Hijo de David también traerá juicio. Entonces serán totalmente restaurados los derechos del pacto del Señor.

Josías ejerció el juicio no sólo en Bet-el, sino también en las ciudades de Samaria. Dio muerte sobre los altares a todos los sacerdotes de los lugares altos, quemó sus huesos sobre ellos, y destruyó todos los templos de esos lugares altos.

Una pascua sin remisión de pecado. Después del regreso de Josías, en el año décimo octavo de su reinado se celebró una gran pascua en Jerusalén. Nada semejante se había hecho antes. Los príncipes y oficiales contribuyeron mucho a esta fiesta pascual.

El propósito de la pascua era recordar la liberación de Israel de manos de Egipto, y la noche cuando el ángel de la muerte pasó por alto las casas cuyos dinteles habían sido pintados con sangre. ¿Significaría esta pascua en tiempos de Josías, que quizás se evitaría el juicio sobre Judá? ¿O había tomado su decisión final el Señor? Pronto se vería la respuesta en forma terrible.

Procedente de aquel mismo Egipto venía ahora el faraón Necao marchando contra Judá. Aunque afirmaba no tener propósitos respecto de Judá sino que solamente quería ayudar a Asiria, Josías salió a luchar contra él. En una batalla cerca de Meguido fue derrotado Judá y Josías murió en la batalla.

El pueblo fue profundamente impresionado por esta derrota. ¡Aun cuando un rey como Josías guiaba al pueblo, el Señor no estaba con ellos en la batalla! El nombre *Meguido* permaneció grabado en sus memorias como un nombre sinónimo del desastre.

Durante los años siguientes, Egipto gobernó sobre Judá. El hijo de Josías, Joacaz, a quien el pueblo había nombrado rey, fue alejado del trono por el faraón Necao. En su lugar fue hecho rey Joacim su hermano, en tanto que Joacaz fue llevado a Egipto.

La misma tierra de Egipto, de la cual una vez había sido librado el pueblo, ahora volvía a gobernar sobre Judá. Era como si el pueblo hubiese sido enviado de vuelta a la esclavitud. La pascua que acababan de celebrar no los había protegido del desastre. Tampoco ayudó la sangre de los corderos para limpiar a Judá del pecado. El antiguo pacto estaba llegando a su fin. Es bueno que sepamos que nuestro cordero pascual fue muerto por nosotros, es decir, el Señor Jesucristo. El es *el* cordero. Su sangre nos limpia de todo pecado.

54: La luz se va apagando

2 Reyes 24 y 25

El templo y el reinado de la casa de David habían sido dados como una luz para Israel y para todo el mundo. Cuando la casa de David fue llevada al cautiverio y el templo destruido, se extinguió la luz de Jerusalén. Después de eso, la revelación de Dios seguía viniendo al pueblo por medio de profecías dadas en Babilonia y a través de Jeremías para aquellos que seguían viviendo en Judá. Pero el antiguo pacto que había estado ligado a Jerusalén de una manera especial desde el tiempo de David y Salomón, desaparecía lentamente.

Ahora tendría que aparecer el Hijo de David que no estaría ligado a Jerusalén. La elevación de Joacim de su encarcelamiento en Babilonia fue una profecía que señalaba hacia esta exaltación de la casa de David.

Pensamiento clave: *La luz en Jerusalén se apaga para que pueda aparecer nuevamente en el Cristo.*

La primera deportación. El faraón Necao había conquistado a Josías, había destronado a Joacaz, y había colocado a Joacim en el trono de Jerusalén. Pero este monarca egipcio fue derrotado por Nabucodonosor rey de Babilonia. Nabucodonosor también sitió a Jerusalén y la capturó. Amarró a Joacim con cadenas de bronce con el propósito de llevarlo a Babilonia. Pero cambió de idea y lo dejó sobre el trono a cambio de rehenes y de una inmensa cantidad de tesoros.

Por tres años Joacim estuvo sujeto al rey de Babilonia. Luego se rebeló. Nabucodonosor estaba demasiado ocupado con los asuntos de su propia tierra para tomar medidas contra Jerusalén. Se limitó a enviar bandas de guerrilleros para saquear a Judá. Estas bandas se constituían de babilonios y hombres de otras naciones también sujetas a Babilonia.

En realidad era el Señor quien enviaba aquellos guerrilleros. El Señor estaba cumpliendo la palabra de su profeta. Particularmente Jeremías recibió la responsabilidad de decir constantemente al rey y al pueblo que debían sujetarse al rey de Babilonia. En ese caso aún habría misericordia para el pueblo.

La gloria de la casa de David y la gracia que Dios mostraba a su pueblo en esa gloria habían terminado. El antiguo pacto estaba llegando a su fin. Especialmente a través del pecado de Manasés la casa de David se había hecho tan completamente indigna del favor de Dios, que ya no podía ser restaurada a su condición anterior. Ni el pueblo ni el rey prestaron atención a Jeremías. Como resultado, Judá estaba siendo saqueada.

Joacim murió y fue sucedido en el trono por su hijo Joaquín. Joaquín vivió y gobernó como su padre, en desobediencia a la palabra del Señor y en rebelión contra el rey de Babilonia. Esta vez vino el mismo Nabucodonosor contra Jerusalén. Cuando Joaquín vio que no podía defender la ciudad, se rindió y salió al encuentro del rey de Babilonia. Por segunda vez Nabucodonosor entró en Jerusalén. El rey de Babilonia llevó al rey, a los príncipes y a todos los artesanos y herreros. Todos ellos fueron enviados a Babilonia. También llevó consigo los tesoros de la casa del Señor y del palacio real. Esto oscureció el honor de la casa de David y de la casa del Señor. La luz comenzaba a apagarse en Jerusalén. Algún día resplandecería con gloria mucho mayor en el Cristo. Ahora la luz de Jerusalén era llevada cautiva.

La segunda deportación. El rey de Babilonia hizo a Sedequías, tío de Joaquín, rey sobre Jerusalén. Sedequías fue el tercer hijo de Josías que ocupó el trono. (Los otros dos fueron Joacaz y Joacim). ¿Prestaría atención ahora la casa de David a la palabra profética? Sedequías gobernó de la misma forma que sus predecesores y también se rebeló contra el rey de Babilonia.

Nabucodonosor vino contra Jerusalén otra vez y sitió la ciudad. El sitio duró aproximadamente un año y medio. Cuando el hambre en la ciudad comenzó a ser intolerable, los babilonios capturaron la ciudad baja. No mucho después, el rey huyó secretamente de noche con su ejército. La humillación de esta huida fue otra desgracia para la casa de David.

Los babilonios persiguieron a Sedequías, alcanzándolo en la planicie de Jericó, donde lo tomaron abandonado por todas sus tropas. De allí

lo llevaron atado con cadenas a Ribla, adonde se había retirado Nabucodonosor. Allí mataron a sus hijos en presencia suya. Luego le sacaron los ojos a Sedequías y así fue llevado en cadenas a Babilonia.

La paciencia de Nabucodonosor con Jerusalén había llegado a su fin. El templo, el palacio del rey y las casas de los ricos y poderosos fueron quemados. Los muros de la ciudad fueron derrumbados. La casa del Señor y el palacio real fueron quemados y el rey mismo fue llevado en desgracia a Babilonia.

¿Dónde estaba ahora el favor del Señor para con su pueblo, el favor del que había dado una señal en el templo y a través del reinado soberano de David? La corona de Jerusalén se había perdido para siempre. El Señor no pensó quebrantar su promesa dada a la casa de David. Dios cumpliría esa promesa en una forma totalmente distinta a través del Cristo.

Todas las personas prominentes de la tierra de Judá fueron exiliadas a Babilonia. Todo el oro, la plata y el bronce del templo también fueron llevados a Babilonia. Muchas personas prominentes de Judá fueron matadas. Sólo fueron dejadas atrás las personas más pobres. La historia gloriosa de Judá había pasado. El antiguo pacto se estaba apagando. El nuevo pacto vendría en su lugar.

La destrucción del pueblo de Judá. El rey de Babilonia estableció a Gedalías como gobernador sobre el pueblo que había quedado en Judá. Después que se fueron los babilonios, los soldados de Judá que habían huido a los paises vecinos volvieron con sus capitanes. Gedalías les juró que si se sometían a su autoridad nada tendrían que temer de los babilonios. Bajo el liderazgo de Gedalías el pueblo parecía prosperar nuevamente. Sin embargo, el juicio persiguió también a estos que habían quedado en la tierra.

El rey de Amón sintió celos de la restauración de Judá. Por eso incitó a Ismael, uno de los capitanes del ejército de Judá, a matar a Gedalías. Aunque Gedalías había sido advertido (véase Jer. 40:13—41:3) lo sorprendieron y lo mataron. Entonces los judíos temían que el rey de Babilonia tomaría venganza. Pidieron que Jeremías consultara al Señor en nombre de ellos (Jer. 42—44). En nombre del Señor Jeremías les dijo que debían permanecer en Judá. En ese caso no sufrirían daño alguno.

A pesar de este consejo huyeron a Egipto y llevaron a Jeremías por la fuerza. Por eso Jeremías tuvo que anunciarles que la venganza del rey de Babilonia, de la cual creyeron escapar mediante la huida, los alcan-

zaría en Egipto donde habían querido refugiarse. Esto ocurrió tal como Jeremías lo había anunciado.

Nueva esperanza. Parecía que se había oído lo último de Judá. Aparentemente no había esperanza alguna. Sin embargo, en aquellos tiempos tan oscuros, Dios dio una señal de que no había olvidado a la casa de David, sino que recordaba su promesa.

En Babilonia otro rey subió al trono. Treinta y siete años después de que Joaquín había sido llevado al cautiverio, este nuevo rey (Evil-merodac) lo sacó de la prisión, lo puso más alto que todos los demás reyes prisioneros e incluso le permitió comer de su mesa en el palacio. Joaquín también recibió un subsidio anual para sus propios gastos.

¿A qué se debía esta elevación del rey de Judá? La mano del Señor estaba obrando en este acontecimiento. Los creyentes podían considerarlo como una profecía de que la casa de David algún día sería exaltada nuevamente.

Esa exaltación vino en el nuevo pacto en el Cristo. A este hijo nacido de la casa de David Dios ha dado todo el poder en los cielos y en la tierra. Su soberanía ya no está limitada a Jerusalén. A través del Espíritu, a quien el Hijo de David enviaría, toda la tierra sería una vez más un templo de Dios.

El cautiverio

55: Un reino que no es de este mundo

Daniel 1 y 2

Jerusalén y el templo habían caído. La casa de David había sido humillada y el pueblo de Judá estaba en el exilio. La luz que resplandecía en Jerusalén había sido apagada.

En esta oscura hora Dios triplicó la luz de su palabra mediante la profecía. Durante el exilio aparecieron tres grandes profetas sobre el escenario: Jeremías, quien vivió con los que quedaron en Judá; Ezequiel, quien vivió con los cautivos; y Daniel, quien vivió en la corte de Babilonia. Nuevamente resplandeció la luz del Señor a través de la vida de los pueblos.

La profecía del reino de Cristo vino particularmente a Babilonia. En contraste con el reino de Babilonia, que pertenece a este mundo, está el reino de Cristo, que no es de este mundo.

Notamos en la vida de Nabucodonosor un cambio peculiar. Después de la confirmación de su reinado, Nabucodonosor se ocupa preguntándose acerca del futuro (Dn. 2:29). Entonces alcanza a ver que su trono ciertamente no permanecerá para siempre. La visión de la estatua en su sueño es la respuesta del Señor a estos pensamientos. Posteriormente intenta obligar a todo el mundo a adorar el poder de Babilonia. Este poder es simbolizado por la estatua levantada por Nabucodonosor en el campo de Dura. Y ya en su vejez, Nabucodonosor cae preso de la autoglorificación, como lo vemos de sus palabras: "¿No es esta la gran Babilonia que yo edifiqué?" (Dn. 4:30). Sin el poder de la gracia no mejoramos a medida que nos envejecemos. El orgullo es el pecado particular de la vejez.

Pensamiento clave: *Babilonia recibe una profecía de un reino que no es de este mundo.*

La preparación del profeta. Entre los rehenes que Nabucodonosor había llevado a Babilonia después de su primera conquista de Jerusalén en tiempos de Joacim, había muchos jóvenes de la nobleza de Judá. Es-

tos recibieron la oportunidad de ser pajes de la corte. Nabucodonosor ordenó al mayordomo del palacio que seleccionara a los más guapos e inteligentes de ellos y los educase para dicha posición conforme a toda la sabiduría de los babilonios. Los candidatos debían ser alimentados con la comida de la mesa real.

Entre los que fueron seleccionados estaban Daniel y sus tres amigos: Sadrac, Mesac y Aded-nego. Con Daniel como vocero, los cuatro pidieron que los disculparan de comer de la comida del rey y beber de su vino. Esa comida y bebida era dedicada a los ídolos y no había sido preparada conforme a la ley del Señor. Aun en el cautiverio estos cuatro hombres fueron fieles a las ordenanzas del pacto del Señor. Estos cuatro fueron fieles en la fuerza del Señor.

Cuando el mayordomo puso algunas objeciones, los cuatro hombres pidieron un período de prueba de diez días. A su pedido, durante esos días no recibieron otra comida sino pan y verduras y agua de beber. El Señor tocó el corazón del mayordomo para conceder ese pedido. Después del período de prueba éstos mostraron un semblante más saludable que los demás. En fe se habían aventurado a pedir esta prueba. Gracias a su fidelidad, no fueron avergonzados.

Además, Dios dio a estos cuatro jóvenes más discernimiento en la sabiduría de los babilonios que a los demás candidatos. También este discernimiento era fruto de su fe. Mediante su conocimiento del Señor, en su gracia y a través de la fe, lograron comprender la sabiduría de los babilonios y alcanzar verdadero dominio de dicha sabiduría. El Señor también le dio a Daniel el don de la profecía. Se le permitió a Daniel recibir la luz de la revelación divina en Babilonia.

Habiendo transcurrido el período de preparación de tres años, el rey habló con cada uno de los candidatos. Daniel y sus amigos sobresalieron en este examen. El Señor los había bendecido en tan gran manera que su sabiduría trascendía en mucho la sabiduría de los sabios de Babilonia. Como resultado, estaban todos los días en la presencia del rey. El Señor les había preparado un lugar en la corte. A través de ellos quería revelarse a Babilonia y a las naciones. Con ese propósito los había hecho fieles a su pacto.

Los sabios de Babilonia son avergonzados. A poco de comenzar su reinado, Nabucodonosor tuvo un sueño perturbador. Cuando se despertó, el sueño lo seguía molestando a pesar de no recordarlo exactamente. Entonces llamó a todos los sabios para que le dijesen lo que ha-

bía soñado. Ellos pedían que el rey les relatara el sueño; entonces podrían darle la interpretación. El rey dijo que no recordaba el sueño y los amenazó de muerte además de la destrucción de sus casas si no cumplían su deseo. Pero si tenían éxito en hacerle saber el sueño y su interpretación, serían coronados con honores reales.

Nuevamente los sabios pidieron conocer primero el sueño; el rey los regañó por su incapacidad de adivinarlo. Si él mismo les contaba el sueño, ellos fácilmente podrían darle cualquier interpretación que ideasen. Ahora ya no confiaba en su sabiduría. En consecuencia, estaba decidido a darles muerte.

Aunque los sabios protestaron que no había persona que pudiese hacer lo que el rey pedía, que ningún monarca jamás había pedido semejante cosa de sus sabios, y que sólo los dioses podrían satisfacer semejante demanda, el rey dio orden de que los sabios fuesen muertos. Al decir que sólo los dioses podían hacer lo que el rey pedía, aquellos sabios admitían que en realidad no estaban en contacto con los dioses, a pesar de su pretensión. Toda la sabiduría de esos sabios resultó ser vana. El paganismo con su sabiduría había desilusionado al rey.

Los sabios estaban reunidos para ser matados. Incluso Daniel y sus amigos debían morir. Como extranjeros no pertenecían realmente a la clase de los sabios, aunque fueron contados como tales.

Daniel recién supo lo que había ocurrido cuando los soldados llegaron para arrestarlo. Entonces pidió una breve demora al rey, prometiéndole decirle el sueño y su interpretación. Daniel lo hizo convencido de que el Señor quería hacer resplandecer su luz sobre Babilonia a través de este sueño.

Si el Señor realmente quiso usar a Daniel y a sus amigos para este propósito, sería una demostración de misericorida de su parte. Por eso Daniel y sus amigos oraron toda la noche por la misericordia de Dios. El Señor oyó su oración e hizo que Daniel viera en una visión lo que Nabucodonosor había soñado. Además le hizo entender el significado del sueño.

Daniel dio gracias y alabó a Dios, en cuyas manos están los reinos y quien sólo tiene el poder de conceder luz y sabiduría sobre la tierra. Esa luz está en el Cristo, el Prometido que era esperado por Israel.

Al día siguiente, Daniel pidió ser admitido en la presencia del rey. Cuando el rey le preguntó si sabría decirle el sueño y su interpretación, respondió que nadie en la tierra podría hacerlo, ni aun los sabios. Sin embargo, el Dios de los cielos, a quien Daniel conocía, el Dios que era

adorado en Israel, él revelaba los misterios. Por amor al Cristo ese Dios todavía se preocupaba por su pueblo. De esa manera llegó a conocerse en Babilonia el tesoro de la revelación recibida por el pueblo de Dios.

Los reinos terrenales y el reino de Dios. Daniel dijo que Nabucodonosor había visto en sus sueños una estatua. Su cabeza era de oro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus caderas de bronce, sus piernas de hierro y sus pies de hierro mezclado con barro. Esta estatua representaba sucesivos imperios mundiales. La cabeza de oro era el reino de Nabucodonosor. La estatua era excelente y en gran manera resplandesciente, dijo Daniel, añadiendo que su aspecto era aterrador.

Cualquier poder mundial que no procede de la fe es tanto impresionante como aterrador. Esto es cierto con todo el desarrollo del mundo. La gloria del desarrollo cultural es asombroso, pero su aspecto es aterrador cuando se vuelve contra el gobierno soberano del Cristo. Esto también sería cierto en los poderes mundiales que se sucederían el uno al otro.

Nabucodonosor también había visto algo más. Una piedra cortada por una mano que no era humana había destruido la estatua. No había quedado nada de ella sino polvo que fue llevado por el viento. Aquella piedra comenzó a crecer hasta que llenó toda la tierra.

Esa piedra es el reino del Cristo quien nos fue dado no por hombre, sino por Dios mismo. Su reino conquistará los reinos de este mundo y algún día llenará la tierra. El reino de Cristo no es *de* este mundo, pero ciertamente es *para* este mundo de los humanos. Su propósito es gobernar la vida de los hombres ahora aunque su gloria no será plena hasta el regreso de Cristo.

Daniel terminó su interpretación diciendo: "El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de acontecer en lo porvenir". En su corazón el rey se había preocupado por el futuro. ¿Duraría su reinado para siempre? Este sueño fue la respuesta del Señor a la pregunta que lo había preocupado. Hay un sólo reino que durará para siempre, el reino del Cristo.

Reconociendo la soberanía del Dios de Israel. Nabucodonosor comprendió inmediatamente que la interpretación que Daniel había ofrecido de su sueño era correcta. Sobrecogido por dicha interpretación, cayó ante Daniel y lo adoró por causa de la luz que había en él. El rey se inclinó ante la luz de la profecía. Vio en Daniel un embajador del Dios de Israel y ordenó que se hiciese un sacrificio a dicho Dios en honor de

Daniel. Sin embargo, Nabucodonosor no confesó al Dios de Israel como el único y verdadero Dios. Lo reconoció solamente como el mayor de los dioses. Sin embargo, reconoció que toda autoridad y toda luz era del Señor. De esa manera algo del reino que Dios levantaría sobre la tierra por medio del Cristo fue revelado en Babilonia, como también algo de la gloria especial de ese reino.

El rey colmó a Daniel de dones y lo nombró gobernador sobre toda la provincia de Babilonia. A través de la influencia de Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego también fueron nombrados a cumplir funciones en el gobierno de Babilonia. De esa manera los cuatro alcanzaron eminencia. Para ellos esto fue un gran honor, un honor que recibieron por amor de Dios. Sin embargo, aquellos honores recibidos en Babilonia los ponían en una situación difícil. En medio de un ambiente pagano debían revelar la naturaleza de la vida vivida en el temor del Señor.

56: El poder de la gracia en Babilonia

Daniel 3

La estatua que Nabucodonosor levantó en el campo de Dura no fue un ídolo sino un símbolo del glorioso poder de Babilonia. Sin embargo, se mandó que los hombres la adorasen. En ese instante el poder de Babilonia se convirtió en ídolo. Además, Nabucodonosor requirió que sus súbditos reconocieran a los dioses de Babilonia que le habían dado la victoria. Los dioses de las naciones derrotadas no eran tan grandes como los dioses de Babilonia. Que el glorioso poder de Babilonia es céntrico aquí también es evidente por la lista pomposa de los gobernadores y otros oficiales y la pomposa enumeración de instrumentos musicales.

En contraste con esa idolatría, el Señor reveló el poder de su gracia mediante la liberación de los tres hombres del horno de fuego. Nótese lo que estos hombres decían: "Dios es poderoso para librarnos, y él nos librará. Y si no, no adoraremos tu estatua". No estaban completamente seguros de que Dios los libraría. Si su liberación servía para revelar su nombre, por cierto los sacaría del horno. Pero si su liberación no era necesaria para dicho propósito, perecerían y Dios se glorificaría a sí mismo de alguna otra forma.

Al leer esta historia no hemos de llegar a la conclusión de que Dios siempre libra a sus hijos como libró a aquellos tres. Dios no siempre nos concede liberaciones tan dramáticas. ¡El sí revelará su nombre! La salvación eterna es segura; la liberación del horno de fuego solamente fue una señal de esa salvación.

Tal vez nos sentimos inclinados a pensar que el cuarto hombre en el horno de fuego era el Cristo. Las Escrituras no ofrecen datos suficientes para establecer esto en forma irrefutable. Pero aunque el hombre hubiese sido un ángel creado, su presencia allí era una revelación de la comunión de Dios en el Cristo con nuestra vida y sufrimiento. De este modo tenemos aquí una profecía de la encarnación de la Palabra. Gracias a su comunión con el Cristo, los tres hombres en el horno ardiente no se sintieron molestos. En "La oración de Azarías (Abed-nego) y el Cántico de los tres jóvenes", que se registra en los libros apócrifos, leemos que ellos se sentían como si una brisa fresca de un amanecer lleno de rocío soplaba alrededor de ellos.

Pensamiento clave: *El poder de la gracia es revelado en Babilonia.*

Autoglorificación. Nabucodonosor había emprendido un viaje a través de una gran parte del mundo y había establecido un imperio mundial. A su regreso adoró el poder que había adquirido. En el comienzo de su reinado había sido impresionado por la inestabilidad de todas las cosas. Ahora adoraba el poder.

Fue entonces que se le ocurrió una idea. Levantaría una gran estatua en la llanura de Dura como señal del poder de Babilonia. Entonces los representantes y gobernadores de las naciones súbditas serían obligados a venir y adorar la estatua. Al hacerlo de esa manera reconocerían como divino el poder de Babilonia. Además, estarían adorando a los dioses de Babilonia como más fuertes que los dioses de las otras naciones.

Allí estaba la estatua. Medía casi 28 metros de altura y tres metros de ancho, totalmente cubierta de oro. Brillaba en el sol. Todos los oficiales en función en el imperio mundial de Nabucodonosor se habían reunido delante de ella. A una señal determinada, al comenzar la música, toda la multitud se postró delante de la estatua. Todas las naciones eran esclavizadas. Sólo Babilonia era dios. Babilonia podía mantenerse por su propio poder. Por cierto, los dioses habían ayudado, pero Babilonia no dependía de la gracia del Señor.

Este acontecimiento representaba una provocación y un desafío al Señor, cuyo nombre Nabucodonosor ya había oído. ¿Se revelaría el Señor aquí, demostrando que el poder de su gracia era mayor que el poder de Babilonia?

Confesando el poder de la gracia. Por supuesto, Nabucodonosor pensaba que él mismo había dado origen a su plan, pero en realidad era dirigido por el Señor. En la glorificación de Babilonia, Nabucodonosor se encontraría con el poder de la gracia. Dios también nos guía cuando pecamos. El castiga el pecado con el pecado y causa que el pecado llegue a su culminación en un contraste muy agudo con la gracia.

De inmediato Nabucodonosor encontró oposición a su plan. Tres hombres, llamados Sadrac, Mesac y Abed-nego (los tres amigos de Daniel) no se había postrado ante la estatua. (Aparentemente Daniel mismo no estaba presente). Estos tres hombres que habían permanecido de pie en medio de aquella gente postrada deben haber sido vistos inmediatamente. Toda la multitud estaba sobre sus rodillas adorando la grandeza de un hombre. Cuando alguien se atreve a adoptar una actitud

contraria, postrándose ante Dios y rehusando arrodillarse ante la gloria humana, se hace conspicuo inmediatamente. Esto se aplica a nuestros tiempos también.

En aquella multitud reunida había hombres que envidiaban a los tres amigos de Daniel. Nabucodonosor los había puesto en posiciones de honor como gobernadores de la provincia de Babilonia. Sus enemigos envidiosos ahora los acusaron ante el rey.

Al principio la actitud de Nabucodonosor fue de lástima. Simplemente invitó a los tres que demostrasen que en realidad querían honrar la estatua tal como se requería. Pero si se rehusaban hacerlo, serían castigados conforme a lo decretado. Serían arrojados en medio de un horno de fuego ardiendo. "¿Qué dios podrá librarles de mi mano?", preguntó el rey en tono de amenaza, desafiando así el poder de la gracia del Señor.

Los tres hombres respondieron que no había necesidad para ellos de excusarse ante el rey; no había nada por lo cual pedir disculpas. Conscientemente, por amor al Señor, se habían negado a unirse en la adoración al poder de Babilonia. Ellos solamente adoraban la gracia de Dios, el Dios de Israel. Ese Dios sería poderoso para librarlos mediante su gracia. Y ciertamente lo haría si fuese necesario para la revelación y el honor de su gracia en Babilonia. Pero si no era necesario, ellos perecerían. En tal caso Dios revelaría su nombre de alguna otra manera. En cualquier caso, los tres hombres rehusaron postrarse ante la estatua. Pusieron su destino en manos del Dios viviente.

Los tres hombres sabían que Dios les concedería liberación si ello era necesario para el honor de su nombre. De la misma manera, el Señor nos librará a nosotros si sirve a su honor. Podemos estar seguros que nos dará salvación eterna por la fe en él. Pero debemos entregarnos en sus manos.

¿Seremos capaces de hacerlo como aquellos tres hombres que enfrentaban la muerte en el horno de fuego? No debemos ser deslumbrados ante la fuerza de fe exhibida por estos tres. El Dios que les dio gracia a ellos para ser fieles, también nos la dará a nosotros si miramos a él y no a nuestras propias fuerzas.

Comunión con el Cristo. La negativa de los tres hombres enfureció a Nabucodonosor. Precisamente por haberles mostrado paciencia, ahora estaba doblemente enojado. Dio orden que el horno fuese calentado siete veces más de lo acostumbrado. Luego unos hombres fuertes del

ejército del rey ataron a Sadrac, Mesac y a Abed-nego sin quitarles sus ropas. Ellas se incendiarían inmediatamente por el fuego del horno.

La ira de Nabucodonosor era en realidad una rebelión contra el Dios viviente. El rey iba hacia un choque con el poder de la gracia. Ese choque ocurrió inmediatamente: cuando los soldados llevaron a los tres hombres condenados a la entrada del horno encendido para arrojarlos dentro de él, las ropas de los soldados se incendiaron por las chispas. Los gritos de los soldados mientras que morían quemados ya deberían haber dicho algo a Nabucodonosor respecto del Señor contra quien estaba luchando.

Nabucodonosor miró a través de la abertura en el fondo del horno, por donde se alimentaba el fuego, para ver cómo morían los tres hombres. ¡Pero horrorizado dio un salto, porque los vio paseando en medio del fuego sin sufrir daño alguno! Además había con ellos un cuarto hombre, ¡un hombre que era semejante a un hijo de los dioses! Nabucodonosor llamó a sus consejeros para ver lo que él veía.

No sabemos con certeza quien haya sido el cuarto hombre. Quizás haya sido el Angel del Señor, es decir, el Señor Jesucristo. De otra manera debe haber sido un ángel ordinario. En todo caso, el Señor hizo saber mediante esta apariencia maravillosa que en el Cristo él está en medio de los suyos. El estaba con los suyos en medio del horno de fuego en Babilonia.

Los tres hombres no sufrieron daño alguno del fuego. Después de todo, es la palabra de gracia que gobierna todas las cosas, aun la fuerza del fuego. Puesto que Dios estaba en el Cristo con aquellos hombres, su situación difícil en dicho horno de fuego no les causó ningún dolor. Al contrario, ¡La presencia del Señor fue un gozo para ellos! Aquí vemos algo del reino de la gracia de Dios en el cual Dios preserva a los suyos.

A la orden de Nabucodonosor, los tres hombres salieron del horno. El rey y sus consejeros podían ver con sus propios ojos que ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado, ni tampoco su ropa. Por cierto, ¡su ropa ni aun tenía olor a humo!

Entonces Nabucodonosor tuvo que reconocer el poder de la gracia de Dios. Su propio reino no podría resistir contra el reino de la gracia que el Cristo establecería sobre la tierra. Frente a la señal del poder de Babilonia (la estatua) estaba esta señal del poder de la gracia del Señor.

El reconocimiento público de Nabucodonosor. El rey alababa al Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego por esta liberación milagrosa mediante

la cual había respondido a la fiel profesión de fe que ellos habían hecho a su nombre. Nabucodonosor mandó un decreto a través de su reino a los efectos de que nadie blasfemase a este Dios. Cualquiera que se atreviera a blasfemarlo sería descuartizado y su casa destruida. "No hay otro Dios que pueda dar semejante liberación", proclamó el rey. Hemos de notar que Nabucodonosor no reconoció al Señor como único y verdadero Dios; solamente dijo que el Señor es superior a todos los demás dioses.

Sin embargo, conforme al consejo de Dios, este reconocimiento sirvió un fin. El mundo abandonado totalmente a su propio destino no sucumbiría todavía en su pecado. El mundo estaba siendo *preservado* para que el evangelio de la liberación por medio de Cristo fuese predicado allí algún día.

57: La soberanía del dios de Israel

Daniel 4

Aunque hay una transición de la primera a la tercera persona en el cuarto capítulo, todo el capítulo es una proclamación hecha por Nabucodonosor. El hecho que el rey reconociera a Dios como supremo no debe ser considerado como fruto de una auténtica conversión. Sin embargo, al hablar del reino eterno de Dios, Nabucodonosor ciertamente no sólo pensaba en lo que nosotros llamamos el reino del poder de Dios. No debemos olvidar que este reconocimiento fue resultado de la revelación de la palabra que él tuvo a través del sueño y de la interpretación de ese sueño por Daniel. Después de la caída, esta revelación de la palabra siempre está relacionada con el Cristo. Debemos tener esto en mente al leer el cuarto capítulo de Daniel.

Daniel amonestó a Nabucodonosor a dejar sus pecados mediante la práctica de la justicia y a suprimir la injusticia, demostrando misericordia a los oprimidos. Mientras su reino llevase alguna semejanza con el reino de la gracia de Cristo, se extendería su paz. El reinado de Cristo es la norma para todo reino terrenal.

La revelación que Nabucodonosor había recibido acerca del reino de Cristo en su primer sueño debe haber desempeñado un papel en sus pensamientos durante toda su vida. Es notable que primero se refirió a Daniel por su nombre hebreo y entonces agregó: "aquel que es llamado Beltsasar conforme al nombre de mi Dios". Aquí encontramos un reconocimiento de los judíos como el pueblo en medio del cual se hallaba la revelación especial de Dios.

Esta revelación a Nabucodonosor está relacionada con la venida del Cristo en la carne. Mediante esta penetración de la palabra de Dios, el mundo sería preservado de modo que posteriormente pudiese recibir el evangelio.

En contraste con la autoexaltación de Nabucodonosor, en la cual se liberó del Dios viviente, está su reconocimiento que la autoridad soberana sólo viene al inclinarse delante del Dios que en el Cristo se preocupa por su pueblo y por el mundo. La locura de Nabucodonosor está relacionada con su autoexaltación. Cuando alguien se imagina ser un animal, toda su autoridad desaparece.

Pensamiento clave: *Toda autoridad terrenal depende del reino de la gracia de Dios a través del Cristo.*

Advertencia mediante un sueño. En los últimos días de su reinado Nabucodonosor tuvo un sueño que lo llenó de temor. Vio un árbol cuya copa llegaba hasta los cielos. Este árbol, que podía ser visto en toda la tierra, estaba cubierto de hojas y frutas. Las bestias del campo hallaban sombra debajo de él y las aves del cielo se refugiaban entre sus ramas.

Luego apareció un ser sobrenatural desde el cielo, que clamó con gran voz y mandó cortar el árbol. Sólo debía quedar el tronco en la tierra. Este mensajero del cielo aparentemente pensaba en un ser humano al ver este árbol, porque dijo que con cadenas de hierro y bronce sería atado en medio del pasto, que dormiría bajo cielo descubierto y que su destino sería con las bestias en el pasto de la tierra. El mensajero dijo literalmente que la mente de esa persona estaría tan confundida que se imaginaría ser animal.

Según lo que dijo Nabucodonosor posteriormente, el mensajero también afirmó que esto ocurriría con toda seguridad porque era la decisión de los santos. Daniel mencionó una decisión del Altísimo, pero para el entendimiento babilónico de Nabucodonosor era una decisión del concilio de los dioses. La locura duraría siete períodos de tiempo hasta que esta persona reconociera que el Altísimo tiene soberanía sobre los reinos de los hombres.

Nabucodonosor sospechaba que este sueño era una revelación dada a él por el Dios que ya se le había revelado varias veces. Presintió que el sueño estaba referido a él. Por eso se llenó de terror. ¡El Dios que se revelaba en Israel estuvo muchas veces tan cerca de Nabucodonosor! Era característico de Dios que Nabucodonosor fuese advertido antes de caer el juicio.

La interpretación por el espíritu de profecía. El rey preguntó a todos los sabios de Babilonia por la interpretación de su sueño. Ninguno de ellos pudo darla. El temor de esta profecía de juicio cerraba sus mentes. Ninguno de ellos pudo ver la luz de la revelación. ¡Cuán vana es la adivinación de los incrédulos en contraste con la revelación del Dios viviente! Entonces el rey llamó a Daniel, el principal de los sabios. Como extranjero, Daniel nunca había llegado a ser miembro regular del grupo.

Cuando el rey le contó el sueño, Daniel vio su interpretación mediante el Espíritu del Señor. Al principio quedó horrorizado por el jui-

cio. ¡Qué terrible es Dios, que todavía se da a sí mismo en gracia a su pueblo!

Cuando una palabra del rey lo hizo volver en sí, Daniel dijo que deseaba que el juicio anunciado por el sueño fuese sobre los enemigos del rey. Desafortunadamente, el juicio estaba referido a Nabucodonosor mismo. El era el árbol. Caería preso de una locura de modo que sería expulsado de entre los hombres. Esto sucedería por causa de su autoexaltación y duraría hasta que él se humillase ante Dios.

Como profeta de Dios, Daniel rogó al rey que dejase su autoexaltación y mostrase su humildad mediante misericordia hacia los oprimidos. Si el reinado de Nabucodonosor sólo mostrase cierta semejanza con el reinado de misericordia del Cristo, Dios prolongaría su paz. Pero si prefería liberarse completamente de Dios, el juicio sería inevitable.

En esta advertencia Nabucodonosor pudo oír algo de lo que sería el reinado del Cristo. Puesto que el Cristo se sujetaría perfectamente a Dios, él tendría soberanía sobre todas las cosas. Tendría misericordia de los pobres. Todos los reyes terrenales han de conformarse a ese reinado del Cristo.

Llega el juicio. Al principio Nabucodonosor se sintió impresionado por la revelación que había recibido. Pero tales sentimientos sólo son temporales si no nos llevan a una conversión de corazón a la gracia de Dios. Poco a poco el rey se libró de la impresión que este acontecimiento había hecho en él.

Cierto día, aproximadamente un año más tarde, estaba en la terraza de su palacio que daba a la ciudad que él había adornado con muchos edificios. El orgullo comenzó a llenar su corazón y dijo algunas palabras mediante las cuales se liberó del Dios de los cielos y de la tierra. El rey dijo: "¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué para residencia real con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?" Inmediatamente oyó una voz del cielo que le decía que su autoridad había sido quitada y que ahora comenzaría el juicio.

En seguida cayó sobre Nabucodonosor una locura peculiar, que le hizo sentirse como animal. Fue expulsado de la sociedad humana. Ahora vivía como un animal. Su cabello y sus uñas crecieron y todo lo humano en él fue degenerando.

La gente recibe autoridad; toda persona la tiene. Pero ahora, aquel que se había jactado de su autoridad, la perdió completamente. Lo primero que perdió fue la autoridad sobre su propia mente. Lo que, por

amor al Cristo, aún queda de la imagen de Dios en el ser humano, fue completamente degradado y pervertido en Nabucodonosor. Esto nos demuestra el extremo al que Dios llega a veces en juzgar y castigar a la gente—sin dejar de ser al mismo tiempo un Dios de gracia. Sin embargo, por amor al Cristo hubo misericordia aun en este juicio, porque sirvió para hacer volver a Nabucodonosor.

Aprendiendo cierta justicia. Después de los siete períodos de tiempo establecidos, Nabucodonosor recuperó su cordura. (No sabemos exactamente cuánto duraron dichos períodos). El primer pensamiento que entró en su mente es que debía reconocer al Dios que se le había revelado como el Dios que posee toda soberanía. Ese Dios era el Dios de Israel.

Sin embargo, Nabucodonosor no reconoció a este Dios como único verdadero Dios; solamente lo vio como el Dios supremo. Aun así, se humilló delante de la majestad de Dios de nuevo. Y por amor al Cristo Dios tuvo misericordia con este rey pagano. Nabucodonosor fue aceptado nuevamente por el pueblo y también recuperó su autoridad. Sus consejeros y gobernadores lo reconocieron y su reinado tuvo aun mayor esplendor que antes.

Algún tiempo después, Nabucodonosor envió una proclamación a todas las partes de su reino en la cual explicó lo que había ocurrido. Se humilló a tal extremo que no trató de ocultar la humillante experiencia que había tenido. El rey reconoció que toda sabiduría pertenece al Dios que se le había revelado a través de Daniel, uno de los judíos. De esta manera algo del conocimiento del Dios viviente perduraba en el mundo. Dios estaba resguardando al mundo hasta que el evangelio del Cristo que vendría pudiese ser presentado a las naciones y su reino pudiese ser establecido en medio de los pueblos.

58: Como vasija de alfarero

Daniel 5

La historia que constituye el trasfondo de Daniel 5 quizás pueda ser reconstruida de la siguiente manera. Nabonido fue el último rey de Babilonia. Sin embargo, se ausentó por un tiempo bastante largo. Durante su ausencia, su hijo Belsasar fue quien realmente gobernaba. Al regresar a su trono, Nabonido huyó ante los persos que avanzaban, conquistaron a Babilonia sin hallar oposición, y llevaron preso al rey de Babilonia. Sin embargo, su hijo Belsasar pudo mantener una posición en la ciudad. Varios meses después que la mayor parte de la ciudad había sido conquistada, llegó Ciro al escenario. Siete días después fue conquistado por sorpresa el resto de la ciudad y Belsasar fue muerto mientras la defendía. Este ataque sorpresivo fue lanzado en la noche de la fiesta que nos relata Daniel 5.

No deberemos contar esta historia como si fuera un juicio personal sobre Belsasar. Si partiéramos de ese enfoque, ciertamente podríamos asociar numerosas advertencias a la historia (pastores evangélicos frecuentemente predican sobre esta historia precisamente desde ese punto de vista). En ese caso estaríamos olvidando que Belsasar era el rey, el representante del reino de Babilonia que sería despedazado.

Cuando Belsasar profanó los vasos del templo, se manifestó que el reino de Babilonia ya no tenía lugar alguno para esperanzas referidas al reino de Dios. Aunque hacía mucho que este naciente poder mundial había permanecido en oposición a la voluntad de Dios, Dios había tenido a bien utilizarlo para salvaguardar al mundo hasta la venida del Cristo. Pero ahora el imperio mundial de Babilonia ya no podía servir a ese propósito.

Debemos recordar que el juicio vino sobre Belsasar por el hecho de profanar los vasos del templo. El Dios que mostraba gracia a su pueblo Israel, mantenía su honor. De modo que si bien es preciso hablar del juicio, debemos hablar en primer lugar de la gracia y fidelidad de Dios al mantener el pacto. El Cristo mantiene su gloria en la destrucción de sus enemigos.

Pensamiento clave: *Dios mantiene su gracia en la destrucción de sus enemigos.*

Blasfemia contra el Dios del pacto. Después de Nabucodonosor hubo varios reyes más en Babilonia. El último de ellos fue Belsasar. Este fue hijo de un hombre que había tomado por la fuerza el trono de Babilonia. Posiblemente su madre pertenecía a la línea de Nabucodonosor, lo que significa que podía ser contado como uno de sus hijos.

Los persas ya habían conquistado mucho de Babilonia. Belsasar resistía en una parte de la ciudad. Fue en esa época cuando ofreció un gran banquete al cual invitó a sus oficiales en el gobierno y a sus esposas. Al dar así un banquete, estaba exhibiendo una actitud imprudente y arrogante. En su extravagancia ordenó que fuesen traídos los vasos del templo de Jerusalén para que sus huéspedes pudiesen beber de ellos mientras honraban a los dioses de Babilonia. Aquellos vasos eran los que Nabucodonosor había traído a Babilonia, los mismos que los israelitas habían usado en Jerusalén para honrar al Señor, el Dios del pacto. En este acto, la gracia del Señor para con su pueblo fue burlada y el nombre del Señor profanado.

El Señor condenó este poder mundial en el cual se adoraba la grandeza del hombre. Sin embargo, tuvo a bien utilizarlo para preservar a las naciones hasta el día de la venida del Cristo. Si ellas hubiesen sido dejadas solas, aquellas naciones se habrían despedazado mutuamente.

Pero el Señor no permitiría que el reino de Babilonia cometiese el pecado de blasfemar al Dios de Israel. Si eso fuese permitido, Babilonia hubiese traído destrucción y no preservación a las naciones. Por eso, cuando Belsasar comenzó a blasfemar, se selló el juicio sobre el reino de Babilonia. El Señor pronto revelaría esto a Belsasar.

Temor ante un Dios desconocido. De repente apareció una mano encima del trono real, una mano que escribió unas pocas palabras sobre el encalado de la pared. Al verlo, el rey quiso dar un salto, pero no pudo por el temor. Sus rodillas temblaban. El Dios que muestra gracia a su pueblo había pronunciado el juicio sobre Babilonia. ¡Ahora estaba escribiendo la sentencia en la pared! Pero Belsasar no conocía a este Dios ni quería conocerlo. Es precisamente el temor a lo desconocido lo que trae un horror tan profundo sobre nosotros.

Inmediatamente Belsasar llamó a los sabios para leer e interpretar las misteriosas palabras sobre la pared. Estaba dispuesto a recompensar

con grandes riquezas al hombre que lograra hacerlo. La esperanza de una interpretación aparentemente disminuyó la consternación del rey. Pero descubrió que ninguno de los sabios podía descifrar las palabras. Entonces el temor de lo desconocido volvió a apoderarse de él. Incluso los señores del reino estaban fuera de sí.

Aquí vemos el horror que caerá sobre todo aquel que no conoce al Dios del pacto. Sin la gracia que es nuestra en el pacto, Dios es un extraño para nosotros llenándonos de terror.

Revelación a través del profeta del Señor. Durante el disturbio causado por toda esta consternación llegó la reina madre al salón. Ella recordó al rey que todavía había otro sabio a quien podía consultar, es decir, a Daniel. En él, según ella dijo, moraba el espíritu de los dioses. Evidentemente Daniel había sido poco menos que olvidado por los sucesores de Nabucodonosor. La reina madre, sin embrgo, que bien pudo haber sido la hija de Nabucodonosor, recordaba con claridad lo que Daniel había hecho.

Cuando fue traído Daniel, él rechazó los dones del rey; puesto que servía al Dios verdadero, no profetizaba por recompensas. No obstante, estuvo dispuesto a leer la escritura e interpretarla. Daniel le recordó cómo Nabucodonosor se había exaltado a sí mismo y había sido humillado hasta que honraba al Dios que se hacía conocer a través del pacto con Israel. Belsasar sabía estas cosas. Sin embargo, había provocado al Dios de la gracia, al Dios que también tenía su vida en las manos. En consecuencia, el juicio de Belsasar y el juicio sobre su reino fueron revelados a través de aquellas misteriosas palabras sobre la pared.

Las palabras de la pared decían: *Mene, Mene, Tekel,* y *Uparsin*, que significa: *Contado, contado, pesado y dividido.* Los días de Belsasar y del reino de Babilonia eran contados. El Señor había pesado al reino y lo había hallado falto. Ni en Belsasar ni en su reino había quedado una sola bendición para el reino de Dios. El y su poder serían despedazados. Su reino sería dado a los medos y a los persas.

Aunque Daniel había anunciado el fin de Belsasar y de su reino, recibió honores reales. Lo más probable es que los sentimientos de horror de Belsasar se hayan desvanecido una vez que conocía el significado de las palabras sobre la pared.

El juicio de la gracia de Dios. Esa misma noche los persas hicieron un ataque sorpresivo. En la defensa de lo que aún quedaba de la ciudad fue

muerto Belsasar. El fin del reino babilónico había llegado.

El Dios de gracia juzgará a todos aquellos que se alejan de Dios y no quieren servirle en su gracia. El cortará toda vida en la que no encuentre restos de su Espíritu, toda vida que él halle falta. La sobernanía y la victoria pertenecerán eternamente a su gracia, es decir, al Cristo.

59: Adorando el nombre del Señor

Daniel 6

Jerusalén había sido capturada y el templo destruido. Había sido profanado el lugar divinamente establecido para la adoración. ¿Cesaría ahora en forma completa la adoración al nombre de Dios? Esa era la cuestión principal en la lucha en Babilonia—no la seguridad de Daniel o su poder sobre el reino.

Imagínense lo que habría ocurrido si los enemigos de Daniel hubiesen triunfado y si las oraciones a Dios realmente hubiesen cesado durante treinta días. La existencia del mundo se habría hecho imposible, porque el mundo solamente puede existir gracias a este lazo de oración entre el cielo y la tierra.

En esta historia se nos revela inmediatamente el Cristo. Jesús oró en la noche y en la hora de las tinieblas, cuando ya nadie podía orar. De la misma manera oró en la cruz. Allí el Cristo continuaba la adoración al nombre del Señor. En su fuerza, también Daniel pudo orar en oposición a la prohibición del rey.

No hemos de hablar solamente de Daniel y su fidelidad y su recompensa final al relatar esta historia a los niños. Esto también resulta claro de la siguiente consideración: de ninguna manera podemos afirmar que Dios salvará a todos los creyentes de todos los peligros temporales y de todas las angustias, tal como lo hizo con Daniel. Bien podría haber sido la voluntad de Dios permitir la muerte de Daniel. ¡Piense en todos aquellos que murieron por causa de su fe! Puesto que era preciso revelar que el mundo no puede existir sin las oraciones, el Señor decidió salvar a Daniel. Ese fue el único motivo para salvar a Daniel. Si es para la honra de su nombre, nos salvará a nosotros en la hora del peligro.

Por supuesto, es cierto que Dios ama a sus hijos, pero los ama por amor a sí mismo. En su gracia muchas veces relaciona el honor de su nombre con la protección de los suyos en el mundo. En su exaltación Daniel es un tipo del Cristo en su exaltación.

Para los paganos no era problema que durante treinta días no se elevasen oraciones sino al propio rey. Como descendiente de los dioses, el rey era representante de la divinidad. Cuando el pueblo dejó de orar por un

tiempo a sus dioses nacionales, se confirmó el domino absoluto del imperio persa.

Es obvio que el rey era un hombre débil que se dejaba guiar por sus ministros. Aparentmente malgastó la fuerza de su vida en banquetes y borracheras. Sólo por una noche se abstuvo.

La irrevocable ley de Media y de Persia era claramente el orgullo de este reino, pero al mismo tiempo también su pobreza. Esta historia también demuestra que las leyes establecidas en este reino muchas veces oprimían las vidas de los hombres. La regla en vigencia allí decía: Hay que hacer justicia aunque el mundo perezca. Por la cruz de Cristo aprendemos lo siguiente. Que se haga justicia para que el mundo sea salvado. Cristo ha cumplido los requisitos de la ley para que la justicia puede ser nuevamente el espíritu por el cual vivimos.

Pensamiento clave: *La adoración al nombre del Señor es mantenida en la tierra.*

El complot. Jerusalén había sido capturada y el templo destruido. El lugar de adoración divinamente establecido había sido profanado. Pero los creyentes oraban al Señor en su cautiverio también. El lazo de la oración entre el cielo y la tierra no se había roto. Pero era precisamente eso lo que el enemigo quería lograr—romper ese lazo.

Cuando se hizo la transición del gobierno babilónico al gobierno del imperio mundial de los medos y persas, el rey reorganizó el reino: se nombraron 120 gobernadores (sátrapas) sobre el reino y tres presidentes sobre los gobernadores. Daniel era uno de los tres presidentes. El Espíritu del Señor había dotado ricamente a Daniel, no solamente con fe y el don de la profecía, sino también con gran sabiduría. Por eso él sobresalió y pronto eclipsó a los otros dos presidentes. El rey incluso estaba considerando la posibilidad de colocar a Daniel a la cabeza de todo el reino. Entonces el rey quedaría aliviado de toda responsabilidad y podría vivir totalmente entregado a sus propios placeres.

Fue entonces cuando los otros presidentes y los gobernadores se sintieron muy celosos. Pero no fueron meros celos los que los impulsaban. También había la enemistad hacia los judíos, ese pueblo extraño que disfrutaba el privilegio de haber sido incluido en el pacto de Dios. Esta enemistad hacia los judíos era en efecto enemistad contra su Dios. Debido a esta enemistad, esos líderes no querían que Daniel tuviese el mayor puesto del reino.

Comenzaron a vigilar a Daniel y a reunirse con regularidad, pero no podían encontrar en su conducta ningún motivo para acusarlo. Finalmente decidieron que la única forma de deshacerse de Daniel era poner

en conflicto las leyes del reino con las leyes de su Dios. En ese caso Daniel sería fiel a su Dios.

Era fácil encontrar una ocasión para semejante conflicto. Los dos presidentes y los gobernadores fueron a entrevistar al rey y le propusieron un edicto según el cual nadie debía elevar oraciones durante treinta días, sino únicamente al rey. (En aquella cultura el rey era el representante de la divinidad). Esta unidad en la oración serviría para consolidar al reino.

Esta decisión debería ser establecida como ley de Media y de Persia, es decir, como una ley irrevocable. De esa manera los intrigantes querían emplear las leyes de ese reino mundial para causar la más grande injusticia posible a Daniel. Muchas veces aquellas leyes servían para arruinar la vida. En cambio, la ley del reino de Dios sirve para preservar la vida.

Supónganse que la ley hubiese sido obedecida. Supónganse que durante treinta días nadie haya orado al Señor. En ese caso el pueblo de Dios y todo el mundo habrían dejado de existir. El pueblo de Dios vive gracias a la oración, y gracias a la oración el mundo entero halla la seguridad. Por eso era de primordial importancia que este complot de parte de los enemigos de Dios no tuviera éxito. ¿Qué pasaría si realmente habrían cesado las oraciones en la tierra? Afortunadamente el mundo no puede callarse acerca del nombre de Dios, no importa con cuanto esfuerzo la gente trate de hacerlo, aun en la actualidad.

La oración de Daniel. Daniel se enteró del decreto del rey: cualquiera que transgrediese el edicto del rey sería arrojado al foso de los leones. Daniel también comprendió que no era solamente su vida lo que estaba en juego. Si Daniel hubiese pensado que solamente estaba en juego su vida, esto habría sido una señal de debilidad de su parte. Lo que realmente estaba en juego era el nombre de Dios y la adoración de dicho nombre. En fe Daniel se sometió a Dios. Esa sumisión le dio la fuerza para resistir el edicto del rey.

A las horas señaladas, tres veces al día, Daniel oraba como solía hacerlo siempre en su aposento alto que miraba hacia Jerusalén. Al mirar a Jerusalén quería indicar que continuaba las oraciones que anteriormente se habían elevado en Jerusalén. En la actualidad ya no hay un solo lugar establecido para la adoración. Por eso, el hecho de que Daniel mirase "hacia Jerusalén", significa para nosotros "mirar al Cristo".

Los enemigos de Daniel lo encontraron orando en su aposento y lo llevaron ante el rey. El rey se entristeció porque dependía de Daniel para el

gobierno de su reino. Además, él había visto algo especial en la fe que Daniel tenía en el Dios de Israel. Ese Dios era un Dios extraño y su pueblo también era extraño. ¿Se opondría el rey al Dios de Israel respecto de este asunto?

El rey postergó su decisión hasta la noche buscando alguna forma de rescatar a Daniel. Pero al anochecer, los gobernadores insistieron recordándole que la ley quebrantada por Daniel era una ley de Media y de Persia. El reino perdería su poder y se desharía si semejantes transgresiones no serían castigadas. Aquí los enemigos de Daniel usaron lo que puede llamarse la ley suprema a fin de causar una injusticia suprema. ¡Cómo la gente hace mal uso de la ley a veces! El propósito de la ley de Dios es proteger a la gente.

Finalmente el rey tuvo que entregar a Daniel. Sus últimas palabras fueron: "El Dios tuyo a quien tú sirves continuamente, él te libre" Aparentemente recordaba el extraño poder de este Dios.

De modo que Daniel fue fiel al nombre del Señor hasta la muerte. Daniel oró. Sólo gracias al poder del Cristo pudo permanecer fiel. Cristo es quien oró cuando el infierno se desató y cuando ya nadie podía orar. Si el Cristo no hubiese orado entonces, el mundo habría perecido. En esa oración, elevada en medio de su sufrimiento, se encuentra victoria y nuestra reconciliación.

Debido a la victoria del Cristo, aquellos que creen en él tendrán la victoria en fe. No debemos preocuparnos de antemano si tendremos suficientes fuerzas. El Señor nos dará la fuerza que necesitemos para la conquista.

La respuesta del Señor. Cuando Daniel había sido echado al pozo de los leones, se selló la puerta para que nadie pudiese intentar rescatarlo. El rey no pasó la noche como solía hacerlo. No comió ni bebió. Seguramente se habrá preguntado si Dios haría prevalecer ahora su justicia sobre la justicia del rey.

¿Libraría Dios a Daniel? ¿Siempre libra Dios a los suyos de los peligros y angustias temporales? Si creemos, Dios salvará nuestras vidas tomando todas las medidas necesarias para que nuestras vidas no sean vividas en vano. Pero si nos libra o no de algún peligro específico temporal, depende de si el honor de su nombre sería exaltado mediante nuestra liberación. Dios libró a Daniel por amor a sí mismo. Por amor a sí mismo también librará a aquellos que creen en él. Dios relaciona su honor con la protección de su pueblo.

Daniel se sometió a la voluntad del Señor. Sin embargo, debe haber clamado a Dios desde el pozo de los leones. Aunque Dios había decidido salvar a Daniel, Daniel tenía que recibir la gracia de Dios mediante la oración en fe. En respuesta a la oración, Dios cerró las bocas de los leones. Daniel reconoció que era digno de muerte, pero pidió a Dios que lo librase por amor a su nombre en Babilonia. Daniel oró como oró el Cristo. Su oración fue oída en medio de su temor.

A la mañana siguiente el rey halló a Daniel con vida. Daniel reconoció que Dios lo había librado porque era inocente ante Dios en este asunto; no pudo obrar de otra manera. También insistió que no había cometido ningún crimen contra el rey. La transgresión del mandamiento del rey no era una injusticia, porque el mandamiento en sí era injusto.

Después que Daniel había sido rescatado del foso de los leones, fueron echados en él los que le habían tendido aquella trampa, junto con sus esposas e hijos. Los leones los despedazaron. No solamente el rey ejercía la venganza humana, sino que el Señor estaba vengando también su justicia en aquellos que habían despreciado la adoración de su nombre, aquellos que se habían establecido por enemigos de su pueblo, aquellos que habían querido hacer imposible la existencia del mundo. Así es como Dios recompensa a los que le odian.

El decreto real. Luego el rey publicó un decreto dirigido a todos los pueblos. En él declaraba que todo el mundo debía temblar ante el Dios de Israel. El rey confesó que el Señor es el Dios viviente y verdadero Rey, que él es el libertador, el Dios que realiza milagros de liberación sobre la tierra.

Por supuesto, no hemos de considerar este hecho como prueba de una verdadera conversión por parte del rey. Tampoco se convirtieron las naciones de su imperio al Dios viviente en respuesta a aquel decreto. No obstante, el nombre del Señor fue honrado a través del imperio. Y gracias a este lazo con el nombre del Señor el mundo pudo ser preservado hasta la venida del Señor Jesucristo en la carne. Esta revelación del Señor al mundo entero debe haber fortalecido en gran manera la esperanza del evangelio.

Daniel fue honrado en el reino. En esta exaltación fue un tipo del Cristo quien obedeció a Dios en todas las cosas. En su exaltación a la diestra de Dios, el Cristo recibió todo el poder de los cielos y de la tierra.

La liberación de Daniel también fue una profecía que señalaba hacia

la liberación de Israel del cautiverio babilónico. Si la adoración de Israel tan solamente quedase intacta, el pueblo del pacto no podría perecer. Daniel había orado diariamente por esta liberación al "hacer confesión delante de su Dios", es decir, cuando confesaba los pecados del pueblo y expresaba su fe de que Dios sería misericordioso.

Después del exilio

60: La restauración temporal de la casa del Señor

Esdras 1—6

Los judíos que regresaron del exilio fueron principalmente familias pertenecientes al reino de Judá de antes. Sin embargo, habían algunos miembros de las otras tribus entre ellos. De esa manera el pueblo de Israel fue restablecido en Canaán como las doce tribus.

Sin embargo, esto solamente fue una restauración temporal y parcial. Aunque el templo fue reconstruido, la gloria de la gracia del Señor no lo llenó como había llenado al primer templo; y el arca no fue reconstruido. Dios tampoco volvió a revelarse mediante Urim y Tumim.

Además, la casa de David no fue restaurada a su soberana autoridad anterior; el pueblo de Israel siguió dependiente del poder mundial cuando el palacio del rey estaba bajo la sombra del hermoso templo. La gloria del reino de Dios, en el cual Dios habitará con los hombres y con los hombres y en el cual el Hijo de la casa de David ejercerá poder soberano, fue sólo débilmente prefigurada en aquellos días.

Esta imperfección en la restauración fue resultado del pecado de Israel. Sin embargo, también estos eventos ocurrieron bajo la dirección de Dios. El pueblo debía ser conducido cada vez más lejos de la sombra a la luz de la realidad. Paulatinamente debía ser librado del antiguo pacto, es decir, de la antigua forma del pacto de gracia, a fin de estar preparado para recibir el pacto nuevo.

Fue en ese entonces que Hageo dijo algunas palabras que arrojaron luz: "Porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos. Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis" (Hag. 2:4-5). Ahora era cuestión de esperar la palabra que sólo se había manifestado parcialmente en la señal. El cumplimiento de esa palabra estaba a punto de realizarse mediante la venida del Cristo.

Hemos de considerar a Esdras 4:6-23 como una sección insertada. Ella nos muestra con los samaritanos impidieron y obstaculizaron la obra, no solamente durante la construcción del templo sino también después, cuando se levantaban los muros de la ciudad. De modo que el versículo 24 debe ser leído como si siguiera inmediatamente al versículo 5.

Pensamiento clave: *La casa del Señor es temporalmente restaurada como una profecía que señala a la morada de Dios en el Cristo.*

El regreso operado por la palabra del Señor. Habían transcurrido casi setenta años desde que los primeros judíos habían sido llevados al cautiverio. Ahora seguramente vendría el tiempo cuando regresaría Israel a su tierra y cuando el servicio del Señor sería restaurado en Canaán.

El imperio babilónico había sido reemplazado por el de los medos y persas. El primer gobernante del nuevo imperio fue Ciro. ¿Permitiría semejante gobernador mundial que el pueblo del Señor regresara a su tierra? ¿Les daría permiso para restablecerse en Canaán? Aquello solamente podría ocurrir mediante un milagro de la gracia de Dios.

Mucho antes de esto, el profeta Isaías había dicho que un día cierto rey ascendería al trono de un poder mundial. El Señor le ordenaría a aquel rey que dejase ir a su pueblo. Obedecería como siervo del Señor. Ciro probablemente había oído de aquella profecía. Esa palabra lo dominó; no se atrevía a resistirla. El Señor era demasiado fuerte para él.

Ciro envió un edicto a través de todo su reino que el Señor le había ordenado construirle una casa en Jerusalén. En ese edicto reconoció que el Señor, el Dios de los cielos, le había dado todos los reinos de la tierra. Quien perteneciese al pueblo del Señor debía ir a Jerusalén para construir dicha casa. El pueblo en medio del cual habían vivido los judíos debía darles ofrendas voluntarias de oro o plata o de otras cosas costosas o de animales para el templo del Señor. Así como lo habían hecho una vez al salir de Egipto, ahora los judíos debían partir con los tesoros del pueblo en cuyo medio habían vivido como extranjeros.

Acontenció tal cual había mandado el rey. El pueblo dio ofrendas conforme a su posibilidad para el servicio del Señor en Jerusalén. El rey Ciro también devolvió los utensilios de oro y plata que Nabucodonosor había traído de Jerusalén. Por la gracia del Señor los utensilios fueron restaurados a su servicio original. El rey los entregó a Sesbasar o Zorobabel, un hijo de Joaquín, es decir, un descendiente de la casa de David. Este Zorobabel llegó a ser el líder de la expedición y fue reconocido como su cabeza.

Desafortunadamente, no todos los exiliados quisieron regresar. Muchos de ellos habían comenzado a sentirse muy cómodos en la tierra de su exilio y habían comenzado a prosperar allí. El deseo de servir al Señor en el templo no fue la preocupación principal de sus vidas. Al permane-

cer allí ellos despreciaban el pacto y la gracia del Señor.

Por la mayor parte, los judíos que regresaron eran miembros de las tribus de Judá y Benjamín, es decir, familias de lo que había sido el reino de Judá. Sin embargo, también fueron unos judíos de las otras tribus con ellos. Así el pueblo fue restablecido en Canaán como las doce tribus de Israel. La palabra y el Espíritu del Señor impulsaron a los que fueron a Jerusalén. También aquí fue evidente que sólo por el poder de la gracia Israel era el pueblo de Dios.

También regresaron muchos sacerdotes y levitas. Entre ellos habían quienes no tenían seguridad respecto de su linaje. Zorobabel decidió que los consideraría sacerdotes en cuanto a su sostén, pero que por ahora no servirían en el santuario. Una vez que el pueblo tuviese un sumo sacerdote, él podría inquirir del Señor por medio de Urim y Tumim.

Zorobabel esperaba una restauración tan completa de la comunión entre Dios y su pueblo que hasta podrían preguntar por la voluntad del Señor. Pero esa restauración completa no se produjo. El antiguo pacto no fue restaurado a su plena gloria. El pueblo tendría que aprender a esperar el pacto nuevo en el cual podemos disfrutar plena comunión con Dios a través del Cristo y del Espíritu Santo.

El comienzo de la restauración del servicio del Señor. En el séptimo mes, poco después de haber llegado, el pueblo se reunió como un solo hombre en Jerusalén. Esta asamblea nacional fue dirigida por Zorobabel quien era el líder, y por Jesúa el sumo sacerdote. Lo primero que hicieron fue construir el altar de las ofrendas quemadas sobre el sitio original para poder ofrecer sacrificios al Señor. Temían al pueblo que vivía en la tierra misma y alrededor y buscaban la comunión con el Señor en el altar para ser fortalecidos en su fe. En este séptimo mes también celebraron la fiesta de los tabernáculos.

Sin embargo, todas estas eran todavía medidas temporales. Todavía no habían comenzado la reconstrucción del templo del Señor. Sin demora dieron los pasos necesarios. Importaron madera de cedro desde el Líbano. En el segundo año después de su regreso fueron puestos los cimientos del templo.

Al terminar esto, los sacerdotes y levitas alabaron al Señor, de modo que el pueblo en fe pudiese encontrar al Señor en la adoración. Entonces todo el pueblo hizo exclamaciones de gozo, alabando y dando gracias al Señor.

Sin embargo, hubo allí algunos ancianos que habían visto el templo de Salomón antes que fue destruido. Ellos no gritaron de alegría sino que lloraron en alta voz. Si bien los cimientos del nuevo templo eran grandes, conforme a lo ordenado por Ciro, ¿dónde habían quedado las riquezas y el poder de los días de Salomón? ¿Llegaría este nuevo templo a ser algo?

Esto fue incredulidad de parte de los ancianos del pueblo, porque lo que es realmente importante no son los medios, sino la gracia del Señor. Sin embargo, en parte tenían razón en tener recelos porque la restauración no lograría recuperar el esplendor de antes. El pueblo tendría que poner su esperanza en la gloria que sería revelada en el Cristo.

Los gritos de los jóvenes superaron el llanto de los ancianos. Sin embargo, los jóvenes no comprendieron el significado de la historia de aquellos días, el significado del carácter temporal de esta restauración.

Vacilación en el momento de tentación. En el reino anterior de las diez tribus, los samaritanos habían surgido como un pueblo. Habían nacido de los matrimonios mixtos entre los judíos que habían quedado en la tierra y los pueblos que fueron introducidos a ella y que se habían radicado allí. Cuando estos samaritanos oyeron que los exiliados que habían regresado habían comenzado a restaurar el templo en Jerusalén, pidieron permiso para ayudar en la construcción. Afirmaron que ellos también habían estado ofreciendo sacrificios al Señor desde que fueron introducidos su adoración.

Sin embargo, la adoración que ellos hacían era el culto falso dedicado a los becerros de oro, un culto que se basaba en la voluntad de los hombres y que no era conforme al pacto del Señor. Además, este pueblo había nacido de los matrimonios mixtos entre judíos y otros pueblos, algo que había prohibido el Señor. Estos pueblos no guardaban el pacto del Señor. Por eso Zorobabel, Jesúa, y los jefes de las familias no les permitieron ayudar en la construcción. Desde allí en adelante, los samaritanos fueron enemigos enconados de los exiliados que habían regresado a su tierra.

En esta petición de los samaritanos había una tentación para el pueblo. ¿Guardarían el pacto del Señor en su forma pura? No cedieron a la tentación. ¿Pero realmente vencieron la tentación por la fe, o basaron aquel rechazo en su orgullo nacional? Si se hubieran basado exclusivamente en la fe, habrían sido capaces de resistir la oposición y los problemas que los samaritanos les causaron desde entonces en adelante. Pero

puesto que no habían actuado por fe, no pudieron hacer frente a la resistencia de los samaritanos.

Los samaritanos sobornaron a los consejeros de Ciro, con el resultado de que él retiró su favor y cooperación. El trabajo de restauración ya no contaba con el apoyo de todas partes. Como resultado de la oposición, el pueblo se desalentó. Sus manos decayeron y el trabajo de la restauración fue suspendido. La fe no había ganado la victoria; el pueblo había desfallecido ante la tentación.

Los samaritanos no solamente se opusieron al trabajo en aquel entonces, sino también más tarde, bajo los reyes Asuero y Artajerjes. Para entonces hacía mucho que la construcción del templo se había terminado y el pueblo estaba ocupado con la reconstrucción de los muros de Jerusalén. Al enviar una carta al rey de Persia, en la que los samaritanos destacaron la rebeldía pasada de Jerusalén, incluso lograron obtener una prohibición del trabajo de la reconstrucción de la ciudad. Sin embargo, todo lo que los samaritanos lograron en el período que estamos considerando fue una suspensión de la reconstrucción del templo. En un tiempo de tentación, la fe no logró ganar la victoria.

La reconstrucción del templo. Los trabajos en el templo quedaron parados durante catorce años. Si bien el pueblo iba a Jerusalén para celebrar las fiestas en esa época y si bien ofrecían sacrificios en el altar restaurado, el celo por la casa del Señor había disminuido en gran manera. Los ricos construyeron espléndidas casas para sí mismos, pero el pueblo decía que los tiempos no eran propicios para la construcción de la casa del Señor.

Entonces el Señor envió al profeta Hageo. En el nombre del Señor, él amonestó al pueblo por su negligencia. Si tan solamente comenzaran el trabajo en la casa del Señor con amor, verían cuánto los bendeciría el Señor. Ahora no experimentaban sino adversidad porque el Señor no tenía el primer lugar en sus vidas. Este mensaje profético hizo una profunda impresión en el pueblo, de modo que inmediatamente reiniciaron la obra.

Al mismo tiempo, Hageo habló una palabra de consuelo al pueblo. Los medios y recursos humanos de que disponían no eran comparables con lo que había tenido Salomón a su disposición. Con todo, el Señor estaba con ellos con la palabra de su pacto y con su Espíritu. Si tan solamente podían creer eso, verían un esplendor mucho mayor que el del templo de Salomón. Esta restauración no fue sino temporal. El Cristo

vendría a este templo. El volvería a hacer toda la tierra un templo de Dios. El profeta Zacarías también fortaleció las manos de Zorobabel y Jesúa a fin de perseverar en la obra.

El pueblo realmente necesitaba este fortalecimiento porque el gobernador nombrado por el rey persa, había autorizado una investigación al oír que se había reiniciado la restauración. Inclusive obtuvo los nombres de los capataces en forma escrita. Se le había informado que el templo había sido destruido por Nabucodonosor como resultado del pecado del pueblo. Luego Ciro había dado la orden de la reconstrucción, pero la oposición había detenido el trabajo.

El gobernador envió un informe a Darío rey de Persia. En este informe decía al rey lo que había oído y solicitaba una investigación a fin de determinar si todas aquellas cosas eran ciertas. Efectivamente, en los archivos se halló un documento que mencionaba el decreto de Ciro. Entonces Darío ordenó al gobernador a ayudar en la reconstrucción con todos los medios posibles. Cualquiera que no obedeciere este decreto debía ser ahorcado.

Darío incluso escribió las siguientes palabras: "Y el Dios que hizo habitar allí su nombre destruya a todo rey y pueblo que pusiera su mano para cambiar o destruir esa casa de Dios la cual está en Jerusalén". Con estas palabras Darío reconoció al Dios de Israel. También pidió la intercesión de los sacerdotes en Jerusalén a favor de él y sus hijos. Israel volvía a recibir el honor de ser una nación de sacerdotes que oraba por el bienestar del mundo.

Gracias al favor del Señor para con su pueblo, fue posible completar la reconstrucción del templo. En el sexto año del reinado de Darío se realizó la dedicación del templo con los sacrificios requeridos. Posteriormente, en el tiempo indicado, el pueblo celebró la pascua con gran regocijo. Se regocijaban en el Señor. ¡Si tan solamente dejaran de confiar en el templo y en su propio servicio rendido al Señor! ¡Si tan sólo continuasen mirando adelante hacia la venida de aquel en quien todas las profecías serían cumplidas, es decir, en aquel en quien Dios daría su favor pleno a su pueblo!

61: El restablecimiento de la ley

Esdras 7—10

Esdras fue un escriba, pero no en el sentido negativo que el término tuvo tiempo después. Era experto en la ley de Moisés y fue el copilador de los libros del Antiguo Testamento.

El tiempo de Esdras fue un tiempo de transición. Antes de ir al cautiverio, el pueblo era culpable repetidamente del pecado de idolatría; no así después del exilio. Ahora prevalecería la ley en Israel. Este cambio se debía especialmente a la obra de Esdras. Desafortunadamente, después el pueblo cayó en otro pecado, es decir, el de buscar su justicia mediante la obediencia a la ley.

Aparentemente Esdras vino de Babilonia a Jerusalén para ver que la ley fuera restaurada en la vida de los exiliados que habían regresado. En otras palabras, parece que el primer grupo de exiliados, que regresó de Babilonia bajo el liderazgo de Zorobabel y Jesúa había sido motivado principalmente por un anhelo de la libertad.

A través de Esdras el pueblo fue sujetado a la justicia del Señor. En este sentido Esdras fue un tipo del Cristo que nos libera de la ley, al menos si en este contexto pensamos de la ley sólo como una fuerza que nos controla y limita desde afuera. Cristo hace esa obra poniendo su Espíritu en nosotros y escribiendo su ley en nuestro corazón. Sin embargo, al hacerlo restablece la justicia de la ley en nosotros.

Esdras es aun más un tipo del Cristo cuando se identifica con el pecado del pueblo y cuando hace confesión como si el pecado del pueblo hubiese sido suyo propio. La confesión de culpa en Esdras 9 llega a la presencia de un Dios desde lo más interior del corazón. Esdras se siente abatido, tal como el Cristo fue lleno de un sentido de horror y profunda angustia en el Getsemaní (Mr. 14:33).

Esdras procede a quitar de Israel las esposas extranjeras. Como tipo del Cristo, limpia su era (véase Mt. 3:12; Lc. 3:17) y actúa con un celo que no perdona nada. En su vida las siguientes palabras también fueron una realidad: "El celo de la casa de Dios me consume".

Las mujeres extranjeras con sus hijos fueron expulsados. En el Nuevo Testamento leemos: "Porque el marido incrédulo es santificado en la

mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos" (1 Co. 7:14). Sin embargo, en el Antiguo Testamento el pueblo tenía que ser consagrado levíticamente, es decir, ceremonialmente, como una sombra de la santidad del pueblo de Dios. La espada que hiere a Israel es en este caso una profecía que señala a la espada que heriría al Cristo. Por cierto, hiere la propia carne y sangre de Israel a través de los hijos.

Pensamiento clave: *La justicia de la ley es restablecida.*

Subiendo a Jerusalén. Cuando el rey de Persia dio al pueblo el permiso para regresar a su propia tierra, muchos lo hicieron bajo el liderazgo de Zorobabel y Jesúa. Pero hubo muchos otros que habían prosperado en Babilonia y preferían permanecer allí. Muchos sacerdotes y levitas, en particular, permanecieron en la tierra del cautiverio. Aparentemente los miembros de la primera expedición estaban más preocupados por la recuperación de su libertad que por el restablecimiento de la justicia y la ley de Dios en la vida del pueblo.

Por eso Dios despertó otro tipo de espíritu entre aquellos que se quedaron. El Señor lo hizo especialmente mediante el sacerdote Esdras. Esdras fue lleno de celos por la ley del Señor y quería ver que esa ley fuese restablecida en la vida del pueblo de Dios en Judá.

Aparentemente el lo consideraba como una desgracia que tantos sacerdotes habían quedado en Babilonia. Por eso quería despertar especialmente a los sacerdotes, a los levitas y a los siervos del templo. Esperaba llevarlos consigo a Jerusalén.

Anticipadamente informó a Artajerjes rey de Persia de sus planes. Dios puso en el corazón del rey la determinación de dar su apoyo total al pueblo judío. El rey mismo envió a Esdras un regalo importante de oro y plata como también de algunos platos y vasos de oro y plata procedentes del tesoro real. Incluso se le permitió a Esdras levantar una ofrenda entre los habitantes de la tierra. También se le autorizó a pedir de los judíos que todavía vivían en la tierra sus ofrendas para la restauración de la casa del Señor en Jerusalén. De esa manera logró reunir un gran tesoro.

Además, el rey ofreció a Esdras un destacamento de soldados y hombres de a caballo para el viaje a través de las regiones desoladas. Pero el propósito del viaje de Esdras era el restablecimiento de la justicia del Señor. Esa justicia sería su escudo protector. Por eso rechazó la escolta real.

En el primer mes, Esdras reunió a todos los que habían decidido acompañarlo. Pronto se vio que si bien eran muchos los sacerdotes, eran pocos los levitas. Una vez más, Esdras hizo una súplica a los levitas. Esta vez Dios tocó sus corazones, y muchos de ellos decidieron acompañarlo.

Esdras tuvo cuidado de llevar una cuenta precisa del tesoro que había recibido. Encomendó el tesoro en manos de doce sacerdotes a quienes había apartado para este propósito. Ellos serían responsables de protegerlo. No era un tesoro personal de Esdras, sino del Señor. Después comenzaron su viaje.

Durante aquel viaje, que duró muchas semanas, el Señor los protegió. Llegaron a Jerusalén con todas sus posesiones. El tesoro fue contado y pesado y aparentemente nada faltaba. Esdras también había traído consigo una carta del rey dirigida a los gobernadores con órdenes de proveer a Esdras toda la ayuda que necesitase para su empresa. En Jerusalén se sacrificó una gran ofrenda de dedicación y agradecimiento al Señor.

El Señor dio a Esdras la buena voluntad del pueblo que vivía en Jerusalén. No preguntaron porqué este hombre extranjero viniese para decirles lo que decía la ley; sencillamente se sometieron a él como a alguien enviado por Dios.

El Señor Jesucristo vino a nosotros de la misma manera para restablecer los derechos de Dios sobre nuestras vidas. ¿Lo rechazaremos ahora como un extranjero, o lo reconoceremos como aquel que fue enviado por Dios?

Una confesión de culpas. Poco tiempo después algunos oficiales vinieron a Esdras para decirle que muchos de los judíos se habían casado con hijas de los paganos que vivían en la tierra. Mediante estos matrimonios mixtos el pueblo había rechazado la ley una vez más, y había negado el carácter especial que tenía como pueblo de Dios.

Cuando Esdras oyó esto, rasgó sus vestidos y se arrancó cabellos de su cabeza y de su barba. Estaba horrorizado y se sintió angustiado en extremo al pensar en el poder del pecado y del juicio que tendría que venir por causa de este pecado.

Esdras no lo consideró solamente como un pecado del pueblo; también era *su* propio pecado. Esdras tomó el pecado sobre sí mismo totalmente por el hecho de pertenecer a ese pueblo. También el Señor Jesucristo se hizo uno de nosotros. El tomó nuestros pecados sobre sí y fue

abatido, particularmente cuando llegó al huerto de Getsemaní y comenzó a sentir aquel horror y profunda angustia. En la cruz sufrió el terror de nuestros pecados cuando Dios le abandonó.

Esdras estaba muy angustiado hasta la hora del sacrificio vespertino. Aunque los oficiales le hablaban, él no los oía. Estaba sufriendo en la profundidad de su corazón en favor del pueblo.

Finalmente se levantó, se arrodilló ante el Señor, extendió sus manos hacia el cielo y oró diciendo: "Dios mío, apenas me atrevo a aparecer en tu presencia porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo. Días pasados nuestros padres pecaron, y nos enviaste al cautiverio. Ahora has vuelto a darnos un poco de luz y has comenzado una restauración. Pero nosotros hemos vuelto a dejar tus mandamientos. ¿Detendrás ahora el enojo que amenaza consumirnos de modo que no quede remanente que pueda escapar? No hay ninguno que pueda estar en tu presencia".

Esdras se humilló porque se identificó con los pecados del pueblo. El Cristo también se humilló hasta la afrenta y agonía más profunda del infierno. Cuando Esdras elevaba aquella oración, se estaba sometiendo al juicio de Dios.

Limpiando la era. Esta confesión de culpa tuvo un efecto contagioso en el pueblo, y muchos se unieron a Esdras en una confesión de pecados. Mediante su confesión el pueblo vio un rayo de esperanza. Percibieron que este hombre, al ser totalmente sacudido, había tocado las profundidades de la misericordia de Dios. Y en efecto así era. Fue posible porque el Espíritu del Cristo estaba en Esdras, el Espíritu de aquel que solo podía abrir las profundidades de la misericordia de Dios para nosotros mediante su padecimiento en la cruz.

El pueblo también afirmó que estaba dispuesto a terminar con sus pecados. Ante esta afirmación, Esdras fue sobrecogido de un celo resoluto. Esto también demuestra cómo estaba el Espíritu del Cristo en él, el Espíritu de aquel que fue consumido por el celo de la casa del Señor. Nosotros tenemos que confesar nuestros pecados y entonces renunciarlos. Como consecuencia, Esdras envió una proclama a través de toda Judá que decía que dentro de tres días todo hombre debiera comparecer en Jerusalén.

En tres días todos ellos estuvieron allí. El hecho de ser invierno y de estar en la época de las lluvias no detuvo a Esdras. Allí estaban delante de él bajo la lluvia torrencial—todos ellos. Esdras les habló. El pueblo

temblaba de frío y por causa de la lluvia, pero también temblaba ante el poder de la palabra de Dios que venía a través de Esdras.

Fueron muy pocos los que se resistieron; el pueblo fue sobrecogido por aquel poder. Sin embargo, protestaron que la purificación del pueblo no se podría hacer en un día. Solicitaron a Esdras que designase una comisión ante la cual aparecerían todos los que se habían casado con mujeres extranjeras.

Así hicieron. Las mujeres extranjeras fueron enviadas fuera de la tierra con sus hijos. Luego hubo llanto en Israel por tantas familias quebrantadas. Esta miseria cayó sobre aquellas mujeres y niños por causa del pecado del pueblo al rechazar la ley. La justicia de la ley tendría que ser reafirmada en Israel, de modo que el pueblo pudiese ser otra vez un pueblo santo, un pueblo consagrado.

El pacto de Dios aún estaba limitado al pueblo de Israel. Las otras naciones todavía no podían tener parte en él. La situación clamaba por la venida del Cristo, a través de quien se desmoronaría el muro divisorio entre Israel y las naciones, y otras naciones también pudiesen compartir el pacto de Dios.

La separación operada por Esdras en aquella ocasión fue una señal de la separación que debe haber entre nosotros y el pecado, y también fue una señal del triunfo sobre el pecado en el Cristo quien se identificó con nuestro pecado. Una espada atravesó su alma, así como Israel fue atravesada por una espada aquí. A través del poder de su sufrimiento nosotros somos purificados en nuestros pecados.

Seamos agradecidos de que el Cristo nos fuera enviado de Dios para este preciso propósito. Debemos aprender a depositar nuestra fe en él. Entonces despertará su poder también en nosotros.

62: Un testigo

Ester 1—10

El libro de Ester (Hadasa) es en realidad el libro de Mardoqueo. En el último capítulo del libro leemos que Mardoqueo fue "grande entre los judíos y estimado por la multitud de sus hermanos, porque procuró el bienestar de su pueblo y habló paz a todo su linaje". Todos los hechos de Mardoqueo, desde el comienzo del libro de Ester hasta su fin deben ser vistos en esta luz. Mardoqueo obtiene noticias de la corte y trata de tener tanto contacto como le fuese posible con ella. Mardoqueo hace todo ello porque le preocupa constantemente el bienestar de su pueblo. En este sentido es un tipo de Cristo.

Los acontecimientos que se narran en el libro de Ester probablemente ocurrieron después de que muchos de los exiliados habían regresado a su propia tierra. Ese regreso fue descrito en el libro de Esdras. De modo que la historia de Ester y Mardoqueo probablemente debe ser colocada entre el libro de Esdras y los acontecimientos registrados en el libro de Nehemías.

Aparentemente muchos de los exiliados estaban bien cómodos en la tierra de su exilio y habían decidido permanecer allí mientras otros partían a Jerusalén. De modo que vivían en desobediencia. A pesar de esto, el Señor se acordaba de ellos y les dio en Mardoqueo un libertador.

Muchos de los que permanecieron en la tierra del exilio, fueron absorbidos posteriormente por diversas naciones. Pero ahora estos judíos eran puestos una vez más como testigos en medio de las naciones. Los judíos todavía eran el pueblo especial del Señor y era por amor a su nombre que sus vidas eran amenazadas. Ese significado especial de los judíos llegó a su fin después de la obra de Cristo en la tierra. Ataques posteriores lanzados contra los judíos no deben ser considerados como ataques contra el pueblo del Señor, y no deben ser identificados con Amán y sus motivos. La persecución de los judíos en el siglo veinte se obedece a motivos diferentes.

Pensamiento clave: *El pueblo del Señor es puesto en medio de las naciones como testigo por amor a su nombre.*

Primer contacto con la corte. No todos los exiliados del pueblo del Señor habían aprovechado la oportunidad de regresar a su propia tierra. Evidentemente habían prosperado en la tierra de su cautiverio. Si bien no olvidaron completamente el pacto y la promesa y la ley del Señor, obviamente el pacto ya no gobernaba la totalidad de sus vidas. No los impulsaba el ardiente deseo de ver la revelación de la gracia del Señor en su templo. De modo que vivían en desobediencia. A pesar de ello, el Señor se acordaba de ellos; Dios no había quebrantado su pacto con sus hijos desobedientes.

En aquellos días, Asuero (Jerjes) era rey del imperio medo-persa. Habiendo logrado gran poder, pensó en emprender una expedición mayor contra los griegos. A ese fin llamó a todos los grandes y poderosos del reino a reunirse en Susa, la ciudad capital. Durante 180 días discutió sus planes con ellos. Al fin de aquel período estuvo tan satisfecho con el resultado que ofreció un gran banquete para todo el pueblo en Susa, un banquete que duró 7 días. Rodeado por el esplendor real se sentó con sus súbditos, tanto grandes como pequeños, a la mesa del banquete. La reina Vasti hacía banquete con las mujeres.

En el último día de la fiesta, habiendo concluido el banquete, el rey quiso que la reina apareciera y mostrara a todos su belleza. Aquello era contrario a la costumbre. Algunas veces las mujeres compartían los banquetes con los hombres, pero al final de la cena, cuando los comensales comenzaban a beber mucho, las mujeres que habían sido honradas solían retirarse. Pero ahora el rey, que estaba ebrio, quería que la reina fuese traída al terminar la cena. Puesto que Vasti era una mujer de carácter, ella rehusó, probablemente esperando que el rey desistiera de su petición al comprobar su actitud firme.

Pero el rey se sintió insultado. ¿Terminarían todos estos gloriosos días en una derrota causada por una mujer? El rey buscó el consejo de sus consejeros. Después de haber discutido el asunto, el vocero de ellos respondió que Vasti había ofendido no solamente al rey, sino también a los príncipes y a todos los pueblos del reino. Si la reina podía ser desobediente sin sufrir castigo, las demás esposas se rebelarían contra sus maridos y entonces el imperio se desmoronaría.

Estos consejeros estaban adulando al rey; no se atrevían enfrentarle con el mal que él mismo había hecho. Su proposición era que la reina fuese alejada de su posición real. Todo esto debía implementarse mediante un decreto real, una ley de Media y de Persia que no puede ser revocada. Temían que luego el rey cambiase de parecer respecto de Vasti y

que entonces padecerían bajo la ira de ella. El rey siguió el consejo y Vasti fue alejada definitivamente de su posición real.

Probablemente fue después de estos acontecimientos que Asuero haya emprendido su expedición contra los griegos. La expedición duró tres años y terminó en un fracaso. Al regresar a casa, Asuero trató de olvidar su desgracia y derrota. Fue entonces que se acordaba de Vasti y lamentaba que los acontecimientos hubiesen tomado dicho curso. Sus siervos le aconsejaron que se buscasen en todo su imperio inmenso a muchas hermosas vírgenes. Estas serían traídas al haren en Susa donde el rey podría escoger a la más hermosa de ellas para luego hacerla reina.

En aquellos días había cierto judío llamado Mardoqueo que se encontraba diariamente en la vecindad del palacio. Mardoqueo estaba muy preocupado por el bienestar de su pueblo y trataba constantemente de descubrir lo que ocurría en la corte real. El quería hacer cuanto estuviese a su alcance para beneficiar a su pueblo.

Este Mardoqueo había adoptado a su prima, la hija de su tío, como hija propia. Ella era mucho menor que él, y él se ocupó de que estuviese entre las doncellas que habían de ser presentadas al rey. (Su nombre persa era *Ester*, que significa *estrella*; su nombre hebreo era Hadasa). Si ella llegaba a ser parte de la corte y si recibía el honor de ser escogida como reina, Mardoqueo estaría en una posición fuerte para actuar a través de ella en bien de su pueblo.

El deseo de ayudar a su pueblo fue el motivo que impulsaba a Mardoqueo. La preocupación de su corazón era el bienestar del pueblo de Dios. Este deseo provenía del Espíritu Santo, pero la forma en la que Mardoqueo trató de cumplir su deseo no era de Dios. ¿Cómo se atrevía a entregar a Ester a una forma de vida tan pagana?

El hecho de seguir un camino equivocado ya se demostró cuando mandó a Ester que no revelase a nadie su identidad judía. Después de todo, los judíos eran un pueblo aborrecido. Eso también significaba que Ester no podía decir a nadie que era prima de Mardoqueo. Pero Dios gobierna aun las deliberaciones pecaminosas de los hombres y las emplea para cumplir su consejo. Ester fue elevada a la posición de reina y Mardoqueo esperaba tener influencia a través de ella.

Casi al mismo tiempo Mardoqueo descubrió que dos de los siervos del rey tenían planes de traicionarlo. Los dos planeaban dar muerte al rey. Mardoqueo hizo saber estos planes a Ester y entonces ella los reveló al rey en nombre de Mardoqueo. Mardoqueo debe haber esperado obtener así una posición en la corte, pero fue decepcionado en esta espe-

ranza. Nadie le prestó la menor atención. A veces el Señor permite que esperemos aun cuando nuestra preocupación sea el bien de su nombre. Mediante aquella espera Mardoqueo fue purificado.

La amenaza. Asuero nombró a Amán primer ministro, segundo sólo al rey en todo el imperio. Además decretó que había de recibir el mismo honor que el rey. Cada vez que Amán entraba o dejaba el palacio real, todo el mundo se inclinaba ante él. Mardoqueo era el único que no lo hacía. Este judío, que se inclinaba ante el Señor y había sido librado en fe por la gracia del Señor, rechazaba semejante actitud de sumisión ante otro ser humano. Cuando los siervos de la corte del rey le preguntaron por qué transgredía el mandamiento del rey, admitió que como judío temeroso del Señor, rechazaba semejante sumisión. Con esto Mardoqueo se comportó mucho mejor que cuando había prohibido a Ester decir que pertenecía a los judíos. Ahora su conducta revelaba mayor sumisión en fe al Señor.

Los siervos de la corte llamaron la atención de Amán sobre Mardoqueo para ver si éste sabría prevalecer contra Amán. Los siervos se deleitaban en este conflicto que era una lucha de vida o muerte. Amán pudo haber pasado por alto a Mardoqueo, pero se sintió ofendido por su resistencia por el hecho de que era judío y por pertenecer a ese pueblo especial pero aborrecido. Amán trató de vengarse buscando formas de destruir a todos los judíos.

Pronto tuvo listos sus planes. Los quería exponer ante el rey, pero también comprendía que estaba comenzando una lucha a muerte contra aquel pueblo y contra el extraño Dios de ese pueblo. En consecuencia, hizo echar suertes (purim) en su casa con su esposa y con sus consejeros, para ver la fecha que los dioses indicarían como favorable para la ejecución de sus planes. Sin una indicación de parte de los dioses, no se atrevía a dar el primer paso. La suerte fue echada el primer mes del año, pero el último mes fue indicado como el tiempo más favorable para dicho plan.

Amán no demoró en exponer sus planes ante el rey. Su odio lo impulsaba a obrar. Al hablar al rey se refirió a un pueblo peculiar esparcido por numerosos países, un pueblo con sus propias leyes, las leyes de su Dios, que estaban en conflicto con las leyes del reino. Su proposición era que se proclamase un decreto en todas las provincias que el día trece del último mes todos los judíos fuesen destruidos. La pérdida que el reino sufriría como resultado de una disminuición en los impuestos se-

ría totalmente cubierta por el botín que se recogería. Amán garantizó que una gran parte de este botín terminaría en el tesoro del rey.

El rey, que bien pudo haber comprendido la sed de venganza personal que había detrás de este plan, permitió que su favorito realizara el ataque contra los judíos y tomase sus tesoros. Le entregó su anillo real para sellar el decreto pedido. Luego se enviaron cartas por medio de correos a todas las provincias.

Nuevamente, por amor a su nombre, el pueblo del Señor corría peligro. ¿Los abandonaría el Señor ahora? Por amor a su nombre y su pacto los había puesto en el mundo como un maravilloso testigo.

La intervención de Mardoqueo. Dondequiera fue oído el edicto del rey, éste causó gran conmoción, especialmente entre los judíos. El pueblo en Susa quedó especialmente perplejo. Mardoqueo se vistió de cilicio y cenizas y se paró en la entrada del palacio real. Puesto que nadie podía entrar al palacio del rey en ropa de luto, Ester le envió otra ropa al oír lo que Mardoqueo estaba haciendo. Pero él no la aceptó. Entonces envió al eunuco del rey encargado de servirle para que preguntase a Mardoqueo por qué estaba vestido de luto. En respuesta, Mardoqueo le informó del edicto del rey y le envió una copia del edicto. Incluso le informó de la suma exacta de dinero que Amán había prometido pagar al tesoro del rey por la destrucción de los judíos. Finalmente le encomendó ir a la presencia del rey e interceder por la causa de su pueblo.

Ester tuvo miedo ante esta misión. ¿Acaso debía revelar ahora que pertenecía al pueblo judío y caer quizás en desgracia ante los ojos del rey? Durante treinta días no había sido llamada por el rey. ¿Acaso estaba enfriándose el afecto del rey hacia ella? Además, nadie podía presentarse ante el rey por propia iniciativa sin arriesgar su vida.

Ester rehusó. Sin embargo, Mardoqueo le envió otro mensaje para decirle que de ninguna manera alentase la esperanza de ser protegida por el hecho de ser reina. Si rehusaba, el Señor seguramente proveería liberación de otra parte para su pueblo. Entonces el juicio sólo la heriría a ella. Además ella debía preguntarse si quizás para esta hora había llegado al reino.

Ester cedió ante estos argumentos. Ella se entregó a la causa del Señor y prometió que después de dos días iría a ver al rey. Mientras tanto, todos los judíos en Susa debían unirse a Mardoqueo y humillarse delante del Señor en ayunos y oración en favor de ella. Ester haría lo mismo con sus doncellas. Luego, si perecía, que perezca. El Señor podría permitir su

muerte y, sin embargo, proveer liberación para su pueblo, quizás por medio de su muerte. En todo caso, ella se consagraría a la causa del Señor.

Con esta actitud Ester se presentó ante el rey. Cuando él la vio, le extendió su cetro indicando que se complacía en verla. El rey estaba tan complacido con ella que prometió darle cualquier cosa que pidiese hasta la mitad de su reino. Los honores idólatras que se rendían al rey realmente lo separaban del resto de su pueblo. Sin embargo, mediante el favor del Señor para con su pueblo Ester tuvo oportunidad de interceder ante el rey por los suyos.

Ester no se atrevió a presentar directamente su petición y así revelar que pertenecía al pueblo judío. Sólo pidió que el rey viniese con Amán para cenar con ella esa noche. Así sucedió. Incluso en este banquete todavía no se atrevía a presentar su petición. En cambio pidió al rey que junto con Amán volviese a cenar con ella al día siguiente. Entonces le revelaría lo que realmente anhelaba. No obstante, ella ya había fijado sus planes. Solamente estaba esperando el momento más oportuno.

Amán volvió eufórico del banquete. Pero en la puerta del palacio vio a Mardoqueo que no quería inclinarse ante él. En ese momento Amán se frenó. Al llegar a su casa se jactó ante su esposa y amigos por la distinción que había recibido, pero al mismo tiempo reveló su frustración por la actitud de Mardoqueo. Siguiendo el consejo de su esposa y amigos, hizo construir una horca. En ella haría colgar a Mardoqueo. Mardoqueo se convertiría en una desgracia particular entre los judíos. El odio de Amán se volvió contra Mardoqueo especialmente porque era el principal de su pueblo y su intercesor. Del mismo modo el odio fue dirigido especialmente contra el Cristo.

La elevación del libertador. En la noche entre los dos banquetes con Ester, Asuero no pudo dormir. Por eso ordenó que se le leyeran los registros históricos de su reino, especialmente los referidos a su propio reinado. De estos registros supo del crimen que dos de sus eunucos habían planeado contra él, precisamente el crimen que había sido denunciado por Mardoqueo. Entonces el rey quiso saber qué recompensa había recibido Mardoqueo. Al descubrir que no había sido recompensado, el rey decidió que aún lo haría.

Al día siguiente se le pidió el consejo a Amán en relación con este asunto. Amán creía que él era quien sería honrado. Entonces propuso que el hombre a quien el rey quería honrar fuese honrado públicmente en la plaza de la ciudad vestido con el vestido real y sentado sobre el

trono del rey. Ese honor entonces le tocó a Mardoqueo. El mismo Amán recibió orden de llevar a Mardoqueo por las calles de la ciudad exclamando: "Así se hará al hombre a quien el rey desea honrar".

Entristecido y completamente humillado, Amán regresó a su casa y contó a su esposa y amigos lo que le había sucedido. Entonces todos ellos tuvieron miedo y le dijeron: "Si Mardoqueo, ante quien has comenzado a caer, es del pueblo judío, seguramente no prevalecerás contra él, sino que caerás bajo su mano". Con esto reconocían que había algo especial respecto del pueblo de Dios y de su líder. Del mismo modo la exaltación del mediador Cristo algún día se convertirá en un horror para sus enemigos.

Mientras Amán aún les estaba hablando, llegaron los siervos del rey para llevar a Amán al banquete de Ester. Durante la comida el rey preguntó a Ester por su petición, prometiendo concederle aunque fuese la mitad de su reino. Obviamente el rey estaba particularmente complacido con ella. Fortalecida por esta actitud, que veía como una respuesta a su oración, ahora se atrevía a presentar su petición. Pidió por su vida, revelando así que pertenecía al pueblo judío. Al mismo tiempo pidió por las vidas de su pueblo. Ester aclaró que no habría presentado el asunto al rey si la intención sólo hubiese sido hacer esclavos de los judíos. Cuando el rey no comprendió inmediatamente lo que ella quería decir, Ester señaló a Amán como a aquel que amenazaba su vida. Amán se puso pálido de temor porque comprendía que la voluntad caprichosa del rey ahora se volvería contra él. El rey lo odiaría por sus malvadas intenciones.

En su enojo, el rey se levantó y fue al jardín del palacio. Al volver encontró a Amán sobre el diván de Ester implorando por su vida. Esta era una violación tan grande de los buenos modales que el rey se enojó aun más. Inmediatamente sentenció a muerte a Amán. Cuando el rey supo que Amán había construido una horca para Mardoqueo, ordenó que Amán mismo fuese colgado en ella. De esa manera se cumplió el temor de la esposa y los amigos de Amán; Amán había caído ante Mardoqueo.

En su lugar, el rey nombró a Mardoqueo primer ministro; Ester había revelado su relación con él. La propiedad de Amán, que el rey había entregado a Ester, fue dada ahora a Mardoqueo para que tuviese un palacio adecuado a su posición. El fin de la historia, que está en las manos de Dios, revelará la exaltación del mediador.

La liberación. Entonces Ester pidió al rey que revocase la orden de

Amán. ¿Cómo soportaría ella la destrucción de su pueblo? Nuevamente el rey se complació en extenderle su cetro de oro, pero no podía revocar una ley de Media y de Persia. Sin embargo, dejó en manos de Mardoqueo hacer lo que estuviese a su alcance ante dicha situación.

Mardoqueo encontró una solución: se proclamaría un decreto real a través de las 127 provincias del imperio permitiendo que los judíos se unieran y se defendieran matando a todos que los atacasen. También se les permitiría apropiarse de las posesiones de sus atacantes. Ese decreto dejó claramente establecido a todo el reino que el favor del rey se había vuelto hacia los judíos y que ahora los protegía. Las noticias referidas a la caída de Amán y el ascenso de Mardoqueo lo confirmaban. Mardoqueo entraba y salía del palacio con la misma ceremonia que había exhibido Amán cuando aún era primer ministro.

La ciudad de Susa prorrumpió en gritos de alegría. Aparentemente la administración de Amán se había caracterizado por la arbitrariedad y el terror. Los judíos en Susa y en todo el reino se regocijaron. Nuevamente fueron iluminados por la luz de la gracia de Dios. Muchas personas paganas estrecharon manos con los israelitas; temían lo que podrían sufrir a manos de los judíos y buscaban protección uniéndose a ellos. ¡Si solamente los judíos hubiesen considerado esta liberación como evidencia del favor de Dios para con su pueblo!

En el día trece del último mes, el día que había sido designado para su destrucción, los judíos se movilizaron y derrotaron a sus enemigos. Nadie se atrevió a ofrecerles resistencia. En todas las provincias los judíos fueron elevados por amor a Mardoqueo. En Susa fueron muertos quinientos enemigos de los judíos, incluyendo los diez hijos de Amán. Si bien la venganza personal tuvo un papel en esta masacre, los judíos ejercieron el juicio del Señor sobre aquellos que los odiaban. Que no mataron en busca de ganancia personal se demuestra en que no tomaron las posesiones de los muertos, aunque se les había concedido el derecho de hacerlo.

Al día siguiente los judíos celebraron su liberación en todas partes del reino. Pero a pedido de Ester la venganza continuaba en Susa ese día. Otros trescientos hombres fueron muertos y los cuerpos de los diez hijos de Amán fueron colgados en una horca. El crimen de perseguir a los judíos debía ser exterminado, de modo que los judíos pudiesen vivir en libertad. En Susa los judíos celebraron la liberación en el día quince de dicho més.

Mardoqueo describió esta historia. Desde ese entonces, y por orden

expresa de Mardoqueo y Ester, los judíos celebraban cada año en el último mes y en los días catorce y quince para recordar esta liberación. Esa celebración, llamada la fiesta del Purim, todavía se celebra hoy en día. Aun a su pueblo desobediente Dios había demostrado su gracia, su favor que perdona los pecados.

Mardoqueo sirvió al rey como primer ministro. En su exaltación no se olvidó de su pueblo. Fuertes lazos lo unían al pueblo y el pueblo a él. Toda su administración fue dirigida hacia el bienestar de su pueblo, de modo que constantemente intercedía por esta causa ante el rey.

Esto nos recuerda a nuestro Mediador quien en su exaltación se acuerda constantemente de su pueblo. El, además, tiene el poder sobre todas las cosas en sus manos. En su soberano gobierno constantemente alienta los mejores propósitos para con su pueblo. Mardoqueo no fue más que un tipo de ese Mediador. Por amor a él, Dios mostró gracia a su pueblo en los días de Mardoqueo. ¡Si los judíos tan solamente hubiesen comprendido esto cuando celebraban la fiesta del Purim! Alcemos los ojos a nuestro Mediador que siempre recuerda a su pueblo.

63: La restauración temporal de la ciudad de Dios

Nehemías 1—13

Zorobabel y Jesúa comenzaron la restauración del templo, y Esdras se ocupó de que la autoridad de la ley fuese restaurada. Nehemías trabajó para la restauración de la ciudad y la regulación de la vida social y política de los judíos. Los muros de Jerusalén fueron reconstruidos y la ciudad fue convertida en un lugar seguro y habitado. Las injusticias sociales, tales como la opresión de los pobres por los ricos, fueron quitadas mediante el poder de la palabra del Señor.

Sin embargo, aun esta restauración sólo fue temporal, como lo vemos en la queja de Nehemías y sus colaboradores que ellos eran esclavos de reyes extranjeros (Neh. 9:36). Esta restauración temporal clamaba por la redención completa de la vida mediante el Cristo, en quien la vida con todas sus relaciones es salvada. Las medidas tomadas por Nehemías eran una profecía señalando a la justicia que se hallaría en el reino de Dios.

Esto nos muestra claramente que Nehemías es un tipo del Cristo. A pesar de la oposición, lleva adelante la restauración.

Es comprensible que Nehemías repetidamente subraya su justicia. Al hacerlo, no estaba haciendo peticiones sobre la base de su propia justicia respecto de la ley. Cuando Nehemías ora diciendo: "Acuérdate de mí conforme a mi justicia", no se refiere a una recompensa personal por todo lo que ha hecho a favor del pueblo. En las palabras "acuérdate de mí" oímos una oración pidiendo la bendición sobre el pueblo en el siguiente sentido: Por favor, oh Dios, mira que el no piensa en sí mismo, sino que se entrega a sí mismo por el bien del pueblo. Quiera Dios oírlo por ese motivo. En todo esto Nehemías está hablando con corazón de mediador. En él mora el Espíritu del Cristo, el único en quien estaba la justicia perfecta. El Cristo es aquel que se dio a sí mismo por el pueblo.

Pensamiento clave: *La ciudad de Dios es temporalmente restaurada como una profecía señalando hacia el reino de Dios.*

La llegada del constructor. Después de la reforma bajo Esdras, el pueblo de Judá y Jerusalén otra vez tuvo que sufrir mucha oposición debido al odio de parte de los samaritanos. Habían comenzado a reconstruir los muros de Jerusalén cuando vino una orden del rey Artajerjes de parar la construcción. Aparentemente Esdras se había retirado de la vida pública. Era un escriba y se ocupaba con la colección y el examen de los libros que constituyen el Antiguo Testamento.

En aquellos días un judío llamado Nehemías era el copero en la corte de Artajerjes. Era un creyente fiel a la palabra del Señor. Este Nehemías recibió un mensaje de alguien que había vuelto de Jerusalén referido a la miserable condición del pueblo y de la ciudad. Profundamente impresionado, resolvió interceder ante el rey en favor de Jerusalén.

Esperó algunos meses mientras se preparaba en oración basando su petición constantemente en las promesas que el Señor había dado a su pueblo. ¿No había prometido el Señor que recogería a su pueblo de la dispersión y que volvería a concederle gloria en Jerusalén? También oraba que el Señor pusiera una actitud misericordiosa en el corazón del rey hacia él. Después de todo, aun el rey era un hombre cuyo corazón podía ser dirigido por el Señor.

Cierto día cuando Nehemías trabajaba como copero, el rey le preguntó por qué tenía un aspecto tan triste. El rey no estaba acostumbrado a verlo tan triste. Entonces Nehemías tuvo que revelar el motivo de su depresión. Temblando de miedo, logró decir al rey que era la condición de la ciudad donde estaban sepultados sus antepasados, lo que lo entristecía. Entonces, cuando el rey le preguntó qué quería, Nehemías respondió—al tiempo que su corazón clamaba por ayuda a Dios—que quisiera ser enviado por el rey a Jerusalén para reconstruir la ciudad. ¡Qué peligrosa petición! ¡Era el mismo Artajerjes quien había dado la orden de detener la reconstrucción!

Evidentemente, el rey consideraba la petición mientras su esposa estaba junto a él. Probablemente su presencia ayudó a que el copero recibiese una respuesta favorable. ¡Cuán tensamente debe haber esperado Nehemías! Pero Dios tocó el corazón del rey y él accedió a la petición de Nehemías, una vez que éste estableció cierto límite a su ausencia.

Nehemías llegó a Jerusalén con una escolta de jinetes. Consigo traía cartas de recomendación en las que se ordenaba a los gobernadores a ayudar a proveer todo lo que Nehemías necesitase para el programa de construcción. ¡Aquel que había de restaurar a Jerusalén en el nombre del Señor había llegado! Era un hombre dado por Dios mismo. De igual modo, el Cristo nos fue dado para la restauración de nuestra vida.

La construcción de la ciudad. Nehemías no hizo saber a los oficiales y nobles el motivo de su llegada. Primero quiso hacer una investigación por su cuenta. Después de algunos días de descanso, salió de la puerta de la ciudad una noche acompañado de unos pocos hombres para investigar la condición de los muros. Evidentemente era una noche iluminada por la luz de la luna. En todas partes no hallaba sino destrucción. En cierto lugar había tantos escombros que el caballo sobre el cual cabalgaba no pudo pasar.

Al regresar, llamó a los oficiales y nobles de la ciudad para señalarles el estado deplorable del muro. Ahora les dijo el propósito de su venida. También les contó como Dios había tocado el corazón del rey. Estas palabras de Nehemías se apoderaron de los corazones del pueblo. El Espíritu del Señor dio poder a sus palabras. El pueblo vio que la gracia de Dios una vez más se volvía a ellos. Inmediatamente estuvieron dispuestos a comenzar el trabajo.

Pronto se demostró la sabiduría de Nehemías de comenzar su tarea secretamente. Los gobernadores de las naciones que vivían en Canaán y en zonas circunvecinas vinieron a Jerusalén cuando oían los rumores acerca de la obra. Se burlaban de Nehemías por el trabajo que estaba haciendo y lo culparon de levantar una rebelión contra el rey. En respuesta Nehemías se limitó a decir que el Dios del cielo haría prosperar la obra. Los judíos continuarían construyendo. Sus enemigos los despreciaban por la obra que estaban realizando porque nada los unía con Jerusalén ni con la gracia que Dios había concedido y revelado a esa ciudad.

La obra continuó bajo la supervisión de Nehemías. Todos participaron, tanto los de alta posición como los de posición baja; cada familia tomó una parte del muro como responsabilidad propia. Nuevamente habría seguridad en Jerusalén y la vida en ella sería restaurada.

Nehemías fue un tipo del Cristo que da seguridad y restaura la vida. Sin embargo, en su servicio todos debemos trabajar en comunión unos con otros para restaurar la vida, para que otra vez sea una vida en la que prevalezca la justicia de Dios. Entonces habrá seguridad.

Sólo unos pocos líderes rehusaron participar. Eran demasiado arrogantes para ser siervos de la gracia que Dios había concedido a su pueblo. ¡Qué abominación! Afortunadamente hubo otros que trabajaron con doble esfuerzo. Inclusive las mujeres ayudaron en la construcción.

Progreso a pesar de la enemistad. El odio de los enemigos de los judíos fue creciendo. Además, dentro de Jerusalén habían traidores que mantenían informados a esos enemigos de lo que ocurría en la ciudad. Esto ocurrió porque algunos de los enemigos estaban casados con mujeres de Jerusalén.

Se planeó un complot para atacar a Nehemías y sus hombres, pero las noticias llegaron a oídos de Nehemías. Por lo tanto, él armó a sus hombres. La mitad de ellos sirvió como guardas armados; la otra mitad trabajó en la construcción, pero llevaban sus espadas en los cintos. Los que transportaban los ladrillos llevaban una lanza en la mano. Los hombres de Nehemías acordaron que al oír el sonido de la trompeta todos se movilizarían para defender la ciudad.

Nehemías no se dejó desalentar por la oposición. Su fe se mantuvo en esta prueba. También alentó al pueblo afirmando que Dios lucharía por ellos. Su fe no fue en vano, porque cuando los enemigos descubrieron que su complot había sido revelado, se retiraron. Sin embargo, era de esencial importancia permanecer alertas.

Nehemías y sus ayudantes inmediatos no se quitaban la ropa ni de día ni de noche. Nehemías se había dedicado completamente a su pueblo y a su obra. Estaba en él constantemente el Espíritu del Cristo, quien se dio a sí mismo para su pueblo en un sentido mucho más elevado. En su fidelidad, el Cristo resistió toda enemistad.

La restauración de la justicia social. Nehemías tuvo que sobreponerse a muchas otras dificultades. Entre la gente surgieron grandes necesidades porque tantos hombres habían abandonado los campos. Además, la agricultura parecía haber sufrido algunos reveses. El pueblo comenzó a quejarse. Los ricos oprimían a los pobres a pesar de que todos como miembros del pueblo de Dios eran hermanos.

Tres sectores del pueblo se quejaban. Los que no tenían posesiones eran forzados a vender sus hijos e hijas a la esclavitud. (Esta cruel costumbre era fomentada por los ricos.) Luego había otros que tenían que vender sus posesiones para poder pagar sus deudas. Finalmente había los que, para poder cumplir con los tributos impuestos por el rey de Persia, tenían que tomar dinero prestado y luego los intereses eran tan altos que prácticamente quedaban desprovistos de todo.

Esto afligía a Nehemías. El llamó a los ricos y los amonestó porque el pueblo del Señor volvía a ser difamado entre los paganos por culpa de ellos. Es evidente que no prevalecía la justicia entre el pueblo de Dios, y

que la opresión de la vida reinaba en su medio.

Una vez más las palabras de Nehemías se apoderaron de los corazones del pueblo, de modo que prometieron una actitud diferente. Nehemías les hizo jurar que harían conforme a esto. Después del juramento, Nehemías tomó su manto y lo dobló en forma de una bolsa; luego la dejó caer abierta. Después sacudió la bolsa diciendo: "Así hará el Señor a cada uno que no cumpla este voto". Toda la asamblea dijo amén, y alabó al Señor. Todos estaban gozosos por la emancipación de la vida que ahora resultaría. Y el pueblo guardó su palabra.

Nehemías no aceptó ninguno de los pagos que le correspondía como uno de los gobernadores del rey persa. El mismo contribuyó al trabajo de la construcción de los muros. Además, había unas ciento cincuenta personas, judíos que habían regresado de la dispersión (Neh. 5:17), que comían de su mesa. Nehemías oró diciendo: "Acuérdate de mí para bien, Dios mío, y de todo lo que hice por este pueblo" (5:19). Quería que el Señor notara que con rectitud había hecho todo por el bien del pueblo y que no había buscado sus propios intereses. Quería que Dios lo recordase como cabeza del pueblo en el sentido de bendecir las medidas que había tomado para con ellos.

Esto vuelve nuestros pensmientos al Cristo que se dio a sí mismo por su pueblo y no buscó sus propios intereses. El Cristo también se propone restaurar la justicia social en su reino.

La renovación del pacto. En el séptimo mes del año en el cual los muros eran reconstruidos, todo el pueblo se reunió en Jerusalén para celebrar la fiesta de los tabernáculos. En esa fiesta Esdras leyó la ley a todo el pueblo, y los levitas les explicaron su significado. Aquí Esdras volvió a aparecer públicamente al lado de Nehemías.

La lectura de la ley hizo una profunda impresión en el pueblo, y todos comenzaron a llorar y a lamentarse por sus pecados. Esdras y los levitas amonestaron al pueblo y les dijeron que no debían llorar en la fiesta sino regocijarse por el favor del Señor. Al regocijarse en el Señor, serían fortalecidos. Por primera vez desde los días de Josué celebraban la fiesta en chozas hechas de ramas.

Cuando terminó el ayuno, celebraron un día de fiesta y oración, un día en el cual confesaron sus pecados al Señor mediante oraciones humildes. Luego renovaron su pacto con el Señor, prometiendo andar en sus caminos. Ya no se mezclarían con las otras naciones, y guardarían el día de reposo. Prometieron traer contribuciones para la casa del Señor;

y el servicio de los sacerdotes fue ordenado.

En todo esto Nehemías fue un ejemplo para ellos. Fue un tipo del Cristo que quiere renovar el pacto entre Dios y su pueblo una y otra vez. Los israelitas de aquellos días todavía se sentían impulsados a lamentar que no disfrutaban aún de una libertad completa, que tenían que pagar tributos al rey persa. Esta restauración de Israel también fue solamente temporal. El antiguo pacto estaba llegando a su fin. La situación de aquellos días clamaba por la venida del Cristo, quien traería completa restauración y completa libertad del poder del pecado.

La dedicación del muro. La reconstrucción del muro tardó 52 días. Fueron días de gran tensión por el odio de parte de los enemigos de los judíos. El pueblo no habría podido resistir esa tensión por mucho tiempo.

Durante ese tiempo los enemigos trataron más de una vez de tentar a Nehemías para que saliera de Jerusalén con el pretexto de que alguien le estaba causando problemas en la corte persa. ¿No le sería mejor conferenciar con ellos para ver qué se podía hacer al respecto? Cierto día alguien trató de persuadirlo a ocultarse en el Lugar Santo, diciendo que su vida corría peligro. Nehemías se dio cuenta de todos estos artificios y siempre rehusaba. Cuando se le dijo que huyera al Lugar Santo, respondió que no temía por su vida y que no quería pecar entrando allí. Una y otra vez sus enemigos trataron de detener la construcción del muro y de debilitar la autoridad que Nehemías tenía para con el pueblo. Pero Nehemías estaba apurado por amor a la obra misma y por la promesa de regresar que había hecho al rey persa.

Ahora los muros de Jerusalén habían sido restaurados a su condición anterior. De esta manera Jerusalén volvía a ser una gran ciudad. Sin embargo, el número de habitantes en ella era reducido. Por eso Nehemías dividió al pueblo e hizo que algunos de ellos vivieran en Jerusalén. De esa manera la ciudad volvió a poblarse.

Finalmente había llegado el momento cuando sería posible dedicar el muro. Nehemías puso dos coros de gratitud en el lado oeste del muro dando gracias y alabando a Dios. Volverían a encontrarse en el este cerca del templo. También se ofreció un gran sacrifico de gratitud. Todo el pueblo se regocijaba en el Señor. Ahora se podía vivir seguro detrás de los muros de Jerusalén. También esto fue sólo una señal. ¡Cuán seguros vivían los creyentes, ya que Dios mismo es un muro de fuego alrededor de ellos por amor a Cristo!

Después de ello, Nehemías regresó a Susa conforme a su promesa.

Sin embargo, algunos años después volvió a Jerusalén. Esa vez también se ocupó del bienestar del pueblo.

Los enemigos de los judíos, que habían puesto tantas dificultades a la restauración de los muros, ahora se habían radicado en Jerusalén. A Tobías, pariente del sumo sacerdote Eliasib se le había dado una habitación en el templo, en el sitio donde era leída la ley del Señor. La ley enseñaba que los amonitas y moabitas nunca debían venir a la congregación de Dios por el mal que habían hecho a Israel. ¡Y Tobías era amonita!

Profundamente conmovido por el decreto de la ley, Nehemías expulsó a Tobías de su habitación, arrojó fuera los muebles, y ordenó que la habitación fuese purificada. También se ocupó de que el pueblo volviese a dar los diezmos que habían dejado de dar. Discutió con aquellos que negociaban en el día de reposo, e hizo que las puertas de la ciudad permaneciesen cerradas en ese día. Tampoco permitió que los mercaderes de Tiro se reuniesen fuera de los muros en día de reposo.

Además, Nehemías tuvo que luchar contra el mismo mal que había enfrentado Esdras, es decir, algunos de los hombres habían vuelto a tomar mujeres extranjeras. En su celo, Nehemías discutió con ellos, los maldijo, los hirió y les arrancó los cabellos. Luego les hizo jurar que no volverían a cometer estos pecados. También expulsó del templo a Joiada, el hijo del sumo sacerdote, porque uno de sus hijos se había casado con la hija de Sanbalat horonita, quien se había opuesto más que ningún otro a la construcción del muro.

De esta manera Nehemías mantuvo la disciplina del Señor entre el pueblo. Los muros más fuertes son inútiles si el pueblo que vive detrás de ellos no vive conforme a la ley del Señor. El Cristo también luchó por la disciplina entre su pueblo. Sólo en obediencia a la voluntad del Señor hay seguridad bajo su protección.